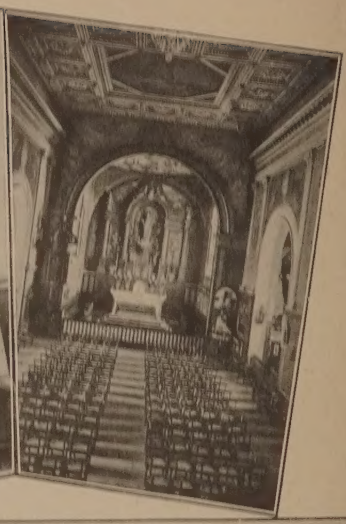
P. Arturo Calvet

VIDA DEL P. PABLO GINHAC

1824-1895

VIDA DEL PADRE PABLO GINHAC

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS



LE MAZEL DE SERVERETTE

donde nació el P. Pablo Ginhac el 31 de Mayo de 1824

LA TUMBA

donde reposan sus restos, 1895

LA CAPILLA DE CASTRES

donde ejerció el santo ministerio

VIDA

DEL

PADRE PABLO GINHAC

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

POR EL

P. ARTURO CALVET

TRADUCIDA AL CASTELLANO DE LA 4.ª EDICIÓN FRANCESA

— POR EL —

P. MIGUEL GARCÍA ESTÉBANEZ

ambos de la misma Compañía

Mihi vivere Christus est (Phil., I, 21)
Mi vida es Cristo

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

ALMA COLLEGE
060.97
LIBRARY
G433
Alma California

BARCELONA

HEREDEROS DE JUAN GILI

Editores — CORTES, 581

1912

17146

ES PROPIEDAD

TIPOGRAFÍA DE LOS EDITORES, BARCELONA

AL CORAZÓN SACRATÍSIMO

DEL DIVINO REY, JESUCRISTO, NUESTRO SEÑOR

APROBACIÓN

del Excmo. é Ilmo. Señor Nuncio de Su Santidad en España

Me considero dichoso al poder asociarme á las felicitaciones y deseos de tantos Prelados como han recomendado la Vida del P. Pablo Ginhac, escrita por Vd. Este varón de Dios es un acabado modelo de santidad para los sacerdotes, para los religiosos y para todos los fieles; pudiendo decir como el Apóstol: IMITATORES MEI ESTOTE SICUT ET EGO CHRISTI.

Los favores alcanzados ya por su intercesión hacen que esperemos otros, los cuales obligarán á la Iglesia á que se fije en él; y la Compañía de Jesús, hoy día tan perseguida, tendrá indudablemente la dicha de contar un santo más sobre los altares.

Estos son mis deseos, al mismo tiempo que le agradezco el que me haya ofrecido una vida tan atractiva y edificante (1).

Nota.— Esta aprobación la dió el actual Nuncio de España, Mons. Antonio Vico, cuando lo era en Bruselas; pero la ha reiterado y confirmado gustosísimo para la traducción castellana en carta de 19 de Mayo de 1908, porque (son sus palabras) «reconoce el mérito y utilidad de la obra escrita por el P. Calvet».

---

(1) Je suis heureux de m' unir aux félicitations et aux vœux des nombreux prélats qui ont recommandé votre Vie du Père Paul Ginhac. Cet homme de Dieu est un vrai modèle de sainteté pour les prêtres, pour les religieux et pour les fidèles; à tous il peut dire comme l' Apôtre: «*Imitatores mei estote sicut et ego Christi*».

Les faveurs déjà obtenues par son intercession en font espérer d' autres, qui forceront l' attention de l' Eglise; et votre Compagnie, aujourd' hui tant persécutée, aura sans doute le bonheur de compter un saint de plus sur les autels.

C' est le vœu que je forme du fond du cœur, en vous remerciant de m' avoir offert cette vie à la fois si attachante et si édifiante.

Bruxelles, le 10 Juin 1895.

APROBACIONES EPISCOPALES

La 4.ª edición francesa va precedida de treinta y dos aprobaciones episcopales.

Son ó cartas ó fragmentos de cartas laudatorias del episcopado francés y belga. En ellas, ó se da nuevo testimonio á la santidad del P. Ginhac, ó se alaba el acierto del biógrafo, ó se exponen con gran tino los bienes y provechos que dicho libro está llamado á producir y produce en el clero, en las comunidades religiosas, máxime en las dispersas de Francia, y en el mismo pueblo cristiano.

Omítense en esta primera edición española, y únicamente pondremos la carta del Obispo de Tournay, que dice así:

Tournay, 27 de Septiembre de 1904.

Reverendo Padre:

Me alegro mucho del merecido éxito de la VIDA DEL PADRE GINHAC.

Si el asunto es de suyo interesante, preciso es reconocer que el modo con que Vd. lo trata, aumenta considerablemente ese mismo interés.

Los que escriben libros de esta clase suelen presentarnos al héroe demasiado idealizado. Siente uno deseos de preguntar si no habrá exageración, ó si al menos no se encuentra con uno de esos santos modelados completamente por la divina gracia.

Usted ha evitado con acierto este escollo, mostrando al lado de la divina gracia, «los esfuerzos de la actividad humana, y los medios adecuados que ponía en práctica». No hago más que copiarle, pues Vd., imitando al P. Ginhac, concede «mucha, muchísima importancia al esfuerzo del hombre en la obra de su propia santificación».

Ojalá lean y mediten esta hermosa vida cuantas personas aspiran á la perfección de su propio estado. En ella encontrarán prudentes consejos y al mismo tiempo el ejemplo vivo de un hombre que, á imitación del Divino Maestro, juntó siempre la acción á la enseñanza.

Dígnese, Reverendo Padre, recibir ésta, como testimonio de mi sincero afecto.

CARLOS AUGUSTO, Obispo de Tournay.

Además la han aprobado y recomendado calurosamente:

Su Eminencia el Cardenal Perraud, Obispo de Autun (Autun, 13 de Abril de 1901).

Su Eminencia el Cardenal Langenieux, Arzobispo de Reims (Reims, 12 de Septiembre de 1904).

Su Eminencia el Cardenal Richard, Arzobispo de París (París, 5 de Noviembre de 1904).

Su Eminencia el Cardenal Goossens, Arzobispo de Malinas (Malinas, 24 de Abril de 1905).

Monseñor Germain, Arzobispo de Tolosa de Francia (Tolosa, 28 de Febrero de 1901).

Monseñor Mignot, Arzobispo de Albi (Albi, 6 de Marzo de 1901).

Monseñor Bonnefoy, Arzobispo de Aix (Aix, 23 de Octubre de 1903).

Monseñor Barthe, Obispo de Trichinópolis (Trichinópolis, 2 de Abril de 1901).

Monseñor Jauffrey, Obispo de Bayona (Bayona, 5 de Abril de 1901. Viernes Santo).

Monseñor Goux, Obispo de Versalles (Versalles, 7 de Mayo 1901).

Monseñor Cazet, Vicario Apostólico de Tananarive (Tananarive 27 de Junio de 1901).

Monseñor Rutten, Obispo de Lieja (Lieja, 27 de Agosto de 1904).

Monseñor de Cabriéres, Obispo de Montpeller (Montpeller, 3 de Septiembre de 1904).

Monseñor Ricard, Obispo de Angulema (Angulema, 18 de Septiembre de 1904).

Monseñor Andrieu, Obispo de Marsella (Marsella, 21 de Octubre de 1904).

Monseñor Bonnet, Obispo de Viviers (Viviers, 30 de Octubre de 1904).

Monseñor Gilbert, Obispo de Arsinoé, antiguo Obispo de Mans (Limoges, 10 de Enero de 1905).

Monseñor Guillois, Obispo de Puy (Puy, 4 de Febrero de 1905).

Monseñor Dénéchau, Obispo de Tulle (Tulle, 5 de Febrero 1905).

Monseñor Delamaire, Obispo de Périgueux y de Sarlat (Périgueux, 12 de Febrero de 1905).

Monseñor de Pélacot, Obispo de Troyes (Troyes, 18 de Febrero de 1905).

Monseñor Delannoy, Obispo de Aire (Aire, 19 de Febrero 1905).

Monseñor Rougerie, Obispo de Pamiers (Pamiers, 21 de Febrero de 1905).

Monseñor Rumeau, Obispo de Angers (Angers, 22 de Febrero de 1905).

Monseñor Renouard, Obispo de Limoges (Limoges, 13 de Noviembre de 1905).

Monseñor Fiard, Obispo de Montauban (Montauban, 25 de Noviembre de 1905).

Monseñor de Carsolade-du-Pont, Obispo de Perpiñán (Perpiñán, 15 de Febrero de 1906).

Monseñor Touzet, Obitpo de Aire (Tolosa, 26 de Marzo de 1905).

Monseñor de Ligonnès, Obispo de Rodez (Rodez, 31 de Marzo de 1906).

Monseñor Gély, Obispo de Mende (Mende, 10 de Abril de 1906).

DOS PALABRAS DEL TRADUCTOR

No es mi ánimo hacer un prólogo más, aunque la vida cuya traducción ofrezco al público, no es de las menos á propósito para filosofar prologando, prestándose como se presta, entre otras cosas, á consideraciones de la más elevada ascética.

Lleva ya tres prólogos del autor, correspondientes á tres de las ediciones, en los cuales declara el R. P. Calvet de qué documentos se ha valido para tejer el interesante relato de su historia.

La 1.ª edición vió la luz pública en 1901, seis años después de la muerte del P. Ginhac. Agotóse muy pronto, obteniendo un éxito que ni los más optimistas esperaban, y produjo dos efectos: 1.º que se avivase más el recuerdo del Padre en los que le habían tratado, y que comenzasen á conocerle y amarle los que nunca tal vez le habían visto; 2.º que numerosas personas enviasen al autor cartas del Padre Ginhac y nuevos datos acerca de su santa vida.

La 2.ª edición, sin embargo, se diferenció poco de la primera; el ansia con que era solicitada, y las azarosas circunstancias porque atravesaban en Francia las Congregaciones religiosas, no permitieron otra cosa.

En la 3.ª edición, publicada en 1904, el cambio es más notable en cuanto á la riqueza y variedad de documentos. De ella, y sobre todo de la cuarta, podía decir el autor que «era obra de los discípulos y amigos del P. Ginhac».

La 4.ª edición salió en 1906.

Resulta, pues, que en cinco años se han agotado casi cuatro ediciones.

¿Cómo explicar tan rápida difusión? El P. Ginhac no fué durante su vida hombre de fama nacional, como el P. Antonio María, Capuchino; ni de fama mundial, como el Beato Juan Vianney. No tuvo ocasión de arrastrar las

muchedumbres con el fuego de su palabra apostólica, como el primer organizador de las peregrinaciones de Lourdes, ni como el Cura de Ars, atrajo multitudes extranjeras á su parroquia con el resplandor de sus milagros. Pero tampoco fué un desconocido. Sus relaciones se redujeron á la parte escogida del catolicismo; al clero y á las congregaciones religiosas.

Cuatro causas principalmente explican la difusión de esta vida.

La primera y principal, aquí muy especialmente, es Dios, infalible en sus promesas, que tiene prometido glorificar á los que le glorifiquen: *Glorificantes te glorificas*, como reza la Iglesia. Imposible, pues, que no diese cuanto antes á conocer á un hombre que, desde su conversión, no buscó otra cosa que la gloria de Dios, y eso con un tesón indomable y á costa de su propia humillación y sacrificando su propia gloria.

La segunda causa es la eficacia de su intercesión experimentada en vida del siervo de Dios y sobre todo desde su santa muerte.

Pedazos de sus vestidos, flores cogidas en su tumba, novenas y rezos hechos en su honor, han obrado efectos prodigiosos y convertido su sepulcro en lugar de peregrinación para pedir favores ó dar gracias por los ya recibidos. Por eso, dentro del mismo año en que murió, la piedad de los católicos de Castres, le erigió un elegante panteón de granito, donde los restos mortales del P. Ginhac esperan no ya la resurrección universal, sino, como puede fundadamente creerse, la gloria de la beatificación.

Desde entonces acá, la fama del humilde jesuita ha ido creciendo en proporciones asombrosas, especialmente en Francia y Bélgica. Las novenas y reliquias pedidas por los mismos fieles y repartidas por sus hermanos, con estar en suelo extranjero, han llegado en pocos meses á contarse por millares; y de todas partes reciben la relación de nuevos favores y gracias obtenidas por su intercesión; algu-

nas de las cuales, después de tirada la última edición, ha publicado *Le Petit Messager du Cœur de Marie*.

La novena del P. Ginhac está ya impresa en francés, flamenco, alemán, español, portugués y malgacho.

Su vida ha sido traducida al italiano, alemán y español, y actualmente se preparan las traducciones inglesa y húngara por lo menos. Por lo mucho que crece la devoción y recurso al P. Ginhac, se ha hecho en francés un hermoso compendio de la vida lata, por el P. Juan Francisco Alric, S. J.

La causa de su beatificación, incoada oficialmente á principios de Enero de 1903, entraba en Marzo del año pasado, 1907, en una fase importantísima. Terminados felizmente los procesos diocesanos, partía con ellos un delegado especial para someterlos en Roma al juicio de la Sagrada Congregación de Ritos.

***

La tercera causa de su difusión es el bien mismo que produce: religiosos, sacerdotes y seglares se aficionan á la lectura de una vida tan sencilla, y conciben tan extraordinaria confianza, que cada lector se transforma en un devoto del Padre y en un propagador de su gloria. Este efecto es una retribución muy propia de la grandeza amabilísima y agradecida de Dios. El P. Ginhac, desde que se convirtió, todo lo amó por Dios, y por Dios sacrificó muchos amores lícitos pero naturales. No veía más que á las almas y á Dios. Y Dios hace ahora que todos los que leen la relación de su vida, se aficionen no sólo á Dios, sino al mismo Padre Ginhac.

Juzgando una revista francesa el libro del P. Calvet, escribía: «Es una vida admirable de un jesuita, del religioso más perfecto de que tal vez pueda gloriarse la Compañía de Jesús en el siglo XIX. No conocemos cosa más doctrinal, ni más profundamente espiritual, ni de mayor

atractivo, como monografía de una persona muerta en olor de santidad». Así decía *L' Ami du Clergé*.

***

Otra de las causas que han contribuído poderosamente á la difusión de este libro, ha sido el acierto con que está escrito. El P. Calvet deja hablar á los testigos, y muchas veces á sí mismo, que fué uno de ellos. Pero ¡con qué tino! No es un zurcido basto, ni una superposición de testimonios aglomerados. Es un tejido casi natural, donde los datos se compenetran y funden esclareciéndose mutuamente. Bien merece el epíteto que le daba el Señor Obispo de Rodez: *vida espléndida*. Se conoce que está escrita con arte, con conocimiento experimental y con cariño.

El método del P. Calvet es el moderno: el objetivo. Moderno, porque deja hablar á los testigos; moderno, porque no disimula defectos ni nada de cuanto pueda contribuir á retratar con más perfección al héroe. Pero el espíritu no es el espíritu seudo-científico en que han caído algunos escritores hagiográficos, llevando el *modernismo* á las vidas de los santos. Está escrita como deben escribirse las vidas de los santos; no como pudiera escribirse la vida de un repúblico cualquiera ó de un héroe profano; sentando y teniendo por principio que en la vida de los santos, y más cuanto mayores santos hayan sido, lo sobrenatural (no quiero decir lo milagroso ni lo maravilloso, sino lo sobrenatural), el espíritu sobrenatural es el ambiente en que viven, la atmósfera que respiran y el resorte divino que mueve casi inconscientemente todos ó la mayor parte de sus actos.

La traducción que de tan hermosa vida ofrezco al público, lo es de la cuarta edición. Nada sustancial se ha omitido; nada se ha compendiado. Unicamente se ha prescindido, por consejo del mismo autor, de alguna que otra

nota que en la edición española no tendría importancia ni casi finalidad.

De los apéndices se han omitido dos, como se indica en sus lugares respectivos.

Ojalá la encuentren los lectores cual yo quise que saliese; es decir, fiel y española, conservando aquel encanto y atractivo especialísimo que respira el original francés, debido á la elevada y simpática personalidad del héroe.

Seminario Pontificio de Salamanca, fiesta de la Purificación de Nuestra Señora de 1908.

Algunos meses después de la fecha que lleva este preámbulo, á 21 de Octubre de 1908 y en el mismo Seminario Pontificio de Salamanca, donde explicaba teología desde el año anterior, pasó á mejor vida, víctima de rápida enfermedad, el autor de la presente traducción. Acababa de preparar la edición segunda de los artículos que acerca de *la Gran Promesa* había publicado en el *Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*, durante los años 1907 y 1908. Y en efecto, poco después de su muerte, en 1909, aparecieron dichos artículos en un librito de 170 páginas en 12.°, con las mudanzas y correcciones que él mismo había introducido. Ya antes habían visto la luz pública en italiano, aunque traducidos libremente y muy abreviados [1].

Las vacaciones del verano en que murió, las había aprovechado para recorrer los pueblos de las Provincias Vascongadas misionados por el P. Agustín Cardaveraz, y con los datos é impresiones recogidas, y con la correspondencia epistolar del celoso misionero, que puso á su disposición el P. José Eugenio de Uriarte, se disponía á redactar la biografía del primer confidente del Corazón de Jesús en España.

(1) *Constantino Giovanni.* La grande promessa del Sacro Cuore (difesa). Versione libera dallo spagnuolo. Torino, 1908. Librería Salesiana editrice. (Folleto en 12.°, de 40 páginas).

En 1907 había publicado un *Manual de Mnemotecnia*, precedido de unas cuantas consideraciones *por vía de prólogo*, tan razonadas como eruditas; y entre los papeles recogidos á su muerte, se halla un cuaderno con el título de *Cronología nemonizada*, donde aplica las reglas de su manual á infinidad de fechas célebres ó interesantes.

Como se ve, había el P. G. Estébanez emprendido la carrera de publicista con brío no vulgar y con aceptación bien merecida; y por los apuntes que dejó se conoce que pensaba seguirla con gran denuedo. Notas sueltas, esbozos de artículos, proyectos apuntados, como el de ofrecerse á traducir la biografía de la Beata Margarita publicada por el P. A. Hamón; todo, dada la constancia de su carácter y lo sólido de su formación científica y literaria, nos prometía en el P. G. Estébanez un buen escritor y un gran propagandista. Sobre todo, respecto de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, abrigaba grandes proyectos. El fué quien, en algún artículo del *Mensajero*, lanzó la idea llamada á producir grandes frutos, si hay quien la fomente, de que España tiene su Paray en Valladolid, en la capilla donde el Sagrado Corazón hizo la promesa de reinar en España y con más veneración que en otras partes.

***

Había nacido el P. García Estébanez, el 29 de Abril del año 1871, en Espinosa de Villagonzalo, provincia y diócesis de Palencia. Entró en la Compañía de Jesús, el 1.º de Julio de 1888. Enseñó literatura en la Habana, en el Colegio de Belén, durante los cursos de 1896 á 1900, y en Burgos, á los jóvenes de la Compañía, durante el curso de 1905 á 1906. De 1906 á 1907 fué redactor ordinario del *Mensajero del Corazón de Jesús*, y en él seguía colaborando desde el Seminario de Salamanca, donde con gran aceptación explicaba teología.

La presente traducción, quedaba á su muerte, lista para

la imprenta con todas las aprobaciones requeridas, apéndices, índices, todo: hasta editor había hallado, después de no pequeñas dificultades.

Circunstancias casi inexplicables han hecho que la publicación se retrase cerca de cuatro años. Sin duda esto ha contribuído á que muchas almas, que tienen noticia del original francés, esperen con ansia la traducción, y no dudamos que puesta en castellano ha de producir la VIDA DEL PADRE GINHAC los admirables frutos que está produciendo en el original y en las principales lenguas europeas.

Sirva esta nota para que la memoria del diligente traductor vaya de algún modo unida á la del admirable biografiado.

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN FRANCESA

(1900)

El P. Pablo Ginhac no tomó parte en ninguno de los grandes acontecimientos de su siglo. Con decir que fué Maestro de Novicios, Superior de la Residencia de Tolosa é Instructor de Tercera Probación en Castres, en Paray-le-Monial y en Mourvilles, está dicho cuanto hay de notable en su vida. Pero siempre y en todas partes fué el hombre de Dios, el santo. De aquí la influencia poderosa que ejerció sobre las almas; de aquí también los deseos que muchos han frecuentemente manifestado de que se escribiese la vida del siervo de Dios. Este es el fin del presente trabajo: hacer revivir entre nosotros este modelo de religiosa y apostólica perfección.

¿Debíamos limitarnos á una corta y sencilla biografía? ¿No hubiera bastado trazar rápidamente y á grandes rasgos las virtudes de un hombre que vivió una vida escondida en Dios, completamente apartado de los sucesos que excitan el interés? Para contentar la curiosidad de muchos lectores, hubiera ciertamente bastado una sucinta relación; pero esto no hubiera satisfecho los deseos y expectación de tantos otros, que han sentido en lo más íntimo y escondido de su alma la saludable influencia de este santo religioso. Estos desean conocer todos los matices, y penetrar todos los secretos de una vida que siempre tuvieron por admirable. Aunque de seguro no encontrarán en este libro más que una sombra de aquella figura enteramente celestial, ni percibirán más que el eco débil de su penetrante palabra; esperamos que esto bastará para que se despierten en su alma las impresiones y santos sentimientos que entonces sintieron, y que se sentirán movidos interiormente á llevar vida más perfecta.

Un amigo del P. Ginhac, hombre de acertado juicio, y puesto en excelentes condiciones para poder apreciar el mérito del Padre, después de haber alabado la idea de escribir una biografía que conservara el recuerdo de este perfectísimo religioso, añadió: «Pero jamás responderá al ideal de santidad que el espectáculo de sus virtudes ha grabado en mi alma». ¿Qué medio, pues, era el más apto para aproximarnos cuanto fuera posible á la realidad del ideal, y retratar una virtud que siempre procuraba esconderse? Consultar los escritos del P. Ginhac, acudir á los que tuvieron la dicha de verle y conocerle, y dejar que nos hablen ellos. Esto es lo que hemos procurado hacer.

Aunque preciso es advertir que este trabajo, hecho estaba ya, y con gran diligencia. Uno de los discípulos del P. Ginhac se dedicó durante largos años á seguirle poco menos que paso á paso desde su infancia hasta su muerte, preguntando á todos cuantos le habían conocido. Pertrechado con tanta riqueza de documentos, pudo ir ilustrando año por año todos los hechos y pormenores de esta hermosa vida. Si pluguiera á Dios algún día glorificar á su siervo sublimándole al honor de los altares, los promotores de la causa encontrarán los elementos del proceso en las declaraciones tan variadas de innumerables testigos que proclaman de consuno las virtudes heroicas del Padre Pablo Ginhac.

Dios ha querido que la publicación de este vasto trabajo se dejase para más adelante: esta dilación, que dejaba fallidas las esperanzas de los admiradores y discípulos del siervo de Dios, fué ocasión de que nosotros emprendiéramos este modesto trabajo. No bien lo supo el autor de la *Vida manuscrita*, se apresuró á poner á nuestra disposición todos sus tesoros. Allí encontramos los documentos ya recogidos por nosotros, confirmados y enriquecidos con gran número de testimonios de grandísimo interés; en esta fuente hemos bebido, pero sin que la hayamos agotado.

En segundo lugar, hemos consultado los escritos del

mismo venerado Padre. De su correspondencia, que fué muchísima y que de seguro se imprimirá algún día para edificación de las almas, no tenemos aun más que un número muy reducido de cartas, entre las cuales están naturalmente las que citamos en el texto, y que sirven para darnos á conocer la *espiritualidad* del Padre, esto es, sus principios en ascética, ó su *espíritu*. Sus notas y apuntes privados, cuidadosamente recogidos, forman varios volúmenes; allí está el sumario ó compendio de las conferencias sobre el Instituto de la Compañía, el resumen de los ejercicios que daba cada año, los puntos para la meditación y las sinopsis de las instrucciones, todo ello escrito de prisa y al día. Algunos de estos fragmentos, sin la vida y color que él les prestaba, traerán á la memoria de los que se los oyeron, las conmovedoras conferencias de aquel humilde religioso. Por fin, un diario espiritual, comenzado en 1856 y terminado en 1862, nos permitirá penetrar en el santuario de su alma, cerrada con tanta discreción á las miradas de los hombres.

Las notas íntimas y personales no siempre son pintura fiel y exacta del alma: frecuentemente presentan nada más que un ideal entrevisto pero no realizado: por eso decía cierto religioso, que él acostumbraba quemartodos los años el diario de sus apuntes espirituales, por miedo de que le tuvieran por gran santo después de su muerte. A este sentimiento de modestia obedecía sin duda el P. Ginhac al arrojar al fuego en su postrera enfermedad muchos de sus apuntes espirituales. ¡Irreparable pérdida!: porque, como se verá, su vida era la expresión de las santas aspiraciones de su corazón. Lejos de darnos ese diario una idea exagerada de su virtud, de seguro nos hubiera descubierto aspectos nuevos, desconocidos, de su vida interior y de las gracias extraordinarias cuyo secreto se llevó consigo.

Ojalá que este trabajo, que por las circunstancias no hemos podido hacer con toda la diligencia que merecía,

reproduzca con bastante fidelidad la imagen y prolongue en cierta manera el apostolado del que fué modelo y maestro, al mismo tiempo, de las almas deseosas de perfección.

Castres, 31 de Julio, de 1900, fiesta de San Ignacio.

PRÓLOGO DE LA SEGUNDA EDICIÓN (1901)

Al fin sale la segunda edición de la *Vida del P. Ginhac* después de varios meses de espera: es parecidísima á la anterior, á pesar de haber recibido muchas de las cartas del siervo de Dios y relaciones ricas y abundantes en rasgos de virtud observados en el P. Ginhac. Las dolorosas preocupaciones de la hora presente no nos han dejado utilizar tan preciosos documentos. Creemos que nuestros lectores nos agradecerán el que publiquemos los juicios de varios señores Obispos. Sentimos no poder también publicar los de tantos sacerdotes, religiosos y seglares, que nos han comunicado el bien que ha hecho á sus almas la lectura de tan celestial vida.

Que el siervo de Dios continúe su apostolado hablando á cuantos vienen á buscarle en estas páginas. Dígnese también interceder por los religiosos perseguidos, y especialmente por sus hermanos, que tienen la pena de dejar en manos extrañas esta residencia y esta iglesia impregnadas aún del perfume de sus heroicas virtudes.

Castres, 14 de Septiembre, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, 1901.

PRÓLOGO DE LA CUARTA EDICIÓN (1906)

Hoy más que nunca, desea conocer el lector las fuentes de la historia que lee; y tanto más lo desea, cuanto más maravillosos son los hechos que se le narran. Como el deseo es razonable y legítimo, hemos de satisfacerle gustosos, pues la vida del P. Ginhac es de esas que por la continuidad de su heroísmo parecen caer fuera de la realidad.

Las virtudes del siervo de Dios han sido objeto de muchas y numerosas *informaciones* en vida del siervo de Dios é inmediatamente después de su muerte, cuando impresiones y recuerdos se conservaban vivos y frescos, y no habían sufrido la influencia del tiempo que agranda inconscientemente los héroes é idealiza la historia. Y todas estas informaciones nos le presentan como hombre celestial, sin que la más leve sombra oscurezca el brillo de sus heroicas virtudes.

La primera *información* la hizo el que nos ha proporcionado los documentos más ricos para esta vida. Casi veinte años antes de que muriera el P. Ginhac, comenzó á recoger datos, preguntando á los parientes del Padre, amigos de la infancia, hermanos en religión, á todos aquellos á quienes había formado en la Compañía y á todas las Comunidades religiosas á quienes había dirigido. Si estas investigaciones se hubiesen hecho acerca de otro y no acerca del P. Ginhac, hubiesen indudablemente provocado las censuras de la crítica; pero tanta era ya entonces la reputación y fama del P. Pablo, que nadie, por severo que fuese, tuvo este celo por prematuro.

La segunda *información* se hizo al día siguiente de la muerte del siervo de Dios. Con la relación de sus últimos momentos, y con la carta que en elogio del difunto escribió el Muy Rdo. P. General, el P. Provincial de la Provincia de Tolosa dirigió á los discípulos del P. Ginhac una

circular rogándoles le comunicasen cuanto recordaran acerca del Padre, para escribir una vida de su venerado maestro. De todas las partes del mundo comenzaron á llegar en seguida conmovedoras cartas, tributando de común acuerdo un filial homenaje á la santidad del difunto.

La aparición de su vida dió lugar á la tercera *información*. Deseando nosotros pintarle al natural, sin paliar las debilidades humanas ni exagerar sus virtudes, dirigimos una nueva invitación á los testigos. Les preguntamos si había algo que quitar ó que añadir al retrato. Y nos respondieron: *He reconocido muy bien al hombre de Dios, tal cual le había conocido en Castres, y he experimentado las mismas piadosas impresiones que su presencia producía siempre en mí.* (Rdo. P. Roulleau, Superior de la Misión de Siria).

El mismo sentimiento se expresaba en otras muchas cartas. Por lo que hace á los elogios, nadie puso reparo ni restricción alguna; antes en algunas partes encontraron que *el retrato era inferior al original, y que no reproducía con todo su esplendor el ideal de santidad que resplandecía en la vida del siervo de Dios.*

Las esperanzas de introducir la causa del P. Ginhac brotaron en los corazones desde el primer momento; esperanzas que crecieron cuando el Muy Rdo. P. General invitó en 27 de Marzo de 1901 al mismo Rdo. P. Provincial á preparar tan fausto acontecimiento. Esta invitación fué causa de la cuarta *información*. Se suplicó á las congregaciones religiosas que testificasen en favor de su antiguo director. A pesar de la turbación y desolación en que las ponía la sacrílega ley de Junio de 1901, respondieron muchas al llamamiento. En sus testimonios escritos, firmados y sellados con el sello de la casa, las religiosas que mejor habían conocido al Padre, proclaman unánimemente, después de haber leído su vida, *que todo cuanto en ella se decía de su humildad, de su caridad y de las demás virtudes, les parecía conforme con la verdad.*

A fines de Julio de 1901, sometióse al examen de la

Congregación provincial un voto ó súplica, cuya discusión equivalía á la más *seria información*. En efecto, los cuarenta Profesos allí reunidos eran todos ellos discípulos ó compañeros en la carrera, del P. Ginhac, habiendo, por consiguiente, podido apreciar su mérito y virtud durante largos años. Todos aprobaron por unanimidad la súplica ó moción, pidiendo humildemente que se incoasen los procesos ordinarios informativos acerca de las virtudes de aquel á quien siempre consideraron como santo.

Este proceso tan deseado, comenzado en los primeros días de Enero de 1902, toca ya á su fin. Sabido es que las declaraciones que con este motivo se hacen, están aún bajo el secreto más absoluto. Pero las pesquisas é indagaciones hechas vienen á formar la quinta y última *información*; y ésta, lo mismo que las precedentes, ha añadido nuevo brillo y esplendor á la santidad del siervo de Dios.

Esta es la historia de los documentos. Nadie podrá leer este libro, sin que reconozca que teníamos sobrados fundamentos para decir lo que decíamos al frente de la tercera edición:

«La biografía del P. Pablo Ginhac es obra de sus discípulos y de sus amigos. Puede con verdad decirse que ellos son los que hacen revivir al siervo de Dios; le pintan al natural, tal cual le vieron y oyeron. Las emociones de su alma las trasfunden á las páginas de este libro, dándoles un encanto arrebatador. Aunque no puede dudarse que toda su penetración y eficacia se debe á la influencia misma del venerado Maestro. Lo mismo que cuando vivía, su aspecto dulce y grave, y su palabra sencilla y enérgica domina las almas y las lleva á Dios.

Quiera el cielo que con esta nueva edición prosiga el P. Ginhac su misión y continúe trabajando más eficazmente aún para establecer en los corazones el reinado del Rey divino y de su Santísima Madre, la Virgen Inmaculada.

A 25 de Marzo de 1906, fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora, s'Heeren-Elderen, junto á Tongres, (Bélgica).

DECLARACION DEL AUTOR

En conformidad con el decreto de Urbano VIII de 13 de Marzo de 1625, explicado y confirmado á 5 de Junio de 1631 y 5 de Julio de 1634.

Huic decreto eiusque confirmationi et declarationi observantia et reventia qua par est insistendo, profiteor me haud alio sensu quidquid in hoc libro refero accipere aut accipi ab ullo velle, quam quo ea solent quae humana dumtaxat auctoritate non autem divina Catholicae Romanae Ecclesiae aut Sanctae Sedis apostolicae nituntur: iis tantummodo exceptis quos eadem Sancta Sedes Sanctorum, Beatorum aut Martyrum catalogo adscripsit.

CAPITULO PRIMERO

Infancia y juventud del P. Ginhac (1824 á 1843)

I. Familia y pueblo de los Ginhac.—II. Nacimiento de Pablo; su primera educación.—III. Luchas y combates de Pablo en el colegio de Mende, y en el seminario menor de Chirac y de Mende.—IV. Su vocación, última crisis y conversión maravillosa.

I

Pedro Pablo Hipólito Ginhac nació en El Mazel, cerca de Serverette, diócesis de Mende. Serverette es un pueblo de unas 800 almas situado en la carretera de Mende á San Chély; y Mende, una ciudad del antiguo Gevaudán, al Sudeste de Francia, colindante con el Velay y el Vivarais que tanto ilustró San Juan Francisco de Regis con sus apostólicas correrías. Hoy día Mende es capital del Departamento de la Lozére.

Acerca de Serverette, escribía en 10 de Mayo de 1879 el Canónigo Miguel, antiguo Párroco del pueblo:

«Consérvase admirablemente la fe en este país. Sus habitantes llevan todavía una vida retirada, entregados á la industria de tejidos, que les proporciona con abundancia lo necesario para vivir. No hay entre ellos emigración. Los hijos crecen y se desarrollan trabajando á vista de sus padres, sin que conozcan otras fiestas que las de la Religión y de la Iglesia. ¡Cuán feliz me sentía yo al oir los cánticos religiosos de aquellos aldeanos resonando por valles y colinas! Estos eran sus únicos cantares. Al primer sonido de la campana, acudían presurosos á la iglesia, no cansándose de estar en ella.

»Entre las numerosas familias patriarcales de la parroquia, siempre se ha distinguido la de los Ginhac.

»A dos kilómetros de Serverette, por el lado del cemen-

terio y junto á la falda del monte, se ve una casa modesta y sencilla en su exterior, pero que ha sido siempre morada de religión y piedad: la llaman *El Mazel*, y de ella han salido muchos sacerdotes y religiosos.»

Con más pormenores y detalles nos describe la patria del siervo de Dios un peregrino del Mazel [1]:

«Habiendo salido de Mende á las cuatro de la madrugada, á las tres horas de camino y poco antes de llegar á Serverette, me encontré con la senda que conduce al Mazel, casa de los Ginhac. Es el Mazel una alquería ó casa de labranza muy grande, donde hay habitaciones para los dueños, trojes para el grano y cosecha, establos capacísimos para el ganado. Está situado en el fondo de un estrecho valle, casi casi á la vera de un riachuelo que dicen el Trueyre. Las cien hectáreas de terreno próximamente que poseen los Ginhac, son en su mayoría prados y pinares. Lo restante del terreno me pareció árido y casi inculto, sin que apenas se viera otra cosa que arbustos y maleza. En una de las cuestas y pendientes que caen al fondo del valle, se ve todavía el trazado de una calle de fresnos viejos; me dijeron que los habían plantado en el siglo pasado, para que pudieran pasearse allí durante las vacaciones los seminaristas del Mazel, actuales y venideros.

»Serverette está en un lugar y paraje amenísimo. Para formarse idea de lo que es, sobre todo comparándolo con lo triste y austero de los campos que le circundan, hay que recorrerlo de una parte á otra por los diferentes caminos que cruzan el valle regado por el Trueyre. Las aguas de este riachuelo y las de varios arroyos que, después de atravesar los prados, descienden al río, son tan frescas y cristalinas, tan llenas de vida y movimiento, que es delicioso entretenimiento contemplarlas. Pero aquí está toda

(1) Este peregrino no es otro que el autor de la *Vida manuscrita*, del cual hicimos mención en el prólogo. En Septiembre de 1878 visitó á Serverette y El Mazel; registró los archivos de la parroquia y del pueblo; se informó de los antiguos criados, parientes y amigos de la familia; y recogió también preciosos documentos.

la hermosura y amenidad de la comarca. Apenas se remontan las cuestas y se sale del valle, descúbrense á lo lejos terrenos pedregosos y pinares muy ralos por un lado, y por el opuesto, bloques y peñas amontonadas en medio de campos estériles.

»El registro ó libro más antiguo de los archivos de Serverette es el *Livre des compoys et cadastre de la ville et paroisse de Serveyrète.* Comienza el 7 de Junio de 1549, y, desde esta fecha, un tal Juan Ginhac vive en el Mazel cerca de la Iglesia de San Juan. En 1590 vive todavía, y á partir de este año, los libros de fe de Bautismo y demás libros parroquiales nos permiten formar el árbol genealógico de los Ginhac ó Giniac del Mazel [1].

»Tanto los Ginhac como los vecinos de Serverette, eran bautizados «en la iglesia de San Juan;» y eran también enterrados «en el cementerio de San Juan.» Unos ancianos del pueblo me dijeron que la actual iglesia de Serverette es la antigua capilla del *Castillo* [2] agrandada, y que antiguamente la única Iglesia parroquial del lugar, fué la iglesia prioral de San Juan. Y añadían que «la familia Ginhac era quien guardaba en otros tiempos las llaves de la iglesia.» Los Ginhac eran los únicos que vivían al lado de esta iglesia, siendo por esto mismo sus naturales custodios. Y es muy digno de observarse, que el Mazel, casa eminentemente sacerdotal, parece haber tenido

(1) He aquí el orden con que se han sucedido los jefes de la casa: Juan (1549-1602); Pedro (1602-1631); Guillermo (1631-1672); Pedro (1672-1715); Juan (1715-1755); Juan (1755-1785); Juan Bautista (1785-1815); Juan Antonio (1815-1846); Juan Bautista (1846-1865); y Augusto Juan Bautista, que aún vive.

Como la mejor y más excelsa de todas las noblezas es la santidad, apuntaré las familias que sucesivamente han venido uniéndose con los cabezas de familia de los Ginhac, desde fines del siglo XVI hasta el presente. Son las siguientes: Chabert, Salanille, Solignac, Bonnet, Roussel, Nonc, Fabre, y Vaniére. El abate Pablo Ginhac, sobrino del siervo de Dios, ha encontrado en los archivos de la parroquia de San Dionisio (Saint-Denis), donde es vicario, otra rama de la familia Ginhac, que figura allí desde 1372.

(2) Daban los de Serverette el nombre de *Castillo* á una casa grande, que por su situación dominaba al pueblo. En 1899 era convento de Ursulinas.

derecho de nombrar vicario, con cuya ayuda pudiesen contar, en aquellos tiempos en que los Priores fácilmente se dispensaban de residir.» (1)

Al llegar los tristes días de la Revolución francesa, sacerdotes y fieles perseguidos encontraron en el Mazel un asilo siempre abierto y seguro. «La casa del Mazel, escribe la Superiora del convento de Santa María de Marvejols, sirvió de refugio á los sacerdotes proscritos, y á ella acudían los de Serverette y sus cercanías para aprovecharse de sus sagrados ministerios. Magdalena None, abuela del P. Ginhac, y anciana venerable, decía á sus nietos: «Hijos míos, podríais arrodillaros en cualquier rincón de casa, porque no habrá ni uno solo donde no se haya administrado algún sacramento.»

Y M. Augusto Charbonnel dice: «Durante la Revolución, los Ginhac del Mazel tuvieron siempre ocultos en casa algunos sacerdotes. Muchas veces me ha hablado de esto Víctor, padre de nuestro Pablo; diciéndome además que él era el único que estaba enterado del sitio en que se ocultaban. Uno de los establos sirvió más de una vez para decir misa. Mi madre se llamaba Felícitas Ginhac, y por ella supe que los revolucionarios la apretaron la garganta en el campo para obligarla á descubrir el sitio donde se escondían los sacerdotes, ó quiénes de ellos habían venido al Mazel.

El Mazel, que fué asilo de proscritos, tenía que ser semillero de clérigos. Vicente, canónigo, y hermano de M. Augusto Charbonnel, dice haber él conocido cuatro Ginhac, todos ellos sacerdotes ejemplares. Marcelino, Esteban, Vicente y Timoteo: los dos primeros, hermanos; y los otros, hijos del abuelo de Pablo.

---

(1) Los Ginhac parecen haber gozado siempre de muy buena posición. En el libro antes citado tienen desde 1549 el primer puesto entre los Foratas ó Foráneos; y de igual modo, años después, en el sumario del catastro de terrenos episcopales de la villa y parroquia de Serverette, pagan la suma relativamente considerable de 300 libras (es decir pesetas) de contribución episcopal, y 105 libras de contribución real.

La piedad, la fe, y el afecto á la Religión eran hereditarios en la casa de los Ginhac. Hoy mismo gozan de tal reputación de virtud, que un amigo me decía: «El cielo está esmaltado con santos de la familia Ginhac.»

No menos querida y bendecida de Dios era la familia á que pertenecía la madre del P. Ginhac, Mónica Fabre: En una y otra rama ha sido tan vigorosa y fecunda la savia cristiana, que con sus múltiples vástagos se adornan el mundo, el claustro y el altar. Así es que el niño Pablo siempre tendrá delante de los ojos ejemplos que admirar, y á su inocente y bellísima alma descenderán las gracias y bendiciones celestiales que mereció la sólida piedad de sus antepasados.

II

Juan Antonio Ginhac y Clara Mónica Fabre debían conservar intactas las tradiciones de sus patriarcales familias. Tuvieron doce hijos. Nuestro Pablo fué el séptimo. Nació el último día del mes de María, 31 de Mayo, octava de la Ascensión, en 1824; y fué bautizado el mismo día, con los nombres de Pedro Pablo Hipólito [1].

Juan Antonio y Clara Mónica consagraron á Dios cinco de sus hijos. Uno de ellos, vicario en la diócesis, fué arrebatado en la flor de la vida; dos hijas murieron en la Trapa de Maubec, poco después de haber profesado; otra ingresó en el monasterio de la Visitación; el único que quedó en el siglo fué Víctor, guardando en él cuidadosamente el depósito de la fe legado por sus mayores. Tuvo Víctor ocho hijos; y la dicha de ver consagradas á Dios en la orden de Santa Ursula á tres de sus hijas, y á su hijo ordenado de sacerdote.

(1) La fe de Bautismo del archivo parroquial dice así: «El 31 de Mayo de 1824 nació al mediodía y fué bautizado el mismo día por mí el infrascrito Boulet, Pedro Pablo Hipólito, hijo legítimo del Sr. Juan Antonio y de la señora Clara Mónica Fabre del Mazel.» El Registro del Ayuntamiento dice que nació á las 5 de la mañana.

Era el padre de Pablo hombre recto y sencillo, y cristiano fiel al cumplimiento de sus deberes. El interior de la casa lo describe así Esteban Reversat, antiguo criado en el Mazel: «Trabajé en el Mazel más de quince años: lo veía y oía todo: y sin embargo de ello, nunca advertí disputas ni alborotos: ni riñas entre los hijos. El amo era trabajador, y con nosotros humanísimo. El mismo nos enseñaba el catecismo todas las noches. Por la mañana nos reunía para rezar las oraciones y lo mismo por la noche antes ó después de cenar. Antes de cenar rezábamos ordinariamente el rosario, y después de la cena, las oraciones, las cuales recitaba el padre ó la madre ó alguna de las hijas. También se hacía lectura en un libro, teniendo que oirla todos, sin que nadie pudiera salir. Estos eran los usos que se estilaron siempre en aquella casa.»

Una religiosa de la Visitación de Marvejols refiere, que siendo ella muy joven, solía esconderse en un ángulo de la iglesia para ver rezar al señor Ginhac; pues la postura tan reverente con que lo hacía, la llenaba de admiración.

En cuanto á Clara Mónica, madre de Pablo, era ejemplar en todo, y vigilaba cuidadosa sobre los hijos y sobre los criados. Dadivosa y liberal con los pobres y menesterosos, la gustaba mucho, según cuentan los ancianos del lugar, recogerlos en casa. Casi no se pasaba noche sin que no durmiera alguno de ellos en el Mazel. Pero antes hacía que cenaran bien, dándoles la misma ración que á los criados. Antonio Bouchard, que sirvió también en el Mazel, y luego fué sacristán de Serverette, escribe: «Entré de pastor en el Mazel, en 1814, á la edad de doce años. Mónica que era entonces muy joven respetaba mucho á su suegra, considerándose más bien como hija que como señora de la casa. Nunca la vi encolerizarse; y no porque la faltara vigor ni genio, que era activa y laboriosa. Habiéndose casado una de las dos criadas que tenía, Mónica no quiso buscar otra, cargando ella con el trabajo.

»Tenía sumo cuidado de no ofendernos cuando nos hablaba, y en lugar de mandarnos las cosas, nos rogaba. Si alguno nos reñía, ella nos defendía y excusaba en seguida.

»Mónica llegó á ser más tarde el ejemplo y edificación de la parroquia: todo era virtud en ella; era tenida por la mejor señora de Serverette. Ella es la que atrajo las bendiciones de Dios sobre la casa.

»Todos, dice el canónigo Miguel, la tenían por una santa. Comulgaba todos los domingos. A pesar de ser bastante endeble, no vacilaba en andar á pie y en ayunas, en todo tiempo, el camino que le separaba de la Iglesia, y eso que frecuentemente comulgaba en la misa mayor.»

La Superiora de la Visitación de Marvejols, después de atestiguar esto mismo, añade: «Mónica vivía en continua unión con Dios, y esto es lo que la daba fuerzas para sobrellevar heróicamente las muchas cruces que la envió la Providencia.»

Informado en la vida cristiana con las lecciones y ejemplos de tan excelente madre, crecía Pablo, repartiendo el tiempo entre la escuela y los quehaceres que suelen encomendarse á los muchachos en el campo. De ello se gloriará él como San Vicente de Paúl y el Beato Pedro Fabro. Y en Nuestra Señora de Liesse, estando haciendo los ejercicios de mes, escribirá lo siguiente:

«*Vado piscari*, decía San Pedro á los Apóstoles y discípulos que estaban con él. No se avergüenza de su antiguo oficio. Ni yo ocultaré mi origen, y diré sin ostentación que guardé el ganado de mi padre. Pero Dios me dió en cambio unos padres que eran buenos y sólidos cristianos; de lo cual he de dar gracias á la divina Providencia.»

«En el Mazel, según un testigo ocular [1], todos los hijos (y Pablo entre ellos) hacían lo que se les mandaba; sin quejarse jamás del padre ni del tío: y los domingos nunca

(1) José Pantel, pastor en el Mazel en 1835, y más tarde sacristán de la Iglesia de Fontans.

los vieron en la taberna. Si después de la función religiosa se detenían á hablar con personas de su clase, era brevemente, volviendo al Mazel, como hijos á quienes acompañara su madre. No hubiera tolerado Mónica que ninguno de sus hijos llegara á casa después de la hora señalada. Todo estaba allí reglado y determinado.»

A los nueve años, juzgaron que Pablo tenía suficiente instrucción y piedad para permitirle hacer la primera comunión. El divino Rey de las almas se apresuraba sin duda, á tomar posesión de un alma que el demonio había de disputarle bien pronto y con empeño.

III

Después de haber frecuentado, especialmente en invierno, la escuela de Serverette, Pablo fué á vivir con un tío suyo, cura de Fontans. Dióle éste las primeras lecciones de latín, y luego le enviaron al colegio de Mende, para continuarlo en primer año. Llegó á Mende á fines de Octubre de 1836, es decir, cuando contaba trece años y medio.

Colocáronle, según costumbre, en una casa de toda confianza, y desde el mismo Mazel le proveían de lo más necesario, mandándoselo á sus tiempos por la diligencia de Serverette. La patrona era de edad avanzada, de mucha virtud, y, si hemos de creer á un testigo, modelo entre las mendesas. Mas como el ambiente en que Pablo se hallaba era nuevo y tan diferente del de su casa, hubo de encontrarse nuestro estudiante con peligros de los cuales le hubiera librado la vigilancia y solicitud de su madre.

La dirección del colegio municipal de Mende estaba á cargo de sacerdotes de la diócesis. El abate Moure, párroco de San Dionisio, refiere, que gracias á la energía del Director, abate Delsieux, tanto en las clases como en las casas donde se alojaban los estudiantes, las cuales visitaba frecuentemente el mismo Director, estaba en todo su vigor la disciplina. Con esta vigilancia, Pablo se mantuvo

durante algún tiempo fiel á los buenos hábitos contraídos en el seno de la familia. Pero desgraciadamente murió tan celoso Director, y con él desapareció bien pronto toda disciplina. Los alumnos, repartidos en gran número por diversas casas, podían vivir á sus anchas. Y no es difícil adivinar lo que harían unos jóvenes abandonados á sus propios caprichos y quereres.

El abate Maurín, cura de Grandrieu, va á completar el cuadro: «El éxito de Pablo en los años segundo y tercero, no tuvo nada de brillante. Era Pablo un joven despierto, petulante, y hasta turbulento cuando estaba entre sus íntimos: cuando se hallaba con otros, mostrábase reservado y más bien grave que ligero. Pero á través de aquella su petulancia, se traslucía la buena educación de un hijo del campo, juicio sano y seguro, sangre fría y firmeza de carácter.

»Donde más se desfogaba Pablo era en la hospedería. Pobre Catinetta, (así se llamaba la patrona), si faltaba algo; si á la hora debida no estaba pronta la comida: llovían sobre ella reproches, gritos é injurias sin cuento. Algunas veces, continúa el abate Moure, cogía del brazo á la pobre octogenaria, y aparentaba quererla sacar á bailar. Catinetta entonces se armaba de un tizón, mas no conseguía librarse de su enemigo hasta haberle prometido que les serviría unos dulces á él y á sus compañeros que habían presenciado la escena.

A pesar de esto, hay que añadir según testificó un venerable sacerdote, que Pablo, á diferencia de sus condiscípulos, nunca salía de casa por la noche. Sólo que mientras estos estaban fuera, él se encargaba de meter mucho ruido á fin de engañar á la anciana señorita y hacerla creer que todos sin faltar ninguno se divertían y alborotaban dentro de casa.

En medio de la agitación de las pasiones juveniles, no perdió la fe su señorío en el alma de Pablo. Oigamos al abate Moure, que refiriéndose al mes de Agosto de 1839, dice así:

«Las diversiones ruidosas no tenían para Pablo ni para mí el atractivo de antes. Los dos teníamos dieciséis años. En vez de jugar, dábamos grandes caminatas. Uno de estos días llegamos á un paraje casi desierto; cerca de una choza abandonada vimos un cerezo cargado de cerezas bien maduras. Deliberamos un poco, y se resolvió que había que probarlas. Yo me encaramaría al cerezo, mientras Pablo estaría de guardia. No bien alcanzo las primeras ramas, comienzan á caer piedras sobre nosotros; apareciendo en seguida el dueño que no escatimó las amenazas. Pero al ver que tenía que habérselas con dos jóvenes resueltos, optó por retirarse. Sentámonos al pie del árbol riéndonos de nuestra poca suerte. Calentaba mucho, y Pablo tendióse cuan largo era. Para pasar el tiempo y sin dejar de charlar, se entretenía en cortar con el cortaplumas un pedazo de madera. De pronto tórnase pálido y se desmaya. Le levanto, le muevo un poco, y vuelve en sí. Pero el susto no se nos pasó tan presto. Se le había ido la mano; y la punta de la navaja yendo á parar sobre el corazón le había cortado un poco la piel. A las risas del principio sucediéronse reflexiones algo serias.—Decíame Pablo:—«Si hubiese muerto, ¿dónde estaría mi alma?» Y yo, no menos preocupado que él, le respondí: «Y si hubieses tú muerto, tal vez me hubieran acusado á mí de haberte asesinado». Tomamos el camino de Mende, comprometiéndonos á no decir palabra ni de las cerezas ni del cortaplumas.

El abate Moure concluye así: «Pablo y yo hicimos no pocas calaveradas, pero jamás oí salir de sus labios una palabra contraria á las buenas costumbres».

Esto no obstante, las inclinaciones del joven estudiante preocupaban no poco á Antonio, su padre. Y Mónica, su madre, en las temporadas de vacaciones hubo de reconvenirle tierna pero frecuentemente, á fin de reanimar en el hijo las verdades de la fe que con tanto amor le había inspirado cuando niño. Viendo llorar á su madre, claro es que

Pablo haría buenos propósitos, pero no bien perdía de vista el Mazel, todos se desvanecían.

En 1839 resolvieron enviarle al seminario menor de Chirac, de donde aquel mismo año salía Vicente su hermano, para ingresar en el seminario mayor. Entrando de pensionista no tendría ya la libertad de que había abusado en Mende. Tal vez los nuevos condiscípulos, los nuevos maestros, y la disciplina y regularidad que había en Chirac, ejercerían sobre él saludable y benéfica influencia.

Contaban además con lo que sabría animarle y estimularle su hermana Eugenia. Era ésta la primogénita, nacida en 22 de Octubre de 1816, ocho años antes que Pablo; educada primero bajo la severa disciplina del ama de su tío el abate Vicente Ginhac, cura de Lafage; y luego, en el pensionado que las monjas salesas tenían en Marvejols, de donde ya no quiso salir, ni probar otro yugo que el del Señor, pues tan suave le había encontrado. Entró en el noviciado á la edad de veinte años, y profesó el 27 de Septiembre de 1838. Día vendrá en que Pablo la diga: «Te debo toda mi felicidad». Fué en efecto para él una segunda madre.

Está Marvejols á cuatro km. de Chirac. Pensaban los padres de Pablo que éste iría de tiempo en tiempo á ver á Eugenia, y que así sentiría el dulce ascendiente de su virtud. Pero les salieron fallidas sus esperanzas. En la primera visita que hizo á la hermana, poco después de comenzado el curso, se quejaba ya de la esclavitud á que le habían sometido, afirmando serle insoportable. «Me asfixio entre aquellos muros»—la decía.—Otras veces se quejaba de la comida. «Es detestable—decía,—no nos dan más que pan y nueces». La conclusión de tamañas exageraciones era siempre la misma. «Que escribiese al padre, para que sacándole de Chirac le llevase de nuevo á Mende; porque en el seminario no podía vivir».

Sor María Filomena informaría sin duda á sus padres del estado de Pablo. Al mismo tiempo se esforzaba con

una bondad verdaderamente maternal por calmarle, animarle y sobre todo aficionarle á la piedad. Pero Pablo fué rebelde á tan sabios consejos. Acabó el curso en Chirac, mas sin grande aprovechamiento de piedad ni de ciencia.

Aquella sed de libertad que le devoraba tenía espantados á sus padres, los cuales en lugar de ponerle, según él quería, como externo en el colegio de Mende, le enviaron de interno al seminario menor de la misma ciudad.

«Por Noviembre de 1840—dice M. Maurin,—entramos en el seminario menor de Mende, asistiendo ambos á la clase de Humanidades. Pablo venía de Chirac, y yo acababa de salir del colegio; le encontré tal cual le conocí en tercero de latín.

»Nuestro profesor de Humanidades no podía sufrir que sus discípulos se peinasen y arreglasen el cabello, ni mucho ni poco; y para despejar la frente no había más remedio que la tijera. Pues bien, un día cuatro de sus discípulos se presentaron en clase peinados con el mayor esmero. El peinado más singular era el de Pablo. Así es que abrió la clase con un solemnísimo *quousque tandem*... del cual nunca me olvidaré. Colores necesitaría yo para representar á Pablo, tieso como un palo, impasible como una roca. Aquella oleada de elocuencia le pasó por encima, sin que desarreglara ni uno solo de sus repeinados cabellos.

»La vida de Pablo en el seminario fué igual á la que llevó antes en el colegio. Su piedad ganó muy poco. Alegre con sus amigos; una palabra ridícula, una extravagancia, una travesura de los condiscípulos le servía de diversión meses enteros.

»Oíamos diariamente misa. Pablo, al entrar en la capilla, se santiguaba y hacía la genuflexión, mejor ó peor; en seguida se arrodillaba, y permanecía durante toda la misa inmóvil como una estatua, sin mover ojos ni labios; más de una vez nos reímos de ello. ¿En qué pensaba todo aquel tiempo? Nadie lo sabía.»

El abate Coste, condiscípulo suyo, y más tarde vicario

general, añade: «Pablo llegó á hacerse famoso por sus travesuras; cosa que no agradaba mucho á Vicente su hermano, que cursaba en el seminario mayor. Como era mayor que Pablo, creyó que podía y aun debía, por caridad, hacerle algunas advertencias. Fueron éstas muy fraternales, pero resintióse de ello el amor propio del culpable, no admitiendo que sólo por tener más años se erigiera Vicente en censor de su conducta».

Menos severo que el de los condiscípulos es el testimonio de los maestros. El canónigo Miguel, que fué vigilante en el curso de 1840 á 1841, dice de Pablo: «Me lo señalaron como colegial sospechoso, así porque venía del colegio de Mende, como por su exterior desagradable. Le vigilé y observé constantemente, pero no vi en él cosa reprensible. No era de los más piadosos; y no obtante esto, trataba mucho con M. Maurin, que era uno de los alumnos más juiciosos del seminario, y es hoy cura de Grandrieu. Escuché no pocas veces sus conversaciones, y versaban siempre sobre asuntos literarios. Esta era, á lo que parece, por entonces su única preocupación; pensaba tomar los grados universitarios».

El año siguiente, fué vigilante el abate Enrique Blanc, Arcipreste de la catedral de Mende. Este venerable sacerdote escribía poco antes de morir: «Conocí á Pablo cuando estudiaba Retórica. Me pareció vivo y ardiente, más por ímpetus y arrebatos que por hábito. Más ordinario era verle preocupado y sombrío que alegre y comunicativo. Decían de él que vivía en el seminario como un extraño; tal vez era efecto de su mismo ensimismamiento. Por lo demás, nunca me dió un disgusto; ni recuerdo haberle tenido que reprender. Siempre le tuve por joven de quien se podía sacar mucho partido; por hombre de poderosas energías; en fin, todo un carácter».

Hay efectivamente que reconocerlo: Pablo no sólo vivía en el seminario como un extraño, sino que permanecía en él por fuerza y contra toda su voluntad. «Como por este

tiempo—dice Moure,—en nada pensaba menos que en ordenarse de sacerdote, se valió de todos los medios para dejarnos. Alto, endeble, muy pálido, hacía del tísico, y hasta fingió que arrojaba sangre. Para esto se desgarraba las encías con un cepillo de dientes muy duro. El médico del seminario cayó en el lazo, y varias veces le envió al Mazel para reponerse. Al terminar la Retórica, me enseñó él mismo las encías, que tenía muy dañadas, y me contó muy por extenso todas sus travesuras de seminario».

Por otra parte, Pablo creía tener sólidas razones para dejar el seminario. Al llegar á los dieciocho años, como no sentía ninguna inclinación al estado eclesiástico, pensó en otra carrera, y resolvió graduarse de bachiller. Pero sus padres se oponían á este cambio; y el resultado final fué que Pablo, sacudiendo la pereza, se entregase completamente al estudio. En estos dos años, estudió con más ardor y vió coronados sus esfuerzos con éxito feliz. Así es que por Enero de 1843, pudo contestar á los Padres jesuítas que le examinaron, y tuvieron por admisible en la Orden: «En Humanidades tuve el tercer puesto entre diez y ocho condiscípulos, y saqué algunos premios».

Y el abate Maurin dice: «Tuvimos de profesor en Retórica un hombre capaz y de disposición, algo entusiasta, y que acertó á comunicar parte de su entusiasmo á varios de los discípulos. Pablo trabajaba, y aun logró buenos resultados. El día de la distribución de premios leyó una composición que fué muy aplaudida. Un tío suyo, ochentón por más señas, que poco después fué á morir á la Trapa, le felicitó, diciéndole delante de la numerosa concurrencia: *Perge quo coepisti!* Adelante por el camino comenzado».

IV

El camino que el laureado joven se proponía seguir, era bien distinto del que Dios le tenía señalado. Después de la distribución de premios, volvió á pie al Mazel en com-

pañía de su amigo Moure, haciendo resonar montes y valles con las detonaciones y descargas de una pistola que para el caso se había procurado. Sus proyectos para adelante eran marchar á Lión y entrar en un comercio.

Mas ¿dónde encontrar recursos para el viaje? Una reunión que iban á tener los de la familia, le pareció propicia ocasión para lograrlos. Toda la parentela había acudido al Mazel para festejar la primera misa de un nuevo sacerdote. Pablo pidió dinero a su padre; pero recibió una repulsa. Entonces sin duda fué, cuando le ocurrió la idea de solicitar el empleo de administrador del marqués de la Baume.

El alma, pues, y el espíritu de nuestro estudiante habían sido fascinados por el brillo mundano, pero su vida y costumbres eran intachables. Tal es la persuasión del peregrino del Mazel, fundada en numerosos testimonios. «Por más vueltas y rodeos que dí—escribe,—y á pesar de mil industrias que empleé, ni uno solo de aquellos á quienes pregunté me dijo la más mínima cosa que pueda empañar la fama de Pablo durante su juventud.» Todos me respondían: «Vivaracho, despierto; pero malo, no».

«Aunque no olvidó las verdades de la fe que había aprendido—dice una relación de Marvejols,—no soñaba más que en gloria y en placeres. Llegó á no querer ni oir hablar de Dios. Habiéndole enviado una hermana suya un escapulario, Pablo lo arrojó en medio del cuarto, diciendo que jamás se lo pondría. Su hermano, el abate, hacía lo indecible para quitarle aquellas ideas, sobre todo la que tenía de irse á París para vivir á sus anchas, como él decía. Tiempo perdido: Pablo acabó por enfadarse con su hermano, sin quererle hablar ni ver más.»

Por Octubre estuvo con su hermana la Salesa, y la declaró su firme y decidido propósito de dejar el Mazel. «Antes que quedarme allí—la decía—iré á sentar plaza». Sor Filomena procuró calmarle, hablándole con amor y dulzura; pero viendo que no conseguía nada, le dijo con tono

grave: «¿Y qué será de nuestra pobre madre?» «No importa—respondió Pablo;—quiero partir á todo trance».

Semejantes tendencias aterraron tanto á dos sacerdotes, tíos de Pablo, que llegaron á decir: «Si á este muchacho le da por lo malo, será peor que Calvino». Otra relación pone en labios de Mónica estas palabras: «Hijo mío, si te das á la virtud, adelantarás muchísimo; pero si te tuerces, serás otro Calvino». Fácil es adivinar las congojas y temores que causarían en madre tan piadosa estas aspiraciones de su hijo. Profundamente apenada al verle en tan terrible lucha, decíale frecuentemente: «Al menos, hijo mío, salva tu alma».

El *Quid prodest homini* del Evangelio, dicho por San Ignacio, estuvo resonando varios meses en los oídos de Francisco Javier antes de convertirle. Y el *Salva tu alma* de Mónica, si bien no logró derrocar aquel duro corazón, dejaba en él huellas profundas é indelebles. Después de muchos años, en 1865, cuando Pablo era ya el P. Ginhac y Maestro de novicios de Tolosa, escribía á 4 de Mayo: «Fiesta de Santa Mónica. Ella obtuvo la conversión de Agustín á fuerza de lágrimas y oraciones. Y yo, nuevo Agustín, debo la mía á las lágrimas y oraciones de otra nueva Mónica».

Pablo no anduvo extraviado como Agustín; pero el infierno hizo los mayores esfuerzos para arrebatar á Dios el alma de un Santo. Diríase que un poder oculto y misterioso le arrastraba lejos del Mazel y de Mende. Sor Filomena, después de aquella tan dolorosa entrevista, comprendió ser imposible detenerle. Se contentó, pues, con inducirle á que, antes de partir, visitase al abate Moré de Charaix, que estaba entonces en su castillo de Cheminade [1]; pues este dignísimo sacerdote podría con sus conse-

(1) El conde de Moré de Charaix había nacido el 26 de Junio de 1812 en el castillo de Cheminade, y murió en Mende el 19 de Septiembre de 1852. Convertido durante una misión dada por el P. Jouve en Saint Chély por los años de 1835, fué algún tiempo después á hacer ejercicios en Vals, junto á

jos é influencia facilitarle el logro de sus intentos. Pablo prometió hacer lo que se le aconsejaba. Y Filomena redobló sus oraciones y penitencias, rogando además á otra monja, compañera suya, por nombre María Bourrillon, insigne por el fervor y espíritu de mortificación, que la ayudara á alcanzar de Dios la vuelta de aquel hijo pródigo.

El abate Charaix era, en efecto, quien, según los designios de la Providencia, había de ayudar á Pablo, no para obtener un puesto en el mundo, sino para orientarse y dirigirse hacia un fin que ni Pablo ni él habían previsto. Fiel á la palabra dada, Pablo fué en busca de su protector, y le contó todos sus ensueños y proyectos. El virtuoso abate, informado ya de antemano, mostró al joven mucho interés por sus cosas; manifestóle luego, que, teniendo él que volverse á Mende, á causa de una misión que estaban dando los PP. Jesuitas, le invitaba á que le acompañara. Pablo no pudo excusarse. ¿Tenía intención de aprovecharse de los sermones de los misioneros? (1)

Indudablemente que no. Así lo dice la Superiora de Marvejols: «Resolvió ir á oirles para tener materia que refutar y de que burlarse en medio de las risas de sus amigos».

Pero allí era donde le esperaba Dios, movido de tantas lágrimas y oraciones.

«Sintióse sobrecogido, y si vencido no, al menos conmovido. La conversión completa no se verificó hasta el último día, en la ceremonia con que se cerraba la misión. Recorría las calles de la ciudad una larga procesión. Pablo la seguía de lejos. Al llegar á la esquina de una calle, encontróse frente á frente de un Santo Cristo que llevaban en andas unos caballeros. Pablo mira y vuelve á mirar la imagen del Redentor Crucificado; le parece que de aquel

---

Puy, y en ellos resolvió abrazar el estado eclesiástico. Ordenado de sacerdote en Roma el 5 de Junio de 1841, dirigió en seguida en París hasta fines de 1845 las catequesis de San Luis de Antin. En Octubre del 42 estaba terminando las vacaciones de verano en Cheminade, á 5 km. de Serverette.

(1) La misión duró desde el domingo 23 de Octubre, hasta el 24 de Noviembre de 1842.

santísimo y divino rostro brotan rayos de luz que vienen derechos á él y penetran hasta lo más íntimo de su ser. Tiembla: ríndese y exclama: «Desde este momento no quiero pertenecer más que á Dios».

Como el suceso es de los más importantes de la vida del siervo de Dios, me ha parecido bien reunir aquí varios testimonios que lo confirman. Entre las monjas de la Visitación había tres muy ancianas que oyeron de boca de Sor Filomena el relato de la conversión. Muerto el P. Ginhac, mandólas la Superiora que pusieran por escrito cuanto recordaran, pero sin convenio ni previa consulta entre ellas. Sus declaraciones, firmadas y selladas con el sello del monasterio, son como siguen:

La de Sor María Antonieta Mazelie: «Sor María Filomena me dijo un día: Después de terminada la misión, Pablo vino á verme. Apenas entró, me dijo: «Ya esto se acabó, hermana mía; quiero entregarme por completo á un Dios tan bueno, y entrar jesuíta. Me voy al noviciado de Avignon». Yo no podía creer tan súbita mudanza: lloraba copiosamente. «Pero, Pablo—le dije al fin,—¿qué te ha pasado?» «En la procesión con que se cerraba la misión, al volver de una esquina, vi un Santo Cristo muy grande que llevaban en andas unos mozos. Y de repente me pareció que el Crucifijo estaba resplandeciente con una luz que me hería y traspasaba el corazón. Tuve que bajar los ojos, y me sentí todo trocado interiormente. No me conocía á mí mismo. Desde entonces estoy dispuesto á darme enteramente á Dios».

Sor María Bernarda Castan, después de haber contado cómo la sagrada imagen aterró á Pablo, añade: «La Hermana Sor María Filomena estaba persuadida de que la luz que le hirió fué á la vez interior y exterior».

Sor María Arsenia Bardol dice: «El Salvador en su misericordia miró al joven. Pero ¿qué mirada fué ésta? Este es el secreto de Dios y del Padre, que se lo llevó consigo al sepulcro».

EL GRAN CRUCIFIJO DE LA CATEDRAL DE MENDE

cuya vista convirtió á Pablo Ginhac

Túvole, en efecto, siempre encerrado en su pecho. Aunque quiso Dios que en dos ocasiones nos le dejara entrever.

En una importante Memoria, que hemos de citar más tarde, dice la Madre Teresa de San José, Priora del Carmelo de Tours: «El P. Ginhac dijo á una persona que se hallaba en gran desolación, para consolarla: «A mi vocación fuí atraído con tanta fuerza, que todo el mundo armado contra mí, no hubiera podido hacerme vacilar. Bajo esta influencia divina entré en la Compañía; y una vez Dios Nuestro Señor me dió á entender que me llamaba á la perfección, y que arribaría á ella.» Estas últimas palabras las repitió el Padre Ginhac dos veces».

A esta confidencia hecha en Tours, podemos juntar lo que el mismo Padre, estando en Liesse, escribió en un papel que por suerte se ha conservado. Dice así: «Después de la conferencia, calma y gozo... Conclusión: he visto que en mi conversión ha habido algo milagroso, y que Dios ha sido muy misericordioso para conmigo.»

¿Qué conferencia era la que ocasionaba estas líneas? Unas notas tomadas á vuela pluma por el mismo Padre nos lo dirán. El P. Fuillot les había hablado de las señales para distinguir lo sobrenatural milagroso. Y al recomendarles circunspección en esta materia, les había dicho: San Ignacio era de parecer que de cien personas de éstas, padecen ilusión las noventa y ocho. Sin duda que no debemos rechazar todo lo maravilloso, pero hay menos de lo que se cree. Hay autores demasiado crédulos: nosotros busquemos el dedo de Dios: *Digitus Dei est hic*... No decidamos en pro y afirmativamente, sino cuando aparece visiblemente el poder de Dios... *Manus Domini fecit haec*... *Fecit potentiam in brachio suo*...

Mientras oía estas enseñanzas, se acordaba indudablemente el P. Ginhac de la procesión de Mende, del Santo Cristo, y de aquella luz divina que le trocó el corazón. Y con ayuda de los principios expuestos, pretendía indagar

la naturaleza de aquel favor que Dios le había hecho. Y en vez de inspirarle desconfianza aquellas reglas de prudente reserva, le llenaban más bien de seguridad inquebrantable, y quería conservar su recuerdo. Por eso escribe: «Después de la conferencia, paz y gozo... Debo concluir; que en mi conversión ha habido algo de milagroso.»

Sí; la conversión de este hijo pródigo fué obra del poder y misericordia divinos, que preparaban en él un vaso de elección para la gloria del nombre de Jesús.

Vencido por el poder de la gracia, fué á arrojarse á los pies del P. Jouve: le descubrió toda su alma, y le pidió que le admitiera en la Compañía [1]. El misionero lo puso en conocimiento del Rdo. P. Provincial, y mientras llegaba la respuesta, le mandó que se pusiera bajo la dirección de su hermano, el abate Vicente, después de haberle pedido perdón de rodillas.

El recién convertido obedeció sin réplica, y lo hizo con tanta simplicidad y humildad, que el abate Vicente solía decir más tarde: «Si yo no hubiera tenido fe, lo que entonces vi me la hubiera dado: tanto me impresionó ver á un joven poco antes tan altivo y soberbio, que quería dominar á todos y no ser de nadie aconsejado, dar un paso tan humillante y tan penoso para él.»

El P. Provincial, no fiándose acaso de conversión tan repentina, le exigió una prueba imponiéndole un plazo. El pretendiente tuvo que reanudar sus interrumpidos estudios. Pero muy pronto, gracias á sus vivas instancias, secundadas sin duda por el abate Charaix, se le autorizó para seguir el llamamiento del sumo y divino Capitán. Al fin, y durante todo el viaje, el demonio le dió rudos asaltos; pero á la postre quedó vencido.

(1) El P. Enrique Jouve nació en Lión el 11 de Febrero de 1801, entró en la Compañía el 20 de Marzo de 1821, y murió el 25 de Mayo del 78. Estudiando derecho en Grenoble, fué milagrosamente convertido por las oraciones de su hermana, Luisa Jouve, religiosa del Sagrado Corazón, que acababa de morir en olor de santidad; poco tiempo después, en conformidad con los deseos frecuentemente manifestados por Luisa, entró Enrique en la Compañía.

Años después, cuando el siervo de Dios se acuerde de sus propias infidelidades y de las misericordias divinas, escribirá lo siguiente:

«¡Oh misterio, oh misterio incomprensible! El número y la malicia de mis pecados, la misericordiosa bondad de Dios, la insensibilidad de mi corazón.» (1855).

Y en otra parte: «He pecado, y he pecado mucho; por consiguiente, he despreciado la infinita Majestad de Dios. ¿No es, pues, necesario que, en reparación de estos ultrajes, sea yo despreciado, y despreciado de todos? He merecido ser cubierto de infinito desprecio, ser despreciado de Dios; ¿no es, pues, necesario que yo desee ser objeto de desprecio para todas las criaturas, por la gloria de Dios? Desprecios, oprobios, ignominias, á mí! á mí!» (Junio de 1860).

CAPÍTULO II

Formación Religiosa (1843 á 1855)

1. El noviciado: fervor del H. Cinhac. — II. El magisterio en el huerfanato de Ben Akmoun: un favor del cielo. — III. El escolasticado de Vals en 1848: virtudes del escolar. — IV. El sacerdocio: El P. Cinhac socio del Maestro de novicios; una visita al Mazel.

I

Entró Pablo en el noviciado de Aviñón el 4 de Enero de 1843, octava de los santos Inocentes. Era entonces Rector y Maestro de novicios el P. José de Jocas; ministro, y á la vez socio ó ayudante, el P. Pío de Blacas. De los 44 novicios que había en el noviciado, 12 eran sacerdotes, y entre ellos estaba el P. Jeanjacquot, de buena y santa memoria en la diócesis de Montauban. Teólogo y profesor eminente, escritor no menos docto que piadoso [1], director de exquisita prudencia, y Rector del Seminario Mayor, había formado en las virtudes propias del sacerdocio á una generación entera. Como tenía más edad que sus connovicios no sacerdotes, podía perfectamente juzgarles. Este Padre decía del P. Cinhac en 1884: «Todavía me acuerdo de cuando el H. Cinhac entró en el noviciado: me parece estar viendo aún aquel joven de elevada estatura, de porte tímido y hasta encogido, con las apariencias y formas exteriores de un muchacho del campo. Esto fué lo que en un principio me llamó la atención en él: sus modales algo rústicos. Pero á los pocos días, me había proporcionado ya materia de grande admiración, su estricta observancia, propia de un perfecto novicio de la Compañía de

(1) Téngase por obra maestra el opúsculo suyo intitulado *Explicaciones sencillas acerca de la cooperacion de la Santísima Virgen á nuestra Redencion*.

Jesús. Y no era yo el único que pensaba así: esta opinión y estima era común entre sus hermanos.

»Entre los novicios más edificantes de entonces, se distinguían el H. Sebastián Gaillard, que después fué largo tiempo Rector y Provincial de la Provincia de Lión; el H. Edmundo de Lachaud, bien conocido por sus talentos literarios; el H. Víctor Drevón, celoso propagador que había de ser de la devoción al Corazón de Jesús y de la Comisión Reparadora; el P. Juan Poncet, más tarde Superior muy venerado de la Residencia de Marsella, y otros que podría citar. Pero, á lo que yo pienso, ninguno aventajaba ni acaso igualaba en perfección al H. Pablo Ginhac.

»No se advertía en su modo de obrar singularidad alguna; sino aquella constancia en el exacto cumplimiento de las reglas hasta en sus menores ápices, con lo cual el día, desde la mañana á la tarde, era para él un no interrumpido ejercicio de mortificación y de unión con Dios.

»Donde especialmente se veía haber adquirido en poco tiempo el hábito de la unión con Dios, era en los Ejercicios espirituales; en los cuales, ajeno á todo lo exterior y visible, su profunda reverencia y la suma modestia con que estaba, eran indicio más que sobrado de que el fervoroso novicio se sentía en la presencia de la divina Majestad.

»Entre las ocupaciones con que se prueba la generosidad de los novicios, las hay que repugnan mucho á nuestra naturaleza. Pues bien, nunca noté en el H. Ginhac la menor señal de repugnancia, de disgusto, de dificultad ó vacilación al tener que practicar actos de este género. Desde los comienzos parecía moverse en la virtud como en su natural elemento.

»Inútil es decir que nadie, ni en las palabras, ni en la manera de obrar y de proceder del H. Ginhac, notó faltas y defectos de caridad, de humildad, de obediencia, ni de mansedumbre.

»Como antes dije, no era expansivo. Eran obstáculo pa-

ra ello, su primera educación en el campo, un fondo de natural austeridad, y el cuidado que ponía en vencerse en todo; con todo eso, como nadie ignoraba que su verdadera caridad le ponía siempre á disposición de todos, gustábamos de tratar con él, y yo mismo sentí en mí esta impresión y atractivo.»

El P. Luis Verdier, Superior no mucho tiempo ha de la misión del Maduré, me escribía poco antes de su muerte con mano temblorosa por los muchos años, cincuenta de los cuales había gastado en trabajos apostólicos: «Lo que me edificaba en el H. Ginhac eran su humildad y modestia. Escondíase y callaba gustosa y fácilmente; pero apenas se comenzaba á hablar de Dios, Pablo, tan amigo del silencio, parecía revivir, transparentándose en sus palabras un corazón todo abrasado en amor divino. Observé que tenía ordinariamente los puños cerrados, y comprendí no ser esto efecto de hábitos anteriormente contraídos, sino manifestación inconsciente del empeño y aplicación que ponía en irse á la mano y vencerse.»

Estos dos testimonios son de hombres ya formados, en 1843: oigamos también al Benjamín del noviciado: «Entré novicio á los 16 años, escribe el P. J. Lambron; era, pues, poco capaz para apreciar á los hombres. A pesar de ello, recuerdo la impresión que me causaba el exterior del Hermano Ginhac; todo me parecía perfecto. Me figuro que lo estoy viendo todavía: joven, alto, esbelto, vigoroso, enérgico y siempre lleno de fervor. Era hombre de una sola idea; la del novicio que quiere cumplir perfectamente su deber, ir siempre adelante en la conquista del espíritu del Instituto, sin declinar ni á la izquierda ni á la derecha, dejándose llevar de inútiles reflexiones ó preocupándose de lo que pudieran decir los demás. Añádase á esto aquella serenidad de su rostro, reflejo fiel de la rectitud y generosidad de su alma y de la tranquilidad de su conciencia: siempre del mismo humor y temple: y constante observador de la modestia en la vista...

«El P. Maestro de novicios le dió sucesivamente los cargos de sustituto y admonitor (en España Distributario y Subdistributario), y entrambos los desempeñó con satisfacción de todos.

»Por no hablar de otras mortificaciones suyas, no puedo omitir la fama de penitente que entre nosotros se granjeó con sus frecuentes disciplinas ó flagelaciones.

»No me cabe la menor duda que el P. Ginhac es un santo.»

Mientras que el Hermano Pablo era para todos un modelo de fervor, no se olvidaban en Marvejols del convertido. La Madre Julia de la Rochette, que había sido Superiora en la Visitación de Aviñón, escribió á la Señora Marquesa de Forbin rogándola que visitara alguna que otra vez al joven novicio. Pronto recibió Sor María Filomena una carta: «Te ruego, la decía Pablo algún tanto enojado, que me libres de esas visitas... Déjame vivir oculto y olvidado.»

Cuánto amaba Pablo su casita de Nazaret, lo atestigua una carta hallada providencialmente entre los papeles de la familia Charaix.

«28 de Septiembre de 1843, Aviñón, calle de San Marcos, 14.

«Señor Charaix:

»El vivo interés que V. me mostró en lo tocante á mi vocación religiosa, y el cuidado y solicitud que puso para que yo pusiera en ejecución mi intento, me obligan á enterarle del éxito obtenido. Confieso que lo hubiera hecho mucho tiempo hace, á haber sabido á qué punto de París podía dirigir la carta. Apenas había transcurrido un mes de la partida de V. para la capital, cuando yo, dejando el colegio, tomé el camino de Avignon. He tenido porque congratularme de no haber de ningún modo diferido la realización de mis intentos. Expuesto como estaba á los consejos aduladores de una turba de amigos, partidarios

de la libertad, unos meses tan sólo hubieran bastado para resfriar mi fervor aún muy tierno, y hacerme olvidar mis buenos propósitos, volviéndome á mi antigua vida.

»Ahora, imposible decirle á V. la dicha y los consuelos de que gozo, los cuales parecen ir creciendo á medida que pasan los días del noviciado: no sabría expresar lo que mi corazón siente. Cuando comparo los días pasados en el mundo con mi vida actual, me siento obligado á decir: Ciertamente, Señor, una hora pasada en vuestra casa es preferible á todos los años de placeres que pudiera uno gozar lejos de Vos. Cuán dulce es vivir entre hermanos, y no tener con ellos más que un corazón y una voluntad. Aquí, ya no corro tras los placeres falsos y mentirosos, que no dejan más que turbación en lugar de la felicidad que prometen: un fin más noble, más provechoso y más seguro es el objeto de todos mis deseos. Usted, insigne bienhechor mío, fué el instrumento de que Dios se sirvió para darme a conocer lo que de mí quería, y abrirme los tesoros de su misericordia, llamándome y sacándome del deplorable estado en que me había sumido una juventud borrascosa. Usted comenzó; el P. Jouve acabó. Gracias sean dadas al cielo por ello; gracias también á V. Mi agradecimiento, que no puede ser otro que agradecimiento de oraciones, será suplicar á Dios Nuestro Señor, que la deuda que yo tengo con V., la pague El.

»El noviciado, á pesar de los muchos que se han ido para comenzar los estudios, y de las calumnias que el *Constitucional* y la Universidad esparcen contra la Compañía, aumenta cada día considerablemente. No hace mucho, tuvimos el placer de abrazar á M. Arnouville, de París, á quien V. conoció en Roma.

»No me resta más, Señor Charaix, que implorar el auxilio de sus oraciones, sobre todo la gracia de que se acuerde de encomendarme en sus santos sacrificios. Lo espero todo de V. para mi perseverancia, como lo hice para mi vocación.»

II

El Hermano Pablo tuvo la dicha de ligarse con Dios por los votos que llamamos de devoción, el 6 de Enero de 1844, día de la Epifanía: á fines de Septiembre del mismo año visitó el sepulcro de San Francisco de Regis, poniendo bajo la protección del Apóstol de Velay su juventud religiosa. El 11 de Octubre estaba en la campiña de San Chamand, cerca de Aviñón, donde los juniores estudiaban retórica con un eminente Prefecto de Estudios, el P. Paulino Abelle; y el Hermano Ginhac fué nombrado Bedel de aquel crecido Juniorado. Mas de improviso, el 23 de Diciembre, le vino la orden de partir para Argelia y dirigirse al huerfanato de Ben-Aknoun, cuyo Superior era el Padre Fernando Brumault de Beauregard.

Educar en la fe y amor de Dios á niños pobres y abandonados, instruirles en la agricultura, enseñarles diversos oficios y trabajar de este modo en la colonización de Argelia ganando *irrevocablemente* esta hermosa región para Francia con una conquista muy superior á la de las armas: tal era el pensamiento y deseo de la Compañía de Jesús al crear los huerfanatos de Africa.

Fundóse el primer huerfanato en Danemark, casa de campo del Ilmo. Sr. Dupuch, obispo de Argel; pero juzgándole demasiado estrecho, el P. Brumault compró Ben-Aknoun, antigua casa de baños del Dey (Rey) de Argelia, de recinto mucho más amplio. Muy pronto se reunieron allí centenares de niños franceses é indígenas, españoles y alemanes [1].

El Mariscal Bugeaud mostró á la obra y su director el más constante y generoso apoyo. Al principio no sabía quiénes eran aquellos sacerdotes que Mons. de Alger se ha-

(1) Las Hermanas de San Carlos habían también fundado otro huerfanato para niñas parecido al de Ben-Aknoun; así es que se creyó fácil formar, andando el tiempo, un pueblo cristiano, centro de parroquias católicas.

bía escogido como auxiliares, y que tan bien respondían á la confianza que en ellos había puesto. Creyó, pues, alguien, que sería del agrado del general Mariscal advertirle el peligro á que se exponía protegiendo gente sospechosa. «¿No sabe V.—le dijo—que son jesuitas?» A lo cual el Mariscal, irguiéndose un poco, y en aquel tono resuelto que tan bien le estaba, respondió: «Y eso ¿qué importa? Aun cuando fuesen el mismo demonio; basta que hagan bien á la colonia para que cuenten con mi protección y auxilio.» Entregado por completo á esta obra de colonización, les alcanzaba auxilios del gobierno, y les daba parte del botín cogido en sus expediciones contra los árabes. Hacía frecuentes visitas á Ben-Aknoun; y en una de ellas, como los niños le llamasen padre: «No, no, amiguitos—les replicó; —yo no soy vuestro padre.» Y señalando al P. Brumault, les dijo: «Este es vuestro padre, yo no soy más que abuelo.»

Después de unos cuantos años de prosperidad, la posesión de Ben-Aknoun vino á ser estrecha para tanto niño, y hubo que levantar dos nuevos huerfanatos, sucursales de Ben-Aknoun: uno en Bouffarick y otro en Dely-Ibrahim.

En Dely-Ibrahim hizo los votos del bienio el Hermano Ginhac, á 6 de Enero de 1845; pero hasta fines de Septiembre desempeñó en Ben-Aknoun los cargos de inspector, catequista y profesor de los niños del huerfanato, los cuales llegaban á doscientos.

Hacia fines del año 1847, llegó á Ben-Aknoun el Padre N. Baulard para enseñar árabe á los jóvenes de la Compañía, y encargarse de la dirección espiritual de los niños. Por este Padre sabemos las ocupaciones del Hermano Ginhac en este tiempo, y los ejemplos de virtud que daba á sus hermanos en religión hasta que regresó á Francia.

«El Hermano Ginhac—dice,—cuando yo me encontré con él en 1847, estaba aún en los primeros años de su vida religiosa. Jamás olvidaré la gratísima impresión de

respeto y de confianza que me causó desde que le vi por primera vez.

»Encargado de la instrucción y vigilancia de los huerfanos de la colonia, volvía con ellos del trabajo al caer de una tarde de otoño, precisamente cuando yo llegaba á casa. Tal cual le vi aquella tarde, de pie, y suavemente apoyado en un bastón como el pastor sobre su cayado, con franco y noble continente, y con el rostro respirando sencillez y dulzura, tal permanece grabado todavía en mi memoria. Reconocí en él al inspector modelo, que sabe imponerse á los niños, pero sin dejar de mostrarles siempre amor de padre.

»Pasé con él todo el año de 1848, en que anduvo Francia tan revuelta, y pude conocerle íntimamente. Su alma, pura y sencilla, no conocía fingimientos: nadie mejor compañero que él, ni de trato tan sencillo y amable. Las virtudes en que siempre se distinguió el P. Ginhac, brillaban ya en el Hermano con todo el vigor de su hermosura, y con ese mayor encanto, por decirlo así, que les daba cierta ingenuidad y desenfado: pues como no era aun sacerdote, no se creía obligado á tanta gravedad y reserva. Modestísimo, atentísimo con sus hermanos, prudente y discreto en sumo grado, guardando siempre á cada uno las debidas atenciones, esparcía en su alrededor el buen olor de Jesucristo, y creíamos ver en él la imagen de Jesús en la casa de Nazaret.

»Teníanle en grande estima los Superiores, y atendían cuanto él decía: cualquiera cosa que Pablo pidiera, dábala yo desde luego por alcanzada; tanta gracia y prudencia había en sus palabras; tanta rectitud en sus juicios; tan conocida era de todos la bondad de sus intenciones.

»Su ministerio con los niños fué colmado de bendiciones, como no podía menos de suceder. Estaba encargado de enseñarles la religión y cuanto se estudia en las clases elementales, trabajo á que consagraba más de dos horas diarias. Su abnegación, el ascendiente de su carácter, y su

energía le ganaron bien pronto la confianza y sumisión más completa de los discípulos. Dirigidos por él, hicieron visibles progresos, de lo cual ellos se mostraron siempre muy agradecidos. Muchos años después de haberse marchado el P. Ginhac, hablaban con frecuencia de él en los recreos.

»Lo que le costó al Hermano Ginhac la inspección de estos niños, sólo Dios lo sabe. No es que fuesen ellos difíciles de gobernar: pobres y desheredados, abríase su corazón fácilmente á las lecciones y consejos que se les daban; pero las condiciones materiales en que se encontraban, hicieron sufrir al Hermano Ginhac, todo este tiempo que les vigiló, una especie de martirio, sobre todo en las largas horas que debía pasar con ellos en el dormitorio. Debido, parte al mismo clima de Africa, parte al estado de pobreza en que los niños se encontraban, el aire que en aquellos dormitorios se respiraba se hacía al poco tiempo insoportable. Los asilados, como eran niños y estaban rendidos con el trabajo del campo, no dejaban de dormir; pero su inspector apenas si lograba cerrar los ojos, acometido de insectos y mosquitos que revoloteaban á millares en aquel fétido ambiente. Hacíansele más penosas al virtuoso joven estas noches y vigilias, por verse condenado á acostarse en una cama muy corta, parecida á la de los muchachos, con ser él de elevada estatura. Lo advirtieron los de casa, cuando el Hermano Ginhac había ya regresado á Europa. Quedáronse todos estupefactos ante semejante revelación, mientras que el bendito y mortificado Hermano había juzgado la cosa más natural el guardar silencio sobre una molestia que le duró dos años, y que tan fácilmente se hubiera remediado.

»Sin duda que se animaba á ello todos los días en la oración. Levantábase á las cuatro de la mañana, sin necesidad de que nadie le despertase, y jamás dejó de hacer oración por más de una hora, inmóvil y siempre de rodillas. Se conoce que ya entonces tenía bien entendido el

misterio de la cruz. «En misiones—decía,—y entre gentiles, hay que empezar por sufrir antes de ponerse á predicar.» Su gran deseo era la salvación de los árabes; por eso se aplicaba con todas sus fuerzas al estudio de su lengua, y no perdía ocasión de tratarlos, para mejor conocerlos y procurar ganarles el corazón. Pero le faltó tiempo para ejercer entre ellos el apostolado. Llamado á Francia á fines de Septiembre de 1848, fué á Vals á hacer los estudios eclesiásticos, y ya no volvió á ver á Argelia, región tan querida de él y por cuya salvación hubiera dado la vida gustosísimo.»

Las santas industrias del celoso inspector quedaron muy impresas en la memoria de un antiguo huérfano de Ben-Aknoun, que llegó á ser Coadjutor de la Compañía y misionero de Siria: el Hermano Miguel Baër, que en Mayo de 1895 escribía:

«Tuve al P. Ginhac de inspector en Ben-Aknoun los años de 1846, 47 y 48. Me parece que le estoy viendo con su elevada estatura, su aspecto severo, siempre suavizado por una amable sonrisa. Su presencia imponía respeto; sentíase uno delante de un hombre de Dios. Los niños le querían. Los mejores temían hacer algo menos bueno por no disgustarle; y hasta los peores se decían: «Nuestro Inspector es un santo.»

»Nunca le vi encolerizado, aunque ocasiones para ello no le faltaban entre tantas cabecitas ligeras y con frecuencia poco gobernables. Tenía tacto especial para regir á cada uno según su carácter. A los violentos y arrebatados, como lo noté muy bien, nunca los castigaba en público, ó muy rara vez. Llamábalos aparte, les hacía conocer su falta, les arrancaba un buen propósito, y todo al olvido. Cuando se veía obligado á castigar, veíamos bien la violencia que tenía que hacerse.

»Su castigo predilecto era el *piquet*. Para ello se prestaba admirablemente el extenso patio del *Marabout*, por estar rodeado todo él de plátanos y perfectamente sombreado.

No era raro ver al comienzo de los recreos, de pie y en silencio, un niño en cada árbol. Pero esto duraba poco. Sin perder de vista á los que estaban jugando, iba de árbol en árbol, é inclinándose nos decía sonriendo: «¿Qué tal vamos?» «Bien, Padre; fué por olvido: lo hice sin querer.» «Pues anda á jugar, hijo mío. Y amar á Dios y ser bueno.» De modo que al final de la recreación ya estaban desocupados todos los árboles.

»En invierno usaba un manteo largo, y si paseando por el patio veía triste y afligido algún niño, se le acercaba, le cubría con el manteo la cabeza, y allí, en confianza y de corazón á corazón le preguntaba la causa de sus infantiles penas, y en seguida le consolaba y alentaba, enviándole alegrísimo y animado. Otro tanto hacía con los inquietos y revirados. Los estimulaba á vencer su aviesa condición: á ser bondadosos, pacientes, caritativos con los compañeros; y con este modo de reprender conseguía de aquellos naturales rebeldes más que con todos los castigos.

Su celo era infatigable. En público no dejaba pasar ocasión ninguna de excitar á la virtud á aquella su pequeña grey: pero donde hacía esto maravillosamente era en las conversaciones particulares. Preguntaba á cada cual si tenía rosario y escapulario; si confesaba y comulgaba con frecuencia; y en estas conversaciones era donde se le escapaban palabras tan inflamadas como estas: «Hijo mío querido, ama mucho á Dios Nuestro Señor y á la Santísima Virgen! Huye del pecado! Cuando el demonio te incite á pecar, arrójate en los brazos de esta tu buenísima Madre! Escóndete bajo su manto maternal!» Bajo la influencia de un celo tan industrioso como abnegado, los niños crecían en virtud y buen espíritu, y se acercaban con frecuencia á recibir los Sacramentos.

»Después de comer, visitaba las oficinas y talleres. Siempre llegaba ó con un libro ó con un rosario muy grande en la mano. Ni el calor sofocante ni las distancias le arredraban. Y eso que á veces trabajábamos á media legua de

la casa. Se informaba con mucho interés de la salud de cada uno; si necesitaba alguna prenda de calzado ó vestido, si la merienda había estado buena, y así de otras cosas. No se le pasaba nada. Así es que su despedida nos apenó vivamente, perdiendo como perdíamos en él un Padre inmejorable, y un santo.»

Dedicado por completo y con el mayor cariño á sus huérfanos, mostró en una ocasión el Hermano Ginhac que se expondría por ellos á cualquier peligro. Nos cuenta el hecho el Hermano Luis Rousson: «El Hermano Ginhac acompañaba en paseo á la división de los pequeños, y alguna vez hice yo con él el oficio de 2.º inspector. Un día que estábamos muy lejos de casa, se precipitó furioso contra los niños un toro, irritado sin duda por el color rojo de los pantalones que usaban. Grande era el peligro. Pero el Hermano Ginhac, cuyo valor me llenó de admiración, se fué derecho al toro, y dándole de palos en el morro, logró contener al animal hasta que los niños estuvieron en lugar seguro.»

No dejó Dios sin premio tanta generosidad. Un día, hablando confidencialmente con la Madre Teresa de San José, después de haberla recordado su prodigiosa conversión, la dijo estas palabras: *Durante mi permanencia en Argelia, volví nuevamente á sentir impresiones tan vivas de gracia, que nada en el mundo me parecía difícil de hacer por Dios.* ¿Se manifestó este favor en el Hermano Ginhac con nuevos aumentos de fervor? Es muy creíble, y así se explicaría la opinión de algunos que ponen en este tiempo una especie de transformación y cambio de vida en el Hermano. Penetrado de esta nueva luz, el ferviente religioso se propuso un ideal de perfección más elevado, diciéndose á sí mismo: *Nunc coepi!* Hay por fin que comenzar; con el auxilio de Dios seré otro en adelante.»

¿Cuándo y en qué ocasión se le concedió esta gracia extraordinaria? Nada sabemos. Mas no sería aventurado pensar que fué en los ejercicios de 1846, hechos en la casa

de Argel. Esta conjetura parece confirmarla un papel suelto donde se lee: «27 y 28 de Noviembre de 1846: *Iniquitatem meam ego cognosco!! Benedictus Deus misericordiarum!!* [1] Mi confesión hecha al P. Jouve, al P. de Jocas, y renovada al P. F., no me deja inquietud ninguna. Ayer comencé, y hoy, 28 de Noviembre de 1846, he continuado el examen de gran parte del tiempo pasado en Africa: Todo lo he detallado y determinado: *No me queda ninguna inquietud acerca de toda mi vida!!* El 28 por la tarde y el 29, paz, consolación, confianza en Dios, dilatación de corazón, buena voluntad. En la sagrada comunión, consolación y confianza, buenos deseos, súplicas.»

Esta es la única nota que conservó cuidadosamente de todo aquel tiempo. En los últimos años la solía leer, y aun la ratificó con una frase escrita de su mano los años de 1890 y 1892. ¿No es, pues, verosímil que le trajera á la memoria alguna extraordinaria misericordia de Dios?: *Benedictus Deus misericordiarum!*

Tanto supo ganarse con sus virtudes el amor y estima de los alumnos, que cuando llegó á Ben-Aknoun el Padre Carlos de Damas les encontró penetrados de su recuerdo. Y el P. Pedro Abbadie escribe: «Cuando yo llegué, los discípulos del Hermano Ginhac me decían: «Todas las mañanas á la hora ordinaria le veíamos arrodillado en un reclinatorio, y estar allí inmóvil toda la hora que duraba la meditación. Había en el dormitorio muchos mosquitos que no nos hacían sufrir poco, mientras que él parecía no sentir sus picaduras. El P. Brumault tenía de él altísima opinión; por eso, antes de que se marchara, quiso hacerle la gracia de llevarle en una excursión á través de las tribus árabes. Imposible conceder á la abnegación del Hermano Ginhac recompensa más dulce. En esta excursión permitió Dios que, á consecuencia del trato con los indígenas, fuese sometido á la misma prueba de que se gloriaba San

(1) ¡Conozco mi iniquidad! ¡Bendito el Dios de las misericordias!

Benito Labre; y de la cual, como se deja entender, procuró librarse, no pudiendo imitar en esto al heroico mendigo.»

El P. Brumault no vió sin pena partir al abnegado inspector; y decía—según testifica el P. Regis Varnier, que había encontrado pocos Jesuitas tan dignos de este nombre como el Hermano Ginhac.

Llamado al Estudiantado de Vals, el Hermano Pablo dejó aquellos países infieles para no volverlos á ver; bien que en el fondo del alma había de guardar hasta la muerte los deseos de este lejano apostolado. Cuando alguno le manifestaba simpatía por las misiones, se le traslucía el gozo, y decía con acento de mucha convicción: «Sí, aquella es la mejor parte.»

El adiós de un misionero despertaba en él una envidia santa; y más de una vez en los postreros años de su vida, le oímos repetir con una sonrisa algo triste: «También yo hubiera querido irme á las misiones! Una vez la cosa parecía ya resuelta. Pero era indigno de esa gracia. Y eso que allí acaso hubiera empleado menos mal mis escasos talentos. Por mis infidelidades se me ha negado esta dicha.»

III

Llegó á Vals el Hermano Ginhac á raíz de la Revolución de 1848, año tristísimo cuyas angustias y consuelos describe una elocuente pluma en el discurso de las fiestas jubilares del Estudiantado de Vals.

«Por aquellos días—decía el P. Raoul de Scorraille el 10 de Octubre de 1878,—la Revolución estaba de fiesta. En Francia se divertía arrojando del usurpado trono al Rey que ella misma había coronado. En Austria hacía bambolearse la antigua monarquía de Carlos V. En Alemania aceleraba sus aspiraciones de unidad nacional demasiado pronto satisfechas por culpa y desgracia nuestra. En Suiza acababa en lucha desigual con el partido católi-

co. En la Italia Superior trataron las cabezas al grito de independencia. En Nápoles bramaba contenida por un Rey que todavía pretendía gobernar. En Roma obligaba al nuevo Papa a huir disfrazado, después de haberlo aclamado la víspera. Y en todas partes no era otra cosa que el odio á la religión disfrazado con el nombre de odio al poder, y el odio al poder que tenía por consigna el grito de ¡Mueran los Jesuitas! Dábase entonces contra ellos una carga general en todos los puntos de Europa, y de todos los puntos de Europa volaban al lugar de refugio. Vala tenía sus puertas abiertas día y noche, de día y de noche llegaban á refugiarse en él nuevos náufragos arrojados por las tempestades sociales. Muy pronto llegaron á encerrarse 211 religiosos en esta área de salvación, estrecha para tantos, y en la cual el último que había de entrar era el Patriarca. Por la primavera del 48 venía á sentarse en medio de sus hijos, pertenecientes á diez provincias, el M. R. P. Roothaan.»

En otra parte de su discurso el disertante nos muestra este asilo de la caridad circundado de tres espléndidos resplandores. Resplandores *de piedad*; gracias al *Apostolado de la Oración*, el universo entero es testigo del amor de esta casa para con el divino Corazón; el universo entero ha sentido la influencia de este fuego celestial encendido en este hogar solitario. Resplandores de *ciencia*; de entre los que regentaron estos estudios, ó como profesor ó como profesores, ¡cuántos escritores han salido bien conocidos por sus doctísimos trabajos! Cury, Martín (J.), Gautrelet, Fátou, Ravignan, Jeanjacquot, Franzelin, Schrader, Dmowski, Bayma, Dumas, Desjardins (Eugenio y Gabriel), Ramière, Lacouture, Jullien, Guerin, Montrouzier. Resplandores finalmente *de Apostolado*, la Capilla de Nuestra Señora de los Apostolados conserva los nombres de los valientes que han recorrido el mundo. ¿Qué mar no han surcado? ¿á qué costas y riberas accesibles á la Compañía no han llegado? ¿qué campo de nuestro apostólico

patrimonio no han regado con sus sudores, con sus lágrimas y algunos hasta con su sangre?

Esta era la casa adonde arribó el inspector del huerfanato de Ben-Aknoun; una arca santa, un hogar de santidad, de doctrina y de apostolado; pero á los ojos del Hermano Ginhac era más todavía; era el Velay, tierra regada con las lágrimas de San Juan Francisco de Regis; era el monte Anis y la ciudad predilecta de la Reina de los cielos; era por fin, donde él había de prepararse para el sacerdocio y estudiar las ciencias sagradas que forman al Apóstol. Así es, que, al pisar los umbrales de esta bendita casa, experimentó un gozo íntimo y concibió deseos más ardientes de perfección.

La edificación que había dado como maestro, la dió como discípulo; fué á los ojos de todos el estudiante modelo, el santo. Los testimonios abundan: comencemos por el del P. Luis Claudio de grata y piadosa memoria.

«Cuando nos arrojaron de Roma, á fines de 1848, me enviaron á Vals para continuar la Teología. La caridad del Rector, P. José Bon, supo agrandar el local, ó, para hablar con más propiedad, estrechar el necesario para cada uno de sus súbditos. Sólo en la pobre casa dicha *Chabalier*, habitaban 64 de los 211 religiosos venidos de todas las partes de Europa, á buscar un refugio junto á Nuestra Señora del Puy. En la casa principal había un cuarto de estudio para varios estudiantes; tampoco pusieron estufa; era, pues, tan frío como oscuro. El P. Rector colocó en él á cuatro estudiantes con cuya abnegación contaba de antemano, y el rincón más oscuro le tocó á nuestro Hermano Ginhac. Allí le vi yo siempre mientras duraron las estrecheces. En 1850 éramos todavía 210.»

Más tarde, cuando estuvimos más holgados, el Hermano Pablo tuvo que practicar otro género de mortificación. Cuéntanoslo el P. Vicente Douste, entonces profesor de Filosofía:

«El Hermano Ginhac—dice,—era un verdadero mode-

lo en todo, salvo sus formas exteriores, que eran algo rígidas. Lo que singularmente me admiró en él fué su mortificación practicada en todo, siempre y en todas partes. Teníamos un escolar originalísimo—salió poco después de la Compañía,—tan aficionado al oxígeno—como él decía, —que había de tener las ventanas de la habitación casi siempre abiertas. V. sabe muy bien qué tal es el clima de Vals, durante el invierno. Nadie podía vivir en un mismo cuarto con este amigo apasionado del aire puro. Pues el Hermano Ginhac le soportó con la mejor gracia del mundo.»

El P. Esteban Clairet, que fué Provincial de Lión, escribía antes de morir lo siguiente: «Conocí poco al venerado y santo Hermano Ginhac. Un año ó dos viví con él en Vals; pero yo era filósofo y él teólogo. Y sabe V. muy bien que entre filósofos y teólogos hay poca comunicación. Le diré sin embargo, algunas cosas que corrían entre los filósofos, pero que no presencié.

Decían que los días de vacación, cuando hacían excursiones, el Hermano Ginhac cargaba á la ida con las cajas de latón en que llevaban las provisiones; y á la vuelta, cuando ya estaban vacías las cedía gustoso á los compañeros que se las pedían.

»Aseguraban que en clase se mantenía recto toda ella sin apoyarse nunca ni en el respaldo ni en el banco, á no ser que escribiese.

»Con frecuencia en las sesiones y actos públicos tuve ocasión de admirar yo mismo, no sin cierta especie de terror, la extremada rigidez de su postura. En estos actos tan largos, permanecía inmóvil como una estatua; á medio sentar y sin recostarse jamás, guardando hasta el fin la actitud modesta que al principio había tomado, nunca había yo visto hombre que así se sobrepusiese á la debilidad humana.

»Un día, al salir del refectorio, le llamó el P. Bon, para entregarle una carta en que se le anunciaba la muerte de

su padre. Llegó á la recreación el Hermano Ginhac, sereno el semblante como de ordinario, y se puso á conversar afablemente. Cuando después supimos la desgracia que acababa de sucederle, decían unos: «es un santo cuyos afectos todos están en el cielo.» Y otros: «Es un hombre sin corazón...» Algunos días después, yendo de paseo, se encontraron con un carretero cuyos caballos no querían tirar. Para lograr que arrancaran, el carretero les apaleaba cruelmente, lanzando al mismo tiempo horribles blasfemias. Al oirlas el Hermano Ginhac prorrumpió en sollozos y decía á sus compañeros: «Hermanos, roguemos por este desventurado que ofende á un Dios tan bueno.»

»Contaron el caso en la recreación inmediata; y los estudiantes que le habían calificado de hombre *sin corazón*, al ver que ni lloró ni perdió su habitual serenidad cuando supo el fallecimiento de su padre, comprendieron que la calificación había sido injusta.»

Esta triste nueva la recibió Pablo en 1851. La muerte de Juan Antonio Ginhac fué tal, que sus hijos no pudieron saberla sin gran consuelo. El padre se había mostrado celoso por seguir á sus hijos en el camino de perfección que tan generosamente habían emprendido. Dióse, pues, en los últimos años de su vida á la piedad, y parecía completamente despegado del mundo. No hay duda que después de haber reprimido el Hermano Ginhac su pena delante de los hermanos, derramaría en presencia de Dios lágrimas y oraciones al recuerdo de un padre tan querido, de quien había recibido tan cristiana educación.

IV

Los estudiantes del Colegio Máximo de Vals juntan al estudio los ejercicios de celo, preludiando así el apostolado con la enseñanza de la doctrina cristiana. Lo enseñaban en los huerfanatos, en la plaza del mercado y en la *Asamblea*. Este era su campo de acción. La *Asamblea* en aque-

llas montañas que aún conservan la fe de sus mayores, era más que la escuela; era la casa de Dios. Una mujer piadosa, buena y modesta, la *Beata*, reunía «los niños pequeños para instruirles y cuidarles mientras sus padres estaban en el campo; reunía asimismo las niñas, vigilaba su trabajo y las enseñaba á bordar y á coser; y los domingos en que hacía mal tiempo y no podían ir á la iglesia, frecuentemente muy lejos, se reunía allí todo el pueblo para rezar y leer algún libro piadoso; y si tenía la dicha de conseguir uno de estos Padres jóvenes, que recordaban al apóstol del Velay y eran mirados como otros Franciscos de Regis, entonces los congregaba á todos sin excepción para una explicación de Catecismo.

La Asamblea de Jabier escuchó durante dos años la palabra ardiente del Hermano Ginhac. Más tarde, los enfermos del hospital recibieron de él los consuelos de la religión. Teníase por feliz dedicándose á estos ministerios humildes.

Entre las preocupaciones del estudiante Teólogo, ninguna es tan seria como la preparación al sacerdocio. La de nuestro Hermano Ginhac fué muy breve. Así nos lo escribía el P. Augusto Juan, veterano de las misiones del Maduré: «En 1852, dos ó tres días después de San Estanislao, el P. Sebastián Gaillard y los novicios que por el lugar de su nacimiento pertenecían á la provincia de Lión, dejaron á Vals y fueron á fundar el noviciado de Lons-le-Saulnier. Para llenar el vacío que con su partida dejaban en Vals, nos vinieron de Tolosa ocho ó nueve novicios con su Maestro el P. Enrique Desmoulins. Este pidió para *socio* ó ayudante al Hermano Ginhac que entonces estaba en tercer año de Teología y lo consiguió á pesar de la resistencia del P. Gautrelet, que no podía resolverse á privar al Estudiantado de tan hermoso modelo.

Adelantóse, pues, la ordenación del Hermano Ginhac, verificándose en las témporas de Adviento.

Le estoy viendo, como si fuera ayer, arrobado el semblante, dándonos á besar las manos y su bendición. Al día siguiente oímos su primera misa; y desde entonces vivió en el noviciado y desempeñó con nosotros el cargo de Padre ayudante, continuando al mismo tiempo el curso de Teología. Los días de fiesta nos hacía algunas veces una plática. Hablaba lentamente, pero ¡con qué energía! ¡y qué fuego sobre todo en su mirada! (1)

¿Cuál era el fervor del nuevo sacerdote en el santo sacrificio de la misa?... Unicamente los espíritus bienaventurados podrían decirlo. Nosotros sólo sabemos que la gran devoción de toda su vida fué la Misa, y que en el altar parecía un ángel. Valga entre otros testimonios que pudiéramos citar, el de la Madre Priora de un convento de carmelitas, que recogió las últimas enseñanzas del siervo de Dios:

«Sólo una vez logramos ver al P. Cinbac en el santo sacrificio de la misa. Muchas hermanas decían que sólo el verle las había conmovido profundamente, y que le debían más por este breve tiempo que por todas sus instrucciones y palabras. Deseaban que cuantos no tienen fe, hubieran visto en el Padre lo que es un sacerdote en el altar. Todas sus genuflexiones, todos sus movimientos respiraban santidad; en el momento de la consagración su rostro tenía no sé qué de divino; y todo él parecía no pertenecer más á este mundo.»

Este fervor de sus últimos años se reflejaba sin duda ya en la frente del nuevo sacerdote, al celebrar los sagrados misterios, en la capilla de Vals y en la antigua basílica de Puy delante de la milagrosa Imagen. Allí rebosaba de amor su corazón, porque tenía con esta imagen una

(1) Había recibido la tonsura clerical el 8 de Diciembre de 1845, en la capilla del hueríanato de Ben Akoun, de manos del obispo de Argel, Mgr. Dupuch. Mgr. de Morlhon le confirió, en la Capilla del seminario de Puy, las órdenes menores; luego, el Subdiaconado, en 1849; el Diaconado, á 5 de Junio de 1852, y por fin el Sacerdocio, á 18 de Diciembre del mismo año.

devoción tiernísima. El recuerdo de la Madre de Dios, le acompañaba habitualmente en el altar. Rogaba á esta Señora, que «purificase sus manos, que abrasase su corazón, y le diese aquellos sentimientos que ella tuvo en el momento de la Encarnación y al pie de la cruz en el Calvario». La Virgen en cambio le infundirá sentimientos de agradecimiento y le enseñará á cantar el *Magníficat*; Ella, como él mismo escribe, «le ayudará á aprovecharse de este divino fruto llevando una vida divina. ¡Oh María! (prosigue el P.) tierna y verdadera Madre nuestra... Jesucristo, vuestro Hijo, os basta, porque es perfectísimo; con todo, Tú deseas tener una familia numerosa, formada según este admirable modelo. Es preciso, pues, que nos deis á Jesús: comiéndole, seremos transformados en él...; pero Tú sabes lo que nosotros somos; este manjar santísimo no puede aprovecharnos, si Tú misma no nos le das.»

Era celosísimo del culto divino y de las ceremonias de la Iglesia, y, desde luego, fiel á las rúbricas más insignificantes de la misa. En su diario espiritual del año de tercera probación, hará mención especial de la regla cuarta de los sacerdotes, y se impondrá la ley de no acabar la misa en menos de media hora. En el Escolasticado de Vals, solían turnar en el canto de la misa los nuevos sacerdotes. Cuando le llegó la vez al P. Ginhac, cuenta el Padre Francisco Cazeaux, vino á mí, para que le enseñase á cantar el Prefacio, el *Pater noster* y demás. No conseguí nada. Al *Sursum corda*, por ejemplo, fué completamente inútil que cantara yo mismo, para hacerle cambiar de tono, pasando del de *Dominus vobiscum* á otro más alto. Articulaba más, acentuaba con más energía y fuerza, pero siempre en el mismo tono, sin acertar á salir de él. Así es que el día de la misa cantada, los que le oyeron no pudieron contener la risa. Mas no por eso se desalentó el Padre Ginhac lo más mínimo. Y según me han contado, aún acostumbra rogar á uno de los PP. Terceronos que le enseñe á cantar el *Sursum corda*.»

Hasta aquí el P. Cazeaux, contándonos los esfuerzos del Padre y la falta de éxito en este punto. Añadamos que murió sin haber podido cantar bien el *Sursum corda.* Deficiencias humanas.

Por Agosto le enviaron al Mazel. La ocasión y circunstancias de este viaje, las refiere así el autor de la *Vida manuscrita.*

«Desde 1843, Mónica Fabre pudo decir á su hijo lo que al suyo la madre de San Agustín. «Nada tengo en este mundo que me detenga. Yo no sé qué voy á hacer en adelante, y para qué he de continuar viviendo; pues no tengo nada que desear aquí. Lo único que me hacía desear vivir, era el deseo de ver que trabajabas en la salvación de tu alma. Esta gracia ya me la ha concedido Dios, y más aún, pues te veo dedicado completamente al servicio de Dios. ¿Qué hago, pues, yo en este mundo?»

La Mónica del Mazel podía expresarse así con tanta ó más razón que su santa patrona, por estar lejos de su Agustín, y por otras ausencias que la hacían la vida algo dura de llevar.

Eugenia estaba, como Pablo, ausente y más lejos todavía: Vicente había ya muerto: habían muerto los dos trapenses: muerto también Timoteo, soldado y joven, que había ido generosamente á la milicia por redimir al hijo mayor de la casa: muerto Agustín, y por cierto de manera bien triste: «Conocí con más intimidad, dice el Arcipreste Blanc, á un hermano de Pablo, de menor edad que él. Se llamaba Agustín. Guapo muchacho, gracioso, ricamente dotado por la naturaleza. Tenía algunas cualidades admirables. Creo que habría abrazado el estado eclesiástico, bien que la exuberancia de su ardiente temperamento le exponía á perder vocación tan noble: algunas ligerezas en las palabras me lo hacían sospechar. Un día, á muy pocos pasos de casa, se valía de la escopeta para alcanzar una zarza y dar el fruto á un niño que lo estaba pidiendo; y descargándose la escopeta recibió el tiro en el costado.»

Pero acabó cristianamente, como todos los de la familia. «Sobrevivió Agustín al siniestro accidente 24 horas, según refiere un anciano, el pastor Bouchard; yo mismo acompañé al Señor Cura cuando fué á toda prisa á ver al herido: conservaba el conocimiento, se confesó y recibió el Sagrado Viático y la Extrema-Unción: era el mozo más guapo de la casa y entraba entonces en los 21 años.»

En medio de tantas desgracias no faltarían consuelos á Mónica; pero el cementerio estaba siempre allí, para recordarla, con su desaparecido Agustín, que los demás hijos la tiraban hacia el cielo. Lo único que deseaba antes de morir, era ver en el altar de Serverette al nuevo sacerdote, su hijo.

«Tuve la dicha, nos cuenta el Canónigo Miguel, párroco entonces de Serverette, de volver á ver al antiguo alumno de Mende. No bien me saludó, me pidió perdón de haberme hecho sufrir tanto en el Seminario. No me costó mucho concedérselo, y de su estancia en Serverette me aproveché para que diera unos días de retiro á las monjas del convento.»

«Mi tío, testificaba en 1878 el heredero del Mazel, no vino á la casa paterna más que para decir adiós á su querida madre: fué por Agosto de 1855. No estuvo más que tres días, y en este tiempo fué á Aumont á visitar al hermano de dos jesuitas: después de misa, dirigía una plática á las Hermanas del convento de Serverette.

»Hallábase entonces gravemente enferma Rosalía Pontagne, joven piadosísima de 22 años, tan aterrada del pensamiento de la muerte, que nadie podía consolarla. A petición de un hermano de Rosalía, mi tío fué á visitar á la moribunda, y la confortó de manera, que, lejos de temer la muerte como antes, aseguró que la veía venir gozosa.

Del Mazel, Pablo partió para Marvejols, á dar á Eugenia, su segunda madre, el consuelo de volverlo á ver. La costó algo reconocerlo. «Pero ¿cómo—le decía,—has podido cambiar tanto?» A lo que Pablo la contestó: «Dios lo

ha hecho todo». La Superiora de la Visitación de Marvejols, después de contar este detalle de la entrevista, continúa así: «Tuvimos al santo Padre Ginhac, dos días. La noche que llegó, después de haber cenado en el locutorio, retiróse el Padre á una habitación del capellán, y, creyendo que nadie le oía, tomó una recia disciplina. El ruido llegó á oirlo la criada del Capellán, quedando bien espantada. Todavía recuerda la Comunidad la plática que les hizo el P. Ginhac: «No hagáis acción ninguna que no esté inspirada en un motivo y pensamiento sobrenatural». Esta fué la materia y esta la conclusión.

Al despedirse el P. Ginhac de su hermana, le vimos derramar abundantes lágrimas. Dos veces se apartó de la rejilla y otras dos volvió. «Me cuesta dejaros—decía,—porque ya no me volveréis á ver.» Así fué, pues no volvió á visitar á sus parientes. La conmovedora escena del adiós de Pablo á su hermana, nos hace comprender lo que sería el adiós que daría á su madre un hijo tan bueno. Mónica podía ya morir tranquila; y en efecto, partió para otro mundo mejor, á 23 de Septiembre del año siguiente, víspera de Nuestra Señora de la Merced, Redención de cautivos.

Al recibir la noticia, Pablo, como San Agustín, lloró á su santa madre que tantas veces había llorado delante de Dios por la salvación del hijo. Mas se consolaría con el recuerdo de lo que había visto el año anterior con sus propios ojos en el Mazel, y con lo que había sabido después.

Mónica en los últimos años de su vida, á pesar de la distancia, iba á misa todos los días. «Y el canónigo Carbonell atestigua, que después que la nuera se encargó del gobierno de la casa, Mónica se retiraba á leer y rezar debajo de un árbol. Hubiera querido retirarse á mi lado, cuando era yo párroco de San Amans, para darse del todo á la piedad; pero ¿cómo hacerlo?—me decía,—¿cómo dejar la casa?»

Por su parte el canónigo Miguel escribía: «Mónica mu-

rió santamente como había vivido, en la paz y confianza en Dios. Su enfermedad fué larga y dolorosa; pero no salió de sus labios una queja; siempre silenciosa y completamente resignada hasta el último momento». En su entierro, todos decían: «Mónica era una santa».

CAPITULO III

Año de tercera probación (1858 á 1859)

I.—El P. Ginhac después de su ordenación sacerdotal, Padre espiritual y Maestro de novicios. —Ejercicios de mes en Nuestra Señora de Liesse: vida interior.

I

Al celo de la perfección propia, juntaba el P. Ginhac un ardor infatigable por el estudio. Con la energía de voluntad que ponía en todo cuanto se relacionaba con el servicio divino, se aprovechó tanto de las sabias explicaciones de los PP. Dumas, Ramière y Gury, que, antes de que terminara la Teología, le encargaron que la enseñase á los de carrera breve. Dotado como estaba de regular talento, claro y metódico, hubiera llegado á ser un profesor eminente. Pero Dios inspiró á los Superiores destinarle á la dirección de las almas.

Quedó, pues, como ayudante del P. Maestro, y bien pronto confiaron al joven profesor el cargo de Padre espiritual de la casa. Según el Instituto, no debe encomendarse este cargo, especialmente en las casas grandes, sino á varones experimentados, cuya autoridad moral se imponga á todos. No contaba el P. Ginhac ni con el prestigio de talento extraordinario, ni con la autoridad de los años; pero tenía el ascendiente de la virtud, y ésto le ganó los corazones de todos.

Oigamos al P. Vicente Douste, profesor entonces de Filosofía en Vals: «El joven Padre Espiritual ha sido muy bien recibido. Uno de sus condiscípulos me decía: Va uno al P. Ginhac sin la menor dificultad. ¡Qué bien se está con él! No atreviéndose á encomendarle las pláticas de comunidad, el P. Rector, lo era entonces el P. Gautrelet,

al anunciar el nombramiento del nuevo P. Espiritual, añadió, como si previese la dificultad: Se encargará de las exhortaciones el P. Servière, Maestro de novicios. Efectivamente, el P. Maestro nos platicó la primera vez que tocaba, pero fué también la última. Recayó, pues, también sobre el P. Ginhac este oficio, y lo desempeñó con una sencillez y piedad que satisfizo á todos.»

El 10 de Noviembre de 1854 tuvo su primera plática. Entre sus apuntes nos quedan unas notas, que son eco fiel de la humildad con que dirigió la palabra á un auditorio compuesto en su mayor parte de maestros y condiscípulos suyos.

«Entre vosotros, les decía, debería yo haber siempre escuchado, jamás hablado. Me anima, sin embargo, y me esfuerza, en primer lugar el ver que me lo manda la santa obediencia, y en segundo lugar considerar que vuestra mucha fe hará que os olvidéis del hombre, por despreciable que sea, para fijaros únicamente en la palabra divina.

»Se aproxima la fiesta de nuestro hermano San Estanislao. Y conviene que pensemos un poco en él. *Consummatus in brevi explevit tempora multa.* Ese es Estanislao: edad cortísima, y consumada santidad.»

El P. Pedro Maillet, misionero de Siria, conserva todavía conmovedores recuerdos de su primera entrevista con el joven Padre Espiritual del Colegio Máximo de Vals. «Un día -escribe él,—estando á solas con el P. Ginhac, le hablé de una práctica que consistía en repetir frecuentemente con el corazón: «¡Vos solo, Dios mío!» Al decir yo esto, el rostro del Padre tornóse radiante, hermoso y alegre, y con emoción profunda y sobrenatural, me dijo: «¡Sí, Dios solo! ¡No querer más que á Dios! ¡No aficionarse más que á Dios! ¡Qué hermoso y qué bueno!»

»Estas sencillas palabras del Padre, esta su afectuosa aprobación, y la expresión de celestial alegría que se dibujó en aquel rostro mortificado, me edificó profundamente, y á pesar de haber ya transcurrido cuarenta años,

conservo gratísimo recuerdo. Desde entonces no le he vuelto á ver...»

A fines de 1855, tuvo que suceder nuestro P. Ginhac al P. Julio Servière en el delicado cargo de Maestro de novicios. Así entraba en la senda que Dios en su providencia le tenía marcada y de la cual no había de salir hasta la muerte.

Por este tiempo tambien, sucedió al P. Gautrelet en el rectorado de Vals el P. Juan Bautista Rouquayrol. Los años de mayor fervor del Escolasticado de Vals van inseparablemente unidos al recuerdo del P. Gautrelet. Él ideó, siendo Padre espiritual, el *Apostolado de la Oración*, y dió á aquel Colegio Máximo un impulso extraordinario hacia la perfección apostólica. El P. Ginhac vióse privado con este cambio de la presencia del P. Gautrelet, pero no resignándose á estarlo también de sus consejos, se entendía con él por cartas. Dos tan sólo se conservan, en una de las cuales, el P. Gautrelet le enseña el siguiente principio, bien fecundo en consecuencias prácticas:

«Nuestro Señor tiene que estar en la Cruz hasta el fin del mundo en la persona de sus ministros, continuando en ellos el sacrificio del Calvario. Dichosos los llamados á tomar parte en la suerte de este divino Maestro. Nada es digno de veneración si no está marcado con la señal de la Cruz...»

Esta cruz la veía sin duda ninguna el nuevo Padre en el cargo que la Obediencia acababa de darle; cargo desproporcionado á sus fuerzas, según él en su humildad pensaba. Por eso escribía en carta al Muy Rdo. P. General:

«Confieso, no sin gran vergüenza mía, que estoy desprovisto de todas las cualidades que semejante empleo requiere. Soy una nulidad: no tengo ni pureza de alma, ni ciencia, ni capacidad para adquirirla, ni virtud, ni conocimiento de los hombres ni del mundo, ni constancia, ni entereza de carácter: cosas todas necesarias á quien tiene que gobernar á otros.»

Pero había hablado Dios, y el P. Ginhac no pensó en otra cosa que en unirse más estrechamente á Su Divina Majestad por medio de la oración, consagrándose al nuevo empleo con todo el corazón y con toda el alma.

Fué el P. Ginhac objeto de admiración para sus novicios; pero lo fué asimismo para jueces más valiosos y competentes, entre otros, el P. Felipe Villefort, que vino á Vals en 1857, en calidad de Visitador de la Asistencia de Francia por encargo del P. General, y que mientras vivió en Roma se mereció entre los romanos el renombre de santo. Nadie mejor que el Visitador, por razón de su cargo, para juzgar acertadamente al P. Ginhac. Y lo que pensó el P. Villefort acerca del P. Ginhac lo indican estas palabras, dichas al P. Montrouzier: «*Supra senes intellexit:* Joven es, pero deja atrás en prudencia á los ancianos».

Y durante la visita escribía al M. R. P. General: «El Maestro de novicios, P. Ginhac, aunque es todavía joven, está muy adelantado en la perfección: es uno de los sujetos de más valer de la provincia de Tolosa.»

Y en el Memorial de la santa visita consignaba lo siguiente: «P. Pablo Ginhac... Su virtud, que es solidísima, y la rectitud de su juicio suplen lo que le falta de experiencia. No enseña nada á los demás sin haberlo él antes practicado.»

Pongamos ahora lo que el P. Ginhac pensaba del P. Visitador, tal como lo encontramos en una cartera vieja, á continuación de unos cuantos consejos del P. Villefort: El retrato es acabado.

«¡Qué sencillez de niño! ¡Qué dulzura! ¡Qué modestia! ¡Qué caridad! ¡Qué sinceridad! Aceptándolo todo: sillón, sitio especial... no respondiendo á las alabanzas; no buscando en sus exhortaciones divisiones que causen efecto, orden ni pompa de lenguaje, sino la dicción pura, noble y sencilla á un mismo tiempo: nada de cumplimientos; diciendo siempre cosas.

«Caridad: Oyendo á todos, y todo, y siempre, hasta

que uno quiera; nunca despidiendo él, como si no tuviese nada que hacer; dejando para la noche la correspondencia y el oficio divino; levantándose el mismo hasta la puerta para recibirle á uno; viniéndome á buscar en mi cuarto.

»Hablando poco, pero siempre á propósito; instruyendo, dando lecciones con mucha prudencia, y casi sin que llegue uno á darse cuenta de ello. Siguiendo indefectiblemente la vida común; huyendo el hacerse notar en la misa, y en la visita en la cual se enteraba de todo, formaba juicio exacto de todo, lo remediaba todo sin ruido ni ostentación. Siempre alegre y contento, y siempre el mismo. Modestia que arrebataba á todo el mundo, y hacía exclamar: ¡es un santo! Daba la bendición á M. B., y á mí, sin excusarse ni hacerse de rogar. Cuando uno se encomendaba en sus oraciones, se sonreía dulcemente y no decía ni *sí* ni *no*. En Francia no leía periódicos.»

Persuadido el P. Ginhac de que juez tan iluminado le apreciaría en su justo valor; y teniéndose á sí propio por novicio y principiante en el camino espiritual, le manifestó deseos de que le enviasen al año de tercera probación, al menos para hacer el mes de ejercicios, y conseguir en ellos las luces y esfuerzos de que carecía. El Padre Villefort prometió satisfacérselos: más aún, previendo la influencia que sujeto tan aventajado había de ejercer en la provincia, resolvió mandarle á Roma para que tuviera allí el año de tercera probación, y así se lo manifestó al mismo Padre. No por eso concibió mejor opinión de sí el humilde religioso. Y así en una carta que escribe al P. General, después de haberle expuesto el pensamiento del P. Visitador, le dice:

«Otro asunto más radical voy á proponerle, resuelto el cual, quedamos dispensados de ocuparnos del anterior: ¿se puede sin gran detrimento de la Compañía, mantenerme en el cargo de Maestro de Novicios?

»El P. Villefort, á quien nada he ocultado, hará conocer á Vuestra Paternidad mi absoluta incapacidad. Y

ahora, si se me pregunta dónde podría hacer algún fruto espiritual á gloria de Dios, yo no sé qué responder, viéndome inepto para todo y desprovisto de todo; á no ser que no se me juzgue del todo inútil para las misiones entre infieles. Siempre he deseado estas misiones lejanas, y suplico á Vuestra Paternidad quiera escogerme, aunque indigno para este ministerio, si juzga que será de alguna utilidad para las almas.

»Por lo demás, tanto en lo que toca á mi propia persona como en lo demás que conmigo se relaciona, me remito á la caritativa y prudente solicitud de Vuestra Paternidad...»

No contento el P. General con aprobar el intento del P. Villefort, mandó que se pusiese sin tardanza en ejecución. Pero las circunstancias lo impidieron: el P. Ginhac no fué llamado á Roma: detenido en Vals, tuvo que ejercer durante un año el cargo para cuyo desempeño se reputaba tan indigno.

II

Por Octubre de 1858 los deseos del P. Ginhac eran por fin satisfechos. El maestro venía á ser discípulo en esa escuela del afecto ó amor, *schola affectus*, creada por el genio de San Ignacio. A la sombra del antiguo santuario de Nuestra Señora de Liesse, era donde los hijos de la Compañía de Jesús reanimaban su fervor en el silencio y la oración. La tercera probación es, en la mente del santo Fundador, el coronamiento de la formación. Terminados ya los estudios de las ciencias sagradas y profanas, el religioso se aplica al estudio, á la vez práctico y especulativo, de la perfección apostólica; hace un supremo esfuerzo por morir á la naturaleza y al mundo, para de ahí en adelante vivir únicamente de la vida divina que Jesús trajo al mundo y el apóstol debe comunicar á las almas. Durante largos años el P. Sebastián Feuillot, fué para las provin-

cias de Francia, el maestro de esta *escuela del corazón.* Y nuestro Padre Pablo fué, por dicha suya, discípulo de tan esclarecido director. Pocos días después de haber llegado él al terceronado, recibía el Padre Instructor las siguientes recomendaciones del Muy Rdo. P. General:

«¡Ojalá pueda infundir V.ª R.ª á esos PP. Tercerones el espíritu de los Ejercicios, la abnegación de sí mismos, la estima y amor práctico de la obediencia, grande caridad entre sí y para con los extranjeros, continua humildad de corazón, y, para sostener el edificio todo de las virtudes, un deseo muy sincero de imitar, no sólo interior, sino aun exteriormente, á nuestro divino modelo Jesucristo, y finalmente una devoción sólida á su Corazón adorable.»

El P. Ginhac transcribió este ideal de perfección, añadiendo al pie: «Debo meditarlo día y noche». Pero hizo más: lo realizó.

El P. Fouillot, dotado como estaba de exquisito don de discernimiento de espíritus, é instruído por una larga experiencia, conoció muy pronto el mérito del P. Ginhac. Confióle el cargo de Prefecto ó Bedel dándole amplísima libertad en el ejercicio; mas no le guardó ninguna clase de miramientos, y le trató, como veremos más adelante, con una entereza bien exenta de toda condescendencia.

El gran retiro ó séase los Ejercicios de mes, comenzó á principios de Noviembre. El diario íntimo y privado del Padre Ginhac nos descubre el estado de su espíritu durante esta ruda peregrinación de treinta días. Sucédense á las tinieblas la luz; la tempestad á la calma y consuelo; en conjunto, siéntese allí el gozo de un alma á quien Dios atrae hacia sí, y que no le niega nada; pero en vano buscaríamos esos favores extraordinarios que con frecuencia admiramos en las vidas de santos contemplativos. Deseos ardientes de la perfección, afición á la mortificación, humildad y caridad; piedad y sencillez en la contemplación de los misterios; amor á Jesús crucificado, confianza filial en María Santísima, Madre de gracia; devoción tierna y

práctica al Sagrado Corazón: tales son los principales favores cuyo recuerdo consigna y apunta el P. Ginhac. Y lo hace en términos sencillos, sosegados y modestos; sin que se descubran entusiasmos ni exaltaciones de la imaginación. No es aquello un bellísimo ensueño de perfección que ha de quedar en el papel, sino un ideal ya realizado ó que va á serlo plena y perfectamente. Más me atrevo á decir: al contemplar esta pintura íntima de su alma, siéntese uno tentado de creerla menos admirable que su vida misma.

Algún que otro fragmento de este diario espiritual, puesto á modo de apéndice, servirá de no poco aliento y estímulo á las almas tímidas, enseñándolas que se puede arribar á altísima perfección por caminos abiertos y patentes á todos, es decir, por el camino de la oración, de la humildad, de la abnegación y del amor. Citemos aquí tan sólo los primeros párrafos:

«Entro en Ejercicios bien decidido, según creo, á sacar fruto de ellos con la divina gracia.

»El fruto principal ha de consistir en elevar mis pensamientos y ensanchar mi corazón; de manera que, dilatado por el amor, sea generoso con Dios y viva con El en santa familiaridad; lleno de caridad para con el prójimo, haciéndome todo á todos, mostrándome siempre dulce y afable; y con respecto á mí, que me olvide enteramente de mí para la gloria de Dios y bien espiritual de mis hermanos. ¡Dios mío! ¡Cuán necesitado estoy de vuestro auxilio! ¡Qué débil y cobarde me siento!

»No quiero hacer cosa que no pertenezca á los ejercicios; quiero, no obstante esto, cumplir exactamente las obligaciones de mi cargo (Bedel ó Prefecto de los Padres Terceronos), y cuidarme mucho de mis hermanos; en retorno, Dios tendrá compasión de mi miseria.

»¡Dios mío! Tú me has criado por amor, sólo para Ti. Yo no debería pensar, hablar, obrar ni vivir sino para tu gloria, ¡y no lo he hecho!... ¡Treinta y cuatro años per-

didos!... ¡Empleados en satisfacerme á mí mismo!... ¡En ofenderos á Vos!... Esta consideración me apena.

»¡Oh, si estuviera en el día en que comencé á tener uso de razón!

»¡Oh Corazón Sagrado de Jesús! ¿No podríais Vos rehacerlo todo, borrarlo todo? Os lo pido y lo espero...

»Entraré, pues, con vuestra gracia en la vía de la verdadera paz, de la verdadera libertad, del verdadero contento, de la sólida grandeza, del solo verdadero bien; no buscaré más que á Vos; Vos seréis el objeto de todos mis pensamientos, de todos los afectos de mi corazón, de todas mis acciones, de mi vida toda. Os dejaré la elección de todos los medios por los cuales me queráis conducir; me pondré en una completa y santa indiferencia respecto de todo, dispuesto á emprender todo cuanto me pidiereis, dispuesto á aceptar todo cuanto quisiereis que sufra. Pero, ¡oh Dios mío!, que si Vos no tenéis á bien auxiliarme, todo quedará en vanas palabras.»

Los Ejercicios se terminaron á 8 de Diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción. Durante los Ejercicios, el alma traza planes de perfección; después de los Ejercicios, debe ejecutarlos. Es la labor de cultivo que sigue á la sementera; labor penosa, que frecuentemente agota nuestra constancia y valor; labor delicada, que exige prudencia y discreción; pues, bien pronto se comienza á sentir que disminuyen las luces del cielo, la voluntad desfallece, y las dificultades se agrandan y multiplican. Este es el momento en que el director debe esclarecer y sostener, estimular la negligencia y reprimir los excesos del fervor. El Padre Fouillot era maestro en este arte, y sin duda que se reputó dichoso al tener que ejercerlo en un alma escogida, dispuesta á todos los sacrificios.

Poco antes de morir, nos escribía así el llorado Padre Juan Sercán: «El P. Fouillot nunca guardó especiales atenciones con el P. Ginhac, aunque le tenía en grandísimo aprecio. Se echaba de ver que el P. Instructor se com-

placía en hacerlo realizar grandes progresos en la virtud, humillándolo por esta razón de tiempo en tiempo. Allá va un caso que nunca olvidaré: Como Prefecto que era de los PP. Tercerones, se le encargó, (la víspera de la renovación de los votos), que leyera en el refectorio las listas de las faltas. Después de leídos los defectos de sus hermanos, llegó á los suyos; y sin duda por humildad los leía más despacio, recalcando la lectura con cierta especie de complacencia. Mandóle en seguida parar el P. Fouillot, reprendiéndole con estas palabras: «¡Vaya V. un poco mas aprisa! Nos está haciendo meditar en sus defectos, como si no los conociéramos bastante.»

Con qué sentimientos recibió el P. Ginhac esta reprimenda, nos lo dirá un parrafito escrito por él aquel mismo día en su diario espiritual: «Os doy gracias, Dios mío, porque habéis hecho que sobrelleve esta reprensión sin entristecerme, sin amargura, sin abatimiento. Lo único que siento es haber ocasionado esto disgusto á mi padre en Dios Nuestro Señor, á él, que no busca en todo sino mi bien. Haced, Dios mío, que yo no recoja jamás de mis actos de caridad otra cosa que confusión y pena, y que todo aquí abajo se vuelva contra mí. Con vuestra gracia, no quiero decir jamas una palabra ni hacer un gesto para excusarme.»

A veces la naturaleza sentía vivamente los golpes que le daban; pero el humilde Tercerón bendecía la mano que le cincelaba para gloria de Dios y bien de las almas. Y así en otra parte escribía: «Estas amarguras, estas estrecheuras de corazón que experimento, prueban bien cuán débil, impaciente, delicado y orgulloso soy. Es una gracia de Dios que quiero sanarme. El que ha escogido para ello, no busca más que mi bien. Pasado este tiempo, ¿dónde encontraré uno que quiera prestarme este servicio, y hablarme de mis defectos como conviene? Aun cuando la reprensión no fuera fundada, debería yo recibirla bien; además es una lección que me servirá á mí con respecto á los demás...

Se encuentran muchos Superiores que adulan, pocos que no adulen; no, ciertamente, por malos motivos, sino por miedo de indisponerse con los súbditos. Si nosotros no fuésemos tan delicados en lo tocante al amor propio, de otra manera obrarían ellos.»

No se mostraba el P. Ginhac menos humilde con sus hermanos que con su Superior, cuando recibía de ellos este oficio de caridad. Suplicó al P. José Terrier que fuese su admonitor; y éste, como prefecto de Colegio que había sido, debió cumplir bien con el oficio. Oigamos lo que contaba en Septiembre de 1884:

«Como cada tercerón podía escogerse su *admonitor*, el buen Padre me escogió á mí repetidas veces, y cada vez por cerca de un mes. Eramos 32 sacerdotes, 26 de las provincias de Francia, y 6 de la de Inglaterra. Todos miraban al P. Ginhac como á un santo.

»Obligado por mi oficio de admonitor suyo, á observarle en cierta manera hasta en las cosas más pequeñas, era muy difícil que no advirtiese las faltas contra la regla, caso de haberlas: pues, jamás pude cogerle en la menor infracción de alguna de nuestras reglas.

»El buen Padre, con sus excesivas mortificaciones, se iba extenuando más y más; hasta tal punto, que al comunicarnos las órdenes del Padre Instructor, conforme á su cargo de Prefecto ó Bedel, con dificultad podíamos oirle. Habiéndose consultado al médico, ordenó que el Padre se desayunase con carne y vino. No habían pasado muchos días, cuando el P. Dupuy, ministro de la casa, vino á rogarme que escribiese al Provincial de Tolosa, avisándole del poco cuidado que el P. Ginhac tenía de su salud. Había efectivamente observado el P. Ministro que carne y vino estaban poco menos que intactos después del desayuno del enfermo. Antes, sin embargo, quise hacer valer mis derechos de admonitor. Un día, pues, que íbamos de paseo le dije: «V. está faltando á la obediencia que se debe al médico: casi no prueba la carne y vino en el des-

ayuno; y ésa no es de seguro la intención del médico.» El me dió las gracias, y yo continué: «Falta V. á la pobreza, pues la Provincia de Tolosa pagará esa carne y ese vino sin provecho alguno para la salud de V.» Segunda vez me dió las gracias, y yo proseguí: «Debilitándose de esta manera, abrevia V. la vida en varios años, y de este modo hace V. mal tercio á la Provincia.» Volvió él á darme las gracias; y viendo que había yo callado, preguntóme: «¿Hay algo más, Padre?» Respondíle que por entonces bastaba aquéllo. De nuevo me lo agradeció, y prometió rezar por mí tres *Avemarías*. Repuse yo: «Por avisos de esta importancia, exijo el doble.» «De mil amores, Padre mío—me contestó:—serán seis.»

»El Padre, durante algunos días, según me parece, tomó algo más de carne y vino; pero no tardó en volver á lo de antes, de lo cual me avisó el P. Ministro. Expuse, pues, el caso al P. Instructor, que me respondió: «Tomando un poco más, cree seguramente el Padre que cumple con la obediencia: los santos tienen una dirección especial, que todos nosotros debemos respetar.»

»En el cargo de Prefecto, el P. Ginhac se mostró tan abnegado y delicado, que no creo se encontrara un solo Tercerón que no estuviese plenamente satisfecho de él.»

Llegada la cuaresma, los PP. Tercerones fueron, como es costumbre, destinados al ministerio de las misiones. Nuestro P. Ginhac tuvo una ocupación menos ruda: mientras que sus hermanos iban á convertir grandes pecadores, recibió él de sus superiores orden de volverse á Vals, donde se encontró con la pequeña grey que dejó en Octubre encomendada á la custodia de su amigo de Ben Aknoun, el P. Narciso Baulard. La impresión que causó en los novicios, nos la pinta el P. Fernando Celle, misionero de Maduré, donde acabó santamente su vida: «El P. Maestro—escribe él—volvió durante la cuaresma, para darnos los ejercicios de mes. No le reconocíamos: de los pies á la cabeza, nos le habían *humanizado;* comía como un simple

mortal; no acertábamos á salir de nuestro estupor. Cuando por el mes de Agosto le volvimos á ver, no quedaba ya nada del P. Ginhac de los ejercicios: era el antiguo Padre Ginhac, el nuestro, y peor todavía, y para siempre. Una caritativa indiscreción nos explicó el misterio. El P. Fouillot había ordenado á su santo tercerón, por vía de prueba, que hiciese lo que todos los demás. Después de lo cual, el prudente Instructor le había abierto el campo de la mortificación.»

Vuelto á Lieusse después de Pascua de Resurrección, el P. Pablo volvió á sumergirse en los ejercicios de la vida interior. Por su diario espiritual sabemos que si la lucha fué algunas veces acerba, quedó la victoria por él, sostenido por la divina gracia. Viendo en el curso de esta narración un alma tan generosa, expuesta casi siempre á la desolación, tal vez quede el lector algo sorprendido, y se pregunte: ¿Porqué rehusa Dios á sus más fieles amigos las dulzuras de su amor? ¿Porqué los conduce por un camino sembrado de espinas?

La razón es que Dios quiere despegarlos de todo lo de aquí abajo, y fundarlos en humildad. Gustábale al P. Ginhac traer á la memoria el pensamiento de San Agustín que ve en este mundo dos ciudades: en la una, el hombre se ama á sí mismo hasta despreciar á Dios; en la otra, ama á Dios hasta despreciarse á sí propio. El amor de Dios se apoya en el desprecio de sí mismo, y crece en nosotros á medida que crece nuestra humildad. Y así, cuando Dios quiere reinar plenamente en un corazón, le hace pasar por la humillación: le despoja, le abate hasta la nada, y luego, le abrasa en su amor. Este corazón perfectamente humilde no se atribuye nada á sí mismo; en medio de los aplausos y testimonios de admiración y de respeto, se conserva siempre penetrado del sentimiento de su impotencia y perversidad natural. Tal fué el P. Ginhac. «Y aunque nos dijeran que somos santos, ¿qué valdría eso?», decía á uno en cierta ocasión, mostrando al mismo tiempo con una son-

risa despectiva que le importaban bien poco todas las admiraciones de los hombres. Un íntimo confidente del siervo de Dios, Provincial que fué y Asistente, el P. Guillermo Blanchard, decía: «Todo en él era admirable; pero su humildad desconcertaba. Nadie se explicaba cómo hombre tan universalmente estimado podía sentir de sí mismo tan bajamente. Y manifestaba este sentimiento con tal candor y tal sinceridad, que no sabía uno qué responder: había que contentarse con admirarle y sonreirse.»

Oigámosle ahora á él mismo descubrir algo de la obra de Dios sobre un alma á la cual llama á la santidad:

«Como yo no estoy bastante dilatado, no solamente no hago todo el bien que con la gracia podría, sino que puedo hacer mucho mal. Necesito, pues, insistir más en la propia abnegación.

»*O Cor sacratissimum Jesu, pro me amore apertum, da mihi extre omnino a me in te, ut in cruce tecum vivens et moriens, magis diligam te et imiter. Amen* (1).

»He experimentado que cuando me manifiestan interés, soy más activo, más expansivo, más inclinado á sacrificarme; debo, pues, mostrar á todos mucho interés, especialmente á los más tímidos, para alentarlos.

»Ayudando á misa el 12 de Enero de 1859, y á propósito de las palabras de San Pedro: *Tu es Christus*, etc., me vinieron deseos de dar á Nuestro Señor testimonio universal con la palabra, con los libros y con el martirio; pero no siendo esto posible, dado lo que soy, acordéme entonces que la Compañía había dado á Cristo este testimonio bajo estos tres aspectos, y continúa dándosele aún: Yo se lo he ofrecido con mucho gozo, y deseado ser útil á esta Compañía, y rogar mucho por ella, para que ande siempre por este camino. Le he ofrecido el testimonio de la Santísima Virgen, que sobrepuja á todos los demás. Ma-

(1) ¡Oh Corazón Sacratísimo de Jesús, abierto por mi amor, concédeme salir de mí mismo y vivir en ti, para que viviendo y sintiendo contigo en la cruz, más te ame é imite! Amén.

ría Santísima instruyó y sostuvo á los Apóstoles, y transmitió á las generaciones venideras el *Magnificat*, que vale más que todos los libros humanos, y fué más que mártir.

«2 de Febrero de 1859.—Meditando sobre el celo de María y de José por cumplir toda la ley, entendí que era preciso ser, no hombre de sustracción, sino hombre de supererogación, en los deberes de piedad, de caridad, de humildad y de penitencia.»

«27 de Mayo.—Al preguntarme: *Quid egerim pro Christo?* (¿Qué he hecho por Cristo?), vi que no he hecho nada serio, nada que valga. No sigo á Nuestro Señor más que exteriormente y en apariencia; he engañado á los que creen que le seguía seriamente y en verdad. Me veían en la mesa, en el reclinatorio, en el altar, y por las apariencias exteriores se imaginaban que yo buscaba á Dios de todo corazón. ¡Ay! no: con frecuencia he sido flojo y remiso, preocupado de mí mismo y con cosas bien fútiles. Me engañaba á mí mismo, porque notaba cierto orden en mi conducta exterior. Mediocridad, tibieza: *Utinam frigidus!* Suplico á la infinita bondad de Jesucristo, por intercesión de San Ignacio y de la Santísima Virgen, que lo repare todo.»

«He hecho esta declaración en público, y esto me ha humillado mucho, mas espero, que, por la misericordia del Señor, me será saludable. Ahora deben despreciarme: no estoy pesaroso de ello, é interiormente estoy contento que así sea. Paréceme que no tendría mucha dificultad en vivir de aquí en adelante, por amor de Nuestro Señor, completamente ignorado.»

«He resuelto pedir las misiones extranjeras, si Dios lo quiere. He aceptado todo cuanto pueda causarme alguna pena... y renunciado en lo íntimo de mi corazón á cuanto pudiera proporcionarme alguna satisfacción. Acepto también la cruz que vengo sintiendo hace ya tanto tiempo: aridez en las cosas de Dios, impotencia en el servicio del prójimo, rebeldía del apetito inferior. En fin, me sien-

to dispuesto á hacer pronta y generosamente el sacrificio de todo lo que crea que me exige Dios.»

«Después de cierta humillación, me sentía inclinado á no decir nada de aquí adelante en las conferencias espirituales, si me preguntaban; pero me ha parecido que esto era también amor propio, y el amor propio, hay que destruirle sin miramientos ningunos. Con todo, mejor sería ser más sencillo, no ponerme en escena, en cuanto fuera posible.»

«Cuando uno se ofrece á ir á las misiones y á emplearse en cualquier oficio humilde y penoso, aun en los de los HH. Coadjutores, para servir á los misioneros; debe renunciar á sí mismo, á su propio juicio, á su voluntad, á las comodidades del cuerpo, á la vida misma, estando dispuesto á morir todos los días, por amor de Dios. Por consiguiente, desde este día, (14 de Julio de 1859), comenzar á vivir de esta vida. (Voto ofrecido en el sagrado altar el 15 de Julio, fiesta de nuestros 40 mártires)».

En el retiro ó Ejercicios de fin de año, Dios parecía retirarse del ejercitante, y no dejarle otra cosa que un vivo sentimiento de miseria.

«He entrado en ejercicios—dice—con el deseo de aprovecharme de ellos, ayudado de la divina gracia, y de encontrar en ellos la verdadera libertad de espíritu que busco, y de poder comenzar á vivir para la mayor gloria de Dios... ¡Oh Dios mío, tened piedad de mí! ¿Qué otra cosa he hecho, aun este mismo año, sino desagradaros, contristaros? Dios mío, Dios mío, ¿á dónde iré sino al seno de vuestra infinita misericordia?

»Todo el segundo día, gran desolación. En la última meditación, sentí gran dificultad en cumplir las anotaciones doce y trece. Pero no estoy triste: espero, quiero ser todo de Dios.»

»Día tercero por la mañana, *item*. Dios mío, suceda lo que quiera, mi corazón será todo de Vos. En la meditación de la muerte, un poco menos de dificultad. ¿Qué no

querré haber hecho entonces por el aprovechamiento espiritual de mi alma, por el bien espiritual del prójimo y por la gloria de Dios?

»*Reino de Cristo.* Si los presos, si los condenados á muerte, si los criminales y reos de lesa majestad pudieran seguir á su príncipe y librarse á este precio... Si un caballero desleal...

»Yo me olvidaré de tu pasado, borraré sus huellas, dispondré lo porvenir. No te cuides más de ti mismo: sígueme á mí, está conmigo, obra con espíritu de amor y confianza en mí, y nada temas. ¿Que sientes todavía los movimientos é impresiones de la naturaleza corrompida? no te apenes por ello: es necesario para tu bien; pero que tu corazón, sin vacilar y pasando por encima de todo eso, vaya derecho á mí; yo no te abandonaré.

»Oh Rey mío, oh mi amable Salvador; haz que yo te siga siempre. *Sequar te quoqumque ieris* (te seguiré á donde quiera que vayas). Cada día, llevaré la montaña de mis miserias al sagrado altar. Sólo mi Salvador puede remediarlas. Tengo que reconocer que he luchado por mucho tiempo contra este cúmulo de miserias, que me he amargado, entristecido y fatigado sin querer reconocer mi impotencia, y sin ir al verdadero médico.»

«Vayamos, pues, sigamos con entusiasmo al Gran Rey; dejémoslo todo por ir á combatir á sus órdenes.»

«Día quinto. Oh alma mía, ¿porqué estás triste y como abatida? ¿He ofendido al Señor? Y aun cuando así fuese, ¿debía entristecerme de esta suerte? ¿He perdido el fruto de los ejercicios? Pues aún tengo tiempo: digamos: *Ecce nunc coepi et haec est mutatio dexterae Excelsi* [1].

»¡Miserable! No merezco vivir en la Compañía, entre hombres tan santos. He merecido el infierno, ¿y quién sabe cuántas veces? Con mayor razón, no merezco recibir á Nuestro Señor y celebrar todos los días. Dios mío, si á

(1) He aquí que ahora comienzo, y esta es mudanza de la diestra del Altísimo.

Vos os place, no me deis nunca ningún consuelo. Si Vos así lo queréis, si es para vuestra gloria, renuncio á ellos hasta el fin de mi vida. Dad esos consuelos á otros, que se aprovecharán de ellos: yo abusaré. Conservadme vuestro amor; esto me basta.

»Día sexto. Adelante, alma mía, ya es tiempo: ¡miremos al Corazón de Jesús y marchemos! Pues Vos me habéis llamado, tened piedad de mí. Yo me arrojo en los brazos de vuestra misericordia infinita, con todas mis espantosas miserias. ¡Compadeceos de mí!

»¡Qué ejercicios! El tedio no me ha dejado un momento casi durante todos ellos... Era preciso que aprendiese qué es desolación... cuánto puede turbarnos el demonio... cuán débiles somos sin el auxilio de Dios... Decía yo de cuando en cuando: *Ecce nunc coepi*... y al poco tiempo estaba como antes; pero con todo, siempre quería ser de Dios. Por fin en la confesión, comencé á estar más tranquilo, y esta paz ha ido creciendo después. A propósito de la confesión: creo delante de Dios que ha de juzgarme, que no hay que acordarse ya más de lo pasado, sino arrojarlo todo en el seno de la divina misericordia.

»13 de Agosto.—Meditando en Nuestro Señor crucificado, *multa consolatio* (grande consolación).

»14 de Agosto.—Me cuesta el sufrir contradicción. Creo que la divina bondad se ha propuesto este año curarme de este vicio. Mis defectos han aparecido con toda claridad. Oscuridad y sequedad continuas ó poco menos, en las dos veces que he hecho ejercicios. Esta indisposición que me ha venido. He merecido el desprecio del R. P. Instructor, que me ha conocido bien. Nada de penitencias, nada de oraciones extraordinarias. ¡Qué bien! Gracias, Dios mío. Vida común. Perfecta. Interiormente, sacrificio perfecto de amor. Exteriormente, todo para todos, hacerme amable por Jesucristo, para ganarle todas las almas.

»15 de Agosto.—Asunción de la Santísima Virgen. Re-

novar mi devoción y mi confianza en María. Con ella y por ella, lo podemos todo.»

Dios no escaseaba las desolaciones á su siervo, y esto era una gracia: combatida por la tormenta, el alma se arraiga más fuertemente en la humildad. El P. Ginhac dejó el año de tercera probación sintiendo vil y bajamente de sí, mientras que el P. Fouillot, justo apreciador del valor de los hombres espirituales, tuvo de él altísima estima, como lo testifican estas palabras del P. Espiritual del Colegio Máximo de Vals:

«Encantado de las virtudes del P. Ginhac y de las gracias con que Dios le colmaba, el P. Fouillot manifestó á muchos su admiración, llamando al buen P. Ginhac *su serafín*. Más tarde cuando el Venerable anciano estaba en Aix, de Padre espiritual del estudiantado, el P. Ginhac vino á dar los ejercicios de año, y el antiguo Instructor de Nuestra señora de Liesse, decía lleno de admiración, refiriéndose á su serafín: «¡Oh! Dios no ha abandonado á la Compañía, pues le da todavía tales santos!»

CAPITULO IV

El Noviciado de Vals (1855 á 1860)

I. Trabajo de santificación: admiración de los novicios; el P. Maestro pintado por él mismo. – II. La Profesión: sentimientos del nuevo profeso.

I

Al día siguiente de la Asunción, el P. Ginhac se despedía de Nuestra Señora de Liesse, y volvía á Vals para encargarse de la dirección del Noviciado.

No faltaron repugnancias que vencer para continuar en semejante cargo: tal era el sentimiento que tenía de su ineptitud; pero la fe en la obediencia le hacía omnipotente. Fuera de esto, aquella vida de recogimiento y oración le gustaba. Por Abril de 1860, después de la primera semana de los ejercicios de mes, apuntaba en su diario espiritual [1]:

«He comenzado los ejercicios de mes con verdadero placer, por el singular beneficio de explicar una vez más los ejercicios de Nuestro Santo P. Ignacio; con deseos de hacer algo por nuestra Madre la Compañía y por el bien de las almas, y en disposición, según á mí me parece, de aprovecharme de ellos y unirme más con Dios. He resuelto

(1) Este diario, que el P. Pablo se olvidó de echar al fuego, nos permite leer en su alma desde el año 1857 al 1862.

De la misma época son algunas conferencias breves y metódicas sobre las reglas, planes de meditaciones y pláticas dirigidas á los novicios los domingos y días festivos, y algunos comentarios sobre los Evangelios de las Dominicas. Añádanse algunos apuntes sobre las vidas de San Ignacio, San Francisco Javier, Santa Teresa, Santa Francisca de Chantal, etc. Los principales escritos de Santa Teresa los tiene analizados con un cuidado que revela bien el amor, la admiración y la perfecta conformidad de sentimientos: lo que en ellos busca es el camino de la santidad y la confirmación de los principios de San Ignacio en el libro de los Ejercicios. Reducirlo todo á los Ejercicios, sacar de ellos las reglas de la perfección, tal fué, como todos saben, el fondo de la doctrina y el espíritu del P. Ginhac.

empaparme bien en los sentimientos propios de cada semana y de cada día de los ejercicios, y unirme lo más íntimamente que pueda á los ejercitantes; presentarlos frecuentemente al Señor y á mí mismo con ellos, sobre todo en las visitas; y hacer que rueguen y pidan mucho, cosa importantísima y que, según yo creo, es lo que nos ha asegurado el buen éxito de la primera semana.

»He resuelto ante todo, al comenzar este santo tiempo, vencerme en lo que atañe á mis faltas de caridad, y hacerme todo á todos, especialmente para gloria de la Santísima Virgen, á quien me propongo imitar y honrar de una manera especial á partir de este mes de Mayo. Encomendarme más á ella. Pedirlo todo por su mediación, y también ofrecerlo todo, y á mí mismo constantemente, por sus benditas manos.

»Renunciar á la propia voluntad para hacer en todo la de Dios, pidiendo al mismo tiempo que se haga esta divina voluntad en todo el mundo. Esta era la disposición de la Santísima Virgen cuando dijo: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi...* Finalmente, persuadir á otros que la honren. Paréceme que la contentará que yo ayune los sábados en su honor. Siento aumentárseme la confianza.»

En otra parte nos revela su solicitud siempre vigilante.

«Notable aumento de caridad con mis N. (novicios). Nada de desabrimiento ni amargura á vista de sus faltas, de sus defectos ó modo de proceder. Más facilidad para hacerles toda clase de bien... Mayor atención en cuidar de ellos: gozo en rogar por ellos, encomendarlos á Nuestro Señor, encerrarlos en su divino Corazón, darles la gracia de la absolución y repartirles la Sagrada Comunión.

»Nada de reprensiones á los escrupulosos: ¡sufren tanto y son tan dignos de compasión! Antes, escucharles con paciencia y resolver con energía.

»Inmensas ventajas y dulzura grande en encerrarme por las noches, antes de dormirme, en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, y lo mismo por las mañanas

para durante el día; igualmente, en colocar conmigo á mis hermanos, para que juntamente conmigo estén seguros de todo daño, tanto del alma como del cuerpo.»

Después de haber oído al Maestro, oigamos á los discípulos. Mucho mejor nos darán ellos á conocer su virtud.

«Tuve la dicha—escribe el P. Félix Rivier—de vivir dos años bajo la dirección del P. Ginhac: en Vals, el año de 1856, cuando era por primera vez Maestro de Novicios; en Castres el 1870, cuando, también por vez primera, era Intructor de los PP. de Tercera Probación. Jamás noté en él la menor imperfección. Sus modales, su manera de hablar y de andar, todo revelaba en él al hombre sobrenatural, humilde, grave, modesto, señor de sí mismo: parecía no ejecutar ni un solo movimiento que no fuese dirigido actualmente á mayor gloria de Dios...

»Contaré un acto de fe presenciado por mí mismo, y que jamás olvidaré. Acompañaba yo al P. Maestro que iba á visitar á un enfermo. Pasábamos por Puy. Al llegar á la plaza de los Carmelitas, vió á lo lejos entreabierta la puerta de la Iglesia; y penetrado de un santo respeto, se detuvo, y volviéndose hacia el altar mayor, en medio de aquella muchedumbre de gente hizo una profunda genuflexión para adorar á la Hostia divina de nuestros altares.»

Otro novicio del mismo año, el P. Luis Terrasse escribió lo siguiente; «Puedo afirmar delante de Dios, no haber notado nunca en el P. Ginhac una palabra ó movimiento que pareciesen proceder de afectos poco arreglados ó de impresiones puramente naturales; y no podíamos dudar, que este perfecto dominio de sí mismo, tenía por causa y principio su gran espíritu de mortificación y su íntima unión con Dios. Cuando se le consultaba algo, nunca respondía sin haber antes clavado los ojos en el crucifijo.

«Todos sabíamos el rigor con que trataba su cuerpo; y yo, siendo novicio, vi, (por habérmelas enseñado uno que dió con ellas), dos disciplinas del Padre: la una de hierro erizada toda ella de puntas agudísimas; la otra de cuerda

enrojecida de sangre. En el comer era tan parco que no se sabe cómo podía vivir; y en ciertos días, como por ejemplo, el primer viernes de mes, la palidez del rostro, la rigidez del cuerpo, la misma dificultad con que hacía la genuflexión delante del Santísimo, indicaban bastante que á la abstinencia añadía torturas más dolorosas: seguramente que estaba vestido de hierro.

»Aunque esto me causaba admiración, me la causaba mayor la *continua mortificación en todas las cosas* que parecía constituir su vida. Tuve siempre por imposible que la regla duodécima del *Sumario*, donde se nos recomienda esta mortificación, pueda ser observada con mayor perfección que la observó el P. Ginhac. Hubiérase dicho que tenía pasión por la abnegación total de la naturaleza. Su decir, lento y enérgico, se tornaba extraordinariamente vivo apenas comenzaba á tratar de la abnegación; y un novicio inglés, después de haberle oído, decía: «¡Qué sabor debe tener para el Padre Maestro la palabra *abnegación!* relámese con ella los labios.»

Pero más que estas austeridades corporales me admiraba el ver que quien tan duro y riguroso era para consigo mismo, fuese para con los demás tan caritativo y delicado que creo no haber visto nunca cosa igual. Comía poco; pero tenía buen cuidado que en esto no le imitasen sus novicios con detrimento de la salud. Nada se le escapaba en este punto, á pesar de su perfectísima modestia. «¡Cosa singular!—decía el buen P. Vallenet—yo tengo siempre bien abiertos los ojos, y no advierto lo que falta á mi vecino; y el P. Maestro, al contrario, ve, con los ojos bajos, si falta alguna cosa á los que están lejos de él. Le he visto muchas veces hacer que volviesen á presentar el plato á un hermano, y con un gesto ó mirada invitarle á servirse más.»

»Imposible explicar lo abnegado de su caridad para con los enfermos: para no citar más que un caso, vímosle prodigar toda clase de cuidados, y servir en las cosas más re-

pugnantes al Hermano Camilo de la Vaissiére, en la prolija enfermedad que tuvo en el noviciado, y todo esto con una solicitud y una delicadeza verdaderamente maternales.

«Cuando nos le dieron por Padre Maestro,—dice el Padre Luis Boutié—no había hecho aún el año de tercera probación, y estaba, (si no es atrevida la afirmación), en el período de formación de su santidad; algunas veces se traslucían al exterior señales de sus luchas interiores contra la naturaleza. No sé si los demás notarían esta lucha: yo pude observarla algunas veces, aunque raras, por ofrecerme frecuentes ocasiones para ello el cargo de admonitor que tenía.

»No por eso dejaba de parecerme ya entonces hombre de singular virtud, y en particular, de heróica mortificación, puesto que se extendía á los detalles y pormenores todos de su vida. Todos ya entonces hablaban de él como de un santo, y me consta por el testimonio de nuestros Padres, que sus virtudes han ido creciendo de una manera maravillosa...»

Á pesar de esto, la admiración de sus novicios iba acompañada de una ligera restricción, como ha podido notarse. La misma penumbra aparece en el testimonio de un Hermano Coadjutor, que, años después, nos dirá del Padre Ginhac cuando era Rector de Tolosa: «En Vals tenía un aire menos atractivo.» Yo temblaba en su presencia, dice otro.» Y añade que delante de él se le anudaba la voz en la garganta; no que le aterrase, sino que se sentía sobrecogido de respeto y penetrado del sentimiento de su propia indignidad en presencia de un santo.

¿Hay motivo para extrañarnos de semejantes restricciones? Evidentemente que no. La más rica naturaleza es pobre y deficiente por algún lado. La santidad no es cosa que se adquiere en un día: sólo á fuerza de luchar, de vigilancia, de oración, se logra llegar, con ayuda de la gracia, al temperamento y justo medio en que consiste la perfección de la virtud.

Semita justi tanquam lux splendens. El varón justo se va elevando insensiblemente por este camino luminoso, y es mérito y gloria suya allegarse á Dios más y más cada día, á pesar de la resistencia y contradicciones de la naturaleza, del mundo y del infierno. Ya iremos viendo en el decurso de la narración, las no interrumpidas ascensiones del venerado Maestro de novicios.

No carecerá de interés indagar cuál fué su punto de partida, y cuál era el impedimento de su perfección al terminar el año de tercera probación.

A falta de otros testimonios, él mismo nos lo dirá, mostrándonos como en una viva pintura lo que era á sus propios ojos y en los ojos de los demás. En el diario de Nuestra Señora de Liesse, escribió lo que sigue:

«Hase hecho en mí una luz acerca de mi modo exterior de ser. Con razón me reprochan que en la guarda de la modestia soy forzado, que ando estirado y como en tortura. Soy poco comunicativo y atado. Mi compostura exterior no es medio apto para hacer bien, ni para comunicarme y atraer; todo lo contrario, es un impedimento y una traba para mí y para los demás; y si no es motivo de que se alejen de mí, lo es al menos para que sean reservados. ¿Por qué esto? Porque la compostura exterior es en mí objeto de estudio y cálculo; pienso en ella, me preocupa; de ahí que no sea natural. El pianista no ha de pensar en los dedos ni en las teclas, para atender única y exclusivamente á la pieza que está tocando. El predicador debe olvidarse de los movimientos de manos y brazos; si piensa en ellos, ya no será natural la acción, aparecerá el estudio, y consiguientemente le faltará lo que más importa: el alma y la vida para pronunciar el discurso...

»De igual manera, para que la composición de todo mi exterior sea *natural*, para que no parezca forzada, ni repela, es necesario que yo no piense en ella, quedando libre para atender á lo interior. Pero ¿cómo conseguirlo? ¡Oh Corazón divinísimo de Jesús! Tú, tú sólo puedes obrar

semejante milagro. Concédeme que no vea más que á Ti, ni me ocupe más que de Ti, y todo saldrá bien, y yo andaré con desahogo y libertad. Así estarás Tú contento, y lo estarán todos. Espero de Ti este favor, después de tantos otros; no se le negarás á tu Santísima Madre...»

Los Padres de tercera probación deben avisarse mutuamente los defectos, aun los más ligeros. Esta sencillez que el mundo desconoce, supone caridad en el que avisa, humildad en el corregido, y en entrambos celo por la perfección. El P. Ginhac recogía las advertencias de sus hermanos con más cuidado que el vanidoso recoge las propias alabanzas. En una página informe, conservada por él religiosamente, se lee: «Cara poco expansiva..., actitud sin vida, conversación monótona, efecto de querer hablar siempre de cosas de Dios...; habla muy bajo al dar los avisos; se le nota alguna tristeza, es vulgar en sus reflexiones piadosas...; no sabe comunicarse, le falta suavidad y soltura, y por resultado no logra tener ascendiente, etcétera.

«Hacerme tan amable que en una sola recreación les gané á todos..., muy bueno y muy caritativo. Delante del Santísimo, no pensar en mí, sino en Nuestro Señor. Hacerme católico [1] en mis oraciones.» «*Valeam ambulare in spiritu humilitatis, orationis et caritatis simpliciter* [2].»

Antes de los ejercicios con que se termina el año de probación, el humilde religioso agrupó en un solo cuadro todos los defectos que le habían notado, y trazó de propia mano un retrato no muy lisonjero, y bien diferente del que nos han conservado sus admiradores. Algunos rasgos parecerán exagerados; mas el P. Ginhac recibía con agrado cualquier corrección y aviso, por desprovisto que estuviese de fundamento: «A veces—dice el P. Blanchard,—veíase algo perplejo; pues, si por un lado su humildad le

(1) Quiere decir *universal*, rogando por todos.—N. del T.

(2) Que logre andar sencillamente en espíritu de humildad, de oración y de caridad.

inclinaba á aceptar ciegamente cuanto le decían, por otro, su recto criterio rechazaba cuanto fuese menos juicioso.»

Cruel y desapiadado, tratándose de sí mismo, escribió lo siguiente:

«Todo proviene del orgullo, de la sensualidad y de la pereza: rigidez general en todo; falta de libertad de espíritu; parecer como en tortura, estarlo y querer poner lo mismo á los demás; esfuerzos desagradables para hablar de cosas espirituales; nada simpático; huyen de mí; causa en alguna manera de malestar para la comunidad; se muerde los labios cuando le desagrada alguna cosa; no hace amable la virtud, sino al contrario; caridad importuna y minuciosa; nimio con los novicios en cosas menudas, así es que no se hacen esforzados, *strenui;* pesado, prolijo, frío, muerto.» Y añade: «¡Combatirlo todo por amor de Dios!»

Con rasgos tan poco placenteros nos pinta el P. Ginhac su exterior; veamos ahora lo más íntimo de su alma. Lo mismo en Vals que en Liesse se descubre el esfuerzo de una voluntad generosa que trabaja por fundarse en humildad, amor y confianza:

«1860.—Pido á Dios Nuestro Señor, cuando viene cada día á mi corazón, que plante en él su cruz. Allí está María para darle las gracias y desempeñar las mismas funciones que en el Calvario. Desde hace mucho tiempo, mi cruz es la impotencia con respecto á Dios, á mí mismo y al prójimo. Y yo la aceptaba, no queriendo otra cosa que lo que Dios quiere, y me hallaba consolado. Mi orgullo está herido en lo más vivo, al verme tan ruin, tan imperfecto, tan inclinado á las cosas bajas, tan poco unido con Dios. Tengo el orgullo muy arraigado. ¡Oh, si la consideración de mi miseria y de mi impotencia, que por la gracia de Dios conozco más claramente hoy día, me llevase á no perdonarme humillaciones! Paréceme que la divina bondad se propone hacerme conocer y sentir que soy menos que nada; nada y pecado.

«Antes de entrar en la iglesia, pedir permiso para ello

á Nuestro Señor, y rogar á la Santísima Virgen que le hable en mi nombre. Hacerme esta consideración. Lejos de merecer subir al altar, soy indigno de estar de rodillas en un rincón de la capilla. Lejos de tener derecho á ciertos miramientos, soy indigno de desempeñar el oficio más humilde y penoso en la Compañía. Soy indigno de vivir, y de recibir el menor servicio de cualquiera criatura. Bien bajo está mi lugar: en el infierno.»

«1.º de Junio. Esta mañana, 1.er viernes y 1.er día del mes del Sagrado Corazón de Jesús, *ut iumentum*, como un animal, delante de Nuestro Señor. Compadeceos de mí. Os ofrezco los sentimientos de mis amados hijos, de estos buenos hermanos, de estos corazones jóvenes, tan tiernos, tan delicados, tan abnegados.»

Asaltado con desolaciones y angustias, se refugia en el Corazón de Jesús.

«15 de Junio.—Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. ¡Qué *triduo* éste! Dos días en que no he sido dueño de mí... Verdaderamente es preciso que experimente, que sienta no ser yo otra cosa que debilidad, impotencia, pecado, horrura!... El pecado me cerca, y me penetra por todas partes... Ni una hora puedo pasar, ni un momento, ni hacer una sola acción, sin ofender á Dios... Conozco que mi vida es un tejido de infidelidades y tibiezas, un continuo buscarme á mí mismo... Mi orgullo se subleva; quisiera ser mejor, quisiera tener menos cosas que reprocharme y acusarme... Y encuentro más y más... Nunca doy con el fondo de este abismo de corrupción.

No me queda otro recurso que arrojarme en los brazos de Dios, y depositar todas mis miserias, que son mucho mayores de lo que yo entiendo, en el seno de su infinita bondad.

«El Sagrado Corazón de Jesús será mi refugio y mi esperanza. Él es un abismo de misericordia y de gracias; y yo soy un cúmulo de miserias. Nueva razón para esperarlo todo y siempre, *in spem contra spem*. Sé que siempre

le ofendo, y sé también que Él siempre me ama... siempre *deliciae meae*... sí, sí. Está empeñada una lucha entre mi perverso corazón y el Corazón adorable de Jesús. Mi espantosa miseria por un lado, por otro, la misericordia del Sagrado Corazón... Y bien sé que no llevaré yo la victoria; ¡sé muy bien que quedaré yo vencido!... Gloria al divino Corazón... *Misericordias Domini in aeternum cantabo.* (Cantaré eternamente las misericordias del Señor). ¡Oh Corazón de Jesús! Ser humillado, sufrir, olvidarse, renunciarse en todo, por amor del Corazón que ama sin límites hasta el fin.»

«Fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo. *Libenter gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi. Cum infirmor, tunc potens sum.* Reconocer, confesar y amar las propias enfermedades espirituales y corporales, sus propias miserias, su impotencia, su incapacidad. ¡Qué fuerza, qué virtud, qué bienes hay en las enfermedades mismas! ¡Si lo entendiese bien!... Seamos fieles; cuanto menos pueda yo, más hará Dios. ¡Gloria á El solo!»

Ya conocemos al P. Ginhac que conocieron los novicios de aquel tiempo.

En su exterior poca gracia y soltura, cierta falta de habilidad natural y mucha timidez, defectos que en conjunto parecen ser ó excesos de un fervor poco moderado, ó esfuerzos de una virtud que se extralimita y no ha dado aún con el justo medio. Entregóse el P. Ginhac á Dios Nuestro Señor sin reserva; y con el vigor de una voluntad enérgica y tenaz, se abrazó con la cruz de Jesucristo, y en ella, con todo cuanto contraría la naturaleza. Y es demasiado dura para no sentirse, la mano de hierro que pone los sentidos y el cuerpo en ruda servidumbre.

Por lo que toca á su interior y al alma, en la parte inferior y sensible, tinieblas y desolación casi siempre, en la superior, la calma y serenidad de una voluntad enamorada solamente de Dios. Pero los esfuerzos de la lucha se re-

flejaban en su rostro, dándole un tinte de severidad. Este era el P. Ginhac al principio de su carrera.

¿Qué tiene de extraño que su virtud les pareciese á algunos un poco austera, y que infundiese admiración mezclada de temor á unos tiernos novicios, niños que acaban de dejar el mundo y no han experimentado la mayor parte de ellos más que los dulces afectos de la familia? El P. Luis Terrasse, que nos ha hecho un hermoso panegírico de su Padre Maestro, no pudo sustraerse á esta penosa impresión:

«Desde los primeros días—escribe,—me infundió gran respeto la santidad del P. Ginhac, y sin embargo, los ocho primeros meses fueron para mí penosos; aquella actitud tan rígida, su extremada flaqueza, la irreprochable corrección de sus actos, aun en sus menores ápices, la vida y modo de ser todo del P. Maestro, expuesto al parecer á mis miradas como un modelo que debía copiar en mí mismo; todo esto suscitó en mi alma el desaliento y yo no sé qué especie de malestar y de despecho, impaciente por desahogarse contra el santo varón. Un día, en que el enemigo excitaba en mí esta agitación más que otras veces, y en que para librarme de ella me había puesto al cuello el rosario, vencido al fin, me levanté, y con el rosario al cuello como estaba, me fuí en busca del P. Maestro. No bien llegué cerca de él, le manifesté con palabras entrecortadas y con tono muy vivo, que no podía permanecer más tiempo en el noviciado, donde, en lugar de formarme, no haría sino inutilizarme; que todo me desagradaba, y más que nada, él mismo; que sólo verle me irritaba y alteraba la bilis, etcétera, etc. Le dije cuanto tenía dentro. El P. Ginhac tranquilo, sereno y sonriente me escuchaba. Después que yo acabé: «Mi buen hermano—me dijo,—realmente no tengo las cualidades que requiere mi cargo; con todo, como estoy aquí por voluntad de Dios, de mí y no de otro se ha de servir él para formarle á V. en las virtudes religiosas.»

«Lo que después dijo, no sabría ya contarlo con fidelidad, y mucho menos puedo traducir el acento de fe que animaba todas sus palabras. Yo sin embargo, permanecía en mi obstinación. Entonces el siervo de Dios se humilló hasta pedirme perdón de rodillas; y luego me invitó á que también yo me arrodillara, para rezar con él un *Memorare*.

«Según iba él recitando las palabras, repetíalas yo, aunque de mala manera; pero él, tan bien, que á medida que adelantábamos, iba entrando la calma en mi corazón, y cuando una vez terminada se levantó él, yo estaba cambiado por completo; ni yo mismo me conocía. Desde aquel día, amé intensamente á este hombre, á quien antes no podía ver; todas sus palabras han estado llenas de luz para mí, y él, lejos de acordarse de mi rebelde proceder, me ha dado siempre muestras de tiernísimo afecto.»

Delicada y muy previsora era ya por entonces la caridad del P. Maestro; pero en esta época, lo que desde luego llamaba la atención en él y causaba admiración, era su austeridad. Los novicios hablaban entre sí de sus espantosas penitencias, de sus disciplinas armadas de puntas agudísimas, y ensangrentadas; de cómo podía vivir y sostenerse comiendo tan poco, un hombre á quien veían especialmente los viernes, pálido y extenuado, como si hubiera pasado la noche en vela, descubriendo además en la rigidez de sus movimientos ir forrado de cilicios ó de cadenas de hierro.

La dirección del Maestro, ¿se resentía acaso de la austeridad del santo? ¿Daba á sus enseñanzas un tinte de rigorismo? Parece que no. En sus apuntes se revela un espíritu dulce y fuerte al mismo tiempo, en el cual predominan el amor de Dios y la confianza. Pero en el manejo y dirección de las almas, ¿tuvo desde el principio esa destreza, esa perfecta discreción que el mismo San Bernardo declara no haber alcanzado sino con una penosa experiencia? No me atrevería yo á afirmarlo. Antes digo que en los principios no supo regular con la circunspección ó moderación

debida, aquella fuerza y vigor con que impelía á las almas hacia la más elevada perfección. La vista de las miserias humanas, y la unción del Espíritu Santo le enseñaron el arte de saber acomodar el impulso y la fuerza á la debilidad del sujeto. Pareció rígido, y más tarde será condescendiente y benigno en su dirección. Pero siempre brillará la caridad, tanto en la mirada como en la dirección del P. Maestro. En Tolosa, sus antiguos novicios dirán á los nuevos: «Está desconocido: tanto ha progresado en dilatación y bondad.» Y en sus últimos años no encontrará uno en él más que suavidad. Las impresiones de un Padre tercerón del año 1894, el P. C. de Beaupuy, son el reverso y contrapeso de las impresiones de los novicios de 1856.

«Nunca podré olvidar la impresión que experimenté cuando vi por primera vez al P. Ginhac, hace más de cuatro años en Tolosa. Fundándome en la fama de su austeridad, me lo había yo imaginado de no sé qué aspecto pavoroso; pero nunca hubiera podido figurarme rostro tan amable como el suyo, de un candor y sonrisa encantadores, de expresión tan infantil (esta es la palabra que ahora me ocurre como la más exacta para expresar mi pensamiento) á fuerza de sencillez, de elevación y de pureza; ni aquella su modestia tan severa y al mismo tiempo tan agradable y natural. Desde los primeros momentos me sentí penetrado de tanto amor y confianza como respeto. ¡Oh, qué acabado y perfecto modelo era aquel santo en todo su exterior! Su regularidad en la observancia de las reglas de la modestia, heroica; el martirio impuesto á su cuerpo, continuo. Y por otra parte, cuando lo juzgaba conveniente, tenía sonrisas tan bondadosas y tan verdaderamente celestiales, que no pienso volverlas á ver semejantes.» Y más adelante añade: «Se me ocurre, si, en los comienzos de su virtud, no debió de parecer un poco duro á voluntades y caracteres irresolutos, un hombre y un carácter que no tenía nada de esto! Por lo que á mí toca, le

conocí en el apogeo de su santidad, cuando su energía de hierro estaba ya templada con una bondad inexplicable. ¡Oh! ¡cuán bueno era! ¡cuán delicado! ¡sinceramente caritativo, dulce, sencillo, afectuoso, y esto, no sólo por condescendencia, sino también por sencillez de ánimo, á las manifestaciones de verdadero afecto! ¡No había absolutamente nada de afectado en aquella alma tan hermosa y tan santa!»

II

El día de la Asunción de Nuestra Señora, 15 de Agosto de 1860, el P. Ginhac hizo la profesión solemne de cuatro votos, en la Capilla de Vals. Los sentimientos de su alma en estos días, que el jesuita cuenta entre los mejores de su vida, se encuentran en su diario espiritual:

«Deseo ardiente de entrar en la Compañía, para ser de verdad religioso y no solamente en las apariencias; de ser introducido por la Santísima Virgen en los mismos sentimientos que tenían nuestros primeros Padres en Montmartre, ó San Pablo al convertirse á Jesucristo; y de entrar por la verdadera puerta, que es la de la completa renuncia á todo y la de la perfecta humildad.»

«Coloquio de las dos Banderas. Por él, renunciar á todas las cosas y á mí mismo, y unirme íntimamente á Nuestro Señor Jesucristo, Cabeza de la Compañía, y á la Compañía misma; revestirme todo lo posible de los sentimientos de nuestro divino Capitán y conformar mi corazón con su Corazón; estos eran mis deseos y mi voluntad.

»Asimismo era mi voluntad pronunciar los votos según el sentido de las Constituciones; y hubiera deseado tener todas las disposiciones que en ellas se exigen á los que son admitidos á este grado. Pero ¡ay!—Habiendo hecho voto especial de combatir á las órdenes del Soberano Pontífice, tengo obligación de profesar entera y perfecta adhesión á la Iglesia de Jesucristo.

»La obra de este día puede resumirse así: Dejarlo todo y á mí mismo enteramente; tomar la cruz, que es estandarte, arma y recompensa al mismo tiempo; y unirse para siempre á Jesucristo. ¡Ojalá que así sea!

»Me pareció que después de haberlo dado todo, por los tres votos de Pobreza, Castidad y Obediencia, recibía yo en cambio por recompensa á Nuestro Señor Jesucristo, como si me dijese: «Aquí me tienes; yo quiero ser tu *riqueza*, tus *delicias*, tu *gloria* y tu *libertad*.» Este pensamiento me conmovía. ¡Oh divino tesoro! ¡Oh bienaventuradas delicias! ¡Oh gloria incomparable! Por lo poco que doy, recibo infinito; ¿qué será en la eternidad, si ya mi Jesús se hace todo mío?

»Si yo tuviese todos los bienes de la tierra, todas las satisfacciones de la tierra, y toda la gloria del mundo, ¡qué contento estaría de ofrecéroslo todo! Todo para Jesús. Jesús es todo mío y todo para mí. En adelante, nada mío, sino todo entero para gloria de mi divino Capitán. Anunciar delante de los reyes y de los pueblos, si á Él le plugiere, el nombre de *Jesús* y el nombre de *María*.

»¡Qué día éste! El cielo y la tierra, atentos; la universal Compañía, gozosa y orando; todos mis hermanos, en la mayor alegría. Y ¿qué no han hecho para manifestar sus transportes y los bondadosos y caritativos sentimientos de su corazón! ¡Así se ama en la Compañía de Jesús!...

»¿No es además cosa muy conmovedora la fe y la confianza que mis hermanos y las personas de fuera tienen en la eficacia de las oraciones y de la bendición de un jesuita que hace sus últimos votos?»

Estas muestras de simpatía y de veneración eran sinceras: á ser el P. Ginhac menos humilde, hubiera encontrado en ellas materia de vana complacencia; pero él, sólo halló motivos de confusión y de tristeza santa.

«Este hermoso día no ha estado, sin embargo, sin cruz: preocupación del amor propio, aridez interior, falta de caridad, especialmente al ver alabar lo que no había hecho;

me parecía que no era más que una ironía y que hasta entonces no había hecho nada por Dios, nada por mis hermanos y por el prójimo, nada por adelantar en la virtud, y que toda mi vida no había sido más que pecado, hipocresía y buscarme á mí mismo. Y en realidad de verdad, ¿ha sido otra cosa? Este pensamiento me afligió mucho y me causó gran desolación, sobre todo al día siguiente.»

El P. Andrés Sauze, entonces estudiante de Teología, nos da algunos pormenores que explican las dolorosas impresiones del nuevo profeso: «El P. Ginhac tuvo que soportar algunas alabanzas en público: cantáronse coplas, en las cuales sus antiguos novicios dejaron entrever los sentimientos de veneración que les inspiraban sus eminentes virtudes. Esta fué para él terrible pena. Al día siguiente confesaba que nunca había sufrido tanto: los elogios que se le habían hecho, habían caído sobre él como otras tan tas mortificantes ironías.»

En los días siguientes, penetrado aún de las emociones de la fiesta, recoge todos sus recuerdos:

«La noche del gran día me impresionó mucho este pensamiento. Si la Compañía, aquí en la tierra, celebra con tales trasportes de júbilo la admisión definitiva de uno de sus hijos, ¿qué sucederá en el cielo, cuando un miembro de esta amada Compañía entra en la morada del eterno triunfo? ¡Con qué trasportes de alegría le recibirán sus hermanos! En este mismo día de mis votos, hice, con todo el afecto de mi corazón, según creo, la renuncia de mis bienes y de todas las cosas de la tierra.

»Olvidaba una cosa que entendí durante los ejercicios, á saber: que todo lo debo á la Compañía, y que para pagar la deuda que con ella he contraído, no hay más medio que entregarme por completo á ella, dejando totalmente á los superiores la disposición de mi persona. La virtud y eficacia de la obediencia, suplirán mi absoluta insuficiencia.»

El 28 de Agosto, el P. Ginhac daba las gracias al Muy

R. P. General por haberle concedido un favor de que era completamente indigno; y luego añade: «Con el auxilio de la divina gracia, creo estar actualmente en disposición de no vivir ya para mí, como en el tiempo pasado, sino para Jesucristo, nuestro Rey, y para la Compañía, mi Madre; de no tener ya propios intereses, sino estar obligado á buscar exclusivamente los intereses de Jesucristo y de la Compañía. Estoy dispuesto á hacer con entera voluntad cuanto Vuestra Paternidad tuviere á bien mandarme, é ir á cualquiera parte donde juzgare útil enviarme para mayor gloria de Dios. Lo único que me apena es estar desprovisto, por mi culpa, de lo necesario para servir á la Iglesia y á la Compañía. Pero si yo sé conservarme en humildad, el Señor que me ha llamado se dignará servirse en algo de este miserable instrumento.

»Al menos tenga Vuestra Paternidad la excesiva bondad de avisarme de mis numerosas deficencias y de mis faltas (cosa que instantemente le suplico), de reprenderme y castigarme severamente por todas las omisiones en que pudiera incurrir. Quedaréle por ello muy obligado, mostrándose así Vuestra Paternidad, cada vez más, mi verdadero Padre. Yo procuraré abrigar siempre para con Vuestra Paternidad sentimientos sinceros de hijo amante y agradecido, y con la gracia de Dios trabajaré por enmendarme.

»Le suplico encarecidamente, mi Muy Reverendo Padre, que, en nombre de toda la Compañía, me perdone las ofensas de que me he hecho culpable para con ella en los varios años que he venido ejerciendo el cargo de Maestro de Novicios, y que me conceda, en señal de perdón, su paternal bendición.»

El M. R. P. Becks le contestó lo siguiente:

«Los sentimientos que V.ª R.ª me manifiesta, con ocasión de su profesión solemne, son los de un verdadero hijo de la Compañía, y me han confirmado en la persuasión que ya tenía de que el Señor se ha complacido en el

holocausto de V. R. y recibídole en olor de suavidad.

»En lugar de perdonarle las ofensas de que ciertamente no tiene porqué acusarse en el cargo de Maestro de Novicios, le doy las gracias por el celo con que le ha desempeñado.»

Con qué desinterés hizo el P. Ginhac la renuncia de sus bienes temporales, que precede á la profesión religiosa, se colige de las dos cartas siguientes:

«A Victor Ginhac, en el Mazel, 12 de Mayo de 1858:

»Mi querido hermano: Tal vez creerás que os he olvidado, viendo lo poco que os escribo; pero no es así. Pienso en vosotros, y ruego por vosotros, todos los días: ¿No es éste un testimonio de afecto más significativo que una carta?

»Quisiera que el Mazel llegara á ser, por tus cuidados, una verdadera casa de Dios; una casa donde Dios sea honrado y amado sobre todas las cosas; donde no se trabaje más que por Dios; donde no se hable más que de cosas de Dios, ó de cosas que se refieran á Dios. ¡Oh, entonces sí que sería casa de bendición! El contento, la alegría, la dicha y toda suerte de bendiciones descenderían abundantemente sobre ella.

»Y así tiene que ser: ya que tu corazón, querido hermano mío, es demasiado bueno para que en tu casa no entre el Señor en posesión de todos sus derechos. Además, que ya sabes que lo exigen hasta tus mismos intereses temporales. Esto es lo que yo, no sin fundamento, espero de ti.

»También has de tributar culto especialísimo á la Santísima Virgen y á San José, su castísimo esposo; verás que bien os va.

»Quisiera, mi querido hermano, arreglar definitivamente mis negocios con vosotros, porque muy pronto llegará el tiempo de mi profesión, y desearía que para este tiempo ya estuviese todo terminado. ¿Tendrías la bondad de enterarme del estado de tu casa, del número de hijos que el Señor te ha dado, etc.? Me dirás también si está ya legalmente satisfecha la deuda con la Trapa, y, por fin, lo

que podría tocarme, descontando antes lo que me tienes ya anticipado. Envíame, cuanto antes puedas, un resumen claro y preciso de las cuentas, conforme juzgares en conciencia y delante de Dios Nuestro Señor.

»Yo sigo aquí ocupado con el mismo cargo, es decir, con los novicios. ¡Cargo importante! ¡Ojalá supiese yo desempeñarle bien, y abrir á estos jóvenes el camino de la santidad!...

»Mis afectuosos recuerdos y un cordialísimo saludo á toda la familia. Saluda muy especialmente á mi cuñada y á mi tío Agustín. Ruega mucho por nuestro querido Luis.»

Tres años más tarde aún estaba por resolver la cuestión de los bienes, no habiéndola aún abordado el P. Ginhac. «A fines de 1861—dice el párroco de Serverette,—Víctor Ginhac vino á decirme: «Yo arreglé las cuentas de la familia, con mi hermano Pablo, en 1858; pero él no ha dicho nada después acá, y no sé si quiere que le paguemos.» Escribí, pues, al P. Ginhac, que me contestó: «No quiero nada: Jesucristo me basta.»

Noble sentimiento que dictó la carta siguiente, fechada en Tolosa por Navidad de 1861:

«Mi muy querido hermano: El 15 de Agosto de 1860, tuve la dicha de hacer los últimos votos en la Compañía de Jesús. Por esta época firmé el acto de renuncia absoluta de todo lo que me pudiera pertenecer en la herencia de mis difuntos padres, de buena memoria. Ya estaba, pues, arreglado delante de Dios, de la Iglesia y de la Compañía. No te había dicho nada de esta disposición, pero ahora que me lo preguntas te lo digo.

»Quedas por dueño de todo, mi querido hermano; haz de ello el mejor uso posible. Yo nada reclamaré jamás [1].

(1) En el diario del Terceronado, se lee lo siguiente: «El 22 de Diciembre, el R. P. Instructor me ha dicho positivamente su parecer respecto de varias preguntas referentes á la distribución de los bienes á la familia... y permitido decir su parecer al R. P. Provincial.» Esta nota prueba, que, en esta delicada cuestión, el P. Ginhac seguía fielmente, como siempre, las prescripciones de San Ignacio.»

En adelante soy y seré con su gracia, *pobre de Jesucristo*; no tendré nada en este mundo más que á mi amable Señor crucificado, mi Salvador, mi Rey y mi modelo. Su pobreza será mi riqueza, y viviré de la limosna que me den por amor de Dios, lo mismo que mis hermanos.

Sin embargo, ya se entiende que si, lo que no creo, hubiere dejado sin pagar alguna deuda en el siglo, queda á cargo tuyo el pagarla; pues mal se puede dar lo que se debe á otros.

»Permíteme que te indique una buena obra que pudieras hacer. Tenéis junto á la casa del Mazel la iglesia de San Juan, tan abandonada y ruinosa de seguro, como cuando yo la vi, en otro tiempo. Pues bien, ¿no podrías repararla un poco, siquiera una de las capillas, y emplear anualmente en su reparación, una suma determinada de dinero? Pero, todo esto, querido hermano, queda á tu elección: nada de obligación.

»Y el pobre Luis, ¿habrá dejado alguna deuda? Entérate de nuestra hermana, la Salesa.

»Un abrazo en mi nombre á toda la familia; á ninguno olvido. Mis respetuosos recuerdos sobre todo á mi buen tío Agustín.

»Trabaja más por los bienes del cielo que por los intereses de la tierra. En el cielo, es donde espero veros á todos; ¡ojalá nos reunamos allá pronto!

»Adiós, querido y amado hermano. ¡Hasta el cielo! ¡Hasta el cielo!»

En estas dos cartas, el P. Ginhac hace una alusión, llena de solicitud, á su hermano Luis. Luis fué el hijo pródigo del Mazel. Oigamos lo que dice el autor de *la Vida manuscrita*. «No pasaremos en silencio un grave dolor que afligió el corazón del P. Ginhac, el año de 1858. Cuatro años antes, el 9 de Octubre de 1854, su hermano Luis, entonces de 24 años, se había presentado en el Noviciado de Tolosa, para que le admitieran como Hermano Coadjutor. Luis fué infiel á su vocación, y en 1859 pidió que le

desligasen de los votos. El P. Ginhac trabajaba inútilmente desde 1855 por detenerle en este mal camino. Luis fué á morir en Damasco, siendo cochero ó jefe de postas, después de haber sido profesor de francés.

»Encierra este hecho grandes enseñanzas para tantos excelentes padres de familia, á quienes desconciertan los extravíos de algún hijo desventurado. Ninguno puede merecerse las bendiciones del cielo de manera que la luz brille en su casa sin sombras: sin embargo, en el cielo se verá cuán útil les fué á los hijos *infieles* de una familia, haber tenido padres ó hermanos santos. Por respeto á ellos, Dios no permite que estos *infieles* prosperen en su infidelidad: les hiere para salvarlos.»

Juntamente con el P. Ginhac, hicieron la profesión, el 15 de Agosto de 1860, los PP. Enrique Montrouzier y Gabriel Desjardins, ambos profesores en el Colegio Máximo, y ya muy conocidos por sus doctos escritos. El Padre G. Desjardins, sabio teólogo y profesor de Derecho Canónico en el Instituto Católico de Tolosa, hacia el fin de su vida dió en los siguientes términos el juicio que le merecían la virtud y los méritos del P. Ginhac:

«Conocí al P. Pablo Ginhac en el terceronado de Nuestra Señora de Liesse y en el Colegio Máximo de Vals. Después de haber vivido mucho tiempo en la Compañía, y haber tenido ocasión en Francia, en Italia, y particularmente en Roma, de tratar á muchos religiosos muy distinguidos por sus grandes virtudes; declaro no haber visto ninguno, que me haya dejado en el mismo grado la impresión de un hombre muerto completamente á sí mismo, superior á todas las debilidades de la naturaleza, un hombre que había sujetado plenamente la carne al espíritu y sustituído lo sobrenatural á lo natural. Así es que siempre le he mirado como á verdadero santo, como á uno de esos hombres que Dios se complace en glorificar aun por medio de milagros, y que parecen reunir todas las condiciones que exige la Iglesia para elevar á un siervo de

Dios al honor de los altares. Siempre he abrigado la esperanza de que después de su muerte obraría Dios por su medio milagros, y que la Iglesia le concedería los honores que decreta á los Bienaventurados. Puedo además asegurar haber notado esta misma impresión en personas de toda clase y condición, insignes no menos por su piedad que por su saber y prudencia.

»Desde 1859 á 1861 pude estudiar de cerca al P. Ginhac. Siempre vi en él un modelo acabado de exactitud y observancia regular: un modelo acabado de caridad fraterna, de mortificación, y en general de todas las virtudes, sin que pudiera notar en él acto ninguno, que procediese de un movimiento natural menos ordenado. Observé particularmente los esfuerzos que hacía para dulcificar la natural austeridad de su carácter, y para mejor practicar la caridad con todos sus hermanos, hasta llegar á ser una imagen viva de la caridad y de la mansedumbre del Corazón de Jesús. Noté más el resultado de estos esfuerzos continuos, cuando de simple Maestro de Novicios pasó á Rector del Noviciado de Tolosa; y después acá, siempre que la divina providencia me ha proporcionado la ocasión de estar con él algunos instantes, siempre he podido comprobar en él aumentos de caridad fraterna.

»Finalmente, en el P. Ginhac he visto siempre un gran amigo de la vida oculta, un hombre dado enteramente á Dios por la oración; y en la dirección de las almas, dotado de una prudencia singular, que le venía, más bien de su trato y comunicación con Dios, que de sus dones naturales.»

«El P. Ginhac—dice á este propósito el santo P. Gautrelet—es á mis ojos el tipo acabado del hombre *sobrenatural*; la gracia ha penetrado en él á la naturaleza y la ha transformado. Al verle, se entiende aquel: *Vivo iam non ego: vivit vero in me Christus* [1].

»La mirada, el hablar, el andar, sus acciones, intenciones y afectos, todo está *sobrenaturalizado*. Pero con de-

(1) Vivo, ya no yo; es Cristo el que vive en mí.

cir esto, aunque he dicho lo que puedo decir, nada nuevo he revelado.

»Lo más saliente y que más impresiona en una vida como la suya, común y ordinaria, es la humildad, la paciencia, el dominio de sí mismo, la abnegación y la mortificación.

»De las pasiones, no quedan ni vestigios: allí campea é impera verdaderamente la gracia, y la iniciativa ha pasado del hombre á Dios, que es el que dirige y manda y gobierna á su placer. El *mortui estis et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo* [1], de San Pablo, se realiza en él completamente.

»Vuelvo á repetir que no puedo decir cosa nueva: yo ni veo ni sé más que lo que ven y saben todos aquellos que conocen al P. Ginhac.»

(1) Estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.

CAPITULO V

En Tolosa.—El Padre Ginhac Rector (1860 á 1869)

I. Ideal del perfecto Superior.—II. Edificación que da.—III. Observancia regular.—IV. Solicitud por lo espiritual y lo temporal.—V. Sincero afecto de padre.

I

El religioso de la Compañía de Jesús está en época de formación hasta que hace los últimos votos. En todo este tiempo, estudia las ciencias sagradas y profanas, que ha de enseñar después, aprende el arte divino de guiar las almas, y aprende sobre todo el arte de vencerse á sí mismo y entregarse sin reserva á Dios; trabajosa preparación en la cual se gastan los mejores años de la juventud. San Ignacio juzgaba que no se necesitaba menos para formar un apóstol; y cuantos tienen alguna experiencia de tan santo y elevado ministerio, y saben cuánta ciencia, prudencia y virtud se requiere, para desempeñarlo dignamente, nunca han tenido por largas y excesivas las pruebas que con tanta sabiduría ordenó el Fundador, y han aprobado con su autoridad los sumos Pontífices.

El P. Ginhac había pasado por todos los grados de esta formación apostólica. Novicio, estudiante, tercerón, y Padre espiritual de sus hermanos, correspondió generosamente á todas las gracias, llegando á ser, como desea San Ignacio, *digno ministro de Jesucristo*. En la profesión prometió emplearse por completo en el servicio de Dios, y desde este día cumplió siempre su promesa, é hizo esta oblación de sí mismo á Dios constantemente. Ya no vivirá más para sí, sino para Jesús y para bien de las almas compradas con su sangre divina.

Por Septiembre de 1860, la Providencia le sacó de la

soledad de Vals. Con este motivo escribió en su diario: «Santo de mes: *la Exaltación de la santa Cruz*: Glorificar á Nuestro Señor Jesucristo... Salida de Vals, el 14 de Septiembre, fiesta de la Exaltación de la santa Cruz, viernes. Llegada á Tolosa, el domingo por la mañana, media hora después de la media noche, fiesta de los siete Dolores de la Santísima Virgen. Entré en casa en la mañana del mismo día. Recibí oficialmente mi destino el siguiente día, 17 de Septiembre, fiesta de la Impresión de las llagas de San Francisco. ¿No me indica todo esto, que debo ser hijo de la cruz? Llevar la cruz, aceptar la cruz en satisfacción de lo pasado y de cada una de las faltas pasadas, y para glorificar á Dios y salvar las almas; imitar á Nuestro Señor y á la Santísima Virgen, para formar á Jesucristo en cada novicio, en cada alma. Todo en la cruz y por la cruz; nada sin la cruz.» Vemos, pues, que viene á Tolosa bajo los auspicios de la cruz, á formar en las almas á Jesús crucificado; ministerio admirable, cuya grandeza nadie ha comprendido mejor que él.

Habíase cerrado el Noviciado de Vals y fundado el de Pau. La apertura de la nueva casa debía presidirla el Padre Francisco Pichon, cuyas veces había de hacer en Tolosa nuestro P. Ginhac, como Maestro de Novicios. Estos se trasladaban á la hermosa casa de la calle de las Flores, recientemente abierta. Encontró allí el P. Ginhac al P. Federico Studer, Provincial, que tan vivos recuerdos de sabiduría y bondad ha dejado en esta provincia de Tolosa; al P. Mauricio Ogerdias, Superior muy conocido por la distinción y finura de sus modales, la prudencia de su dirección, y la influencia que ejercía en la ciudad; al P. Francisco Sécail, ministro de la casa, que conservaba en su fresca ancianidad el ardor y la actividad de un celo infatigable. En fin, encontrábase allí con predicadores y directores de almas que daban fama y brillo á la nueva residencia. Los fieles acudían en gran número á oirles predicar, y se agolpaban alrededor de sus confesonarios; las

familias nobles y pudientes, numerosas entonces en Tolosa, rivalizaban en afecto á la Compañía y en entusiasmo por sus empresas y ministerios; la ciudad entera les daba pruebas de amor y confianza.

Bajo este punto de vista meramente humano, no carecía de atractivo la situación del P. Ginhac; pero él aspiraba á ministerios y trabajos más humildes. Como que el R. P. Becks le escribía con fecha 6 de Marzo de 1860:

«Conserva V. R. todavía los deseos de consagrarse á las misiones extranjeras; consérvelos como don precioso. ¡Quién sabe si el Señor le concederá algún día el consuelo de verlos realizados! Mientras tanto, cuide de enderezar y dirigir esos mismos deseos, en los novicios en que V. R. los reconozca. Esto le servirá de compensación, y no será de menor utilidad para las misiones, que si V. R. mismo emplease en ello sus sudores.»

Al principio, además del cargo de Maestro de novicios le nombraron Padre Espiritual de la Comunidad; pero pronto le exoneraron de este oficio.

Además de mis ocupaciones—escribe el Padre—mayores aquí que en Vals, me habían dado el cargo de Padre Espiritual. Pocos días después me lo quitaron, sin que yo, antes ni después, hiciese nada ni en pro ni en contra. Esto me enseña cuán provechoso y necesario es dejar obrar á la divina Providencia. Cuanto Dios hace, bien hecho está. Mejor sabe Él que nosotros lo que nos conviene. *In manibus Ejus sortes meae.* Cuando Dios me ordena hacer una cosa, no quiere que haga otra ninguna. No querer sino lo que Dios quiere.»

Pero este alivio le iba á durar bien poco. Nombrado Rector del Noviciado por Septiembre del 61, tuvo que decir: *In manibus Ejus sortes meae*, y arrimar el hombro á más pesada carga.

Quedaba, pues, por Superior de dos grandes comunidades, y, en lo que se refería á relaciones con el clero y los fieles, sustituía á un sujeto meritísimo y de grande auto-

ridad. ¿No sería superior á sus fuerzas, esta doble carga? Educado lejos del mundo, extraño á sus usos y costumbres, hecho únicamente á tratar con religiosos, tímido en sus ademanes, de porte y exterior severo, ¿sabría conservar las simpatías que ya teníamos, adaptarse á las exigencias de una situación compleja y delicada; finalmente, responder á las esperanzas de un público tan variado y difícil? Esto se preguntaban interiormente los que le rodeaban. Pero el nuevo Rector, aunque desprovisto de la ciencia del mundo, tenía la de Dios: en la escuela del Crucifijo aprenderá el arte de ganarse los corazones.

Al principio tuvo que sufrir luchas y repugnancias interiores, pero el amor de la cruz le infundió bien pronto la más completa y humilde sumisión. Por eso escribía:

«Natividad de Nuestra Señora, 8 de Septiembre de 1861. ¡Qué día tan hermoso para concluir los Ejercicios, y hacer los votos! Tal es la dicha de unos cuantos novicios míos. La meditación que les he propuesto me ha sugerido la idea y vivísimos deseos de nacer, á ejemplo de María, á vida perfecta.

»María al entrar en el mundo quiso vivir en él en completa pobreza, con una pureza sin mancha y en perfectísima obediencia.

»Esto es lo que debe uno proponerse al entrar en la Compañía, lo que ha de querer al celebrar anualmente la Natividad de Nuestra Señora; lo que debería querer al entrar en este cargo de superior; un despego completo, no sólo de todo lo que es pasajero, sino también de toda afición á todo cuanto no sea Dios; querer, no sólo negar siempre toda satisfacción á los sentidos y á la naturaleza, sino aun crucificarlos; querer hacer en todo la voluntad de Dios manifestada por los Superiores y por la Regla, y quererla cumplir de todo corazón. Este es el despego, ésta la crucifixión que deseo, y os pido ¡oh Madre mía! ¿No podéis concedérmelo? ¿O tal vez no queréis?

»Respecto á lo que siento de mi cargo de superior, ¿no

se esconderá tal vez mucho de amor propio, mucho orgullo disimulado, mucho de humano? Y si es que temo sinceramente el superiorato, ¿no es tal vez porque temo el trabajo, el sufrimiento, ó el mal éxito y la humillación?

»Aceptar por consiguiente en seguida cuanto Dios quiere; y querer todos los trabajos, todos los sufrimientos y todas las humillaciones que vengan. Renunciar positivamente á cuantas satisfacciones pudiera encontrar en ello la naturaleza. Decir á los Superiores que pueden hacerme cuantas advertencias y correcciones quieran, y que en ello me darán gusto; que pueden, sin dudar en ello un momento, humillarme quitándome el oficio y toda su confianza. Rogarles que lo hagan apenas comience á desviarme. Mostrarme siempre muy abierto, muy sumiso, muy obediente, pero nunca adulador. Elevarme sobre todo respeto humano. Confiar en Dios. Poner de Superior á Jesucristo Nuestro Señor en mi lugar; encomendándoselo á él todo, la guarda de la casa y de los corazones; y más que nunca ponerse bajo la protección de María, de San José y de San Ignacio, para no impedir la acción de Jesucristo en la conservación, aumento y perfección de todos. Proponerse con la ayuda de Dios preparar á Nuestro Señor corazones perfectos y hombres abnegados...»

Bien pronto llegaron de Roma alientos para el nuevo Superior. Con fecha 19 de Octubre del mismo año le escribía el M. R. P. General: «Ha hecho muy bien V. R., siguiendo el consejo del P. Provincial, en desistir de representar nada á los Superiores para declinar la carga del superiorato. Aceptando este oficio con las disposiciones que V. R. me manifiesta, ha practicado un acto de obediencia y de fe, que atraerá sobre V. y sobre toda la casa abundantes bendiciones.

«Apruebo por completo la regla de conducta que se ha trazado. Proponerse en todo la mayor gloria de Dios y el progreso espiritual de los Nuestros; y esforzarse en enseñarles á sacar del libro de los Ejercicios el espíritu de que

han de estar animados, á guardar fielmente las Reglas y á proceder en todo conforme á nuestras Constituciones; rogar mucho, darles buen ejemplo, y hacerse todo á todos, para llevarlos á todos al divino Maestro. Este es el programa que ha propuesto seguir V. R. Nada encuentro que cambiar, ni que añadir tampoco. *Hoc fac et vives.* Y no solamente vivirá V. R. una vida verdaderamente religiosa, sino que el Señor se servirá de V. R. para comunicar esta vida de fe á sus súbditos.»

En su diario espiritual, el P. Ginhac nos describe el ideal que él se había formado de lo que debe ser un Superior. Viendo en estos apuntes lo que aspiraba á ser, veremos lo que realmente fué.

«Mientras daba gracias, me ha venido este pensamiento: Llegar uno á ser Superior, es llegar á ser *padre de las almas.* Gobernar la casa únicamente en lo material, mirar por la salud de los súbditos y darles licencias y permisos, es bien poco; es uno *padre de las almas*, para encaminarlas á la perfección, á la unión con Dios Nuestro Señor; para hacer que procedan conforme al espíritu de las santas Reglas y de las Constituciones; para dirigirles en los ministerios exteriores, mirando siempre á Dios y á la salvación de las almas.

»Para conseguir este fin, orar y sacrificarse; dar buen ejemplo á todos y en todo. Mostrarme tal cual yo quisiera ver á los súbditos. Hacerse todo á todos para ganarlos á todos. Llamarles á leer á cada uno sus reglas, recordarles con suavidad sus propios deberes é invitarles á que me hablen de las cosas de su alma. Superior que no se informase del estado del alma de cada uno de sus hijos, ¿sería Superior? Habría descuidado lo principal. Es Superior, sobre todo para la santificación de las almas.»

En los días siguientes recibe nuevas luces, y hace de ellas materia de sus meditaciones. Dice así: «Debo ser: 1.° *Como uno de mis hermanos.* Nada de exenciones, privilegios ni singularidades; *hermano de mis hermanos*, supe-

rior cuanto menos pueda, no haciendo uso de mi autoridad más que cuando es indispensable hacerle. 2.° A mis ojos debo ser *el último de todos.* De suerte que yo me tenga en menos que el último de todos, que les honre á todos, que esté dispuesto á recibir de todos consejos y advertencias; que vea y encuentre, en todos, ejemplos de virtud y perfección, procurando imitarlos. 3.° Debo ser *siervo de todos. Non veni ministrari, sed ministrare.* No estoy aquí para mí, sino para ellos; no para hacer mi voluntad, sino la de ellos; no para aprovecharme de sus servicios, sino para trabajar por ellos. No hay tiempo ninguno especial para mí; todo es de ellos. Todo el tiempo empleado en escucharles, en servirles, he de mirarlo no como tiempo perdido, sino como tiempo muy bien granjeado, porque esto es lo que Dios quiere. Y luego, no esperar recompensa ninguna. Alegrarme si no me dieren muestras de agradecimiento. Y ¿cómo podría yo pretenderlas? ¿No trabajo por Dios? 4.° *Mirarme como indigno de pertenecer á la Compañía.* Si reflexiono que yo no tengo pizca de virtud, ni de ciencia, ni aptitud ó habilidad alguna, ni servicios prestados, ni méritos de ninguna clase; ¿qué sentimientos de propio desprecio no debo abrigar? Por consiguiente, agradecer muchísimo la gracia que se me hace de poder vivir en la casa de Dios, conversar con santos, servirles, y combatir y trabajar con ellos.»

Para llegar á este grado de perfección, recurre el siervo de Dios á Nuestra Señora: «María, augusta Soberana y tierna Madre mía, suplícoos me abráis vuestro corazón, me abráis el corazón de vuestro divino Hijo, y me abráis los corazones de mis hermanos y de todos aquellos con quienes tenga que tratar. También os ruego que abráis mi corazón á Jesús, Hijo divino vuestro, Maestro y Capitán mío; y á Vos, Madre mía, pues quiero amaros más y más; y al prójimo.

»¡Oh mi buenísima Madre! Bien sé que me amáis; que habéis sufrido por mí, que me habéis concedido y seguís concediendo todos los días muchas gracias; haced que yo

os ame; sed mi soberana, mi protectora, mi madre. Guardadme de todo peligro; iluminadme en mis dudas y en las resoluciones difíciles; sostened mi debilidad; haced que sea recto en mis intenciones; firme, pronto y prudente en decidir; constante y vigoroso en ejecutar; que esté siempre unido con Dios; que siempre tenga presente á Jesucristo, para ver de imitar sus ejemplos; que me muestre siempre lleno de discreción, y dulzura, y caridad para con mis hermanos; que no me oiga ni escuche á mí mismo, ni á mis pasiones, impresiones é imaginaciones; que me desprecie y sacrifique. No me han puesto en este oficio para bien y provecho mío, sino para bien de las almas, de la Compañía, de la Iglesia y de Dios. ¡Oh María, mi bondadosa Madre! en Vos pongo toda mi esperanza, y así no temo nada. Bajo vuestras miradas, iré sin aprensiones, vacilaciones ni preocupaciones ningunas. No busco más que á Dios. Ni temo desagradar á los hombres, ni deseo agradarles. Las penas, el sufrimiento, la humillación no me aterran. Feliz de mí si logro sufrirlas. Aunque me reconozco indigno de llevar la cruz en compañía de mi Salvador.»

El acento conmovido de esta plegaria, indica que el Padre Ginhac no se hacía ilusiones acerca de las graves dificultades de su nuevo cargo. En residencia tan nombrada como la de Tolosa, ¿qué era ni qué significaba el recién venido P. Ginhac? Veíase rodeado de sujetos insignes por su elocuencia, sabiduría, trato finísimo, conocimiento del mundo y tacto en los negocios. Y el P. Ginhac no tenía ninguno de estos atractivos. Es cierto que le miraban como religioso de virtud nada común; pero este ascendiente que da la santidad, no lo tenía aún en Tolosa. Fiel, sin embargo, á su deber y á la dirección del P. Studer, no vaciló en exigir de todos esa perfecta regularidad tan propia de toda casa-noviciado. Así que, los primeros años, fueron realmente trabajosos. De ello dan testimonio las siguientes líneas de una carta que le escribía el M. R. P. General, con fecha 26 de Diciembre de 1862.

«Aunque hace poco que escribí á V. R., no puedo dejar sin respuesta la suya última, pues conozco que sufre y necesita consuelo. Sufre V. R., Padre mío, y yo sufro con V. R., compartiendo su solicitud. Pero *Sursum corda! Deus neminem in se sperantem, nimium affligi permittit, sed pium precibus praestat auditum;* [1] oremos por consiguiente y esperemos. Las mudanzas efectuadas en la casa producirán buen resultado: la paciencia hará lo demás.

»Que vuestros novicios son pocos? lo siento. Esfuércese V. R. en cuidar bien ese *pusillus grex* del Buen Pastor, y hacer que se empape bien del espíritu de San Ignacio.»

¿Qué penas interiores eran éstas que el P. General consolaba con tanta bondad? No cabe dudar que el humilde Rector sufría por sentirse inferior á sus obligaciones; pero acaso sintió también la tristeza que experimentaba el Padre Martín Gutiérrez á vista de las imperfecciones de sus súbditos, y por lo cual le reprendió y consoló la Santísima Virgen. Mostróle esta Señora un día en un plato un corazoncito muy pequeño, y como ahogado con dos gotas de sangre, diciéndole: «Este es tu corazón, que se ahoga en poca agua»; y mostrándole luego otro corazón grande y anchuroso, le dijo: «Este es el corazón de Dios, que con tantos pecados como hay en el mundo, no se congoja, sino con grande longanimidad espera para coger copioso fruto de los que ahora son malos; y tal ha de ser el tuyo.»

Antes de confiar al P. Ginhac la dirección de la Residencia de Tolosa, había previsto el P. Studer las dificultades que le esperaban; no ignoraba que su celo por la observancia podría parecer algo exagerado, que su poca edad inspiraba desconfianza; pero tuvo en cuenta también lo que era el Padre, y no le salieron fallidas sus esperanzas. Solamente con el imperio de su virtud y carácter, logró bien pronto dominar la situación. Cuantos, más tarde, le oyeron comentar y explicar el capítulo de las Constitucio-

(1) Arriba los corazones. Dios no deja que nadie sea afligido en demasía; sino que presta piadoso oído á las plegarias.

nes en que San Ignacio enumera las cualidades que ha de reunir el Prepósito General, y, en la debida proporción, todos los Superiores de la Compañía, veíanse forzados á reconocerlas en el Padre: unión y trato familiar con Dios, caridad eximia, humildad, señorío de sus pasiones, fortaleza mezclada de dulzura, y magnanimidad. Si no poseyó en igual grado las dotes de un ingenio brillante, tuvo en cambio exquisita prudencia en el trato con las personas; y en los negocios, solicitud, fuerza y constancia; tuvo sobre todo en grado muy alto, aquella insigne probidad, aquel amor á la Compañía y recto juicio que, como dice San Ignacio, nunca deben faltar en un Superior.

II

Entre las cualidades que distinguían al nuevo Rector, pondremos desde luego la que San Ignacio coloca en primer lugar, á saber, la edificación: *Magni sit exempli, magnae ædificationis.*

«Cuando el P. Ginhac llegó á la calle de las Flores, en 1861—dice el P. F. Sécail,—su exterior modesto y austero llamó vivamente mi atención. Mi deber, como ministro, era observar. Bien pronto noté en él algunas cosas que no dejaron de preocuparme. En la mesa, apenas comía. Por la noche, cuando todos se habían ya retirado á descansar, íbase él silenciosamente á la capilla, donde permanecía hasta más allá de las diez, rezando el Viacrucis. Y por la mañana, á las cuatro, que era la hora de levantarse para la comunidad, le volvía á encontrar en la capilla repitiendo el mismo ejercicio. De donde deducía yo que se levantaba antes de las tres. Pasado algún tiempo, creíme obligado á avisar de ello al P. Provincial. Decíale: «Tenemos un P. Maestro, que, á lo que parece, querría vivir sin comer ni dormir.» Y aduje las pruebas. El buen P. Studer me escuchó, y después, sonriendo dulcemente, como solía, me dijo: «P. Ministro, veo con gusto que vigila atentamente

su reino; estoy contento de V. R. Mas, por lo que hace al P. Ginhac, dejémosle; tiene gracia para todo eso. Y usted mismo verá que semejante régimen no le impedirá el que viva más que V. y más que yo.»

Y luego añade el Padre: «Jamás he visto al P. Ginhac hacer paradas en el camino de extraordinaria santidad que ha comenzado; y cuando, más tarde, con ocasión de mis ministerios, iba á la calle de las Flores, parecíame que en toda la casa se respiraba un perfume de santidad.»

El P. E. Lamy de la Chapelle, hoy día misionero en la Isla de Mauricio, escribe: «Miraré siempre como gran favor del cielo haber tenido á este varón de Dios por Maestro en el noviciado. Tanto mis compañeros como yo, hemos visto siempre en él al verdadero y perfecto hijo de San Ignacio y de la Compañía; un Instituto vivo, cierta así como encarnación de los Ejercicios espirituales, el modelo acabado del hombre sobrenatural, que pone en práctica la mayor y más continua mortificación en todas las cosas posibles, no condescendiendo en nada con la naturaleza.

»Sus palabras eran tan mesuradas, tan compuestos todos sus movimientos, tan absoluto el dominio que tenía de sí mismo, que con sola su presencia ejercía poderosísima influencia en todos los de la casa: era para ellos un sermón continuo y elocuente. Así lo prueba el hecho siguiente: Estando reunidos todos los PP. de la casa y todos los novicios, el último día del año por la tarde, en el cuarto del R. P. Provincial, para desearle feliz año nuevo, habló en nombre de todos el P. Ginhac como Rector de la casa. Y el P. Studer le contestó: «Adelante, Padre mío: á ver si V. R., que va á pasos de gigante por el camino de la santidad, logra arrastrarnos á todos en pos de sí.»

Al P. Cazet, que hoy es Vicario apostólico de Madagascar, y entonces era Socio ó Ayudante del Maestro de Novicios, le dije yo en cierta ocasión: «¿No es verdad que

nuestro Maestro es muy virtuoso?» A lo que el P. Cazet, con acento lleno de convicción, me respondió: «¿Virtuoso? Es un santo, ó nunca los ha habido.»

Monseñor Cazet se ha dignado escribir él mismo sus impresiones de hace treinta años: «Acabados mis estudios de Teología—dice,—me enviaron, por Julio de 1862, á Tolosa, donde estuve cerca de dos años con el P. Ginhac, primero como Ayudante del Maestro de novicios, y luego como Ministro de la Residencia. Tenía por consiguiente que hablarle y tratarle con mucha frecuencia. Pues, lo que más me admiraba en él, era su calma, aquel completo dominio de sí mismo que nunca le abandonaba. Y es muy de advertir, que esto no era en él natural: había llegado á este estado por una completa victoria de sí mismo.

»Nada era capaz de alterar su imperturbable paz: ni disgustos, ni contradicciones, ni suceso alguno por inesperado que fuese. Un día se halló en grande aprieto con motivo de unos ejercicios que había de dar en una diócesis vecina. Para ello contaba con un Padre de la residencia. Pero sucedió que, á última hora, el Padre encargado de dar el retiro no pudo hacerlo, por obstáculos imprevistos; y en casa no había sujeto ninguno disponible. Me llama y me comunica el apuro en que se ve; pero sin dar la menor señal de turbación, impaciencia, ni disgusto, ni la más mínima queja de que hubieran avisado tan tarde. Recógese un instante, y luego me dice: «Voy á enviar al P. X», el cual estaba bien ajeno de esperar tal cosa. Y este Padre partió con la bendición de la obediencia, que le ayudó para desempeñar bien su misión.

»La madre de un novicio me llamó un día á la sala de visitas. Hablando del P. Ginhac me dijo: «Cuando le veo, me parece ver á Dios». Tanto le había impresionado y edificado su paz, su bondad y mansedumbre.

»Con grandísima edificación de todos, era una copia fidelísima de nuestras santas reglas. El recuerdo de sus virtudes hace que desde que murió le invoque todos los días

muy confiado en el gran valimiento que goza delante de Dios.»

El Hermano coadjutor Luis Breysse, novicio del P. Ginhac en Vals, en 1858, desempeñó desde 1864 el cargo de socio ó compañero del P. Provincial de Tolosa. Con esta ocasión pudo en todo este tiempo observar á su antiguo P. Maestro. «Era—dice—la misma santidad de entonces, pero con un tinte más suave y agradable. Jamás oí á los PP. ni á los HH. hablar de algún defecto del P. Ginhac. Cuando trataban de él, era únicamente para hablar de sus virtudes.

»Por Noviembre de 1866, si no me engaño, me dijo: «Hermano, mañana comenzaré los ejercicios, y para estar más recogido, deseo no bajar al refectorio. Tenga la bondad de traerme todos los días, al mediodía y á la noche, sopa, pan y agua.» Viendo que hacía tanta penitencia, temí no enfermara. Fuime, pues, á decírselo al P. Provincial. Éralo entonces el P. Rouquayrol, quien me contestó: «Tranquilícese, Hermano, yo me encargo de arreglarlo». Al día siguiente fuí á preguntar al P. Ginhac si tenía que traerle lo que me había dicho. «Carísimo hermano—me dijo sonriendo,—me lo ha deshecho V. todo». Y bajó al refectorio según costumbre.

»Nunca, ni aun siendo Rector, consintió que le hiciesen la cama. Yo mismo le vi barrer su habitación; aunque permitía algunas veces que se la barriesen los HH., como suele hacerse con todos los Superiores, y yo lo hice alguna vez con el P. Ginhac. Con esta ocasión pude observar que en lugar de colchón tenía dos tablas de la largura del lecho, puestas é inclinadas de manera que semejaban un ataúd.

»Por lo que hace á otras penitencias, podían fácilmente adivinarse con sólo mirarle. Su aspecto era como de quien está habitualmente cargado de cadenas y cilicios.

»Le he ayudado la Misa con frecuencia, tanto en Vals como en Tolosa, y siempre me admiró mucho en él la reverencia y piedad con que celebraba.»

Este mismo Hermano, que después fué socio del Asistente de Francia, y se halló por esto en ocasión de ver más frecuentemente hombres insignes en virtud, añade lo siguiente:

«He conocido, no sólo en Francia, sino en Roma, muchos sujetos de gran virtud y de vida santa. Viví con el M. R. P. Becks; con el P. Cambi, Padre Espiritual de la casa profesa de Roma; con el P. Pierling, Asistente de Alemania; con el P. French, Asistente de Inglaterra, y con otros religiosos de insigne virtud: todos ellos excitaron mi admiración; pero ninguno tanto como el P. Ginhac.»

Terminaremos este párrafo con una anécdota. Cuéntala el P. José Maurin, y pinta la impresión que en los del mundo producía la sola vista del siervo de Dios: «El P. Ginhac viajaba siempre en tercera. Una vez me encontré con él en la estación de Tolosa, y como hasta Castelnaudary habíamos de llevar el mismo tren, por caridad y deferencia conmigo, dejó esta vez su costumbre. Los viajeros eran muchos; entré yo el primero en un coche de segunda en que había ya ocho personas. Hiciéronme sitio cortés y respetuosamente, como á cualquier otro sacerdote, y nada más; pero al entrar detrás de mí el P. Ginhac, se hizo en el coche un silencio religioso, indicio de la impresión sobrenatural que en todos había producido. Sin que el Padre Ginhac se diera cuenta, había salido de él algo de ese poder secreto y oculto de la virtud, y los presentes, que lo habían advertido, aspiraban el perfume y aroma de la santidad del Padre. En vez de hablar, comenzaron á mirarle y fijarse en él con detenimiento. Al fin reanudaron sus conversaciones, pero á media voz y con una especie de temor reverencial. Por lo que á mí toca, aquellos momentos me valieron por unos ejercicios enteros, comenzando yo mismo un paralelo entre los dos, del cual no salía yo muy bien parado que digamos. Siempre que me acuerdo de este episodio, me causa la misma impresión que si acabara de sucederme.»

III

Encargado, como Rector, de velar por la observancia de las Constituciones, esforzábase en ser él mismo imagen viva de la regla. Había comprendido delante de Dios no haber medio más eficaz para mantener la observancia. «Meditando acerca de la Circuncisión del Señor—dice,—entendí que el divino Maestro había querido someterse á esta ley, sin estar obligado, para enseñarme el respeto que debo tener siempre á las reglas, aun cuando por mi cargo pudiera dispensarme de ellas. Cuanto mejor las observe yo, mejor las guardarán ellos. Y así, cuando viere alguna falta contra las reglas, entraré dentro de mí mismo y consideraré si he cometido yo alguna falta parecida, causa tal vez de que Dios haya permitido en mis hermanos la infracción porque me aflijo. Práctica excelente y muy á propósito para que hagamos siempre nuevos progresos, conforme al dicho de San Pablo: *Diligentibus Deum, omnia...*; para alcanzar de Dios bendiciones para la casa y para el que ha faltado; y finalmente, para hacer que la corrección sea dulce y paternal, y al propio tiempo tan fuerte y eficaz cuanto sea posible; medio por fin excelente para crecer en humildad, caridad y unión con Dios».

En todas estas virtudes iba creciendo el piadoso Rector, siendo verdaderamente admirable su fidelidad á todas las prescripciones de la regla por mínimas que fuesen.

«Cuando le acompañaba para visitar enfermos—dice un Hermano coadjutor,—pude ver con qué perfección observaba las reglas de la modestia. Más de una vez advertí que los que pasaban junto á nosotros volvían la vista admirados, para verle. Bien podríamos decir que predicaba por las calles con su modestia.»

Y un novicio añade: «Durante mi noviciado fuí siete ú ocho meses compañero del Hermano Portero. El P. Rector exigía rigurosamente que la puerta de clausura estu-

viese siempre cerrada, y que aun en esta parte de la casa se guardase estricto silencio. Le he observado en el recibidor, cosa para mí bien fácil; y en la postura, en la vista, en todo su exterior, guardaba la modestia más exquisita. El rostro, de suyo grave, se ponía alegre y sonriente, sobre todo al recibir y saludar á las personas; y cuando se despedía, las acompañaba hasta la primera puerta interior. Sus visitas eran ordinariamente cortas; aunque también le vi prolongarlas con sacerdotes».

»Tenía encargado al Hermano portero, que, cuando estuviese en el recibidor, le avisase algunos minutos antes de la conferencia, y una vez recibido el aviso, se despedía del mejor modo posible. Observé muchas veces que llamándole al mismo tiempo varias personas y á distintos sitios, unos al recibidor, otros á su cuarto, y algunos al confesonario, sin que reparasen en el cargo que tenía de Maestro de novicios, él conservaba á pesar de todo aquella paz que tanto nos admiraba, dando siempre la preferencia á los novicios, y no acudiendo á los demás sino en segundo término.

»Le he acompañado frecuentemente fuera de casa, y no recuerdo que me haya hablado de otra cosa que de Dios ó de cosas tocantes á mi aprovechamiento espiritual. Cuántas veces me decía: «Alégrese en Dios, hermano: ó bien, «Arriba el corazón, arriba el corazón.» Despeguémonos de las cosas de este mundo, pues no somos de él.» Y otras veces: «Hay que tomar esto con seriedad». Donde había gente guardaba silencio, y si hablaba, lo hacía en voz baja. Cuando saludaba á alguno de los que encontrábamos, lo hacía con gran respeto. Acercábanse á veces niños y le pedían estampas y medallas: él los hacía una cruz en la frente, y los decía algo con rostro y aspecto muy amable.

«Llegados á la casa que visitaba, tenía sumo cuidado de que el compañero tuviese asiento; y no se sentaba él, si el Hermano no le tenía; antes le ofrecía el suyo. Siempre que podía, había de introducir al Hermano en la sala don-

de él entraba, y si las personas que visitaba decían al Hermano que esperase en alguna antesala ó corredor, interponíase el Padre diciendo: «Dispense V. señor (ó señora), el Hermano tiene que entrar también». Y dirigiéndose á éste le decía: «Siéntese V. allí, Hermano». Caso de que fuera á confesar alguna enferma, el Padre rogaba al Hermano que se quedase fuera del cuarto. Y si por descuido el Hermano ó los de la casa cerraban la puerta, él mismo se levantaba á abrirla, para que el Hermano desde el sitio en que estaba, pudiese verlo todo, aunque no oirlo, como dice la regla».

VI

La residencia de Tolosa tenía en su Rector, no solamente un modelo de perfección religiosa, sino un prudente administrador. El objeto primero y principal de sus cuidados era el adelantamiento espiritual de sus súbditos y el buen éxito de sus ministerios. Este celo y solicitud paternal se refleja en las cartas que recibía del M. R. Padre Becks.

3 de Septiembre de 1864. —«Gracias á la infinita misericordia de Dios, la casa de Tolosa ofrece más de un motivo de consuelo. El testimonio del Sr. Arzobispo de Tolosa, respecto á la manera grave y apostólica con que los de la Compañía anuncian la divina palabra, me ha causado verdadera satisfacción.»

Agosto de 1866.—«Me dice V. R., que ha procurado, que los Padres dedicados á la predicación tengan su temporada de descanso para reparar las fuerzas tanto espiritual como corporalmente, y para preparar nuevos sermones, no encargándoles á ser posible trabajo ninguno en los meses de Julio y Agosto, y que ha concedido á varios, con este mismo fin, se retiren por algún tiempo á la casa de campo. Semejantes determinaciones me parecen inspiradas en la prudencia y caridad, y me alegro de que lo haya hecho.»

Parece ser que el ministerio que más agradaba á nues-

tro P. Ginhac y el que entre todos prefería, era el hermosísimo de los Catecismos. El fué quien lo estableció desde el primer año de su rectorado en la calle de las Flores, y desde aquí vino á extenderse por todas las iglesias de la Provincia. Con este motivo le escribía el P. Beeks, á 11 de Febrero de 1865:

«Sobre todo, he visto con verdadero placer que se explica la doctrina cristiana todos los domingos desde el púlpito. Esto es un ejercicio en todo conforme con el espíritu de la Compañía y con la práctica de nuestros primeros Padres; y no me admira que sea tan concurrido, y que produzca tanto fruto; pues siempre podemos contar con gracias especiales para los ministerios especialmente recomendados en el Instituto.»

El 18 de Febrero de 1867, le alentaba de la misma manera: «Le felicito sinceramente y me regocijo en Nuestro Señor de lo concurridos que son los Catecismos de los domingos. Dios bendice visiblemente en Tolosa una obra tan del espíritu y vocación de la Compañía. En estos tiempos de tan lamentable ignorancia acerca de las verdades de la fé, la enseñanza de la doctrina cristiana es de imperiosa necesidad; y hará mucho más fruto que esos grandes sermones de efecto, que no ilustran ordinariamente á nadie, y no se acomodan más que á la capacidad de un reducido número de oyentes. No perdone, pues, medios, para mantener y conservar la concurrencia que actualmente tienen, y haga todo lo posible para que aumente el fruto.»

El Hermano Petrazzoli, que fué mucho tiempo sacristán en la calle de las Flores, refiere cómo el P. Rector trabajaba por asegurar el buen resultado de esta obra. «Procuraba —dice— escoger al Padre más apto para ello. Comenzó el P. J. B. Cazot, que hoy es Obispo de Madagascar, y luego se siguieron los PP. Paulet y Emilio Regnault, que eran de los Padres empleados en los principales ministerios de la Residencia, y he oído decir que al P. Regnault, que en este hermoso ministerio era eminente, encontran

dose una vez muy distante de Tolosa, (creo que en Carcassona), el P. Ginhac le hizo venir para el domingo por la tarde, á fin de que el pueblo no se viese privado de su catequista predilecto. Un día, en que por olvido no se había avisado á ningún Padre, bajó él mismo á enseñar el catecismo».

Las hermosas pinturas de la Iglesia se hicieron en su mayor parte durante su rectorado. Cuando se trataba del honor de Dios y del esplendor del culto, el piadoso Rector, fiel al espíritu de San Ignacio, aspiraba siempre á lo más perfecto.

Las deudas, sin embargo, aumentaban y parecían preocuparle, como lo testifican estas notas de una plática que dirigió á los PP. consultores: «Nuestra situación, mis RR. PP., respecto á lo temporal es grave, y tiende á agravar se más y más. Sin duda que debemos desechar todo temor, pues pertenecemos á Dios; Dios es nuestro Padre por muchos títulos; no puede Él olvidarnos, si nosotros somos lo que debemos ser». Después de este exordio, el P. Rector recuerda las promesas de Nuestro Señor y añade: «¿No es esto lo que nos enseña la regla 58 del prepósito de la casa profesa? Que lleno de inquebrantable confianza, espere que el Señor proveerá su casa de todo lo necesario, si los Nuestros se aplican seriamente á establecer en sí mismos y en los demás el reino de Dios; y si él mismo, so pretexto de indigencia, no permite que sufra menoscabo la integridad del Instituto».

Esta misma regla 58, que más tarde, cuando llegue á ser Instructor de PP. Tercerones, señalará como admirable entre todas, se la explicó ahora á sus oyentes, enumerando con libertad completamente apostólica las faltas contra la regla que había observado, y cuya enmienda atraería las bendiciones de Dios, y termina diciendo: «Les he hablado así en la caridad de Nuestro Señor: tengamos en cuenta estas observaciones, y Dios no consentirá que nos falte nada».

El P. Becks, á quien el P. Ginhac había manifestado esta su inquebrantable confianza en Dios, le decía: «Nunca haría yo demasiado en animar á V. R. con mis palabras, á que conserve en sí mismo y excite en los demás esa confianza; pero conviene cooperar con nuestra constante solicitud á la acción de la providencia» (Agosto de 1863). Y en Agosto de 1866: «Espero que su confianza nunca le saldrá fallida; pero conviene que recomiende á los diferentes *oficiales* de la casa, que procuren economizar en lo que á cada uno concierne».

En estas delicadas insinuaciones del Muy R. P. General, tal vez encuentre el lector la clave de aprensiones no faltas de fundamento: ¿no estaba expuesto el santo Rector á confiar en Dios hasta el punto de descuidar los consejos ó industrias de la prudencia humana? Así parece temerlo el Muy R. P. General. Y preciso es confesar que el piadoso P. Ginhac dió varias veces en este santo extremo, emprendiendo él mismo ó encomendando á sus súbditos obras que parecían imposibles; pero Dios le inspiraba estas audacias y las bendecía.

El P. Ginhac, de tal manera atendía á los negocios importantes de casa, que no descuidaba por eso, como pudiera alguno imaginarse, los pormenores y detalles; antes bien, se fijaba en todos ellos, y los determinaba con admirable precisión, y al mismo tiempo con anchura y libertad de espíritu [1]. Tal cual después le conocieron en Mourvi-

(1) Fiel á todas las prescripciones del Instituto, el P. Ginhac hacía cuidadosamente el examen de gobierno que en él se manda á los superiores. Hacia el fin de su vida tomó la resolución de hacer «más seriamente la hora de consideración». Pondremos aquí el método que dió á uno de sus Terceroues.

Dedicar todos los días media hora fija á este ejercicio, que abarcará tres cosas:

1.° *Lectura* de un pasaje del Instituto, constituciones, reglas ú ordenaciones.

2.° *Consideración* de las obligaciones del superior, según se indica en seguida.

3.° *Oración* el resto del tiempo.

lles, tal le vieron, á pesar de sus múltiples ocupaciones, los Padres y Hermanos de la calle de las Flores: no les costaría mucho en reconocerle en estas notas que el P. Eugenio Portalié escribió siendo tercerón de Mourvilles:

«El P. Ginhac lo provó todo y no olvida nada: fiestas, novenas, cambio de distribución, etc... Pero la decisión, la aplaza ordinariamente hasta que se hace necesaria. Espera la última palabra ó el postrer impulso del Espíritu Santo. Los días de descanso durante los ejercicios de mes, estaban ya poco menos que determinados por la coincidencia de las fiestas de Noviembre y Diciembre; sin embargo, el Padre está siempre dispuesto á cambiar, si juzga delante de Dios que así lo exige el mayor bien de los ejercitantes. Y así ha introducido una notable variación en sus principios ó modo de proceder. En los primeros años de su oficio de Instructor, los Terceronos no celebraban misa en toda la primera semana. Pero después (y hoy día sigue haciéndolo así), quiere que cada uno siga en esto los impulsos y *atractivos de la gracia*. Así se explica en parte el secreto y el misterio que envuelven hasta el último momento las decisiones del Instructor.

»El P. Ginhac, conforme á su principio que de nada hay pequeño en el servicio de Dios, no pierde de vista detalle

Día 1.º Deberes como simple *religioso*: para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo.

Día 2.º Deberes para con sus superiores: respeto, amor, obediencia, claridad de conciencia, comunicación oficial, oración

Día 3.º Deberes del superior para con los de la comunidad en general: estar con los de la comunidad. Dar buen ejemplo á toda la comunidad. *Trabajar* por la comunidad. *Orar* por ella. — Estimarla y amarla.

Día 4.º Deberes para con las personas de la comunidad. Padres, Hermanos Escolares, Hermanos Coadjutores, encargados de los diversos oficios, enfermos. Progreso espiritual. Estudios. Salud. Empleos, ocupaciones. — Distribución. - Ruegos.

Día 5.º Deberes para con los de fuera: discípulos, domésticos, parientes, bienhechores, proveedores, demás personas.

Día 6.º Obras en general. Ministerios y trabajos de cada operario en particular.

Día 7.º *Lo temporal:* Procurarlo, conservarlo: distribución de lo necesario para la vida, de manera que en este punto se guarden exactamente las reglas del Instituto.

ninguno en la ejecución y gobierno; pero nadie tampoco da más libertad que él á sus subalternos; pretende que obren con facilidad y holgura, y únicamente quiere que se le informe bien. Después de dar al Ministro y al Bedel de los Terceroncs advertencias bien particularizadas, no les pone traba ninguna en la ejecución; y todo cuanto le proponen y es aceptable, se lo concede en seguida.

»Lo que sobre todo me ha encantado en su gobierno, es el desprecio absoluto con que mira las industrias y habilidades humanas; va derecho al fin por el camino real de los medios sobrenaturales. Su alma, tan hermosa, tan noble y tan sincera, tiene en los hombres una confianza ilimitada; le repugna creer que puedan engañarle; y ¿quién podrá echarle en cara el haber sido varias veces engañado por semejante motivo?

»Bien quisiera hacer alguna reserva y poner algún *pero*; mas, de los que encuentro en el Padre, ninguno cae bajo el dominio de su voluntad; ninguno por consiguiente oscurece en nada su santidad. Y aun creo que Dios ha permitido en él la ausencia de ciertas cualidades humanas, para hacer resaltar mejor el poder de la gracia.»

Sinceridad, lealtad y rectitud, tales eran los rasgos característicos del P. Ginhac: jamás vió nadie en él asomos ni sombra de doblez ni adulación. Con sus inferiores tenía la sencillez de un niño. Pero esta franqueza no era indiscreta: sabía hablar y callar á sus tiempos; y cuando la verdad era molesta y desagradable de decirse, la atenuaba, pero jamás la disimulaba.

Absolutamente incapaz de ofertas y vanos cumplimientos, decía lo que pensaba y sentía; y lo decía con un celo tan verdadero, con una bondad tan ingenua, que hubiera uno recibido con agradecimiento las heridas más sensibles. Como Superior, como Padre Maestro y como Instructor tuvo que reprender y corregir; pero siempre lo hizo con delicadeza.

Franco y sincero con todos, pensaba que todos lo eran

con él: y tan lejos estaba de desconfiar ni sospechar de nadie, que antes mostraba estima y confianza de todos los que acudían á él. Más quería ser engañado, que no engañarse él juzgando desfavorablemente, y de hecho, en una ocasión, llevado al parecer de su lealtad y sencillez, dió una solución de que hubo de arrepentirse. Mas no hubiera sido fácil abusar mucho tiempo de su confianza, porque era inaccesible á esas bajas habilidades de la política y de la adulación, y siempre resolvía y se determinaba por motivos de razón y de fe.

Si se busca la causa del ascendiente que ejercía el P. Ginhac sobre cuantos le trataron, se encontrará, en su virtud sin duda, pero también en las cualidades morales de que el Señor le había dotado; y que eran de un encanto discreto, sí, pero irresistible.

V

Los cuidados y solicitud del Rector en la administración y gobierno, no ahogaban en su corazón la ternura de Padre. Verdadero «Padre de las almas», amaba sobrenatural y cordialísimamente á sus inferiores, á sus hermanos, y á todos aquellos que el Señor le traía: les amaba como Cristo nos amó; se hacía todo á todos; y era según las circunstancias, padre, esclavo ó amigo.

He aquí un recuerdo del P. Enrique de Villéle: «Volvía yo del Juniorado de Saint Acheul, ó iba á recibir mi primer destino, cuando tuve ocasión de pedir algunos consejos al P. Ginhac. Me habló de la caridad, y de la gran estima en que mutuamente debemos tenernos. «Cada uno de nosotros—me decía—al ingresar en una comunidad, debería decirse: no hay ni uno solo en esta casa, entre todos mis hermanos, que no esté dispuesto á dar su vida por mí.» Indudablemente que él era el primero en poner en práctica esta máxima».

«He observado bien—dice un Hermano portero—con

cuánta caridad, con qué cara tan amable y sonriente recibe á los Padres que vuelven de misión ó vienen de viaje; diríase que estas vueltas son para él días de fiestas.

La misma expresión de fraternal alegría he observado en su rostro, en sus palabras y en todos sus ademanes, cuando venía á casa alguno de los Padres españoles, entonces desterrados.»

Y otro Hermano dice: «El que quisiera llevarse una buena reprensión, no tenía más que decir tratándose de un Padre ó Hermano de otra provincia, ó casa: «Padre extranjero». Decíale en seguida el P. Ginhac con visible emoción: «¡Extranjero! ¡Entre nosotros no hay extranjeros! Todos son de la familia».

Tan austero se mostraba en los sitios en que la regla exige silencio, como afable y cortés cuando se le visitaba en su cuarto, ó cuando trataba en el recibidor con los de fuera. «Lo experimenté muy especialmente un día—dice un novicio—en que un tío mío me llamó á la sala de visitas. Vino conmigo el P. Maestro: invitó á mi tío á desayunar y comer; y se mostró tan amable y tan cumplido como no he visto otro en igual grado. Hacíase admirar por la generosidad y magnanimidad de su corazón y era prontísimo en conceder á sus súbditos, por motivos de salud, cuanto les fuese ó necesario ó útil».

«El P. Ginhac -observa un Padre—realiza el ideal del superior de la Compañía, tal cual indudablemente le concebía San Ignacio: es el hermano mayor, y se muestra hermano mayor, porque le obliga el oficio. Pero aun en aquellos casos en que más debe manifestarse como superior, se ve al hermano; y cuando trata familiarmente, su profunda humildad hace desaparecer el aire de superior hasta tomar con todos las apariencias y el acento, no de hermano mayor, sino del último de todos.»

Los Padres que pasaban por Tolosa no se cansaban de expresar esta misma admiración: no podían figurarse que religioso tan austero consigo mismo, tuviese con los de-

más tantas atenciones, y delicadezas, y solicitud, nunca habían visto afecto tan grande y sincero, ni tan sobrenatural: experimentaban en las muestras que les daba de caridad, la ternura de un corazón profundamente bondadoso y el fuego de un alma abrasada en el amor divino. «¡Oh! ¡qué Padre tienen Vds. —nos decían— y qué recuerdos conservaremos siempre de él! Es un santo, pero un santo formado en la escuela de San Juan Evangelista!»

Sin embargo, á algunos les parecía que la caridad del P. Cinhac no tenía espontaneidad y naturalidad. Oigamos lo que á este propósito dice el P. Guillermo Pouget: «El espectáculo de la guerra incesante que el P. Cinhac hacía á la naturaleza, despertaba en el alma este pensamiento, que expresaba así un novicio: «En el P. Cinhac, todo movimiento es movimiento forzado: si os habla con afecto, si os sonríe, si se muestra amable, conocéis que lo hace por expreso mandamiento de la voluntad, y porque Dios así lo quiere. Quisiera uno una simpatía un poco más espontánea, algo que saliese del corazón». Algo de verdad hay en esto, á mi parecer: á saber, que en la conducta y proceder del P. Cinhac no quedaba nada á merced de la fantasía ó del capricho: todo iba dirigido por la razón sometida á la influencia de la gracia; pero el afecto, á buen seguro, que no era forzado». No, no era forzado su afecto, á no ser que se quiera decir que en él, como en los santos, era un afecto ordenado y mandado por la caridad. Si el P. Cinhac no hubiera sometido su corazón fogoso á la reina de las virtudes, hubiera llegado á ser, como tantos otros, un hombre funesto: hubiera sembrado la muerte y no la vida. Pero el amor, cuando llega á ser enseñoreado por la caridad, siempre es benéfico. Y el del P. Cinhac tuvo expansiones del más acendrado afecto, y también manifestaciones de conmovedora y naturalísima simpatía.

En una hoja de su diario espiritual, se lee lo siguiente: «Me agrada el pensamiento de un Hermano Coadjutor que escribía á sus padres. «Rueguen por mis Superiores,

que tienen las veces de Vds. para conmigo, y son para mí verdaderamente padre y madre».

¡Cuántas veces tuvieron ocasión los novicios de sentir que era «verdaderamente su padre y madre!» ¿Estaba uno de ellos ligeramente indispuesto? ¿Había dado muestras de estar un poco triste? Pues por la noche, cuando ya estaban todos acostados, abríase suavemente la puerta de su celda, una mano descorría las cortinas, y en aquella media luz aparecía una figura radiante: era el P. Maestro. Una palabra, una sonrisa, una bendición; y la alegría volvía al corazon del pequeño novicio, que se dormía luego bajo esta dulce impresion. «Algunas veces—dice de sí mismo un Padre—al advertir que venía, me hacia yo el dormido, y él se contentaba con bendecirme, después de haberme abrigado la espalda con la sobrecama.»

Este corazón de padre tenía también ternuras de niño, que para un amable anciano con quien se encontró el Padre Ginhac en la residencia de Tolosa, fueron un rayo de consuelo celestial que le endulzó los postreros años de su vida. Refiriéndose á él, escribía el P. Ginhac: «Vais, ¡oh Dios mío, á añadir otra gracia más á las que ya me habéis hecho; la de darme en el P. Dubuisson un padre del alma! ¡Qué rectitud! ¡qué humildad! ¡cuánta luz y suavidad la suya! ¡Sin duda sois vos, Dios mío, quien le infunde esos sentimientos de bondad y benevolencia que me manifiesta!»

¿Quién era este anciano que tales muestras de afecto daba al joven Maestro de novicios? «En la residencia—dice el autor de la *Vida manuscrita*,—era casi desconocido. Sus virtudes le hacían venerable y simpático á todos, pero ignoraban su historia, que no supieron hasta después de muerto, y es la siguiente:

«Esteban Dubuisson, nació en Santo Domingo, el 21 de Octubre de 1786, de donde vino á Nantes, país natal de sus padres, y aquí hizo sus estudios. Empleado más tarde en las principales oficinas de la intendencia militar, al fin

del primer Imperio tenía el cargo importantísimo de subcajero de la casa imperial.

Aspiraba ya en su interior al estado eclesiástico, y se preparaba para él. La caída del Imperio le obligó á pasar á los Estados Unidos; y allí entró en la Compañía el 1.º de Diciembre de 1815. Las eminentes cualidades que le distinguían le merecieron el aprecio de los Superiores, que le designaron para el gobierno de varias casas, enviándole además dos veces la Provincia de Marilandia de procurador ó representante suyo en Roma. Hizo la profesión el 14 de Agosto de 1829 en manos del P. Roothaan, General de la Compañía. En su segundo viaje, en el año 1841, atacado de una laringitis, tuvo que diferir su ida á América, y en este intervalo, el Duque de Montmorency solicitó y obtuvo del M. R. P. General, la gracia de tenerle consigo para la dirección espiritual de su casa. De ella no pudo el Padre salir hasta 1852, en que murió el piadoso Duque, y desde entonces, no pudiendo ya reanudar sus trabajos de Marilandia, quedó incorporado á la Provincia y á la residencia de Tolosa. Entre los varios aniversarios que para fomento de su piedad celebraba, uno de ellos era el del día en que consiguió, no sin trabajo, librarse de una mitra con que le amenazaban en América.»

Este era el religioso anciano que acogió con tanto afecto desde el primer día al P. Ginhac. Pero, como el P. Pablo no quería «nada sin la cruz,» la cruz vino muy pronto á mezclarse en las dulces y amigables relaciones del Padre Dubuisson y de aquel que se llamaba su hijo. Por Octubre de 1861, los médicos juzgaron ser necesario al venerable enfermo el clima de Pau; partió, pues, y el P. Ginhac no volvió á verle. Pero le acompañó siempre con su afecto; frecuentes cartas ponían al corriente al buen anciano de todo lo que podía interesarle de su antigua residencia. Gracias á esta atención y delicadeza, se hará la ilusión de hallarse, no en Pau, sino en Tolosa, y sobre todo, será para él una de sus mayores consolaciones en sus últi-

mos días, ver lo afectuosamente que late el corazón de un hijo amante; júzguese por estos fragmentos:

«Mi Reverendo y amado padre: téngame por su hijo, aunque estoy lejos de V. R.; y por consiguiente, dígnese interesarse siempre por los asuntos de mi alma. ¡Qué paciencia la suya! ¡Gracias, muchas gracias!»

24 de Diciembre.—«Dentro de dos días celebraremos la fiesta de San Esteban. ¿Qué le he de decir sino que deseo sea completa bajo todos aspectos? en cuanto al cuerpo, en sueño, fuerzas y salud; y en cuanto al alma, en toda clase de bienes espirituales, en mucha santidad. Y ¿cómo expresarle el afecto y agradecimiento que siente mi corazón para con V. R., que és tan *Padre mío?*»

Una vez, agobiado de ocupaciones, á causa de sus dos cargos de Rector y Maestro de Novicios, se excusa de escribirle él mismo, confiándoselo á su ayudante el P. J. B. Cazet: «Dispénseme, querido Padre, que me valga de otro; soy siempre el mismo para V. R., créame.» Y deseoso de probárselo con obras, el buen Rector, que tan falto de tiempo andaba, lo encontrará para escribirle siempre, en adelante, de su propia mano.

Abril.—«¡Felices Pascuas! ¡Gozoso *aleluya!* ¡Bienaventurada fiesta! Esto es lo que mi alma le desea. Estos *aleluyas* de la tierra, tan dulces y consoladores para las almas que no buscan más que á Nuestro Señor, suelen no obstante verse perturbados más ó menos por las penas y molestias del destierro; pero en el cielo cantaremos un *aleluya* sin mezcla ninguna de tristeza ni de pena. ¡En el cielo, en el cielo, algún día, padre mío! Que nuestro buen Señor y Rey triunfante nos conserve siempre en su amor.»

1.º de Noviembre.—«Ya sabe V. R. que tengo por mías las penas y gozos suyos; esto equivale á decirle que su última carta con aquella *posdatita* me ha regocijado y apenado al mismo tiempo. Aunque no sé qué es, tomo parte en esta su nueva aflicción. También bendigo al Señor, del

bien que le concede. De todo esto no dejará V. R. de aprovecharse, para aumento de paciencia y perfecta resignación en la voluntad divina.

»Ruegue mucho por mí, padre mío; ruegue por el hijo suyo de Tolosa; necesito mucho que Dios me ayude, ó más bien que obre por mí, que haga lo que yo no hago, y repare que hago mal.

»¡El cielo! ¡El cielo! Este es día de pensar en el cielo. Un día, y será muy pronto, iremos al cielo. *Laetatus sum*... Nuestros ejercicios comenzarán el día 11 de Noviembre; durante todo el mes nos acompañará; cuento con ello, ¿no es así?»

Y en otra carta:

«Mi reverendo Padre: Gracias por su bondad en comunicarme noticias de V. R. Ya sabe V. R. que todo lo suyo me interesa. Si pudiera escribir de cuando en cuando cuatro letras...; pero no quisiera aumentarle las molestias.

»Nuestro gozo y amor debe ir creciendo á medida que nos acercamos al día de eterna paz en el seno de Dios Nuestro Señor; le suplico que me ayude para que viva yo con estas disposiciones.

»Me encomiendo en sus oraciones y santos sacrificios, y le pido su bendición.

Servus in Christo,

PABLO GINHAC.»

CAPÍTULO VI

Obras de celo en Tolosa (1860 á 1869)

I. Su acción apostólica.—II. La Congregación de María Reparadora.—III. La Congregación de María Auxiliadora.—IV. Diversos ministerios.

I

A los que han recibido de Dios gracias extraordinarias, Dios les señala también su misión extraordinaria. La del P. Ginhac fué mantener entre sus hermanos el espíritu de San Ignacio, y el deseo y celo de la perfección, en las almas fervorosas, tanto del claustro como del siglo; misión que el Padre desempeñó silenciosamente y sin ruido, mas con una fidelidad sin ejemplo. Al morir este religioso, á quien nadie había admirado en púlpitos ni en congresos; que no había sido orador, ni escritor, ni sabio afamado, y cuya vida escondida en Dios se había deslizado en el más completo silencio; era ya, sin embargo, conocido en países lejanos; y los discípulos que tenía esparcidos por todas las partes del mundo, bendecían su memoria. Cuando se les preguntaba por las obras y trabajos de quien tanta admiración les merecía, la única respuesta de todos era: «El P. Ginhac era un santo. ¡Nos ha hecho tanto bien!» En estas palabras se resume la vida toda del P. Ginhac. Sus obras carecieron de brillo á los ojos del mundo, pero fueron durables y fecundas.

En Tolosa, tanto por modestia como por falta de tiempo, se hubiera gustosamente limitado á dirigir los novicios y gobernar la residencia. Pero Dios le proporcionó ministerios fuera de casa, á los cuales no pudo sustraerse. Veamos cuándo y cómo:

«He visto—escribe en su diario:—1.° Que no debo emprender nada, ni hacer nada, ni decir nada á los de fuera,

sin haberlo tratado antes con Dios. 2.° Que, á ejemplo del P. Baltasar Álvarez, debemos ver en las necesidades de los prójimos una ocasión de enriquecer nosotros el alma con preciosos tesoros; pues cuanto más damos y comunicamos nosotros al prójimo, ayudándole y consolándole, más nos da y comunica á nosotros Dios. 3.° Que en las obras exteriores no debemos perder de vista á Dios, antes permanecer unidos á Él con el pensamiento y el afecto; y que en la oración debemos tratar con celo los intereses de las almas, que son los intereses de nuestro Señor.»

Esta continua dependencia de Dios daba al P. Ginhac sobre las almas gran dominio é imperio. Sentían en seguida que estaban en manos de un santo; por eso se entregaban frecuentemente á la acción é impulsos de la gracia, con generosidad ilimitada. Y así podrá decir á sus novicios, porque tiene experiencia de ello, lo que les dijo cierto día: «Hay en el siglo almas que nos llenarán de confusión el día del juicio.» Y les citó en seguida ejemplos admirables de mortificación.

Podría preguntarse, si director de almas tan íntimamente unido con Dios, como el P. Ginhac, recibió luces extraordinarias [1]. Dos rasgos hay en su vida, ambos de la época que estamos historiando, que nos facultan para pensar que sí. Una señora, casada con un oficial joven, tenía en mucho la dirección del P. Ginhac, aunque ella la tenía por algo rígida y severa. Cierto día la dice el Padre con la mayor naturalidad: «—V. será religiosa.—» Causóla esto no poca sorpresa, pues no había entonces fundamento ninguno para presagiar semejante vocación y cambio de vida. Mas á los pocos meses, murió su marido de una caída de caballo. Volvióse ella á su tierra, y allí se consagró á la

(1) En las ediciones anteriores, de intento no quisimos mencionar ciertos hechos fundados en dones y gracias extraordinarias que se atribuían al siervo de Dios. Hoy parece llegado el momento de salir de tan prudente reserva. Algunos de estos hechos se irán viendo en el decurso de la narración; y en los apéndices, las pruebas y documentos, absteniéndonos, ya se entiende, de fallar definitivamente, para lo cual sólo la Iglesia tiene autoridad.

educación de sus tiernos hijos. Y más tarde, cuando estuvieron ya todos acomodados, entró en las Carmelitas de Lourdes, á donde el P. Ginhac vino el 1890, á dar los ejercicios. No se olvidó ella de recordar al Padre las palabras que 25 años antes la dijera. A lo cual él la contestó modestamente: «Nuestro Señor puede permitir á veces semejantes cosas.»

Entre los predicadores de la calle de las Flores, era uno de los más insignes el P. Luis Candeloup. Este Padre solía contar frecuentemente el caso siguiente: Habiendo ido á una ciudad para ejercer uno de nuestros ministerios, aceptó el hospedaje que le ofreció una familia honradísima. Mas bien pronto conoció que se hallaba en situación muy delicada. ¿Qué hacer? Consúltalo con Dios en la oración, y toma una resolución. Iba ya á ponerla en ejecución, cuando recibe carta del P. Ginhac. Nadie absolutamente había podido enterar al Rector del apuro en que su súbdito se encontraba; y con todo en la carta le daba para salir de él, una dirección atinadísima. Ni fué ésta la única vez que el P. Candeloup creyó ver en el P. Ginhac sobrenaturales intuiciones. Un día que iba de viaje, dijo á su compañero, después de haberse ambos despedido del Padre Rector y recibido su bendición: «Este santo varón, lo mismo nos verá estando cerca que estando lejos; tengo pruebas de ello.»

Sea lo que quiera de semejantes gracias y favores, preciso es confesar que los atribuídos al siervo de Dios, fueron muy contados y poco conocidos. No pudiendo por consiguiente influir lo más mínimo en la opinión de santidad de que gozaba: se la merecieron únicamente sus virtudes. Del P. Ginhac nadie dijo: «¡Qué santo es! tiene el don de milagros,» sino más bien: «¡Es un santo! si le viera hacer milagros, no me sorprendería nada.»

«Una de las torneras—escribe la Superiora del convento de Nuestra Señora,—volvió un día radiante de gozo y toda entusiasmada...» «He visto al santo, (es decir, al Pa-

dre Ginhac) y me ha hablado» y lo decía con los ojos humedecidos en lágrimas. «Después de haberle visto—prosiguió,—no amo ni quiero más que á Dios... Hace ir derechamente al cielo...» Esta impresión ingenua de la buena tornera, la experimentaban más ó menos cuantos trataban al P. Ginhac, y esto era lo que daba á su acción y ministerios una eficacia maravillosa.

No estaba en esto sin embargo, su mayor fuerza; sino en las armas siempre victoriosas que el P. Ginhac había recibido de su santo Padre Ignacio, y que él manejaba con suma destreza; en los Ejercicios: al Padre Ginhac se le puede llamar el hombre de los Ejercicios. Ya lo veremos más adelante; con su divina eficacia se sublimó él y sublimó á otros á una encumbrada perfección; y á sus discípulos, nunca les enseñó otros medios ni otras teorías para santificarse.

En Tolosa y con Comunidades religiosas fué donde se estrenó el Padre en este santo ministerio de los Ejercicios.

II

Hay trabajos y ocupaciones humildes, penosos, y con frecuencia bastante descuidados; títulos suficientes para que el P. Ginhac se hubiera dedicado á ellos con preferencia. Pero le faltaba tiempo, y no tenía las cualidades necesarias ni la debida preparación. No sucedía lo mismo con los ejercicios á Comunidades religiosas. Sin salir en cierta manera de su propio elemento, completará con nuevas observaciones la experiencia adquirida, y extenderá á mayor número de almas las luces que ha recibido de Dios.

La elección de semejante ministerio no fué suya; marcáronle esta ruta las circunstancias y la santa obediencia. Entró el Padre en ella no sin temores y aprensiones, como consta en su diario espiritual. Pregúntase á sí mismo «si las visitas frecuentes á una Comunidad religiosa son con-

formes al espíritu de San Ignacio...; si no serán un obstáculo para el bien común...; si no serán materia de extrañeza para el público y para la Comunidad...; si no expondrán su alma á muchos daños; como intenciones menos rectas, sentimientos humanos, pérdida de tiempo con detrimento de su cargo, vanas preocupaciones que quitan la libertad..., etc.»

Experimentó estos temores el P. Ginhac, á consecuencia de las primeras relaciones que tuvo con la Congregación de María-Reparadora. Como Dios le había destinado para que fuese hasta el fin el consejero de esta ferviente Congregación, no estará demás recordar brevemente cuanto hizo el Padre por ella á partir de esta época.

Tres años de existencia contaba apenas la Congregación de María Reparadora, cuando por Septiembre de 1860 fijó su residencia en Tolosa, con auxilio del R. P. Studer, que había poderosamente secundado á la venerable fundadora. Persuadido el P. Provincial, que el porvenir de la naciente Congregación dependía del impulso que se la diera en un principio, buscó un hombre capaz de desarrollar en ella el espíritu de reparación juntamente con el espíritu religioso. Ninguno le pareció más apto que el P. Ginhac.

Apenas habló su superior, desaparecieron todos los temores del siervo de Dios; y se dedicó gustoso á este ministerio, para el cual la gracia le venía preparando hacía tanto tiempo. Ver las ofensas de Dios era para él motivo de profundo dolor; ofrecer á la divina justicia continuas expiaciones era una como necesidad de su corazón.

Por Julio de 1860, el R. P. Studer quiso que el Padre Maestro diese los ejercicios de mes á las Religiosas más antiguas. «Sentía gran libertad—escribe el Padre,—para ponerme en relación con estas almas escogidas, y dije á Dios: Sólo Vos, Dios mío, me podéis poner por encima de todas las preocupaciones humanas. Decíame yo esto al ver á estas almas á mis pies manifestándose con entera confianza. ¡Cuán pequeño soy!... Yo no soy más que un ruin

instrumento... En vano me dicen que mis palabras impresionan... que Nuestro Señor habla por mí... que cerca de mí se recobra la paz... ¡Ay! ¡si querrán adularme! ¿ó se sirve Dios Nuestro Señor de este miserable, sin que él lo entienda? En todos los peligros me habéis guardado, Señor. ¡Gracias mil os sean dadas!»

A través de estas líneas, que pintan al natural la modestia del Director, se entrevé la admiración de las ejercitantas. Dios Nuestro Señor ama los corazones rectos y humildes; y había escogido «este miserable instrumento» para cultivar, durante 35 años, esta tierna planta que había de propagarse con rapidez y llevar á todas partes abundantes frutos de reparación y amor hacia la sagrada Eucaristía.

La Fundadora de la Congregación, Reverenda Madre María de Jesús, comprendió desde la primera entrevista los tesoros de luz y de gracia que encontraría en él; pidióle, pues, que se encargase de la dirección de su alma; pero el Padre opuso á sus instancias desconcertadoras repulsas. ¿Quería probarla? ¿ó quería más bien tomar tiempo para mejor conocer la voluntad de Dios? Al fin, por Octubre de 1861, se encargó de su dirección. Y el fruto que la Madre Fundadora sacó de los alientos que la infundía su santo director, fué: progresos en la oración y en vencerse generosamente; progresos en la confianza y tranquilidad respecto de los favores sobrenaturales que recibía; progresos en el valor que necesitaba para subir la áspera pendiente del Calvario.

Invitada por la gracia á ligarse más estrechamente con Dios, la Madre María de Jesús resolvió hacer un voto especial de obediencia, á imitación de Santa Teresa. A sus ojos ninguno tan digno de recibirlo, como el P. Ginhac, en quien no veía más que virtud y prudencia. «Pretendo en vano—decía un día,—descubrir una sola imperfección en su conducta.» Pero, como en el Instituto está sabiamente prohibido á los hijos de San Ignacio admitir semejantes

votos, con los cuales quedaría no poco restringida la libertad que necesitan para los ministerios, suplicó al muy R. P. General que mediase, el cual, accediendo á la súplica, levantó la prohibición [1].

Y todavía el muy R. P. Beckx autorizó á la Reverenda Madre Fundadora, para que acudiese á las luces del Padre Ginhac, cuando emprendió la redacción de las Constituciones de la Orden [2]. Comenzóse este importante trabajo en Tolosa y se continuó en Tournai, en los azarosos días de la guerra franco-prusiana. Pero su coronamiento lo recibió en Roma, á donde fué llamado el P. Ginhac en 1882, para revisar las Constituciones, antes de ser definitivamente sometidas á la aprobación de la Santa Sede. Al verificarse esta postrera revisión, ya no existía la Madre María de Jesús: recibió en 1878 la recompensa de su vida de inmolación.

No fué la Madre Fundadora la única que se aprovechó de los prudentes consejos del siervo de Dios. Todas las primeras compañeras aprendieron en la escuela del Padre Ginhac, durante los santos ejercicios, el amor á la cruz y el celo de las almas. Y conservan agradecidas el recuerdo del vigoroso impulso que imprimió desde un principio á la Congregación. Es imposible explicar—escribe la Reverenda Madre María de San Mauricio,—lo que fué para nosotras el P. Ginhac. Su dirección, robusta y austera siem-

(1) Romae, 7 Oct., 1866: «Superior Generalis Matronarum Mariae Reparatricis cum R. V. loquetur de eo quod mihi manifestavit, de voto scilicet obedientiae specialis ergasuum confessarium seu directorem. Haec res omnino concernit R.am V.am; unde quod ipsa promittere intendit, R. V. acceptet et circa hanc rem libere agat quae prudentia et discretio suadent A. M. D. G.» Petrus Beckx.

(2) A 24 de Abril de 1870, el R. P. Serviére, provincial, transmitía al P. Ginhac las siguientes líneas del M. R. P. General: «La Reverenda Madre de las Reparadoras me ha manifestado deseos de tener durante un mes al P. Ginhac, en las próximas vacaciones, en alguna de nuestras casas de Francia ó Bélgica, donde fácilmente pueda tratar con él y terminar, bajo su dirección, las constituciones. Yo la he dado esperanzas de que el P Ginhac. estará á su disposición, si no hubiere entre tanto algún impedimento grave» Y el P. Provincial añadía: «Entiéndase con la Madre Generala, y dispóngalo todo A. M. D. G.». En Agosto el P. Ginhac se dirigió á Tournai.

pre, por ir siempre tras lo verdadero, sin dejar en pie ninguna de las ilusiones del amor propio, no tenía nada de dura. Desde que reconocía en un alma sinceridad y buena voluntad, la animaba con mucha bondad y dulzura.

«Al principiar sus ministerios en María Reparadora, á fines de 1861, decía á una de las Madres jóvenes que le rogaba se encargase de dirigirla: «Con mucho gusto, si es voluntad de Dios Nuestro Señor, y si V., por su parte, se decide seriamente á caminar con ayuda de la divina gracia á la perfección. Sin esto, no me comprometo á nada...» Habiéndole asegurado la religiosa la firme resolución en que estaba: «Pues bien—la respondió el Padre,—ya que está V. dispuesta á sufrirlo todo, y resuelta á vencerse para hacer cuanto se le diga, soy libre para proponerle sin rodeos los medios más á propósito para hacer que llegue á un perfecto renunciamiento de sí misma.»

Estos medios eran duros á la naturaleza, pero el Padre nos alentaba diciéndonos: «¡Animo! sobreponeos generosamente á todas las rebeldías de la naturaleza. Hay que llegar á la perfección; Dios lo quiere; El os ayudará. Peleáis con Dios Nuestro Señor, y á vista de la Santísima Virgen; fuera temores. Sed generosas y constantes para conseguir la mayor reparación en vosotras y en los demás.»

Y otra Madre testifica: «Cuando una quería su dirección, tenía que hacerse esta cuenta: Este es un hombre enteramente sobrenaturalizado, que nunca consulta para nada á la naturaleza... Su fin es únicamente Dios. No le detienen consideraciones humanas; no se fija ni en linajes, ni en talentos, ni en cargos; no ve más que el alma y el deber...

«Le han acusado de que atormentaba las almas...; eso es no haberle comprendido. ¿A qué pedir á su rudo natural ternezas femeninas ni sensiblerías? Con el P. Ginhac hay que amar y buscar ante todo la verdad... Exigía mucho á quien había recibido mucho [1].»

(1) Según testifica el R. P. G. Blanchard, el P. Ginhac en esta época no estaba suficientemente prevenido contra los arranques que el fervor suele

«Aunque de condición rígida, sabía hacerse todo á todos por caridad». Cuando las circunstancias lo pedían, se mostraba en las cartas «paternal, condescendiente, casi tierno.» Esta ternura era la que Jesús, el divino Pastor, infunde en el corazón de los que envía en busca de las almas enfermas ó heridas.

Con las tales guardaba atenciones tiernísimas. Véase un ejemplo. Acababa de ser admitida en María Reparadora una gran señora: Dícele al Padre: «El mayor sacrificio para mí será no poder mandar decir una misa el día aniversario del nacimiento de mi hija.» «No piense más en ello» —la respondió en seguida,—«yo me encargo de eso.» Y todos los años, la víspera del aniversario, la escribía sin falta: «No me olvidaré mañana en el altar de su caro aniversario.»

Este fué el Director que la divina Providencia deparó en sus comienzos al Instituto de María Reparadora. La Congregación comprendió muy bien el mérito de dirección tan prudente y tan sólida, y por mucho tiempo no quiso privarse de ella. Tres veces suplicaron al P. Ginhac que les diese el retiro preparatorio para el Capítulo General; tres veces dirigió, durante los ejercicios de mes, á las Madres que habían de hacer los últimos votos. Todos los años le invitaron para que diera los ejercicios anuales en alguna de sus casas. Y por fin le consultaron y escucharon fielmente en los trances más decisivos.

Bien podríamos decir que fué el inspirador y el Padre de este fervoroso Instituto. ¿Cuánto no debe á su abnegación y prudencia? «Imposible explicarlo, según lo confiesan ellas mismas; su acción fué tan humilde como eficaz y poderosa. Dando sin sospecharlo siquiera, admirado de

---

inspirar en los principios á las almas generosas. Avidas de mortificación, piden á sus confesores penitencias superiores á sus fuerzas, y á veces, superiores á sus mismos deseos. El P. Ginhac, severo consigo y deseoso de llevar á los demás á la más alta perfección, era poco inclinado á reprimir estos fervores excesivos. Pero más tarde, aleccionado por la experiencia, mortificará los deseos inmoderados de mortificación exterior.

que recurriesen á él, y siempre ocultándose, seguía con ojos paternales los apuros y las alegrías de la Congregación, interesándose en todos sus progresos.»

Sus enseñanzas las guardan con religioso respeto; el comentario de las reglas y de la carta de San Ignacio acerca de la obediencia, notas sobre varios retiros, instrucciones y la correspondencia que recibieron de él, todo forma una preciosa colección, con que la Congregación gusta de reanimar su fervor. De esta manera, el P. Ginhac, aun después de muerto, sigue siendo fiel á su misión.

III

Otra naciente Congregación fué también objeto de la solicitud del P. Ginhac. Cuando la prestaba sus servicios en la modesta casa de la calle de los *Bûchers*, ¿prevería el Padre las obras que aquella Congregación había de llevar un día á cabo, y que el nombre de Villepinte ha hecho tan célebres? ¿Prevería el crudo invierno que había de preparar tan magnífica floración? Aquí, como siempre, se realizó el dicho del Salvador: *Nisi granum frumenti mortuum fuerit, ipsum solum manet:* «Si el grano de trigo no muere, queda él solo.»

Este grano de trigo lo escogió Dios en una noble familia de Castelnaudary, que cuenta entre sus antepasados al bienaventurado Eleazar de Sabran. Sofía de Soubiran nació el 16 de Mayo de 1834. El día de su primera comunión, y teniendo solos 9 años, pidió al Señor la gracia de la vocación religiosa; dos años más tarde hizo voto de perpetua castidad; y poco después, el voto de no disfrutar placer ninguno por el placer mismo. Desde entonces no conoció más goces y deleites que los de la oración y de la caridad. Cuando se presentó por primera vez al P. Ginhac, corriendo el año de 1863, era víctima de grandes penas interiores [1].

(1) Véase: *La Fondatrice des Soeurs de Marie-Auxiliatrice*, por el abate

Sintiéndose fuertemente atraída á la vida contemplativa, deseaba militar bajo el estandarte de Santa Teresa. Pero Dios la había concedido luces abundantísimas sobre la obra divina del apostolado, y dotádola de todos los dones y cualidades que atraen y levantan á lo alto los corazones. Así es que sus confesores la orientaron hacia las obras de celo, y su tío, el canónigo Soubiran, de santa memoria, contaba con ella para realizar los proyectos apostólicos que acariciaba.

Era éste Director de una famosa Congregación de doncellas, que se reunían en el sitio de *Bon-Secours*, y resolvió agregar á ella una pequeña comunidad organizada conforme al modelo del Beaterio de Gante. Varias personas piadosas se decidieron á entrar, y Sofía de Soubiran fué la Superiora con el nombre de Madre María Teresa.

Pero ¿podía Sofía entregarse á Dios solamente á medias y contentarse con una parte tan sólo de la vida religiosa? ¿No debía seguir sus primeros impulsos y encerrarse en un convento del Carmen? ¿Tenía ella vocación de Fundadora? Estas eran otras tantas preguntas que la turbaban é inquietaban día y noche.

Todos los fundadores han experimentado este tormento del alma en presencia de un ideal misterioso que desalienta nuestra debilidad; y aun varios de ellos han visto cómo Dios en cierta manera jugaba con ellos y se reía de sus proyectos, conduciéndoles, sin que ellos se dieran cuenta, bien lejos del término que al principio se proponían. En esta hora crítica y decisiva, la Madre María Teresa necesitaba la clarividencia y la autoridad de un santo.

Entonces fué cuando la vió por primera vez el P. Ginhac, y sin duda él fué quien la sugirió la idea de hacer un mes de ejercicios. En Mayo de 1864, los hizo en un convento de María Reparadora, bajo la dirección del P. Gin-

Théloz (E. Wite, Lyon).— *Notes spirituelles de la T. R., Mère Marie Thérèse de Soubiran-Lalouvière* (F. Levé, París).— Otros documentos inéditos hemos consultado, proporcionados por las Religiosas de María-Auxiliadora ó por los antiguos novicios del Padre Ginhac.

hac. El fruto que de ellos sacó se puede colegir por el voto irrevocable y perpetuo que hizo de aspirar siempre á lo más perfecto; siguióse bien pronto un segundo voto de pobreza y desapropiación; lazos sagrados con que había de mantenerse estrechamente unida á Dios Nuestro Señor, por encima de todo lo creado, en los días de prueba.

Además, con la luz de los santos ejercicios quedó resuelta la cuestión capital. La Madre María Teresa, obrando contra sus propios temores, será resueltamente el instrumento de Dios en la fundación de la nueva Congregación. A fin de responder sin tardanza al divino llamamiento, la Madre María Teresa compró una casa en la calle de los *Bûchers*, la cual en el mes de Julio estaba dispuesta para recibir una Comunidad.

Las primeras, venidas de Castelnaudary, recibieron las primicias del espíritu: estaban ansiosas de vida sobrenatural, de vida enteramente religiosa; y el P. Ginhac hizo cuanto pudo para satisfacerlas. No contento con proporcionarles toda suerte de socorros espirituales, se aplicó á modelar y formar él mismo sus almas. Como consultor ordinario y como confesor extraordinario, se encargó de las pláticas y muchas veces también de los ejercicios anuales. Las que aún quedan, conservan impresa la marca de su dirección; tienen esa «*simplidad en el sacrificio,*» que, como se ha dicho, es el «*sello de María-Auxiliadora.*»

Nadie, sin embargo, había de hacer tan grandes progresos como la Madre María Teresa. ¡Qué consuelo para el siervo de Dios, verla elevarse á las alturas, en que «la hartura del alma aquí abajo es el vacío que hace Dios en ella! Este vacío es la gracia de las gracias, y el alma compréndelo tan bien, que se derrite en agradecimiento.» «Ni placer, ni descanso, ni seguridad en cosa alguna creada; placer y reposo en Dios y por Dios; seguridad en su misericordia infinita.» A este despego y desasimiento total de las cosas creadas, se dignó el Señor añadir la gracia de una oración extraordinaria.

Así preparada, comenzó la Madre María Teresa á redactar las Constituciones de la nueva Congregación. El P. Ginhac la ayudó con sus luces. Nada tan conforme á sus generosas aspiraciones, como el doble carácter de la Congregación, que tan perfectamente expresaba en el nombre: *María* «es la quietud de la oración delante del Santísimo Sacramento continuamente expuesto»; *Auxiliadora* «es el vuelo y la acción del apostolado, que, naciendo de una intensa vida interior, se desborda hacia fuera».

Las reglas escogidas fueron las de la Compañía de Jesús, acomodadas al fin especial del Instituto. Después de haber recibido la última forma, el P. Ginhac fué autorizado por sus Superiores para presentarlas él mismo al Padre Santo, con motivo del viaje que hizo á Roma en Diciembre de 1868. Pío IX alabó grandemente el plan del Instituto, y sobre todo la obra de las obreras jóvenes. «Yo deseaba hablarle de otras cosas—dice el P. Ginhac,—pero Pío IX volvía en seguida á María Auxiliadora.»

La Madre María Teresa, que con esta ocasión se había trasladado á Roma, no tardó en recibir el tan deseado Breve laudatorio: en adelante la Congregación tendría su puesto en la Iglesia de Dios. Sigámosla algunos años, que la digresión no es del todo ajena al asunto de nuestra historia.

La misión directa é inmediata del P. Ginhac había terminado. Llamado á Castres en Septiembre de 1868, no vió más que de lejos el rápido incremento de María Auxiliadora.

El período de la lucha comenzaba. La Madre María Teresa escribe en su autobiografía: «El bueno y muy santo P. Ginhac ha confiado demasiado en mí: me dejó demasiado sola.» Pero adviértase, que, como ella misma lo dice más adelante, esto se entiende solamente «en cuanto á lo exterior, á lo temporal y á la propagación demasiado rápida, no en cuanto á la vida interior y religiosa de la Comunidad». En este punto el siervo de Dios era sumamen-

te reservado: tenía metido en el corazón no salirse de los límites propios de su espiritual ministerio; si los hubiese traspasado, estando ya fuera de su oficio, no hubiera tenido gracia de estado [1].

Aunque, si bien es verdad que no buscaba más que el bien de las almas, no dejaba por eso de interesarse por sus acrecentamientos materiales; así es que no pudo menos de oir con pena la tormenta que en esta parte se había desencadenado contra el Instituto de María Auxiliadora. En la hora más crítica, la Madre María Teresa le rogó que se dignase escucharla; para eso se encaminó á Castres en Febrero de 1874 [2].

Abríase delante de la fundadora el camino de un áspero Calvario. Llevando su generosidad hasta el heroísmo, no rehusaba entrar espontáneamente en él, si con esto se lograba conjurar la tormenta. El siervo de Dios, después de haberlo pensado bien en la oración, la aconsejó que hiciese lo que la inspirase su humildad y caridad. El primer superior de la Congregación, el Arzobispo de Bourges, Mons. de la Tour d'Auvergne, juzgó también que esto era lo más prudente. Pero para la Madre Fundadora, era el

(1) El sentimiento en que se inspiraba esta reserva del siervo de Dios, lo encontramos en una carta suya del 23 de Noviembre de 1861, á la Rev. Madre María de Jesús: «Respecto de establecer nuevas fundaciones, he aquí mi parecer. En general, no apruebo la extensión demasiado rápida de las Congregaciones religiosas recientemente fundadas, porque las debilita y consume. Por otra parte, ya sé que los fundadores y las fundadoras, los superiores y las superioras de las Ordenes religiosas, tienen miras y luces que los demás no tienen; que experimentan movimientos del Espíritu Santo é impulsos de la gracia que no experimentamos los no llamados á esos cargos. Por consiguiente, aunque temo mucho la multiplicación demasiado rápida de las casas de una familia religiosa, que acaba de nacer y que no puede sólidamente fundarse, con todo, no puedo reprobar ni aun juzgar los actos de superiores que promueven y llevan á cabo estos rápidos desenvolvimientos...»

(2) No entra en el fin que nos hemos propuesto, trazar las diversas pruebas por que tuvo que pasar la Madre María Teresa. Remitimos al lector á su biografía y á sus notas espirituales; allí verá las circunstancias desgraciadas que pusieron á la Congregación á dos pasos de una catástrofe financiera; el heroísmo y abnegación de la fundadora, su dimisión, su doloroso destierro y una larga serie de acerbísimas penas, seguidas siempre de admirables progresos en el amor divino.

destierro, era la muerte, y una muerte cuyas angustias nadie podía humanamente prever entonces, aunque en los designios de Dios, que era el único que leía en el porvenir, la muerte, aquí como siempre, debía engendrar la vida.

«Yo—dice esta generosa víctima—adoraba profundamente y amaba esta voluntad que así me aplastaba, y comprendía que en ella se encerraban grandes bienes para mí. Y en todo este tiempo de dolor y angustia ¡cuán bien me venía la oración! ¡Sentía tanta hambre, tanto frío, tanto miedo!... Clamaba al cielo en demanda de piedad y misericordia.

»No hubiese querido cambiar mi puesto con nadie, y aun yo misma, me parece que, á estar en mi mano, hubiera aumentado los sufrimientos que me atormentaban y me servían de alimento bueno y sustancioso.

»Parecíame que sufriendo trabajaba yo por el bien de la Congregación más que por cualquier otro medio... Que Dios tomaba de mí algo que le convenía.»

Como se echa de ver, esta alma era digna de su cruz. Pero, á imitación del Salvador, tendrá momentos en su vida en que sienta más vivamente todo su peso abrumador. Entonces la consolará el P. Ginhac. «Estáis clavada —le dice—en esa cruz por especial gracia del Señor y por vocación divina.» La sostendrá con sus consejos, con sus oraciones, y la seguirá en sus continuos progresos. «Tú, querida hija mía, continúas tu marcha hacia Dios, tu centro, tu fin, tu todo. En nada de la tierra hallas descanso, ni nada de la tierra te satisface. Sientes necesidad de verle, de poseerle, y de ser poseída por él, de descansar en Él, de pertenecerle para siempre sin miedo ninguno de perderle; de amarle y de glorificarle eternamente.

»¡Oh, afortunada hora aquella en que se rompa el velo y tu vista se fije en tu dulce Amado!»

No tardó mucho en romperse el velo, y el P. Ginhac pudo escribir: «La prueba ha sido terrible, pero no ha po-

dido quebrantarla; ha servido únicamente para aumentar sus méritos y hacer brillar su humildad, su caridad y su resignación á la voluntad santísima de Dios.»

El primer viernes de Junio de 1889, la Madre María Teresa consumó su sacrificio. Muy pronto el Instituto de María Auxiliadora sintió nuevos aumentos de fervor y alegría: sus obras recibieron un impulso hasta entonces desconocido, y se atribuyó este florecimiento espiritual de gracia á las oraciones y méritos de la Fundadora.

Razón tenían por consiguiente las religiosas de María Auxiliadora, cuando, después de haber dado cristiana sepultura á los mortales restos de su Madre en el cementerio de Villepinte, hicieron grabar en la losa de su sepulcro: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, se multiplica y lleva mucho fruto.» (San Juan, XII, 24, 25). «Cuando fuere levantado de la tierra, todo lo atraeré á mí.» (San Juan, XII, 32).

Llenas también de agradecimiento para con el P. Ginhac, unieron su nombre al de la Fundadora. A sus ojos, el P. Ginhac fué el hombre escogido por Dios para descubrir á la Madre su doble misión, y para sostenerla en el período de lucha y en el de sufrimiento. A él, dicen, le pertenece parte del bien que Nuestro Señor se ha dignado hacer mediante los sacrificios de esta mínima Congregación.

IV

Tal fué la influencia apostólica del P. Ginhac en Tolosa, y tal había de ser más tarde. Dios le traerá frecuentemente personas destinadas, por razón de los cargos que desempeñaban, ó por sus virtudes, á ejercer saludable influjo sobre las demás. Así será llamado para ayudar con sus consejos á los Superiores Generales de varias Congregaciones; y será el faro de un santo religioso, fundador de la Tercera Orden regular de San Francisco, en la diócesis de Albi, del Muy R. P. Francisco María Clausade.

Y ¡cuántas otras comunidades de Tolosa no experimentaron la abnegación del siervo de Dios! Era pródigo de sí mismo, y en siendo llamado, se daba sin distinción á todos con la misma generosidad. Su celo no tenía más límites que los que le imponían sus propios deberes ó el espíritu del Instituto. Por sus notas sobre los ejercicios, sacamos que estuvo sucesivamente en el Sagrado Corazón donde comentaba el *Caritas Christi urget nos* de San Pablo; en la Visitación, en el Carmen, en Nuestra Señora. También estuvo en las Trapenses de Blagnac y en los Trapenses de Nuestra Señora del Desierto. De allí nos escribía el 2 de Marzo de 1898 el Reverendísimo P. Abad, Don Cándido:

«El venerado P. Ginhac, de santa memoria, vino aquí á preparar y á predicar en las profesiones que se hicieron el 15 de Agosto de 1868. Edificó mucho con su predicación, pero mucho más todavía con su humildad, su modestia y su mortificación. Su recuerdo permanece grabado en el corazón de los que tuvieron la dicha de verle y oirle.

»Aún no nos hemos olvidado que el día de su llegada, cenó solo. Al fin de la cena, el R. P. Esteban, mi predecesor, vino á buscar al P. Ginhac, y advirtió que no había probado ni el vino ni el agua, pues el Hermano encargado de servirle se había olvidado de ponerle vaso. El P. Abad riñó ásperamente al descuidado Hermano, y le mandó que poniéndose de rodillas delante del Padre, le pidiese perdón y penitencia. El P. Ginhac le dijo que en penitencia comulgase una vez.

»De vuelta á Tolosa, fué en el coche del monasterio. El buen Padre pidió permiso para hacer oración al Hermano que le conducía, y empleó en ella casi todo el camino. También platicaron un poco. El Hermano preguntó al santo religioso qué le había parecido la iglesia, y le preguntó algunas cosas en particular, comprendiendo por las respuestas que el Padre no se había fijado en nada.

»En cuanto á mí, que tuve la dicha de conocer al R. P. Ginhac, no diré más que una cosa. Durante mi vida, Dios me ha concedido la gracia de ver personas de gran virtud: pero le doy gracias especiales por haberme concedido conocer á tres que me parecieron verdaderos santos: eran Dom Bosco, el P. Juan de Fontfroide y el P. Ginhac.»

CAPITULO VII

Tolosa.—El Maestro de Novicios (1860 á 1869)

I. Espíritu de oración.—II. Formación de los novicios.—III. El noviciado de Aragón en Santa María des Champs.—IV. Viaje á Roma.—V. Ultimo año.

I

Al ver la solicitud con que el P. Ginhac miraba por el bien de la residencia, tal vez se pregunte alguno si no sería con detrimento del noviciado. A semejante duda podemos responder desde luego, que, en el P. Ginhac, la perfección del Maestro de novicios no desmerecía en nada de la perfección del Rector.

La oración es el primer deber del superior, como es también el primer deber del religioso. El P. Ginhac, como hombre de oración que era, se esforzó por inculcar, primero á los novicios, y más tarde á los Tercerones, el amor y en cierta manera el hambre de la oración; dándoles ejemplo, al mismo tiempo que les enseñaba la doctrina.

Notaron que siempre se levantaba antes que la Comunidad, á pesar de acostarse más tarde y prolongar las vigilias, para darse con más libertad y desahogo al trato y conversación con Dios. ¿Sería por sentirse suavemente atraído al ejercicio de la oración, y porque gustaba en ella celestiales delicias? No lo parece; pues, andando el tiempo, para consolar él á un alma afligida, la manifestó que padecía continua sequedad, y que buscaba á Dios, guiado únicamente por la lumbre de la fe, y llevado tan sólo del deseo de agradarle.

Su método de oración no tenía nada de extraordinario: era sencillísimo y en todo conforme con las reglas que da San Ignacio en el libro de los ejercicios. Vida de recogi-

miento; seria y atenta preparación de los puntos ó materia de la meditación; esfuerzos continuos para avivar las potencias del alma y evitar las distracciones; tal era la parte laboriosa con que contribuía él al trabajo de la oración. Y solía decir, que no había ejercicio que más crucificase la naturaleza, ni más meritorio á los ojos de Dios, ni más aborrecible al demonio. «Por eso —añadía— nuestro enemigo no deja piedra por mover para apartarnos de él; á eso dirige todos sus esfuerzos, bien persuadido de que no hay nada tan poderoso como un hombre de oración, y que sin oración no se puede dar un paso en el camino de la perfección.»

En un diario espiritual que comenzó en Vals y continuó hasta los postreros años de su vida, el P. Ginhac apuntaba de cuando en cuando sus pláticas y los puntos de las meditaciones. Encuentra uno allí elevación de sentimientos y piedad ferviente, junto con aquella precisión de ideas tan suya. Allí se ven pasar periódicamente sus festividades predilectas: las de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen, de San José, de San Pablo, de San Ignacio, las de circunstancias, las fechas más simpáticas para él; y siempre y en todo, se le ve mantenerse fiel al método ordinario de meditación.

El deseo de facilitar á sus novicios el santo ejercicio de la oración, le movió á componer una serie de meditaciones. En ellas propone como materia de meditación al divino Redentor considerado en el seno del Padre, en los Patriarcas del Antiguo Testamento, y por fin en su vida oculta, pública, paciente y gloriosa. Es el mismo plan de los Ejercicios, agrandado. A este trabajo que fué litografiado, añadió otra serie de meditaciones acerca de las virtudes y espíritu de San Ignacio. Cada una de ellas, brevemente expuesta, proporciona al espíritu alimento sustancioso, sin que dispense del esfuerzo personal.

Cuando el P. Ginhac daba ejercicios á los nuestros, insistía mucho en la necesidad de la oración, y era frecuen-

te el tomar la meditación por tema único de las pláticas ó instrucciones. Tan grande era su deseo de que las almas se aficionasen á la oración.

Qué fruto sacaba él de ella, nos lo dice él mismo en su diario espiritual. En Tolosa no experimentó tanta desolación y tinieblas como en Vals. Uníase con Dios más suavemente con grande confianza y paz.

«¡Nuestro Señor—escribe—se da todo á mí todos los días! ¿No me basta esto? ¿Puedo desear yo otra cosa? ¿Por qué no estoy contento? ¡Ah! quisiera verle, sentirle... Pero esta es una gracia sin la cual puedo pasarme. Mejor es caminar en la oscuridad de la fe. Nuestro Señor, que se da á sí mismo, que no busca otra cosa que mi mayor bien, hace bien en negarme toda gracia sensible. Abusaría de ellas: correría riesgo de perderme.»

«15 de Enero de 1861.—El Hijo de Dios sujeto á sus criaturas, obediente, siempre obediente, y en todo, y perfectamente, hasta la muerte de Cruz. He visto ser importante y necesario acostumbrar á los novicios á la obediencia, para enseñarles á renunciar por completo á las comodidades, á la pereza, á la propia voluntad y al propio juicio. También es útil hacer que se examinen sobre la pobreza.»

«Noviembre de 1861.—No dejar nunca á los novicios, antes seguirles con el corazón, de día y de noche, y encomendarles á Nuestro Señor, á la Santísima Virgen, á San José, á San Ignacio y ofrecerlos á Dios. Suponer en ellos buena voluntad, y mostrarles estima y amor. Tomar todas las voluntades para ofrecerlas á Nuestro Señor; y para esto, exigir que ellos se desposean de ella. Exigir la exacta observancia de las reglas, que es la mejor de las pruebas. Cuidar mucho de que cada cual *se ejercite á sí mismo* continuamente en cada una de sus acciones, y que trabaje seriamente *en vencerse, que se pruebe.* Sin esto, se ganará poco con las otras pruebas á que se les puede someter; cederán, pero no se corregirán; como sucede con los árboles tiernos que se doblan con la fuerza del viento, pe-

ro se yerguen en seguida. Hasta podrían llevar todas las pruebas de manera satisfactoria al exterior, y una vez pasadas, buscarse á sí mismos en todo, y aun hacer la propia voluntad en las mismas pruebas. Este trabajo debe hacerse por amor de Nuestro Señor, con entusiasmo, con generosidad, y alegría. Procurar encender en sus corazones un ardiente amor á Nuestro Señor y un deseo inquebrantable de imitarle, es punto de los más importantes.»

«Fiesta de la Circuncisión.—Dios, cuya bondad es admirable, me hace sentir que debo hacer míos todos los intereses de esta casa y de cada uno de los que la componen: por consiguiente, todas las mañanas ofrecer á Nuestro Señor con el mío todos los corazones, y dirigir las intenciones de todos con la mía. Durante el día, estar con ellos en espíritu, para trabajar y sufrir con ellos. Al fin del día, pedir perdón de las faltas y negligencias cometidas por uno mismo y por los suyos.»

»19 de Marzo.—San José, Jefe de la Sagrada Familia, vivía en continua y perfecta unión con Dios. Tenía la caridad más generosa y abnegada respecto de Jesús, de María y del prójimo. No se buscaba en ninguna cosa á sí mismo: se olvidaba de sí y se despreciaba.

»He comprendido qué es lo que hace al buen superior: estar en todo íntimamente unido con Dios, de quien tiene la autoridad, cuyo representante, ministro é instrumento es, y por el cual trabaja: estar dedicado por completo al bien de sus hermanos y del prójimo, para servirles sin descanso y sin exceptuar á ninguno de ellos; no tener más intereses que los intereses de Nuestro Señor. A estas tres cosas se reducen todos los deberes del Superior.»

«*Primer viernes de mes, consagrado al Sagrado Corazón.*—¿De dónde procede que nuestras meditaciones sean frías y estériles? De que meditamos más con la imaginación y el entendimiento que con el corazón. Y, sobre todo en el negocio de la oración, es preciso que el corazón

trabaje; de lo contrario, poco ó ningún fruto. David lo sabía por experiencia: *Ego in toto corde meo scrutabor mandata tua. Clamavi in toto corde meo: exaudi me, salvum me fac. Quomodo dilexi legem tuam, Domine? Tota die meditatio mea est. Meditatio cordis mei in conspectu tuo semper.*

Meditemos, pues, principalmente con el corazón. Y para esto, amemos á Dios Nuestro Señor. Cuando dos se quieren bien, nunca les faltan palabras en la conversación.

«Por tanto, no tener otra voluntad que la de Dios Nuestro Señor. Querer sinceramente, resueltamente y únicamente cuanto quiere Dios y como Él lo quiere. No querer nada de lo que Él no quiere, y aborrecer cuanto Él detesta. En fin, que Nuestro Señor cree en nosotros un corazón nuevo, que nos dé una voluntad nueva, que nos dé su corazón. Cuando nos pide nuestro corazón, *Praebe, fili mi, cor tuum mihi*, es para darnos el suyo. Por lo demás, es necesario que lo hagamos todo de corazón.»

El P. Ginhac, lo mismo de Maestro de novicios que de Instructor de PP. Tercerones, insistió siempre en la necesidad de la oración. Uno de estos Tercerones, más tarde Superior de una casa de ejercicios, me escribe: «A propósito de la oración, y con el fin de animarnos á perseverar en ella, á pesar de todo, nos decía: «Padres míos, perseveremos en oración la hora entera, aunque estemos desolados y sin poder hacer nada: tengámonos por dichosos y seamos agradecidos; ¿no es inmenso el beneficio que Dios nos hace al concedernos una hora de vida, y esa, pasada en su divina presencia?»

Y el P. Pablo María Chauvet, misionero de Armenia, á quien solía escribir con frecuencia el P. Ginhac, dice así: «Hasta en la última carta, que es del 1.º de Noviembre de 1893, me repetía la gran lección del Terceronado: «Cuanto más uno se esfuerce por vivir íntimamente unido con Nuestro Señor Jesucristo, tanto se hace más apto para

hacer bien al prójimo: porque así es como se llega á ser instrumento dócil en sus divinas manos para los designios de su infinita misericordia. La oración es necesaria á todos, pero de un modo particular al misionero. Tenga, pues, V. cuenta de no separar jamás la oración del espíritu de sacrificio.»

Este era el consejo en que más insistía, y que seguía él mismo con gran resolución y fidelidad. El P. Ginhac fué hombre de oración: así lo sentían todos: lo mismo los que le estaban continuamente viendo, que los que le veían solamente de paso, durante el retiro de los ejercicios.

II

Si la virtud del P. Ginhac causaba tan viva impresión en los Padres de la residencia, ¿qué llamas no encendería en los tiernos novicios, que acababan de sacrificarlo todo para entregarse á Dios? Citemos siquiera algunos testimonios que nos descubren, aun después de muchos años, la acción indeleble del Maestro en sus novicios.

El P. A. Wagner, que hoy es Padre Espiritual y profesor en un colegio de América, entró en 1860 en el noviciado de la calle de las Flores. Tenía sólo quince años, y fué, por decirlo así, el Pedro Ribadeneira de nuestro Padre Ginhac. Pedro Ribadeneira resistió largo tiempo á la tierna solicitud de Ignacio, y el Hermanito Wagner no se mostró menos insensible á la bondad de su Maestro. Oigámosle á él mismo:

«Traté al P. Ginhac tres años: dos de novicio y uno de tercerón. Cuando novicio, era yo verdaderamente un niño. Desde los primeros días, le cogí tal antipatía, que me duró hasta el fin. Él en cambio, tuvo conmigo una paciencia tal, que ahora la reputo muy extraordinaria. Casi todos los días me visitaba, y durante mucho tiempo me llamaba todas las noches y me daba la bendición. A pesar de esto, yo no le quería nada y hasta se lo dije un día. Echóse él

á llorar y me dijo: «Hermanito mío, tiene V. mucha razón:» y me preguntó qué era lo que en particular me desagradaba en él. Inútil es advertir que fuí incapaz de señalárselo.

»Cuando volví á verle, al hacer el año de tercera probación, estaba poco cambiado. A lo más, tenía un aire más dulce y un aspecto más santo y venerable. Quísele un poco más de lo que le había querido en el noviciado; con todo, hasta después de siete ú ocho años, no comencé á apreciarle en lo que valía. Su recuerdo no me deja nunca. Y veo que no he vuelto á encontrar otro igual, y que si en mi vida he visto un santo, ese es el P. Ginhac.

»Profesaba un amor muy tierno á sus Hermanos de religión. En el noviciado, durante una violenta tempestad que se desencadenó hacia la media noche, el Padre vino á los dormitorios para ver si teníamos miedo. Parece que le estoy viendo inclinarse para ver cómo estaba yo. Amaba como ama una madre, como ama Dios Nuestro Señor: mucho antes de ser él amado.

»No deja de causarme extrañeza que no se le atribuyan milagros todavía. Porque, si ha habido alguno que haya hecho cuanto hay que hacer para ser santo, fué el Padre Ginhac.»

El P. Pablo de Sainte-Valliére, de dulce y santa memoria en Tolosa, y que fué uno de los novicios de este tiempo, escribía en 1884:

«Conocí al P. Ginhac durante el noviciado, desde el 2 de Septiembre del 64 al 8 de Septiembre del 66, y le vi después el año de tercera probación. Llamaba la atención, sobre todo por su espíritu de abnegación y sacrificio.

»Es preciso—nos decía—condenarse á muerte una vez de veras, y luego ajusticiarse todos los días.» ¡Y qué inimitable era en sus expresiones, y en el acento de convicción con que las decía, cuando nos explicaba la regla undécima del Sumario ó las reglas de la obediencia! Salíamos de estas pláticas entusiasmados y electrizados: una

vida nueva y una aparición sublime de santidad nos había sobrecogido y apoderádose de nosotros, haciéndonos avanzar con su empuje y encendiéndonos en santo celo, mucho mejor que lo pudiéramos haber hecho nosotros con nuestras meditaciones.

»He aquí un rasgo de humildad, del cual fuí ocasión yo poco después de mi entrada en el noviciado. Se dice en la instrucción para dar cuenta de conciencia, que el religioso hará bien en declarar qué afecto siente para con los Superiores. Esta prescripción me inquietó no poco desde el principio. Yo apreciaba mucho al P. Maestro de novicios, pero su virtud me desconcertaba, me infundía miedo. Para cumplir con la instrucción, me creí obligado á decirle en la primera cuenta de conciencia, que no sentía afecto ninguno hacia él, más aún, que me era muy antipático. Sonrióse el Padre, y me respondió, que le había juzgado muy bien, porque en efecto no tenía nada que pudiera ganarle el afecto de persona alguna. En los días siguientes, el Padre tuvo para conmigo atenciones tan delicadas y de tanta caridad, que me confundía, admirándome de que mi imprudente franqueza no hubiese dejado en su corazón amargura ni desabrimiento ninguno.

»También recuerdo que todos nosotros atribuíamos á la fe y á las oraciones del P. Ginhac, la curación del Hermano O'Conellan, gravemente enfermo, que fué repentina é inesperada por parte de los médicos. Hechos parecidos á éste, debe haber varios en su vida, pues no veo por qué Dios Nuestro Señor, que de ordinario honra así á los grandes santos, no ha de haber honrado á este su siervo con el don de milagros. Todo cuanto se lee en las vidas de los santos; de su unión con Dios; de su espíritu de penitencia, de su humildad, de su caridad, todo, según yo creo, lo tenía el P. Ginhac, lo hacía, ó al menos era capaz de hacerlo.»

Otro novicio suyo dice: «Procuraba, que lo que el mundo estima, lo apreciásemos nosotros en lo que realmente

vale, conforme á las máximas de Cristo Nuestro Señor, aprovechándose para ello de todas las ocasiones. Un día el P. X., que entonces era gran predicador, vino á anunciarle delante de los novicios, que un «eclesiástico muy distinguido, Doctor en Derecho Canónico, pedía ser admitido en la Compañía y que llegaría pronto.» El P. X. insistía en lo distinguido del personaje, en su doctorado, etc. Escuchóle nuestro P. Maestro sin dar muestras ningunas de satisfacción y como si se tratase de un simple estudiante, contentándose con decirle: «Cuando llegue, que le pongan en un cuarto.»

Un novicio de 1865, que murió santamente en el Maduré después de haber gastado sus fuerzas en esta misión, testifica lo siguiente: «Poseía en altísimo grado el don de consolar las almas y de disipar las tentaciones. Era un día de los ejercicios de mes. La meditación era de Jesucristo dejando á la Santísima Virgen en Nazaret para dar comienzo á su vida pública. El recuerdo de mi familia, de mi padre, á quien yo, á pesar de su oposición y resistencia había dejado llorando, enfermo, desgarrado el corazón de tristeza, y sin más hijos que pudieran consolarle; me había sumido á mí en grandísimo desconsuelo. Fuíme á ver al P. Maestro. No me dijo más que tres ó cuatro palabras que no recuerdo, y la desolación desapareció por completo.»

Otro novicio que fué después el P. Boussac, alaba la bondad paternal del P. Maestro: «Desde los primeros días del Noviciado, le dije sinceramente que le temía un poco, y que cuando llamaba á su puerta, algunas veces deseaba que no estuviese en el cuarto. A lo que me respondió con una sonrisa de cielo: «¡Ah! sí, y se frota V. las manos de contento, cuando tiene la dicha de no encontrarme.»

«Me admiró mucho la universalidad de su caridad y celo: su bondad y su abnegación las empleaba en beneficio de todos sin distinción, aunque parece que sus predilectos eran los débiles y enfermizos, temiendo siempre no estu-

vieran cargados de más trabajo del que pudieran llevar. No tuve la dicha de experimentar como enfermo su bondad y ternura. El mismo me solía decir: «El camino de usted es la salud: tiene que santificarse por la salud.» Y á veces, hasta me sentía un poco celoso al ver las atenciones que guardaba con los enfermos, y lo condescendiente que era con ellos.

«Admiraba también la transformación que en él se efectuaba, cuando yo le manifestaba estar necesitado de consuelo. Su rostro se serenaba, su mirada brillaba con una luz celestial, su sonrisa tomaba una expresión arrebatadora, y luego me arrojaba en el corazón una de esas frases que él sabía decir tan bien, y que siempre producían su efecto: «Amemos la cruz. ¡Todo sea por Dios!» Y concluía: «Voy á bendecirle.» Su bendición me ha parecido más eficaz que la de otros superiores. Con qué acento pronunciaba cada palabra, y cómo se inclinaba uno bajo la mano de Dios, sintiéndola presente en la de su siervo. Y al levantarse, hallábase uno confortado; era la bendición de un santo.»

También los padres de los novicios probaron la eficacia de sus palabras, que parecían tener algo de inspiradas.

«Un Hermanito novicio, fué muy combatido en la vocación los primeros días del noviciado. Estaba ya para ceder á las instancias de su familia. Su madre y su hermana vinieron un día para llevarle consigo á casa. El P. Ginhac dió licencia al Hermano Portero para que llamase al novicio, que acaso no hubiese ya vuelto, si hubiera visto él primero á las visitantes. Pero el P. Ginhac, dejando repentinamente á los Padres con quienes estaba en recreo, se fué derecho á la sala de visitas, antes que el novicio llegase. Permaneció en ella sólo tres ó cuatro minutos. Y al novicio, á quien encontró en la puerta, le dijo: «Ahora puede V. ver á su madre; pídala la bendición; está conforme con todo.» El novicio encontró efectivamente á su madre y hermana completamente trocadas, y sin poderse

contener, les manifestó por ello su sorpresa. Su madre le respondió llorando: «Ni yo misma lo entiendo; pero ese Padre me ha dicho unas palabras, y no soy la misma de antes. Venía resuelta á llevarte; pero puedes quedarte, pues el Padre me ha dicho que tal es la voluntad de Dios.»

El novicio á quien sucedió esto, y que nos lo cuenta, era el Hermano Julio Anglade, que llegó á ser el apóstol del Sagrado Corazón, y á quien llamó Dios á la recompensa del cielo, en la plenitud de la vida, cuando tanto esperábamos de su virtud y talento en bien de las almas. Prosigue después:

«La paciencia del P. Maestro era admirable. Sin embargo, me parece haber notado alguna que otra vez algunos primeros movimientos de contrariedad, que se manifestaban en él por una tos ligera; y hacía esto durante la recreación, cuando, por ejemplo, se cometía alguna faltilla ó se decía una palabra indiscreta. Nunca observé en él más signos de impaciencia que estos; y me guardaré muy bien de asignar á dichas manifestaciones ó movimientos de impaciencia otra causa que el celo por la disciplina regular, cuyo guardián era por oficio. Y he especificado estos casos, precisamente porque son la excepción única de aquella su calma perfecta, y completo dominio de sí mismo, é inalterable paciencia que siempre admiré en él.

»Cuando novicios, notamos que su fisonomía y todo su exterior estaba en perfecta armonía con los diversos tiempos ó festividades del año.

Como vivía siempre del espíritu de la Iglesia, la liturgia era la regla de sus tristezas y alegrías. Todavía me acuerdo de cuando venía á recreo el día de Pascua, con el rostro de júbilo, y diciéndonos una y más veces: «El Rey divino ha triunfado.»

«Su tierna y paternal solicitud con los enfermos, sobrepuja á cuanto pudiera imaginarse. Como yo fuí uno de es-

tos, puedo testificarlo mejor que nadie. No se pasaba día sin que me visitase varias veces. Si estaba en cama, antes de marcharse me daba la bendición, y luego, con solicitud maternal, me arreglaba las sábanas y la colcha de manera que no me enfriase por la espalda... También le vi llegar á veces callandito á la cama del enfermo, con una bujía en la mano, para cerciorarse de si dormía, ó para preguntarle si no, qué convendría hacer para calmarle la tos. Paso por alto otras muestras de caridad, verdaderamente maternales, que me dió á mí y á todos, porque son sin número.»

En el corregir los defectos, el P. Maestro sabía juntar la dulzura con la energía, y la humildad con la caridad. Si se encontraba con un novicio que iba con paso muy acelerado, le detenía diciéndole: «Pongámonos de rodillas, carísimo hermano, y recemos juntos un *Avemaría*, para alcanzar la gracia de ser de aquí en adelante más fieles en guardar las reglas de la modestia.»

«Estando yo algunas veces de prisa—dice un Hermano Coadjutor,—al ir á su cuarto, llamaba con varios golpes, y esos fuertes y continuados, para que me contestase, «entre» con más prontitud. Pero nunca lo logré. Me contestaba siempre del mismo modo, después de una pausa y con un tono apacible y tranquilo, característico suyo. Y no me reprendía en seguida la falta cometida, acaso porque me veía algo inquieto; sino aguardaba otra ocasión, y me decía: «Carísimo hermano, llama V. algunas veces, algo fuerte y con demasiada precipitación». Y como yo abría y cerraba las puertas con la misma precipitación, el buen Padre se levantó por dos veces de la mesa, y llegándose hasta la puerta la abrió y cerró en mi presencia, enseñándome detallada y minuciosamente cómo debía hacerlo.

»Muchas veces he pensado que el P. Ginhac hacía cuanto hicieron los Santos. Nunca le vi mal humorado, aun cuando había motivo sobrado para estarlo. Sucedíame irle á ver estando yo no poco turbado é inquieto. No me res-

pondía él en el mismo tono, sino que después de estar un momento recogido y en silencio, con mucha dulzura y con el rostro respirando calma, serenidad y alegría, me decía: «¡Confianza! Dios que es buenísimo, le envía este trabajo más, ó esta molestia, para hacerle adelantar en virtud». Y cuando el trabajo ó tribulación era mayor, me sentaba á su lado y me decía: «Dios le trata á V. como trata á los campos, en esos días, en que los labradores, viéndolos empaparse de lluvia mansa pero espesa, exclaman: ¡Qué día tan rico! Así hace Dios con V., enviándole muchas contrariedades, aunque pequeñas». No dejaba luego de añadir que no había porqué inquietarse, que él rogaría por mí, y que la intranquilidad venía del demonio, envidioso del bien que el Señor nos hace.

»Un 16 de Marzo, que era el aniversario de la muerte de mi padre, entristecido con su recuerdo, y turbado por ciertas contrariedades, estaba á punto de sentirme mal. Tuve sin embargo, fuerzas para ir en busca del Padre Maestro, el cual, apenas me vió entrar, antes que yo le dijese nada, me dijo: «Hermano carísimo, sufre V. mucho, si no me engaño». Sí, Padre le respondí yo rompiendo á llorar, y le contó mi pena. Díceme él después: «Váyase á la capilla, haga un poco de oración, y se le pasará. Así lo hice, y desde entonces, nunca he vuelto á tener aflicciones de aquellas.»

III

Próximo ya el P. Ginhac á terminar su rectorado en Tolosa, tuvo ocasión de dar muestra espléndida de la caridad que San Ignacio desea en todos los superiores de la Compañía.

El 17 de Septiembre, la revolución española triunfó en Cádiz. Isabel II dejó apresuradamente á San Sebastián y buscó hospitalidad en Francia. Serrano, Prim y Topete, cabecillas del movimiento revolucionario y árbitros de los

destinos de la nación española, formaron un gobierno provisional. En nombre de la libertad, se privó á los católicos de todas sus libertades; se obligó á los religiosos á dejar sus conventos; se demolieron templos, se entregaron al pillaje los bienes de la Iglesia, y hasta se robaron los tesoros de las catedrales. Los jesuitas fueron inmediatamente expulsados, concediéndoseles sólo tres días para dejar el suelo patrio. Fácil es comprender el dolor que les causaría, la idea de tener que dejar, á merced de sus inicuos despojadores, casas, noviciados y colegios; y luego, ¿dónde encontrar albergue y refugio para tantos jóvenes?

Cuando se supo en Tolosa tan triste nueva, el 18 de Octubre, el P. Maestro comenzó la plática á los novicios con las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: «*Beati eritis cum vos oderint homines, et separaverint vos, et ejecerint nomen vestrum tamquam malum, propter Filium hominis. Gaudete in illa die et exsultate*». (1)

«Sí, hermanos míos —prosiguió,— grande gozo para nosotros, porque la Compañía ha merecido sufrir como Jesús, su divino Rey; porque nuestros hermanos de España son blanco de las persecuciones anunciadas por el Salvador; porque se ha visto una vez más, que, lejos de hacer unión y compañía con los malos, somos víctimas de su odio!

»Regocijémonos también, con la esperanza casi cierta de que hemos de experimentar nosotros un día los mismos males. Vosotros sois aún jóvenes: antes de acabar la carrera, habréis emprendido el camino del destierro.»

Después de estas palabras, vibrantes como un himno de reconocimiento, añadió el P. Maestro algunas consideraciones prácticas:

«Qué lección para nosotros —les decía;—si nuestros hermanos de España no hubiesen estado desligados de todos los lazos de la naturaleza, ¿serían felices en el destierro?

(1) Bienaventurados seréis, cuando os odiaren los hombres y os alejaren de sí, y os arrojaren como á malvados, por el Hijo del hombre. Gozaos en aquel día y regocijaos.»

Los hombres pueden despojarnos absolutamente de todo, condenarnos al destierro, á los sufrimientos y á la muerte; pero no pueden quitarnos á Jesús, ni lo podrán jamás. Y con Jesús están la fuerza, el gozo y la vida. ¡Oremos por nuestros hermanos; pidamos al Señor, que esta prueba ceda en bien espiritual de sus almas; que la Providencia les provea y socorra en su pobreza, y que puedan algún día volver á su patria, que es la patria de San Ignacio y de San Francisco Javier, para trabajar á mayor gloria de Dios!»

Esta plática, conservada casi textualmente, encendió en santo ardor á los novicios, que recibieron con gran solicitud á sus hermanos de la provincia de Aragón. La tierna juventud de algunos daba compasión al mismo tiempo que infundía valor. Nada de lágrimas ni pesares; todo era gozo y alegría por encontrarse entre hermanos. Bien pronto, en los sombríos valles de Santa María de los Campos, donde el P. Rouquayrol les ofreció un lugar de refugio, comenzaron á resonar tonadas y cánticos piadosos, pasando en este delicioso retiro dos años, inolvidables para ellos, en compañía de sus hermanos los novicios de la provincia de Tolosa.

Otros desterrados pasaron también por Tolosa durante unos dos ó tres días. No había tren en que no viniera algún grupo para descansar un poco en la residencia. Con qué afecto los recibiera el P. Ginhac, dícelo muy bien el M. R. P. Luis Martín en una carta que escribió al R. P. Provincial, á 12 de Febrero de 1895.

«En Octubre de 1868, de paso por Tolosa con otros Hermanos estudiantes, para ir á Vals á estudiar filosofía, tuve el consuelo de conocer á este verdadero hijo de San Ignacio. Al llegar nosotros á la residencia, ya estaba él en el umbral de la puerta, sonriente, descubierta la cabeza, y en tan humilde actitud, que yo le tomé por un Hermano Coadjutor. Desde que llegamos, no cesó de prodigarnos las atenciones más delicadas. En los tres días que permanecimos allí, nos esperaba por la mañana en el refectorio, para

servirnos él mismo el desayuno. Imposible expresar la impresión profunda que dejó en mi alma el recuerdo de este religioso. Después de muchos años, recuerdo sus rasgos y líneas como el primer día, y siempre que me paro á contemplarle, se despierta en mí la idea de fuerza y de dulzura, de modestia religiosa y de caridad inagotable, de soberano desprecio por todo cuanto pasa, y de estima sólo para los bienes de la eternidad.»

Tampoco se han olvidado de la caridad del P. Ginhac, los desterrados de Santa María de los Campos. No omitió nada para procurarles recursos y protectores; su gusto hubiera sido hacerles encontrar la patria en el destierro.

Estando como estaban en país extranjero, no les era fácil poder practicar algunas de las pruebas del noviciado; por lo que el P. Ginhac tuvo la atención de proponer al P. Lluck, Maestro de novicios de los aragoneses, que las hiciesen en compañía de los novicios de Tolosa. Así efectivamente lo hicieron, asistiendo juntos á los ancianos en las Hermanitas de los pobres, yendo en peregrinación y mendigando á los santuarios más famosos de la Santísima Virgen.

En carta que el P. Ginhac dirigía al M. R. P. Beckx, á 2 de Abril de 1869, después de haberle enterado de la perfecta armonía en que estaban entrambas comunidades, añade: «Somos verdaderamente dichosos en tener aquí á estos amados hermanos. Lo único que sentimos es no tener local suficiente para admitirlos á todos. Procuramos desquitarnos de esto, reuniéndonos entrambas comunidades en la casa de campo...

«Estos buenos Padres de Aragón reciben diariamente peticiones para el noviciado, y les llegan con frecuencia nuevos candidatos, cuya vocación es tanto más segura cuanto más les cuesta. ¡Qué lástima que no dispongamos de local más capaz para poder ofrecérselo! Hasta hoy no ha sido necesario; pero, si el número sigue creciendo, crecerá nuestra caridad para dárselo.

»Por lo demás, estos queridos desterrados (si es lícito darles este nombre en la Compañía), están tranquilos y muy alegres. Nadie en los alrededores les molesta. Y Mgr. Desprez, tan amante siempre de la Compañía, les quiere mucho.»

Este señor Arzobispo, no contento con mostrarles tanto amor, aceptó por el mes de Junio la presidencia de una de sus fiestas de familia, en la cual las provincias de Aragón y de Tolosa celebraron su bondad. Fué singularmente aplaudida una composición latina del P. Rota, actualmente secretario de la Compañía, en la cual comentaba estas palabras del generoso prelado: «No faltará el pan á los desterrados, aunque tenga que amasárselo yo con mis propias manos».

IV

De tres en tres años, el M. R. P. General convoca en Roma á los procuradores ó delegados de las diferentes provincias, para tratar con ellos de los asuntos de la Compañía.

En 1868, la provincia de Tolosa eligió por procurador al P. Ginhac, con mucho contentamiento de todos. Ninguno, según decían, más digno de representarla. Esta elección le llenaba de confusión, bien que por otra parte se estremecía de gozo, al solo pensamiento de haber de ver al Vicario de Jesucristo, y de poder arrodillarse ante el sepulcro de los Santos Apóstoles.

Las notas que escribió de prisa en su cartera de viaje, nos permiten seguirle, y sentir en cierto modo las impresiones que experimentaba en su alma. Allí no se concede nada al placer meramente natural; todas las visitas están inspiradas en pensamientos de fe ó en motivos de edificación, no perdiendo ocasión ninguna de enterarse más y más de los gloriosos recuerdos de los mártires, ó de los usos y costumbres de la Compañía.

El viaje lo hizo por Lión y Florencia, en compañía del P. E. de Guilhermy, amigo suyo íntimo y procurador por la provincia de Francia. «Llegué—escribe,—á Roma, el viernes 6 de Noviembre de 1868, á las 9 y media de la mañana. En el Jesús se celebraban funerales por los muertos de Mentana. Consolación en decir la misa en la capilla de San Ignacio. Grande es la caridad, dulzura, sencillez y modestia del M. R. P. General, sirviendo él mismo á los Padres. Por la tarde, visita á San Pedro».

Todos los días le proporcionaban parecidas consolaciones. Por la mañana, misa en algún santuario célebre; por la tarde, visita de alguna de las basílicas de Roma, ó de las catacumbas, ó del Coliseo... Una nota breve y concisa consagra cada uno de estos piadosos recuerdos. Así, el martes 17 de Noviembre, escribe: «Misa en el altar de *Mater admirabilis*, en la Trinidad del Monte, por la superiora y religiosas del Sagrado Corazón de Tolosa; soberbia vista. De vuelta, visita á la iglesia de San Andrés, donde M. de Ratisbonne se convirtió; á Santa María *in via lata*, donde fueron apresados los santos Apóstoles Pedro y Pablo. Por la tarde, visita á la iglesia y convento de los Padres Dominicos en Santa Sabina; todo está lleno de recuerdos de Santo Domingo; la celda en que habitó, el crucifijo ante el cual oraba, el árbol que plantó, y además la celda de San Pío V, etc.»

El P. Ginhac, en su estancia en Roma, no se olvida de Tolosa; el peregrino no deja de ser apóstol. Propúsose conseguir «indulgencias para la obra de Cévennes, y por las comuniones que á esta intención se hicieran; una reliquia de San Bernardo ó el cuerpo de un santo, para la Trapa de Santa María del Desierto».

Del 29 de Noviembre al 8 de Diciembre, con el beneplácito del R. P. General, dió los ejercicios en María Reparadora. Las casas del Sagrado Corazón tuvieron el consuelo de oírle y recibir de él la bendición.

Entre todos sus recuerdos, los que se relacionan con la

Compañía ó con la Iglesia, los refiere con mayor cuidado.

«23 de Noviembre, lunes. Misa en la capilla donde murió San Ignacio, por la Madre Teresa. Luego visita de las dos capillas. Invitación de la Curia, de los procuradores, de los superiores de las casas de Roma, etc., al noviciado de San Andrés.»

Después de la comida solemne, durante la cual se leyó el panegírico de San Estanislao por el P. R., y hecha la visita al Santísimo, recreo en la sala donde están los cuadros de la canonización de San Estanislao. En seguida fueron todos á la iglesia, y se arrodillaron, teniendo velas en las manos, delante del altar en que descansa el cuerpo de San Estanislao. El M. R. P. General, sentado y con el bonete puesto, echó un discurso en latín: se congratuló de que, por un beneficio de la Providencia, las reliquias de San Estanislao, llevadas hasta Hungría en época tempestuosa, hayan sido traídas como por milagro, para estar siempre en este primer noviciado de la Compañía, donde el mismo San Estanislao fué formado por San Francisco de Borja.

»Prosigue su Paternidad diciendo, que, con ocasión del tercer centenario de la muerte de San Estanislao, y de la reunión de los Padres Procuradores, que representan á la Compañía, ha resuelto dar á San Estanislao público testimonio de agradecimiento, declarándolo patrono, aunque ya lo es, de este noviciado y de todos los novicios de la Compañía. De hoy en adelante le considerarán con más razón como modelo y protector, y se animarán más á entregarse como él á Dios Nuestro Señor, sin reserva ninguna.

«A continuación, el M. R. P. General se levantó, y con voz bien marcada proclamó á San Estanislao de Kostka patrono especial de los novicios de la Compañía: *Auspex, praeses, et patronus particulariter omnium novitiorum Societatis Iesu.*

»Arrodillado después al pie del altar, recitó en voz alta una oración en italiano á San Estanislao, pidiéndole so-

bre todo la gracia de seguirle en el desasimiento de todo lo creado, para no buscar más que los bienes del cielo, amor ardiente y lleno de celo á la Santísima Virgen y á Nuestro Señor Jesucristo. Luego se cantó un solemne *Te Deum*, y dió la bendición con el Santísimo, el M. R. P. General.

«Recuerdo preciosísimo. Rogué mucho por los tres noviciados de Tolosa, Santa María y Pau.

»Antes de la comida, el R. P. General de Roma tuvo la amabilidad de enseñarnos el jardín y la fuente, donde, según tradición, iba San Estanislao á refrescar los ardores de su pecho causados por el fuego del amor divino.»

«25 de Noviembre, miércoles. Audiencia en San Pedro, á eso del mediodía. Todos los procuradores juntos presididos por el M. R. P. General.

»Comenzó el Padre Santo por darnos á besar la mano, mientras el M. R. P. General iba diciendo á Su Santidad el nombre de cada uno y la provincia que representaba. Hízonos luego el Padre Santo una alocución en italiano. Nos dijo que habíamos venido de todas las partes del mundo *al centro de la verdad*. La verdad es una, añadió en seguida; imposible partirla ni dividirla en pedazos.

»Los principios se ven en todas partes atacados y conmovidos. ¿No acaba de escribir un pobre fraile que la revolución de España marca el comienzo de una nueva era?... Nosotros mantengámonos firmes en los principios; PP. míos, mantengámonos firmes; ya de vuelta en vuestras respectivas provincias, defended los principios. La Compañía, en Italia, en Oriente, en Occidente y en todas partes, defiende los principios verdaderos: trabaja con celo por el bien de la Iglesia y de las almas. Guardad también la obediencia. El estandarte de San Francisco es la pobreza; el estandarte de San Ignacio y de la Compañía, es la *obediencia*.»

»Pusímonos de rodillas, y el Padre Santo, con acento conmovido y con verdadera efusión de bondad, dijo: *Do-*

minus Noster Jesus Christus benedicat vos omnes; benedicat opera vestra omnibus diebus usque ad finem.

»Luego permitió que le besáramos el pie, y añadió: Para consuelo vuestro, os diré, Padres míos, *que la Compañía de Jesús es un gran sostén de la Iglesia.*

»El M. R. P. General, dió las gracias á Su Santidad, de rodillas, y le prometió que sería perfectamente obedecido.

»Terminada esta audiencia, que á todos nos ha impresionado vivamente, fuimos al Colegio Romano, donde estaban los PP. Asistentes y los Superiores de las diversas casas de Roma. Hoy es el aniversario de los votos de San Luis Gonzaga. He vuelto á ver la capilla, en que al principio, el Hermano León reunía los congregantes, todavía pocos en número. Visita al Observatorio con el Padre Secchi, cuya caridad iguala á su ciencia.»

El P. Ginhac, encargado por Mgr. Desprez de presentar á Pío IX las ofrendas de la diócesis de Tolosa, logró el consuelo de tener una audiencia particular con el Sumo Pontífice.

En esta entrevista no se olvidó de los desterrados de Santa María de los Campos. Al oír sus padecimientos, conmovióse Pío IX; y de repente sonriéndose, le dijo: «Pues les llevará V. un recuerdo del Papa», y le ofreció entonces mismo un cuadro de la Inmaculada Concepción de Murillo: atención y fineza que les hizo derramar lágrimas de agradecimiento. Para los españoles era á la vez un recuerdo de la patria lejana y un recuerdo del Pontífice de la Inmaculada.

El 19 de Diciembre, después de haber celebrado misa en la cámara en que San Ignacio escribió las Constituciones, el P. Ginhac partió de Roma en compañía del P. Guilhermy. De Roma llevaba en su corazón: «*Luz*, para saber lo que hay que creer, pensar y hacer; *Fuerza*, para trabajar y combatir por la santa Iglesia; *Consuelo*, bebido en el centro de la verdad, de la caridad y de la esperanza, para difundirlo por todas partes».

Unos meses después, el P. General le escribía:

«Veo, por su carta del 8 de Enero, que conserva muchos y buenos recuerdos de Roma. También yo le puedo decir, amado Padre mío, que V. los ha dejado por aquí muy buenos. Dígnese el Señor estrechar más y más los lazos de santa y afectuosa caridad que deben unir unos con otros á todos los hijos de esta mínima Compañía.»

V

En el Noviciado de la calle de las Flores, esperaban con ansia la llegada del P. Maestro[1]. ¿No se escondería en este deseo algo de curiosidad? Probablemente sí; aunque preciso es confesar que no quedó satisfecha. El P. Ginhac les hizo una plática ó conferencia sobre uno de los cuadros del noviciado de San Andrés, que tenía esta inscripción: *Erudimini in Jesu et Mariae coronam*, y que el Padre tomó por texto; refirió la fiesta de la proclamación de San Estanislao por patrono oficial de los noviciados de la Compañía, y á esto se redujo todo.

Los novicios de 1869 nos pintarán al P. Maestro tal cual era en este último año de su residencia en Tolosa.

Valga por muchos el testimonio del P. Luis de Audiffret, que por este tiempo, á pesar de sus 43 años, era uno de los novicios más rendidos del P. Ginhac. Después fué capellán de las tropas movilizadas de Tarn, durante la campaña de 1870; dedicóse luego al humilde ministerio de los retiros ó ejercicios de muchachos, y antes de su muerte, con motivo del proceso de Saint-Sever, se granjeó la admiración de los católicos. Era el P. Audiffret un narrador muy ameno, y en 1884 anotó algunos de sus recuerdos.

«El P. Ginhac—dice—pasaba un día debajo de los bal-

(1) Durante la ausencia del P. Ginhac, los novicios tuvieron la dicha de oír varias veces por semana al P. Orlandis, Maestro de novicios de Aragón; y no han olvidado la unción y persuasión con que les recomendaba el *oportet pati*, asunto no muy agradable, pero que hacían simpático su rica fantasía y su amable sonrisa.

cones de M. X..., artillero de alta graduación. Dícele la señora al marido: «¿Quieres ver un santo? Asómate al balcón.»

»La señora Forbes, bienhechora insigne de la Compañía, á quien ha dado sus dos hijos, me decía un día: «El P. Ginhac tiene todos los caracteres de santo: No le falta más que un poco de suavidad; pero, creo, que antes de seis ó siete años, la habrá adquirido.

»Esta falta de agrado exterior, me dió en rostro al principio del noviciado. El mismo P. Provincial, Reverendo P. Rouquayrol, me dijo al admitirme en la Compañía: «El P. Ginhac es algo rígido. Ya puede V. escribirse en la frente: *Casa que destruir y casa que reedificar.*»

»Por dos veces durante mi noviciado, como reparase el P. Maestro que yo estaba, mientras comía, sin bonete, me miró severamente y me mandó salir del refectorio. Confieso que esta y otras determinaciones análogas me produjeron tan mala impresión, que me decía: «Si para ser jesuita hay que ser como el P. Ginhac, renuncio á ello.» Hoy, sin embargo, veo la suma prudencia que había en aquella manera de proceder que tanto me desconcertaba. Si yo hubiera sido Maestro de Novicios, debería haber hecho lo mismo.

»Malamente impresionado con su exterior austero, le miraba y observaba maliciosamente, dispuesto á regocijarme con el primer defecto que descubriese en él, por insignificante que fuese. El resultado de estas mis primeras observaciones, y del estudio que con mejores disposiciones hice después, de toda su persona, se redujo á este descubrimiento: el P. Maestro, que por lo demás no faltaba á ninguna de las reglas de urbanidad que han de guardarse en la mesa; ignoraba el arte de partir el queso.

»Obligado en cierta ocasión, á manifestar á la comunidad las industrias de que me valía, para hacer que las gentes se aficionasen á la religión, aficionándolas á mi persona, dije entre otras cosas que tenía por costumbre adelan-

tarme á saludar á cuantos encontraba en los caminos ó por los campos. Uno á quien le preguntó el P. Ginhac qué pensaba de esta mi práctica, dijo parecerle exagerada; pero el Padre la aprobó y aun la alabó, diciendo: «Una de tres: ó la persona á quien os anticipáis á saludar os es afecta, ó indiferente ú hostil. Si lo primero, no puede menos de agradarle; si lo segundo, tal vez con eso ganéis su benevolencia; si lo tercero, imposible ya indisponerle.»

»Un día dije en presencia del P. Ginhac, que, habiendo encontrado en cama y muy enfermo al señor Cura en cuya parroquia había de predicar la Cuaresma, me arrodillé ante el venerable anciano y le pedí la bendición de bienvenida. Hubo quien manifestó no aprobar mi manera de proceder, pero el P. Ginhac me defendió, diciendo: «Jamás temáis excederos en cortesía y humildad.»

»Pedíle su parecer, y aprobó mucho el que viajase en tercera, y el que estando fuera de casa en ministerios, hiciese yo mismo la cama. Y á propósito de viajar en tercera, añadió: «Ultimamente, vine desde muy lejos en coche de tercera con el R. P. Provincial de Lión [1].»

»Se le puede aplicar el *Neque manducans neque bibens;* y sin embargo, acaba el último en la mesa, por temor de que acabando antes que los otros no les obligue á comer de prisa. ¡Qué maña se da para partir y más partir, y no sin aplicación, un higo, hasta que llegue la hora final!

»Nunca le he visto alzar sin causa los ojos, ni apresurarse en el hablar, ni insistir, caso de que le contradijesen, ni tomar posturas cómodas. Un oficial, muchacho joven, á quien solíamos visitar, me decía una vez: «No quitaba los ojos de él, y estaba temiendo que, cuando menos lo pensásemos, saltase de la silla y cayese al suelo.»

»Cuando fuí á Tolosa para entrar en el noviciado, me

(1) Aprobaba el que por espíritu de pobreza viajásemos en tercera; pero con qué energía habló un día contra el que, so pretexto de practicar la pobreza, dejase subir sólo en segunda clase á un hermano, á quien agradasen más estos coches, que á todos son permitidos.

acompañó mi madre, resuelta á fijar su residencia en la ciudad. Temió el P. Maestro que esta vecindad de mi madre no fuese para mí continua causa de distracciones y un obstáculo para acostumbrarme á la vida de la Compañía. Me lo advirtió y me dijo: «Esto es lo que muy especialmente temo.» El hecho es que en todo mi noviciado, no fuí á casa de mi madre más que dos veces al año: el día de su santo y el primero de año. En cuanto á las visitas que ella me hizo, fueron tan breves como pocas. Algunos años después, el P. Ginhac me pidió perdón de lo que él llamaba juicio temerario, y alabó á mi madre por su espíritu de sacrificio, y por la discreción que había tenido en visitarme.

»Sin necesidad de reflexionar mucho, puedo afirmar lo siguiente: que habiendo andado por diversas partes del mundo, y teniendo algún conocimiento del pueblo romano y de su clero, por haberlos tratado de cerca medio año, siendo ya sacerdote; ni en Roma, ni en parte alguna he visto rostro de santo que tanto me haya cautivado como el del P. Ginhac. Unicamente podrían parangonarse con él los PP. Villefort y Péllico, aunque á mi parecer, á entrambos superaba el P. Ginhac, á quien yo consideré y tuve siempre por santo.

»A esta grande estima que tuve de su santidad se debe, el que habiéndome dicho y recomendado que anotase el resultado del examen particular, cosa que á mí me repugnaba mucho, he llegado hasta á habituarme á ello, diciendo al coger el lápiz para hacerlo: *Lo ha dicho el santo.* Y creo no haber faltado en esto ni una sola vez. De modo que vencí esta repugnancia sólo con el recuerdo del P. Ginhac, y con acordarme de su recomendación, diciéndome: *El santo lo ha dicho.*

»Este mismo sentimiento y estima me ha inspirado otra práctica: Frecuentemente en mis penas y dificultades recurro al ángel de guarda del P. Ginhac, diciéndole: «Bienaventurado ángel del P. Pablo, por el gozo que os causa

este santo y por los beneficios que le hiciste, protégeme!»

El mismo P. Audiffret decía una vez: «Los muy mortificados están expuestos á tornarse enojosos, y mortificar á los demás más que á sí propios, semejantes á los que llevasen la cadenilla ó cilicio con las puntas hacia fuera. Pero nuestro P. Maestro al contrario: ¡qué bien sabe hacer dulce y amable su heroica mortificación!»

Así era en efecto. La rigidez de los primeros años había desaparecido: la ejercía ya únicamente contra sí mismo, como palpablemente se veía, á pesar de todos sus esfuerzos para disimularlo. En vano tomaba aire y aspecto alegre: en la rigidez de su actitud y de su andar se traslucía, mal de su grado, la cadena y el cilicio. En vano en la mesa procuraba con ahinco partir y triturar la cabeza de un pez ú otro manjar, escogido con mucha habilidad entre lo peor: era bien manifiesto que no comía casi nada, y que aparentando apetito en el semblante, lo que pretendía era animar á los novicios á que tomasen lo necesario. En vano procuraba disimular su habitual cansancio: bien se le conocía en las ojeras que prolongaba las vigilias. Era duro para consigo, pero ¡cuán delicado y aun tierno con sus novicios! Fiel siempre á sus propósitos, hacíase todo á todos, y adaptaba las pruebas al carácter y virtud de cada uno: tratando á los fuertes y robustos con energía, y á los débiles con dulzura.

Cierto día se le presentó un postulante, llevándole muy alegre escritas en un papel las razones que le movían á entrar en la Compañía. El P. Ginhac, frío é impasible, le da un vistazo y le dice: «Muy bien, vuelva V. á su habitación; ahora veremos nosotros si sirve V. para la Compañía».

Gran desengaño fué éste para aquel joven, que esperaba inmediata y benévola acogida. Pero no hacía lo mismo con todos. Poco tiempo después, otro postulante de condición dulce y tímida, que abandonaba por primera vez las montañas de la Lozére, no se arreglaba para acabar de hacer

la elección. «Mañana—le dijo el P. Maestro con una sonrisa amabilísima,—mañana entrará V. en el noviciado». Con estas palabras se le desvanecieron todas las dudas. Joven dichoso, que, meses después, cambió con el cielo el noviciado, al cual había edificado con su modestia y fervor.

Sacrificios nunca los imponía; ni siquiera los permitía, sino cuando el novicio, después de haberlos pedido impulsado por la gracia divina, estaba dispuesto á hacerlos con buen ánimo.

En la aplicación de los principios de la abnegación propia, era suave y muy mirado, pero enérgico y casi inexorable en su exposición. *Agere contra*, *Vince teipsum*, *Exire a propria utilitate*, se le venían á los labios con tanta frecuencia y con una energía tal, que atemorizaba.

«Si le amáis—nos decía,—seréis felices en este camino de la cruz; andaréis por él con ánimo; perseveraréis. Amad, y lo podréis todo.»

Una vez hechos los votos, trataba á sus novicios con toda suerte de miramientos: no parecía sino que después de haber sido su padre y maestro durante el tiempo de prueba del noviciado, quería ahora hacer con ellos las veces de amante y cariñoso hermano.

Han dicho algunos que el P. Ginhac no era orador. Ciertamente, no lo era en el sentido técnico y literario de la palabra, pero lo era al modo de San Francisco de Regis y del Cura de Ars, en la convicción y ardor de su alma que traspasaba é infundía á sus oyentes. ¡Qué fervor no inspiraba á sus novicios con las breves palabras que les dirigía antes de la misa de comunión! Parecían como una brasa, cuyo ardor se dejaba sentir toda la mañana.

En las pláticas ó explicaciones diarias, aunque sin mucha amplificación, exponía la doctrina con claridad y método, y sobre todo con una unción penetrante; encendía el corazón al mismo tiempo que iluminaba la inteligencia. ¿Y por qué? Porque el P. Maestro se olvidaba en cierta manera de sí mismo, y dejaba hablar á Dios Nues-

tro Señor. Antes de la instrucción, al ir á llamarle el Hermano Distributario, le encontraba de rodillas delante de un crucifijo, todo absorto en la oración y meditación. Levantábase en seguida el Padre con mucha gravedad, y entraba en la sala sin hacer ruido: rezaba la oración en tono grave, y luego, con aire y acento inspirado, comenzaba á hablar. A veces, desde el principio tenía ya algunas palabras que penetraban como un dardo hasta el fondo del alma: «No, hermanos míos—decía—el mundo no despreciará lo bastante á una criatura que ha despreciado á Dios.» Pero ordinariamente su hablar era sencillo, casi tímido, y á veces hasta algo embarazoso, efecto sin duda de sus penitencias y prolongadas vigilias, y acaso resultado de la falta de tiempo para prepararse.

Teniendo que hacer al mismo tiempo de Rector y Maestro de novicios, estaba, como él mismo lo reconocía, sobrecargado de trabajo. Deseando declinar la responsabilidad, se lo había advertido á los Superiores, á lo que el M. R. P. Becks le contestó en Febrero de 1865: «Me dice V. que si tuviera más tiempo y más facilidad de palabra, se podría encargar de las pláticas que de quince en quince días se hacen á la comunidad. No se me oculta el mucho trabajo que tiene, y bien veo que, á ser posible, habría que disminuir sus ocupaciones en vez de aumentarlas.»

El mismo P. Becks le respondía en Mayo del 66: «Manifiéstame V. R. lo que siente acerca de la importancia del cargo de Maestro de novicios, que exige un hombre dedicado á él exclusivamente, sin que se distraiga en otras ocupaciones. Así pienso yo también...: pero mientras el Señor no nos proporcione medios de tener en Tolosa una casa aislada para solos los novicios; y nos veamos forzados á mantener el *statu quo*, y la obediencia le tenga al frente de la casa de la calle de las Flores, cuente V. R. con las gracias especiales de que tenga necesidad para cumplir con todos sus deberes... Sírvale lo pasado de garantía para lo por venir.»

Alentado con la bendición de la obediencia, el P. Ginhac hacía prodigios de buena voluntad para dirigirlo todo.

Un día, el Hermano Distributario le significó las quejas de los novicios, que hacía algún tiempo que se veían privados del consuelo de poderle visitar en particular. «Hermano—le respondió no sin emoción—¡si pudiéramos fabricar tiempo! Y luego sonriéndose algo tristemente, añadió: «Mire V. cuántas cartas, á las cuales es preciso contestar. Bueno ¡pues manos á la obra! Estése V. ahí, y haga oración mientras yo contesto.» Inocente estratagema de que usaba no pocas veces para librarse de visitas importunas. Esta oración hecha tan cerca de aquel varón de Dios, era para los novicios un rato delicioso: aceptábanla con mucho contento, y á su lado les parecía hallarse más cerca de Dios.

Estaba, pues, á la puerta el Hermano Distributario, y para mayor seguridad y precaución había señalado con el puntero en la tablita de la puerta: *Ocupado.* El P. Maestro, persuadido de estar bastante á cubierto de toda visita, se puso á escribir con toda ligereza. Pero de repente llaman con fuerza á la puerta. Reprime el P. Ginhac un ligero movimiento de impaciencia: y lleno de dulzura responde: «Adelante». Era uno de los PP. de la residencia...; la vista del novicio á la puerta, no le contuvo ni un instante, y entró dentro con el mayor desenfado. Nueva victoria del P. Ginhac, que le satisfizo con la mejor buena gracia, como si no tuviese otra cosa que hacer...

Dos ó tres veces se repitió la misma escena, y el P. exclamó sonriendo: «¿No ve V., hermano? ¡cómo nos roban el tiempo! ¡Pero Dios les envía; Dios sea bendito por siempre!»

A una con el espíritu de recogimiento y de abnegación, el Maestro de novicios debe infundirles el espíritu apostólico. Y lo hace, no sólo en las pláticas, sino con el ejercicio de obras de celo y con ensayos de apostolado. En esta parte, el P. Ginhac favorecía cualquier iniciativa, y concedía una libertad sorprendente.

En el barrio de San Cipriano abundaban los gitanos. Vivían allí como infieles ó como parias, en sus carruajes ó en oscuros cuartuchos. Esta vista excitó la compasión de un grupo de novicios: ¿por qué no podría enseñárseles el catecismo? Consultóse al párroco de San Nicolás (éralo el piadoso M. Castillón, que murió siendo obispo de Dijon), y aunque dió pocas esperanzas, concedió amplia libertad. ¿Y quién mejor para acometer tan atrevida empresa que el P. Audriffret? Él fué, pues, el encargado.

«El P. Ginhac—dice él en sus apuntes—me encargó la evangelización de la tribu de los gitanos de la plaza de Ravelin en Tolosa. Iba ordinariamente acompañado de dos hermanos novicios. Teniendo en cuenta las costumbres un poco primitivas de esta clase de gente, la empresa apostólica podría parecer algo arriesgada, por razón de mis ayudantes. Y así lo pensó un Padre de la misma residencia. Pregunté, pues, su parecer al P. Ginhac, después de advertirle lo que el otro opinaba. Respondióme: «Esta es una prueba, á la cual me parece bien someter la virtud de estos hermanos, que tal vez serán destinados á las misiones».

El P. Audiffret se ganó ante todo al rey de los gitanos, el cual se mostró buen príncipe, y dió órdenes á toda la tribu de prestar favorable acogida á los mensajeros de la buena nueva. En efecto, les recibieron bien. Idas y venidas, fatigas, premios y no sé cuántas industrias hasta no perdonar nada, todo se hizo; pero la palabra de salud parecía caer sobre dura roca: no les entraba. Si algún día se hacían la ilusión de que estaba todo ganado, al día siguiente se convencían de no haber conseguido nada. Organizóse al fin una reunión magna, que había de ser el triunfo definitivo. Llega el P. Audiffret con sus ayudantes. Pero ¡cuál no fué su desengaño! Un joven de tez cobriza se había subido al púlpito: le había parecido buena la ocasión para divertir al auditorio allí reunido, y resonaban en la sala risas y estrepitosas carcajadas. Hubo que

desistir. Sin embargo, este ensayo algo desalentador no resfrió el celo de los novicios; les dió nuevo ardor para emprender otras obras. Aun los gitanos conservaron buenos recuerdos de esta tentativa apostólica; el barrio que la había mirado con desconfianza, quedó grandemente edificado, y más tarde, el mismo P. Andiffredi recogió los frutos de estos primeros trabajos. Como apóstol de los humildes y de los pobres, visitaba de cuándo en cuándo á sus amigos del barrio de San Cipriano al volver de sus excursiones apostólicas, y les iba trayendo á Dios.

En otra ocasión se intentó una campaña con los soldados; escuchemos al P. Andiffredi:

«El P. Ginhac me manifestó un día deseos de que se diese una misioncita á los soldados, y que yo había de encargarme de ella; pero que era preciso hacer antes una visita al coronel, para obtener su permiso y disponer el cómo y el cuándo.

Dirigímonos al alojamiento del coronel: «Padre — me dijo por el camino el santo hombre — V. tomará la palabra; porque yo no sé más que balbucir y echarlo todo á perder». Yo procuré excusarme lo mejor que pude. «Bien, pues recemos una Avemaría para que Nuestra Señora nos ayude».

El ordenanza nos introdujo en una sala de fumar, donde apareció el coronel envuelto entre nubes de humo. Mientras nosotros inclinándonos profundamente le ofrecíamos nuestros respetos, llevóse él ligeramente la mano al kepis y comenzó á golpearse suavemente las pantorrillas con la fusta.

Tipos como éste son raros, y más todavía entre los coroneles del ejército francés. «Buenos días, señores curas —dijo aquel soldado con galones — y con ese aire de protección que distingue á los oficiales improvisados, añadió: «¿En qué puedo servirles?»

El P. Ginhac me miró como diciéndome que hablara. Yo le miré á él, declinando el honor que me hacía. Resol-

vióse, pues, á hacerlo el buen Padre, y bajando los ojos y en tono modesto le dijo: «Somos, Señor coronel, dos religiosos de la Compañía de Jesús, deseosos de hacer bien á sus soldados, y venimos á pedirle humildemente permiso para reunirles en la iglesia, y prepararles con un retiro al cumplimiento pascual». «Ya me guardaré yo bien de ello —contestó el coronel con ademán arrogante.—Si se lo concedo á Vds., ¿por qué no también al ministro protestante? y ya tienen Vds. en mi regimiento una guerra de religión. No, no, eso es imposible». El P. Rector pareció que estaba á punto de resignarse; pero de repente alza la cabeza, y fijando en el coronel una mirada llena de confianza: «Señor coronel—le dijo—no por eso le quedamos menos agradecidos, que bien persuadidos estamos de sus buenos deseos. Educado por una madre cristiana, (el P. Ginhac no había conocido seguramente á la madre del coronel: era un alarde de confianza), no es posible que no améis la religión y os intereséis por la salvación de vuestros soldados». «¡Mi madre! ¡Oh! ¡sí! qué buena era mi madre...; pero está gracioso; lo mismo es oír hablar de mi madre que sentirme conmovido». Y vimos lágrimas en los ojos del coronel, aunque él hizo un movimiento para ocultarlas. «Por lo demás—prosiguió el coronel—sepan Vds., señores, que no tengo religión diferente de la que Vds. predican». «Ya lo sabíamos nosotros—prosiguió el P. Ginhac lanzándose cada vez más—y estamos igualmente convencidos de que en Sebastopol, donde tan bizarramente os portasteis, el recuerdo de vuestra piadosa madre y la fe de vuestros primeros años os acompañaron y sostuvieron». «¡Bah! ¡Bah! —replicó él—en el fragor del combate, no hay tiempo para acordarse de eso: está uno como embriagado por el estruendo, y no es dueño de sí mismo». Todo esto lo decía medio temblando y con poca seguridad: pretendía el coronel, aunque inútilmente, echarlas de hombre que no se deja conmover; pero estaba ya herido. Comenzó, pues, á batirse poco á poco en retirada; y el P. Rector, sin dejar

que se le pasara aquella emoción, que nos le iba ganando, le habló de su alma y de sus deberes con los soldados, con la intrepidez y libertad con que hablara delante del Gobernador Festo su patrono el Apóstol San Pablo.

«Vencido en toda la línea, el coronel rindió las armas. «Bueno—dijo al fin—pues entendámonos. No pido sino que me den espacio para tomar mis medidas. Puesto que el tiempo urge, dígnense volver esta misma noche á buscar el programa». Después de cenar fuí yo solo á casa del coronel, que me recibió de muy diversa manera. Dejó en seguida el asiento que junto al fuego tenía, y saliéndome al encuentro, con acento lleno de amabilidad: «¿Sabe V., señor cura—me dijo—que su señor Ginhac es un bravo hombre? Nunca me había hablado nadie con tanta energía y libertad; bien está; me gusta esa franqueza; sí, me gusta que me digan: esto es así: Me gustan los hombres como el señor Ginhac. Ya están dadas las órdenes para que se haga todo conforme desea. Mañana, la orden del día que se fijará en todos los cuarteles, anunciará vuestros ejercicios religiosos y los recomendará, quedando los soldados exentos de todo servicio en los días y en las horas que V. escogiere *para hacer el bien*, como decía el señor Ginhac».

»Todo salió á las mil maravillas, y el coronel, á quien he tenido ocasión de ver muchas veces después acá, y que ascendió á general de brigada, siempre me pregunta con el mayor respeto é interés por el P. Ginhac sin olvidar aquello. «Ese señor Ginhac es un bravo hombre.»

Así procuraba el P. Ginhac encender en el corazón de sus novicios la llama del celo; pero no toleraba que diese en excesos y se extralimitase.

Una mañana, dos catequistas salieron de la capilla á toda prisa, poco después de comulgar, para presidir una fiesta de niños que ellos habían organizado. A la vuelta los reprendió severamente, y al fin les dijo estas palabras dignas de su fe: «¿Y el respeto á Nuestro Señor? Estaba

todavía en vuestros corazones; se os debía haber acompañado con una vela en la mano».

El P. Ginhac trabajaba siempre para levantar el ánimo y dilatar el corazón; quería á sus novicios generosos y enemigos de la mediocridad. Guerra á la mediocridad era el santo y seña del noviciado, y el tema favorito de sus academias y conferencias espirituales.

Tal se mostró á sus novicios el último año de su estancia en Tolosa; tal se mostró á los PP. de la residencia; dentro, como fuera de casa, era el hombre muerto á sí mismo, el santo. Pero Dios, que es verdaderamente admirable en sus santos, le conservaba siempre en una penosa, pero feliz ignorancia de su propio mérito.

Por eso el M. R. P. Beckx, confidente de esta pena interior, le escribía en 1865: «Ese temor de no ser útil á la Compañía y de servirle de carga, que le sume en la tristeza y tanto le importuna, es una tentación que debe desechar con toda diligencia. No hay para ello el más ligero fundamento. Ejercítese, pues, de una manera especial en la confianza, y en la alegría espiritual. *Delectare in Domino, et dabit tibi petitiones cordis tui*».

En 1868 y 1869 volvió á instar, para que, exonerándole del cargo, le enviaran á las misiones de infieles. Pero la misión del P. Ginhac era el cargo de Instructor de Padres de tercera Probación.

En su cartera se lee lo siguiente: «El 10 de Octubre de 1869, dejo dos cargos en Tolosa. y ese mismo día, fiesta de San Francisco de Borja, me leen el nombramiento en Castres. El 2 salida de Tolosa».

He aquí lo que refiere el Hermano Coadjutor que le acompañó á la estación: «Tenía una maleta muy vieja y muy tosca que llevaba él mismo. No admitió coche, y no me costó poco trabajo el apoderarme de la maleta. Íbamos aprisa, porque el tiempo urgía; y el buen Padre me dijo: «Le escandalizo, Hermano, faltamos á la modestia, le pido perdón». Y por varias veces me suplicó con gran

instancia que le dejara llevar su maleta. También me dijo en el camino: «Carísimo, lleva la cabeza algo inclinada; hace como yo; yo tengo esta mala costumbre, no hay que tomarme á mí por modelo».

La escena de la despedida fué conmovedora: «La partida del P. Ginhac—refiere el P. A. Teyssédre—fué muy sentida entre nosotros. Llegado el momento de separarse el P. A. Carrère, su ayudante, le pidió para nosotros algún *recuerdo*. El santo varón respondió: «El jesuita no posee otra cosa que su crucifijo. Si se trata de palabras que os sirvan de recuerdo, una basta, si bien se comprende, para hacernos santos... Acordaos que todo pasa, pero que Nuestro Señor no pasa nunca. Todo podrá faltaros: la salud, la estima, el amor de los hombres... hasta el pan podrá faltaros; pero Nuestro Señor jamás os faltará... ¡jamás!» Estas palabras conmovieron hondamente á los novicios. Y yo conozco uno que las escribió en una imagen que había recibido antes del Padre Maestro, y que las guarda como un tesoro y una reliquia.

CAPÍTULO VIII

Castres.—El Apóstol (1869 á 1877)

I. Principios del terceronado. – II. El Carmelo de Tours. – III. Ministerios.

En 1869, la casa de tercera probación, establecida en Lión, resultaba pequeña para los Padres tercerones de todas las provincias de Francia; por lo que los superiores resolvieron abrir otra en la provincia de Tolosa. Castres fué el punto elegido por el R. P. Provincial, Julio Serviére. La residencia que aquí había era una de las más antiguas fundada en 1843; contaba con las simpatías de aquella población, profundamente cristiana, y reunía además la ventaja de tener un clima muy sano, y risueña y pintoresca campiña.

El 10 de Octubre fué nombrado Rector el P. Ginhac; el 11 estaba ya en Castres con el R. P. Provincial y el P. Socio; y el 14 se hallaba en Laón. No es difícil adivinar el motivo de este viaje. Asustábale al P. Ginhac un cargo de tanta responsabilidad como el que acababan de darle. Y fué á Laón para hablar con el P. Dorr, Instructor de tercera probación, y religioso de mucha virtud y de consumada experiencia. Consultó además las notas y apuntes que allí había dejado su antiguo Padre Instructor en Nuestra Señora de Liesse, el P. Fouillot.

El cual le escribía desde Dôle, á 12 de Octubre lo siguiente:

«Cuando hace 34 años, me encomendaron la dirección del terceronado de Saint-Acheul, estaba mucho menos preparado que V., y Dios bendijo mi confianza en su providencia. También bendecirá la suya. Mi fortaleza consistía en una enfermedad continua y en sufrimientos sólo á Dios conocidos. Él da á cada uno su camino, y su gracia á todos...»

A pesar de los ánimos que le daban, cuando el humilde religioso vió ya encima el peso de su nuevo cargo, creyóse en el deber de proponer al M. R. P. Beckx lo que sentía.

«Hace unos días que estoy en Castres. Respecto á dar comienzo y poner manos en esta grande obra, estoy espantado y casi desalentado. Ahora me pesa no haber hecho valer más, antes de aceptar, mi insuficencia é ignorancia, y mi absoluta incapacidad bajo todos aspectos. Y lo que más siento es, no haber aprovechado tan buena ocasión para volver á instar humildemente á Vuestra Paternidad, y recordarle mis deseos de ir á misiones lejanas. Ahora es demasiado tarde. Pero con la gracia de Dios todo es posible, y así me tomo la libertad de rogarle que me quite una carga, para la cual, no sólo carezco de lo necesario, sino que cuanto hay en mí es, en cierta manera, obstáculo.

»Con todo, M. R. P., haré su voluntad lo menos mal que pueda, confiando en la ayuda de las oraciones, que tendrá á bien concederme junto con su paternal bendición.

»Por orden del R. P. Provincial, he ido á Laón á pasar cuatro días al lado del R. P. Dorr, para instruírme siquiera en lo más indispensable. Muy corto ha sido el tiempo; para cargo tan importante, hubiera yo necesitado un año de preparación; sobre todo necesitaba haber dedicado un mes entero á los Ejercicios. Espero, sin embargo, que Vuestra Paternidad me concederá esta gracia un poco más tarde.»

El 1.º de Noviembre, el R. P. Servière, á quien sin duda había expuesto idénticos temores, le escribía lo siguiente: «Hoy estoy en Castres con el espíritu y el corazón, y después de haber celebrado la santa Misa por las intenciones de V. R. y por la obra que se le ha encomendado, he asistido á la conferencia de inauguración. ¡Ya está hecha! Por consiguiente, es ya un poco tarde para pensar en darle sustituto. No resta, mi R. P., sino que se consuele, y anime, y

acepte con sencillez el puesto en que la obediencia le ha colocado. Ya sabe V. R. la historia. El mismo P. General ha querido este terceronado, él ha aprobado el nombramiento de V. R., y él es quien ha hecho la elección... Así, pues, Dios Nuestro Señor, y nuestro Santo Padre Ignacio, y la Compañía son los que le han encomendado los hijos mayores de la familia. Con la gracia de Dios, hará de ellos V. R. dignos operarios de la Compañía; verdaderos operarios, dignos de nuestra común Madre; en una palabra, verdaderos *jesuitas*. ¡Cuánto se encierra en esta palabra! Dios está con V. R., y ¿quién puede ya estar en contra, sino sólo aquel á quien V. R. enseñará á los Padres tercerones á vencer con la gracia de Dios?»

No era cosa difícil al P. Instructor inspirar el fervor del Noviciado á su nueva familia; más dificultades ofrecía la organización material de la casa. Faltaba local; había que ensancharla; y como el P. Provincial no podía socorrerle en lo más mínimo, el P. Ginhac contó con Dios, y Dios suscitó á su lado almas generosas. En el sitio que ocupaba la antigua casa de ejercicios, se levantó otra más capaz para los Padres tercerones; el jardín se ensanchó en el doble y más; á la iglesia se la añadieron cuatro capillas laterales y se la adornó con preciosas pinturas. De esta manera, mientras que en este año fatal eran asoladas muchas de nuestras casas, la de Castres prosperaba en medio de la calma más completa. «Comenzó V. el año—le escribía por Enero el M. R. P. Beckx,—no sin inquietudes. Pero habiendo puesto su confianza, Padre mío, en el Corazón amantísimo de Nuestro divino Maestro, ha disfrutado hasta el presente, gracias á su benévola protección, de una tranquilidad, tanto más preciosa, cuanto en Francia son más generales los trastornos.»

El Corazón de Jesús fué efectivamente el asilo del terceronado durante la tormenta. Y los frescos de la iglesia de Castres son una especie de poema que canta y pregona los beneficios de su divino amor.

El interior del P. Instructor, por este tiempo, se revela en una carta que se conserva en la Visitación de Marvejols, dirigida á Sor María Filomena, cuya saludable influencia no tenía olvidada. Es una carta fraternal, en que el P. habla á su hermana de corazón á corazón, contándola los ejercicios y prácticas del año de tercera probación. La dice, que él no tiene ni la ciencia, ni la virtud, ni la capacidad que el cargo requiere. Que tiene en efecto que trabajar, para que religiosos ya sacerdotes vengan á ser, «en manos de la divina Bondad, instrumentos aptos de la mayor gloria de Dios; hombres muertos á sí mismos y á todo propio interés, dispuestos á hacer y sufrir cualquier cosa por la causa de su divino Señor y de la Iglesia. Esto te puede dar alguna idea del cargo de Instructor. Se necesitarían palabras de fuego, y sobre todo, ejemplos de vida irreprensible. Bueno es que lo sepas, querida hermana, para que las oraciones que hagas por tu pobre hermano, aumenten en ardor y eficacia.

«Dispénsame—dice, después de haber descrito la casa de Castres,—que descienda á tantos pormenores; mejor sería que te hablara de Jesucristo, nuestro divino Rey, nuestro amabilísimo Salvador, nuestro todo. Ya hace mucho tiempo que estás dedicada á su servicio; y á medida que pasan los años, más se complace tu corazón en el sacrificio que para siempre le hiciste, y más te confirmas en él; sintiendo cada día más la dicha de haberlo dejado todo y de olvidarse de sí mismo por amor de Dios Nuestro Señor. ¡Él sea por siempre bendito! Que vayas siempre creciendo en la abnegación y espíritu de sacrificio, y en el amor á nuestro adorable Señor. Este es el medio más seguro, más eficaz, más fecundo y al mismo tiempo más dulce, para renunciar á todas las cosas; amar. Ama tú á Jesucristo, y alcánzame á mí la misma gracia, como te lo suplico; que comience por fin á amarle!

»Me preguntas á qué hora celebro la santa Misa. Ordinariamente á las cinco y media, y no me olvido de ti en

ella. ¡Qué gracia tan grande todos los días, si uno supiese aprovecharse!

»Feliz idea la tuya, de inducir al hermano á que se suscriba al *Mensajero del Corazón de Jesús*. Su lectura aprovechará á toda la familia, y participarán del movimiento religioso, cuyo centro es el Sagrado Corazón. Bueno sería que se suscribiese también al *Boletín del Concilio*, publicado, (lo mismo que el *Mensajero*), por el P. Ramière.

»Hay que orar mucho por el Concilio. Satanás está furioso; y se esfuerza por todos los medios posibles en entorpecer la marcha é impedir sus buenos resultados. Pero quedará vencido. El Espíritu Santo completará su obra. El episcopado permanecerá unido á Pío IX; y el gran remedio, tan necesario á los grandes males de nuestra época, el dogma de la infalibilidad del Vicario de Jesucristo, se definirá. ¡Qué gozo y qué triunfo para los verdaderos católicos! Aceleremos con nuestros deseos y oraciones este solemne día.»

Este día tan esperado llegó; pero á la alegría y espirituales regocijos de la definición del dogma de la infalibilidad pontificia, sucediéronse en seguida la tristeza de la derrota, de las discordias civiles y de la persecución. Alegrías y tristezas que sintió vivamente el P. Ginhac.

Por Septiembre de 1870, de camino para Tournay, para arreglar las Constituciones de la Congregación de María Reparadora, tuvo el P. Pablo que pasar por París. «En los alrededores de la capital, ó cerca de la estación, (como refiere la Reverenda Madre Priora del Carmelo de Tours), le cercaron cuatro hombres de aspecto bastante sospechoso, que comenzaron por injuriarle y aun intentaron maltratarle. Pero el P. Ginhac, con aquella su celestial mansedumbre, supo aplacarlos de tal manera, que antes de separarse de ellos, tuvo el consuelo de ver que admitían gustosos una medalla de la Santísima Virgen. Al pasar por la residencia de la calle de Sèvres, se encontró con el P. Olivaint, el cual, viéndole poco abrigado, en el mes de Sep-

tiembre y con un tiempo tan lluvioso, le prestó su manteo, diciéndole: «Póngase V. R. en seguro cuanto antes, que yo tengo que seguir en la brecha para cumplir lo que Dios quisiere.»

Al poco tiempo, Francia estaba de luto. Y no fué pequeño consuelo para el P. Ginhac, saber que uno de sus hijos espirituales, se estaba distinguiendo por su abnegación y espíritu caballeresco. Era éste el P. Audiffret, el mismo que nos trazó tan al vivo el retrato del P. Ginhac cuando era Maestro de novicios en Tolosa. En la guerra franco-prusiana fué capellán de las tropas movilizadas de Tarn, y tomó parte en todos los combates y peripecias del ejército del Oeste, distinguiéndose por su bravura y más aún por su caridad heroica.

El Padre de su alma, en carta de 5 de Enero de 1871, después de algunos consejos, le decía: «Trabajando por hacer de esos jóvenes verdaderos cristianos, hará V. de ellos verdaderos soldados, dispuestos, ó á morir como mártires, ó á vivir como buenos franceses. ¡Ah! si se comprendiese lo que puede influir un capellán en el espíritu del ejército para la defensa de la patria!

«Participa V. de la escasez y privaciones del ejército; ¡qué fuente de merecimientos, Padre mío! ¡Qué ocasión tan hermosa para ponerse por completo en manos de Dios, y darse de lleno á la santidad! Que Dios le conceda esta gracia.»

Francia, desangrada por la guerra, vióse muy pronto despedazada por sus propios hijos. En París se proclamó la *Commune* y amenazó á toda la provincia. Todo era angustias por la patria y tristezas por la religión, en medio de las cuales, el P. Ginhac miraba al cielo, para buscar en él consejo y fortaleza.

El 13 de Abril escribía al P. Carayón en Tours: «¡Qué castigos, después de tantos desastres! Pero para colmo de desgracias, lo peor de todo es que no se acuerdan de Dios, que se obstinan en querer prescindir de él. A decir ver-

dad, necesitamos que Dios haga milagros de misericordia, y nos salve á pesar nuestro. Muchas gracias, por las noticias que nos da acerca de nuestros prisioneros (de París); tienen la dicha de ser perseguidos; son con mayor razón hijos de San Ignacio. Tenemos obligación de rogar por ellos y no faltaremos á ella.

«¿Y mi buen Padre Guilhermy? ¡Cuánto lo sentiríamos por el menologio, si se le hubiesen perdido los materiales!»

27 de Abril. «Rogamos mucho por nuestros hermanos perseguidos de París, sobre todo por nuestro querido menologista, para que Dios le conceda continuar y acabar. Compadézcanse de nosotros, que somos los únicos que no participamos del cáliz; ¿no hay razón para temer ser desgraciados?»

25 de Mayo. «¿Y París? ¡Justicia y misericordia de Dios! ¿No abrirán al fin los ojos, para reconocer la verdadera causa de tantos males, y buscar el remedio? Oremos, y confianza. ¿Qué es de nuestros amados prisioneros?»

Los «prisioneros», conducidos desde la Roquette á la calle de Haxo, habían sido fusilados el día anterior al anochecer, en odio á Jesucristo y á su Iglesia. El P. Olivaint fué una de las víctimas, con otros cuatro hermanos suyos en religión. Fiel á la palabra que diera á su santo amigo el P. Ginhac, había sucumbido en la brecha como mártir de la fe.

II

El P. Ginhac, algo aterrado con las responsabilidades de su nuevo cargo, había resuelto, no bien llegó á Castres, dedicarse única y exclusivamente á su oficio, dejando toda clase de ministerios con los prójimos. Pero no se resignaron los fieles de Castres, á verse privados de la dirección de aquel á quien ya miraban como á santo; y avisado de ello el P. Provincial, indicó al P. Ginhac que accediese á sus deseos.

En Castres, lo mismo que en Tolosa, Dios le trajo almas

escogidas, entre las cuales podemos contar desde luego á Madama de Aussac de Saint-Palais, y á la Madre Teresa de San José, Priora del Carmen de Tours [1].

«La primera vez que oí hablar del P. Ginhac—escribe la Madre Teresa de San José,—estaba bien lejos de sospechar las relaciones, que, por dicha nuestra, nos habían de unir con él más tarde. El primero que me habló de él fué el P. Marcelo Bouix; y yo le escuchaba con gusto, cuando nos refería las virtudes de su amigo, y me manifestaba deseos de que pudiésemos traer hacia nosotros esta *gran lumbrera*, como él le llamaba. La Providencia nos ofreció una ocasión.

»Por Abril de 1870, el R. P. Bouix, estando en el Carmelo de Tours, recibió una carta del P. Ginhac, en que le rogaba le buscase en el centro de Francia algún convento antiguo de Carmelitas, observante y afecto á la Compañía; pues lo necesitaba para una persona, recomendable bajo todos aspectos, que deseaba consagrarse á Dios en la Orden de la Santísima Virgen. El P. Bouix rogó al Padre Ginhac que se entendiese directamente con nosotras; y poco después, el Padre nos remitió un informe muy detallado sobre la pretendiente, la cual nos pedía también humildemente la admisión. Llamábase Madama Aussac de Saint-Palais, viuda hacía unos cuantos meses, y dirigida del P. Ginhac desde el Octubre anterior. Había siempre deseado ser religiosa, pero se casó por someterse á la voluntad de sus padres. De acuerdo con su esposo, del cual había conseguido que volviese á cumplir con los deberes de cristiano, no se ocupaba más que en buenas obras, á las cuales dedicaba parte de su fortuna. El afecto de entrambos esposos á la Compañía no tenía límites, y ayudaron

(1) Véase la *Vida de la Rvda. Madre María Teresa de San José*, por el P. Victor Mercier, S. J. En la carta de aprobación, Mons. Maignan coloca á la Madre Teresa de S. José en igual rango que á M. Dupont y la Hermana Saint-Pierre. La santidad de su vida comunica un valor inestimable á la memoria que escribió acerca del P. Ginhac, y que reproducimos casi por completo, parte aquí, parte en el capítulo X.

siempre, con todo cuanto podían, á los diversos Superiores de Castres.

»Cuando el P. Ginhac llegó allá, Madame Aussac, que hacía siete años venía siendo la enfermera de su marido atacado de parálisis, vivía en el campo, sin más compañía que la de enfermo tan molesto y la de su fiel servidumbre. Dos cosas, pues, tuvo que hacer el celo abnegado del P. Ginhac: ayudar á bien morir á un hombre que tenía reblandecido el cerebro por la parálisis, y sostener y dirigir á la virtuosa consorte, sobre la cual tenía el cielo grandes designios. Un día, Madame de Aussac, más alarmada que de ordinario, envió á llamar al Padre, que acudió en seguida. Apenas entró en la habitación del enfermo, éste abrió los ojos y exclamó: «¡Ah! aquí está un Padre!» Había vuelto á recobrar el conocimiento, de repente y tan por completo, cual nadie pudiera imaginarse. Aprovechándose el Padre de este felicísimo cambio, debido probablemente á sus oraciones y á su presencia, le confesó; y después de haberle preparado, le administró los Sacramentos. El señor Aussac los recibió con sentimientos dignos de admiración, recitando el acto de contrición con tanta fe y energía, que le oyeron desde los aposentos vecinos. Mandó vinieran allí todos los de la casa, y les pidió perdón de la manera más humilde y conmovedora. Todos lloraban, y tenían por maravillosa tan súbita transformación. El P. Ginhac se pasó la noche entera de rodillas, inclinado sobre el moribundo, para que pudiera besar el crucifijo y para sugerirle en aquella hora suprema actos y afectos de caridad. Y al fin recogió su postrer suspiro, le cerró los ojos y desempeñó con él los oficios más humildes. Luego, mirando por el bien de la piadosa viuda, procuró especialmente elevar su alma á Dios, para hacer fructuosa y meritoria aquella situación tan penosa.

»Después que la señora de Aussac entró en nuestro convento, me ha dicho más de una vez que el P. Ginhac, con motivo de las caritativas visitas que hizo durante cuatro

meses, ejerció con todas las personas de la casa un apostolado útil y fructuoso; que le escuchaban como á un ángel; y que las gentes de las cercanías del castillo le atribuían muchos hechos milagrosos, y en particular, la conversión repentina de un impío en la hora de la muerte [1].

»Llegado al castillo, hacía en primer lugar aquello para que le habían llamado, y luego se retiraba á un lugar solitario. Era frecuente encontrarle en el parque, inmoble y de rodillas á los pies de una estatua de la Santísima Virgen. Allí se le pasaban las horas sin sentirlo. Y cuando, llegada la hora de la comida, tenía que juntarse con los moradores del castillo, ninguno más amable ni más cumplido que él. Lo que de ordinario comía, apenas si bastaba para poder vivir; pero, si mostrándose menos duro consigo mismo, creía ganar alguna influencia sobre ciertas almas para llevarlas á Dios, se acomodaba de buena gana á cuanto deseaban de él.

»Viendo ya el P. Ginhac á su penitenta libre de los lazos que la retenían en el siglo, la preparó para una resolución definitiva; y después de haber estudiado sus aficiones, conoció que tenía vocación de carmelita; eligiendo el convento de Tours, puesto que Madame Aussac, de acuerdo con su confesor, para que el sacrificio fuese más completo, quería alejarse de su familia y de su país.

»Hechos los preparativos necesarios, Madame Aussac realizó el sacrificio con magnanimidad y valor, no manifestando su resolución más que á su madre y á su hermana mayor, que habían de acompañarla en el viaje.

»Unas semanas después, el P. Ginhac, atravesando

(1) La Madre Teresa de S. José dice lo siguiente: «Después de muchas misas ofrecidas por el alma del Sr. Aussac, el Padre, á pesar de continuar aplicando la misa por el difunto, nunca la decía con ornamentos negros.» Como le preguntaran el por qué, contestó: «No es necesario, ya está viendo á Dios». En otras ocasiones se ha mantenido en lo dicho, ya de palabra ya por escrito. Aquí mismo, en Tours, después de haber celebrado por su alma con ornamentos blancos, Madama Aussac y yo le preguntamos la causa. Y él, sonriendo y con grande aseveración, nos dijo: «Ya lo he dicho: no nos resta sino dar gracias á Dios».

Francia, de camino para Bélgica, á donde iba para trabajar por el reciente Instituto de María Reparadora, visitó á la postulanta en el Carmen de Tours. De entonces datan nuestras relaciones con el P. Ginhac, y si el Padre no tuviera ganada ya toda nuestra confianza, la hubiese infaliblemente ganado en esta visita. Tan grande fué el interés que nos mostró en los difíciles momentos en que nos hallábamos.»

Acababa de estallar la guerra con Prusia; el enemigo había quedado vencedor. Muy pronto, París estaría bloqueado, y se librarían sangrientos combates al pie de sus murallas. Los heridos, que eran muchos, se iban repartiendo por las ciudades vecinas, recibiendo entusiasta acogida en las Comunidades religiosas.

Las Carmelitas de Tours instalaron su correspondiente ambulancia militar en los claustros exteriores del convento. La dirección se encomendó á Madame Aussac, quien, con la ayuda de dos torneras y un seminarista enfermero, desplegó tanto celo y se dió tal maña, que no salió de allí ni un solo soldado sin haber antes cumplido con sus deberes religiosos.

No tardaron mucho los batallones vencedores en avanzar hasta Tours, residencia del gobierno provisional. Con esto estaban todos consternados. «No tengan miedo á los prusianos,—les escribía el P. Ginhac,—que no les harán daño ninguno; pues Dios Nuestro Señor no los envía contra VV. En cuanto á los enemigos de dentro, la misión de VV. es combatir contra ellos, hasta reducirlos á la impotencia por medio de la oración, la práctica de las virtudes y la continua oblación de sí mismas á Nuestro divino Salvador».

Para sostener esta lucha con más energía, la generosa postulanta deseó llevar en la religión el nombre de San Ignacio. «Por vez primera—la escribía el P. Ginhac—usa usted el nombre que la han designado. La vista de este nombre, que tantas cosas dice, me regocija sobremanera.

Confío que ha de ser para V. fuente de bendiciones celestiales y un aliciente para la santidad».

Así fué efectivamente, como nos lo atestigua la Madre Teresa de San José: «El 8 de Mayo—escribía—tomará el hábito la novicia del Mediodía; su vocación es inquebrantable. Durante cerca de 4 meses, ha estado al frente de la ambulancia con grande abnegación; y ahora nos ofrece el espectáculo consolador de sus virtudes religiosas. A pesar de sus 45 años y de lo elevado de su posición en el siglo, obedece como un niño, con una humildad encantadora...» Y en otra carta. «La que nos envió San Ignacio, cuyo nombre lleva, es admirable por su generosidad y rectitud. Es de carácter enérgico, cosa que no abunda hoy día; espero que llevará á cabo, para mayor gloria de Dios, cosas dignas de su nombre».

Y ¿qué hará el P. Ginhac? ¿Asistirá á la fiesta del 8 de Mayo? Ardientemente lo desean: Pero él pide el sacrificio de esos mismos deseos: si bien ¡con qué delicadeza se esfuerza por hacerle más llevadero! Preséntale en su verdadera luz, y hace ver que él hará el sacrificio de la Madre San Ignacio «más santo, más meritorio, más completo y más agradable á la Divina Bondad... marcándole con el signo de la santa cruz, que es la marca y distintivo de toda obra sobrenatural.»

Después, ruega al P. Carayón que le sustituya. «No hay que dar motivo—le dice—para que sospechen que en la Compañía falta abnegación, caridad ó agradecimiento.»

Por fin da á la bienhechora de la residencia de Castres una sorpresa agradabilísima. «Para el día solemnísimo en que se consagra V. á nuestro adorable Señor, para el día de la toma de hábito, el M. R. P. General de la Compañía quiere también hacerle su presente. En testimonio de reconocimiento, su Paternidad (como verá V. en el diploma), la admite á la participación y plena comunicación de todas las misas, oraciones, penitencias y demás buenas obras, que, con la gracia de Dios, se hacen en la Com-

pañía. Bendigo á Dios por ello de lo íntimo de mi corazón. ¡Cómo se regocijará en este día vuestro querido difunto, ó mejor dicho nuestro querido *viviente*, allá en el cielo!»

Pocos días después de esta fiesta, súpose en Tours el fusilamiento del P. Olivaint y los favores obtenidos por su intercesión. Encomendáronle, pues, un asunto por extremo simpático, bien que ya casi desesperado: el externado de San Gregorio. Si el mártir de la *Commune* alcanzó de Dios las gracias que dispusieron favorablemente los corazones en pro de este grandioso proyecto, la Madre San Ignacio, junto con otros bienhechores, fueron el instrumento providencial de su ejecución.

También el P. Ginhac tuvo en ello su parte. Oigamos de nuevo á la Madre Priora: «Al enviar á Tours á Madama de Aussac por mediación de su siervo, Dios—como después entendimos—quería oír por fin las oraciones que durante tantos años se le venían haciendo para conseguir un colegio de jesuitas en esta ciudad; la piadosa viuda era el instrumento que escogía para comenzarle. El Padre Ginhac, por otra parte, no era del todo extraño á semejante empresa; aprobó los pasos dados, y dió nuevos alientos; y cuando parecía perdida toda esperanza, predijo el éxito feliz que tendrían. En las muchas pruebas que tuvimos que pasar, no dejó nunca de reanimar nuestra confianza y prometernos las bendiciones de Dios. Nosotras atribuimos en gran parte á sus oraciones el resultado final, que, contra todas las previsiones humanas, fué la fundación de un colegio de la Compañía de Jesús, en la cual el Padre Ginhac se interesó vivísimamente, por creerla conforme á la voluntad de Dios y de su mayor gloria.»

«La única ambición de un sacerdote—decía el P. Ginhac—ha de ser llevar y conducir las almas á Dios». Esta ambición se le realizaba al Padre en los rápidos progresos de Sor María San Ignacio, que después de haber edificado al mundo y al claustro con sus virtudes, estaba suficientemente madura para el cielo. ¿Qué le restaba, pues, á su

director, sino ponerla, como quien dice, en las manos del Supremo Juez? Y así lo hizo, dirigiéndola algunas cartas llenas de unción, hasta el día en que fué llamada á la eterna recompensa, en Julio del 73.

Sirvióse Dios de la vocación de la señora de Aussac, para dar á conocer al P. Ginhac en el Carmelo de Tours. En esta época—dice una relación—la Madre Teresa de San José, estaba bajo la influencia de una gracia preciosísima, que la impelía hacia la cumbre de la más subida perfección. Comprendió la Madre Teresa, que Nuestro Señor la enviaba á su siervo para ayudarla á subir por la escala de la unión con Dios. El P. Ginhac, invitado á dar á la Comunidad los ejercicios espirituales de San Ignacio, llegó á Tours en Septiembre de 1871.

«Nunca los Ejercicios habían hecho tanta impresión en las Hermanas, escribe la Madre Priora: sentíanse tan conmovidas, al escuchar sus palabras, sencillas pero elevadas, marcadas con un sello divino, y embalsamadas con el perfume de santidad que aquel varón de Dios exhalaba, que su recuerdo será imborrable. Imposible contener las lágrimas, y nos sentíamos como irresistiblemente atraídas hacia la vida sobrenatural, cuya realidad teníamos viva delante de los ojos. Dice Santa Teresa, que, viendo la vida de los varones apostólicos que de cuando en cuando envía Dios al mundo, encontraba hacederas cosas que antes le parecían imposibles. También nosotras experimentábamos la verdad de esta afirmación [1]...»

(1) De la impresión exclusivamente personal de la Madre Teresa de San José, y del fruto que sacó de los ejercicios de 1871, podrá formarse idea por la carta que este año, á 14 de Septiembre, escribió al P. Modesto: «Durante diez días enteros hemos visto y sentido la santidad, cual yo no la creía posible en este mundo. Sí, se nos ha propuesto la perfección más sublime de palabra y de obra, y con una unción y una eficacia celestial», etc... *(Vie de la Mère Thérèse de Saint-Joseph*, pág. 529.)

Entresaquemos algo de una relación de Sor María: «Desde la 1.ª instrucción, el Padre cautivó al auditorio, el cual se sentía penetrado de una influencia sobrenatural. Habían oído otras veces predicadores elocuentes..., entonces oían á un ángel. Impresionada por este divinc encanto, resolvió

Qué fruto sacó la Madre Teresa de San José de la dirección del P. Ginhac, no lo cuenta ella en su memoria; en cambio nos describe muy bien la *espiritualidad* del P. Ginhac, y su eminente santidad.

«La doctrina del Padre—dice—era la expresión de su vida y el retrato de su alma; en cada una de sus enseñanzas se le reconocía al instante. Su decir era ordinariamente suave; pero á veces hablaba con tono tan enérgico y severo, que conmovía los corazones más insensibles. Y si se manifestaba extrañeza por ello, respondía: «es verdad; tal vez esas expresiones sean demasiado fuertes para algunos; pero, hablando á religiosos ó religiosas, creería faltar á mi deber, si me expresase de otra manera.»

«A pesar de esta aparente severidad, la dirección misma de las almas era dulce, indulgente... las encaminaba á la alegría espiritual, al amor, y sobre todo á la más estrecha unión con Dios. Pero siempre y con mucha insistencia, venía á parar al espíritu de sacrificio llevado hasta el heroísmo, por amor del Divino Maestro. «La mortificación universal—decía—ha de formar las delicias de un alma que conoce á Dios N. S.»

«Muy bien resume el P. Ginhac su doctrina en una de sus cartas: Sed *fidelísima á la gracia*, y trabajad con todo el ardor de vuestra alma en la *continua inmolación del yo*, bajo todas sus formas. Nada de inútil en los pensa-

Sor María apuntar todas las enseñanzas del Padre, y lo consiguió, sin que con ello se distrajera, antes experimentando un fervor indecible». Así es como se conservan en Tours estos tres retiros ó ejercicios dados por el P. Ginhac los años 1871, 1872 y 1883.

Pero los conservan sobre todo en los corazones. La Madre Teresa Javier de San Estanislao, escribía á 21 de Agosto de 1903, desde Chang-Haï, donde ha sido Priora: «La gracia de que iban acompañadas sus palabras era tan poderosa, que el impulso dado entonces á mi alma (ejercicios de 1883), me dura aún después de 20 años, y jamás se extinguirá... Estando en el Carmen de Chang-Haï, hace ya 13 años, leí la vida del P. Pablo Ginhac; y afirmo, poniendo á Dios por testigo de la sinceridad de mi afirmación, que los testimonios que en ella hay respecto á las virtudes del Padre, me parecen conformes con la verdad, aun prescindiendo de la convicción de *eminente santidad* y de *influjo* sobrenatural que en mí causaron la vista y los ejercicios del P. Ginhac.»

mientos, ni en los afectos, ni en las palabras, ni en las acciones. Ocupaos por completo en las cosas de Dios, pero con el corazón; tened presente á Dios Nuestro Señor en todo, y referidlo todo á Él. No os apartéis jamás de la divina presencia. Nada de respetos humanos. Mortificad los ímpetus y movimientos contra el prójimo, aun pequeños; reprimid, cuanto os sea dable, el *natural*, cuya tendencia es siempre á exhibirse; y que los primeros movimientos, en cuanto pudiereis, sean siempre para la gracia. Para todo esto, amad á Nuestro Señor con un amor grande, con un amor siempre creciente. Orad mucho, y finalmente mantened en vuestro corazón una confianza inquebrantable.»

«En otra ocasión decía: «Romped con valor las fibras y afectos todos de la naturaleza. Hemos de tender sin descanso y con todas nuestras fuerzas á la unión más íntima y perfecta con Dios Nuestro Señor. Es preciso que esta nuestra vida desaparezca por completo. El medio más breve para llegar á ello es el olvido de sí mismo y el amor de Nuestro Señor, que es al mismo tiempo el fin supremo y el término de esta misma unión.»

«Habiéndole preguntado una vez: «¿Es posible seguir con el pensamiento en Dios mientras uno trabaja?» respondió: «Sí, es posible: en primer lugar implícitamente, teniendo intención de referir á Dios todas nuestras acciones; pero también, explícitamente, por amor, y esto de dos maneras: la primera menos perfecta, cuando el amor nos trae frecuentemente el pensamiento del objeto amado; la 2.ª verdaderamente perfecta, á saber: cuando el amor, llegando á ser muy intenso, fija en el alma de una manera continua, el recuerdo y la memoria del amado; de suerte que sin perderle de vista, pone uno en lo que está haciendo por el amado y delante de sus divinos ojos, la atención necesaria para hacerlo digna y cumplidamente. Amad, pues, y el problema está resuelto.»

«Así es como el P. Ginhac, desde las alturas á donde él

se había remontado, atraía las almas, y les proponía, acomodándose á su capacidad, lo más perfecto.

»Dios quiso, para edificación nuestra y bien de muchas almas, que desde 1870 tuviese ocasión de pasar por Tours durante las vacaciones, y siempre nos proporcionaba materia de nueva admiración.

»El P. Ginhac era por excelencia el hombre de oración. En entrando en el lugar santo, permanecía extraño á todo lo demás, y al verle tan absorto, todos preguntaban: «¿Y quién es ese santo?» Más de una vez nos han hecho esta pregunta los fieles que acudían á nuestra capilla.

»Conocí una persona bien poco emocionable, que no podía contener las lágrimas, cuando oía la misa del siervo de Dios.

»Después que pasó por Tours la primera vez, hicimos un arreglo completo en la capilla. De vuelta celebró Misa en ella y dió gracias por espacio casi de una hora. Preguntámosle nosotras qué le parecían los cambios hechos. «No he visto nada—nos respondió.—Ya me fijaré.» Otras pruebas tenemos de que no miraba sino lo que debía y nada más. «Los ojos—como él decía—nos los ha dado Dios para trabajar, y para que nos sirvan de guía; todo otro empleo, es superfluo.»

»Una vez, sin embargo, vimos cautivados sus ojos. Mostrámosle un crucifijo todo llagado; miróle, y no sólo ésto, sino que le tuvo en las manos, á pesar de su tamaño (cerca de 4 pies), un buen rato, sin decir palabra, inmóvil y con los ojos fijos y clavados en él como extático; y al devolvérnoslo, con acento conmovido, nos dijo aquellas palabras del Apóstol: *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me.*

»Otra vez le presentamos un cuadro de San Ignacio. Examinóle atentamente, y advirtió que el corazón del santo despedía llamas; que estaba allí como símbolo la zarza ardiendo; y que en lo más alto del cuadro había estas palabras de Nuestro Señor: *Ignem veni mittere in terram.*

Entonces, con tono de mucha convicción, exclamó: «Llamas por todas partes.»

»También sabía mirar con el solo fin de complacer á los que le ofrecían algo. Cuando la señora de Aussac le presentaba ornamentos ó cosas parecidas, para la iglesia del terceronado de Castres, las examinaba minuciosamente, alababa la labor, y los recibía con una amabilidad que valía más que todas las muestras de agradecimiento.

»Era sumamente agradecido, manifestándolo aun por los obsequios más insignificantes. Multiplicaba las pruebas de afecto, y en las atenciones ingeniosísimas que guardaba, se patentizaba la delicadeza de su corazón.

»Antes que los PP. de la Compañía tuviesen casa en Tours (que no fué hasta 1872), teníamos la dicha de que se hospedara en las habitaciones exteriores del convento, y así ahora podemos dar fe de su prodigiosa mortificación. El descanso de la noche lo tomaba, ó sobre el duro suelo, ó en una silla. Y era todavía más parco en la comida que en el sueño. Las Hermanas le denunciaron por semejante género de vida, al P. Carayón, cuando vino á Tours. El P. Carayón quiso en seguida poner remedio, y si bien no tenía sobre el P. Ginhac más autoridad que la de los años, se aprovechó de ella bien. Mandó al Padre que descansase en la cama; le señaló ración para cada comida, mandándole no dejar nada. Y el Padre le obedeció con la simplicidad de un niño.

»Su aspecto inspiraba veneración y sus palabras infundían confianza. A veces, cuando sospechaba que nadie le veía, alzaba los ojos al cielo, cual si quisiera penetrar en él con los latidos del corazón. La expresión de su mirada sorprendía y admiraba aun á los que no le conocían. Después de haberle visto por vez primera nuestro capellán, nos dijo: «Ese Padre me parece santo; y lo que más me ha llamado en él la atención, ha sido su modestia y la pureza de su mirada.» Y un sacerdote de la diócesis, que se encontró con él en un carruaje público, nos decía después:

«He encontrado un santo.» Todo esto es de la Madre Teresa de San José, Priora del Convento de Carmelitas de Tours [1].

III

Otra de las almas escogidas, puesta providencialmente en relaciones con el P. Ginhac, y cuyo heroísmo se narra en una biografía á la que un escritor muy nombrado llama «el libro más bizarro de este siglo», fué el general Sonís.

Vino el general á Castres por asuntos y negocios de familia, y fué para el siervo de Dios más bien amigo que discípulo. Iba á la residencia frecuentemente; y no dejaba de infundirnos respeto y veneración verle atravesar los tránsitos con la pierna cortada. Si se encontraba con un tercerón le decía: «Aquí todos sois unos santos; y yo vengo á ver al Padre de los santos.»

El 7 de Junio de 1871, fiesta del Sagrado Corazón, el general quiso asistir á la bendición en la residencia. Al querer bajar del coche, cayó al suelo. Los que le ayudaron á levantar se compadecían de él; pero aquel excelente cristiano, sonriéndose les decía: «El cuerpo no es nada.» Oyó esta frase el P. Ginhac, y recogiéndola como si fuera una piedra preciosa, se la recordaba después á los Padres de la residencia: «¡Ah, PP. míos, qué palabras! *Le corps n'est rien.*» El cuerpo no es nada.

Pocos días después escribía á Tours: «El general Sonís es aquí la admiración de todos los buenos. Sin estar bien curado de la amputación de la pierna izquierda, se ha creído obligado á ir con una pierna de palo en la procesión del Santísimo Sacramento, sostenido además por un amigo que le llevaba del brazo.» Y más tarde: «¿No ha sabido V. que el buen general Sonís ha sufrido una caída del ca-

(1) El P. Ginhac fué siempre muy devoto de la Orden del Carmen. Empleó toda su influencia y poder para que el P. Marcelo Bouix llevase á feliz término la traducción de las obras y vida de Santa Teresa de Jesús.

ballo, que pudo haberle costado la vida? Una oración por este cristiano dignísimo, tan necesario á su familia, y tan útil á todos en estos tiempos de rebajamiento moral.»

Desde aquel día, y temiendo algún nuevo accidente, el P. Ginhac estaba alerta para cuando llegara el general. No bien percibía el ruido del coche, bajaba á la puerta de la iglesia para darle el brazo; y en seguida, con mucha edificación de los fieles, le acompañaba hasta el presbiterio, donde tenía asiento reservado. Algunas veces le invitaba á pasar el recreo con los PP. tercerones, ávidos de verle y oírle. «Después de conversar con él—decía uno de ellos, —se siente uno enfervorizado como después de una plática.»

De la correspondencia de estos dos ilustres soldados de Jesucristo, no se conservan más que unas cartas del general.

«Saint-Servan, 14 de Septiembre de 1875.—Me encuentro muy ocupado, estando de inspección general hace más de quince días y sin un rato libre de que poder disponer. No bien acabe aquí este trabajo, tengo que partir para París, donde hay dos regimientos que revistar. Esta actividad forzada no dice bien con mi actual estado de pobre inválido, incapaz de dar un paso sin el apoyo de un brazo ajeno. Pero Nuestro Señor viene en mi ayuda de un modo maravilloso, y me permite cumplir casi perfectamente los deberes de mi profesión, á pesar de haber renunciado á montar á caballo.

»Hanme causado mucha pena las tristes nuevas que me da V. de la salud del buen P. Boris. Que Dios Nuestro Señor se digne curarle y conservarle en la Compañía. Si mis enfermedades, juntas con sus sufrimientos, pudieran servirle de algo en el divino acatamiento, gustoso las pondría á su disposición; ya que en esta unión de sacrificios y oraciones, yo sería quien saliera ganando.»

«Baréges, 21 de Julio de 1876.—Aquí me tiene V. en Baréges, desde el 24 del mes pasado; he venido á probar

estas aguas, ya que la Santísima Virgen no juzgó conveniente el curarme en Lourdes. Visité también este santuario, para pedir á la Reina del cielo que diera eficacia á estas aguas termales.

»Al volver, me detendré en Castres solamente un día, el lunes. Debo decirle que por la mañana iré á la capilla de VV., donde celebraré la fiesta de San Ignacio. No necesito decirle por cuán dichoso me tendré en volverle á ver, y en volver también á ver el altar del Sagrado Corazón, al pie del cual tantas gracias he recibido.»

«Saint Servan, 8 de Enero de 1878.—Estoy en deuda con V. y le pido perdón. Recibí la suya del primero de año: muchas gracias. En retorno, y en nombre de mi esposa é hijos, le deseo toda clase de felicidades. Quiera el Señor seguir derramando sus bendiciones sobre esa santa Compañía, y darles á VV. fuerzas para sobrellevar con valor las calumnias, sufrimientos y persecuciones que parecen constituir la herencia de cada uno de sus miembros en este mundo. Quiera también el divino Maestro derramar sobre V. gracias especialísimas, para que le dé á conocer y amar á los que con V. tratan más, si es posible, que el año que acaba de pasar.

»Le participo la muerte de mi piadosa hermana. Esta separación temporal me es penosa, pero entreverada de grandes consolaciones, gracias á Dios.

»Mi querida Madre Priora pasó á la eternidad, con la diestra levantada para bendecir á sus hijas en religión, arrodilladas á su alrededor. Unos minutos antes de abandonar este mundo, me mandó á decir que morir era cosa dulcísima. Después, con los ojos fijos en una estampa del divino Niño, murmuró con voz moribunda: «¡Qué hermoso eres, Dios mío! ¡pero quiero verte más hermoso aún.»

»Estoy plenamente persuadido de su eterna salvación; pues no he conocido alma más abnegada, más ansiosa del bien, más sedienta de sacrificios é inmolaciones, y al mismo tiempo más humilde. Por esto principalmente quiero

vivir de su espíritu, que es el verdadero espíritu cristiano, y la encomiendo á las oraciones de V.

»Ya comprenderá V. cuánto he sentido no haber podido pasar á su lado todo el tiempo que hubiera querido, durante mi breve estancia en Castres; pero me era del todo imposible, y no dude V. que fué para mí un verdadero sacrificio. A haber podido yo andar y moverme como otras veces, no hubiera sido así, á pesar de todas las dificultades. Pero Dios lo ha dispuesto de otra manera, y todo cuanto él hace, está bien hecho.»

No se crea que el P. Ginhac dirigía solamente á personajes ilustres. Era el mismo con los humildes y pequeños. De continuo pensaba en los infieles, y pidió varias veces, aunque en vano, el ser enviado á las misiones. Estableció obras populares, de lo cual el P. Beckx le felicitaba diciéndole: «La enseñanza del Catecismo, la instrucción religiosa de los soldados y de los pobres, son obras eminentemente útiles y verdaderamente apostólicas, que no excitarán, según creo, la envidia ni los celos de ninguno.»

Tratándose de ministerios, el rango y la calidad tenían para el P. Ginhac una importancia muy secundaria, y á los PP. tercerones les recomendaba «no ver, no querer, ni buscar más que almas: almas que instruir y perdonar; almas que consolar y dirigir; almas que santificar.» Así es que le encontraban dispuesto á sacrificarse, lo mismo los pobres que los ricos, los pequeños que los grandes.

«¡Hay que santificarse! Todo lo demás no vale nada.»—«Después de oír estas palabras, que el Padre me dirigió á mí misma—decía pasados ya 20 años una pobre mujer,—me sentí trasportada de fervor y más feliz que una reina.»

Cierto día, un obrero quiso confesarse con el P. Ginhac, cuyo nombre ignoraba. «El Padre que yo quiero—decía al Hermano portero—es uno que tiene mucho parecido con Nuestro Señor Jesucristo.»

La persona que tenía cuenta de la ropa de la casa, se

atrevió á pedirle unos cuantos consejos para entrar en ejercicios. ¡Cuál no fué su admiración y sorpresa, al oír al Padre ofrecerse á darle los puntos en la sala de visitas! Y á pesar de sus muchas ocupaciones, hizo otro tanto en los años siguientes.

Refiere el Hermano Augusto Osty, que, en 1870, un antiguo oficial del ejército, que estaba enfermo, no podía oír hablar de confesión; «más aún, ni recibir quería en casa al cura de la parroquia. Agotados todos los argumentos, su mujer ideó la siguiente estratagema. Habiendo sabido que acababa de llegar á su residencia de Castres el P. Ginhac, dijo á su marido: «Parece que el nuevo Superior de los Jesuitas está haciendo las visitas de costumbre á las familias pudientes de la ciudad: si viene á casa, tendremos que recibirle bien.» «No, no—replicó vivamente el enfermo,—nada de curas; yo no quiero ver curas.» Insistió la señora, diciendo que no era de gentes bien educadas rehusar visitas como aquella...; el militar aparentó ceder; y en seguida se le puso al P. Ginhac al corriente de todo.

«Al día siguiente, al primer rato que tuvo desocupado, salió el Padre de casa, llevándome á mí de compañero. En el camino, que era bastante largo, fuimos rezando juntos por el feliz éxito del negocio.

»Llegamos; la mujer fué á avisar á su marido, que mostró disgusto de semejante visita. Hasta percibimos las palabras un poco vivas y los reproches que por lo bajo la hacía, como de hombre irritado. Por fin entramos; el oficial estaba sentado en frente de la chimenea, de espaldas á la puerta, y ni se movió para saludarnos. El Padre, sin hacer caso del malhumor del militar, se sentó delante de él y cerca de la chimenea, y me mandó sentarme á su lado. En seguida entabla conversación con él: le pregunta acerca de sus campañas, de sus viajes á Ultramar, de la guerra de Crimea, en donde ganó el grado de capitán. El soldado fué poco á poco desarrugando el entrecejo, hasta que llegó á mostrarnos la espada, el cinturón con su dorada

hebilla, sus condecoraciones y una panoplia suspendida en la pared. El Padre le miraba sonriendo, y mostraba mucho interés á cuanto decía. «¡Cómo pesa esto!», le decía tomando á peso una enorme pistola de combate.

En resumen, que se despidió del enfermo sin haberle dicho una palabra de religión, pero dejándole encantado de la visita. «Gracias á Dios—dijo el oficial al vernos salir—que veo un cura que me ha caído en gracia.»

Por el camino, el Padre me dijo: «Hermano, no se escandalice de que no le haya hablado nada de Dios; era difícil aún.» Quince días después, el militar empeoró. El Padre se apresuró á visitarle. Esta vez no guardó ya la misma reserva: le habló de cosas serias. El enfermo ponía al principio mal ceño, y procuró excusarse. «Pero, señor cura, yo tengo olvidado todo eso: desde la primera comunión no he vuelto á confesarme.» «Razón de más, mi capitán», le contestó el Padre. «Siquiera—repuso él—concédame algún plazo; quiero pensarlo un poco; luego se lo dictaré á mi mujer, y ella se lo confesará mañana.» «No es necesario, y hasta os causaría fatiga; además ya os conozco; hagámoslo, pues, ahora.» Hízome señas de que saliera. Confesóse inmediatamente, y después de la confesión estaba contentísimo: no encontraba palabras con que expresar su felicidad.

«Habiéndose agravado, hacía que le dijesen las oraciones que aún sabía. Su mujer estaba asombrada. Al mes murió, lleno de sentimientos de resignación y piedad, asistido por el P. Ginhac.»

Cada año iba creciendo la reputación del siervo de Dios. Todo el mundo tenía plena confianza en sus oraciones. Una señora refiere que sus hijos pedían antes de los exámenes una carta del siervo de Dios, que fué para ellos siempre presagio seguro de feliz resultado. En una de las familias más devotas de la residencia, recuerdan muy bien, que en tres ó cuatro casos, el P. Rector parece que leyó en el porvenir. Una madre de familia asegura que le predijo la

conversión de uno de sus hijos, conversión que ha sido para ella su felicidad. Otra atribuía al P. Pablo, aun antes de su muerte, muchos hechos maravillosos. Así, no parecerá exagerado lo que una buena mujer decía: «Cuando pasa ese Padre, deberíamos arrodillarnos.»

La cuaresma le ponía más frecuentemente en relación con los fieles, pues los Padres se ausentaban para dar misiones, dejando poco menos que desierta la residencia. No estaba muy versado en la oratoria el P. Ginhac; sin embargo, no temía subir al púlpito para suplir á los ausentes. En sus notas se encuentran acá y allá borradores de pláticas á los hombres de la Asociación católica, á las Hijas de María y á las Madres cristianas, etc... En cierta ocasión, estuvo á punto de ir á suplir para la cuaresma á un predicador que se había puesto enfermo. La perspectiva de una humillación, lejos de arredrarle, le estimulaba, tratándose del bien de las almas.

Esto era lo que él quería en sus tercerones; confianza en Dios, y desconfianza de sí mismos; y cuando lo exigían las circunstancias, no vacilaba en ponerles en ocasión de practicarlas. Un día lo hizo aun á costa del piadoso auditorio.

Mandó al P. L. Portaluri, italiano, que predicase en nuestra iglesia un día de viernes santo, á pesar de no saber bien el francés. Excusóse él al principio; pero el Padre le respondió: «Nuestro Señor le ayudará, tenga V. confianza,» y le dió la bendición. Para más animarse el predicador, se decía á sí mismo: «No habrá más que unas cuantas devotas; bastará que les diga cuatro palabras buenas, durante un cuarto de hora; no me manda más la santa obediencia.» «No bien subo al púlpito—refiere él mismo,—veo la iglesia llena de señoras y caballeros; hasta oficiales del ejército y algunos sacerdotes; y la tribuna tan repleta como la nave. Me arrodillé, recé el *Avemaría*, y hablé como pude. Ni una palabra, ni una sonrisa, ni un signo de desagrado en el auditorio. Nunca olvidaré la generosa com-

pasión que en este trance me mostraron los franceses. Fuí desarrollando mi plan en una lengua, ni mía ni suya; y cuando bajé del púlpito, advertí mirando al reloj, que había estado hablando en aquella lengua hora y cuarto. Efecto sin duda ninguna de la bendición que pedí al P. Instructor. Así es que hubo, no una, sino tres pasiones; la de Nuestro Señor, la del auditorio, y por fin la del predicador.»

Las audacias de su confianza, las moderó un poco el Padre Ginhac andando el tiempo. Fuera de los casos urgentes, daba el tiempo necesario, y uno de sus consejos era recomendar mucho cuidado en la preparación, «Pero —añadía,—si alguna vez el superior os envía, á pesar de lo insuficiente de vuestra preparación, id y decid: *In verbo tuo laxabo rete.* Lo peor que puede sucederos es la humillación; y la humillación es cosa excelente cuando Dios la envía.»

Nadie más desinteresado que él en los ministerios, y nadie practicó mejor que él el dicho del Salvador: *Beatius est magis dare quam accipere:* Mejor es dar que recibir. Citemos un rasgo siquiera, contado por el R. P. R. de Scorraille. «La cuaresma se echaba encima, y urgía repartir entre los Padres tercerones los ministerios. Las misiones pedidas eran muchas y pocos los misioneros. Con todo, después de muchas combinaciones, logróse al fin una que no podía menos de satisfacer á todos. Caso de llegar alguna petición más, no parecía posible otra solución que negarse. Esta petición llegó; el párroco de un pueblecito escribió pidiendo un operario, y dando á entender, bien que tímidamente, que, vista la pobreza del vecindario, no podría dar al misionero ninguna recompensa por sus trabajos. El P. Instructor decía: «Un poco tarde llega este buen párroco, y había que darle una negativa; pero en la situación de pobreza en que se encuentra, ni podemos ni debemos negarle lo que pide. Respóndasele que también él tendrá su predicador, y encontremos modo de compla-

cerle aunque sea con alguna molestia y perturbación. Así se hizo.»

He aquí lo que testifica el P. Cipriano Bouissou, procurador de la residencia: «El celo que por las misiones tenía no le permitía dudar en enviar los Padres, aun cuando tuviese que pagar él los gastos del viaje, sin esperanza de compensación alguna. Era inútil que yo, como procurador, procurara reprimir su excesiva generosidad. El Padre se sonreía, pero no se convertía. Nunca jamás le he visto informarse, ni de mí, ni de otros, acerca de las limosnas que se habían recibido con motivo de las misiones.

«Cuando el P. Ginhac vino á Castres, había en la ciudad unos cuantos eclesiásticos muy activos y celosos, pero poco afectos á los Padres de la Compañía y á sus ministerios. A su manera poco benévola de conducirse con nosotros, correspondía el P. Ginhac con muestras de profundísimo respeto y de sincero afecto. Pronto en concederles cuanto le pedían, nunca dejó de hacerles las visitas que piden las conveniencias sociales, aunque supiera por experiencia que algunos de ellos no habían de devolvérselas.»

Si bien el P. Ginhac era humilde, condescendiente y caritativo en el trato, pero, tratándose de principios, era intransigente. Y así, á pesar de su amor á la paz y concordia con todos, luchó por conservar intacto en Castres un derecho cierto de los regulares, y Roma le dió la razón resolviendo en favor suyo. El principal adversario era un excelente párroco, celoso á su vez de los derechos de su iglesia. El cual, antes de morir, mostró pena por haber contristado al Santo Rector de la casa de tercera probación, y manifestó que, á pesar de aquella enojosa controversia, había conservado siempre para con sus antiguos maestros el amor y estima que les cobrara en sus primeros años.

El espíritu por que se regía el P. Ginhac, en sus relaciones con el clero, se dió á conocer más tarde en uno de sus tercerones, el P. León Desorthes, que en la obra del retiro mensual para eclesiásticos mostróse digno discípulo

de tan excelente maestro. Suyo es el siguiente testimonio:

«La mucha y viva fe del P. Ginhac, le inspiraba grandísimo respeto hacia la jerarquía eclesiástica y el orden y subordinación que Jesucristo mismo ha establecido entre los diversos poderes de la Iglesia. Por eso nos recomendaba con mucho ahinco tener reverencia interior y manifestarla exteriormente en todas las ocasiones, no solamente al soberano Pontífice y á los señores Obispos, sino á todo sacerdote, por ínfimo que fuese, en quien por delegación resida alguna parte de la autoridad del Jefe Supremo. Y si se mostró celoso de la conservación y defensa de las exenciones y privilegios de los regulares, hasta llegar á decirnos un día: «Si necesario fuere, habría que sostenerlos hasta morir;» pero este celo no nacía de espíritu estrecho ó menos ilustrado, sino del mismo espíritu de sumisión al poder eclesiástico, persuadido como estaba, de que, obrando así, (como á ello nos obliga el mismo Derecho Canónico), salía á la defensa de la jurisdicción ordinaria y universal concedida por Jesucristo al Papa, de la que son público y auténtico testimonio los privilegios y exenciones de los regulares.

«El concepto elevadísimo que él tenía de la necesidad y eficacia del ministerio sacerdotal para la salvación de las almas, parecía irritarle contra aquellos religiosos, que tímidos ó faltos de celo se sintieran tentados de echar sobre otros la carga de confesar ó dirigir á los sacerdotes. Con los sacerdotes precisamente, era con quienes quería él que empleásemos todas las delicadezas de la caridad y las industrias del celo apostólico.»

Ni quedaba la cosa en planes y consejos. Todos los sacerdotes que venían á la residencia encontraron al P. Ginhac consecuente con estos principios; recibíalos con tanta urbanidad, delicadeza y verdadero afecto; les acompañaba hasta la puerta con tanto respeto, que muchos decían: «Este recibimiento nos hace más bien que mil palabras.»

Cuantos sacerdotes se pusieron bajo su dirección, le profesaron constante y filial cariño. Uno de éstos, canónigo muy respetable, no pudiendo resignarse á la privación que le imponía la partida del P. Ginhac para la residencia de Paray, iba todos los años á Paray ó á Mourvilles, para reanimar á su lado su fervor y su ardiente celo. Al saber su muerte le lloró como á Padre, y ahora le invoca diariamente como á su celestial patrono. No hace mucho nos escribía lleno de contento: «Mons. el Decano de Dourgne ha venido á verme. Al ver la fotografía que representa al P. Ginhac en el lecho de muerte, cogióla respetuosamente, y apretándola contra sus labios, exclamó con los ojos bañados en lágrimas: «¡Ah! ¡el santo P. Ginhac! ¡me ha hecho tanto bien!»

Igual exclamación, mezcla de admiración y agradecimiento, se escapaba de los labios del canónigo J. Grule, pocos meses antes de su muerte. Por Julio de 1900, tuvo en Castres los primeros síntomas de la enfermedad que le había de llevar al sepulcro. Habiéndome mandado llamar, le presenté y ofrecí la vida del P. Ginhac, y apretándola contra el pecho, dijo: «¡Ah, el santo! Nunca olvidaré las veces que acudí á él en demanda de luz... Siempre le encontraba en oración; su mirada parecía de quien está hablando con Dios... ¡Cuánto le agradezco el haberme proporcionado su biografía! leyéndola volveré á encontrar á mi santo director, con él tendré más fortaleza para padecer, y me prepararé mejor para comparecer delante de Dios.»

CAPITULO IX

En Castres.—El Padre Instructor (1869 á 1877)

I. Formación de los Padres terceronos.—II. Elocuencia del ejemplo.—III. Su solicitud por los Hermanos coadjutores.—IV. Duelos y penas de familia.

I

Hemos visto al apóstol; hora es ya de ver al Instructor. Su primero y principal cuidado era la formación de los Padres encomendados á su cuidado, los tercerones. Dirígese ésta al espíritu y al corazón; y abarca, además del estudio de las Constituciones y de los principales autores ascéticos, los diferentes ejercicios que sirven para desarrollar en el tercerón las virtudes propias del religioso y del apóstol. El jesuita ha de salir del año de tercera probación *perfectus... ad omne opus instructus* (2 Timoth., III, 17), ansioso de la perfección y versado en la ciencia útil á su sagrado ministerio.

Esta ciencia había de enseñarla el P. Ginhac, no á tiernos novicios, sino á religiosos que han llegado al término de su formación y carrera literaria. Hubiera querido, como es fácil comprender, que semejante cargo no le hubiese cogido tan de improviso. Como Padre espiritual y director de almas que venía siendo por quince años, poseía el arte de llevarlas á Dios; teniendo además que intervenir en ministerios tan variados como los de una residencia grande, había adquirido mucha experiencia; como Maestro de novicios, había comentado el Sumario de las Constituciones; pero en medio de tantas y tan diferentes ocupaciones, imposible profundizar en el estudio y conocimiento del Instituto. Así fué que, al venir á Castres, el trabajo más rudo para él, fué preparar las explicaciones del Instituto.

Las notas que había tomado en Nuestra Señora de Liesse le sirvieron de tema para sus conferencias. Cuando explicaba el Instituto ó Constituciones de la Compañía, su exposición era lenta, uniforme y poco variada, bien que animada por una ardiente convicción. La explicación que hacía de las reglas de los tercerones, de los sacerdotes, de los misioneros y de los predicadores, era á la vez piadosa, doctrinal y práctica. De cuando en cuando, y con motivo de alguna fiesta, dejaba hablar al corazón, encontrando entonces acentos é ideas que penetraban hasta el fondo del alma.

El P. Ginhac no fué, ni sabio, ni orador de renombre; pero sí, hombre de doctrina segura y elevada; y en cuanto á elocuencia, tenía la de un corazón que arde en fuego de amor divino. En la oración y en presencia de Dios, era donde especialmente estudiaba las Constituciones. Bien empapado en el espíritu de las Reglas y de los Ejercicios, de allí sacaba él toda la luz; y allí buscaba solución á todas las dificultades.

No era, sin embargo, de aquellos que confían demasiado en las luces infusas, y desestiman ó descuidan las que se alcanzan naturalmente con el propio trabajo. A pesar de estar agobiado de negocios, á fuerza de energía encontró tiempo para cultivar el rico fondo de doctrina que había adquirido en Vals. Sobre todas las materias eclesiásticas y de religión, tenía nociones exactas, que exponía con mucha lucidez; sólidos principios, que acomodaba con un sentido práctico poco común. Nada de brillo, es verdad; nada para mera ostentación y alarde; al contrario, buscaba cómo desaparecer y oscurecerse. Su gusto hubiera sido aparecer pequeño, así en virtud como en doctrina, hasta tal punto que algunos han llegado en esto á equivocarse, no viendo en el P. Ginhac nada que sobrepujase la talla de un hombre ordinario. Pero los cuerdos y entendidos opinaban y sentían de muy diversa manera, teniéndole en gran estima. Así el P. Enrique Montrouzier, conocido no

menos por su ciencia que por su piedad, acudía frecuentemente á las luces del P. Instructor.

«Lo que hay en el Padre de verdaderamente notable—dice un tercerón del primer año,—es el sentido de la verdadera doctrina, cierto instinto y olfato para dar con ella. Tiene juicios precisos, católicos, sobre todas y cada una de las cuestiones delicadas que en estos azarosos tiempos se ventilan, y los formula con energía. Bien me acuerdo de un día, que, hallándonos en la conferencia, y no ignorando el P. Ginhac que muchos de los Padres allí presentes tenían preferencias y predilecciones políticas, por las cuales podrían sentir más afición á determinados periódicos; dijo claramente y sin rodeos: «Hay mucho bueno en varios periódicos católicos; pero, como trabajan por determinados partidos políticos, esta prosecución de intereses de orden inferior hace que no sean tan útiles á la causa de la Iglesia, que es la única por la cual debemos nosotros apasionarnos. Hoy día (era esto en 1870), nosotros no tenemos en Francia más que un periódico: *L' Univers.* Este tiene la preferencia en la Compañía, y bien se la merece.»

El año de 1872 se extendieron profusamente varias hojas impresas, en las cuales se daban como luces nuevas, inspiraciones y revelaciones divinas, ideas como esta: «Nuestro Señor podría decir: *Mi corazón ha encontrado miles de corazones, pero mi Alma permanece solitaria; mi cruz está inundada de lágrimas, pero pocos se compadecen de los dolores de mi Alma...*»

Con este motivo, la Priora del Carmen de Tours consultó al P. Ginhac, por el mes de Junio, sobre lo que debía pensarse, el cual la contestó lo siguiente:

«En materia de devociones, hay que estar muy en guardia, por regla general, contra todas las que son nuevas. Respecto de las antiguas y ya aprobadas, pero no obligatorias, debe uno practicar únicamente aquellas hacia las cuales se siente movido por el Espíritu Santo; sin

esta moción y atractivo de la divina gracia, más bien impiden que aprovechan.

»Con esto, Rda. Madre, ya puede V. entender qué es lo que siento sobre esa devoción al Alma de Jesucristo, que acaban de proponeros. Hay además que añadir, que la hoja donde tal devoción se expone, no lleva autorización ninguna; siendo así que en puntos tocantes á la piedad y religión, no se debe imprimir nada sin previa autorización del Ordinario. Por otra parte, la hoja no está exenta de faltas bajo el aspecto doctrinal.

»Por ejemplo, el autor parece no tener nociones exactas sobre la devoción al Corazón de Jesús. Sin duda que las intenciones serán excelentes; pero esto no basta.»

De esta manera, el criterio eminentemente católico del Padre Ginhac, descubrió lo falso desde el primer momento, allí donde, aun después de pasados algunos años, otros y en gran número, veían maravillas. Roma se vió obligada á intervenir. El Instructor de Castres, había visto más claro que muchos doctores.

Para el P. Ginhac, las devociones fueron siempre meras *devociones*, esto es, medios de conseguir un fin más sustancial. Siempre las consideró como alimento y frutos naturales de la *devoción*, que según Santo Tomás consiste en una voluntad pronta y dispuesta para todas las cosas del divino servicio:» *Voluntas prompta ad ea quae sunt divini servitii.* Esta voluntad pronta, la quería el P. Ginhac entera, generosa y continua. Las devociones se las recomendaba á los tercerones según las circunstancias, advirtiéndoles que no se cargasen de ellas. «Las devociones—les decía—han de facilitar nuestra marcha, no entorpecerla: acelerar nuestro ímpetu, no retardarle.»

En la tercera semana de los ejercicios de mes, les aficionaba á las devociones que germinan en el Calvario: devoción á Cristo crucificado, á la Sagrada Pasión, á Nuestra Señora de los Dolores, á Nuestra Señora Madre de la divina gracia, y muy especialmente al Sagrado Corazón de Jesús.

El concepto elevadísimo que tenía de esta devoción, simpática y amabilísima al P. Ginhac entre todas las devociones, lo expresa en una carta, que, por Diciembre de 1871 escribió al M. R. P. General:

«Sean dadas gracias infinitas á Jesucristo Nuestro Señor, por haberle inspirado á Vuestra Paternidad la salvadora resolución de consagrar solemnemente la universal Compañía al Sacratísimo Corazón. Nunca más á tiempo. En medio de las calamidades que pesan sobre nuestra Madre la Compañía, y de los peligros que en todas partes la amenazan, hemos de buscar en el Corazón de nuestro Rey y divino Capitán Jesús, no solamente ayuda y refugio, sino especialmente y sobre todo, como fuente que es inexhausta de todos los bienes, hemos de beber en él el espíritu, la caridad, el valor que nos es absolutamente necesario en las necesidades que actualmente padecemos. Hoy, tal vez más que nunca, la Iglesia y la Compañía necesitan hombres de *corazón*, y es imposible ser hombre de corazón, si el corazón modelo y rey de todos los corazones no se nos comunica, y viene en cierta manera á ser *nuestro corazón*.

»La consagración que vamos á hacer, al mismo tiempo que nos recuerda estas preciosas enseñanzas, nos alcanzará á todos la gracia de querer ser enteramente conformes al Corazón divino del que es nuestra Cabeza y soberano Dueño.

»Es asimismo acreedor vuestra Paternidad á toda nuestra gratitud, por invitación tan dulce como la que acaba de hacernos. Corresponderemos á ella gustosísimos.»

Idénticas reflexiones hacía el P. Ginhac á los PP. tercerones, unos años después, con motivo de la consagración de la Iglesia al Corazón de Jesús, aconsejada por Pío IX, y que prescribió oficialmente León XIII al fin del siglo XIX.

En este feliz suceso había tomado parte muy activa el Padre Enrique Ramière, íntimo amigo de nuestro P. Gin-

hac. Así lo refiere el autor de su biografía en el *Mensajero* francés: [1]

«Mientras se celebraba el Concilio Vaticano, promovió el P. Ramiére una solicitud, extendida luego y organizada por todo el mundo, gracias á la diligencia de los Directores y Celadores del Apostolado de la Oración, con el fin de alcanzar del Soberano Pontífice, que, como Jefe Supremo de la Iglesia, consagrase ésta al Corazón divino de Jesús bajo los auspicios del Inmaculado de María. Hallándose él en Roma, logró que suscribiesen la petición la mayor parte de los Padres del Concilio, agregándose bien pronto las firmas de más de 1.200.000 católicos. Con la guerra franco-prusiana y las calamidades que la acompañaron, este asunto y otros muchos quedaron suspendidos, pero sin que el Papa los olvidara por completo. A 22 de Abril de 1875, la Sagrada Congregación de Ritos publicó un decreto concediendo indulgencia plenaria á todos los fieles que hiciesen la consagración propuesta por Su Santidad; y el P. Ramière fué oficialmente encargado de comunicarla á los Obispos del mundo católico por medio de los directores del Apostolado. Inútil es advertir, que con gran satisfacción del P. Ramière, la fiesta de Junio se celebró con un entusiasmo y magnificencia no vistos.»

Recibió, pues, el P. Ginhac con sumo gozo una invitación que le parecía venir del Corazón mismo de Jesucristo, y quiso que precediera á la consagración un fervoroso triduo. Llegado el día, después de haber demostrado la importancia del acto que iban á realizar, exhortó á los Padres tercerones á hacer la consagración con corazón magnánimo y generoso, no negando nada al divino Corazón.

¿Qué decir de su devoción para con la Santísima Virgen y San José, con los Santos Ángeles, con los Apóstoles, especialmente San Pedro y San Pablo? ¿Qué de su

(1) *Messager du Cœur de Jésus*, t. 45, pág. 320.

caritativa compasión con las benditas almas del purgatorio? Baste decir, que el corazón del P. Ginhac estaba en perfecta armonía con los sentimientos de la Iglesia Nuestra Santa Madre, en todo lo que se refiere á devociones y prácticas piadosas.

Apuntaremos tan sólo un hecho relativo á la devoción al Ángel de la Guarda. Refiriólo muchas veces un tercerón de este tiempo, el P. José Morel, que murió santamente en la misión del Maduré. Siendo novicio el Hermano Morel, y estando en su carpeta ó mesa de estudio, oyó un día una voz que le decía: «El P. Maestro le llama.» Mira, y no ve á nadie, y la puerta del cuarto está cerrada. Al poco tiempo oye la misma voz, pero más clara y fuerte. Lleno de turbación, se dirige al cuarto del P. Maestro, el cual apenas le ve, le dice: «¿Por qué no ha venido V. al primer aviso?»

Una persona muy virtuosa, que había oído contar el hecho al mismo P. Morel decía: «No hay que admirarse de eso. El venerable P. Ginhac recurría frecuentemente á los santos Ángeles; y me recomendada que cuando estuviera atribulado le enviara mi Ángel de Guarda.» Es creíble, pues, que bien penetrado como estaba de la doctrina de San Ignacio acerca el discernimiento de espíritus, se valía habitualmente de estos bienaventurados espíritus para bien y ayuda de las almas.

Terminemos esta materia con el testimonio de Mgr. Barthe, obispo de Trichinópoly. «El P. Ginhac—dice—tenía á San Ignacio una veneración y un amor verdaderamente filiales. Todas las palabras de los Ejercicios le parecían sabrosísimas y sagradas, por ser palabras de San Ignacio. Un Padre tercerón le presentó la *reforma de vida* para que la aprobase. Y reparando el P. Instructor que en el capítulo «devociones» no se mentaba para nada á San Ignacio, le preguntó: «¿Y San Ignacio nada?» «Ya le quiero—le contestó el tercerón—aunque no le tengo especial devoción. Algunas cosas que he leído en el

Padre Bartoli hacen que vea en él más bien un superior que un padre.» Refirióle entonces el P. Instructor algunos rasgos de la bondad paternal del Santo Padre, sin omitir nada para persuadir al buen tercerón, que el corazón de San Ignacio, en este punto, era en todo conforme con el Corazón de Jesucristo. Unos cuantos días después, este mismo tercerón, de salud muy endeble, fué á pedir al P. Ginhac que le dispensase del ayuno de las Témporas, y que en cambio haría otra penitencia: «Sí,—le respondió el Padre Rector—en cambio rece V. un rosario para alcanzar una devoción muy tierna á Nuestro Padre San Ignacio.» [1]

II

«San Juan Crisóstomo—decía el P. Ginhac, nos ha dado la verdadera fórmula de la devoción al Corazón divi-

(1) Por vía de nota pongamos aquí los recuerdos de un novicio del Padre Ginhac en Tolosa. «La devoción que el P. Ginhac tenía á S. Ignacio y á los ejercicios, era bien notable. Había puesto en forma de meditaciones la vida de nuestro bienaventurado Padre. Estas meditaciones eran 31, y se litografiaron, dando un ejemplar á cada novicio, para fomentar con ellas el amor filial al santo fundador, durante los 31 días del mes de Julio. Hacía, además, preparar un altar en la capilla del Noviciado, en honor del santo, al pie de cuya estatua había un canastillo con máximas entresacadas por él de los escritos del santo. Y quería que los novicios, una ó más veces al día, fuesen á postrarse delante del altar y leyesen algunas de estas máximas ó sentencias. Compuso también un rosario ó corona de S. Ignacio, exhortándonos á rezarle delante de dicho altar. Gustábale mucho bendecir el *agua de S. Ignacio*, y la repartía entre los novicios.»

El 26 de Junio de 1863, Mons. Desprez concedió 40 días de indulgencia por rezar la corona de S. Ignacio. Hela aquí tal como entonces se imprimió: «O Beate Pater Ignati, qui Jesum Christum regem nostrum tam ardenter dilexisti, ejusque bella adeo fortiter praeliatus es, doce nosmetipsos vincere: ut, te duce, mundum Satanamque superare, animarum sanctificationem operari, et militanti Ecclesiae subsidio pro viribus es se possimus, ad majorem Dei gloriam. Amen.»

Se rezará esta oración 50 veces, divididas en 5 decenas, y después de cada decena récese un *Gloria Patri*. El ejercicio se comenzará con la siguiente oración preparatoria· «Amadísimo Padre San Ignacio: aquí me tenéis á vuestros pies para ofreceros esta corona. Suplícoos me alcancéis la gracia de hacerlo con todo mi corazón por amor y gloria de la divina Majestad». Acabar con la oración del santo: *Deus, qui ad majorem tui Nominis*, etc.

no de Jesús en estas palabras: *Cor Christi, Cor Pauli*». Fórmula que el P. Ginhac verificaba en sí mismo, como lo atestigua un intrépido misionero del Maduré, el Padre Fernando Celle. [1]

»El buen P. Ginhac—dice—fué mi Maestro de noviciado en 1858, y mi Padre Instructor en 1877; le volví á ver de paso en el viaje que tuve que hacer á Europa en 1886: siempre le encontré el mismo. Habíase revestido tan perfectamente de Jesucristo, que no aparecía para nada el hombre viejo, sino sólo el hombre nuevo, y esto con aquel aire que el divino Capitán había dejado á su buen soldado; el de un jesuita que en todo deja paso libre á Jesucristo. Esta es á mi parecer la nota saliente de la santidad del P. Ginhac: la constancia en seguir fielmente el camino de la abnegación por puro amor; constancia inimitable, á lo que parece, en reprimir los movimientos todos de la naturaleza; constancia en reglar de tal manera sus movimientos, que no se presentaban sino después de haber recibido órdenes; constancia en ser un espejo vivo de modestia, cuyas reglas parecían encarnadas en su persona; constancia en conservar siempre en el alma y en el rostro una serenidad imperturbable. Este tesón y constancia ha sido objeto de justísima admiración para cuantos le vieron; y con tanta mayor razón cuanto que no podía dudarse, que provenía de su inviolable fidelidad á la amistad íntima de Jesús.

»Me gusta que se busquen y señalen también las deficiencias: con eso el hombre pierde algo de su grandeza á los ojos del vulgo, pero la *obra de Dios* aparece mucho mejor y es más provechoso su estudio.

»El P. Ginhac no obraba prudentemente privándose del sueño... sufría uno, viéndole á veces combatir á este enemigo al cual resistía enérgicamente, pero no siempre

(1) El P. Celle, fiel discípulo del P. Ginhac, consumió su vida en el Maduré, y descansó tranquilamente en el Señor, el 20 de Diciembre de 1899, á los 60 años. *Messager du Cœur de Jésus*, Oct., 1900.

con éxito completo. Las conferencias que diariamente nos daba eran habitualmente pesadas; aunque á veces, al hablar de la humildad, de la abnegación, de la cruz, corría por sus palabras un como flúido eléctrico de fuerza y energías poderosísimas que no tenía nada de natural...

»Pero, á pesar de todo, la vista del santo, en el cual nadie encontró rasgos de debilidad, ni ninguna de esas flaquezas á que casi sin sentirlo rinden tributo hasta los corazones más esforzados, esta vista continua suplía y con creces todas las deficiencias: añádase á esto que Dios Nuestro Señor concedía á sus ruegos y oraciones lo que no le permitía obrar por otros medios. Así es que no me sorprendió lo más mínimo, el que los superiores trasladasen al Padre Ginhac del terceronado de Castres al de Paray-le-Monial, únicamente porque en éste era mayor el campo de acción que se le ofrecía.

»¡Qué soldado tan valiente tuvo en el P. Ginhac Cristo Nuestro Señor! Este año de 1877 comenzó el mal de que había de morir. Pero lo que hubiera bastado para postrar á tantos otros en el lecho, y tenerlos clavados en él desde el principio, á él no le tuvo ni un solo día.

«Un tercerón inglés, que había aprendido medicina y cirujía solamente por afición, y con el cual tenía mucha confianza el P. Instructor, nos decía en cierta ocasión: «¡Qué mal tan horrible el suyo! Le he dicho al P. Instructor que si quiere, estoy dispuesto á cortarle la pierna *bonitamente*: cosa que le ha hecho sonreir.»

«Dos palabras acerca de la sonrisa del P. Ginhac. Tenía dos maneras de sonreirse, y entrambas bondadosas. Una cuando recibía á alguno, así se le presentase en la hora más importuna; esta era la sonrisa más virtuosa. Otra, cuando alguno de sus tercerones le contaba alguna victoria alcanzada sobre la naturaleza. Contábale una vez un tercerón, cómo, volviendo de paseo en un día caluroso de verano, había ido á la fuente á llenar un vaso de agua. «¿Y lo bebió V?»—le interrumpió el P. Instructor

algo triste. «Mire V. R. lo que hice: contemplé algunos momentos aquella agua cristalina; después, comencé á derramarla en el pilón de la fuente á hilitos y muy despacio, ofreciéndosela á Nuestro Señor en memoria de la sed ardentísima del Corazón de Jesús en la cruz, y por fin me volví alegremente al cuarto.» ¡Con qué cara tan sonriente escuchaba el P. Ginhac relaciones como estas! y luego añadía: «¡Así es como hay que tratar á la naturaleza, por amor de Nuestro Señor!»

»También le vi yo llorar. Y fué el día en que me llegó á Castres el permiso para partir á las Indias. Me dió la noticia con los ojos llenos de lágrimas, pero lágrimas de alegría y de envidia, como él confidencialmente me dijo.

»Magnífico regalo ha hecho Jesucristo Nuestro Señor á la Provincia de Tolosa y á la universal Compañía en la persona del P. Ginhac, dándonos en él un faro, una regla viva, un acabado modelo de *abnegación total por espíritu de amor*; porque, en realidad de verdad, la cifra y como compendio de su santidad fué el amor. Nadie podrá acusarle de habernos dado acerca del tercer grado de humildad una teoría seca y fría; pues, continuamente y sin cesar nos repetía: «Padres míos, este es negocio del corazón: el que no lo tenga, no saldrá nunca con él. Amen, y verán cómo lo alcanzan.» Y después, todo cuanto nos decía y enseñaba, lo ponía él en práctica delante de nosotros, sin desfallecer jamás. ¡Esto es elocuencia!»

Numerosos son los testigos que deponen en favor de esta elocuencia del P. Ginhac. El R. P. Pedro Roulleau, Provincial de la Provincia de Lión, escribía en 16 de Enero de 1895: «Yo tuve la suerte de tener por Instructor en Castres al P. Ginhac, y conservo de él un recuerdo, lleno de veneración y reconocimiento. Nunca he visto religioso que me haya impresionado tanto. Sólo el verlo me hacía más provecho que cien exhortaciones.»

Y el P. Albino Dubourg afirma: «Jamás noté en la

conducta ordinaria del P. Instructor, acción ninguna que me pareciese contraria á la virtud ó á la regla, ni reprensible por ningún lado. Vida como la suya, si perdura hasta la muerte, es vida de *santo canonizable*, y no me cabe la menor duda, de que este es también el parecer de todos los hombres de buen juicio que le han visto y observado. El P. Ginhac no parece ya de este mundo; está en Dios y vive en Dios. Lo sobrenatural lo dirige y absorbe todo en él; pero de manera que esta unión de su alma con Dios, no impide ni estorba en nada las obligaciones de su cargo y las conveniencias y relaciones de sociedad. Su unión con Dios es verdaderamente angélica. Me explicaré. El rostro de este hombre, que de su natural carece de expresión marcada, ó sólo la tiene insignificante, está de ordinario *transfigurado*. Hiere, sobrecoge, atrae, fascina, y más cuanto más se le mira. Particularmente su mirada tiene una transparencia y limpieza de cielo; parece mirada de ángel. A veces es tan penetrante, que se persuade uno que lee en el fondo del alma.»

De su perfectísima observancia regular, testifica el Padre G. Pouget lo siguiente: «El P. Ginhac nos ponía continuamente á la vista vivas en su propia persona, todas nuestras reglas hasta en sus menores ápices. Esta predicación de su ejemplo, ha ejercido en la generación de religiosos que se formaron bajo su dirección, una acción más eficaz y saludable que la que hubiera podido ejercer la más persuasiva elocuencia. Los testigos de la vida del Padre Ginhac quedaban convencidos, sin más argumento que el modo de obrar del Padre, de que las reglas de la Compañía pueden y deben cumplirse á la letra, sin quitar una sílaba, y que con la ayuda de la divina gracia, basta una voluntad constante y decidida, para practicar con toda perfección muchísimos pormenores, que fácilmente tiene por niñerías nuestra viciada naturaleza.»

Otros varios Padres de este tiempo, á quienes se les han pedido informes, relatan rasgos y ejemplos de virtud

en abundancia: de humildad y sencillez, haciéndose el menor de todos, pero sin dejar por eso de infundir veneración y respeto; así, si no había quien ayudara á misa, hacíalo él; ejemplos de religiosa pulcritud; era escrupulosamente amigo de la limpieza en sus vestidos, en todas las dependencias de la casa, y muy en especial en la iglesia y sacristía; ejemplos de mortificación á granel. Vaya uno tomado al azar:

«Estábamos ya en invierno—refiere el P. Javier Passard—y la nieve caía en grandes y espesos copos. Llamo á la puerta del P. Instructor, pero el ruido ensordecedor de cascabeles y de carros que pasaban por la calle, no me dejaron percibir si había respondido *éntre*, ó no. Abro, pues, la puerta, y sorprendo al santo varón rezando el breviario de rodillas en medio del cuarto. Tenía abiertas de par en par las dos ventanas, y el pavimento estaba ya salpicado de nieve. Mi buen Padre, que no había tenido tiempo de levantarse del todo, dejó en seguida el breviario sobre la mesa. Yo me excusé, diciendo que me dispensara y que volvería después. «No, no, siéntese V.» «Entonces, Reverendo Padre, permítame cerrar las ventanas.» Levantóse con presteza el digno Rector, y diciéndome: «Perdone V. R.,» se puso á cerrar una de las ventanas, mientras yo cerraba la otra. «Tampoco tiene V. R. fuego—repuse—voy á encenderlo inmediatamente». «Lo encenderé yo mismo en seguida—replicó él—si es que V. R. lo necesita». Como tenía pocas cosas que decirle, no acepté el ofrecimiento y me pesó. Probablemente, apenas salí yo del aposento, volvería á abrir las ventanas, y arrodillándose en medio continuaría el rezo del oficio divino. Un Padre á quien referí esto me dijo: «Pues esté V. prevenido, porque el P. Instructor ha venido á mi aposento con una brazada de leña, por temor—según decía—de que me dejaran sin ella.»

El P. Luis Cottet refiere lo siguiente: «Llamado á Mongré, tuve el sentimiento de abandonar á Castres en el mes

de Febrero. Cuando salí para la estación hacía un tiempo malísimo. Llovía furiosamente, y estaban pésimos los caminos. Pues á pesar de todo esto, el P. Instructor quiso acompañarme á pie, y lo que más á mí me sonrojaba, llevándome él mismo la maleta. Todos mis ruegos é instancias para impedirlo, fueron inútiles. Aún me dura la confusión de entonces, y por ello le he reconvenido no pocas veces, es decir, siempre que he tenido la dicha de volverle á ver, en Marsella, por ejemplo, y en otras partes.»

Una graciosa anécdota nos muestra el P. Instructor bajo otro aspecto. Refiérenosla el P. Cipriano Bruel, superior por mucho tiempo en la Isla de Mauricio, en carta del 2 de Febrero de 1895:

«Quiero contarle una historia. No temo que le vengan deseos de referírsela á nadie... En ella verá V. cómo este grandísimo santo sabía ser condescendiente con los pobres harones como yo.

»Acabábamos de comenzar los ejercicios de mes. Estábamos en el tercer día de la 1.ª semana. Después del desayuno, fuíme á la huerta á rezar Horas. Precisamente entonces, en la huerta vecina, de la cual no me separaba más que la tapia, un ruiseñor de Arcadia, ó hablando sin eufemismos, un asno, movía una noria. Tal vez se sentía ya algo cansado, y sin duda para matar penas, comenzó á cantar una magnífica diana... No sé qué afectos y sentimientos se apoderaron de mí; sé que no eran los que produce el recuerdo de los pecados. Dejé, pues, al *dilettante* continuar su tonada, y procuré contener los ímpetus de risa que me venían. Una hora después fuí al cuarto del Padre á darle cuenta, según costumbre, de cómo estaba. El buen P. Ginhac me escuchó afable y sonriente, y luego me dijo: Son los nervios que están un poco tirantes con el trabajo de los ejercicios; vaya á la huerta á espaciarse. Mañana veremos; si los nervios continuasen en esa tensión tendría que ir á cavar á la huerta por algún tiempo. Esta especie de amenaza de enviarme á cavar, ó como se dice

en *patois* crudo, de *me faïré palabessa*, casi me hizo romper á reir. Me salí, pues, mordiéndome los labios, mientras el buenísimo P. Ginhac se sonreía.

»A la mañana siguiente y á la misma hora, me fuí á rezar Horas menores. Mi artista siempre placentero, parecía esperar en el mismo sitio mi llegada. Comienza, pues, un soberbio preludio, y luego, con un compás de dos tiempos, me espeta la mejor pieza de su repertorio. No recuerdo si le acompañé marcando el compás con la batuta.

»Hubo que ir á dar cuenta al P. Ginhac de este rato de esparcimiento algo atolondrado. Oyóme sonriente al principio, pero luego, mis gestos, la mímica y mi estilo algo original causaron un efecto que no me desagradaba, el de hacer que aquel santísimo varón rompiese á reir de veras. Pasado el primer ímpetu me despidió, diciéndome: «Bueno, no se ría delante de la comunidad y de los Padres, pero cuando quiera reirse venga aquí y nos reiremos juntos.»

«¡Ah! nunca volveré á reirme tan de veras. Ya no tengo al P. Ginhac que me anime á hacerlo con su condescendencia de santo... ¡Santo Padre mío! ruega un poco á Nuestro Señor por este tu pobre tercerón, algo original.»

Como se ve, aun después de muchos años, mantiénese vivo é indeleble el recuerdo de estos hechos en la memoria de los que los presenciaron. Basta mentar el nombre de la alameda de Corbiéres, para que resuciten en todo su frescor. El P. Francisco de Lassberg salió de Castres en 1898, y volvió á su provincia. Encontróse poco después con un tercerón del 75, con el P. Guillermo Kreiten, tan conocido en Alemania [1]. Este docto escritor, que había de

(1) El P. Kreiten ha publicado numerosos artículos en la Revista alemana *Stimmen aus Maria Laach*. Allí han aparecido sus estudios sobre diferentes autores alemanes ó franceses, especialmente sobre Pascal, la traducción de las obras provenzales de Mistral, su *Bethléem*, y sus poesías *Den Wegentlang*, «A lo largo del camino», que forman un grueso volumen, del cual se han hecho ya siete ú ocho ediciones. Es, además, autor de una vida muy estimada de Molière y de Voltaire, y de otras obras, tanto en prosa como en verso.

morir tan pronto, le preguntó en seguida si había orado sobre el sepulcro del P. Ginhac, y si se contaban prodigios de él, etc. Y repetía sin cesar: «¡Oh! ¡el santo! ¡Oh! ¡el santo!» Al fin dijo resueltamente con gran aseveración: «Si la moderna Compañía tiene un santo canonizado, ese ha de ser el P. Ginhac.»

No es menos vivo y fiel el recuerdo de los PP. de la residencia, que el de los PP. tercerones. El P. Antonio Roucanières, que era ministro por este tiempo, suele contar aun hoy, no sin gusto muchos episodios de entonces.

»Decíame frecuentemente el P. Instructor: «¡Qué desgraciados son los superiores! Nadie se atreve á avisarles de sus defectos. Al menos V. R. hágame á mí este favor, como se lo suplico muy de veras.» Yo me excusaba con que la ocupación material de recorrer la casa no me dejaba tiempo para fijarme en él. La verdad era que no encontraba en él cosa reprensible. Pero un día tuve la satisfacción de descubrir un defecto, y la primera vez que me rogó que le avisase de sus faltas, le dije: «Esto es lo que tengo que advertirle: El P. Julio Servière, con quien he vivido muchos años, no echaba á andar, para salir del refectorio, después de la acción de gracias, hasta haber terminado la señal de la cruz. Y V. R., Padre mío, algunas veces, echa á andar mientras está acabando de hacerla.» «¡Oh, cuánto se lo agradezco, mi querido Padre!—respondió el santo con viveza.—Y es defecto bien grave y muy pernicioso. ¡Hacer esto delante de los tercerones un P. Instructor! ¡Es un verdadero escándalo! Quédole muy agradecido de habérmelo avisado, y le suplico se digne continuar prestándome tan buen servicio.» Le observé muy atentamente después, y ni una vez cayó en aquella falta.

»Un día, á las 4 de la mañana, después de hecha la señal para levantarse, el Hermano Despertador vino á buscarme. «Venga V. aprisa, Padre—me dijo,—que el Padre Rector está en la tribuna tendido y muerto.» Corro allá,

y veo al P. Ginhac en el suelo, sin conocimiento y con la cabeza ensangrentada. Vencido, á lo que parece, del sueño, se había caído, yendo á dar con la cabeza contra la esquina de un harmonio [1]. Llevámosle á la cama y le limpiamos la herida, que era grande. Mientras que le prestábamos este cuidado, volvió un poco en sí, aunque no lo bastante para discernir dónde estaba y qué hacían con él. Entonces pudimos conocer al hombre que no habíamos conocido nunca: El P. forcejeaba entre nuestras manos con una fuerza extraordinaria, durando esto hasta que súbitamente volvió á aparecer el santo que nosotros ya conocíamos. En un abrir y cerrar de ojos, pasó de una agitación desordenada é impaciente á aquel dominio de sí mismo tan perfecto y tan completo que le caracterizaba. El pensamiento que entonces me pasó por la mente fué: «Ya entra el dueño en su casa», comprendiendo mejor que nunca, que la no interrumpida paz que admirábamos en él era fruto de continuo pelear y de continuas victorias.

»Mi aposento y el suyo estaban contiguos. Todas las mañanas, á eso de las dos y media, oía los azotes que descargaba con fuerza sobre su pobre cuerpo. Un día me preguntó si dormía bien. Respondíle que regularmente la mayor parte de la noche, pero que á eso de las 2 y media, me despertaba un ruido algo extraño, como de quien descargara rudos golpes sobre un colchón. Calló el Padre un momento, y luego cambió de conversación. Desde este día no volví á oír el ruido, pero abrigo la convicción de que el *pobre cuerpo* recibiría en otra parte los azotes que antes recibía en el aposento.

»Acompañaba algunas veces al P. Ginhac en las visitas. Y recuerdo que un militar de alta graduación, después de

---

(1) El mismo P. Ginhac cuenta este accidente en una carta del 12 de Enero de 1871: «Estaba yo haciendo oración delante del Santísimo... cuando de repente (¿sería por razón del frío?) siento que me desmayo; caí, en efecto, y di en el ángulo de una tabla... etc. Perdóneme que hable de mí: lo hago porque V. lo desea. No son las austeridades la causa de esta debilidad. ¡Ay! por este lado, no voy demasiado lejos, antes temo faltar á la gracia.»

haberse fijado bien en él, me dijo: «O mucho me engaño, ó este Padre es persona de cuenta: no es un *cualquiera*.» Esta frase nos recuerda al *bravo hombre*, que tan grabado le quedó en la memoria á un coronel de caballería.»

Nadie como el P. Cipriano Boissou, por razón de su oficio, para conocer á este *bravo hombre*. Suyo es el siguiente fidelísimo relato:

«Fuí confesor ordinario del P. Ginhac, desde Octubre de 1869 á Octubre de 1877, en que salió para Paray le Monial. Confesábase todos los días, y ciertamente nunca he conocido persona que reuniese como él reunía tal conjunto de virtudes practicadas con tanta constancia y perfección. Siempre le consideré como á un verdadero santo.

»Nunca noté en su manera de proceder cosa ninguna que disonase en lo más mínimo, aunque tenía buena proporción para observarle; antes por el contrario, me persuadí que había adquirido en grado altísimo el hábito de obrar en todo por motivos estrictamente sobrenaturales. Y cuantos le han tratado como yo, le han tenido siempre por verdadero santo.

»Obligado por razón del cargo de consultor á escribir al Muy R. P. General, recuerdo, que, después de haber hecho un buen elogio de las virtudes de nuestro Rector Instructor, añadía: «Un defecto solamente reconocería en él: exceso de bondad», queriendo significar con esto que le tenía por hombre sin defectos.

»Durante su rectorado, restauró y ensanchó la iglesia; la decoró con pinturas, y no quedó por él el que también se pusiera órgano antes de su partida. El P. Borics, prefecto de iglesia, estaba siempre seguro de hallar buena acogida, cuando iba á proponerle algún gasto relacionado con el culto divino. Igual generosidad mostraba cuando se trataba de enriquecer la biblioteca; así, para comprar las obras de Salmerón, nos dió una buena cantidad de dinero. Fuí procurador algún tiempo, y recuerdo haberle representado con toda libertad estar la casa adeudada. El

nunca se disculpaba; y tenía tanta confianza en la providencia divina, que yo le acusaba de no acordarse de hacer economías, sino después de haberlo gastado todo. Es cierto, que esta su confianza en Dios, nunca le salió fallida; y gracias á ella, continuó, durante el período más crudo de la guerra y revueltas del 1870, la construcción del terceronado. Como viese con certeza que una cosa la querían los Superiores ó era conforme á los designios de Dios, nada era capaz de detenerle ni de hacerle vacilar.

»Varias veces fuí á confesarme con él, mientras estaba en oración. Encontrábale ordinariamente arrodillado sobre el suelo, á un paso del reclinatorio. Jamás le he visto hacer oración en otra postura que de rodillas. Delante del Santísimo, á donde iba á veces á las tres de la madrugada, siempre le encontré en actitud tan recogida y devota, que me parecía un ángel; y nada, ni el cansancio más extremado, le arrancaba de allí. Cuántas veces le vi luchar heróicamente contra el sueño, que le asaltaba, no sólo durante la oración, sino mientras estaba conversando. Sobreponíase durante el día á su enemigo, después de haberle vencido la mayor parte de la noche, pero era á costa de incesantes y penosas luchas. Reparé que para mantenerse despierto, apretaba con una mano una cadenilla de hierro erizada de puntas, que se enroscaba debajo de la manga en la muñeca de la otra mano. Todos saben que no había instrumento de penitencia con el cual no estuvise él muy familiarizado. En el momento mismo en que yo descubría que estaba jugando con aquella extraña pulsera, sostenía él amena conversación con el párroco de la Platé, que había venido á felicitarle el año nuevo.

»Verle en el altar era espectáculo arrebatador. Quiero notar especialmente que era celosísimo en guardar escrupulosamente todas las rúbricas y prescripciones del ceremonial, sin descuidar ninguna. Rezaba el oficio ordinariamente de rodillas y en la iglesia. En su aposento, lo rezaba algunas veces de pie; pero soy de parecer que si reza algu-

nas veces de pie, es para defenderse mejor del sueño. Nunca le he visto orar ni rezar el Oficio divino, sentado. Me acuerdo, que, volviendo de la casa de campo los días de vacación, tanto él como yo empleábamos el tiempo de este camino en rezar vísperas y completas. Y no lo hubiera hecho él, á no estar cierto de que era de mi gusto, bien que con esta seguridad, no creo que le desagradase ganar aquel tiempo, para entregarse, en llegando á casa, á sus múltiples ocupaciones.

»Dos veces vi al P. Ginhac santamente indignado. La primera con ocasión de unas palabras inconvenientes, ó mejor, poco respetuosas que se permitían los obreros que trabajaban en la iglesia. El Padre, después de haberse asegurado bien de ello una y otra vez, y procurando remediarlo con un aviso del P. Ministro, que no surtió pleno efecto; volvió á llamarle, y con una energía y un fuego que me impresionaron mucho, le dijo: «Vaya V. R. á decir á esos obreros que callen, ó póngales en la puerta de la calle!»

»Otro día, en tiempo de silencio, un Padre tercerón estaba hablando conmigo. La conversación la teníamos en el jardín, casi debajo de la ventana del P. Instructor y á vista de los demás tercerones. Y aquí también hubo, primero reprimenda, y luego, aquel mismo día, una buena penitencia para el culpable en el refectorio.

»No me cansaré de repetir, cuánta admiración me causaba la constancia del Padre en la práctica incesante de la virtud, hasta en las acciones más ordinarias de la vida, en que la mayoría de las personas, aun virtuosas, no reparan ni se fijan. Maravillábame muchas veces que no sucumbiese bajo la carga, y pienso haber sido necesario para mantenerse en aquel vigor de salud que tenía, un socorro especial de Dios; sobre todo, si se tiene en cuenta que las muchas abstinencias y numerosas maceraciones que añadía, no podían menos de acelerar la ruina de su salud.

»Cuando el P. Ginhac hablaba, en la intimidad, de co-

sas espirituales y divinas, parecía estar de fiesta. Jamás olvidaré el afecto y verdadera efusión con que me recordaba un día, con todas sus conmovedoras circunstancias, el coloquio de San Agustín con su madre Santa Mónica en la playa de Ostia. Y en comunidad, cuando podía dirigir por sí mismo la conversación, el asunto era siempre piadoso, y no omitía nada de cuanto podía prudentemente hacer, para mantener tales conversaciones ó para acabar con aquellas que parecían demasiado ajenas á sus santas aspiraciones. Lo delicado y fino de su caridad, hacía que no se manifestase contrariado con las conversaciones indiferentes, pero interiormente sufría con ellas; no tenía gusto más que con las cosas divinas ó en los intereses de Dios.

»Por lo que respecta á los Superiores y á sus decisiones, nunca vi salir de los labios del Padre una palabra, que no estuviese del todo conforme con la perfecta obediencia que San Ignacio exige á sus hijos.

»Con gusto hubiera visto en él más facilidad de expresión; pero no plugo á Dios Nuestro Señor concedérsela. Con ella el P. Ginhac hubiera conmovido al mundo.»

III

Ya hemos dicho que el P. Ginhac amaba entrañablemente á cada uno de sus hijos. Si mostró preferencia y amor especial con alguno, fué con los Hermanos Coadjutores.

Oigamos al Hermano Esteban Rouys: «Tenía tanto cuidado de nosotros, y mostraba tanta solicitud por nuestra alma, que no he conocido superior alguno que en este punto le igualase. Quería que por la noche nos propusiesen brevemente los puntos para la meditación del día siguiente, pero con mucha claridad y orden. Con este fin, había puesto al principio del libro una instrucción, para que los PP. que se sucedían por semanas en este oficio, nos ayu-

dasen todos por igual á hacer la meditación. Cada mes, y esto indefectiblemente, nos llamaba uno por uno, para que comunicásemos con él, estando además muy seguros de que, yendo á su cuarto con más frecuencia para tratar con él las cosas de nuestra alma, le dábamos un buen rato; y nos aconsejaba que lo hiciésemos así.»

Solía decir: «La lectura de la segunda mesa, es para los queridos Coadjutores.» Por eso, no quería que se comenzase la lectura, hasta que todos estuviesen ya sentados á la mesa. Enterábase también, si el catecismo de los domingos se hacía como es debido.

No perdía ocasión de edificarlos é instruirlos. «Cuando en las visitas nos llevaba de compañeros—dice el Hermano Coadjutor A. Osty,—por el camino nos hablaba de las reglas particulares nuestras, explicando, ya una, ya otra. Tomaba mucho interés por nuestros oficios, y nos preguntaba qué tal los desempeñábamos.»

«Un Coadjutor que anda siempre ocupado—solía él decir,—no tiene que temer por su vocación, aun cuando cayera en algunas faltas; mientras que si anda desocupado, está muy expuesto.» En cuanto á la obediencia, recomendábanos mucho que no mostrásemos disgusto cuando nos mandaran algo; cosa que apena mucho á los superiores.»

Ni se contentaba con darnos buenos consejos. «A todos, Padres y Hermanos estudiantes—dice el Hermano Rouys, —les daba ejemplo en la práctica de los oficios humildes, como fregar y servir á la mesa. Hacíase, por decirlo así, nuestro criado. Y cuando alguno volvía de viaje, él mismo cogía la maleta y se la llevaba al aposento, sin permitir que lo hiciese otro ninguno.»

Teníase, efectivamente, por el último de todos, y se reputaba indigno de desempeñar hasta los oficios más humildes. Tal vez llevado de este sentimiento de humildad, y del deseo de ponerse por debajo del último de sus hermanos, hizo lo que refiere el P. Pedro Issoulier: «Me encargaron que diese los ejercicios al Hermano cocinero.

Al segundo día, el P. Instructor me pidió permiso para asistir á los puntos de la meditación. Quien me conozca un poco (era excesivamente tímido este Padre), fácilmente comprenderá lo que me sobrecogió semejante petición; pero, como no podía rechazarla, los seis días que faltaban asistió con edificante puntualidad, á oír cosas pobres en el fondo y peores en la forma.» Así hizo los ejercicios.

Y el Hermano Rouys refiere por su parte: «Desde las nueve de la mañana del segundo día de los ejercicios, llegaba el P. Ginhac un poco antes que yo al cuarto del Padre Issoulier. Sentábase á mi lado, como un novicio, y escuchaba humildemente hasta el fin. Y desde este día asistió á los demás puntos hasta el último. Esto me edificó mucho.

»Por mi oficio de cocinero me recomendaba mucho, y hacía que me recomendasen, el comprar con largueza todo lo conveniente, y darlo en abundancia, de modo que siempre sobrase, y estuviese seguro de que nadie se había visto obligado á privarse de algo. Tenía en mucho el que la comida se preparase bien y con limpieza.

»Me acuerdo que en tiempo de cerezas, habiendo puesto el Hermano despensero unas que no estaban frescas, el P. Ginhac hizo señas al P. Ministro, para que inmediatamente las quitasen y trajesen otro postre. Y esto lo vi dos veces.

»En el refectorio, le veía que observaba con mucha atención, si servían bien y si á alguno le faltaba algo. Aunque, á decir verdad, siempre y en todas ocasiones le veía cuidarse de los demás, no menos de los Hermanos Coadjutores que de los Padres.»

Superior que lo vigila todo y exige fidelidad hasta en las cosas más menudas, corre peligro de ser tildado de severo y de cerrarse los corazones; escollo que evitó el Padre Ginhac, con su humildad y dulzura. Refiramos solamente alguno que otro hecho: «Cuando se anunciaba la venida de Padres de otras casas—dice el Hermano Osty,

—el P. Ginhac recorría los cuartos que les habían preparado. Si faltaba algo, mandaba llamar al Hermano encargado, y con voz dulce y sosegada le decía: «Carísimo hermano, hagámoslo todo bien; no hay que olvidarse de la tohalla, del jabón...; cuando se barre, deben estar abiertas las ventanas; los fósforos deberían estar en esta mesa. Y delante del mismo Hermano, lo ordenaba todo, dando precepto y ejemplo á la vez.»

Ya se deja entender que lecciones dadas de esta manera siempre eran bien recibidas.

Pero no lo eran menos las reprensiones. Fué cocinero durante una temporada un Hermano habilidoso, pero negligente. El P. Ginhac le obligaba á darle cuenta de su alma y del oficio cada ocho días. Una vez, al salir de una de estas entrevistas algo confundido y cabizbajo, un Padre que le encontró, le dijo bromeándose: «¿Qué tal la reprensión?» «No me hable de eso—le respondió sonriendo y levantando las manos al cielo;—aquí no hay manera de cometer el más mínimo pecado venial.»

No era difícil descubrir que toda esta atención y vigilancia del P. Rector procedía únicamente de su solicitud y caridad. Y ¡cuán atenta y delicada era ésta! Así lo testifica el H. Pedro Lalardie:

«En 1871, me enviaron á Castres por enfermo. Tenía el brazo derecho paralizado, y el lado correspondiente muy débil. El P. Ginhac encargó al Hermano refitolero que me cortase el pan, y me sirviese en la mesa. Comía yo á diversas horas que la comunidad. Muy pronto observé que el P. Ginhac procuraba pasar por el refectorio cuando yo estaba comiendo, y si no veía al Hermano á mi lado, servíame él mismo con todas las atenciones de una buena y cariñosa madre. Este recuerdo me ha hecho llorar más de una vez. Confundíame tanta bondad; así es que procuraba cambiar mis horas de comida.

»Dormía yo en una de las habitaciones del cuarto piso, en la parte nueva, muy lejos por tanto del cuarto del Pa-

dre Rector, que estaba en el primer piso de la casa antigua. El Padre subía con mucha frecuencia después de las nueve, cuando ya todos estaban acostados; preguntábame cómo estaba, arreglábame la ropa de la cama, y me daba la bendición. A veces, cuando no había sentido su llegada, gemía yo de dolor. Otras, sintiéndole venir, aparentaba estar dormido. En estas ocasiones, se contentaba con abrir suavemente la puerta y darme la bendición, y luego se iba.»

Pero mucho más que de los sufrimientos corporales, se compadecía el P. Ginhac de los males y desgracias del alma. «Imposible—escribe un Hermano coadjutor,—expresar el dolor que sentía, cuando uno de los Hermanos salía de la Compañía; le vi llorar por esto como un niño.»

No causarán extrañeza estas lágrimas, á quien le haya oído hablar acerca de la vocación de los Hermanos Coadjutores de la Compañía. «Es la vocación de San Alonso Rodríguez—decía,—vocación que merece toda nuestra solicitud y todos nuestros cuidados. En los Colegios y casas grandes, suelen quedar solos á merced de sí mismos. Cuidad siempre de sus almas; mostradles estima, y sobre todo dadles buenos ejemplos; así les aficionaréis á la Compañía y á la vocación, y contribuiréis al mérito y eficacia de sus buenas obras.»

Con el fin de mantener en ellos el espíritu apostólico, deseaba reunir en un libro las vidas de los Hermanos Coadjutores que han sido modelos, una para cada día del año. Cuando venía á Tolosa, nunca dejaba de pasar con los Hermanos una parte de la recreación, para regocijarlos y edificarlos. No cayó en tierra estéril tanto afecto; pues produjo frutos preciosísimos de fervor y abnegación.

IV

Y ¿qué decir del amor y afecto del P. Ginhac á sus pa-

rientes? ¿Los amó como amaba á sus súbditos y hermanos en religión? Indudablemente que sí. La caridad no destruye los afectos legítimos y naturales; antes los eleva y fortifica; y la verdadera amistad, ¿dónde arraiga y florece sino en los corazones abrasados de amor divino? Solamente que las manifestaciones del amor espiritual y según Dios, no son siempre conformes á las reglas y miras del mundo; y el mundo, de seguro que tendrá por hombre sin afecto y sin corazón al austero P. Ginhac, en los hechos que voy á relatar.

Oigamos de nuevo al H. Osty: «Llegué de postulante al noviciado, el 26 de Junio de 1868. Como yo era natural de las cercanías de Serverette, me presenté cuanto antes al P. Ginhac, para darle nuevas de su tierra, de sus parientes y en particular de su hermano Víctor, que estaba al frente de la casa del Mazel. Mostró mucha frialdad, y bien pronto cambió de conversación, preguntándome que quién era yo. «Soy—le dije,—Augusto Osty de Tiracol.» —¿Quiere V. entrar en la Compañía?—Sí, Padre. ¿Y sabe V. lo que es ser Hermano Coadjutor? Nunca llegan á sacerdotes, etc...» Contestéle brevemente, y en seguida volví á darle nuevas de su familia, creyendo que todo esto facilitaría mi recepción y la mejoraría; pero al punto me interrumpió bruscamente, como si no me hubiese entendido de qué le hablaba, y me dijo que me fuese con el Hermano Esteban, Instructor de novicios, el cual me estaba esperando á la puerta.

«Unos días después, como vieron que no sabía barrer, me fuí á ver al P. Ginhac, para hablarle de nuevo de su tierra, con la esperanza de que con semejante conversación me granjearía el afecto del Padre, y dulcificaría un tanto mi suerte. Esta vez, antes de que yo le hablase, me puso buena cara, me rogó que me sentase y me trató muy afablemente; pero apenas comencé á hablarle de su tierra, y de la buena cosecha que tendrían aquel año, me interrumpió.»

Parecía, pues, que el siervo de Dios se había olvidado del Mazel. ¿Se acordaría al menos de la Salesa de Marvejols, su hermana Sor Eugenia? Refiere la Madre Superiora, que una vez, envió el P. Ginhac á su hermana una hoja de papel en blanco á modo de carta, con estas palabras: «Dios solo,» la firma y nada más. Y añade: «Hacía mucho tiempo que deseábamos vivamente que nos diese él unos ejercicios; pero no vino, enviándonos sustituto. Fué éste el P. E. Regnault. Gustaba el P. Regnault de contar su entrevista con Sor María Filomena. «Comenzó en seguida á hablarme de su hermano. Y ¿quién es?—repuse yo,—su hermano?—Pues si es el P. Ginhac, el Superior de VV. ¿No le ha dicho nada para mí, al venir V.?—¡Ah! le dije yo: ya le conoce V. bien, es un santo.—Bien, pues, cuando vuelva V., tampoco le diga nada de parte de su hermana. Así lo hice; el P. Ginhac escuchó atentísimo todo cuanto le dije de la comunidad, pero me abstuve, no sin que se me escapara alguna sonrisita, de hablarle ni una palabra de Sor María Filomena.»

«Cierto día—refiere el P. L. Descamp,—que pasaba por una ciudad donde era religiosa una sobrina suya, le rogué que la hiciese una visita. Por obedecer y por caridad accedió á ir al convento en compañía de un Padre. Toda la Comunidad se dirigió precipitadamente al locutorio, ansiosa de ver un santo. Después que se quedó con la sobrina y el compañero, la exhortó á la santidad. Esta se quejó al Padre, en nombre de la familia, del silencio que con ellos guardaba. A lo que repuso él: «Escríbeles tú en mi nombre.—Y ¿qué he de decirles?—Diles que piensen en Dios y que se olviden de lo demás.»

Consta además, que, cuando por causa de los ministerios se acercaba á los suyos, nunca quiso que se les avisase. ¿Qué pensar? ¿Que se había hecho insensible á cuanto tocaba á la familia? Muy al contrario. Es verdad que, siguiendo el impulso é inspiraciones de la divina gracia, se impuso sacrificios heróicos, como los que se leen en las vidas de

los Santos; pero conservó siempre amor entrañable á sus parientes, manifestándolo sobre todo en los días de prueba [1].

A principios de Marzo del 73, los del Mazel estaban de duelo y llenos de tristeza, bien que mezclada de cierta alegría espiritual. Acababa de morir, á los 27 años, la primogénita de la casa, religiosa ursulina. El 17 de dicho mes, escribía el P. Ginhac á su hermano:

«Tomo parte muy viva en tu dolor. Esa amada hija, con sus virtudes, lo elevado de sus miras, la madurez de su juicio, y la ternura de su cariño, era tu alegría y tu consuelo, y frecuentemente tu consejera. Y Nuestro Señor, juzgándola madura para el cielo, te la lleva... Pero no pienses, querido hermano, que la has perdido, ni tú ni la familia. Desde el seno de Dios te prestará más servicios y más verdaderos, que hubiera podido prestarte aquí en la tierra. Será el ángel tutelar de tu casa, como de la comunidad religiosa en que vivió, y hará con Dios el oficio de mediadora, presentándole vuestras oraciones, exponiéndole vuestras necesidades, é impetrando de su infinita bondad toda suerte de gracias y socorros espirituales. Ojalá todos se aprovechen de los ejemplos de sólida piedad que nos dió durante su vida.

»Por lo que toca á ti, querido hermano, no has de servir al divino Rey con temor y tristeza, sino con santa alegría y entera confianza. Así harás más y mejor, adelantarás mucho más en la obra de tu santificación. Nunca me diste sino buenos ejemplos y saludables consejos, de lo cual te doy las gracias, y pido á Dios Nuestro Señor te lo recompense; pero has de dejarme una vez más, te pida perdón de los muchos malos ejemplos que te di, de las penas

(1) Uno de los rasgos característicos de esta familia verdaderamente patriarcal, dice un compatriota y amigo, el Padre F. Crouzet, fué el tierno amor que unía á todos sus individuos. Felícitas, hermana del P. Pablo, después de muerto el abate Vicente Ginhac, vicario que fué de Auroux, y con el cual vivía, se retiró á la Trapa, «con el fin, decía ella, de encontrar más pronto al que tanto amaba.»

que os causé, y de todas las faltas de que soy reo para con vosotros. Ten la bondad de rogar continuamente á Nuestro Señor, que se apiade de mí, y me perdone las muchas y graves ofensas que he cometido durante mi vida, contra su infinita Majestad.

»Por lo que hace á Pablito, no puedo hacer nada por él, á no ser con oraciones y consejos. Con la ayuda de Dios, no dejaré de auxiliarle de estas dos maneras. Si tiene aptitud para el estudio, convendría dedicarle á él, y enviarle al seminario menor de la diócesis. Si con el tiempo llega á ser sacerdote, será para él una gracia muy grande y una bendición para la familia. En cualquier parte que le tuvieres, vigila mucho y haz vigilar por su inocencia.

»He ofrecido la misa por Sor San Arsenio.»

Este «Pablito» de que habla el P. Ginhac, acababa de cumplir los ocho años. He aquí lo que, á propósito de su nacimiento, escribía en 1879 el canónigo Miguel, antiguo párroco de Serverette:

«Del matrimonio de Víctor Ginhac y Catalina Eufrasia Vanniére, nacieron ocho hijos; seis hembras y dos varones. Tres de ellas abrazaron el estado religioso. Cuando era yo párroco de Serverette, Víctor no tenía más que un hijo varón. Su esposa era ya de edad avanzada, y Matilde, la hija más joven, contaba 10 años. Al saber en 25 de Mayo del 68 el nacimiento de su segundo hijo, de Pablo, felicité á Víctor, y este verdadero cristiano me contestó: «Acepto y agradezco la felicitación; hacía ya diez años que mi mujer y yo pedíamos á Dios otro hijo para dedicarle á su divino servicio; ahora podremos ya, si Dios quiere, continuar la tradición de la casa y tener un sacerdote que dar á la Iglesia.»

El afortunado Padre vió antes de morir á su hijo Pablo, camino del altar, á donde por fin tuvo la dicha de subir preparado y asistido por el *santo* de la familia.

También en Marvejols, Eugenia se encaminaba al cielo, á donde llegó bien pronto, confortada por su hermano Pa-

blo, aunque ni Pablo ni ella pensaban estar tan cercano el día. A 20 de Marzo de 1873, el P. Ginhac la escribía así:

«Aprovecho la ocasión de ir dos Padres jóvenes á dar una misión en Saint Chély para dirigirte estas líneas, y enviarte, junto con una imagen de San José y una medalla traída de Jerusalén, algunos pedacitos de los vestidos de nuestros Mártires de París, víctimas de la *Commune*. Pero entiéndase, que hasta que la Iglesia no hable, no los miro como reliquias de Santos, sino únicamente como objetos dignos de veneración, puesto que han servido al fin de su vida á hombres de Dios, muertos en odio á la religión.

»¡Dichosos los que logran dar su vida en testimonio de su fe y de su adhesión á Cristo y á la Iglesia! Yo, querida hermana, me reconozco indigno de semejante gracia, aunque la pido todos los días en la santa Misa. Pero nos queda otro testimonio que poder dar á nuestro divino Rey, y aun estamos obligados á ello; es el martirio de cada día, el cual consiste en morir perpetuamente á nosotros mismos, para cumplir de la manera más perfecta y completa cuanto sea voluntad de Dios. Sea, pues, este nuestro martirio; practiquémosle fervorosamente por amor de nuestro amable Salvador, que primero nos amó tanto, que derramó toda su sangre por nosotros.

»Ya sabes las noticias de la familia; por un lado, que el sobrino *toma estado* (estilo del mundo); es de esperar que le sea provechoso para la eternidad, á la cual hay que referirlo todo; por otro, que la piadosa y buena Sor San Arsenio, rompiendo los lazos que la ligaban á la tierra, ha partido para el cielo. Dichosa ella, que está con Dios Nuestro Señor sin riesgo ninguno de perderlo.

»Ruega por mí más que nunca; ruega por la Compañía, perseguida casi en todas partes; ruega por el Padre Santo y por la Iglesia.

«Te bendigo muy afectuosamente en Nuestro Señor, querida hermana.»

En Octubre de 1873, recibió el P. Ginhac las primeras noticias de la enfermedad, que muy en breve había de acabar con su hermana Eugenia. Desde esta fecha le escribía con frecuencia, haciendo con ella el oficio de ángel consolador.

«Me anuncias la visita que Nuestro Señor en su infinita bondad se ha dignado hacerte. Gracia muy grande es, ser llamado á seguir al divino Rey y á imitarle en los trabajos que exige su santo servicio. Pero es favor mucho mayor y más precioso, ser escogido para participar de los dolores de la Cruz.

»No hay necesidad de que te recuerde lo que tan bien sabes, que la enfermedad que hoy te aflige viene de Dios, y que es efecto y prenda del amor especial que te tiene, y por fin que te da, con su divina gracia, el medio de sobrellevar con gozo y paciencia los dolores. Además, Jesucristo Nuestro Señor, como dice el Evangelio tomándolo de Isaías, tomó sobre sí todas nuestras miserias y enfermedades; y por consiguiente se compadece en particular de tus padecimientos. Bien puedes creer, querida hermana, que este clementísimo Señor está contigo, ayudándote á sufrir gozosa y resignada cuanto te envía para tu bien y su mayor gloria.

»¡Qué verdades tan consoladoras son estas! No hay cosa más provechosa para nosotros que el sufrimiento; el sufrimiento nos purifica más y más, nos despega de nosotros mismos, nos es ocasión de practicar excelentísimas virtudes, aumenta grandemente la caridad en nuestras almas, y hace que merezcamos tesoros inmensos de gloria para la eternidad. Nada además tan útil para el bien espiritual de nuestros hermanos y de la Iglesia; porque Dios no puede menos de escuchar las oraciones del alma que está humillada y en prueba, por amor de Dios. Nada tampoco tan agradable al Corazón divino, ni que tanto contribuya á la mayor gloria de Dios, como las cruces sufridas por amor de Nuestro Señor.

»No te aflijas, pues, por no poder hacer los ejercicios de piedad y demás cosas que antes hacías. Dios ve tus deseos; ofrécele tus molestias, amarguras y dolores. No puedes hacer mejor oración que ésta; con ella practicas el verdadero espíritu de oración.

»No me olvides, queridísima hermana, que yo tampoco te olvidaré. Se dirán las nueve misas al divino Corazón. Ten la bondad de enviarme *con frecuencia* nuevas de ti, ó hacer que me las envíen.»

«3 de Enero de 1874.—Todos los días te encomiendo á Nuestro Señor; y cuando me es posible, ofrezco especialmente por ti el santo sacrificio de la Misa. Si más pudiera, gustosísimo lo haría, por ayudarte de algún modo á dar á Jesucristo, nuestro divino Rey, un testimonio glorioso en ese doloroso combate.

»Si me fuera lícito desear alguna cosa, sería el que Dios alargase un poco los días de tu existencia en la tierra, para podernos ver otra vez en este mundo. Pero sea lo que el Señor quiera; ¿no es así? Total abandono en su divina providencia; Dios te ama; mira cuanto te envía, como señales de su tierno amor. Desde esa cruz donde estás, aceptada por ti con todo el corazón y sinceramente amada, no te olvides de mí, ni de la casa de Castres, ni del cargo que en ella desempeño, ni de nuestros ministerios y de la Compañía, que tanto tiene que sufrir en todo el mundo.

»Mi felicitación á la Reverenda Madre Superiora, á la cual, lo mismo que á tus dignísimas hermanas, deseo santo y buen año.

»Te bendigo afectuosamente en Nuestro Señor.»

De cuantas cartas recibió el P. Ginhac de sus parientes, desde 1843 á 1895, no conservó más que una, ó por mejor decir, solamente una logró, á pesar del Padre, sustraerse á la destrucción. Es de su hermana Eugenia, y dice de esta manera:

«Viva Jesús.—Del monasterio de Marvejols, á 31 de Enero de 1874.—Mi querido hermano: Tengo por cierto

que estás aguardando noticias, y estas noticias no llegan, ni esta pobre enferma da señal alguna de vida. No estoy sin embargo muerta, aunque he estado más de una vez al borde del sepulcro. Sí, querido hermano, vivo aún, y no sé cómo. Dios en su bondad prolonga mis sufrimientos, y me mantiene aquí abajo, no sé porqué. No me aprovecho del precioso estado en que me encuentro, y que haría las delicias de tantas almas santas. Me canso de sufrir; me cansa este estado de impotencia á que nuestro bondadoso Señor me ha reducido; estoy como una persona sin sentimiento y sin vida. Parece que se me va la vida, y no obstante, continúo viviendo, y no acaba de llegar la hora suprema.

»De nuevo me resigno y me pongo en manos de aquél que es el único que puede venir en mi ayuda y sostenerme. Hace seis semanas que me han pinchado en varios sitios una de las piernas; desde entonces, no puedo dar un paso; estoy como niño en cuna; de la cama al sillón, esos son todos mis paseos. Pero he de decirte, mi querido hermano, cuán bueno es el Señor con esta su pobre y mezquina criatura; tengo la dicha de poder ir, en un sillón de ruedas, á una tribuna, para recibir al Señor, los días de comunión para toda la Comunidad. Este favor lo tengo yo por uno de los mayores que se puedan hacer á uno, estando enfermo, sobre todo después de haber pasado mala noche. Ten la bondad, querido hermano, de dar por ello las gracias á aquél á quien entrambos únicamente amamos.

»Otra de las gracias que estimo en mucho es no cansarme de este tan triste estado. Llámole triste en cuanto á la naturaleza, á quien no se le alcanzan las miras y vistas de la fe. Lo que hago con ella, es dejarla que grite cuanto quiera, sin hacerla caso. Lo que da más pena es no ver el fin; pero lo ve mi Señor, y esto me basta. Vivo al día, y me doy por contenta de poder seguir haciendo este sacrificio, pequeño aunque muy costoso. Porque he de confesarte, querido hermano, que en el estado en que estoy, todo es cruz, todo es sacrificio. ¡Sea Dios bendito!

»Confúndeme esta nuestra Reverenda Madre con sus bondades y cuidados, y las atenciones tan delicadas como caritativas que guarda conmigo. Desearía que la dieras las gracias. Dígnate además pedir al Sagrado Corazón de Jesús, que yo me haga más digna del hermoso título de hija del Sagrado Corazón.

»Ten por seguro, que tendré muy presentes todas las intenciones generales y particulares de que me hablabas. En este momento mi oración son los sufrimientos, y de ellos te hago partícipe con todo mi corazón. Doy también su parte á la Compañía de Jesús, puesta ahora en tan dura prueba por los enemigos de la Iglesia. ¡Cómo triunfa el demonio en estos malos tiempos! Dios deja hacer..., pero ya alcanzará á sus enemigos! ¡Cuán dignos son de compasión! ¡Cuán infelices, yendo como van derechos al abismo á precipitarse en el infierno! Que Dios los convierta, si le place, y los traiga á buen camino.

»Te dejo ya, querido hermano. No pensaba alargarme tanto; pero, cuando me pongo á hablar contigo, no sé dejarlo. Te ruego que me escribas, para que pueda cumplir los designios que ha tenido el Señor al ponerme en este estado. No deseo otra cosa que su gloria y lo que á Él le plazca; lo demás irá como pueda. Con tal que Dios esté contento, poco importa lo demás.

«Con que adiós, querido hermano, adiós para siempre. Seamos de Dios y nada más que de Dios, en vida y en muerte.

«Me uno más que nunca á ti en el Corazón de Jesús, Nuestro bondadosísimo Señor, y un poco también sobre la cruz.»

«Castres, 9 de Marzo de 1874.—Hermana muy amada en Nuestro Señor: si tu carta me ha hecho ver la grandeza de tus sufrimientos, y lo largo y prolijo de la prueba, me muestra al mismo tiempo la viveza de la fe y la fuerza del amor, que el divino Maestro te infunde, para sufrir lo todo con santa resignación y aun con celestial alegría.

»¡Gloria á Jesús! ¡Paz á ti! Sin duda que te sería mucho más dulce el morir, y ver el término de tus padecimientos, y poseer á Dios Nuestro Señor. Pero, á más de que no puede haber para nosotros otro verdadero bien que hacer la voluntad santísima de Dios, vale más el trabajar y sufrir aquí con la divina gracia algo más tiempo, para gloria del Rey divino, bien de la Iglesia, utilidad de las almas y nuestro propio aprovechamiento espiritual, acrecentando con todo esto nuestros merecimientos, que salir de este mundo sin estas ventajas. Para descansar, para amar y gozar, tendrás la eternidad toda entera; y la gloria eterna que darás allá en el cielo á la divina Majestad de Dios, será tanto mayor cuanto más hayas hecho y sufrido por él en la tierra. Piensa sin embargo, querida hermana, de continuo en el cielo. Allí lo tenemos todo... Este pensamiento te ayudará y fortalecerá. Después mira á la cruz, testimonio de amor incomparable del Señor para con nosotros. Piensa en la Sagrada Eucaristía, donde el Señor se quedó escondido por nuestro amor. No puedes comulgar con la frecuencia que quisieras, pero espiritualmente y con el corazón puedes hacerlo. Por fin, mira al Corazón de Jesús. Que este Corazón sea el tuyo: tuyo para amar, tuyo para inmolarte de continuo por la gloria de Dios y bien de las almas.»

»2 de Julio de 1874.—Mi muy querida hermana en Nuestro Señor: En la tuya última, me referías todo cuanto tienes que sufrir física y moralmente. Nuestro Señor me concede la gracia de comprender y participar los dolores de mi querida hermana. Hoy, que es la hermosa fiesta de la Visitación, he ofrecido por ti el santo sacrificio de la Misa, sin olvidar á las demás religiosas de ese Monasterio ni las otras casas de la Orden, para conseguir de Dios que te dé paciencia, y perfecta resignación, y su santo amor, mientras plazca á su paternal providencia prolongar tu sacrificio. Aunque todo parece anunciar que no será largo. Muy pronto, querida hermana, saldrás de

este lugar de destierro, se romperán tus cadenas é irás á los eternos tabernáculos, para contemplar sin fin las perfecciones infinitas del amabilísimo Señor á quien sirves tanto tiempo ha. Cuando se aproxime este momento, al pensar en el paraíso, haz tuyos los sentimientos del profeta Rey que decía: *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.* Salto de gozo con la nueva que me han dado, de ir á la casa del Señor. Para una cristiana, y sobre todo para una religiosa, el día de la partida es el día más hermoso y el más grande de todos los días; porque es el día en que libre de todas las trabas, y exenta de todo riesgo y peligro, entra en la posesión del soberano Bien, para nunca jamás separarse de Él. Desea con todas las veras de tu corazón este día sin igual, y alégrate de que se vaya acercando. Que el recuerdo de tus infidelidades y negligencias pasadas no te entristezca ni te haga desconfiar. Nuestro Señor es infinitamente misericordioso, y has de creer que su bondad sin límites lo ha borrado todo. No eches ni por un momento en olvido que te ama, y que, en los tesoros de su Corazón Sagrado, tienes de sobra con que satisfacer y pagar todas tus deudas.

»Pero como el tiempo que te resta es corto, y por eso mismo más precioso; aprovéchate, de él para glorificar á Dios llevando bien tus padecimientos; para honrar con ellos la Pasión de Jesucristo Nuestro Señor; para adquirir mayores méritos; para pasar aquí el purgatorio y lograr que no se te retarde la entrada en la gloria. Dichosos sufrimientos, pues te unen más y más con Nuestro Señor, aumentan la caridad, y te disponen á gozos inefables. Mira tus padecimientos como un *martirio*, que el Señor, para gloria de su nombre, te concede sufrir. Súfrelo todo con el valor de los mártires. ¡Debes tanto á esa santa Comunidad que te recibió, y te ha amado, y servido, y cuidado con tanta caridad y abnegación! Dala en retorno el consuelo de verte sufrir con alegría por amor de Jesucristo

Nuestro Señor, procurando dejar á tus queridas hermanas, como sagrada herencia, el ejemplo de todas las virtudes.

»Para prepararte dignamente al gran día, pide pronto los últimos Sacramentos, para que los recibas con pleno conocimiento, con mayor fruto tuyo y mayor edificación de tus dignas hermanas.

»Acepta la muerte, querida hermana, no sólo con resignación, sino con acciones de gracias, amor y celo; queriendo morir por Nuestro Señor, como Él murió por ti; para darle vida por vida y sacrificio por sacrificio.

»Entrega tu alma á Dios, con las mismas disposiciones con que la entregó Nuestro Señor en la Cruz, á mayor gloria de la divina Majestad, para salud del mundo y para mayor abnegación tuya.

»Acepta también de antemano el purgatorio, por si te queda algo que expiar. Por fin, una vez admitida en el cielo, después de haber dado gracias á la bondad infinita de Dios, saludarás y abrazarás cordialísimamente, en mi nombre y en el tuyo, á nuestra querida familia; á nuestro buen padre, á nuestra dignísima madre, á nuestros queridos hermanos y hermanas, y á todos los demás parientes. Rogarás á todos por mí, y pedirás á Nuestro Señor que me haga una visita, si le parece bien.

»Yo en cambio te prometo, amadísima hermana, no olvidarme de ti en el sagrado altar. Te bendigo una y mil veces, hermana mía en Jesucristo, para cuantos días te quedaren de vida, y muy especialmente para el momento de la salida, y hasta que ocupes el puesto que te está reservado en el cielo.

»Allá, amarás á Nuestro Señor y á la Santísima Virgen por ti, por mí, y por tantos otros que no le aman.»

De este modo, el P. Ginhac satisfizo agradecido con largueza, la deuda que con su hermana Eugenia tenía. Condújola en cierta manera paso á paso, y la sostuvo fraternalmente hasta los umbrales del Paraíso, á través de esta ruda y prolija prueba de sufrimientos.

Unos años después, dió á su hermano Víctor iguales muestras de amor fraternal.

Tenía Víctor todas las virtudes que eran como hereditarias en el Mazel. «Mi padre—escribe Augusto, su primogénito—era un excelente cristiano; todos los días teníamos oración en común, rosario y lectura de vidas de santos. Teníamos las vidas de los santos en doce volúmenes. Cuando no podíamos ir á Vísperas, por el mal tiempo, las rezaba él en casa de rodillas, y nos las hacía rezar. A pesar del trabajo, no dejó ni un ayuno. En la colación de la noche, durante la cuaresma, nunca quiso usar lacticinios, aunque estaba ya permitido, guardando hasta la muerte el antiguo rigor.

«Nunca vi que diera disgusto á nadie; le gustaba meditar, y en los últimos años de su vida nos decía: «Si no fuese por la familia, iría á acabar mis días en la Trapa.»

Avisado el P. Ginhac de la gravedad de la enfermedad de su hermano, le escribió esta carta:

«Mi querido hermano: no sin grande y vivo dolor, he sabido tu enfermedad. Esta mañana he ofrecido á tu intención el santo sacrificio de la misa, y no dejaré de encomendarte todos los días, de manera muy especial, á Nuestro Señor. Con mucho gusto volaría, querido hermano mío, á tu cabecera, para decirte algunas palabras de consuelo y bendecirte; pero estoy y estaré aún mucho tiempo atado aquí, con los cuidados diarios que debo á los Padres de tercera probación; ni mis superiores podrían dispensarme de ellos, por ahora, sin inconveniente. Pero con la gracia de Dios, estaré á tu lado al menos con el espíritu y el corazón, y no cesaré de pedir al divino Maestro, que te asista muy particularmente con la suavidad y virtud de su amor en tan rudas pruebas. Pon toda tu confianza en Nuestro Señor Jesucristo. En Él y por Él sufrirás cualquier dolor, vencerás cualquier dificultad, superarás cualquier tentación y arribarás felizmente á la patria del cielo.

»Nunca harás demasiado para prepararte á esta gran jornada. Lo esencial está ya hecho, puesto que has recibido los últimos sacramentos. Pero harás bien, mi querido hermano, en pedir te vuelvan á dar la absolución, siempre que te visite tu confesor ú otro sacerdote autorizado.

»Pide además al señor Párroco, que te traiga con frecuencia la sagrada comunión. Es el pan que fortalece para los grandes combates en los cuales hay que salir victorioso para la eternidad.

»Ya sabes que en 1868, obtuve en una audiencia particular con el Soberano Pontífice, que su Santidad me concediese, en su excesiva bondad, indulgencia plenaria para todos los de la familia. Por el correo te envío un crucifijo, y una medalla de Nuestra Señora de Lourdes, ambos enriquecidos con las indulgencias apostólicas.

»Permíteme ahora, querido hermano, te aconseje que hagas á Dios Nuestro Señor de la manera más generosa el sacrificio de tu vida, por amor de nuestro amabilísimo Salvador. Él derramó por ti toda su sangre preciosa, é hizo el sacrificio de su vida; júzgate, pues, dichoso de tener tan buena ocasión para poder testificarle tu agradecimiento y darle vida por vida. Este será un medio soberanamente eficaz para reparar lo pasado y adquirir con un solo acto grandísimos merecimientos, y consiguientemente, de ponerte en condiciones de dar á Dios, por toda la eternidad, mayor gloria. Este ofrecimiento y sacrificio de tu vida, podrás renovarlo de cuando en cuando, á no ser que te mantengas constantemente en este espíritu de sacrificio.

»Te aconsejo además, que aceptes de antemano desde ahora todas las penas del purgatorio, que tal vez tengas que padecer. Ya sabes que en el purgatorio se padece, pero no se merece; con todo, es creible que todas aquellas penas se vuelvan meritorias, si acepta uno los rigores de la divina justicia mientras está en esta vida en estado de merecer. Espero que con los sufragios de la Iglesia nues-

tra madre, con las oraciones que tú haces y las que otros hacen por ti, con los padecimientos que sufres y el sacrificio que voluntariamente haces tú mismo de tu vida, espero, digo, que con todo esto no te quedará mucho por expiar antes de llegar al cielo.

»Cuando estés con Jesucristo Nuestro Señor y la Santísima Virgen, no te olvides de mí delante de ellos. Tampoco yo te olvidaré.

»Da á la familia las últimas instrucciones. Y al mandar venir al derredor de tu lecho á todos los miembros de la familia, para darles como padre la bendición, diles que no se apeguen á la tierra, que no trabajen sino para el cielo, que no vivan sino para Dios, y todo lo demás que el amor y afecto te sugiera, con la gracia de Dios.

»En fin, mi querido hermano, te envío mi santo ángel, para que te lleve la bendición de Pío IX, Vicario de Cristo Nuestro Señor, la cual tengo autoridad de mandarte. Ojalá te sirva de consuelo, y te ayude para ser hasta el último momento, perfecto cristiano.»

Digno era Víctor de oír estas recomendaciones de su hermano Pablo. «Durante su enfermedad—cuenta su hijo Augusto—recibió cuatro ó cinco veces la sagrada comunión. Nos pedía muchas veces, estando en cama, un libro que acostumbraba leer todos los domingos, el libro de *La Imitación de Cristo*, escrito en latín. En los tres ó cuatro últimos días tuvo en sus manos el crucifijo, y le tenía también cuando expiró. Dejó 2.000 francos para misas, y dispuso que el entierro fuese modestísimo.»

El abate Seguin, vicario de Serverette, testifica lo siguiente: «Conociendo Víctor que se le agravaba la enfermedad, me mandó llamar y me suplicó le oyese en confesión. Confesóse con la cabeza descubierta y sentado en la cama. Luego me pidió con mucha devoción le llevase la sagrada comunión, como lo hice al día siguiente por la mañana. Después volvió á confesarse y comulgar. Tres días antes de morir, estando yo presente, hizo venir á todos sus hi-

jos alrededor del lecho, y les pidió perdón de los malos ejemplos que les había dado. Al oír esto los hijos, cayeron de rodillas todos, y con lágrimas en los ojos le dijeron que no era él quien había de pedir perdón. En seguida le abrazaron. Y él les dió este último consejo: «Sed mejores y más virtuosos que yo.» Conservó hasta el último suspiro cabal conocimiento.»

Augusto anunció al P. Pablo la muerte de este digno heredero de los antiguos Ginhac, y el *santo* respondió con la siguiente carta al nuevo heredero:

«22 de Junio.—Mi querido Augusto: Dios es perfecto en todas sus obras. Te dió á ti un padre dignísimo, y á mí un excelente hermano, y ahora acaba de sacarle de este mundo para una vida mejor. ¡Él sea eternamente bendito!

»Para nuestro querido difunto, ha sido ciertamente mucho mejor verse libre de las miserias de la tierra, y entrar sin más demora en los gozos inefables de la patria. Ni nosotros le hemos perdido; únicamente nos han quitado por algún tiempo su presencia corporal; pero bien pronto nos encontraremos con él, si así pluguiere á la infinita bondad de Dios, y será para participar eternamente de igual felicidad. Y mientras tanto, no estaremos del todo privados de él; además de los ejemplos de vida irreprensible que nos deja, podemos estar seguros de que nos ayudará con sus oraciones y su intercesión en el acatamiento de Dios Nuestro Señor.

»Sin embargo, como podría quedarle algo que expiar en el purgatorio, es deber nuestro socorrerle y consolarle con nuestros sufragios y buenas obras. Ayer y hoy he ofrecido la santa misa por el eterno descanso de su alma, y continuaré haciéndolo. Además le he encomendado á las oraciones de la Comunidad. Tú, querido sobrino, cumple generosamente por tu parte lo que la piedad filial exige de ti en estas dolorosas circunstancias.

»Ahora quedas en el Mazel al frente de todo. En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que te ha delegado su

autoridad, debes gobernarlo y regirlo todo conforme á los principios cristianos y á las leyes de Dios y de Nuestra santa Madre la Iglesia. Lo más importante no son los intereses materiales, sino el buen estado de la casa bajo el aspecto moral y religioso. No consientas que el Mazel cambie de espíritu y deje de ser lo que siempre ha sido; es decir, casa de Dios antes que nada, morada de buenos ejemplos, refugio del pobre y consuelo del afligido.

»Si tú haces que reine Jesucristo Nuestro Señor en esa posesión que Él te ha confiado, y de la cual no eres en cierto modo sino mero administrador; si con tu conducta, tus palabras y tu influencia haces que este divino Rey reine en tu familia y en cuantos te rodean, yo te aseguro que Él tendrá también cuidado de tus intereses.

»Te recomiendo en particular, la mayor frecuencia de sacramentos que te sea posible, la oración en familia, y sumo cuidado en educar santamente á tus hijos. No confíes este cuidado á ninguno otro de la casa; resérvalo para ti; pues se trata, sobre todo, de guardar sus almas y de formarlas para Dios y para la eternidad.

»Adiós, queridísimo Augusto; no me olvidaré de ti delante de Dios Nuestro Señor. Ruega tú también por mí. Recibe mi bendición.»

CAPITULO X

En Paray-le-Monial (1877 á 1880)

I. Discípulo y apóstol del Sagrado Corazón.—II. Vida dolorosa.—III. El ideal del Instructor.—IV. Elocuencia del corazón.—V. Su apostolado.—VI. Su vida de fe; la expulsión de Paray-le-Monial en 1880.

I

Con fecha 2 de Agosto de 1877, el Muy R. P. Beckx escribía al P. Ginhac: «El año de tercera probación toca á su fin. Laón y Castres no serán en adelante casas de tercera probación, y un número considerable de Padres jóvenes se reunirá en Paray. Suplico á la divina Bondad, perdone á V. R., mi amado Padre, las imperfecciones que vea haber cometido en el importante cargo que ha desempeñado en Castres. Por lo que á mí toca, no tengo otra cosa sino darle las gracias en nombre de la Compañía, por el celo y constancia con que ha trabajado por dar á nuestros tercerones la última forma del Instituto.»

Al leer esta carta, el P. Ginhac debió indudablemente dar gracias á Dios, que al fin le quitaba el peso de tanta responsabilidad; pero no le duró mucho este consuelo. Apenas se fundó la casa de Paray, el R. P. Provincial de Lión pidió para dirigirla al Instructor de Castres. En consecuencia, el R. P. Blanchard escribía el 19 de Junio al M. R. P. Beckx: «Aunque siento mucho privarme de este Padre, que es una bendición para la provincia, he creído un deber cederle, mirando al bien general... Con esto no le perdemos por completo, pues continuará formando nuestros sujetos; y sus cualidades, lo mismo que su santidad, parecen designarle para este importante ministerio.»

Muy otra era la opinión que de sí tenía el interesado, como se trasluce en estas líneas que le dirigía el M. R. P.

General á 11 de Agosto: «Su carta del 3 puede resumirse en estas palabras: *Ego vir videns paupertatem meam...* Grande gracia de Dios Nuestro Señor, y prenda de abundantes bendiciones de parte de Aquél que *vocat ea quae non sunt.* Después de las pruebas que V. R. ha dado en Castres, los dos Provinciales de Lión y de Tolosa le han propuesto para Paray, y yo no tengo motivo alguno para rechazar la propuesta. Valor, pues, y adelante. Confianza, no en sí mismo, sino en la misericordia divina.»

El humilde religioso tuvo que someterse y resignarse de nuevo.

Apenas salido de Castres el P. Ginhac, Monseñor Ramadié, Arzobispo de Albi, escribía lo siguiente al P. Paulet, su sucesor: «Nada le digo de mi pena por la ida del P. Ginhac: es muy amarga. Deja en toda la diócesis imperecederos recuerdos. Mi reconocimiento será eterno, por el inmenso bien que nos ha hecho.»

Con fecha de tercer domingo de Septiembre, se lee en el diario del P. Ginhac: «Toma de posesión de la nueva casa-terceronado de Paray-le-Monial, festividad de los Dolores de la Santíssima Virgen.

«¡Cuánto no sufrió la Santísima Virgen para cooperar á la Redención y llegar á ser Madre! *Magna est velut mare contritio tua... O vos omnes qui transitis per viam...* Para engendrar almas para Jesucristo, para hacerlas crecer en Jesucristo, para conservarlas y perfeccionarlas en Jesucristo, hay que sufrir. En una casa de tercera probación, sobre todo, se engendran almas, sino en el primer grado de humildad, al menos en el segundo y principalmente en el tercero: *Filioli mei quos iterum parturio donec formetur Christus in vobis.*»

Esta era la única ambición del P. Instructor: formar en las almas á Jesucristo crucificado. Pone este ministerio bajo los auspicios y patrocinio de Nuestra Señora de los Dolores, á la cual tuvo siempre particular devoción, á ejemplo de San Ignacio. ¡Y con qué confianza y consola-

ción emprende su tarea en la casa de Paray! ¡Vivir cerca de aquel monasterio que presenció las apariciones del divino Salvador, y guarda las reliquias de la Beata Margarita María; vivir bajo el techo que encierra los restos mortales del P. la Colombière!... Favor insigne, que nadie pudo apreciar mejor que él. En circunstancias tan propicias y favorables, su devoción al Sagrado Corazón recibirá nuevo aumento. En adelante, será más aún que lo ha sido hasta entonces, el apóstol del Sagrado Corazón, de lo cual son prueba los apuntes de sus primeros ejercicios en Paray, por fortuna encontrados en una cartera casi deshecha. Copiemos algunos fragmentos.

En la meditación del reino de Cristo, pregúntase á sí mismo, qué es para él este Rey divino, y se responde: «Mira! ¡Mira ese corazón!... » Qué debe ser él mismo, y qué debe hacer, y escribe: «¡Mira ese corazón!... Que todos se le parezcan; hombres que sepan á Jesús, á Jesús crucificado... que amen y quieran... que trabajen y luchen... que den y se den... que sepan sufrir y morir. El Sagrado Corazón que me ama, hará esto en mí y por mí.»

Y en la meditación de la vocación de los apóstoles, escribe: «Jesús quiere enseñar, trabajar y sufrir por medio de ellos; trasformarse en ellos, vivir en ellos. Los elegidos de Jesucristo deben estar *llenos de Él. Necesitas mihi incumbit... Imitatores mei estote...* ¿No es para mí la presente una *hora decisiva*? ¿No quiere Él que yo me resigne á no ver nada, á no sentir nada, á no poder nada, á ser nada?»

«Bodas de Caná.—*Invitatus fuit.* El mismo se invita, inspirando el pensamiento y el deseo de invitarle. Dichoso el que responde á esta gracia preveniente é invita á Jesús. Señor Jesús, ya sabéis que en mí estáis como en vuestra casa. Venid, pues, venid cada día. ¡Y quedaos!...»

Antes de la elección: «No sin experimentar un sentimiento de contento, me ha parecido descubrir, mientras estaba en la capilla delante del sepulcro del P. la Colombière, que lo que en mí *dominaba* era la *pusilanimidad*

en vez de la *magnanimidad* que lleva á hacer grandes cosas y á sufrir mucho por Dios; que era inclinado á huir el trabajo, las molestias, el sufrimiento, el sacrificio de mí mismo. Así, pusilanimidad para las cosas espirituales; pusilanimidad para el trabajo; pusilanimidad para la mortificación; porque no amo. Pues bien, ¡por el Sagrado Corazón, como el Sagrado Corazón, y con el Sagrado Corazón!...

»El examen particular tendrá por objeto luchar contra la pusilanimidad y ejercitarse en la magnanimidad; primero en la perfecta observancia regular, luego en la práctica del «todo á todos», y por fin en el espíritu de sacrificio.»

«*Apertura del Corazón de Nuestro Señor.*—Dos ríos inmensos de misericordia y gracia salen para inundar toda la tierra, á fin de *purificar* las almas y *fecundarlas*. Después oré largo tiempo, pidiendo á Nuestro Señor que mi corazón se abriese por fin á *Dios* y á las *almas*. Necesito la verdad, el amor, el poder del Corazón de Nuestro Señor; necesito el Corazón mismo de Nuestro Señor. Él ha de ser el Instructor de estos Padres venidos de todas partes; Él es quien ha de abrasarlos, llenarlos de Él mismo, para que estos Padres, cuando vuelvan, esparzan por doquiera este sagrado fuego. Tomad, pues, mi corazón, cambiadle con el vuestro, Señor Jesús.

»Esta es la casa del Sagrado Corazón. Yo no soy nada. Es preciso, ¡oh Rey divinísimo!, que vuestro Corazón gobierne esta casa. Yo os lo confío todo...»

«En la Ascensión.—*Sursum corda!* Estemos y habitemos en el Corazón de Jesús. Allí, nuestros pensamientos, nuestros afectos, nuestras ocupaciones no tendrán nada de terreno. ¡Poseeremos la gloria verdadera, los verdaderos bienes, la verdadera dicha!»

«Contemplación *ad amorem*.—Me parece que nunca he hecho yo entrega de mí mismo como la de esta tarde. ¿Qué será de ella? Dios mío y Señor mío, guardadme; que yo soy

capaz todavía de tomarlo todo otra vez y disiparlo todo. Me parece que al presente no puedo disponer de un pensamiento, de un deseo, de una mirada, de un gesto, ni de acción ninguna. Este acto, oh Jesús mío, lo ha preparado vuestro Corazón, vuestro Corazón me lo ha dictado, vuestro Corazón me lo guardará. Él repara lo pasado, y me hace pasar á un nuevo orden de cosas. *Fiat!* Me parece que no me queda nada de mí: sólo una cosa domina y gravita sobre todo mi ser, la voluntad santísima de mi Señor.»

Estas ilustraciones no inspiran al humilde religioso, ni presunción ni vana complacencia. Siempre desconfiando de sí mismo, concluye con esta resolución práctica que gustaba de inculcar á los demás: «Después de los ejercicios, ponerse á obrar como quien está seguro de haber hecho unos buenos ejercicios... De esta manera, Nuestro Señor suplirá conforme haya necesidad.»

Ya se deja entender, que el Padre, después de haber bebido él la gracia en el costado del Salvador, invitará constantemente á los PP. tercerones á acercarse á esta fuente siempre manante. En 1878, al comenzar el año de tercera probación, les exponía los tres puntos siguientes:

«1.° El Sagrado Corazón atrae fuerte y suavemente. Responderle ofreciéndole nuestro corazón, todo el corazón. gozosos y dispuestos á todo. 2.° El Sagrado Corazón purifica, instruye, enciende, eleva, fortifica, une y transforma. *Cor Christi, cor Pauli!* 3.° El Sagrado Corazón, cuando establece su reinado perfectamente en el alma del apóstol, en el sentido del tercer grado de humildad, impele al trabajo, al combate, al sacrificio, á la completa inmolación. *Fiat!*»

La misión confiada á la Compañía de Jesús, de establecer y propagar la devoción al Sagrado Corazón, la recomendaba con frecuencia. Hacía ver en primer lugar su autenticidad y certeza, y luego añadía: «¿Cuál es nuestra obligación? Obligación de fidelidad, de reconocimiento,

de honor y de generosidad; obligación que nos pone en la situación y deber de tener que procurar los mayores bienes para la Iglesia y para las almas; la mayor utilidad para la misma Compañía; á saber, de no degenerar, sino de progresar siempre.

«Y es cierto que si nosotros no respondemos, faltaremos á un gran deber. Esta misión ha de tomarla para sí cada uno de los individuos de la Compañía, no la Compañía en abstracto [1], como si de él solo dependiera el cumplimiento total de ella; porque somos llamados lo mismo que el Venerable P. la Colombière.»

Luego examinaba los medios: Lo primero era encender en sí generosamente la devoción al Sagrado Corazón, devoción que se reduce á amor y sacrificio; después propagarla en todas partes, con el ejemplo y la predicación, con escritos y conferencias y con todos los medios que Dios Nuestro Señor sugiera [2].

Aquí viene muy á propósito una observación del P. José Barthoulot, misionero en Armenia: «La caridad del Corazón de Jesús animaba el corazón del P. Ginhac; pero no he podido más que vislumbrar cómo practicaba la *devoción al Corazón* de Nuestro Señor. Paréceme, sin embargo, haber comprendido que la entendía de una manera muy elevada, y exactamente lo mismo que la entendía para uso

(1) *En corps*, dice el original francés.

(2) El celo del siervo de Dios por esta devoción, lo hace notar un antiguo novicio de Tolosa, el P. Juan Bosc: «Nos la recomendaba, dice, vivamente. No estando aún publicadas las cartas de la Beata Margarita-María, se había él procurado unas copias, y nos las hacía leer. En el mes de Junio, quiso (y eso que nunca se había hecho), proponer todos los días á los novicios los puntos de la meditación, cuya materia era únicamente el amor de Jesucristo y los caracteres de este amor, cual los presenta simbolizados á nuestra vista el Corazón de Jesús.

»El día de San Juan Evangelista, nos llevó á la capilla doméstica, y delante de un altarcito, levantado para el acto, nos consagró al Sagrado Corazón. Gracias á su diligencia, todos los días del mes de Junio, se predicaba en la iglesia sobre el amor de Jesucristo. Por fin, cuando las religiosas de la Visitación celebraron el triunfo de la Beatificación de la Bienaventurada Margarita, nos llevó muy de mañana á la capilla del convento para comulgar allí, y admiramos el fervor con que celebró el santo sacrificio.»

propio, la Beata Margarita María. La Beata Margarita oyó decir al Señor que buscaba una víctima, y su generosa sierva se ofreció al instante á ser esa víctima y llevar en íntima unión con Jesús, una vida de amor doloroso, de amor crucificado. Por una entrevista que tuve con el Padre Ginhac, me parece poder conjeturar, ya que no concluir, que también él se había ofrecido al Corazón de Jesús como víctima de amor, y que ese era el secreto y la razón última de su extraordinaria mortificación, y de aquel martirio interior al cual siempre le he creído consagrado, aunque él nunca haya dicho nada. ¿Por quiénes se inmolaba? Amaba tanto á los que el Señor le había confiado, se santificaba tanto por ellos, á ejemplo del divino Maestro, que sus hijos espirituales tendrán indudablemente una parte en los frutos de este largo y prolijo sacrificio, y esto es para ellos de gran aliento.»

II

Apóstol y discípulo del Corazón de Jesús, el P. Ginhac subía, no la cumbre del Tabor, sino la áspera pendiente del Calvario. Él mismo nos lo asegura, como consta por declaración confidencial suya, según se refiere en una memoria ya citada [1].

(1) Al fin de esta preciosa memoria, la Madre Teresa de San José dice así:

«Me creo obligada, en conciencia, á hacer la siguiente declaración: 1.º No he tenido otra intención al redactar este escrito, que satisfacer la petición que formal y directamente me ha hecho el R. P. ***, en nombre de la Compañía de Jesús. 2.º En todo cuanto contiene esta relación, he querido decir la verdad, tal cual yo la conozco, y nada más que la verdad, sin exageraciones, omitiendo todo cuanto me parecía dudoso ó incierto. 3.º En cuanto á los hechos, he sido testigo presencial, ó al menos, confidente de ellos, y los he contado con la mayor exactitud y sencillez que he podido; y respecto de los juicios y apreciaciones, estoy segura que están conformes con los de otras personas que han conocido íntimamente al siervo de Dios, y con la común opinión de su santidad, que había en todos los lugares donde el Padre ha vivido sucesivamente. 4.º Entrego este insignificante trabajo, que ha sido para mí un verdadero consuelo, con la expresa condición de que no han de hacer uso de él (según me lo han prometido), antes de la muerte del P. Ginhac

En esta memoria, la Madre Priora del Carmen de Tours traza en primer lugar el retrato del siervo de Dios, conforme á sus propias observaciones, y conforme «al testimonio de varios PP. de la Compañía de Jesús y de otras personas muy recomendables.»

Dice así:

«El P. Ginhac es una copia viva y fiel de Nuestro Señor Jesucristo, cuyo nombre tiene siempre en los labios, como el ejemplo delante de los ojos. Observando atentamente á este Padre, hasta en sus más mínimas acciones, se ocurre en seguida: Así obraría el divino Maestro: Jesús lo regula todo en esta alma. Efectivamente, sólo Jesús puede dar esa alegría suya inalterable y serena, esa minuciosa atención para hacer bien todas las cosas, que se refleja hasta en sus menores movimientos; esa actitud, siempre tan religiosa y tan digna, é impregnada al mismo tiempo de humildad y sencillez; ese recogimiento continuo; esa paciencia invicta; esa dulzura tan amable; ese odio contra sí mismo; ese valor sobrehumano para vencerse y mortificarse; esa fortaleza para emprender cualquier cosa, á pesar del sentimiento de su propia debilidad, cuando se trata de obedecer, ó de procurar la mayor gloria de Dios. Así es que, al acercarse á este eminente religioso, se siente en cierta manera la presencia de Nuestro Señor. Como San Pablo y San Ignacio no se cansa de repetir este bendito nombre; su despedida ordinaria es esta: «Todo por Nuestro Señor». Nunca manifiesta un deseo, ó propone un proyecto, sin que inmediatamente añada su fórmula de costumbre: «Si Nuestro Señor lo quiere, si á él le agrada»; ó también: «Haremos esto ó aquello con la ayuda de Dios, de la di-

y mía; y sin nombrarme, caso de que hubiera necesidad de dar esto á conocer viviendo aún yo. Lo ofrezco en memoria del siervo de Dios, y á la Compañía de Jesús, de la cual me declaro humilde sierva é hija, como homenaje de justo reconocimiento, y esperando que los merecimientos y oraciones del P. Ginhac cubrirán en parte mi miserable vida y me alcanzarán misericordia.

»Monasterio del Carmen de Tours, el día de la fiesta de San Ignacio, 31 de Julio de 1878. Sor María Teresa de San José, carmelita indigna.»

vina gracia». En las dificultades, grande paz; y en los momentos más difíciles, su única respuesta es esta: «Nuestro Señor dará gracia para todo». De esta manera, identificado con la persona adorable de Jesús, sustituye la acción del Señor á la suya propia, y viene á ser un modelo acabado de perfección. En él, la naturaleza está casi destruída, ó mejor dicho, transformada por el trabajo de cada instante, y por su pasmosa sumisión á la gracia; todo en él está animado por la vida sobrenatural, que ha llegado á ser como su elemento, en un grado que creo raro en la Iglesia.

«Después de lo dicho (continúa la Madre Teresa de San José), podría suponerse que esta alma, desligada, por decirlo así, de los sentidos, goza habitualmente de los divinos favores; y sentiríase cualquiera inducido á creer que la virtud le es ya fácil. Mas ¿qué pensar, si añado que esta vida de tanta perfección se sostiene sin desfallecer á pesar de la tribulación, de la sequedad, de la ausencia aparente de Dios, de la privación de toda gracia y favor sensible? Tal vez cueste creer que semejante estado sea compatible con la debilidad humana: pero es la pura verdad; y con ello se manifiesta el grado de heroísmo á donde ha llegado la perfección del siervo de Dios. Nuestro Señor ha dispuesto que el mismo Padre nos quitase toda ilusión en este punto. Deseando el P. Ginhac consolar á una alma atribulada, á quien trataba hacía mucho tiempo, la dijo las palabras siguientes, que cito textualmente:

«Por si le puede ser útil con la divina gracia ésta mi declaración, le digo que yo voy por un camino penoso; que estoy habitualmente privado de ilustraciones y sentimientos; y que sólo la fe me guía. Tres veces tan solamente en toda mi vida, me ha favorecido Dios con gracias sensibles. La primera en mi vocación, sintiéndome atraído con tanta fuerza, que el universo entero armado contra mí no hubiera podido hacerme vacilar: bajo este divino influjo entré en la Compañía; y en cierta ocasión, Nuestro Señor me dió á entender que me llamaba á la perfección y

que llegaría á ella: (el Padre repitió dos veces estas últimas palabras). Durante mi permanencia en Argelia, volví á sentir una impresión de gracia tan viva, que no había cosa en el mundo que me pareciera difícil de hacer por Dios. Más tarde sentí otra vez iguales efectos, aunque con menos fuerza. Pero, fuera de estas tres épocas, y á causa de mis grandes infidelidades, no he sentido nada, nada. Hace veinte años que vengo confesándome todos los días, sin sentir nada, y digo todos los días Misa sin sentir nada, y no obstante esto, procuro entregarme totalmente á Nuestro Señor cuando le tengo en las manos. En el rezo del oficio divino, me pasa lo mismo, poco más ó menos, y así en lo demás.»

«Pero, Padre mío, le replicó la persona á quien él hacía esta confidencia, espantada de lo que oía, ¿de dónde saca V. todo eso que dice cuando habla de cosas de Dios? —¡Ah! respondió el Padre: «cuando se trata de otros, es otra cosa: Dios me da lo que puede serles útil, y yo lo recibo como si lo sintiese yo mismo».—«Pues ¿cómo se explica que cuando está V. en oración parece absorto en Dios?»—«Tendré el aire y aspecto de ello, pero en lo interior, no hay más que pena, desamparo y obscuridad. Vayamos á Dios por pura fe, y amor seco.

»En cuanto á mí, si estoy en esta vía, son causa de ello mis muchas infidelidades; pero esto no disminuye un punto mi confianza, porque Nuestro Señor es tan bueno, que á pesar de nuestras faltas, nos prodigaría sus divinas caricias, si juzgase ser mejor para nosotros. Sólo una cosa de su parte me pasma y maravilla; y es, el que me haya escogido para desempeñar en la Compañía cargos importantes. Confieso que no puedo comprenderlo: tan grandes son mi indignidad é incapacidad. ¿Quién hubiera podido prever que yo había de ser Instructor de tercera probación en la Provincia de Francia, en Paray-le Monial? Hubiera querido prepararme para este cargo tan temible con unos ejercicios de mes, de que me siento inmensamente

necesitado; pero hay allí tanto que hacer para poner la casa en disposición de recibir á los Padres, que tendré por fuerza que limitarme á hacerlos de ocho días, en los cuales debo comenzar una vida enteramente nueva. Nunca he necesitado más el auxilio divino. Dios lo hará todo, puesto que yo nada puedo».

Algunos años después, la misma Madre Teresa de San José era conducida por caminos oscuros; al consolarla, el P. Instructor nos describe su propio camino, y nos revela los pensamientos con que se animaba á caminar por él sin desfallecer:

«¿Qué os responderé? Lo que me digo á mí mismo; á saber: 1.° Que Nuestro Señor, como bueno y misericordioso que es, quiere de buen grado no arrojarnos de sí, á pesar de nuestras miserias tan grandes y de nuestras numerosas imperfecciones. 2.° Que el buen Maestro, no sólo no nos arroja, no sólo nos sufre pacientemente, sino que no cesa un sólo instante de hacernos bien. 3.° Que este divino Salvador, no solamente no cesa de hacernos beneficios, sino que quiere servirse de nosotros en los intereses de su gloria y en el adelantamiento de ciertas almas que le son especialmente queridas; y 4.° Que todo esto lo hace este Rey divino, porque nos ama, y no por nuestros merecimientos, sino porque quiere amarnos, porque á eso le lleva su Corazón, porque pone su gloria y encuentra su contento en amar á miserables y hacerles bien.

»Esto es lo que hemos de decirnos, y luego pensar que este camino de oscuridad y de impotencia, es, en hecho de verdad, el más seguro, el más meritorio, el que más hace resaltar el poder de la gracia, y nos prepara mayor recompensa para la eternidad. En resolución, abandonémonos totalmente en las manos de aquél que lo es todo, que lo sabe todo, que lo puede todo, y que nos ama. Abandonémosle también todos los acontecimientos exteriores, contentándonos con hacer lo que él nos pide, que él sabrá encaminarlo todo á su mayor gloria...

»Algunas almas, en el servicio de este divino Rey, experimentan de continuo penas, y tienen que vencerse en todo, aunque sientan al mismo tiempo un continuo deseo de contentarle y procurar su gloria, lo que tendería á hacerlas creer que están en desgracia suya, y que Nuestro Señor no se cuida de ellas. Me parece que V. está entre éstas ó poco menos. Pues este es el remedio que la doy: No se limite á llevar en paciencia este estado: suba más arriba y reconozca la acción divina, que se ejercita en V. de la manera más ventajosa para hacerla agradable á Nuestro Señor, y ponerla en condiciones de que V. le procure aquel grado de gloria que su Divina Majestad se ha propuesto. Por consiguiente, dilate V. ese corazón y no cese de entonar himnos de agradecimiento.»

De estas confidencias y declaraciones se deduce, que el P. Ginhac, al menos en esta época, no había sido aún admitido á las delicias de la contemplación. ¿Lo fué más tarde? No hay documento ninguno que nos autorice para afirmarlo [1].

Pero en estas mismas declaraciones confidenciales, ¿no hay señales, al menos, de un estado místico muy particular? Pregunta es esta á la cual responde afirmativamente un sujeto que es maestro en la materia, y justamente muy estimado.

He aquí algunas de sus conclusiones:

Los favores declarados por el siervo de Dios «pertenecen á un orden extraordinario... constituyen un llamamiento manifiesto á la contemplación.

»Sabido es que á este llamamiento suele de ordinario seguirse, en el alma que lo recibe, la prueba ó purgación

(1) En efecto, desde esta época en adelante, lo que queda de sus notas íntimas es casi nada. «Además (escribía en 1884 la Madre Teresa de San José), sus cartas son cada vez más cortas y escasas; y muy hábil ha de ser el que le sonsaque por medio de cartas detalles y pormenores acerca de su vida: es el huerto cerrado, donde solamente el divino Rey tiene derecho á entrar. Da casi todos los años los ejercicios en nuestros Carmelos, y deja, muy á pesar suyo, por doquiera, reputación de santidad; pero no logramos saber más.»

espiritual. Una vez purificada el alma, la concede Dios el don de la contemplación, en la cual bebe á grandes tragos, por decirlo así, las aguas vivas de la sabiduría y del amor, en medio de gran paz y de inefables delicias espirituales.

»Hay, sin embargo, excepciones, aunque muy raras, en las almas llamadas á perpetuar en la Iglesia algunos pasos de la agonía del Señor en el Huerto y en la Cruz. Entonces cesan las tentaciones, y, por el contrario, la humildad y el amor infuso crecen de maravillosa manera, y aparecen nuevos dones del Espíritu Santo: el primero es una conformidad tan entera con la voluntad de Dios, que la voluntad humana parece fundirse con la divina; el segundo es una paz admirable, que tiene algo de infinito, y reside en la parte superior y más escondida del alma.

»Esta paz, totalmente divina, no rebosa ni se comunica á la parte sensible; de suerte que el alma, á pesar de favor tan grande, se siente triste, débil, sin fuerza y como separada de su Creador. Es una imagen, aunque débil, de la agonía del Señor, cuando estando en la cruz exclamaba: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»

»A mi pobre entender, el P. Ginhac estuvo habitual y ordinariamente en este estado de alma, el cual *pertenece á la contemplación dolorosa...*

»La prueba de ello está en esas confidencias, donde brillan con toda claridad, esa heróica conformidad con la voluntad de Dios, y esa paz admirable.

»Pero se dirá: «el Padre habla sin cesar de abnegación, de victoria de sí mismo, de examen particular: cosas todas que pertenecen á la vida activa y camino ordinario, y no al camino pasivo y extraordinario.»

»Respondo, que, en la vida y camino extraordinario, el Espíritu Santo no derrama sus gracias en el alma de un modo permanente y continuo, sino á intervalos, á veces muy distantes. De donde resulta ser del todo indispensable la actividad y trabajo personal, para hacer que sean sólidas las virtudes que Dios infunde. Son como benéfica

lluvia, que no cae sino de tiempo en tiempo, y que no penetra la tierra, si el jardinero no abre y descorteza el suelo inmediatamente después de caída.

»Esto es, según yo pienso, lo más admirable que hay en la vida del P. Ginhac: correspondió con toda la perfección posible á las gracias infusas recibidas, y de este modo realizó plenamente lo que le fué dado esperar: «*En cierta ocasión, Nuestro Señor me dió á entender que me llamaba á la perfección, y que llegaría á ella.*»

Tal es el dictamen de este experimentado maestro. Los que no se atreven á reconocer en los documentos citados más arriba, pruebas manifiestas del don gratuito de la contemplación, no por eso admiran menos la heróica virtud del siervo de Dios.

Según ellos, el P. Ginhac pertenece al número de aquellas personas perfectas, á quienes, como enseña S. Francisco de Sales, nunca concede el Señor quietud ni dulzuras semejantes: «Estos tales (dice el Santo), todo lo hacen con la parte superior del alma, y hacen morir la propia voluntad en la voluntad divina á viva fuerza y *á punta de razón.* Y esta es la muerte de cruz, que es muerte mucho más excelente y que supone más generosidad que aquella otra que debiera llamarse adormecimiento más bien que muerte; porque esta alma que se ha embarcado en la nave de la Providencia de Dios, se deja llevar, y boga dulcemente, como una persona que yendo dormida en el barco y con la mar tranquila, no deja de avanzar. Esta manera de muerte tan dulce, se da á modo de gracia, la otra, por vía de mérito.» [1]

El P. Ginhac fué del número de estos valerosos atletas, en quienes la caridad divina realiza el *éxtasis de la abnegación,* de que habla el mismo Santo Doctor en otra parte: «Dichosos, dice, los que viven vida sobrehumana, extática, levantada sobre sí mismos, aunque no sean ele-

(1) *Oeuvres de St. François de Sales,* t. II, 2 entret., pp. 29, 30. Edición de Annecy.

vados sobre sí en la oración. Muchos santos hay en el cielo, que nunca tuvieron ni éxtasis ni raptos; pues vemos por la historia, que muchos mártires y grandes santos y santas, no tuvieron en la oración más gracias ni privilegios que la devoción y el fervor. Pero jamás hubo santo que no tuviese el éxtasis y el rapto de la vida y de la obra, sobreponiéndose á sí mismo y á sus inclinaciones naturales.» (1)

III

«El terceronado es un modelo de fervor, bajo la dirección del santo Padre Instructor». Así se expresaba, en Febrero de 1879, el R. P. Provincial de Lión en carta al M. R. P. General. Igual testimonio daban los PP. Consultores. Pero uno de ellos lo hacía con una restricción, según se deduce de lo que el Padre Instructor escribía al Muy R. P. Beckx: «Por lo que me han escrito del método que sigue V. R. durante los ejercicios de mes, no estoy sin algún cuidado por su salud. Le recomiendo, pues, el *Cura moderata tuendae sanitatis*. En 1878 ya le habían hecho la misma advertencia, tildando de exceso el levantarse á media noche. Pero confesémoslo: en este punto, el Padre Instructor fué incorregible: hasta el fin de su vida, interrumpió el sueño durante los ejercicios de mes, para dar á los Padres tercerones, después de acabada la oración de la noche, los puntos de meditación para el día siguiente.

Fácilmente se comprenderá cuánto sería su trabajo y fatigas en Paray-le-Monial, si se tiene en cuenta que en esta casa había 56 Padres tercerones, pertenecientes á once provincias. El venerable Instructor se multiplicaba en cierta manera para ver, oír y dirigir su numerosa familia. Como antaño en Tolosa, procuraba crear tiempo, y sin duda que lo creaba, pero á costa de su descanso, sin que

(1) *Traité de l'amour de Dieu*, 1. c. VII, págs. 30 y 31.

por eso disminuyese en nada sus ásperas mortificaciones. Inmutable siempre, atento á las últimas menudencias de su cargo, no olvidaba nada de lo que le tocaba á él, y recordaba en tiempo oportuno á los demás lo que debían hacer. ¿Cómo se arreglaba para pensar en todo, asediado como estaba de trabajo? Su secreto era este: ser siempre señor de sí mismo: no perder un instante, y hacer cada cosa á su tiempo.

Los Padres de esta época reconocerán, sin duda, á su antiguo Instructor en el siguiente ideal, que se propuso realizar en Paray-le-Monial:

«Padre Instructor.—1.° *Hombre de oración:* hacer bien todos los ejercicios espirituales, con preparación y examen, á su debido tiempo, íntegramente y con fervor; no comenzar nada sin haber antes pedido á Dios gracia; obrar en presencia de Dios; no sólo acordándome de Él, sino sobre todo adorándole, amándole, entregándome todo á Él; en fin, en el Corazón de Nuestro Señor, y en compañía de todos los que me están encomendados, á cada aspiración y respiración, queriendo todo bien, desaprobando todo mal, toda imperfección. 2.° *Hombre de caridad:* amar con verdadero amor á todos los que me han sido confiados. Por consiguiente, orar, edificar, soportar, trabajar, hacerme todo á todos y á cada uno, sacrificarme. 3.° *Hombre de abnegación:* poner su gloria, su dicha, su vida, en la práctica de la humillación, del sufrimiento, de la pobreza [1].»

(1) En otra parte, precisa y determina más éstos tres puntos bajo la forma de examen particular: «Sacrificarse generosamente por el cargo, en Nuestro Señor. ¡Qué hermosa ocasión para glorificar á nuestro divino Rey, agradecer de algún modo sus admirables beneficios, trabajar en la salud de las almas, consolar á mi madre la Compañía, reparar lo pasado!... Amar más y más á Nuestro Señor en cada uno de los Padres; amarlos cordialmente á todos y cada uno en Nuestro Señor, y sacrificarse por servirles. En particular, evitar cuidadosamente lo siguiente: juicios desfavorables, aspecto severo, palabras amargas, maneras algo duras. Al contrario, continuo ejercicio de la perfecta caridad: sobre todo preparar las instrucciones con el mayor celo, según Dios, acoger benignamente y dejarlo todo gustosamente, rogar constantemente por ellos, y más particularmente en la oración, en la santa misa y antes de los ejercicios públicos.

A este hombre de oración, de caridad, y de abnegación le admiraban los Padres tercerones. Uno de ellos, el Padre Bernardo Capdepón, antiguo inspector, lo hace revivir en las notas del diario que escribió en el tiempo que precede á los ejercicios de mes:

»9 de Octubre.—Siempre he experimentado no sé qué aversión á este venerable Padre; tendré que hacer un esfuerzo para ir á verle y hablarle, y sobre todo para manifestarle mi alma. No me hallo bien ni á gusto delante de esa su austeridad, que no parece haberse hecho accesible sino á fuerza de heróicos esfuerzos. Confieso que mi mayor contento hubiera sido no haber venido á Paray, y así librarme de la necesidad en que me veo de entrar en relaciones con el P. Ginhac. He pedido, sin embargo, á Dios que se digne ilustrar á este santo varón acerca de mi estado para que pueda dirigirme.»

»10 de Octubre.—El Padre ha llegado el primero á la sala de conferencias. Al *Veni Creator*, me estremecí todo; pero el estremecimiento é impresión ha sido muy otra mientras explicaba estas palabras de Nuestro Señor: *Venite ad me omnes qui laboratis.* Mi corazón se abrasaba, como el de los discípulos de Emaús al oír la voz del divino Maestro. Con qué acento decía: *¡El divino Maestro!* Y qué impresión al repetir: *Venite ad me omnes... venite!* Gustosísimo hubiera ido á su cuarto durante el día, á abrirle mi corazón, si se me hubiera ofrecido ocasión.»

»11 de Octubre.—El P. Ginhac procede como los demás;

»Así, parte positiva y negativa, respecto del examen particular, añadiendo tres peticiones: amarlos más y más en Nuestro Señor, olvidarme de mí y sacrificarme por todos y cada uno.

»Además, como materia de examen particular, los tres coloquios de las dos Banderas, hechos con mucho cuidado tres veces por la mañana y por la tarde, demandando el amor y práctica de la perfecta pobreza, el amor y el sufrimiento de los oprobios y menosprecios, para mejor amar é imitar á nuestro divino Rey y Capitán, juntando á esto la constancia y generosidad en vencerse á sí mismo y en negarse á sí mismo.

»En los viajes y en circunstancias especiales, sobre la perfección de los ejercicios espirituales.»

pero las reglas de la modestia parecen estar encarnadas en él. Fuí á confesarme con él esta mañana: nada me dijo en la confesión; pero se mostró algo preocupado por mi salud. Le he encontrado lleno de bondad y de cortesía.»

»12 de Octubre.—Quisiera ver al Padre; pero es imposible; su cuarto está materialmente asediado. Dicen que el Padre jamás despide á los tercerones. En las conferencias los atrae, y luego con sus ejemplos los arrastra. Ese cuerpo alto y seco, completamente sujeto al espíritu, hermoso con la hermosura que da la santidad, ese cuerpo iluminado, trasfigurado, dice más que todas sus palabras. Al mediodía, el Padre vino á recreo con los tercerones: hablaba con sencillez y jovialidad, pero estaba yo en tan mal lugar que no pude entender nada. Ha corregido mucho aquella rigidez exterior que se le notaba antes; además, su sencillez es verdaderamente encantadora. Causará menos efecto en la mayor parte de los hombres; pero de seguro encantará más á los ángeles, justos apreciadores del verdadero mérito. Como estoy encargado del refectorio, he advertido que el santo varón casi no prueba el vino: la botella no está intacta, pero le falta poco.»

»13 de Octubre.—El Padre está inabordable para mí; pero parece que todos tendrán día y hora. *Deo gratias.* El Padre, en la mesa, aparenta comer mucho; comienza y acaba el último de todos; pero me he convencido de que, acabada la comida, le vendría muy bien volverse á sentar y tomar un segundo *frústulo*.»

»16 de Octubre.—El Padre nos ha explicado el fin propio de la tercera probación: ejercitarse en la abnegación. Ha dicho muy bien, que no es el Instructor el que ejercita, sino que quien ha de ejercitarse es el tercerón; la influencia de sus ejemplos, la eficacia de su palabra tan persuasiva, tan penetrante, ejercitan poderosísimamente. Esa voz dulce, amable, cuyos acentos salen todos del corazón, y de un corazón lleno de amor y de completa abnegación, esa voz tiene el poder irresistible de la voz de Jesucristo Nues-

tro Señor. Al fin de cada conferencia todos querrían ir á ver al Padre. Al fin, hoy he podido verle. Cuánto siento no haberle conocido antes. Su bondad, es la del divino Maestro; su ternura es de madre. Este hombre, verdugo de sí mismo, tratándose de los demás, es todo atención y miramientos. La conferencia ha causado mucha impresión: después de la comida no se hablaba de otra cosa. Con qué autoridad habla de la abnegación, él que tan perfectamente se ha sabido abnegar, y en todas las cosas, y siempre. Define así la abnegación: La negación de sí mismo. La palabra de este hombre rinde y sojuzga: su santidad arrastra. El P. Ginhac, decía uno, se rejuvenecería pronto, si hablase con frecuencia de la abnegación... Realmente, es imposible que un gastrónomo hable de trufas, con más fruición que la que el Padre visiblemente experimenta, cuando habla de la abnegación de sí mismo.»

»17 de Octubre.—Hoy le he dado cuenta de conciencia. Nos había dicho por la mañana: «La gracia indudablemente nos mueve á manifestar nuestra alma, pero aun la misma naturaleza nos inclina á ello». ¡Qué verdad es, tratándose de él! Yo mismo, que tanto horror tenía hasta de irle á ver, después de haber estado alegrísimo con él, y lleno de contento y animación, le hubiera descubierto sin dificultad ninguna las mayores monstruosidades. Pero, ¡qué benevolencia la suya, qué amabilidad, qué cariño tan respetuoso! Ni una madre hablaría con más sinceridad y amor. Entre otras cosas me ha dicho esta: «En primer lugar cuidémonos de los Nuestros. ¡Cuánto bien haríamos, si fuésemos buenos religiosos y bien unidos! El Padre (el P. Ginhac se refería al P. H. de V.), estoy seguro que se cuidará de los Nuestros, y querrá antes que nada, formar buenos religiosos: en eso está todo».

»Como, antes de despedirme, le dijera que al principio tenía yo alguna aprehensión y repugnancia, el buenísimo del Padre, con toda sinceridad y llaneza, se puso á echarse á sí propio la culpa, alegando lo repulsivo de su semblan-

te; pero yo le contradije abiertamente interrumpiéndole, y viendo él que perdería el tiempo si insistía, pasó á otra cosa.

»Cuando uno le pregunta, aun sobre cosas sencillas, no responde en seguida, sino después de haber reflexionado unos momentos, y entonces da una respuesta clara, neta y precisa, ó bien un consejo, pero éste se recibe como decisión formal, por venir de él.

»Le han preguntado antes de la conferencia, si se podían rezar *horas menores* ayudando á Misa. Y respondió: «No os lo aconsejo, pues ganando unos cuantos minutos perdéis ventajas preciosas. Padres míos, seamos generosos con Dios..., hagámoslo todo con largueza. Cuando se trata de Dios, de nuestra Misa, de nuestro rezo, no escatimemos el tiempo; mucho se hace, cuando se hace bien; el tiempo que se emplea en alabar á Dios, no es para sentido ni llorado».

»El Padre es extraordinariamente generoso y liberal para con los hombres; es, á ejemplo de Dios, magnífico en sus dones; trata á sus hermanos como á príncipes: quiere que no les falte nada, sabiendo que así se les puede exigir mejor cualquier cosa. No les tasa el tiempo, aunque le sobren razones para mostrarse avaro de él. Nos ha dicho: «Padres míos, á cualquier hora del día y de la noche, la puerta de mi cuarto está abierta. Y habiendo necesidad y aun sólo utilidad, vengan aun en las horas en que necesito todo el tiempo para preparar las conferencias».

»18 de Octubre. En la conferencia de hoy, nos ha animado á la abnegación plena y absoluta, caso de que el Señor, en su sabiduría, quisiera para nosotros, no el apostolado de la palabra y de la acción, sino el apostolado de la vida oculta y del sufrimiento.

»En las confesiones, el Padre acaba pronto, como si no tuviera tiempo para más: dos minutos para cada uno: no dice más que una palabra, aunque es una palabra que dice mucho. Pero cuando uno va á su cuarto para hablar con él, es todo para uno, como si no hubiera otro en la casa.

»Evidentemente, el Padre ejerce y tiene un dominio absoluto sobre su cuerpo y sobre los sentidos. ¡Pobre cuerpo el suyo! ¡qué cosas tan lindas diría si pudiera hablar! No le da un momento de tregua ni reposo; el necesario, el estrictamente necesario, y nada más; y para dárselo, el Padre Ginhac no consulta con el cuerpo, sino con la más completa y absoluta abnegación; el pobre cuerpo no tiene voto en estas deliberaciones. El Padre prescinde por completo de su cuerpo, y los decretos de su abnegación se ponen en práctica con una voluntad de hierro.

»El Padre observa exactamente todas las reglas de la modestia; la compostura de toda su persona impone de tal manera, que en el momento que él aparece, todos se componen: la ligereza no tiene lugar donde él está. Y sin embargo, la presencia de este hombre santo no causa molestia, antes agrada y dilata, pero dilata dentro del orden. ¿Qué hay en esto de extraño? La verdadera virtud no podría producir otro defecto. ¿Quien más modesto que Cristo Nuestro Señor? Y, no obstante, los niños corrían á verle y no sabían dejarle: su modestia, por consiguiente, no repelía, antes atraía é infundía paz y gozo.

»Al acabar las conferencias suele decir: «Que la divina sabiduría nos dé á gustar estas cosas!» ó también: *Et haec omnia ad maiorem Dei gloriam!*»

»19 de Octubre.—Ayer á las tres de la tarde, encontré al santo varón en la capilla rezando de rodillas el breviario. Visiblemente cansado, se levantó y prosiguió rezando de pie; el cuerpo parecía querer desfallecer, pero la fuerza de la voluntad le tenía firme é inmoble sin apoyarse en nada.

»La vista del Padre me inspiró tanta compasión, que rogué de todo corazón á Dios Nuestro Señor sostuviese con su gracia á su fiel siervo. Pedí para él al Corazón de Jesús tesoros de humildad; decíame yo que, en rigor, aquella fuerte columna que tenía delante de los ojos, podía caer como tantas otras han caído. Esta misma mañana rogué por el Padre, pensando que por lo mismo que goza de fama

universal de santidad, tal vez sean muy pocos los que se acuerden de rogar por él. Y, sin embargo, necesita de muy grande auxilio por parte de Dios, porque la vida que lleva es asperísima.

»Un tercerón distraído preguntó esta mañana en el recreo, si Alemania había propuesto á Roma algún concordato, y cuáles podían ser sus cláusulas. Y otro le respondió: «Si el Padre Ginhac lee el periódico (cosa que mucho dudo), no comunicará á los tercerones más noticias que las que allí pudiera haber sobre la abnegación y los progresos que ésta hace en el mundo[1]».

»20 de Octubre.—Ayer tarde, vino á recreo con nosotros. Tuve la dicha de encontrarme frente por frente de él. ¡Cómo hace desaparecer su dignidad de Superior! Uno hizo alusión á tentativas de nuevas discusiones sobre la gracia, y á esperanzas de decisiones pontificias sobre la materia. El Padre respondió: «Si al Papa pluguiere hablar, hablará como Papa, y el Papa no dice sino lo que Dios quiere». Hombres de este temple no se conmueven jamás por nada.

»He admirado su destreza en traer á plática materias interesantes. Entró en materia con una alusión á la lectura del refectorio, donde se recordaban ciertas costumbres de la antigua Compañía en Inglaterra; y con este motivo los Padres ingleses nos han entretenido muy bien. Había allí un buen Padre armenio que no hablaba palabra, y no bien se agotó la materia de la primera conversación, el Padre Instructor con una pregunta amabilísima nos hizo pasar á todos de Inglaterra á Armenia, hasta la cima de

(1) Qué pensaba el P. Ginhac de los periódicos, nos lo dice en las anotaciones á la regla 10.ª de los tercerones: «¡Qué invención tan perniciosa la del periodismo! Nada más opuesto al espíritu de recogimiento y de reflexión y al verdadero espíritu cristiano. ¿Cómo es posible meditar con seriedad, después de haber escuchado en el periódico todos los rumores y ruidos de la tierra?... Para adelante, saber leer los periódicos..., con mucho discernimiento..., y sólo para ver en ellos, como San Agustín en la *Ciudad de Dios*, la continuación de la acción de la Providencia en el mundo, para bien de la Iglesia y salud de las almas.»

los montes donde se detuvo el arca de Noé. Allí continuábamos escuchando con muchísimo gusto á nuestro buen armenio, cuando tocaron á Letanías.

»Hoy nos ha recomendado que dejemos á un lado toda ocupación ajena á la tercera probación. Y mi pobre diario ¿es ajeno á la tercera probación? Cualquiera diría que no; pero ¿qué opinará el P. Ginhac? No se lo consultemos, y que Dios me perdone.»

»21 de Octubre.—No esperábamos vacación, pero el cuadrito anuncia: *Vacación mayor*. La liberalidad del P. Ginhac se manifiesta en todo. Este hombre tan enemigo de su cuerpo, tiene una solicitud de madre por la salud de los demás. Él es el primero en proponer exenciones. Y ¿qué se sigue de esto? Lo que se sigue siempre que el Superior es á la vez y por igual manera enérgico y suave: que la holgura y las exenciones se toman únicamente cuando él las da.

»Una vez más he admirado la industria que sugiere para introducir conversaciones piadosas. Nos decía días pasados en una conferencia: «Empleen la visita de después de comer en pedir gracia al Señor para pasar religiosamente el tiempo de recreación. Pensar de antemano lo que se podrá decir». Desea que, cuando se está en recreo con los Hermanos Coadjutores, se procure con empeño entretenerlos, como si Nuestro Señor nos los hubiese traído para eso.

»22 de Octubre.—El Padre Ministro me ha dicho que el Padre Instructor se acuesta á las diez, y se levanta á las tres. Cuando nosotros vamos á la capilla, á las cuatro y media, ya hace por lo menos una hora que está él allí, de rodillas, sin apoyarse en nada. A medida que voy conociendo su profunda humildad, temo menos y ruego menos por él. Imposible que Dios no ilumine y sostenga á hombre tan humilde. Nos ha recomendado encarecidamente que honremos y amemos á los Hermanos Coadjutores, y que contribuyamos con celo á su adelantamiento espiritual. «Los Hermanos Coadjutores—dice,—más respetados y mejor cultivados, serán de grande ayuda á la Compañía».

»23 de Octubre.—La caridad del Padre, sobre todo con los enfermos, es admirable. No es posible que no ame á los enfermos, siendo como es un verdadero hijo de San Ignacio. Con él sería muy difícil echar de menos los cuidados de la casa paterna: es realmente para con los enfermos, padre, madre, hermano y hermana. Un tercerón padece de una rodilla. Habita en el tercer piso. Como estoy encargado de apagar las luces, daba yo mi consabida vuelta ayer noche á eso de las nueve y media; cuando siento que alguno bajaba con mucha suavidad del tercer piso. Era el Padre: venía de ver al enfermo. ¿Qué haría si el mal fuese grave? Aunque, para una madre, toda enfermedad es grave.»

»25 de Octubre.—Un bizarro tercerón alemán decía ayer noche: «Con el P. Ginhac la cuenta de conciencia me parece poco menos que inútil: yo creo que este hombre nos conoce mejor que nos conocemos nosotros.»

»26 de Octubre.—En el gobierno del P. Ginhac no hay nada humano; ni en su dirección tampoco. No nos ejercita él, pero nos repite sin cesar: «Ejercítense». Concede fácilmente y con generosidad cuanto se puede conceder; pero siempre está repitiendo: abnegación, negarse á sí mismos. En su cuarto, si uno se franquea y manifiesta confiadamente, él hace lo mismo: si no le abrís del todo el corazón, se muestra más discreto y reservado, pero siempre benigno. Dice lo que hay que hacer en cada caso, y lo dice con palabras convincentes y persuasivas: cree uno estar oyendo á Cristo Nuestro Señor. Y hecho esto, no dice más. Juzga que obrando así conseguirá más y mejor: espera más de la ley de la caridad que de todas las instrucciones y esfuerzos humanos.

»Aun no hace frío: y con todo, ayer llevaron á todos los aposentos cuanto es necesario para hacer fuego: no falta sino encender. Como somos tantos, pudiera haber alguno que sintiese frío. Ya está á salvo: y si alguno tenía miedo del frío que pudiera sobrevenir, este miedo no volverá á

inquietarle más. Por otra parte, no hay obligación de encender. Si es diligente en esto, no lo es menos en lo que se refiere á la disciplina y buen orden. No tiene prisas por reprender, pero, cuando llega la hora, lo hace con suavidad y sin dejar pasar nada. Y con esto, ¡qué orden reina en la casa! Los Hermanos Coadjutores, mantenidos dentro del deber, aunque paternalmente, instruídos y dirigidos cumplen perfectamente sus obligaciones.»

»28 de Octubre.—Otra vez vacación mayor. Algo así aguardábamos, porque los ejercicios de mes comienzan el domingo por la noche, 2 de Noviembre. Durarán hasta el 8 de Diciembre: será, pues, un mes de treinta y tres días. El P. Ginhac es generoso con Dios: ¿quién tiene más derecho que él, que es tan generoso para nosotros y tan estrecho para sí? ¡Qué treinta y tres días para él! Decía, sin embargo, un tercerón, que el Padre no ha de dormir por eso mucho menos, y cree saber que el sueño del Padre no pasa de dos horas. Esperamos que sus oraciones nos alcanzarán algo de esa su generosidad. Con los ejercicios de mes no perderemos nada de noticias de afuera. Si no estuvieran levantando un convento de clarisas á vista de nuestra casa, no sabría que aun se edificaban casas en el mundo. Con lo cual no somos menos dichosos, sino al contrario.»

»1.º de Noviembre.—Todos los tercerones salen de la cuenta de conciencia encantados. El P. Ginhac es el hombre de todos: todos quedan igualmente conquistados de aquella su verdadera sencillez, de aquella sincera humildad, de aquella bondad tan suave. Como santo que es, conoce todas las miserias, y también todas las energías de la naturaleza humana: en sí, mira todas las miserias, y en los demás, las virtudes. Estando con él, se siente uno estimado, amado: todos le agradan; ¿qué tiene, pues, de particular que él agrade á todos?»

«13 de Diciembre.—Si hubiera sido del agrado de Dios, gustoso hubiera continuado mi diario durante los ejercicios. El P. Ginhac gana mucho en ser mejor conocido. ¡Ha-

bía que oír á los tercerones los días de descanso! Los más flemáticos, olvidando su habitual calma, decían entusiasmados: «Verdaderamente es un santo.»

»Es creencia general que lee las conciencias: tan apropiadas son sus respuestas y consejos al estado y disposiciones de cada uno! Al menos tiene gracias y luces que suplen este don gratuito de la discreción. Ni ¡cómo podía ser de otra manera! Su unión con Dios y su oración jamás se interrumpen.

»¡Qué fe tiene en la oración! Frecuentemente al hablarnos de nuestros deberes, nos ha dicho: «Pedid la gracia; y luego obrad conforme á la petición; porque Dios oye siempre las oraciones que se le hacen dentro del orden de su divina voluntad.»

»Uno de los tercerones de más mérito, de la provincia de Francia, decía: «Yo no había visto todavía santos como nos los figuramos y como efectivamente son: pero ahora, sí, le he visto y le veo.» No hay ni un solo tercerón que no haya tenido el mismo pensamiento, y que no lo haya manifestado más de una vez.»

IV

Hombre de oración, de caridad, de abnegación; en una palabra, verdadero santo: tal se mostró el P. Ginhac á los ojos de los tercerones de Paray. Su vida arrastraba más que su palabra; pero también su palabra tenía con frecuencia acentos que penetraban y subyugaban. Muchos nos ha conservado el tercerón observador del párrafo anterior; pero antes de aducir sus palabras, oigamos á otros testigos. Sea el primero el R. P. Friedl, de la provincia véneta, llamado de Paray para ser Maestro de Novicios, y que hoy día es Provincial: en 1895 escribía lo siguiente:

«Mis superiores no me dejaron en Paray-le-Monial sino del 9 de Octubre al fin de Diciembre; pero fué bastante para que el recuerdo del santo y queridísimo P. Ginhac

se grabara indeleblemente en mi alma, y para que mi corazón le guarde eterno reconocimiento.

»Hace 33 años que estoy en la Compañía, y puedo asegurar, que nunca he tenido que cargar con cruz más pesada, ni he sentido pena más honda, que cuando súbitamente me llegó la orden de alejarme de este hombre de Dios. El Señor me dió gracia para llevarla bien, pero nunca puedo recordarlo sin conmoverme.»

Continúa el Padre enumerando las cualidades y virtudes del *gran siervo de Dios*, y luego prosigue: «Lo que más en él me arrebataba, era la singular eficacia de sus palabras, tanto en las conferencias, como en las conversaciones particulares: sentíamos que la virtud de Dios informaba y animaba todo cuanto decía su siervo; las ideas eran sencillas, pero penetraban hasta el corazón. Dieciséis años han pasado, y aun me parece que las estoy oyendo salir de aquellos benditos labios. ¡Oh, y cómo sabía en particular aficionarnos al santo ejercicio de la oración! Aun resuenan en mis oídos aquellas inspiradas palabras: «¡Orad, Padres míos, orad!» Dios era el que hablaba; Dios, que lo había tomado por instrumento.»

Otro tercerón, el R. P. Rogelio Freddi, que hoy es Asistente de Italia [1], y que también fué sacado de Paray después de los ejercicios de mes, por su poca salud, preguntado acerca del P. Ginhac, escribe: «El P. Ginhac era verdaderamente un hombre de Dios; muy severo consigo, mostrábase con los demás lleno de caridad. Respecto de sus exhortaciones, lo que las distinguía era, no tanto la elocuencia, erudición ó alteza de conceptos cuanto una particular unción. Con ser sus palabras muy sencillas, conmovían el corazón.»

En el diario arriba citado encontramos algunas de estas palabras. «10 de Octubre.—No ha habido conferencia. En lugar de ella, el Padre ha explicado la distribución del

(1) A la muerte del M. R. P. General Luis Martín, quedó nombrado Vicario General, hasta la elección del P. Wernz. Ahora es Asistente de Italia.

día. El Padre es un hombre de fe. Dios solo manda. «A las cuatro—decía—estemos en pie, y en seguida á la capilla, á saludar al divino Rey y recibir sus órdenes.» Dijo *divino Rey* con un respeto, un celo, una libertad, un gusto!!!... Todo su rostro respira satisfacción cuando lo pronuncia. Esta palabra *El Rey*, es para él lo que era para los cortesanos de antaño: una palabra mágica. Algunas veces la explicación languidecía; pero de súbito el cuerpo se erguía y enderezaba, se reanimaba toda su fisonomía, la voz tornábase vibrante, el gesto mismo se acentuaba, y decía: «¡Ordenémonos, Padres míos, nosotros mismos, pues hemos de ser los ordenadores del mundo!»

«13 de Octubre.—En la conferencia, explicación de algunas reglas del terceronado. El Padre estaba lánguido, titubeando, como estudiante que no sabe la lección. De repente estalla el rayo, y luego ¡qué fuego!... Ha desarrollado de penetrante manera estos pensamientos: En el tercer año de probación determina uno su porvenir; hace su eternidad... Un tercerón que no se abre y manifiesta, no hace nada; podría volverse. Seamos claros de conciencia; manifestemos el estado de nuestras almas. Algunos temen por su futura suerte; temen no poder desempeñar los cargos de la Compañía... Y ¿quién es suficiente para algo, si Dios no está con él?»

»15 de Octubre.—Fiesta de Santa Teresa. El Padre nos ha dicho: «La santidad consiste, no en hacer cosas maravillosas, sino en hacer lo que se debe y como se debe.» Luego el P. Ginhac es un santo. Hace todo lo que hay que hacer, y esto con suma exactitud y con una facilidad admirable. Es un verdadero retrato de Cristo Nuestro Señor; hoy mientras nos explicaba las reglas, me parecía estar viendo al Salvador en persona, tal cual suelen representarle, hablando á las turbas. ¡Qué hermosura en su mirada y en todo el rostro iluminado con resplandores suavísimos! Cuando alzaba el brazo, no parecía sino que todo el cuerpo le seguía, quedando, como el brazo, suspenso en el aire.

»*Diligenter haec animadvertant oportet.* La Compañía sacrifica un año de cada uno de sus hijos, precisamente cuando mejor pudiera servirse de ellos para tantos trabajos urgentes, y para satisfacer tantas peticiones. ¡Cuánta debe ser por consiguiente, á los ojos de la Compañía, la importancia y necesidad del año de tercera probación!

»*In hac ultima probatione sedulo exerceri.* ¡Con qué afecto, con qué celo recalcaba el Padre cada una de estas palabras: *ultima... probatione... sedulo... exerceri!* «¡Ah, Padres míos, *ejercítense!* Inútil sería que todos los superiores de la Compañía se dedicaran á ejercitarles; si VV. no se ejercitan, no se consigue nada. Y esto pronto. En la Compañía, después del terceronado, ya no hay probación... *ultima!*»

»Otra cosa que he admirado en él, es la manera que tiene de llevar y manejar el libro del Instituto; se ve lo mucho que reverencia y estima este santo libro: no haría más con el sagrado copón.»

«17 de Octubre.—Aun tengo delante de los ojos del alma la figura beatífica del Padre al hablarnos de la abnegación de sí mismo, «dando ya por supuesta la abnegación y renuncia de todo lo demás». ¡Cómo pronunciaba las palabras: *plena... absoluta!...* Es natural que después de haber devorado todas las amarguras de la abnegación, experimente ahora únicamente sus delicias. Imposible expresar el contento y deleite con que nos habla de ella. El rostro se le trasfigura, y el cuerpo parece querer remontarse de la tierra. Hoy mismo me decía un tercerón: «Es un deleite oír al P. Ginhac; ¡está uno tan seguro de que practica cuanto predica!»

Esta misma idea se expresa en una carta que hace poco nos comunicaba un Padre de París: «Sí, puedo afirmarlo: he encontrado en vida un santo, un santo vivo, junto al cual, todas las santidades que hasta aquí había visto, palidecen: un hombre que no tiene de lo humano más que las apariencias, y que realiza en sí, bajo todos sus aspec-

tos, cuanto he leído acerca de los santos más grandes puestos por la Iglesia en los altares.

»Con semejante guía, el anonadamiento de la naturaleza, el espíritu de sacrificio, la vida sobrenatural, cosas todas de tan difícil *abordaje*, todo esto, repito, se hace fácil y *abordable*. La palabra es muy poderosa cuando sale de la boca de un santo; pero, ¡cuánto más persuasivos son los ejemplos que nos da!»

Esto que escribía, en 1878, el P. María Gendronneau, se repite en multitud de cartas escritas después de la muerte del siervo de Dios. Vienen de todas las partes del globo; y forman una corona que los discípulos tejen y dedican á su venerado Maestro. Permítasenos entresacar de ella algunas flores:

El P. Luis Descamps: «El P. Ginhac iba á Dios solo; y tanto con el ejemplo como con las palabras, hasta con las más insignificantes, nos arrastraba hacia este divino ideal. Le he estudiado á fondo; he hecho á veces con él, sin que se percatara, el oficio de tentador, y nunca he descubierto nada que diera motivo para sospechar, que este varón admirable no obrase en todo y siempre puramente por motivos y razones sobrenaturales.»

El P. L. Léiveillé, de la provincia de París: «Una vez oí á este santo varón azotarse cruelmente todo el tiempo que duró la comida de la Comunidad, unos 35 minutos. De cuando en cuando descansaba por intervalos, fatigados de cansancio sus brazos. La víspera de mi partida, el Hermano encargado de arreglarle el cuarto me enseñó sus dos disciplinas, la una de hierro y la otra de cuerda, entrambas ensangrentadas.

»Un Padre inglés nos contó un día, que el P. Instructor, para consolarle en un momento de gran desolación, le recordó una especie de pacto que había hecho con la Santísima Virgen cuando tenía doce años. Y añadió: «Yo jamás había hablado al Padre de semejante cosa.»

»Cuando pienso en el siervo de Dios, me lo figuro como

un árbol pujante y lleno de savia, que se eleva rectísimo hacia el cielo; imagen de la más austera mortificación, de la cual brotan los tesoros de un amor purísimo á Dios, y las más exquisitas condescendencias maternales de caridad para con el prójimo.»

El P. Leopoldo Gaudiosi, superior en San Andrés del Quirinal: «Yo me encomiendo á él como á un santo; para despertar en mí la devoción, me basta acordarme de él.»

El P. Agustín Muller, consagrado al servicio de los leprosos en las Indias Orientales: «Nunca sabría alabar, cual se merece, la caridad del P. Instructor con los enfermos.»

El P. Domingo Lazzarini: «Su amor á la Santa Sede, el espíritu romano rayaban casi en escrúpulo... No me cabe la menor duda de que Dios N. S. se dignará glorificar algún día á su siervo.»

El P. Luis Patris, de la provincia de Champagne: «El P. Ginhac es *el hombre más de Dios* que he conocido jamás. Entre otros hechos, no puedo olvidar la caridad con que recibió á seis religiosos franciscanos.»

El P. Esteban Hayes, Superior del Juniorado de Roehampton: «He visto muchos santos religiosos; pero no tenía la idea de un hijo de la Compañía tal cual me la mostró el P. Ginhac.»

El P. Clemente Barraud, misionero en la Guayana inglesa: «Tenía una especie de predilección por los PP. ingleses; pero su caridad era tal, que acaso sientan otro tanto respecto de sí propios, los PP. de las demás naciones.»

El P. Luis Zerbinati, de la misión de Mangalore: «Cuando quiero imaginarme un santo, me represento al P. Ginhac.»

V

«Cuando el siervo de Dios llegó á Paray—escribe el

P. L. Descamps,—vino precedido de gran reputación de santidad; reputación que confirmó el Padre á los ojos, no sólo de sus 54 tercerones, sino de todos los moradores de Paray.

»No había más que verle delante del Santísimo Sacramento, y sobre todo en el altar, para sentirse uno trasportado de fe y amor. Los fieles buscaban de intento su misa, y no pocas veces oí repetir esta exclamación: «Un santo está en el altar.»

No era menos saludable la impresión que experimentaban los eclesiásticos. El Sr. canónigo Chaumet, sacerdote dignísimo, nos contará lo que debe al P. Instructor de Paray:

«El venerado P. Ginhac regía la casa de Paray-le-Monial, cuando yo administraba la parroquia de Gueugnon. La fama de su santidad llegó hasta nosotros, y yo ardía en deseos de verle y conocerle. Dios en su bondad me deparó la ocasión. Tuvimos este año tres tandas de ejercicios para sacerdotes: dos para el clero parroquial, y la tercera para los profesores de los seminarios menores. Yo tuve que formar en esta última. Dábala el P. Ginhac; así que mi alegría fué grande, pues no solamente vería al siervo de Dios, sino que le oiría una semana entera manifestarnos su alma y sus más íntimos sentimientos.

»Me propuse examinarle muy atentamente y no perder ni una de sus instrucciones. Su predicación me impresionó mucho, por la íntima convicción de que iba animada. Era sencilla, pero sólida; y tenía á veces esas palabras de fuego y esas reflexiones profundas que sólo á los santos se les ocurren. Jamás olvidaré una instrucción que hizo sobre el examen particular. ¡Qué bien probó el Padre, que este ejercicio tan útil para corregir los defectos, no lo es menos para formar caracteres! En otra que nos dió acerca de la humildad, á propósito de la Encarnación del Hijo de Dios, me pareció inspirado, trasfigurado.

»Observéle muy bien en la capilla. Siempre se arrodi-

llaba sobre el pavimento, y una vez de rodillas, quedaba hecho una estatua, y esto por espacio de más de una hora. Noté que una de las rodillas no la apoyaba del todo; daba pena verle así; pero ¿qué importa, si él ni pensaba en ello?

»El Señor Obispo daba cada día una conferencia pedagógica, que duraba cerca de una hora. El P. Ginhac asistía á ella lo mismo que los ejercitantes. Yo procuraba ponerme á su lado. Después de rezado el *Veni Sancte Spiritus*, se sentaba en actitud modestísima y no volvía á moverse. Esta inmovilidad me fatigaba; pero era prueba de que el santo religioso había domado enteramente el cuerpo, y podía exigir de él lo que quisiera.

»El rostro del P. Ginhac, sin ser hermoso, agradaba. Sus ojos no tenían nada de vulgares; diríase que aquella su mirada sondeaba inmensas profundidades; alzábalos frecuentemente al cielo, cual si viese y contemplase cosas invisibles para nosotros.

»En la primera visita que le hice, le hablé de la comunión mensual de los niños establecida en mi parroquia. «¡Oh—me contestó,—qué cosa tan buena y tan hermosa! ¡Si andando el tiempo, lograra V. que toda la parroquia se acercara á la sagrada mesa todos los meses!» Respondíle que solamente confesar á los niños, nos tenía bastante ocupados á mí y á mi coadjutor. Y entonces el Padre se ofreció á enviarme cada mes alguno de los PP. tercerones á Gueugnon. «La iglesia está tan pobre—repuse yo,—que nos es imposible aceptar su caritativa oferta, pues no podríamos corresponder con honorario ninguno al servicio que VV. nos hicieran.» «Los honorarios—concluyó el P. Ginhac—nos los pagará Dios N. S.» Todavía quería más, que el trayecto que hay entre Paray y Gueugnon, que son 22 kilómetros, lo recorriese á pie el Padre tercerón. Opúseme yo, obligándome á llevarle en carruaje; y desde entonces, gracias á esta ayuda del P. Ginhac, había mensualmente de 300 á 400 comuniones.

»Ir á Paray todos los meses, era para mí una fiesta; pues podía contemplar á mi gusto al santo Padre y conversar con él. ¡Qué de buenos consejos le debo! Preguntéle una vez, cómo me arreglaría para desembarazarme de algunos visitadores importunos que roban mucho tiempo, por ser interminables en la exposición de sus asuntos. «Cuando venga á visitarle esa clase de personas—me dijo,—pida inmediatamente al Señor dos gracias: una que ellos se expliquen con brevedad, y otra que V. dé en seguida con la respuesta.»

»El P. Ginhac me escribió algunas cartas, que realmente exhalan un perfume de santidad.»

A Paray, lo mismo que después á Mourvilles, acudían muchos para consultarle, atraídos de su renombre. La señorita J. Fayet, en carta de Julio de 1895, refiere cómo vino desde Mende, para hacer, bajo la dirección del Padre, los ejercicios y manifestarle toda su alma.

Hacía mucho tiempo que sentía deseos vehementes de consagrarse á Dios; pero había tenido que quedarse en el siglo á causa de la avanzada edad de su padre. Muerto éste, quedábale otro impedimento: un hermano soltero á quien había logrado atraer á su lado para llevarle á Dios. «Lo que temía—dice ella—era que si le dejaba solo, muriese sin haberse reconciliado con Dios. Hacía más de cuarenta años que no se confesaba. Comuniqué al Padre Ginhac esta mi aflicción. Lo pensó bien; oró mucho, y al fin me dió una respuesta como de santo é inspirado: «Vaya, hija mía, y no tema; siga esos deseos, preséntese á las Damas del Retiro; tal vez sea obstáculo lo avanzado de su edad; pero admítanla ó no, en nombre de Dios la digo que no tema, porque su hermano se ha de convertir, yo se lo aseguro.»

«En efecto, poco después, durante la cuaresma predicada por el P. Cros, tuve la dicha de presenciar la extraordinaria conversión de mi hermano. Desde entonces su vida ha sido la de un verdadero cristiano y su muerte edificantísima.»

En Paray fué donde comenzaron las relaciones del Padre Ginhac con las religiosas de Nuestra Señora del Cenáculo. Su fin es la obra de los retiros ó ejercicios espirituales: por solo este título tenían derecho á todas las atenciones del P. Instructor; y el diario de la comunidad de Paray testifica que se las prodigó con un celo infatigable. No tardaron las demás casas de la Congregación en recurrir á este director, cuya prudencia, que siempre había sido tenida en mucho, se manifestó especialísimamente en un asunto tan delicado como doloroso. En la famosa declaración, propuesta en 1880 á las congregaciones religiosas no comprendidas en los decretos de expulsión del 29 de Marzo, el P. Instructor vió un temible lazo, mientras otros veían la salvación.

Con cartas tan benéficas como su misma dirección, continuó el P. Ginhac hasta la muerte, manteniendo el fruto producido por los retiros. Así nos lo decían ellas en una carta: «Conforme era la confianza que se depositaba en él, así daba él las luces y alientos, no yendo nunca más adelante por respeto á la libertad de las almas, y sin duda también por humildad; pero se conocía que suplía con oraciones la reserva que por discreción se imponía.»

Toda la Congregación le dedicó un voto de acción de gracias, y se encomienda confiada á las oraciones del Padre en el cielo.

El corazón del P. Ginhac tuvo en Paray, como en todas partes, predilecciones y preferencias por los humildes y pequeñuelos. Así los testifican estas palabras de la directora del Hospicio de Paray. Después de referir cómo alentó la creación de la obra, y la sostuvo en el período, siempre laborioso, de la fundación, dice:

«A pesar de lo reducido de nuestro número y de sus muchas ocupaciones, venía todos los primeros viernes de mes á hacernos una plática, é inflamaba las almas de manera, que nos sentíamos dispuestas á hacer cualquier cosa por la gloria de Dios. Gracias á él, se hicieron notorios

progresos en la virtud. Los mismos niños del huerfanato sentían esta saludable influencia. Cuando llegaba el Padre, salían todos de los talleres y oficinas y se arrojaban á sus pies pidiéndole su bendición, le besaban los vestidos, oían las palabras con que los animaba, y al dejarle, se tenían por dichosos de haber sido bendecidos por un santo.»

En el Monasterio de la Visitación, se conserva todavía fresco el recuerdo del P. Ginhac. Mostró respecto de aquella fervorosa Comunidad una abnegación á toda prueba; la alentó á ser siempre fiel á las gracias recibidas del divino Rey. Ya se supone que el santuario de la Visitación fué un sitio predilecto para este Apóstol fiel del Divino Corazón. Cabe las reliquias de la Beata Margarita María, ante aquel altar testigo de las apariciones del Salvador, debió de renovar con frecuencia la entera oblación hecha durante los primeros ejercicios que hizo en Paray, y de la que decía así: «Este acto, vuestro Corazón, oh Jesús mío, vuestro Corazón lo ha preparado, vuestro Corazón me lo ha dictado, vuestro Corazón lo guardará!... Me parece que ya no me queda nada mío: sólo una cosa domina y gravita sobre mí: la voluntad santísima del Señor [1].»

VI

La estancia del P. Ginhac en Paray se señaló por graves acontecimientos, cuyo eco nos queda en el diario donde el Padre anotaba compendiosamente sus breves instrucciones.

El 9 de Febrero de 1878, muerte de Pío IX: «*Christo*

(1) Entre los ministerios que el P. Ginhac desempeñó fuera de Paray, merecen apuntarse los ejercicios dados en París en el llamado *Convento des Oiseaux*, en Septiembre de 1879. Escribe la Superiora, que fué tan honda y tan viva la impresión que produjeron en todas, que hicieron cuanto pudieron para conseguir la misma gracia en los años siguientes. Pero fué inútil. Las circunstancias impidieron la realización de estos deseos hasta la muerte del siervo de Dios... Unicamente le volvieron á ver en su biografía, cuya lectura renovó vivamente las saludables impresiones de sus ejercicios.

confixus sum cruci. Gobernó la Iglesia de Dios—dice el Padre—por más de 31 años, verdaderamente crucificado, y en circunstancias bien difíciles. Y la gobernó con la oración, la caridad y el sacrificio.»

El 20 de Febrero, elección de León XIII: «A Dios, nuestras acciones de gracias; y al Pontífice, nuestros obsequios; el homenaje de nuestro respeto y de nuestra fe como cristianos, como religiosos, y como Apóstoles. Es el elegido de Dios, el lugarteniente de Nuestro Señor, el padre de nuestras almas, el piloto de la Iglesia, el jefe de la Compañía. Perfecta entrega y adhesión á su sagrada persona, manifestándola en la oración, en el trabajo, en el combate, en el sacrificio de todo, si necesario fuere: adhesión *usque ad effusionem sanguinis* [1].

En Junio de 1879, metieron en la cárcel á un Hermano Coadjutor acusado falsamente. Fácil es adivinar la pena que noticia tan inesperada produciría. El P. Instructor, siempre dueño de sí mismo, y siempre penetrado de los grandes pensamientos de la fe, lo anunció á los Padres tercerones en los siguientes términos: «Todo para el bien de los escogidos: *Omnia propter electos: diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.*

»Muy triste es el caso; pero, á pesar de todo, no pensemos que es una desgracia, ni que eso pruebe que Nuestro Señor nos ha arrojado de su Sagrado Corazón: *Non humiliavit ex corde, non abjecit filios hominum.* Tomémoslo al contrario, por una preciosísima enseñanza, y sepamos aprovecharnos de ella.

(1) Refiriéndose á este doble acontecimiento, nos escribía el Padre Luis Descamps, en Abril de 1904: «Pío IX murió el año de mi tercera probación. Yo vi al P. Ginhac cuando leía tan dolorosa noticia: alzó al cielo los ojos y dejó caer el periódico. Después nos reunió en la sala de conferencias, y nos hizo sobre Pío IX, sobre el Papado, sobre la Iglesia, una conmovedora improvisación». Unos días después fué elegido León XIII. El Padre Ginhac estaba radiante de gozo y alegrísimo; y aprobando una idea que le propusiera el P. Drevon, ministro entonces de casa, se procuró entusiasmar á los habitantes de Paray para que iluminasen la villa. Así se hizo, volviendo el P. Instructor á hacernos otra alocución acerca del respeto, sumisión y amor que debemos al representante de Jesucristo.»

»Nuestro Señor quiere: 1.° que nos fundemos bien en humildad, ahora que todo el mundo se preocupa de nosotros, los unos para combatirnos, los otros para defendernos: ahora muy especialmente, que la guerra declarada á la Iglesia, parece concentrarse toda contra nosotros. 2.° enseñarnos, que, si bien no debemos despreciar los medios humanos, ellos solos son impotentes para salvarnos; 3.° hacernos más vigilantes y aficionarnos más á la observancia de las santas reglas; 4.° avisarnos que seamos muy prudentes en nuestra conducta, siempre y en todo lugar, para no dar ocasión á la calumnia, y estimularnos á hacer continuamente nuevos progresos. Consideradas las circunstancias de lugar y tiempo, ¿no habrá sucedido esto para incitarnos á ser más devotos del divino Corazón? Conservémonos en paz. Y para contrarrestar el mal ejemplo, llevemos vida más edificante. Esforcémonos en desagraviar al Señor, caso de que haya sido ofendido. Y estemos seguros de que todo se convertirá en bien *in Domino.*»

Así sucedió: todo se convirtió en bien: la odiosa calumnia fué desmentida. El P. Instructor, al fin del año de tercera probación, les decía: «Año de prueba ha sido este para Paray, y año también de bendiciones celestiales: así debemos creerlo. Muchos enfermos: uno que parte para el cielo: otro qué pierde la razón: una infame calumnia: obstáculos para hacer algunas construcciones necesarias, y otras varias tribulaciones. Veamos en todo esto la mano de la Providencia, que trata de despegarnos de la salud, de la vida, de la fama y buen nombre, hasta de los mejores y más santos deseos, en fin, de todo; para que libres del todo nos entreguemos por completo á la divina gracia, por medio de la cual pretende Nuestro Señor santificarnos y hacernos dignos apóstoles suyos. Digámosle, pues: *Paratum cor meum.—Domine, quid me vis facere?*»

Otra prueba muy diferente, dió á la Comunidad de Paray, materia más bien de risa que de turbación. Denunciado por el dueño de uno de los hoteles de Paray, fué ci-

tado ante los tribunales el P. Ginhac en persona, «por haber tenido y seguir teniendo hotel sin patente ni autorización.» Tratábase de los ejercitantes, tanto seglares como sacerdotes, que durante los ejercicios vivían en nuestra casa. El P. Ginhac se contentó con esta defensa: «Si los señores dueños de los hoteles dieran trato y hospedaje durante ocho días á toda clase de personas, sin fijar de antemano precio ninguno; y al partir, no les pidieran nada, contentándose con lo que ellos quisieran ofrecer; entonces tendrían derecho estos señores para acusarnos de hacerles competencia; pues éstas y no otras son las condiciones de nuestro hospedaje.» También el abogado del P. Ginhac tuvo frases felices: ésta, v. gr., con que cerró su defensa: «Señores—decía—ahí tenéis á mi cliente: miradle bien: ¿tiene aire de hostelero?» Desde las primeras palabras del abogado, las miradas de todos los presentes se dirigieron al Padre, y su última salida excitó una risa general que produjo excelentes resultados. La causa estaba ganada [1].

Por Mayo de 1880 afligió vivamente al P. Ginhac una desgracia de familia. El P. Drevón, el intrépido promotor de las peregrinaciones á Paray, el apóstol de la comunión reparadora, «el obrero irreprensible», era arrebatado en la madurez de la edad y del talento. Esta muerte produjo un vacío muy grande en la Compañía, en la residencia de Paray, y ¿por qué no decirlo? en el corazón del P. Ginhac. Estos dos amigos veníanlo siendo desde el noviciado de Aviñón. Gustaba mucho el P. Drevón de contar este rasgo de humildad de su connovicio, rasgo que al mismo tiempo manifiesta la estima en que el P. Ginhac tenía al

(1) El mismo P. Ginhac refirió varias veces esta graciosa escena, como lo testifica un tercerón de Mourvilles: «Al Padre, dice, no le gusta que hable uno continuamente de bagatelas, pero no por eso excluye cierta amable jovialidad y gracejo de buen tono. Así lo mostró un día, en que hallándonos reunidos en la sala de conferencias, con motivo de la visita del R. P. Provincial, nos contó con humor y gracia hasta entonces desconocidos, cómo en Paray fué llevado á los tribunales por tener hotel sin pagar patente.

P. Drevón. Pasando éste por Tolosa, se detuvo en la residencia. El P. Ginhac que era Rector, no pudo en un principio recibirle como hubiera deseado; y cuando fué después á buscarle, lo primero que hizo fué ponerse de rodillas á los pies de su connovicio y pedirle perdón.

En Paray combatían juntos los dos amigos por la gloria del Sagrado Corazón. El P. Drevón, nombrado vicepostulador de la causa del Venerable P. de la Colombière, obtuvo permiso para ir á Roma. Apenas llegó á la ciudad eterna, le cogió una enfermedad cuya gravedad conoció inmediatamente. «El hombre propone y Dios dispone —escribía al P. Ginhac en 17 de Febrero. Llegué á ésta, el sábado por la mañana, y el domingo por la noche caí enfermo. Es una hemorragia bastante tenaz, puesto que aún perdura. Nuestros Padres me cuidan con una caridad sin límites. El médico, que viene á verme todos los días, me ha condenado á guardar cama.» Y al fin de la carta pone esta significativa advertencia: «Esta cruz la recibí el 15 de Febrero, aniversario de la muerte del P. de la Colombière» [1]. El 8 de Marzo, á las 11 de la noche, expiraba, después de haber repetido muchísimas veces el nombre de Jesús. Entre las cartas de pésame que recibió el Padre Ginhac, ninguna le alentó ni esforzó tanto como la siguiente:

Autun, 10 de Marzo de 1880.

Mi Reverendo Padre:

Me apresuro á participarle el sentimiento que me ha causado la triste noticia del fallecimiento del P. Drevón. Él mismo me manifestó el vivísimo gozo que sentía con la perspectiva de su próximo viaje á Roma. Dios le tenía reservada la gracia de llevar los últimos arranques de su celo y de su fe á los pies del sucesor de Pedro.

Esta mañana he dicho la santa misa por el eterno descanso de su alma.

(1) *Messager du Cœur de Jésus*, t. XXXVII, 1880, pág. 705.

Demos gracias á Dios por el inesperado éxito de la votación del senado. ¡Ruda ha sido la batalla! pero ¡cuán consoladora es la victoria!

Suyo afectísimo en Nuestro Señor.

† *Adolfo-Luis*, Obispo de Autun.

La batalla á que se refiere el eminente prelado, era la que acababan de librar los católicos, para defender la más preciosa libertad de todas, la libertad de enseñanza. Julio Ferry, en el proyecto de ley que presentó á la Cámara en Marzo de 1879, ponía entredicho á los miembros de las congregaciones religiosas no autorizadas, y las declaraba inhábiles para tomar parte ninguna en la enseñanza así póblica como privada. El famoso artículo 7, votado en la Cámara, fué rechazado en el Senado, con gran gozo de los católicos, que vieron, cómo en este debate, muchos de los adictos al gobierno condenaban aquellas tendencias opresoras de la libertad religiosa. Fué un rayo de esperanza en aquel cielo preñado de tempestades; pero bien pronto el odio de los sectarios tomó su desquite.

El 29 de Marzo del siguiente año 1880, se presentaron dos decretos: uno exclusivamente para la Compañía de Jesús: otro para todas las demás religiones. A éstas se las obligaba á llenar, en el espacio de tres meses, las formalidades requeridas para gozar de autorización legal; sin la cual, pasado aquel plazo, las comunidades debían disolverse. A la Compañía se la excluía de este privilegio: ofrecérsele, no hubiera sido—como decían ellos—«ni conveniente ni digno;» ya que ningún Gobierno civilizado concedería al presente el beneficio del reconocimiento oficial «á la llamada Compañía de Jesús.» [1] Se le daban por consiguiente tres meses para evacuar sus casas; respecto de los colegios de enseñanza hicieron una excepción, permitiendo que acabaran el año escolar.

La excitación que tales decretos produjeron en Francia

(1) Informe del Sr. Lepère

fué muy grande. Tan injustos y odiosos eran, que muchos no perdieron del todo la esperanza. Como están dictados, se decía, por la pasión, en un momento de ira y de despecho por la anterior derrota; ó los mitigarán, ó los retirarán. Pero otros opinaban que todo podía temerse, pues lo habían decretado las logias. La angustia de todos era indecible.

El P. Ginhac, sereno ante la persecución que comenzaba á desencadenarse, supo inspirar á sus tercerones generosos sentimientos. «Como religiosos—les decía—hemos de estar en una grande indiferencia de voluntad, respecto de todo cuanto, permitiéndolo Dios, pudiera suceder á la Compañía, indiferencia de orden muy superior á aquella que se refiere á nosotros mismos, y, por consiguiente, indiferencia más elevada, más perfecta, más meritoria; pero que no ha de confundirse con la indolencia y la apatía, ni impide el tomar cuantos medios de defensa conviniere tomar.

«Como apóstoles, recibamos de buen grado las calumnias, las violencias, etc., como justo castigo de nuestros pecados; ¿no hemos contribuído nosotros á hacer que suba la ola de iniquidad? Aceptémoslas, pues, á fin de expiar en nosotros los pecados de los demás, en especial aquellos de los cuales somos en alguna manera responsables. También nuestro divino Salvador y modelo pagó por los culpados: *Propter scelus populi mei percussi eum.* Esta es la vocación de la Compañía, y, por tanto, la nuestra; ser despojados, ser humillados, llevar la cruz con nuestro Señor: *Christo confixus sum cruci.* Esta es nuestra gloria, nuestro bien, nuestro gozo, nuestra dicha. Como consecuencia, amor ardiente á la Compañía, que es nuestra madre y que nos ama y nos procura tan preciosas ventajas: no nos cansemos de mostrarnos siempre dignos de tal madre y de tal vocación».

Este ardor de su alma, se trasluce también en sus cartas. En una dirigida á su íntimo amigo, el canónigo Dou-

net, de Castres, le dice: «No tenemos otro miedo, por la misericordia del Señor, que el de no ser tenidos por dignos de padecer algo personalmente por el nombre de Jesús».

Bien pronto llegó el día, en que habían de tener esta dicha el P. Ginhac y sus hermanos. El 29 de Junio, esperaban la llegada de los agentes de orden público, á eso de las cuatro de la madrugada. Varios sacerdotes seculares ó capellanes de Paray, suplicaron se les concediese celebrar en nuestra iglesia, que iba á ser injustamente cerrada. Poco á poco fueron llegando los amigos de los Padres. A las 5, había reunidos en la portería más de 50 entre seglares y sacerdotes [1].

La ansiedad era general, y hubieran con gusto repetido lo de Jesucristo al traidor Judas: *Quod facis, fac citius.* Por fin, un poco antes de las 7, se divisaron por encima del muro que rodeaba la casa las puntas de las bayonetas. La puerta del patio estaba abierta: entró, pues, el comisario de Paray y se acercó á la puerta principal: llama tres veces y nadie le responde. Por una de las ventanas del primer piso, manifiestan los PP. al comisario, que, «estando en su propia casa, no saldrán de ella sino á la fuerza».

Envían un agente á recibir órdenes del Gobernador, oculto en la casa consistorial. Media hora después, vuelve el comisario de policía al frente de cuatro obreros de blusa y con el hacha al hombro. Aquellos allanadores del domicilio ajeno, como gente diestra en el oficio, no se atrevieron con la puerta de roble, que se hubiera resistido mucho tiempo. Huyendo, pues, esta dificultad, se dirigieron á un endeble tabique hecho con tablas, que separaba del jardín de los Padres el patio de entrada, y derribándolo los carpinteros, llegaron á una puerta trasera contra la cual embistió furioso el herrero con el martillo y el escoplo. Detrás de la puerta había 60 hombres, trémulos de cólera, pero silenciosos. Abierta la puerta, entra el señor comisario

1) *Messager du Cœur de Jésus*, 1880.

y quitándose, un poco confuso, el sombrero, pregunta por el Superior del Establecimiento. Nadie le contestó; sólo al cabo de unos momentos, le señalaron la capilla.

Aquí quisieron ser prendidos los Padres. El R. P. Ginhac se levanta, interrumpiendo su oración, lleno de gravedad, y mientras escucha sereno la notificación del decreto gubernamental de expulsión, parece iluminarse su austera figura. Todas las súplicas fueron vanas; hubo que recurrir á la fuerza, y mandar que entrasen los gendarmes. Compasión daba el ver á estos infelices esclavos de las leyes existentes. El jesuita más próximo á la puerta de la capilla, ostenta sobre el pecho la cruz de la Legión de Honor. La ha ganado asistiendo á los coléricos en Argelia, y hoy por vez primera, después de trece años, brilla la cinta roja sobre la sotana del P. Queille.

Los gendarmes alegan las exigencias de su oficio; ruegan, suplican, todo en vano, tienen que poner sobre ellos las manos. El P. Ginhac irguiendo su hermosa cabeza, protesta enérgicamente, y en seguida los gendarmes le sacan afuera. Sacerdotes y seglares le siguen con las lágrimas en los ojos y en el corazón; se arrodillan, le besan la mano, le piden su bendición. Por la calle, la muchedumbre cae también de rodillas y llora; solamente el P. Ginhac se mantiene sereno, y con mirada sonriente va bendiciendo á todos. A un Padre que caminaba junto á él, le dijo: «¡Qué día tan grande! ¡Padre mío, qué día tan grande!»

Todos los religiosos, uno tras otro, á la pregunta: «¿Quién es V.?—respondían:—¡Un Jesuita francés!, y los sacaban á la calle. Uno de éstos, mientras sus amigos le abrazaban, decía: «Ahora vamos á decir misa, y á rogar por los que acaban de expulsarnos».

Los sacerdotes y demás católicos se consideran honrados en participar de la suerte de los proscritos; tampoco ellos ceden sino á la fuerza, y salen escoltados por los gendarmes, confusos por tener que desempeñar oficio tan indigno. Uno decía: «He tomado parte en muchas batallas,

y preferiría arrostrar el fuego y la metralla á ejecutar este mandato». Por la calle no se veían más que caras tristes y compasivas; era aquello una protesta digna y noble, que llenaba de confusión á los agentes del Gobierno. En la residencia no quedó más que un Padre; los otros encontraron asilo en casas de familias amigas, que se consideraban felices de poder probarnos su afecto.

Durante esta tormenta, el alma del P. Ginhac se cierne en regiones más serenas, cual si fuese inaccesible á los sentimientos que turban y agitan. Lo mismo en el Convento del Cenáculo, que en el Huerfanato del Sagrado Corazón, donde encontró albergue, todos admiraron su calma; era la bienaventuranza que el Señor tiene prometida á los que padecen persecución por la justicia.

El 2 de Junio, escribiendo á un amigo y bienhechor de Castres, le decía: «Cuanto á la guerra contra los religiosos, no hay nada en ella que me asuste. Todo pasará. Nos podrán arrebatar las casas, pero no nos arrancarán del corazón á Jesucristo Nuestro Señor, si nosotros con la gracia de Dios no queremos.

»Por otra parte, la contradicción, cuando se toma bien, es provechosísima; por cuanto nos despega y desase de todo lo criado, conserva en humildad, aumenta la confianza en Dios solo, y fortalece los lazos de la caridad. Los infelices que nos persiguen, esos sí que son dignísimos de compasión; más daño se hacen á sí propios del que nos harán á nosotros.

»Ruegue V. por ellos y también por los perseguidos.»

La Madre Priora del Carmen de Tours, recibía las siguientes líneas, el día después de la expulsión: «Espero que Dios Nuestro Señor os guardará en medio de esta tempestad que pasa. Cuando no hay, humanamente hablando, medio ninguno de salvación, entonces debemos esperarlo todo de Dios Nuestro Señor. Esta es una de esas horas preciosas, en que las almas bien dispuestas pueden

realizar inmensos progresos según Dios. Debemos, pues, amada Madre, aprovecharnos de estos momentos de la gracia, para que aumente en nosotros el espíritu de fe, de desasimiento, de total resignación en la voluntad santísima de nuestro Padre celestial, para que crezca Jesucristo Nuestro Señor en nosotros.

«Ya sabrá V. todos los pormenores de lo que aquí pasó; los ejecutores, aquí como en todas partes, han obedecido las órdenes recibidas de arriba. Como se trataba de los sagrados intereses de nuestro divino Señor, de la Iglesia, de la Religión, resistimos cuanto pudimos, cediendo únicamente á la fuerza.

»Pida V. á Nuestro Señor, que este estado de dispersión en que estamos, no perjudique en nada al espíritu de oración, y que continuemos aprovechando á las almas, como nuestra vocación lo exige.»

Cuando se supo en el Mazel la violenta dispersión de los Padres, Augusto Ginhac escribió á su tío y le invitó á volver á la casa paterna; que, pues la revolución le arrojaba de la suya, ellos se tendrían por muy dichosos de darle asilo en el Mazel. Agradecióselo mucho el P. Ginhac, manifestándole al mismo tiempo no poder hacer uso de su cariñoso ofrecimiento, por no poder disponer de sí mismo, y por no convenir que se separase de sus hermanos. «Por lo demás—añadía,—Dios Nuestro Señor vela por nosotros; ni Él abandonará en la hora del peligro á los que por su amor lo han dejado todo».

Pronto pudieron consolarse los Padres y reanimar su valor con un testimonio de cordialísimo afecto. El Señor Obispo de Autun había prometido, antes de la expulsión, venir á pasar con ellos el día de la fiesta de San Ignacio. Cumplió su palabra, y no pudiendo celebrarla en la residencia de Paray, por estar ya cerrada, la celebró en el Huerfanato del Sagrado Corazón, cuya capilla consagró. En la comida, que fué verdaderamente fraternal, aunque sin poder desterrar completamente la tristeza,

Su Excelencia procuró que renaciese en los espíritus la esperanza de porvenir más risueño.

Por la tarde, Rector, Padres y Hermanos se dirigieron á la capilla de Nuestra Señora del Cenáculo. Su Excelencia comentó emocionado aquellas palabras del divino Maestro: «Seréis aborrecidos por mi causa». Dada la bendición con el Santísimo, el mismo señor Obispo, dió á adorar al clero la reliquia de San Ignacio, y luego el señor Párroco se la dió á besar á los demás fieles, y todos se sintieron muy animados.

El P. Ginhac, (como ya sabemos), era bien conocido en el Huerfanato que le servía ahora de refugio. He aquí lo que escribe la Directora, Señorita Waldegg: «Le teníamos ya de antes en gran veneración; pero mucho más desde el 29 de Junio de 1880, en que nuestro humilde Huerfanato fué el sitio designado donde viviera el P. Ginhac con otros tres Padres. Entonces pudimos apreciar la gracia de vivir bajo el mismo techo con un santo. Desde el primer día, su vida fué vida de oración y de regular observancia, de la cual nunca se separó lo más mínimo. Venían muchos á visitarle y á confesarse con él; á todo se prestaba con suma amabilidad, y, cuando había terminado, volvíase á su habitación, donde ordinariamente estaba de rodillas. Pasábase largas horas delante del Santísimo Sacramento. Acostábase frecuentemente muy tarde, y se levantaba muy de mañana, pero sin meter ruido para que no le sintiesen, y se iba á la capilla donde le encontrábamos en oración, mucho antes de decir misa.

»Un día me atreví á preguntarle, qué decía á Nuestro Señor en tan largas horas de oración: «Procuro empequeñecerme cuanto puedo»—me contestó.—La humildad había echado en su corazón tan hondas raíces, que no comprendía cómo le sufrían en la Compañía, y menos aún, cómo le habían hecho Instructor de tercera probación, siendo tan indigno y tan incapaz. Y esto lo decía con acento de tanta sinceridad y convicción, que se quedaba una es-

tupefacta y sin saber qué responder á vista de humildad tan profunda. El yo humano no existía para él; el hombre desaparecía por completo para dejar brillar solamente á Jesucristo. Solía decir: «No veo más que el alma en los que se acercan á mí». Este era el secreto de su extraordinaria influencia sobre aquellos que tuvieron la dicha de tenerle por director.

»En el tiempo, por cierto demasiado breve, que permaneció entre nosotras, accedió á darnos los ejercicios, con lo cual nos hizo un bien inmenso. Estaba privado habitualmente de consolaciones, pero sabía, á costa de grandes sacrificios, proporcionárselas á los demás. Cuando le exponían aflicciones y tentaciones, decía: «Yo me encargo de eso.» Y la paz volvía á los corazones desolados. Yo creo que estaba casi siempre bajo la impresión de la infinita justicia y santidad de Dios, y que rogaba por los pecadores y reparaba sus ofensas; pues le vi muchas veces antes de decir misa, con los ojos enrojecidos de tanto llorar durante la meditación. En un principio creí que estaba inundado de divinas consolaciones, y como le dijese que cuán dichoso era, me contestó que no tenía nada de eso, y que Dios le trataba según él merecía. Después supe que á este buen Padre le llevaba el Señor por un camino de lo más penoso á la naturaleza, pero heróico y generoso.

Teníale hondamente afligido la expulsión de los religiosos, de la cual se creía responsable en alguna manera; y decía no padecer lo bastante, y que quisiera haber sido encarcelado y martirizado por Cristo y haber ido á las misiones. «Pero, añadía, no lo merezco; además hemos de querer lo que Dios quiere, aun cuando sea morir tranquilamente en la cama, si tal fuere su divino beneplácito.»

Estos nobles sentimientos se encuentran en una carta que el P. Ginhac dirigió al M. R. P. General, el 30 de Julio: «Todo me mueve á creer que voy á volver á la provincia de Tolosa. Llevaré conmigo la amarga pena de no haber hecho hasta el presente nada en bien de la Compañía;

antes al contrario, de haberla hecho mal. Mi vocación era de Hermano Coadjutor, y ¡cuán dichoso sería, si Vuestra Paternidad me concediera expiar por este medio hasta el fin de mi vida mis faltas pasadas! O si no, será también para mí gran favor, teniendo como tengo aún fuerzas, ir á las misiones extranjeras, á ver si puedo servirles en alguna cosa, con la gracia del Señor. Pero me siento tan indigno de todo, que no me atrevo á esperar ninguno de estos favores. Suplico al menos á Vuestra Paternidad, no rehuse por culpa mía su santa bendición á los Padres y Hermanos de Paray que están dispersos.»

El 16 de Agosto, el P. Ginhac dejaba á Paray, para dar ejercicios en París y en Mans; de aquí se dirigió á Tolosa, donde permaneció hasta el 16 de Octubre. «Su salida de Paray, causó, según nos escribían, vivísima emoción; tan amado y apreciado era de todos. Decían que la villa perdía su pararrayos; que era preciso oponerse á esta salida, que era otro Padre La Colombière. Todos le llamaban el santo. Todos lo sintieron hondamente, muy en especial las comunidades religiosas.»

CAPITULO XI

En Mourvilles.—Años de soledad (1880 á 1890)

I. El Castillo de Mourvilles.—II. Vida interior.—III. Resplandores de santidad.—IV. Amistad religiosa.

I

El año 1880 fué para todos los religiosos año de desolación. La Compañía vió selladas por el Gobierno sus iglesias, cerradas sus residencias, deshechos sus colegios, y las casas de formación forzadas á pasar la frontera y buscar en tierra extraña la paz y libertad de que carecían en la propia. En esta tempestad, se dispersaron todas nuestras comunidades; solamente la casa de tercera probación de la provincia de Tolosa, encontró un asilo seguro en suelo francés, y fué el castillo de Mourvilles, graciosamente ofrecido á la Compañía de Jesús por Madama la Condesa de Villèle. Allí se refugiaron durante diez años el P. Ginhac y su ferviente comunidad.

Situada la posesión de Mourvilles en la pacífica región del Lauraguais, era el sitio más á propósito para gente dedicada á la oración y vida contemplativa. Alrededor del castillo se extiende un inmenso parque con bosques crecidos y amenísimas praderas. No muy lejos, y en medio de aquel verde paisaje, se eleva el pueblecito con su iglesia, ocultos en una de las ondulaciones del terreno. Todo allí es calma, silencio y soledad.

El Conde José de Villèle, ministro de Luis XVIII y de Carlos X, tuvo siempre marcada predilección por esta mansión deliciosa. Aquí venía á descansar del tráfago y barullo de la política, y allí quiso dormir el último sueño, en la elegante capilla levantada por él, no lejos del humilde

cementerio, donde los Villèle, confundidos con sus colonos, aguardan el día de la resurrección final.

El P. Ginhac llegó á Mourvilles el 14 de Octubre de 1880, con un Hermano Coadjutor y tres Padres. Según refiere el Hermano, «en la primera noche no descansó un momento; la pasó examinando la casa.» A las 10 de la noche entró en mi habitación con una bujía en la mano, y me dijo: «Carísimo Hermano, mañana por la mañana medite V. el *Pater noster* por el segundo método de orar. Habíamos llegado tan tarde, que no hubo tiempo para darme los puntos de meditación.»

A pesar del silencio y aun misterio con que se llevó á cabo esta instalación nuestra en Mourvilles, no dejábamos de tener alguna inquietud. El *Reveil*, periódico sectario, denunció el hecho y señaló el peligro. Grande fué el susto de aquella reducida comunidad, tan contenta por vivir en familia en suelo francés, cuando toda la provincia vivía en el destierro y en la más triste dispersión. Para mayor seguridad, encerróse cuanto pudo en su amable soledad, y todas las noches, á pesar del frío, de la lluvia y de los malos caminos, iban varios Padres á pasar la noche en otra casa de la Condesa de Villèle. Tanta era la intolerancia en este año, que, á pesar de estas precauciones, temíamos una nueva expulsión. «Será poco menos que un milagro que puedan VV. pasar ahí tranquilamente un año. Pero ¿por qué no ha de haber milagros en nuestra época? Caso de verificarse, le advierto que culparán de ello en parte á V. R.» Esto escribía al P. Instructor, el R. P. Raoul de Scorraille.

Alarmas, más de una vez las hubo. La noche en que se comenzaban los ejercicios de mes, llegó en coche el Párroco de Caraman, para avisar al Padre Instructor, que, por orden del Gobernador, vendrían á expulsarlos del castillo, al día siguiente por la mañana. El Padre, sin turbarse nada, retardó un cuarto de hora los puntos de la meditación. Pero apenas partió el señor Cura, fué á dar los puntos pa-

EL P. PABLO GINHAC

de un croquis del P. J. M. Lafaye.

ra empezar el mes de ejercicios, sin hacer la menor alusión á cuanto acababan de decirle.

El P. Ministro que sabía la noticia, estaba muy inquieto. «Dios es nuestro dueño—le dijo el P. Rector;—tranquilícese y váyase á dormir, como si nada supiera.» Y el P. Instructor ¿qué hizo? ¿se fué á descansar ó pasó la noche en oración? Nada se supo. Lo cierto es que á la mañana siguiente, los expulsadores no parecieron por allí.

A una religiosa de Nuestra Señora del Cenáculo escribía el 11 de Noviembre: «Continuamos tranquilamente aquí, en el interior de estos bosques, nuestros ejercicios de mes comenzados el día 2 por la noche. Pero nos han amenazado con una visita *oficial*. Dios nos guarde y sus santos ángeles. Ruegue mucho por nosotros.»

Pasóse aquel año tranquilamente, y después, otros tan pacíficos y quietos como el primero. Si varias veces temió el terceronado perder su risueña soledad, la única causa de estos temores fué la delicadeza del P. Ginhac. ¿Podemos prolongar aquí nuestra estancia sin pecar de indiscretos? ¿No es nuestra presencia un obstáculo para la buena administración de la propiedad? ¿No creará á sus dueños dificultades por más de un concepto? Esto pensaba el Padre Ginhac. Pero la generosidad de la señora Condesa y de sus dignísimos hijos, lejos de cansarse, no cesaban de repetir en todas sus cartas lo que habían ya dicho en la primera. «Dios nos concede la honra de abrigar bajo nuestro techo á la Compañía de Jesús. A Mourvilles debo la protección y socorros del cielo, que yo no merezco y VV. me obtienen...» «Quedaría muy desolada, si tomaran alguna resolución con el objeto de devolvernos Mourvilles; le aseguro que en este momento lo apreciamos únicamente por verles en él á VV...» «No me hable V. de agradecimiento; á medida que pasan los años, el mío se aumenta para con Dios y para con VV.»

En esta noble contienda triunfó la nobilísima familia,

pudiendo así el P. Ginhac, merced á ellos, y con el auxilio de la gracia y la protección de Dios, continuar por diez años su fecundo apostolado.

La persecución contra los religiosos hirió en el corazón á todos los católicos, y muchísimos, antes que tomar parte en ella, sacrificaron su porvenir. Uno de estos valientes fué el General Sonís. Sus cartas encontraron al P. Ginhac en la soledad de Mourvilles, y creo que han de leerse con gusto las dos que se conservan:

«Châteauroux, 16 de Noviembre.—Cuánto le agradezco, que, en medio de sus tribulaciones, se haya acordado de mí. Bendigo á Nuestro Señor por haber yo también podido hacerle algún sacrificio; no me queda nada, absolutamente nada fuera del sueldo. Pero no cuentan con Dios.

»Hubiera podido, hasta cierto punto, seguir en mi puesto, pues el General Gallifet, que manda mi cuerpo de ejército y conocía mis sentimientos, tuvo la delicada atención de dar directamente sus órdenes á mis tropas, sin que pasaran por mí. Pero no importa; no he querido seguir siendo jefe de unos desventurados soldados, que por falta de obreros civiles que hayan querido practicar oficio tan villano, han sido empleados por orden ministerial en forzar las cerraduras y hacer saltar á hachazos las puertas de los Redentoristas de Châteauroux.

»¿A dónde vamos? Me temo que no estamos muy lejos del término de tan abominables profanaciones. La cruz ha sido arrojada oficialmente al suelo en muchas partes, y crímenes tan grandes no pueden quedar impunes.

»Me uní á V. de todo corazón en las tribulaciones de Paray-le-Monial, por las cuales ha sido V. asociado más de cerca á los misterios del Corazón adorable de Nuestro Señor. Estaré unido á todas las intenciones de V., durante los ejercicios de mes de los Padres tercerones. Pero también yo reclamo la limosna de las oraciones de esos buenos Padres, para mi familia y para su jefe.

»Estoy provisionalmente en Châteauroux, y ahora mis-

mo acabo de dejar el cuartel, para ceder el puesto á mi sucesor.

»Espero que esta persecución será saludable para muchísimas almas. Dios tiene sobre Francia, y á pesar de Francia, misericordiosos designios. Es evidente que vivimos en pleno paganismo, aunque con apariencias y etiquetas cristianas. La persecución nos hará volver á las fuentes de la fe, y nos llevará á la meditación del misterio adorable de la cruz. Allí encontrarán la salvación nuestros hijos; y los Francos á quienes ama Cristo, se volverán á hacer dignos de sus antepasados de los tiempos de fe.»

«1 de Mayo de 1884.—Resido siempre en París, empleado en la comisión mixta de obras públicas, y vivo en un sitio muy retirado y modesto, rodeado de mi querida familia.

»Mi vida es casi como la de VV., y doy gracias á Nuestro Señor de haberme alejado del mundo y conducido á la soledad..., á esta soledad, en la cual habla Él al corazón del hombre.

»Sí, los tiempos son muy malos, y no hay trazas de que á la larga mejoren. Dios ha llamado para sí á nuestro príncipe, que parecía designado y preparado por la divina providencia para *instaurare omnia in Christo*. Quiere sin duda hacer ver á los hombres, que Él no necesita de nadie.

»Hoy todo yace por tierra: no queda en pie más que Él, su Iglesia y su Vicario. No queda, pues, otro á quien sirvamos. Este es de continuo mi pensamiento, y procuro penetrarme bien de él y hacer que también se penetren mis hijos.

»Ayer vi al P. Laurençot, que viene de Roma, y á quien conocí mucho en Argelia. Me habló largamente del Papa y del golpe que acaba de dar con su encíclica. ¡Qué golpe el suyo tan certero!

»Sea Dios bendito, que les concede continuar su obra con toda paz y seguridad, bajo el techo hospitalario de la Condesa de Villèle. Este nombre suena muy agradablemente

en mi corazón. Conocí varios sobrinos del difunto Conde, entre otros á Gastón de Villèle, cuando era teniente de los zuavos pontificios.»

II

Procuremos hacer revivir en sus principales rasgos, el edificante espectáculo que contemplaban anualmente los PP. Tercerones en esta bienaventurada Tebaida.

Dijérase que el P. Ginhac trataba de hacer más completo su aislamiento y más profunda su soledad, dichoso de vivir exclusivamente para Dios y la Comunidad. Cuando no estaba en su aposento, era inútil buscarle en los paseos del parque: estaba humildemente arrodillado en un rincón de la capillita. Un año, sin embargo, notaron que durante los fuertes calores del estío, á eso de las seis de la tarde, iba á tomar el fresco; pero supieron que lo hacía por habérselo expresamente ordenado el médico. La mañana de la Asunción, no se presentó en el refectorio á la hora acostumbrada, con gran sorpresa del Hermano refitolero, que le vió venir más tarde del bosque. Como al mediodía le hablaran de esta excursión matinal, respondió: «Hoy es día de Nuestra Señora, y conviene pasearse un poco.» Probablemente lo hizo, añade el testigo, cediendo á la necesidad que sentía de descanso, después de las fatigas de los ocho días precedentes, que le habían dejado sin fuerzas.

Pero si él no se aprovechaba de la frescura del parque, recomendaba á sus tercerones, cuando les veía cansados, que diesen sus paseos por el bosque y tomasen fuerzas para servir al Rey divino.

«Le ayudo la misa todos los días á las 5 y cuarto—refiere un Hermano Coadjutor;—tarda cerca de tres cuartos de hora. Acabada la misa, colocándome en el fondo de la capilla los días de comunión, le he visto muchas veces fijar largo tiempo su mirada, de un modo extraordinario,

en la estatua de Nuestra Señora de Lourdes, que tiene delante.

»Algunas veces reza horas menores y también el rosario, de camino para su cuarto; las horas menores, á las 6 y media de la mañana, y el rosario, después del desayuno ó por la noche. Anda entonces muy ligero, y yo creo que lo hace por arrojar el sueño, pues se le ve agobiado de él, apenas se para, se sienta ó se arrodilla. Un día, mientras hablaba con él, le vi dormitar un poco, pero sacudió el sueño en seguida, y frotándose las manos y sonriéndose me dijo: «Bien, Hermano, ¿qué materia le sería útil para el examen particular?» El buen Padre se había adormecido, al interrumpir por unos momentos la conversación, para buscarme materia de examen. Le he visto con frecuencia dormitando en las letanías de la noche, pero su actitud y postura no pierde nada de su gracia; el cuerpo permanece recto, únicamente la cabeza se inclina un poco bajo su propio peso, pero para levantarse en seguida. Nótase al mismo tiempo en este movimiento, que no es nada brusco, un esfuerzo vigoroso para vencer el sueño, de suerte que nunca queda el Padre vencido; no se puede afirmar que duerme [1]. Además esto no sucede todos los días, ni largo rato.

»Creo que el Padre se acuesta á las 10, y se levanta á las 3. Encargado de su ropa interior, la encuentro siempre tan ensangrentada que da compasión. En el pavimento, he tenido varias veces que quitar manchas de sangre. También he encontrado con frecuencia en su habitación pedazos de disciplinas impregnadas de sangre.

»En el invierno se le dieron zapatos de abrigo. Él los puso sobre una cómoda muy alta, y cuando más tarde el

(1) El autor de la *Vida manuscrita*, nota en este pasaje, que «las observaciones del Hermano son del todo exactas; pero no ha podido observar él una cosa como yo presencié muchas veces en Tolosa y otras partes, por estar más próximo al Padre; y es, que en las letanías, nunca dejaba de responder, aún en lo más fuerte de la lucha, *Ora pro nobis*, y siempre con acierto.

P. Prefecto le preguntó: «¿No tiene frío, Padre?», respondió gravemente: «Me han dado zapatos de abrigo».

»Cuando ha de ir á Tolosa, el P. Ministro manda que se le dé en el desayuno algo de carne, como se hace con los demás cuando han de viajar. El se contenta con tomar un pedacito del tamaño de una haba, de lo peor, y cuando llega á Tolosa, á la casa que tienen los PP. en la calle de Montplaisir, y éstos le invitan á tomar algo, responde en seguida: «Esta mañana desayuné carne».

»Por las mañanas, antes de tomar leche, se entera de si hay bastante para la comunidad, y si no hará falta algo más para los enfermos durante el día.

»Un Padre de la provincia de Lión tenía necesidad de cosas que era muy difícil encontrar en Mourvilles; pues, no le faltó nada. Una vez, el P. Ministro hizo una caminata de 22 kilómetros en busca de limones, para dar así gusto al médico y al enfermo, y más aún al P. Ginhac. Como alguno le dijese que se excedía un poco, le contestó: «Todo esto lo deberíamos hacer por cualquier Padre; ¡cuánto más por un Padre de otra provincia, como es nuestro querido enfermo!»

»Es muy exigente con todos en punto á limpieza, particularmente en la capilla; tiene prohibido á los terceronones celebrar sin tener el calzado bien limpio. Mucho más les prohibe el decir misa con zapatillas, por limpias y decentes que estén. En cuanto al Padre, en su cuarto, lo mismo que en la capilla, es la misma limpieza. Pero no le gustan las cosas nuevas. Se le compró una maleta de viaje; pues, no la quiso por ser demasiado brillante. Procuré amortiguar el brillo con vinagre, pero no habiéndolo conseguido, me hizo ponerla una etiqueta que decía: *Terceronado*; no consintiendo que pareciese objeto de uso exclusivo suyo. Envió también al depósito común un paraguas nuevo comprado para él. Se le procuró un sombrero nuevo, sin decirle palabra. El Hermano ropero tomó la medida mientras él estaba en la sala de conferencias. Intentamos poner el sombrero nuevo en lugar del viejo, pe-

ro al ir á hacerlo nos encontramos con él en la habitación. Opúsose al cambio el Padre con tanta energía, interponiendo su autoridad de Superior, que hubo que dejarle el sombrero viejo. También quedó allí el nuevo, por estar ya comprado. Pero cuando el Padre iba á Tolosa ó á otra parte, si el P. Ministro quería que viajase con el sombrero nuevo, era preciso que le vigilase; de lo contrario se iba con el viejo, pues le quería mucho.

»Muéstrase sumamente agradecido por los menores servicios que se le hagan, y se ve que se reconoce indigno de ellos. Bien que casi no hay ocasión para hacérselos, á no ser á escondidas y con trampas. Hubo que prohibirle que barriese el cuarto, y me acuerdo de la resistencia que me opuso en esto, cuando llegamos á Mourvilles, hasta que le vino orden de que me dejara. Me llena de confusión, cuando viene á preguntarme con mucha humildad, si podría, sin molestia del Hermano cocinero, llevarle agua caliente, y no quedo menos confundido del modo que tiene de darme las gracias después.»

Los PP. tercerones tienen por turno una plática espiritual. A ella asistía el P. Ginhac, con una atención y un espíritu de fe, que edificaban sobremanera. Para él, el predicador no era un discípulo suyo, sino un maestro á quien escuchaba dócilmente.

En su cuarto, los PP. tercerones encontraban al P. Instructor, ya de rodillas con el breviario en la mano, ya en la mesa, ocupado en despachar la correspondencia ó estudiando el Instituto; á veces también, á eso de las 11, de pie junto á la ventana, recorriendo á la ligera *L' Univers*, teniéndole desplegado por completo, y cogido al parecer de la manera más incómoda. Pero en seguida doblaba el periódico y nos recibía con mucha gracia, poniéndose todo á disposición del visitante. Aun en las horas más intempestivas, por ejemplo, cuando el cartero esperaba el correo, nos recibía con tanta amabilidad, que parecía decir: «Os estaba esperando».

En este punto, el Hermano portero le encontraba incorregible; ni podía explicarse esta costumbre del Padre. Y añadía: «No sólo esto, sino que les manda sentar, como si el cartero no estuviera esperando.» Hay, sin embargo, que advertir en honor de la verdad, que éste, en llegando á casa, comenzaba por desayunar bien, cosa que el P. Instructor no ignoraba, y tal vez pensaría que el buen hombre no se apuraría mucho por despachar pronto. A este propósito refiere el mismo Hermano: «He advertido que cuando el cartero le traía alguna carta certificada, el Padre, antes de firmar, le saludaba muy cortésmente, le preguntaba acerca de su familia y de su salud, y una vez puesta la firma, le exhortaba á la virtud con estas ó parecidas palabras: «Seamos buenos cristianos, mi querido amigo; hagámoslo todo por amor de Dios; ofrezcámosle nuestros pasos».

La voz del cartero era la única voz extraña que interrumpía el silencio del terceronado. A sus tiempos, venía el R. P. Provincial ó enviaba alguna visita. Entonces había gran fiesta para todos; y hubiérase dicho que nadie mostraba mayor alegría y satisfacción que el mismo Padre Instructor. ¡Con qué sonrisa recibía á los huéspedes y les hacía los honores de la casa, y les enseñaba el parque! Caso de tener que permanecer allí algún tiempo, tenía sumo cuidado en proporcionarles una de las mejores habitaciones, á pesar de la incomodidad de la casa.

«Cuando fuí á Mourvilles á ver los tercerones de Lión —refiere el R. P. Clairet,—el P. Ginhac, sin decir nada á nadie, ó mejor, ocultándolo, se pasó á un escondrijo oscuro y húmedo. A la mañana siguiente pregunté por su aposento, para hacerle una visita. «Pues si es donde está V. R», me contestaron. «Y entonces, ¿dónde vive el P. Instructor?» «No sabemos nada». Al cabo di con su rincón, que era un cuartucho pequeño y atestado de libros, donde no se veía sitio, ni para la cama, ni para la mesa de estudio. Allí le sorprendí, estudiando y de pie, junto á no sé qué mue-

ble que hacía de mesa. Quise manifestarle mi pena y confusión; pero él, esquivando la respuesta, se echó á reír y cambió de conversación.»

Como la comunidad de Mourvilles estaba compuesta casi exclusivamente de tercerones, el P. Instructor se encontraba ordinariamente solo con el P. Espiritual. Al mediodía tenían juntos la recreación, y por la noche guardaban silencio. De cuando en cuando, el P. Instructor venía al recreo de los tercerones, que le recibían gozosos. Pero la conversación, á pesar de las tentativas de varios, rara vez versaba sobre noticias que despertasen la curiosidad; á todas las preguntas capciosas de los tercerones, el Padre Ginhac respondía con una sonrisa y alguna que otra palabra, tras la cual tornaba en seguida á materias de edificación. Pero, no por eso le disgustaba cierta religiosa jovialidad.

«Nunca—dice un Padre,—nunca sale de su boca palabra que hiera en lo más mínimo la caridad. Muy al contrario, su mayor contento es poder alabar á alguno á su placer. Un día que yo le acompañaba en una visita, salió en la conversación el nombre del P. Ramière. El rostro del Padre tomó en seguida un aire de tanta alegría y expansión, que me llamó la atención; eran indicios de la dicha que sentía al encarecer las prendas del P. Ramière. «¡Ese sí que fué hijo verdadero de la Compañía! Asegúrase que su alma no tuvo purgatorio. No me cuesta creerlo; ¡amó tanto al Sagrado Corazón!»

En las vacaciones de 1881, los Superiores decidieron que el P. Ginhac acudiese al dentista. Las brechas abiertas en su dentadura eran ya tantas, que, además de padecer él mucho, costaba no poco entenderle. El dentista fué de parecer que era necesario arrancarla toda, como lo hizo en dos días. A la segunda ó tercera extracción, el dentista, queriendo interrumpir la operación, dijo al Padre: «Mañana sacaremos lo restante».—«Como V. guste, Señor—le contestó el Padre;—pero para abreviar, hágalo ahora mis-

mo.»—«¿No le he hecho sufrir ya bastante?»—«Más sufrió Nuestro Señor.»

«Al día siguiente—dice el Hermano Peyroux,—se la arrancó toda, dejándole sólo dos dientes. Lo sufrió todo con la misma impasibilidad; ni una palabra; ni un gemido. El dentista, admirado, exclamó: «No he visto nunca persona de tanto valor.» Por eso, no le extrañó que yo le rogase en voz baja, que me reservase como reliquias cuanto acababa de extraerle. En estas operaciones, hubo necesidad de andar algo de prisa, por aproximarse la apertura del año de tercera probación; lo cual fué para el Padre ocasión de nuevos dolores.»

El P. Ginhac tuvo que dar cuenta de ellos por obediencia. «En lo de habituarme á este aparato—escribía el 18 de Octubre al Hermano Peyroux,—la cosa no es muy fácil; confieso que cuesta menos dejarse arrancar los dientes... Pero, con la gracia de Dios, terminaremos por acostumbrarnos.»

Era que la dentadura postiza se la habían colocado estando inflamadas las encías y sin cicatrizar las heridas, cosa que además desfiguraba el rostro del paciente. Sin embargo, como cuenta el P. Blanchard, de quien tomamos estas noticias, estaba dispuesto á sufrirlo todo en silencio. Pero al fin todo se arregló. «Estábamos—dice—maravillados de su heroica paciencia».

III

Inútilmente procura la virtud ocultarse á las miradas de los hombres. Dios no permite que lo consiga: el perfume celestial que exhala, la descubre, y atrae hacia sí las almas. A este valle retirado y de tan difícil acceso, llegaban de tiempo en tiempo religiosos, eclesiásticos y gentes del mundo, deseosas de ver al P. Ginhac y de encontrar en él luz y consuelo.

Más de uno de estos visitantes, después de haber tra-

tado con él, diría lo mismo que el Abate X***, vicario de la metrópoli de Tolosa: «Las palabras del P. Ginhac me esclarecen y confortan como las palabras de un ángel. Las soluciones de otros directores y su aprobación me dejaban con dudas; hoy no me queda ninguna».

Un hijo dignísimo de Santo Domingo pidió el favor de que le dejasen hacer ocho días de ejercicios en Mourvilles, para aprovecharse del trato del P. Ginhac, á quien él veneraba como á hombre celestial. La estima y amor que ya tenía á los ejercicios de San Ignacio creció en él tanto, que, deseando empaparse completamente de su espíritu, para mejor formar á los jóvenes religiosos que tenía á su cargo, resolvió hacer con él los ejercicios de mes. Pero los cargos importantes que se le confiaron en la Orden, no le dejaron realizarlo antes de la muerte del siervo de Dios, si bien tenía ya la aprobación de sus Superiores.

Entre los peregrinos de Mourvilles nos complacemos en citar al venerable Fundador de la Tercera Orden Regular de San Francisco, el R. P. Francisco María Clausade. En cierta ocasión, hablaba de sus visitas al P. Ginhac en los términos que reproducimos textualmente:

«Dios—nos decía—me ha concedido la dicha, mejor diré la gracia, porque lo es y muy grande, de haber encontrado en mi camino al P. Ginhac. Muchos hombres he conocido en mi vida; pero no he visto ninguno que fuese como él, más que él, ni tanto como él, el *homo Dei* de que habla San Pablo. Sí, era realmente el hombre de Dios. Cuando se le consultaba, su mirada inspirada parecía buscar en Dios la respuesta, que daba muy presto clara y firme. Vds. no saben lo que yo he sido, ni la necesidad que tenía de luz. Arrastrado por el torbellino de los negocios, de las pruebas y de las persecuciones, necesitaba un apoyo, un punto de apoyo bien firme á donde poder asirme. Dios me condujo al P. Ginhac: desde entonces, él fué mi único recurso, á él me dirigía en mis numerosas dificultades. En Castres, en Paray y en Mourvilles, hacía anual-

mente los ejercicios bajo su dirección. ¡Cuánto hubiera deseado saborear con él por treinta días los ejercicios de San Ignacio! Pero, no permitiendo largas ausencias mi oficio de Superior, me dijo que me quedase en nuestro priorato de Ambialet, que allí no me faltaría nada. En efecto, el Padre me enviaba con la mayor regularidad, por medio de cartas preciosísimas, la dirección.

»¡Qué hombre tan celestial! Nada había ni en su actitud, ni en sus palabras, ni en su mirada que no fuese sobrenatural! ¡Sí; vuestra casa de Castres es un relicario, donde hay que acudir en peregrinación!»

El afecto y estima que el cardenal Desprez tenía al Padre Ginhac, le movieron á visitarle en el retiro de Mourvilles en 1889. Unos días después, escribía lo siguiente: «Salí de Mourvilles muy conmovido por el recibimiento que me hicieron, y resuelto á repetir la visita para celebrar con Vds. la fiesta de su Santo Fundador.» No le fué posible realizarlo, y lo sintió vivamente, como nos lo manifestó, por verse privado de visita para él tan agradable.

La familia de los Villèle se abstenía por prudencia de presentarse en Mourvilles; tuvo, no obstante, que venir varias veces. Una de ellas, en circunstancias bien tristes por cierto. «Fué, según refiere el P. Teyssédre, con motivo de los funerales del Conde de Villèle. Todos los tercerones asistieron. Al salir de la iglesia parroquial, la familia del ilustre finado esperaba reunida á la puerta. Yo estaba pensando de qué manera cumpliría nuestro Padre Ginhac con los deberes que en tales casos impone la gratitud, y se adaptaría á tanta diversidad de personas. Recogióse un instante, y luego se adelantó con una dignidad y sencillez mezclada de no sé qué compasión y alegría sobrenatural, que me impresionaron mucho, y que parecían llenar de contento y consuelo á toda aquella afligidísima familia.» «Estando yo en Mourvilles—escribe el P. José de Villèle—mi hermano mayor Gastón nos hi-

zo una visita; y me habló del P. Pablo en términos tales, que manifestaban claramente la impresión que le había producido el recibimiento que le hizo este buen Padre. Admiraba, entre otras cosas, lo bien que sabía juntar la delicadeza de una madre de familia con los modales de la alta sociedad».

El primero de año, el P. Ginhac visitaba las gentes de la señora Condesa y les llevaba los aguinaldos de costumbre. Comenzaba por unas palabras de edificación, y después, con tanta discreción como amabilidad, dejaba caer la moneda en la mano del jefe de familia, mientras se la apretaba saludándole afectuosamente.

En la revista *Études religieuses*, el P. E. Charel ha hecho notar—son sus palabras—«este aspecto amable, complaciente, *humano* en cierta manera, de la santidad del siervo de Dios. Los eclesiásticos, religiosos y gente del mundo que venían á buscarle en su celda, entraban en ella con un respeto y recogimiento algo parecido al que suele embargar nuestra alma, cuando estamos en la puerta de una iglesia. En estas visitas y relaciones, el Padre Ginhac guardaba junto con la gravedad religiosa inseparable en él, la más exquisita cortesía: todos salían grandemente edificados de su espíritu sobrenatural, pero tal vez más conmovidos por su amenidad y su finura; mejor diríamos por esa urbanidad celestial, flor de la caridad, que no se encuentra más que en los santos.»

A Mourvilles venían también á buscarle en gran número las cartas de sus discípulos y amigos.

Las cartas fueron siempre para él un medio poderoso de apostolado. Escondido en aquel retiro, y libre de toda relación exterior, pudo ejercerlo con más eficacia, tomando parte activa en multitud de obras y empresas. Por cartas dirigió á la generosa fundadora de la Obra de Betania, en Marsella, la señorita Luisa Grandval, que encontró en el Padre, á partir de 1880, consejo y apoyo; y el P. Pablo se tenía por dichoso de trabajar así en bien de los intrépidos

misioneros de cuyos trabajos no le fué dado participar [1].

En estas cartas se le ve también manteniendo el fervor de muchas congregaciones, unas dedicadas á la educación, otras á la contemplación ó al apostolado, ó sosteniendo con sus consejos á la superiora de una congregación establecida para hacer florecer las virtudes religiosas en medio del mundo.

Dejando á un lado toda esta correspondencia, digamos dos palabras de otra, que por desgracia ha quedado muy incompleta; en ella se nos muestra el P. Ginhac bajo un aspecto menos conocido.

IV

Ya indicamos más arriba la estrecha amistad que unía á los PP. Marcelo Bouix, Augusto Carayon, y Élesban Guilhermy; nombres muy gratos á la Compañía de Jesús, y no desconocidos en el mundo literario. Esta amistad santa y espiritual tenía por vínculo un ardiente amor á la Compañía. Pensaban estos jesuitas ser obra eminentemente útil á la Compañía, trabajar seriamente en su historia; porque, cuanto esta historia fuese mejor conocida, más gloria adquiriría á los ojos del mundo, y más noble emulación provocaría en el corazón de sus propios hijos. Por eso consagraron toda su vida á esta obra.

El P. Ginhac fué su fiel colaborador. La traza de tan valioso concurso se halla en alguna de las cartas del Padre Bouix que no han perecido. Traducir al francés los Ejercicios y las cartas de San Ignacio, las obras de Santa Teresa y la vida del P. Baltasar Álvarez, fueron otros

(1) Cuando murió el P. Ginhac, la casa de Betania había hospedado á 4.364 misioneros, de los cuales 104 eran prelados, pertenecientes á 32 Congregaciones ó Comunidades religiosas de Francia, Italia, Inglaterra, Alemania, Holanda y Bélgica. La caridad, no sólo había cubierto todos los gastos de hospedaje, sino que había proporcionado á los valerosos apóstoles todos aquellos consuelos que ella sola sabe inspirar. La señorita Grandval murió poco después que su santo director, y con ella desapareció muy pronto la obra que había fundado.

tantos trabajos que apoyó el P. Ginhac de todas las maneras, lo mismo que las publicaciones del P. Carayón.

Así, el 29 de Diciembre, el P. M. Bouix le anuncia un ejemplar de la Bibliografía de la Compañía de Jesús, que el P. Carayón dedica al P. Ginhac, no como Rector sino como persona particular. «V. R.—le dice—es de los pocos que nos alientan en estos trabajos sobre la Compañía: los hombres no sabrán nunca lo que nos han costado, ¡pero lo sabe Dios!»

El P. Ginhac, no sólo los alienta, sino que les procura numerosas suscripciones; concurso tanto más de apreciar «cuanto es más eficaz y más difícil de conseguir.»

«Por Enero de 1867, el P. Carayón le escribe confidencialmente y le dice: «Mis *Documents inédits* no adelantan nada: sería preciso pagar al impresor por adelantado: no veo manera de salir de estas dificultades. Después, nos quedaría el coleccionar los materiales destinados á formar una *Historia de la Compañía en Francia*; pero primero hay que buscarlos y recogerlos en el sitio donde se hallen: todo esto supone gastos, cosa de que los procuradores ni oír hablar quieren. Que al menos valgan todas estas dificultades, como argumento de que San Ignacio aprueba nuestros intentos. V. R. dígnese ayudarnos con sus oraciones.»

El P. Bouix, imposibilitado por razón de su avanzada edad para hacer él solo todos estos trabajos, pide auxiliares. A ruegos del P. Ginhac, le ayudará en la traducción de las cartas de San Ignacio, el P. Corail, entonces predicador de fama. No podía darse elección más acertada. El P. M. Bouix le da las gracias y le pide otro favor más: «Sé que V. R. es de parecer que el monumento que se eleve, sea completo desde el principio: no deseo yo otra cosa: pues bien, el arquitecto tiene derecho á exigir que le pongan á su disposición el material necesario. Yo no tengo deseo ninguno de ir á Roma; pero podría ir en mi lugar el P. Guilhermy. V. tratará este asunto conforme á su celo y prudencia».

Editar en su texto original las cartas de San Ignacio, las obras de Santa Teresa, etc., era empresa demasiado ardua para un francés. Así es que hubieron de abandonarla; pero no creo infundado ni temerario el pensar, que este movimiento francés, en que tanto intervino el P. Ginhac, ejerció no escasa influencia en las publicaciones posteriores de los jesuitas españoles, que tan bien han respondido á la expectación del mundo literario y á los deseos de los escritores piadosos.

Por este tiempo, inspiraba ya serios temores la salud del P. Guilhermy. ¿Podría acabar la obra comenzada? Los novicios de Tolosa no han olvidado todavía la solicitud con que el P. Maestro les comunicaba sus temores, y les pedía comuniones y novenas para ahuyentar este peligro.

Según el P. Ginhac, la obra del P. Guilhermy era de las más importantes. Ya en 1862 le había escrito: ¡«Qué excelente idea le ha inspirado el Señor! Poner ante los ojos de la actual Compañía los sublimes ejemplos de los Padres que nos precedieron, para hacer revivir en nosotros á San Ignacio, tal cual ellos le copiaron fidelísimamente en sí mismos. Con ello prestará V. R. un grandísimo servicio á la Iglesia y á la Compañía de Jesús, y nosotros todos le quedaremos siempre muy obligados. Por mi parte se lo agradezco con todo el corazón, y he de rogar á nuestro divino Maestro que derrame sobre V. R. copiosamente sus bendiciones.»

Desde entonces no cesó de prodigarle sus fraternales alientos. El 28 de Octubre del 69, después de anunciar al Padre Carayón su nombramiento para Castres, y pedirle oraciones y consejos, añade: «He visto de paso al P. Guilhermy, el cual me ha prometido proseguir la publicación del *Menologio.*»

Este nuevo encuentro con el P. Guilhermy, fué para el Padre Ginhac gratísimo acontecimiento, y así le escribía: «Bendigo á Dios Nuestro Señor por haberme proporcionado la ocasión de volver á verle, mi Reverendo y bondadoso

Padre. Por la gracia de Dios, siempre le había profesado mucho afecto y tenido en gran estima; pero desde hoy, este mi afecto completamente espiritual, será más íntimo. Que nuestro divino Rey le conceda llevar adelante esa obra verdaderamente apostólica, en medio de tiempos tan calamitosos!»

En Noviembre de 1870, las dolorosas preocupaciones de la guerra franco-prusiana no impiden al P. Ginhac notar con alegría que el P. Bouix, refugiado en el Seminario de Montauban, piensa en realizar su designio de traducir la *Vida del P. Baltasar Álvarez.* Pronto supo que su amigo estaba abatido por la muerte de su hermano el Dr. Bouix, y más todavía por las dificultades que entorpecían entonces la obra del P. Guilhermy. El P. Ginhac se apresura á reanimarle, y le procura un traductor que le ayude en la traducción de la Vida del P. Baltasar, ofreciéndole además asilo en la *casa nueva* de Castres [1].

Pocas cartas nos quedan del P. Ginhac sobre esto: en ellas, se le ve, no menos solícito del bien espiritual de estos escritores, que de sus doctas publicaciones.

En 1874, el P. Carayon, estando gravemente enfermo en Poitiers, recibe del P. Ginhac la carta siguiente:

«¡Siempre en destierro, siempre sufriendo, siempre privado de poder subir al sagrado altar! ¡Paciencia, mi querido Padre! Nuestro Señor lo permite y lo quiere así para acrecentar los méritos y embellecer más su corona! *Fiat! Amen!* Mire con frecuencia al crucifijo, mi dignísimo Padre: la vista de nuestro divino Salvador crucificado, le dará fuerza para sufrir. Mire también al sagrado tabernáculo, donde reside para consuelo nuestro el médico divino. Mire al cielo, donde hemos de estar un día para reinar en la gloria. Le deseo todos los dones del Espíritu Santo en toda su plenitud, según los deseos de su corazón de após-

(1) El P. Bouix creyó deber omitir en la traducción muchos documentos sobre el grado de oración del P. Baltasar Alvarez y sobre los Ejercicios de San Ignacio. El P. Ginhac, que supo más tarde esta omisión, la sintió vivamente.

tol. Dígnese V., pedir otro tanto para mí y para estos Padres jóvenes.»

Pocos días después, el valiente historiador recibía la recompensa que el siervo de Dios le hiciera entrever. Con ello perdió el P. Ginhac uno de sus más fieles amigos.

El 30 de Diciembre de 1882, le escribía el P. Bouix:

«Queremos, el P. Guilhermy y yo, acabar el año y comenzarle con V. Esperamos que nos obtenga de Dios, todo cuanto nosotros pedimos para V. R. Este querido Padre Élesban pasó el día de ayer con nosotros: la dicha que él proporciona á tantos amigos, refluye luego en su propio ser, dándole nueva vida. Va V. á recibir con regularidad el *Menologio* de la Asistencia de Alemania, que ya está listo; y durante este mismo tiempo, se ordenará la segunda serie del de Francia. Dígnese, pues, por caridad, hacer el Moisés en la montaña, y que los Padres terceronos le sostengan los brazos, si fuere necesario.»

El año 1884 debía ser el último para el P. Élesban de Guilhermy. El Instructor de Mourvilles le consuela así: «Ayer, y ya de noche, supe su enfermedad por una carta que llegó de Tolosa. Mucho lo he sentido en Nuestro Señor. Ya hace tiempo, mi querido Padre, que V. hacía profesión de no querer sino lo que quiera nuestro Padre celestial. Así es que cuando la divina Providencia ha venido á visitarle de esa manera, no ha tenido usted dificultad ninguna en reconocerla y recibirla, y aun en decir *Deo gratias!* Es efectivamente una gracia, que, recibida de ese modo, nos merece los bienes más preciosos que hay. También el sufrimiento es una de las formas del apostolado, del cual nos han dejado tan admirables ejemplos, esos santos religiosos que V. ha hecho revivir en el *Menologio.*

«Aquel *Sume* de San Ignacio, que nuestro Padre pone en los labios y en el corazón de sus hijos, nos prepara á todas las pruebas, y al mismo tiempo nos enseña que el mejor medio para sacar provecho de todo es amar. *Da mihi tuum amorem.*

«Tratándose de saber de la salud de V., toda dilación me parece mucha. Tenga, pues, la bondad, querido padre, de hacer que el Hermano enfermero me escriba algo; y, si él le sirvió de secretario para avisarme el accidente de ayer, le doy por ello las más expresivas gracias. En perpetua unión con V. en el *sacrificio*, mi dignísimo y querido Padre, y en la voluntad de Dios, sea cual fuere; suyo todo en Nuestro Señor.»

El P. Guilhermy logró reponer su salud por algún tiempo y continuar sus publicaciones. El P. Instructor le agradece el envío de los cuadernos conforme se iban imprimiendo. «¡Cuánto bien—le dice,—cuánto bien ha de producir este precioso *Menologio*, si Dios Nuestro Señor nos concede la gracia de que le dé V. la última mano! Que San Ignacio acabe la obra de su curación, amado Padre mío.»

Y poco tiempo después: «¡Cómo testificarle lo bastante nuestro agradecimiento por todo cuanto ha hecho por nosotros y por la Compañía! ¡Que San Ignacio le bendiga y le llene más y más de su espíritu! ¡Que nuestro divino Rey sea su corona y recompensa!»

Esta suprema bendición de un santo, parecía anuncio y preludio del alegre recibimiento que pronto habían de hacerle en el cielo; pues el P. Guilhermy murió en París, el 6 de Agosto de 1884. El P. Bouix le sobrevivió algunos años todavía. Mas, parece que notó que las cartas de su amigo eran cada vez más raras, pues éste le contestaba así en Enero del 87:

«Verdad es que nuestras relaciones epistolares no son tan frecuentes como antes, pero el «affectus cordis» según Dios, no se ha resfriado nada; y debe ir creciendo, purificándose más y más á medida que nos acercamos á la eternidad. Como dice muy bien V., mi respetable Padre, debemos considerar las cosas del tiempo desde el punto de vista de la eternidad, para juzgar acertadamente de ellas. Desde allí, efectivamente, se reconoce que todo lo de aquí abajo no vale nada, si no conduce á Dios. Amar á Nues-

tro Señor y hacerle amar de todo el mundo cuanto podamos, debe ser la necesidad de nuestro corazón, la ocupación única de nuestra vida, á fin de que el divino Salvador sea más amado, bendecido y glorificado eternamente por nosotros y por las almas á quienes hayamos ayudado á entregarse á Dios. Así lo hace V. con sus trabajos y escritos, y en medida muy copiosa.»

El 28 de Diciembre de 1889, le llegó á aquel infatigable anciano la hora del descanso; pero sus libros no cesarán de glorificar á Dios. Para no hablar más que de la traducción de las obras de Santa Teresa, ella, con sus numerosas ediciones, ha alimentado en muchísimas almas el fervor.

El lazo de unión entre los corazones de estos apóstoles, era el amor de la Iglesia, y el amor á la Compañía de Jesús, sierva humilde de la Iglesia. Como el P. Ginhac amaba á la Compañía, todo cuanto se relacionaba con la honra y prosperidad de esta madre le era muy amado. Se interesaba por los trabajos de las demás provincias, por los ministerios del ínfimo de sus hermanos, y no retrocedía ante ningún sacrificio para ayudar á todos.

En sus correrías apostólicas, recogía cuidadoso los usos y tradiciones de las diversas provincias y todo cuanto de suyo era edificante. Visitaba también las antiguas casas de la Compañía, y cuando volvía, era una delicia escucharle.

Pero todavía amaba más á nuestra santa madre la Iglesia.

Citemos un rasgo de esta su deferencia y rendida sumisión. Sabido es que León XIII recomendó por este tiempo las obras del Doctor Angélico. Aunque el P. Instructor no era aficionado á esta clase de estudios, pidió en seguida una Suma de Santo Tomás. «Muchas veces, según refiere el P. Teyssèdre, le vi inclinado sobre este infolio, de caracteres poco menos que microscópicos, tocando casi con la frente las páginas que parecía leer con dificultad.»

Cuando explicaba las reglas para sentir con la Iglesia, que tiene San Ignacio en el libro de los Ejercicios, parecía

verse palpitar aquel su corazón de hijo y soldado de la santa Iglesia.

¡La Iglesia y la Compañía! Ni en sus conversaciones ni en su corazón, separaba el P. Ginhac estos dos amores, que se pueden contar entre los grandes móviles de su vida y como agentes muy principales de su santidad.

CAPÍTULO XII

En Mourvilles.—Los Ejercicios de San Ignacio

I. Vacaciones apostólicas: ejercicios á los de la Compañía.—II. Ejercicios á Comunidades religiosas.—III. Algunos rasgos de edificación.—IV. Ejercicios á los PP. tercerones.—V. El hombre de los Ejercicios.

I

Después de la Asunción de Nuestra Señora, el castillo de Mourvilles quedaba sin habitantes, y no volvía á repoblarse hasta Octubre, el día de San Francisco de Borja. Entre estas dos fechas, el P. Instructor se dedicaba á dar ejercicios, ministerio utilísimo en sí mismo y muy agradable á Dios.

Todas las Comunidades religiosas de hombres y de mujeres, lo mismo las que se dedican á la vida contemplativa y procuran desarmar con sus oraciones la justicia divina, que las que socorren las miserias humanas, ó conservan en el corazón de la juventud el tesoro de la fe, ó llevan á apartadas regiones la luz del Evangelio; todas tienen que cumplir un fin y una obra santa. Mas, para conseguirlo, necesitan en alto grado dos cosas: el espíritu de sacrificio y el amor á Jesucristo. Este espíritu y este amor, conservado diariamente con la oración y los sacramentos, necesita especial renovación todos los años. Y este es, precisamente, el fin de los ejercicios. Por otra parte, el don especialísimo del P. Ginhac, á lo que parece, era ayudar á santificarse á las almas que lo han dejado todo. ¿Ni en qué podía emplear mejor el tiempo que le dejaba libre su cargo de Instructor, que en arrojar en los corazones y almas generosas la divina semilla, que más tarde había de producir el cien doblado? En esta nueva fase de su apostolado, vamos á considerar ahora al P. Ginhac, tal como aparece en su diario de

ejercicios; primero, en las casas de la Compañía; y después, en otras comunidades religiosas.

Por Septiembre de 1884, salió para España, con el fin de dar los ejercicios á los estudiantes de la provincia de Tolosa, refugiados en el monasterio de Uclés.

En la frontera, tuvo que pasar la cuarentena. Como había síntomas de cólera, todos los viajeros sufrían un aislamiento de ocho días. Al Padre le tocó ir al lazareto del barrio de la Lonja [1] en Fuenterrabía. El paisaje y panorama de la villa no tienen nada de vulgar; pero, ni el castillo con sus antiguos muros, ni la playa y costas del Cantábrico, ni las cumbres del Pirineo que se elevan detrás de las verdes y amenas orillas del Bidasoa, atrajeron las miradas del siervo de Dios, que se aprovechó de esta involuntaria reclusión para darse más á la oración. Y así escribía el 10 de Septiembre: «Por disposición bien admirable de la divina Providencia, nos han colocado á mí y á mi compañero solos en un cuarto, donde gracias á las precauciones tomadas de antemano, puedo celebrar con decencia todos los días el santo sacrificio de la misa. Teniendo comodidad tan preciosa, bien puede uno pasarse sin las demás. El próximo lunes, 15, tomaremos el camino de Madrid. Pensamos ir por la mañana á decir misa en el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, que está en una montaña y se ve desde aquí. Por la tarde, si Dios quiere, llegaremos á Loyola.»

En el lazareto, el P. Ginhac apenas salía del aposento. Cuando aparecía á la hora de las comidas, algunos viajeros de educación algo deficiente y rudimentaria, se permitían sus chistes acerca del Padre; mientras las Hermanas encargadas del local decían al compañero: «¿No es un santo ese Padre?»

Fácil es conjeturar el gozo que experimentaría el Padre en Loyola, en Ávila y en Madrid, donde tuvo la dicha de

(1) Hoy día, este edificio, se llama «Villa Catalina».

celebrar misa junto á las reliquias de San Ignacio, Santa Teresa y San Francisco de Borja.

Grande fué también su consuelo, al poder participar por algunos días del destierro que sus hermanos sufrían por el nombre de Jesús. Si en su corazón hubiera podido tener cabida la envidia, hubiérala tenido de la suerte de aquellos jovencitos religiosos. Al contemplar aquel grandioso monasterio que les servía de asilo, no pudo menos de bendecir á la Providencia; y cuando le enseñaron los anchos claustros y su magnífica iglesia, y divisó desde las azoteas los lejanos montes de Toledo, repetía en un arranque de vivísimo agradecimiento: *Quam bonus Deus! Mirabilis Deus!*

En Uclés, lo mismo que en Vals el año 1878, la fama de su virtud y santidad tenía todos los ánimos conmovidos mucho antes de que llegara. Esta expectación general, lejos de salir fallida, como frecuentemente acaece, fué satisfecha por completo. «La vista sola de este hombre todo abstraído en Dios—decía un escolar,—me vale á mí por unos ejercicios [1].»

De vuelta para Francia, tuvo nuevos motivos de consuelo. En Zaragoza celebró la santa misa en la Capilla Angélica, en el altar de Nuestra Señora del Pilar; en Manresa, hizo los ejercicios en la Santa Cueva donde San Ignacio los escribió por inspiración del cielo. En Montserrat,

(1) Por este tiempo, sin duda, fué cuando el Provincial de Castilla, R. Padre Francisco de Sales Muzuzábal, de santa memoria, pudo apreciar la virtud del P. Ginhac. Más tarde, de paso por Sevilla, se encontraba cierto día acompañado de un Padre joven de aquella residencia, en el Convento de María Reparadora. La superiora, Madre María de Ágreda, que había tratado mucho al P. Ginhac, acertó á hablar de sus virtudes con mucho encarecimiento y á decir que era un santo. El joven compañero, sonriendo, parecía echar á broma la prematura canonización. Entonces el P. Muzuzábal, poniéndose serio, le dijo: «Sí, Padre, un santo, un verdadero santo». El tono grave y convencido con que pronunció estas palabras, impresionó mucho á la superiora, que poco antes de su muerte, acaecida en 1910, las recordaba aún, como precioso testimonio dado por una persona que gozaba de tan gran reputación de prudencia y santidad.—(Nota añadida por el R. P. A. Calvet á la edición castellana.)

veneró la capilla donde San Ignacio colgó su espada de caballero, y dijo misa en el altar de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Montserrat: «Por todas partes—escribe,—consolación y edificación en el Señor [1]».

Varias veces y en diferentes épocas, dió los ejercicios anuales á los Hermanos escolares de la Compañía de Jesús; en Aix, en Laval, en Jersey, en Mold, en Marsella, en Tolosa y en otras partes.

En 1879, de paso para Laval, á donde iba á dar los ejercicios á los Hermanos estudiantes, se detuvo en Tours: «Noté en él—escribe la Madre Teresa de San José—, un nuevo aumento de santidad. Hablándole yo de los ejercicios que daba, me dijo: Nada me admira tanto como el oír decir que puedan hacer algún bien; porque al comenzarlos, experimento siempre una sensación muy penosa, que á veces me dura todo el tiempo de ellos. No siento en mí capacidad, más que para impedir los efectos de la gracia en las almas, y estoy íntimamente persuadido de que soy insípido y molesto á los que me escuchan.»

Muy de otra manera sentían los ejercitantes. En todas partes, el mismo influjo y eficacia sobrenatural; la misma admiración por la virtud del director; la misma sorpresa

(1) En un pedazo de papel, con letras muy pequeñas y con abreviaturas, apuntó el fruto de sus ejercicios, como sigue:

«Manresa, Octubre, 1884.—Attende praecipue: 1.° Exercitia spiritualia, 2.° S. Obed., cum Regul.; 3.° Munus implendum; 4.° Caritatis officia; 5.° Mortificationem in omnibus.

»Exam. particul. circa Exercit. spirit. per mensem; deinde circa modum tradendi exercit. spirit, postea circa mortificationem per partes.

»Interim, ad perfecte agendum in re qualibet, facta prius confessione de omnimoda mea impotentia, petere a Matre mea ut velit me adjuvare ad procurandam in praesenti Maj. D. Gloriam, vel recte operari iuxta sanctissimam Dei voluntatem, vel probe imitari ejus Filium ac Dominum;—aut (quod in idem recidit) me totum tradere Matri meae, ut fingat me ac componat juxta benedictum suum Filium, vel ut perficiat in me Christum.

»Igitur, ad quamlibet actionem recte peragendam secundum Deum, tria haec: 1.° Praeparatio seria: 2.° Totus cum Jesu et Maria; 3.° Examen subsequens.

»De me anxius nimium, cum ad crudelissimam Passionem, quam Christus Dominus hodie patitur, animum intendere oporteat.—Ceterum, «solutio omnium difficultatum Christus.»

por tantas transformaciones obradas en las almas. Al ver esto, ocurre naturalmente preguntar, cómo una predicación tan sencilla podía imprimir en las almas impulso tan potente y tan duradero.

Misterio es este, que parece quiso Dios Nuestro Señor aclarar en cierta ocasión, manifestándonos una chispa del incendio interior que tales ardores producía. El hecho lo testifica un testigo grave y dignísimo de fe; su edad, su carácter y los cargos que ha desempeñado, dan á su testimonio cuantas garantías pudieran desearse. Es el P. Juan Husson, que, habiéndolo tenido secreto, y manifestádolo solamente á alguno que otro para edificación, ha querido confiárnoslo en una carta escrita de su mano ya temblorosa por los años.

Thieu, Escuela de San Pedro, junto á Mons, 31 de Julio de 1902.

Mi Reverendo Padre: P. C.

»El V. P. Ginhac vino al colegio de Boulogne á dar los ejercicios de año, poco antes de 1880, y yo tuve la dicha de hacerlos con él.

»Los puntos los proponía brevemente; el texto exacto, claro, bien acentuado, interponiendo únicamente algunas palabras con la mayor sencillez; pero estas palabras herían certeramente, y abrían el alma á la meditación, de suerte que uno encontraba materia abundantísima; descubrían la riqueza de la mina.

»Yo mismo vi (no sé cuántas veces), pero sí todos los días dos ó tres veces por lo menos, la cabeza del V. Padre, rodeada de una aureola luminosa, de mediano brillo, con llamas cortas y pequeñas, de la longitud poco más ó menos de la mano, con vibraciones rápidas y bien proporcionadas, de luz muy apacible. Esto sucedía, mientras daba los puntos de la meditación de pie y de espaldas al altar.

»Lo mismo sucedía en el refectorio durante la bendición de la mesa y la acción de gracias. Mi puesto me facilitaba

el verle muy de cerca por tres cuartos de hora. (El Padre Husson desempeñaba entonces el oficio de ministro).

»Si le miraba de antemano y con curiosidad natural, no veía nada. No había de pensar en ello, sino simplemente rezar con él.

»Conocí á un niño (pudiera decirse á un joven), que cuando rezaba no apartaba los ojos de su madre. A la reprensión de su madre, contestó él: «Así rezo mejor». Sea esta la conclusión práctica; orar con los santos, con Nuestro Señor [1].»

---

(1) He aquí otros dos hechos parecidos. En 1877, una persona atormentada de grandes penas interiores, se dirigió al P. Ginhac, que estaba de paso en Tolosa. Mientras le descubría su alma en el confesonario, le vió todo resplandeciente de luz. Admirada de semejante prodigio, se lo contó á su director, el cual, á su vez, quiso saber la opinión del P. G. Desjardins. Este se contentó con decirle: «*A mí, eso no me extraña lo más mínimo*». Esta respuesta, que importa mucho quede aquí consignada, la dió igualmente el sabio canonista con motivo de otro hecho analogo al anterior, que voy á referir.

Cuatro meses antes de su muerte, tuvo el P. Ginhac ocasión de visitar una comunidad religiosa en Versalles, á la cual había dado antes los ejercicios. Se avisó á las hermanas, que, si querían, podían dirigirse al P. Ginhac para la dirección de sus almas. Una de ellas atravesaba entonces una crisis terrible de desesperación. Bien que *no conociese al Padre*, se resolvió á manifestarle el estado de su alma. Vase, pues, al confesonario, y le da cuenta de su desolación. El Padre permanece en silencio, le mira ella, y le ve rodeado de luz. Luego volviéndose ligeramente hacia ella, y siempre envuelto en esta luz, que sólo á él esclarecía, dijo con mucha fuerza y distinción, solas estas palabras: «¡Eso no se volverá á repetir!» La religiosa había encontrado la paz: y desde entonces abriga la íntima convicción de que, conforme á lo que le dijo el Padre, aquella noche tempestuosa, no volverá á desolar más su alma; en fin, el recuerdo de este hecho la lleva y atrae á Dios más que todo lo que ha leído y oído sobre el P. Ginhac á partir de entonces.

Nos contentamos con registrar estos hechos. Para que el lector sepa apreciar más su valor, citemos aquí unas palabras de Benedicto XIV:

«Haud exiguum probationi pondus accedet, si non unus sed plures testes... testimonium reddiderint...; unus quoque testis sufficere potest si esset sanctitate eximius et summa praeditus prudentia...».—«Promiraculo quidem facere potest si lux ceteris lucibus fuerit splendidior, si non momentanea fuerit sed diuturnior...; si ea non una, sed pluribus vicibus apparuerit; si visa sit dum sermo de Deo habebatur, vel aliud quidpiam in honorem Dei peragebatur; si de sanctis moribus cujus caput ignitum aut splendidum apparuit, nulla sit dubitatio; si illi qui viderunt, ad Deum conversi sunt; si quodcumque aliud spirituale bonum subsecutum sit.» etc. (*De servor. Dei beatific*, l. 4, p. 1, c. 26, núms. 26 y 27.)

II

No era fácil satisfacer á los deseos de todas las Comunidades religiosas, que suplicaban al P. Ginhac les diera los ejercicios; sin embargo, en tiempo de vacaciones, hacía en cierta manera prodigios de diligencia y actividad. Cuantas le habían oído una vez, deseaban volverle á oír. El Padre aceptaba de buen grado, deseoso de continuar en las almas la obra de Dios ya comenzada, bien persuadido de que lo que perdieran sus trabajos en extensión, lo ganarían en solidez. Más de treinta veces dió los ejercicios de ocho días, y varias los de mes, sólo á las Religiosas de María Reparadora, en Francia, España, Bélgica, Italia é Inglaterra. Frecuentemente también, hicieron bajo su dirección los ejercicios anuales las Religiosas del Sagrado Corazón, á quienes tenía en grande estima. Y las Carmelitas, la Visitación, los conventos de San Bernardo, de Santa Clara y de Nuestra Señora, las religiosas de San Mauro, de Nuestra Señora del Cenáculo, las Hijas de María de Agen, las Damas Auxiliatrices del Purgatorio, las Hijas de San Pedro Fourier y otras varias congregaciones, experimentaron la abnegación de este santo é infatigable Director.

De todos estos trabajos nos queda un precioso monumento: las notas y apuntes que el Padre tomaba antes de cada ejercicio; notas generalmente breves y concisas, pero, merced á las cuales, se le puede seguir paso á paso en esta misión continua á través de tantas fervorosas comunidades. Con estas notas y con alguna otra relación, podremos dar á conocer su método y su eficacia en dar los ejercicios.

El P. Ginhac daba los ejercicios de San Ignacio con escrupulosa exactitud. Pero esta fidelidad no excluía cierta holgura, antes la procuraba, con grande provecho de la variedad, como puede verse en los ejercicios que sucesivamente fué dando á la Congregación de María Reparadora.

En 1864, ataca enérgicamente el amor propio; y el *agere contra* (hacer lo contrario) resuena continuamente. En cambio, al año siguiente se distinguen todas sus exhortaciones por un tinte particular de suavidad y de unción. En 1868, la Comunidad de Roma, entonces bajo el peso de las pruebas y tribulaciones á que suele Dios someter en sus comienzos todas las religiones, saca de los ejercicios que le dió el Padre grande confianza y ánimo, que Dios Nuestro Señor no ha cesado de bendecir. En los años siguientes, les propuso los ejercicios bajo diferentes aspectos, v. gr., amor á la oración, amor ardiente á Nuestro Señor, vida de sacrificio, imitación del Sagrado Corazón de Jesús, espíritu de reparación, prerrogativas de la Congregación de María Reparadora, odio á la mediocridad, la lucha del examen particular.

La misma variedad se nota en los ejercicios dados á las Religiosas del Sagrado Corazón, el mismo arte, la misma habilidad para acomodar el espíritu de San Ignacio á las condiciones particulares del auditorio, escogiendo por tema principal de sus instrucciones la formación cristiana de la juventud y el celo en imitar y practicar las virtudes del Corazón de Jesús.

Pero lo que verdaderamente distinguía los ejercicios del P. Ginhac, no era ni la novedad de los puntos de vista, ni la originalidad del plan, ni la elevación ó riqueza de sus pensamientos: era la impresión viva, profunda y duradera que producían. En el P. Ginhac, el andar, la actitud, la mirada, la palabra, todo era sencillo, digno, grave; todo estaba realmente impregnado de lo sobrenatural. Nadie podía sustraerse al ascendiente de su santidad. Aun aquellos que tenían alguna prevención, y hubieran deseado en el Padre un exterior más agradable, un decir más animado, *espiritualidad* más sentimental ó más mística, aun ésos sentían este ascendiente lo mismo que los demás. La vista del hombre de Dios impresionaba vivamente; sus palabras penetraban en el alma, infundiéndola luz y valor; y

en el confesonario, su dirección prudente, firme y bondadosa acababa la obra de la gracia.

Oigamos algunos testimonios, y primero el de la Reverenda Madre Priora del Carmen de París:

«El P. Ginhac nos ha dado dos veces los ejercicios. La primera vez le pedimos, porque nos habían hablado de él como de un excelente director, como de un santo. Al principio, con aquel su decir tan sencillo, no parecía justificar lo que nos habían contado, y lo confieso para mi confusión; sin embargo, yo iba á confesarme con él todas las tardes, para disfrutar con más frecuencia durante los ejercicios de la gracia de la absolución. Tan sencillo era en el confesar como en el predicar; pero á la tercera vez me hizo unas preguntas tan oportunas, sentí una gracia tan eficaz en sus palabras, que le manifesté por completo toda mi conciencia. Comprendía al instante la acción de Dios en el alma, y daba á ésta, para corresponder, seguridad y libertad. Sus respuestas, serenas, pero prontas y precisas, han quedado impresas con tanta claridad en mi alma, que me basta recordarlas para disipar cualquier temor y vacilación. Toda la Comunidad sacó mucho fruto de sus exhortaciones. Tenían entonces algunas Hermanas un defecto exterior bastante notable. Antes de dimidiar los ejercicios, el defecto había disminuído; al fin de los ejercicios, había desaparecido por completo, sin que el Padre hiciera la menor alusión; era el influjo de la gracia tanto más palpable en aquella ocasión, cuanto que las Hermanas pretendían escudarse y justificar semejante conducta con la libertad de espíritu, y eran las que menos recurrían á la dirección del Padre.

»Personas á quienes Dios ha concedido muchos dones y que habían tratado con eminentes directores de almas, solían decir, que en el P. Ginhac lo encontraban todo; que nadie, á lo que ellas pensaban, entendía mejor que él los caminos de Dios, las pruebas y las consolaciones, ni nadie daba consejos más seguros y más luminosos.

»Hasta pasados diez años, no volvimos á conseguir que el Padre nos diera los ejercicios. Cuando se presentó en el monasterio, las dos torneras, que no le habían visto nunca, dijeron á la Hermana portera en tono de gran admiración: «¡Ay, Hermana! Aquí está un Padre que pregunta por la Superiora; tiene cara de santo, y se llama el P. Ginhac.» Y una piadosa señora que frecuentaba nuestra iglesia, habiéndole visto, dijo: «Un santo ha pasado junto á mí».

»Esta segunda vez, las instrucciones del Padre fueron más breves que la vez primera, pero ¡qué llenas! Respecto á su dirección, no sabré decir cuánto le debo. Causóme mucha admiración el que me hablase de algunas cosas como si las hubiese visto, y me diese resoluciones decisivas. Como una de estas cosas tocaba al exterior, pasada la primera sorpresa, pensé que le habría informado alguna de las Hermanas, y se lo pregunté á las que yo suponía que podrían haberlo hecho; pero ellas me aseguraron que no.

»Según parecer de religiosas sumamente dadas á la oración y á la mortificación, había en el P. Ginhac grandísima luz. Pero era hombre con quien había que descender en seguida á la práctica. Solía decir: «Oración que no engendre virtudes ni dominio de sí mismo, es oración sospechosa.» De mí puedo testificar, no haber nunca recibido dirección más ancha, ni que deje al alma más libre y más dilatada ni más llena de confianza; pero lo hacía brevísimamente, con palabras simplicísimas, sin exponer teorías ningunas sobre cosas de espíritu y sin decirle á una el grado de oración en que se hallaba.

»Lo que sentían todas, sin dejar ninguna, que se manifestasen al Padre ó no, era que salía de él no sé qué virtud, de modo que solamente verle obraba en el alma, despegándola de la tierra y llevándola á Dios; y esta virtud se sentía lo mismo fuera que dentro del monasterio.

»Las Hermanas que acudían á él, se mostraban después más humildes, más mortificadas, más silenciosas y más caritativas. He reparado algunas veces todo lo contrario, con

ocasión de ciertos confesores que hablan mucho de *espiritualidad*. Las Hermanas que trataban frecuentemente con esta clase de confesores, se convertían poco á poco en unas doctorzuelas; no parecía sino que sólo ellas tenían luz, y que podían juzgarlo todo. Una falsa libertad de espíritu, las llevaba además á permitirse muchas cosas incompatibles con la sujeción á la regla y con la mortificación.

»Durante los ejercicios, una Hermana, joven todavía, aunque de mucho mérito, lamentábase seriamente conmigo de que el P. Ginhac no hablase nunca de mística. Expúsele al Padre la queja de la Hermana, y aun me atreví á preguntarle la razón de su silencio en estas materias. Respondióme el Padre no sin vivacidad: «Lo hago adrede.» Y en seguida. «Mi papel debe limitarse á preparar las almas para la acción de Dios, y no debo hablarles de esos caminos de favores extraordinarios, por los cuales lleva sólo Dios á las almas, cuando le place.»

»Lo que me parece debo volver á repetir es la eficacia de sus palabras y de su recuerdo. El fruto que produjo es notable; lo he visto palpablemente, tanto en las Hermanas antiguas como en las jóvenes. La noticia de su muerte produjo casi en todas renovación del fervor y gracias, más tal vez que el producido por sus mismos ejercicios.

»Algunas Hermanas no podían olvidarse del Padre: su recuerdo las llevaba á Dios y las alentaba á la perfección.»

La Congregación de Damas Auxiliatrices de las almas del Purgatorio, fué una de las muchas que desearon con ansia la dirección del P. Ginhac. Y cuánto supieron apreciarla, consta en una memoria, de donde extracto los siguientes datos:

«En Londres, donde vimos por vez primera al siervo de Dios, daba los ejercicios al mismo tiempo á las Reparadoras y á nosotras; tenía que recorrer tres ó cuatro veces al día el trayecto que media entre ambas casas, y atender igualmente á las dos Comunidades. Con todo, cada cual podía asegurar que el Padre estaba todo á su disposición; nada

de precipitaciones; nada de priesas; nos acogía con afabilidad, como si no tuviera otra cosa que hacer. Sacaba tiempo para hacer con la Comunidad el examen en la capilla, de rodillas y siempre sin apoyarse. El Breviario lo rezaba á media voz, en la sala que se le había destinado, con tanta unción, que las personas que le oían desde los cuartos vecinos, se sentían penetradas de devoción.

»Por la dificultad que se notaba en sus movimientos, deducíamos estar cubierto de cilicios é instrumentos de penitencia, que parece no se quitaba nunca.

»Era entonces la vez primera que estaba en Inglaterra. Costó un triunfo el decidirle á ver los principales monumentos de Londres, y para conseguirlo, hubimos de hacer valer los recuerdos religiosos que encerraban algunos, tales como la Abadía de Westminster, los calabozos de la Torre de Londres, etc.

»Su grande austeridad no le impedía ser accesible y afable, y agradaba mucho por su sencillez y por la sincera caridad de que se le veía animado. Sus consejos inspiraban tanta más confianza cuanto con mayor prudencia los daba, no juzgando nunca sin pleno conocimiento de causa y excusándose cuando juzgaba no estar bastante informado. Cuando hablaba, su voz tenía no sé qué acento de convicción, verdad y sinceridad, que avaloraba cuanto decía; y su pensamiento, expresado con suma exactitud y sin exageraciones, siempre producía muchísimo efecto.

»En unos ejercicios que dió en la Casa Matriz, una novicia que venía resistiéndose hacía mucho tiempo á la gracia, sintióse conmovida con el resplandor de santidad que despedía de sí el P. Ginhac; creyó ver en él un rayo de luz que le rodeaba á modo de aureola milagrosa y le descubría todas las miserias de su alma. Al mismo tiempo sentía una voz interior, que la espoleaba á aprovecharse de los ejemplos que tenía delante, y la decía: «¿Por qué no has de ser tú así? Todo está en resolverse y querer; gracia no ha de faltarte.» Penetrada

de vivísimos sentimientos de humildad y contrición, se presentó en el tribunal de la penitencia. El Padre la escuchó silencioso mientras confesaba sus faltas, y luego, con voz grave, y cual si obrara bajo la acción inmediata del Espíritu Santo, la dijo solamente estas palabras: «Hija mía, hay que cambiar de vida ó salir de aquí: escoja V.»; y después de unos minutos de interrupción: «Piénselo un momento, y vuelva á darme la respuesta.» Sin duda que la oración del santo religioso debió ayudar á la pobre novicia, la cual se sintió tan cambiada, que volvió en seguida á prometer al Padre que en adelante sería fiel á su vocación. Así ha sido efectivamente, pues esta joven comenzó una vida nueva, y el recuerdo de esta entrevista con el siervo de Dios la ha sostenido durante 25 años para ir siempre adelante en la vía del divino servicio.

»En general, á todas admiró la benignidad é indulgencia con que el Padre recibía á las principiantes en la virtud. Algunas, más por obedecer que por gusto, y por haber manifestado deseos de ello la Madre Superiora, fueron á aconsejarse con el Padre; y no acababan de maravillarse de lo afable que era, y de lo mucho que animaba aquel austero religioso.

»A una demasiado abatida y ensimismada, se contentó con decirla estas palabras: «Piense V. más en Nuestro Señor, y verá cómo sus defectos desaparecen por sí mismos.»

»La predicación del P. Ginhac, siempre grave y nunca fatigosa, estaba vivificada por la unción del Espíritu Santo; movía á aspirar á la cumbre de la más alta perfección, sin esfuerzos ni violencias; sentíase una como llevada por ella. Unicamente le oímos en los ejercicios que nos dió; pero, si la elocuencia, como dice el P. Ponlevoy, consiste en decir algo á alguno, no puede negarse este mérito al P. Ginhac. En su predicación no había nada que no respondiese á las necesidades del auditorio, ni una palabra que no sirviese para su fin y no expresase con toda exactitud el pensamiento. Veíamos en él al hombre espiritual

que intenta llevar las almas á Dios. Conocimiento experimental del camino espiritual, solidez de doctrina, sencillez y precisión de lenguaje, que hacía fijarse en las cosas é ideas más bien que en el modo de expresarlas, entonación grave y llena de convicción, persuasión verdadera y comunicativa; éstas eran las cualidades de su elocuencia. Así es que se le oía sin cansancio, y cuando acababa, deseábamos volverle á oír.

»El bien que nos hizo con sus ministerios el P. Ginhac, no se limitó á las que tuvieron la dicha de tomar parte en los ejercicios. Varias Hermanas resumieron cuidadosamente algunas de sus instrucciones, y sirven todos los años de materia de meditación á las terceronas durante los Ejercicios de mes.

»Mientras se hacían los ejercicios, era imposible no reparar en ciertos actos de virtud costosos á la naturaleza, que practicaban las que hacían el retiro, y en particular las ancianas. Era uno de los frutos inmediatos de la palabra del santo religioso.

»La Comunidad entera parecía hallarse bajo la influencia de una gracia más poderosa que de ordinario, y de una corriente de fervor en cierta manera irresistible. Nos complacíamos en atribuirlo á la influencia que ejercía la eminente virtud del R. P. Ginhac. Todo en él predicaba; su continente severo, su aire modesto y grave, el perfecto dominio que de sí tenía, su amor á Cristo Nuestro Señor, á quien siempre llamaba «el Rey divino». Con sólo verle, sentíase una movida á recibir todas su palabras como bajadas del cielo. Nuestra Reverenda Madre nos repetía: «Aprovéchense; que esto es oro puro.»

»Tal vez los sufrimientos del hombre de Dios contribuyeran más que nada al éxito de los santos ejercicios. Tuvo vehementes dolores de muelas, pero sin que notáramos en él gesto ni movimiento ninguno en que se trasluciese el esfuerzo que tenía que hacer para cumplir su ministerio. Un día que se creía sin testigos, una Hermana vió como tenía

la cabeza entre las manos, cual si fuese víctima de agudos dolores. En aquel mismo momento sonó la campana de comunidad que llamaba al ejercicio, y el Padre, recobrando su ordinario aspecto, se dirigió con la mayor naturalidad á la capilla, para proponer los puntos de la meditación. Nadie al oírle hubiera podido sospechar el dolor que estaba sufriendo; tan penetrado estaba del asunto, que expuso con aquella unción que iba siempre derecha al alma.

»Fuera del breve tiempo que empleaba en su refección, bien seguro era que se le encontraría de rodillas delante de un gran Crucifijo que había en su cuarto.

»Otra cosa que impresionaba mucho era la delicadeza del Padre y su absoluto desinterés. Manifestaba su agradecimiento con acento de tanta sinceridad, que encantaba. Y se conocía que, efecto de su humildad, estaba tan lejos de apreciar en lo que valían los servicios que prestaba, que más bien juzgaba ser siempre demasiado cuanto hacíamos por él.

»La impresión que dejó el Padre en todas nuestras casas donde ejerció su santo ministerio, fué cual si hubiera pasado por ellas el mismo Jesucristo, del cual parecía vivo y acabado retrato.»

III

Vivo y acabado retrato de Cristo Nuestro Señor, el P. Ginhac predicaba, como hemos visto, con el ejemplo: su mortificación, su paciencia, su humildad, su mansedumbre y dulzura, su fervor en el divino servicio, y todas las demás virtudes eran una brillante confirmación de su doctrina. Espiguemos un poco más en este campo fertilísimo.

Del Carmen de Londres escribían: «Verle ú oirle rezar, infundía recogimiento. Siempre igual y sin alternativas, siempre dueño de sí mismo. Presenció algunos incidentes capaces de arrancar á cualquiera los primeros movi-

mientos de impaciencia; pero él se quedó impasible. Cuando venía á darnos los ejercicios, pedía que se le sirviese lo mismo que á la comunidad. El tiempo que le quedaba libre, lo pasaba en su aposento, rezando arrodillado el rosario, de cara á la santa gruta. El descanso que tomaba por la noche, si es que tomaba alguno, debía de ser muy corto, pues, una vez, con ocasión de haber de darse la comunión á un enfermo, le encontraron ya listo á las dos de la madrugada; y eso que nadie le había advertido que necesitaríamos de él á semejante hora.»

Esta duda acerca del descanso que tomaba el P. Ginhac, quedó aclarada en Tolosa, gracias á la inocente estratagema de una hermana conversa.

«En 1881, según refiere un Padre, daba los ejercicios en una comunidad religiosa. Siguiendo su costumbre, él mismo se encargaba de arreglar su habitación; sin embargo, cuando él estaba ausente, la hermana solía hacer la correspondiente visita. Sospechando, pues, que el siervo de Dios prolongaba mucho sus vigilias, quiso asegurarse del todo. Para esto puso sobre la colcha una cuentecita de rosario, la cual necesariamente caería á un lado ú otro si el Padre se acostaba. Además clavó entrambas sábanas con un alfiler, pero tan suavemente, que sin dificultad ni resistencia ninguna se separasen en seguida. Por fin, un sillón que había en el cuarto lo espolvoreó tan disimuladamente con polvos de arroz, que era imposible caer en la cuenta.

«Pues bien, al acabarse los ejercicios, la cuenta de rosario y el alfiler no se habían movido; y los polvos de arroz estaban intactos. ¿Dónde descansaba el Padre? ¿sobre una silla ó sobre el entarimado, ó acaso pasaría la noche en una tribuna pequeña vecina á su habitación, que daba al coro de la capilla?

«Las religiosas se lo avisaron al R. P. Provincial; así es que al año siguiente, 1882, todos los días deshacía la cama. Pero ¿dormía en ella el P. Ginhac? Y ¿cuánto tiempo? Nunca se supo.»

En 1882, los franciscanos de un convento de Roma notaron exactamente lo mismo. El siervo de Dios había sido llamado para revisar las Constituciones de María Reparadora, antes de que fuesen sometidas á la aprobación definitiva de la Sagrada Congregación. Para mayor comodidad, con permiso especial del Muy R. P. General, se hospedó en el convento de los PP. Franciscanos Irlandeses. El Hermano encargado de su habitación dijo un día: «Este Padre es un santo. Después de dos semanas que lleva en casa, ha debido de dormir siempre en el suelo, pues la cama está como el primer día.»

Ya recordarán los lectores, con cuánta consolación visitó el P. Ginhac las basílicas, y veneró las reliquias de los mártires, la primera vez que estuvo en Roma; pero esta vez, creyó deber ofrecer á Dios este sacrificio, y no salió de casa más que para recibir la bendición de sus Superiores. «Me han enviado—decía—para un trabajo urgente: deber mío es consagrarle todos los instantes.»

El día de la partida, hasta renunció á visitar la iglesia de San Pedro; pero el Padre Provincial le envió un coche, al cual subió acompañado del capellán de María Reparadora. Llegado á la Basílica se fué derecho á la Confesión de San Pedro, y allí oró veinte minutos con el mayor recogimiento. Su afable compañero se ofreció á enseñarle algunas de las maravillas de aquella magnífica iglesia; pero él le respondió: «Tengo prisa, pues debo partir esta tarde». El capellán á la vuelta no ocultó su admiración á vista de tanta virtud.

Digno es también de mencionarse otro rasgo, aunque de menor importancia. La mesa donde le servían la comida era muy baja, viéndose obligado á estar en una postura muy molesta; pero supo disimular tan bien esta incomodidad, que no cayeron en la cuenta hasta el fin. Hubo las consiguientes excusas, á las cuales él respondía sonriendo: «Mi buena hermana, estaba muy bien así».

Más tarde, en Marsella, dando los ejercicios en Nuestra

Señora del Cenáculo, la hermana encargada de servirle se olvidó de ponerle vaso en la mesa. Cuando cayó en la cuenta, le pidió perdón: «No se inquiete por eso—le dijo el Padre—que el racimo que me ha servido, me ha refrescado mucho». Había comido sin beber una gota, después de un día caluroso.

En otra ocasión fueron puestos á más dura prueba el valor y mortificación del siervo de Dios. En un convento, que no hay para qué nombrar, por una inadvertencia bien poco común, sirvieron un plato de carnero muy pasado. Advertido de ello por el olor, el capellán se abstuvo de probarlo, mientras que el Padre comió despacio y sin manifestar la menor repugnancia, la porción que le habían presentado. Tan señor estuvo de sí mismo, que el capellán comenzó á dudar si habría juzgado temerariamente. Para tranquilizarse se fué después de la comida á la cocina. La buena hermana, llena de confusión, no hacía más que excusarse.

«Cuando nos devolvieron el plato—dijo—advertimos, aunque ya tarde, que la carne estaba por dentro comida de gusanos: ya la hemos enterrado.»

El P. Ginhac había sido consecuente con sus principios.

«Hay que tomar la comida por deber; sin reparar en el sabor de los manjares.»

Con todo, también sabía este austero religioso aceptar por pura condescendencia cosas agradables al gusto. Y hacíalo con mucha gracia y con una sonrisa llena de amabilidad. ¡Cuántas veces fueron testigo de ello sus hermanos! Citaremos, no obstante, el hecho que refiere la Madre Priora del Carmen de Tours: «En la Cuaresma anterior á su muerte, el P. Ginhac nos dió los ejercicios en Tolosa. Como tosía mucho, le hice preparar una infusión confortante; lo agradeció, y tomó parte de ella, advirtiendo que no volvería á admitirla. No tuvimos en cuenta sus deseos; y después de la exhortación, se le volvió á presentar de nuevo la infusión. A las instancias de la tornera, opuso el

Padre tan resuelta negativa, que ya parecía perdida toda esperanza; cuando la buena de la Hermana exclama: «Pero, Padre mío, ¡si lo ha dicho nuestra Madre!» En seguida mudó de aspecto, y dijo en tono jovial: «¡Pues hay que tomarlo; porque lo ha dicho nuestra Madre!» Y se tomó la infusión toda entera. Alegre con su hazaña, volvió la hermana diciéndome: «¡Qué obediente es el Padre! No hay más que decirle: ¡Nuestra Madre lo ha dicho! para que no tenga voluntad propia». Acostumbrada yo á ser la ínfima de las hijas del P. Ginhac, reíme interiormente de este efecto de mi poder; pero aquel mismo día rendí todos mis poderes, pues en el confesonario me prohibió que le enviase nada después de las instrucciones».

Frecuentemente ha habido ocasión de admirar su inalterable paciencia. El sábado santo solía oír las confesiones de una comunidad religiosa en Tolosa. Una vez que le llamaron al confesonario, estuvo esperando cerca de media hora: quisieron excusarse de aquella tardanza, tanto más de sentir para el Padre cuanto más ocupado estaba; pero él respondió con mucha paz: «He rezado el rosario». Una tarde de invierno muy mala, llamaba el Padre á la puerta de un convento de donde le habían llamado...; al fin, después de veinte minutos, abre la tornera, y le encuentra inmóvil y sin paraguas: le pide perdón, el Padre se sonríe, y no tiene para la culpable más que palabras de bondad.

«Se le podía decir cualquier cosa—escribe una religiosa de María Reparadora,—porque nada le hería. Una vez que le traje á la memoria recuerdos que debían serle muy dolorosos, se quedó impasible, como si le hablase de la cosa más indiferente.

»La manera con que practicaba el perdón de las injurias y el olvido de las ofensas, especialmente las ingratitudes, excede á toda alabanza. En esta materia le he visto hacer actos heróicos, que estoy dispuesta á confirmar con juramento, si me fuera permitido decirlos; y es la cosa más admirable de las que he visto en él. Un día que le habla-

ba de cierta persona que le había causado muchas penas, me interrumpió bruscamente diciendo: «¿Qué le importa á V. eso?...» Y al contrario elogiaba siempre á los que le habían ofendido, de tal manera que ocurría preguntar, cómo se las arreglaba el Padre para conciliar la verdad con la caridad.

«Nos tenía muchísimo respeto. Al saludarnos, hubiérase creído que saludada á reinas. Y ¿no éramos—según él decía—esposas de Jesucristo?

«Nunca le vi sentado sino en el borde de la silla: cuando oraba nunca se apoyaba. Las moscas, que tanto abundan en Tolosa, dejaba que se le paseasen por el rostro, sin hacer el menor caso. Cuando nos dirigía la palabra durante el retiro, nunca se apoyaba en la mesa. Si cogía un libro en la mano lo tenía en el aire sin apoyo».

Uno de los recuerdos más conmovedores para las Religiosas Reparadoras de Tolosa, es el de la Semana Santa. Á partir de 1880, invitaban todos los años al P. Ginhac, para que celebrase los divinos oficios en su capilla. Esto era para el Padre de grande gozo, por no verse privado de estas santas ceremonias, pues estaban cerradas las iglesias de la Compañía, y para los demás era materia de grandísima edificación. «Parece que le estoy viendo todavía—escribe una Religiosa,—semejante á un *Ecce Homo*, sin poderse casi levantar después de las letanías de los Santos, ni abajarse para adorar la santa Cruz: parecía estar vestido de hierro. Los divinos oficios celebrados por él, eran un verdadero sermón: ¡tan absorto estaba en Dios y con acento tan intraducible pronunciaba todas y cada una de las palabras de las profecías y de la sagrada liturgia! ¡Cómo olvidar la impresión que causaba al cantar: *Felix culpa! Lumen Christi!* etc.? Lo hacía él solo, y no daba con la verdadera nota; pero lo hacía con entonación tan grave, y tan lleno de Dios, que los oficios resultaban solemnes é impresionaban mucho.

»Uno de los últimos años, por hallarse al parecer muy

cansado, se le dijo en nombre del P. Provincial que renunciase á celebrar los oficios: «Está bien»—contestó sencillamente. El sacrificio estaba ya aceptado, pero se quedó con solo el mérito, pues se cambió de resolución».

Al final de esta interesante memoria, de la cual hemos copiado solamente algunos extractos, la Reverenda Madre añade: «Al ver al P. Ginhac, se sentía la santidad, y daban ganas de arrodillarse: no se imagina una de otra manera á San Pedro de Alcántara ó á San Juan de la Cruz. Después de la gracia de la vocación, tengo por la mayor de toda mi vida el haber recibido su dirección».

IV

Vuelto el P. Ginhac á la soledad del terceronado, emprendía de nuevo la verdadera ocupación de toda su vida. Ésta en efecto, la pasó dirigiendo y formando á los religiosos de la Compañía. Desde 1855, su misión fué dar los ejercicios de mes á los novicios y á los Padres tercerones, y cultivar en ellos las virtudes apostólicas.

El P. Ginhac casi nunca hablaba en público sin haber antes resumido ó al menos indicado el asunto. Gracias á estas apuntaciones, podemos percibir aún, en cierta manera, el eco de su predicación, desde el año 1855, que comenzó en el noviciado de Vals, hasta los últimos ejercicios, que dió en 1894.

A veces está explanado el asunto; á veces (y esto es lo más frecuente), no es más que un ligero esbozo. Solamente en sus postreros años, pudo ordenar todas sus enseñanzas y formar con ellas un trabajo completo. En 1887, escribió las meditaciones para los ejercicios de mes; en 1894, resumió cuidadosamente la materia para unos ejercicios de ocho días. En estos dos cuadernos, se reproduce la trama de los ejercicios de San Ignacio, y la materia de cada una de las meditaciones ó contemplaciones, todo ello expuesto en estilo viril, preciso, con frecuencia persuasivo y

lleno de unción; esto era como el tema de que el Padre se penetraba delante de Dios, entregándose luego, al explanarlo, á las inspiraciones de la gracia.

En estos apuntes, no está comentada la parte teórica de los ejercicios, ó sea las diferentes reglas y métodos que el Santo propone. Contentábase el P. Ginhac con exponerlos durante los ejercicios con claridad, hacer ver su sabiduría y las aplicaciones prácticas. Respecto de los principios de la vida espiritual, con tanto acierto compendiados por el Santo Padre en el libro de los ejercicios, hacía resaltar su solidez y elevación por medio de brevísimas explicaciones, que afectaban y movían la voluntad más aún que esclarecían el entendimiento.

Prefería el Padre esta brevedad en la exposición como más conforme á la mente de San Ignacio. Explicando la segunda anotación, en la cual se ordena al Director de los ejercicios, que «debe narrar fielmente la historia de la tal contemplación ó misterio, discurriendo solamente por los puntos con breve ó sumaria declaración», el P. Ginhac alegaba un pasaje de las Constituciones en que San Ignacio dice que éstas deben ser «cumplidas, claras y breves» *sint plenae, perspicuae, breves.* «Seguiré—dice,—estas reglas de tan elevada prudencia, no solamente al proponer los puntos de las meditaciones, sino también en la explicación del mismo método y camino, y en toda suerte de obras».

Al principio del gran retiro celebraba las *glorias* de los Ejercicios; gloria de alabanzas...; gloria de contradicciones y persecución...; gloria de aprobaciones pontificias...; gloria de fecundidad y del más grandioso apostolado.

«En esta instrucción—refiere un testigo presencial,—su rostro brillaba con gozo celestial: Padres míos—exclamaba,—la juventud perpetua de la Compañía se debe á los Ejercicios, y si, por la mayor de todas las desgracias, el espíritu de la Compañía se perdiese, bastaría para volverlo á encontrar que un jesuita hiciese los ejercicios. Padres míos, después que hayan hecho con toda seriedad los

ejercicios, me dirán si proceden ó no del Corazón de Jesús, si llevan ó no al Corazón de Jesús».

El R. P. Guillermo Pardow, que después fué Instructor de tercera probación en América, declara que «23 años de vida activísima no han logrado borrar de su memoria ni de su corazón, las enseñanzas del P. Ginhac. Lo que más me llamaba la atención en este venerable Padre—escribía en Mayo de 1903,—era el profundo conocimiento que tenía de los ejercicios, y lo feliz que era en manejarlos. Siempre llegaba hasta el fondo; y siempre encontraba nuevos tesoros. A buen seguro que nunca se habrá hecho un estudio tan acabado del «Principio y Fundamento». Seis días enteros nos tuvo en él durante los ejercicios de mes, y volvía á él sin cesar en los demás días de la primera semana. Nunca se olvidará la meditación que nos hizo sobre la partícula *ut... Homo creatus est UT...* El hombre ha sido creado *PARA...*; sí, una meditación entera nos dió sobre esta partícula de los ejercicios, y cuán llena y penetrante!... ¡Y qué decir de la meditación que nos hacía sobre aquella otra palabra *reliqua*, las demás cosas, todo lo creado!... ¡Dios de una parte, y todo lo creado de la otra!

«Esta misma oposición constituía el nervio y fondo de las meditaciones siguientes. El pecado, era la criatura enseñoreándose del alma, con menosprecio de Dios; el infierno era la criatura poseída para siempre, con exclusión de Dios; la muerte, era la criatura abandonándonos, para dejarnos á solas con Dios; el juicio particular, era la criatura constituyéndose en acusador de nuestra locura; el juicio universal, eran todas las criaturas alzándose llenas de ira para vengar á su Dios y nuestro. *Armabit creaturam et pugnabit orbis terrarum contra insensatos.* Sap., V, 18, 21.»

Pero muy pronto, en la meditación del reino de Cristo, sobre este fondo terrible y sombrío se elevaba la figura encantadora del Salvador. El P. Ginhac—lo noté en esta

meditación de una manera especial,—insistía con mucha energía en lo de *mecum laborare.* Trabajamos siempre en compañía; siempre los dos. En los estudios, los dos; en los sermones, los dos; en los padecimientos, los dos; en las tentaciones, los dos; en las enfermedades, los dos; *Vae soli!* ¡Ay del solo! ¡Pero estando dos! una alma generosa no tendrá dificultad en ir por la vía del sacrificio y por la vía del trabajo, y subir con su Rey hasta la cumbre del Calvario...»

Un tercerón de Mourvilles nos hace en cierta manera asistir á los puntos de la meditación:

«10 de Noviembre.—*Pecado venial.* El Padre ha dicho: «Cométese un pecado venial en una Comunidad..., y todo sigue lo mismo que antes; se come, se bebe, se ríe.» Decía todo esto el Padre en tono sosegado, y como desgarrado por íntimo dolor. De pronto resonó vibrante y poderosa su voz, exclamando con una fuerza de que no le creía capaz, y con todo el vigor de su indignación represada: «¡Y el celo santo por los intereses de Dios!... (Y recalcaba enérgicamente cada sílaba). Sería preciso que un ángel bajase del cielo, ó un alma saliese del purgatorio para que nos enseñasen qué es el pecado venial...»

«11 de Noviembre.—*La muerte del religioso fervoroso.* —Está tranquilo, es dichoso: 1.° Por lo que mira á lo pasado: ha orado, ha obedecido, ha sufrido los padecimientos que Dios providencialmente le ha enviado, y los que él mismo voluntariamente se ha impuesto, ha trabajado, no en las ocupaciones que él mismo escogía, sino en las que le señalaban los superiores. 2.° Por lo que mira á lo presente: siente una paz íntima y profunda que le dilata el corazón. «Pero, ¿no tiene V. nada que le inquiete?» le pregunta el Superior ó el Padre espiritual. Y responde: «Nada». Es verdaderamente libre: no tiene apego actual á ninguna cosa, porque ya estaba despegado de todas. 3.° Por lo que mira á lo futuro: unos días tan sólo, unas cuantas horas, y esta casa de pecado caerá deshecha en ruinas. (Hasta aquí

el rostro del Padre, de quien yo no apartaba los ojos, tenía una expresión de alegría y dulzura singularísimas. Y en sus labios se dibujaba una sonrisa más celestial que de ordinario. Tal me figuro yo que sería la sonrisa del Salvador. De repente aquella alegría represada estalla, y más radiante aún y con acento más vivo é intenso exclama): «¡Qué gozo! ¡Estar seguro de no ofender á Dios más! (y con aire de triunfo), y no verle jamás ofendido en este valle de lágrimas. ¡Gozo del sacrificio! Ofrecer su vida; ¡es tan dulce y tan grande!, es el mayor de los sacrificios. ¡Gozo de verse unido con Cristo! *Cupio dissolvi et esse cum Christo. Mihi vivere Christus est.* Gozo de haber de glorificar eternamente á Dios... Pero ¿y el juicio? ¿Y el purgatorio? Eso ni mentarse... Para morir como ferviente religioso es preciso ser religioso ferviente...

»No creo que me haya valido de otras expresiones que las que empleaba el mismo P. Ginhac. Creía verle á él mismo á la hora de la muerte, dándome en sí propio el modelo real y vivo de un moribundo predestinado. La unción se desbordaba, la verdad brillaba en todo su esplendor, la sinceridad y el entusiasmo del Padre me penetraban íntimamente.»

»*En la meditación del reino de Cristo.*—«Trabajar con el Rey divino, por el Rey divino, y como el Rey divino, es todo el secreto de los santos. ¿No nos sentiremos hondamente conmovidos, al considerar el corto número de los que sirven al Señor y lo poco que le sirven? Si no vemos que es preciso seguir á Cristo N. S. crucificado, no entenderemos nada de las Constituciones que vamos á estudiar este año. Andaremos desorientados. San Ignacio habla allí siempre á hombres crucificados, que quieren servir al Señor crucificado.» (Esto lo dijo el Padre con esa voz baja, seca y distintamente articulada, que sabe él sacar cuando quiere hablar al alma con más fuerza, y al mismo tiempo con cierto misterio).

»16 de Noviembre.—Verdaderamente que Dios Nues-

tro Señor nos ha hecho bien fácil el negocio de nuestra santificación: mándanos únicamente que hagamos bien, por él, lo que estamos haciendo, sin inquietarnos por lo venidero. Y nosotros nos preocupamos desordenadamente de las dificultades que pueden sobrevenir: tentación muy grande, y tan poco razonable como querer vivir al mismo tiempo en dos diferentes horas.

»Padres míos, somos doce mil jesuitas. Si sólo fuésemos quinientos, si sólo trescientos, pero perfectamente obedientes, ¿qué no haríamos? La esterilidad de nuestros ministerios viene de falta de obediencia perfecta: si hay obediencia de ejecución, falta la obediencia de voluntad; si hay obediencia de voluntad, falta la obediencia de entendimiento; si se tienen las tres, no se tienen siempre...

»18 de Noviembre.—Pues que tantas naciones están aún sentadas en las sombras de la muerte, es necesario admitir que lo están, ó por ser sordas al llamamiento del Rey divino, ó por falta del mismo divino Rey... Pero no, no es por falta del Rey divino, no queda por Él... Es que entre los muchos llamados al apostolado, ¡cuántos no responden al llamamiento! Y entre los que responden al llamamiento, ¿no los hay que dudan y vacilan en ir al Norte ó al Mediodía por amor del divino Rey? ¿No los hay que van, y una vez llegados al puesto que se les ha confiado, buscan sus propios intereses? ¿No los hay que se hacen llamar después de pasado algún tiempo, ó si continúan allí, son una continua molestia para los superiores? Esto, Padres míos, es historia, é historia contemporánea...»

La noche del mismo día.—«¡Ah, Dios nos libre de esas semivoluntades (aludía á la primera y segunda clase ó binarios de hombres), de esos hombres del *justo medio*, que quieren y no quieren, que quieren algo y no lo quieren todo: estos son la mayor peste de la religión, y puede decirse que del cristianismo!» El tono con que lo dijo fué vehementísimo; y las palabras la *mayor peste* las dijo con un acento verdaderamente oratorio y lleno de convicción.

«19 de Noviembre.—Nuestro Señor se despide de su Madre Santísima.—La palabra *adiós* se ha hecho demasiado vulgar y profana. Acostumbrémonos á usarla siempre penetrados de su origen, enteramente cristiano.»

«20 de Noviembre.—Para fundarnos bien en la confianza, hay que comenzar por persuadirse de que no podemos nada, de que no sabemos nada, de que no valemos nada... Pero tememos para en adelante: teniendo ya tan experimentada y conocida nuestra flaqueza, temblamos cuando se trata de tomar alguna resolución, y estos temores paralizan toda nuestra generosidad. Pues bien, Padres míos, dadme un religioso que se entregue á Nuestro Señor sin condiciones, ni cálculos, ni segundas intenciones, y yo os aseguro que desaparecerán todas sus dudas y temores». Todo esto lo dijo con mucha vehemencia y con un sentimiento altamente comunicativo.»

En las notas que tomó el Padre L. C. en unos ejercicios que hizo en Mourvilles con los Padres tercerones, podemos continuar escuchando los acentos del P. Ginhac.

«El Rey divino me llama á la guerra; á una guerra defensiva y ofensiva. Guerra defensiva contra el mundo, el infierno y la carne. *¡Nada de concesiones!*... Sobre todo en este siglo, en que todo el mundo capitula. *No cedáis en nada.* Si cedéis, estáis perdidos. Guerra ofensiva; venceréis al mundo, al infierno y á la carne en los demás, *á proporción que* los hayáis vencido en vosotros mismos. Si no los tenéis vencidos y derrotados en vosotros, y pretendéis atacarlos en los demás, *se mofarán de vosotros.*»

»En Nazaret.—Si queréis ser eficaces para gloria de Dios, *ocultaos, manteneos ocultos.* Quien vive vida oculta según Dios, *llega á todas partes, lo remueve todo.* Javier, Pablo..., llevaban consigo á todas partes un fondo de vida escondida y oculta; en ella estribaba toda su fuerza.

»12 de Agosto.—A propósito de los *tres grados de humildad*, el Padre ha dicho: «Privarse de placer, no huir el dolor, ni la incomodidad ó contrariedad; ¡oh, Padres míos!

si tuviésemos nosotros el instinto de nuestros intereses como le tienen los mundanos ¡qué ganancias tan grandes obtendríamos cada día!... Librándome de esas pequeñas incomodidades, que en nada pueden dañarme, arrojo al suelo y pisoteo diamantes y perlas preciosas.»

«En la meditación de *Dos Banderas*, á propósito del ejército de Satanás, el Padre decía: «¿Podemos ver esta organización y esta invasión del mal con indiferencia? ¿nos contentaremos con decir: Los tiempos son malos?... ¿No hay en nuestras venas ni una gota de sangre de San Ignacio, que contemplemos con indiferencia la pérdida de la sangre de Jesucristo?»

«Pero ¡con qué fuego decía el Padre todo esto!»

—«A las 5 y cuarto el Padre nos ha dicho: «Si yo me entrego por completo al Rey divino, Él se encarga de mí; puedo descansar completamente en Él, *dejarle hacer*: *Ego elegi vos, posui vos.* Él es quien me ha colocado en la Compañía, y quien me colocará siempre del mejor modo para mí, según sus divinos designios. ¿No es la soberana Sabiduría, el Soberano poder, la Soberana Bondad? ¿Y preferiré yo mis pobres medios, y mis ruines industrias? ¡Oh! *¡cuán pequeños somos, y cuán dignos de compasión... modicae fidei!* ¡Que me fíe de un amigo, de un vecino, y que mi divino Rey no haya de merecer mi confianza! *¡oh! ¡en qué paz tan profunda podría yo pasar la vida!* ¡y me agito y me turbo! Entrega total á nuestro divino Rey.»

Citemos para terminar algunos pensamientos más, recogidos por un tercerón de 1887: «Gran *desdicha* sería, y deplorable cobardía, que, después de la gracia de los ejercicios, concediéramos voluntaria y deliberadamente algo á la naturaleza, contra la voluntad del Rey divino.

»La desdicha sería *doblemente lamentable*, si este religioso mediocre pretendiera justificarse á sus propios ojos, con ayuda de algún principio ó máxima falsa adaptada á las circunstancias, estableciendo, como máxima de pru-

dencia y moderación, la mediocridad, por no tener el valor para salir de ella.

Y *¡qué desolación*, si se osara formular ese principio mundano en público, delante de otros religiosos, cuyo fervor sería tal vez, si no detenido, al menos resfriado y entorpecido!

«Pero *la abominación de la desolación* sería, cuando semejantes máximas fuesen proferidas entre religiosos, y no se encontrase ni uno solo que se levantase para protestar ó para salir por el honor de Jesucristo y su bandera. Esto no tendría remedio, y cuando el mal llega á este extremo, todo está perdido.

«Padres míos, lo que conduce hoy día á los pueblos cristianos á ruinas y catástrofes, no es la audacia de los impíos; es que hay millares de cristianos que no saben protestar, ni separarse del enemigo, porque se acostumbran á todo, dejando hacer y decir cualquier cosa.»

«Estas son casi sus mismas palabras; pero ¿cómo expresar el acento? Al escucharle, no nos cabía la menor duda de que, si se le presentara ocasión, hubiera encontrado en su corazón las valientes respuestas con que contestaban los mártires á sus perseguidores.»

V

Hemos visto cuán profunda y perdurable era la acción apostólica del P. Ginhac; pero ¿de dónde sacaba él esta fuerza? De los ejercicios; los ejercicios eran su luz y su vida. El P. Ginhac fué el hombre de los ejercicios.

La materia del examen particular durante los ejercicios era la siguiente: 1.° *Recibir* los ejercicios del Corazón de Nuestro Señor, es decir, consultar con él la elección de las materias, el orden, la división, la manera de exponer, las aplicaciones. 2.° *Hacer* los ejercicios, aplicándose cada materia á sí propio, según las actuales necesidades. 3.° *Dar* los ejercicios, elevar y purificar la intención proponiéndo-

se únicamente agradar á Dios y procurar su gloria. Prepararlos bien, orar, exponer con exactitud, claridad, orden, brevedad, sencillez y fervor. Amar en Nuestro Señor [1].

Fiel el P. Ginhac á los consejos de San Ignacio, concedía mayor importancia á la oración que á la preparación de las materias y á la predicación. Si no conseguía cuanto su celo deseaba, se echaba á sí propio la culpa, y se decía tristemente: «No he rogado bastante». E insistía mucho, para que se orase sin cesar durante los ejercicios.

Pero no confiaba de tal manera en la oración que dejase ociosa su actividad; pues, no contento con identificarse en cierta manera con los ejercitantes, procuraba con empeño corregir todo cuanto en sus palabras ó en su actitud podía ser obstáculo al buen éxito de los ejercicios. Con este intento, apuntaba cuidadosamente cuantas advertencias se le hacían, en la intimidad de una amigable conversación, como lo prueba la nota siguiente:

«Evitar: aire de severidad con afirmaciones demasiado absolutas, como de darlo *todo*, de sacrificarlo *todo:* puede decirse eso mismo, pero de otra manera y con otro tono; (Evitar) el parecer que concedo *demasiado á la voluntad*, y no lo bastante á la gracia de Nuestro Señor; el parecer que quiero *destruir la naturaleza* en vez de corregirla, y de aprovechar cuanto bueno puede encontrarse en ella, para elevarla y llevarla á Dios; el estrechar demasiado á ciertos caracteres, ya obligándoles á la visita *cotidiana*, ya, tal vez, en algunos pormenores secundarios. Evitar algunas

(1) Esta misma materia para el examen, se encuentra expresada bajo diferentes formas en muchos papeles sueltos del Padre; á continuación de lo que acabamos de copiar, léense las siguientes notas que lo completan: «1. *Intención.* A. M. D. G. Bien de las almas.—2. *Olvido de sí.* Aceptar la humillación, desearla, pedirla, siempre que la gloria de Dios y la buena edificación del prójimo lo permitan.—3. *Oración.* Constante aplicación en hacer bien los ejercicios espirituales, con la intención del fruto de los ejercicios, según Dios.—4. *Preparación exacta, clara, precisa y adaptada* á las necesidades y situación de los ejercitantes, y esto sin retraso, al comienzo del tiempo libre que precede á cada uno de los ejercicios. Después, emplear el último cuarto de hora, siempre que pueda, en orar delante del Santísimo.—5. *Caridad* en los pensamientos y sentimientos, en las palabras y en las acciones».

exageraciones en el hablar, que no causarían buen efecto, y tal vez harían que algunos se pusiesen en guardia [1].»

«Los Ejercicios, decía el P. Ginhac, no se hicieron para estar en ellos ocho ó treinta días, sino que debemos ejercitarnos perpetuamente en expresarlos en nuestra vida». Este ideal lo realizó él.

El P. Víctor Fontanié, misionero de Madagascar, nos animaba á rehacer la biografía del P. Ginhac, exclusivamente desde este punto de vista. Copiaremos algunos pensamientos de su carta, pues, diga él lo que quiera, no se puede negar que pone de relieve esta idea de un modo nada vulgar:

«Después del establecimiento de la Compañía, el R. Padre Roothaan nos ha vuelto á dar los Ejercicios. El Padre Ginhac los ha como encarnado en sí mismo y convertídolos en vida propia. Para labrar en él al hombre de los ejercicios, el divino Artífice, arrancó del fondo del Gévaudan un bloque de granito, rudo y durísimo. Tocóle con su cruz..., le cinceló luego despiadadamente á fuerza de tormentos, hasta que aquel esbozo de los primeros días se transformó en una reproducción acabadísima del ideal: en la imagen ó estatua de los ejercicios... Esta es la estatua que quisiéramos ver. Para rehacerla, habría que agrupar en torno al texto de San Ignacio, que vendría á ser como el esqueleto y la osamenta, los rasgos y pormenores innumerables de su vida, marcados con el sello de los ejercicios, las virtudes originadas de ellos y las palabras por ellos inspiradas...

»La reunión de los materiales de este libro, sería bien

(1) En otro papel suelto dice: «Defectus in Exercitiis tradentis: In 2.am annotationem: nimium dilatavi historiam. Et hoc animadvertendum in animarum directione. – 2. Contra 4.am annotationem: non semper et unice quaesivi res (scil. fructum proprium) in qualibet hebdomada apud exercitantes. Et hoc ad multa alia extenditur. – 3. Contra 17.am annotationem: ad juvandas animas, sive in exercitiis spiritualibus, sive extra exercitia, non satis curavi certior fieri de variis agitationibus et cogitationibus, quas varii spiritus inmittebant, et proinde convenientia praescribere. – 4 Contra 6.am, 7.am, 8.am, et 9.am, annotationes feci.»

EL P. PABLO GINHAC

de un esbozo de M. Cazottes.

fácil: bastaría taquigrafiar algunas conversaciones; pongo por ejemplo, las que nosotros tenemos en nuestra residencia de Fianarantsoa. Leemos en la cena la vida del Padre Ginhac, y esta lectura hace después el gasto en la recreación. Impresiones, rasgos, dichos, cada uno cuenta lo que más le ha movido. Cosa interesantísima y de suma edificación. Pues ¿qué sería, si V. pudiera ordenar y agrupar los recuerdos y apuntes espirituales de los centenares de religiosos, que este hombre vació en el crisol de los ejercicios, para modelarlos conforme á la imagen de Jesús crucificado?

»Uno de éstos, para su uso personal, tiene ya esbozado este libro: en la fuerte trama de los ejercicios, ha ido entrelazando ordenadamente, sentencias, palabras y dichos, decisiones reflexivas y sobrenaturales del P. Ginhac... Esto le basta para doctrina espiritual. En los retiros de año, meditaciones, exámenes, viajes, dificultades, gracias á esta carterita, tengo continuamente delante de los ojos al P. Ginhac, recto, enjuto, dulce, afable, celestial; oigo todavía estas inolvidables palabras: «De eso se trata»; ó bien: «¡valor; parta para las misiones!» y, según las circunstancias, me inspira ó el desprecio del mundo ó la confianza en Dios. ¿No le parece ridículo que un pobre misionero se meta á dar consejos? Pero, ¡váyase á paseo el ridículo!...

»Si un día llega á ser canonizado el P. Ginhac, ¿no podremos ver en su canonización una nueva y especialísima canonización de los Ejercicios? En San Francisco Javier fueron, por decirlo así, canonizadas las reglas de los misioneros entre infieles; en San Alonso, las de los Hermanos Coadjutores; en San Juan Berchmans, las de la modestia; en San Ignacio, el Instituto todo entero; en el P. Ginhac, serían canonizados los ejercicios *ut sic*, como se expresa la Escuela: los Ejercicios sin epíteto, sin misiones, sin predicación y sin empresas brillantes, sin oración sublime, al menos exteriormente; en una palabra, los ejercicios dados tantas veces por un santo y tan perfectamente expresados en su vida.»

CAPÍTULO XIII

En Mourvilles.—El P. Ginhac director de almas

I. Su doctrina en materia de espíritu.— II. Su dirección.— III. Retrato del santo director.—IV. Salida de Mourvilles.

I

La doctrina espiritual, ó la espiritualidad del P. Ginhac, como hombre formado en la escuela de San Ignacio, y bien empapado en las máximas de los Ejercicios y Constituciones de la Compañía de Jesús, era sólida y viril: la de los grandes ascetas de la Orden. Amar á Jesús y éste crucificado; y para revestirse de Él, desnudarse de sí propio; para vivir de Él, morir á la vida natural por medio de una continua mortificación; y animarse á esta lucha con motivos de purísimo amor, ésta era su doctrina. Lo que la distinguía y caracterizaba, era una especie de entusiasmo y apasionamiento por todo cuanto crucifica la naturaleza y glorifica al divino Rey.

Esta alteza de miras despertaba en algunos tercerones una admiración no exenta por completo de temor ó de sorpresa. La mayor parte de ellos venían del Colegio Máximo de Uclés, donde habían recibido una dirección sólida y elevada, pero ante todo práctica: la del P. Agustín Bouissou, que durante 25 años ha formado en el verdadero espíritu de la Compañía á muchas generaciones de nuestros escolares, los cuales no olvidarán jamás lo que deben á este verdadero hijo de San Ignacio [1].

El P. Bouissou, en sus pláticas, llenas de sentido práctico y de fe, proponía, no tanto las altas cumbres de la perfección, cuanto los senderos y caminos de la virtud accesibles á todos los religiosos. Si alguno le proponía un

(1) *V. Lettres de Vals*, t. I, fasc. de 1900.

primoroso plan de vida, le animaba con su sonrisa por la buena voluntad y generosos deseos que mostraba; pero lo que quería y exigía ante todo, eran obras. Solía decir con tono de patriarcal sencillez: «Si durante el año logramos con el socorro divino, primero no volver atrás, y luego avanzar algunos pasos más, podemos darnos por contentos. Imaginaos un pedazo de hierro suspendido en el aire: prodigio es que no venga al suelo, pero mayor prodigio sería que subiera hacia arriba: pues, ese pedazo de hierro somos nosotros; nosotros, sí, que hemos de subir hasta Dios». También decía: «Aspiráis al tercer grado de humildad: ¡bella y sublime aspiración! Pero procurad, en primer lugar, no faltar á la caridad, al silencio, á la mansedumbre...»

Acostumbrados á este lenguaje, algunos tercerones estaban al principio desconcertados ó asustados. Una de dos: ó la dirección de Uclés había sido tímida en demasía, ó la dirección de Mourvilles era atrevida más de lo justo. Pero muy pronto se desvanecían las dudas. Llegaban, por fin, á comprender, que el Padre espiritual de Uclés, como hombre de mucha experiencia, recelaba que aquellos jóvenes estudiantes no se dejasen alucinar con las ilusiones de una falsa piedad, y para pertrecharles contra ella, lo dirigía todo sin cesar á la práctica: procuraba ante todo consolidar los cimientos del edificio. Pero el Padre Instructor de Mourvilles debía acabar y coronar el edificio. Era de parecer que en aquella escuela del corazón, *schola affectus*, los hijos de San Ignacio debían inflamarse en amor al divino Rey, hasta llegar á aspirar á todos los sacrificios y á todos los martirios. Pero para él, lo mismo que para el Padre espiritual del Colegio Máximo, estas generosas aspiraciones habían de traducirse y manifestarse en obras. Estos dos aspectos del espíritu del P. Ginhac, quedarán en plena luz con las notas tomadas por sus discípulos. Escuchémoslos:

«Decíale yo un día: La *humildad* no es cosa fácil. Y me

contestó: «Facilísima; es preciso colocarse desde el principio en la nada y un poco más abajo.»

»Y otro dice: «Quería la observancia de las reglas y el amor de las reglas. La lectura que hacemos todos los meses del *Sumario de las Constituciones*, de las *Reglas Comunes*, etc., exigía que fuese lenta y seria.» Leed esas santas reglas—decía,—despacio y con amor; que haya tiempo de saborearlas, y que al oírlas se nos aficione el corazón á ellas.»

»He aquí algunos de los últimos consejos que el Padre nos dirigía, al salir del año de tercera probación: «¿Queréis perseverar? Pues no digáis: «Yo quiero *perseverar*;» decid: «Yo quiero *progresar* todos los días.» Sin esto no perseveraréis. No seáis de aquellos que en las casas religiosas se contentan con la gloria, pretenden la gloria de ser «hombres honrados.» Desde el primer día que lleguéis á una casa, portaos como verdaderos religiosos, mostrad que sois religiosos observantes.»

»Uno de los caracteres que procura dar á la caridad fraterna, era el *apostolado*. «No olvidemos—dice,—que el mejor servicio que podemos hacer á nuestros hermanos, es el ejemplo de una vida observante y regular. Ayudemos de este modo á nuestros hermanos á guardar las santas reglas. No podemos servir de mejor modo á la Compañía; esta prueba de amor es la que más estima entre todas cuantas podemos darla.»

»*Renunciar* á todo cuanto no es Dios; entregarse á Dios sin reserva; no tener jamás en cuenta los gustos ó repugnancias naturales...; cuando el Padre pronuncia estas palabras—dice el P. E. Charel,—las acentúa de tal manera, que cree uno oírlas por vez primera, é imprime en el alma, quiera uno ó no, el deseo de sacudir la pereza y de entregarse á Dios, cueste lo que costare. He aquí algunos de sus consejos:

«Dad á cada ejercicio el *tiempo necesario* para hacerlo bien. El tiempo lo ha creado Dios para la buena ejecución

de nuestros trabajos y ocupaciones. Quitarle cinco minutos del tiempo necesario, es hurtar cinco minutos á Dios. Estos hurtos nunca aprovechan.

»Aprended á mortificar la *curiosidad* natural. No os lancéis con ansia sobre la carta que acabáis de recibir; dejadla algún tiempo sobre la mesa. Este hábito es necesario para adelante; si no, nos dejamos dominar de la curiosidad, en vez de ser dueños de nosotros...

»Algunos religiosos hacen notar con demasiada insistencia que en alguna casa falta tal ó cual cosa. Como Nuestro Señor trata *regiamente* á los suyos, se hace uno, sin sospecharlo, exigente y descontentadizo con Él.

»Hagamos cada cosa como si de ella dependiese la salvación de un pueblo.—*Nada á medias.*—No es necesario hablar siempre de cosas espirituales, pero que al menos vean todos siempre en nosotros hombres de elevadas ideas.—Es necesario hacer una distribución del tiempo; ordenémonos á nosotros mismos, pues hemos de ordenar á los demás.—Por la mañana, seamos fieles en la visita al Santísimo Sacramento; Jesucristo Nuestro Señor es el amo de la casa; recibamos, pues, sus órdenes desde la mañana. —Animo *in Domino!* Esta es su ordinaria despedida.

La mediocridad era acérrimamente combatida. «Un antiguo novicio del P. Ginhac en Tolosa y tercerón suyo en Paray, escribe lo siguiente: «Una palabra del P. Ginhac al principio me hacía reir; pero después, cada vez me ha parecido más verdadera. Hablando de las confesiones, decía: «Vamos, Padres, que ciertas confesiones son bien insignificantes. Nos acusamos de haber faltado al silencio, de no haber barrido el aposento, etc.; acusémonos sobre todo de nuestra mediocridad; este es el gran pecado».

»Más decía: «No os acuséis de una falta que no estéis resueltos á enmendar en adelante. Confiésase uno; y otra vez vuelve á caer en las mismas faltas sin enmienda ninguna. ¿Por qué así? Porque no se pone remedio al mal, queda abierta la fuente y vierte sus aguas. Hay que con-

siderar la causa de estas faltas, su principio, el afecto desordenado de donde dimana, y arrancarle de cuajo».

A propósito de las vidas de los santos, decía: «Cuántas veces se oye decir: Tal ó cual vida es admirable, pero no imitable. Con el deseo al menos, podemos y debemos conformarnos con las acciones del santo, é imitarle de corazón cuanto nos sea posible. El religioso de la Compañía no debe poner límite ninguno á sus generosos deseos. En lo exterior, nada extraordinario, gran modestia; pero en lo interior, debe fomentar los sentimientos más grandes y divinos... En las lecturas nutrir no menos la voluntad que la inteligencia, y unirse con el afecto á todos los grandes sentimientos que allí se expresan».

Hablando un día de *San Ignacio*, nos decía el P. Instructor: «Nuestro bienaventurado Padre animaba todas sus acciones con los motivos más sublimes, etc...» En estas palabras se retrataba á sí mismo, pues tenía en cierta manera un corazón inmenso. Una de sus máximas era ésta: «Desear sufrirlo todo por Nuestro Señor; aspirar á todos los martirios; aspirar á la conversión, no de un alma, sino del mundo entero. Si nos limitamos al campo señalado por la obediencia, es porque nuestras fuerzas son finitas, pero el deseo no debe reconocer límites.»

Uno de los puntos que recomendaba con mayor insistencia, era el mortificar las pasiones que se oponen al reinado del Rey divino, y combatirlas sin tregua con el arma del *examen particular*. Entre otras industrias que aconsejaba para asegurar la victoria en esta guerra, una era fijar el tiempo: «Para tal fecha, con ayuda de la divina gracia, corregiré tal defecto, adquiriré el hábito de tal acto de virtud, y si no, me impondré tal penitencia.»

Quería que las obras ordinarias se hiciesen del mejor modo posible y con intención muy pura. «*In omnibus operibus tuis praecellens esto*[1]. Gustaba mucho de repetir esta

(1) En todas tus obras sé aventajado.

sentencia, dice el P. Eugenio Ibos, y parece haberla tomado por norma de toda su conducta. Un seglar que le había visto orar delante del Santísimo Sacramento, decía: «¡Ah, vuestro P. Ginhac es un santo! No es cosa de todos los días ver orar así.» La primera vez que nos bendijo cuando llegamos al terceronado, quedé profundamente conmovido. Al levantarnos, advertí que á los demás terceronones les había producido la misma impresión. ¡Qué entonación la suya! ¡Qué fe en aquel acento! En todo parecía igualmente *praecellens*. Pero en especial, ¡qué hermoso era verle en el altar, cuando daba la bendición con el Santísimo! Sólo el ver cómo incensaba, era un espectáculo encantador. Con esa misma religiosa gravedad impregnada de devoción celebra la santa misa, y nos encargaba con frecuencia que evitásemos en ella todo cuanto supiese á irreverencia ó disminuyese la piedad. «Nada de precipitaciones en la celebración de los divinos misterios, nos decía: emplead siempre la media hora. Tal vez os critiquen, tal vez digan que sois pesados; dejadlos. Es un derecho que os concede la Compañía, y nadie os lo podrá quitar; mirad como un deber el mantenerlo y usar siempre de él.»

El Padre Jorge Baurens, misionero del Maduré, apuntó en Mourvilles una serie de máximas del P. Ginhac, que debían ser su futuro *Vade mecum* durante la vida. Copiemos algunas:

«Acordaos que sois *objeto de un amor infinito. Sentir cuánto nos ama Dios* es cosa accidental, que rara vez se concede: pero es necesario creerlo firmemente y constantemente. Esta fe en el amor que Dios nos tiene, es la que ha hecho los santos: «*Nos credidimus caritati.*»

»Muchos no salen nunca de la mediocridad, porque quieren *hacer solos sus cosas:* no se manifiestan á los superiores.»

»Es preciso llegar á ser para nosotros mismos como un *extraño* á quien no conocemos, como un *enemigo* con quien no se guardan miramientos.»

»¡El mundo entero es nuestro! Ir hasta el fin del mundo para salvar almas, no es heroísmo para un hijo de la Compañía...»

Los caracteres salientes de la dirección del P. Ginhac, los ha trazado el P. E. Portalié, que fué discípulo suyo en Tolosa y en Mourvilles. Helos aquí:

«*Vencerse; morir á sí mismo; ser todo del divino Rey.* —La mortificación desempeña un papel importantísimo en su doctrina espiritual, puesto que sin violencia, no hay verdadero progreso· «La mortificación exterior, decía, no es más que el primer paso; pero quien no se haya atrevido á darle, se fatigará en vano fuera de camino. Se imaginan algunos que las mortificaciones no sirven más que para domar el cuerpo: es una ilusión, tienen una fuerza secreta para vencer el orgullo del espíritu.»

«*Fidelidad á la gracia.*—El P. Ginhac tiene un don especial para animar á la confianza en la acción del Espíritu Santo, y para despertar la atención á sus divinas inspiraciones. Estos dos puntos fueron el fundamento de una novena preparatoria á la fiesta del pasado Pentecostés. La concepción de esta novena fué admirable: nunca habíamos comprendido tan bien el oficio del Espíritu Santo en la Iglesia y en la vida de las almas.

«*Espíritu apostólico.*—Parece que algunos podrían figurarse, que, hombre tan interior y tan alejado de los negocios del mundo, habría de poner límites algo estrechos al celo por miedo á la disipación. Todo lo contrario: en este punto, lo mismo en la teoría que en la práctica, el P. Ginhac tiene una elevación de miras verdaderamente Ignaciana. Decíale uno un día: «La lectura del P. Lallemant me hace mucho bien».—«Pues léale, le respondió el Padre, pero tenga en cuenta que está redactado por dos discípulos suyos. Así es que en varias partes se le hace decir al P. Lallemant, que los ministerios apostólicos dañan á la vida interior. No, no; todos los ministerios de la Compañía deben ayudar á un jesuita á encontrar á Jesu-

cristo en lo íntimo del corazón. Esto es necesario, y es también posible, puesto que esa es nuestra vocación [1].»

«*Arte de sobrenaturalizarlo todo, hasta las acciones más pequeñas.*—Si llegara algún día á publicarse la doctrina espiritual del P. Ginhac (y es libro que debe escribirse), la parte principal, después de sus comentarios sobre los Ejercicios, tal vez sería la colección de sus avisos prácticos sobre los detalles y pormenores de la vida religiosa. Para él no hay cosa pequeña, porque en todas ve la gloria de Dios. Esta vista ó consideración es común, como se ve; pero el modo particular que en el P. Ginhac reviste, es singularísimo y de un orden muy elevado, y la siente con tal viveza, que hace ver á cuantos le escuchan esta grandeza de las cosas pequeñas y se las hace amar, aficionándoles á ellas.

«*Independencia según Dios.*—Es cosa que me ha impresionado mucho, la importancia que concede á la influencia que mutuamente ejercen los miembros de una comunidad unos sobre otros: nadie hace ver como él la necesidad é importancia de este apostolado íntimo, ejercido dentro de casa con nuestros hermanos. Nadie tampoco afirma con mayor energía, la necesidad que tiene cada uno de ser completamente de Dios, dígase lo que se quiera á su alrededor, y dígase lo que se quiera de él.

»No hay punto ni disposición del Instituto que no se esfuerce en hacerlo cumplir á la letra. En Mourvilles tuvimos *Visitator nocturnus*. De vez en cuando hacía él mismo la visita á las 9 y cuarto, para enterarse si ya des-

---

(1) En la siguiente nota, tomada de una carterita del siervo de Dios, se observa el mismo espíritu apostólico. «Cuando os encargan algún sermón vuestro primero y principal cuidado ha de ser la práctica de la virtud que ha de ser materia del sermón, ó poner lo más íntimamente que podáis en vuestro corazón aquellas disposiciones que pretendéis imprimir en el alma de los oyentes. Con este medio no os faltará ni doctrina, ni la conveniente disposición, ni estilo, ni vida, ni calor, ni elocuencia... Predicárnoslo á nosotros primero, convertirnos, penetrarnos íntimamente de la materia y hacerla completamente nuestra antes de predicársela al prójimo, haciendo depender el cambio del prójimo de nuestro propio cambio.»

cansaban todos; y todos los meses visitaba los aposentos durante la oración de la mañana, etc. A cierto tercerón (que ya no está entre nosotros), espíritu inquieto que no sufría de grado el yugo de la disciplina religiosa, no le parecía bien que el santo Instructor diese tanta importancia á estas cosas y observancias meramente exteriores: era que no comprendía lo excelso de los pensamientos del Padre. Una falta é infracción exterior delataba á los ojos del P. Instructor la debilidad del alma. Cuántas veces le oímos decir: «El que en el año de tercera probación tarda en levantarse al primer toque de la campana, nunca saldrá de la mediocridad. ¿Qué es y qué supone levantarse á la primera campanada, respecto de los grandes sacrificios que el Señor espera de nosotros?»

»*Los viajes.*—Preguntéle yo un día cómo se podría evitar la disipación en los viajes. Alabó la oración, la lectura, las buenas y santas conversaciones con los que entran y salen del coche, etc. Y luego añadió: «El apostolado de los viajes es hoy más dificultoso que antiguamente; pues nos separamos demasiado pronto. ¿No sería buena manera de ejercer el apostolado, el rezar por los que entran y salen del coche, el adorar al Santísimo Sacramento en las ciudades, villas, pueblos y aldeas por donde se pasa, ó que se divisan, el pedir luz y fuerza para los cristianos bautizados que están allí y no se acuerdan de Dios? Quién sabe las almas que se salvarían de esta suerte, en vez de estar ociosos ó de cansarse la vista contemplando el paisaje; como le sucedió á cierto Padre que yo conozco, que á consecuencia de esta no muy útil ocupación, se puso malo de la vista.»

»He ahí un ejemplo de eso que yo llamo las *ideas fijas* del P. Ginhac, acerca de la vida tanto en su conjunto como en sus pormenores. Creo que este lado es el más propio y original del Padre. No dejaba nada á la improvisación, y á eso, según yo pienso, se debe, que fuesen tan preciosas aquellas sus conferencias de quince minutos durante los ejercicios de mes. Exponía en pocas palabras, pero

con gran nervio y precisión, el punto capital de la materia; después, la convicción y las luces con que era ilustrado de la divina gracia, daban á su palabra una elocuencia inimitable. Por eso, en las conferencias del Instituto, mientras permanecía en la región puramente teórica, era monótono, pero, no bien bajaba al terreno de la vida y práctica religiosa, los giros, el lenguaje, la mirada, el gesto, todo en fin se animaba, de suerte que nos electrizaba.»

II

Acabamos de oír un como eco de las exhortaciones del P. Ginhac. Pero su misión no se reducía á ilustrar el entendimiento; debía además formar y modelar el corazón. El P. Ginhac ¿era tan excelente Director como acabado Maestro? ¿Estos principios de espíritu tan elevados y prácticos, sabía acomodarlos á la variedad casi infinita de las debilidades y deficiencias humanas? En una palabra, ¿tenía el don de dirigir las almas?

Así lo proclaman todos los testigos. Eclesiásticos de todas clases, seglares y religiosos, ricos y pobres, todos los que recurrieron á su dirección, están en este punto de acuerdo. «Parece—dice uno—que leía en las conciencias». Y otro: «Después de unas cuantas entrevistas, y esas breves, me conocía mejor que yo mismo». Y un tercero: «La impresión que dejaba en el alma, era imborrable.» «Habiéndome dirigido—testifica el cuarto—á él, sin conocerle, comprendí, no sin sorpresa mía, que penetraba hasta el fondo del corazón. Algunas palabras breves y precisas le bastaron para disipar las tinieblas en que hacía tiempo estaba envuelto, y darme una paz y un ánimo que nunca había tenido. Desde este día, y con largos intervalos, recibía de él la dirección con que he logrado mantenerme en este dichoso estado». Basten estos cuatro testimonios, entre los muchísimos parecidos que pudiéramos citar.

Además, admiraba en él una abnegación á toda prueba, una paciencia incansable, delicadeza y tacto tan exquisitos y tales atenciones, que en hombre de tanta entereza y austeridad como él, causaban sorpresa.

Pero esto su método ¿estuvo al abrigo de toda crítica? Parece que no; si hemos de creer á un testigo que (como ya se lo hemos oído más arriba), gusta de hacer resaltar las *deficiencias del hombre*, para que mejor aparezca la *obra de Dios*. Aunque sus observaciones y reparos no hayan sido confirmados por ningún otro, vamos á reproducir los aquí, pues nos servirán ocasionalmente para acabar de caracterizar el espíritu del siervo de Dios [1]: «A algunos les parecía—dice el P. Celle—que el P. Instructor no conocía más que un camino».

Gustosos confesamos, que el P. Ginhac no conocía más que un camino, el camino real de la cruz, de que nos habla *La Imitación de Cristo*; ni tenía más que una ciencia, la que tenía San Pablo: *Scire Jesum et hunc crucifixum*. Pero, á ejemplo ó imitación del mismo Apóstol, procuraba hacerse todo á todos. Sabía muy bien, que, en este camino, no pueden todos andar al mismo paso, ni con el mismo bagaje, ni con el mismo garbo. Sabía que los principios de esta ciencia han de plegarse á mil y mil circunstancias que cambian y modifican la acción de la gracia en las almas, y se esforzaba por adaptarse, como lo hace Dios, á todas las exigencias de la criatura. Cierto que si hubiera estado dotado de más brillante imaginación y de palabra más fácil y abundante, hubiera presentado con formas más nuevas y variadas el pensamiento único de su al-

(1) En toda esta narración, nos hemos propuesto no disimular ni ocultar ninguna de las debilidades ó defectos que señalan las diferentes relaciones de los testigos. Es verdad, que esta nuestra sinceridad ha parecido á algunos excesiva. Se nos ha dicho, y no sin razón, que en alguna que otra parte habíamos dado crédito á las impresiones poco reflexivas de algunos. Pero nos ha parecido que el lector gustará de conocer al P. Ginhac, no solo como fué en realidad, sino también como apareció en la opinión de algunos.

Si algunos juicios son exagerados, el lector mismo, sirviéndose del contexto, los rectificará.

ma; pero todos estos medios humanos los desdeñaba. Por otra parte, de las diferentes cualidades que constituyen al escritor y al orador, no había recibido de Dios sino las más sólidas: la precisión, la claridad y la fuerza. Si en las pláticas que hacía á la comunidad, era, con inflexible energía, el hombre de una sola idea; en las conversaciones y trato íntimo era el hombre de todos los pensamientos generosos para dirigirlos, y de todas las debilidades y miserias para sanarlas.

«Por lo que á mí toca —añade el P. Cello, —no sin cierta malicia, sé muy bien que, si no conocía él otro camino, nos dejaba á nosotros ir por el nuestro; parecía decirnos: «Ya tenéis juicio; haced bien vuestra tercera probación; yo rogaré por vosotros...» No disimulaba los defectos, pero hubiérase dicho que contaba con que la gracia lo haría todo á su tiempo.»

Los que han conocido al P. Cello saben, que, efectivamente, la gracia obró grandemente en su corazón, después del año de tercera probación; y tal vez piensen que la misteriosa discreción del director influyó no poco en los rápidos progresos del discípulo.

Sí, el P. Ginhac se mantenía habitualmente en actitud reservada. ¿No hubiera sido preferible una actitud más resuelta? ¿No hubiera sido esto más conveniente á los espíritus generosos que gustan de ser probados, á los negligentes que necesitan de estímulo, á los tímidos á quienes hay que señalar los primeros pasos? Evidentemente, respecto de éstos, el Padre cedía algo de su habitual discreción; pero en general la guardaba, y esto tanto por principio como por inclinación natural. «En esta escuela del corazón —decía él, —el religioso no está en el noviciado. Entonces se le sometía á pruebas; ahora debe él mismo probarse y ejercitarse. Entonces le dirigía la Compañía, le estimulaba, le corregía como á un niño; ahora apela únicamente á su corazón, persuadido de que dará por sí mismo en este tercero y último año de probación, los frutos de

santidad que tiene derecho á esperar después de tantos años de cuidados y sacrificios».

Penetrado el P. Instructor de esta idea, se mantenía, respecto de los tercerones, en aquella actitud que San Ignacio recomienda al director de los ejercicios.

Después de haber excitado en sus corazones ardientes convicciones y resoluciones generosas, se limitaba únicamente á orar; esperando el momento en que «el mismo Creador y Señor se comunicase á la su ánima devota, abrazándola en su amor y alabanza, y disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle adelante [1]»: Llegado este momento, el sabio director intervenía; pero lleno siempre de santo respeto para con la acción de Dios en el alma, y para con los esfuerzos de la misma alma, cooperando á la divina gracia.

Tal era el deber y el oficio del P. Instructor: dirigir y alumbrar en las tinieblas y oscuridades; sostener en las tentaciones; usar, conforme las circunstancias lo exigieran, de reprensiones ó de plácemes, de freno ó de espuela. Y lo cumplía con delicadeza suma.

¿Pasó inadvertida su acción en ciertos espíritus poco reflexivos, ó que no se le franquearon bastante? ¿Fué tal vez nula respecto de algunos, como afirmaba el P. Celle? No lo sabemos. Lo que sí sabemos es, que esta acción la sentían vivamente todos los que de un modo ú otro la solicitaban ó provocaban. «En algunas ocasiones—escribe un tercerón de Mourvilles—mi naturaleza encontró muy importunas y muy mortificantes las indicaciones del P. Instructor; pero tuvo que someterse, pues Dios había hablado». Otro que llegó á ser Superior del P. Ginhac, confesándose con él, diez años después de la tercera probación, le oyó, no sin sorpresa, que le preguntaba lisamente y sin rodeos: «Y el examen particular ¿le hace cómo se debe? ¿De qué le lleva?»

Pero con otros, el Padre era sumamente reservado. Tí-

(1) Ejercicios espirituales, anotación 15.

mido de suyo y por carácter, no era quién para abrirse paso á la fuerza en un corazón cerrado; delicado, sentía al punto la molestia que pudiera ocasionar; modesto y caritativo, se mantenía, por decirlo así, en el umbral, hasta que se le abrieran de par en par las puertas. La pena y las angustias que estos días de espera causaban al P. Ginhac, llegó á entreverlos el R. P. Provincial en cierta ocasión, en que parece se desconocía y menospreciaba el paternal afecto del santo Instructor; no se notaba en él, sin embargo, aversión ó amargura, sino mayor ternura, que se traducía en la práctica en redoblar la oración y las atenciones.

Los testimonios de Mourvilles confirman en muchas ocasiones cuanto acabamos de decir: «La cualidad dominante del P. Ginhac, como director—escribe el P. L. Pic,—es, á mi parecer, el respeto que muestra á la acción inmediata de Dios sobre el alma, y á las mismas inspiraciones del alma. Diríase que teme perturbar con su ingerencia la acción de Dios; y cuando el alma le manifiesta sus ideas y planes, escucha con la misma atención que prestaría á la palabra divina. Cuando uno ha acabado de hablar, interviene él, no para modificar sustancialmente lo que acaba de oír; sino para proponer después de haberse recogido y callado breve tiempo, lo que juzga más provechoso para el alma, pero dentro del mismo orden de ideas».

El P. Claudio Faure, misionero del Maduré, que fué á recibir demasiado temprano la palma debida á su abnegación, testifica que al P. Ginhac, como Instructor de terceros, le encontraba mucho más bondadoso que al P. Ginhac, Maestro de novicios. Y añade: «Es verdad que el año de tercera probación, el Superior debe dar más ancho campo á la iniciativa privada de religiosos ya formados. La dirección exterior tiene menos en que hacerse sentir, pues ha de dejar que obre con más libertad de acción el espíritu de amor, y, por expresarme así, el corazón de la Compañía. Pero no es pequeño mérito de quien la representa el observar si los que están bajo su dirección se dejan lle-

var de este suave impulso de la caridad, cuando él por su parte no descuida nada de cuanto puede avivar en ellos un celo ardentísimo de la perfección.»

Y el P. E. Portalié observa lo siguiente: «La gran ley de su acción sobre las almas me parece ser ésta: en la dirección general y común, llevar las almas á lo más perfecto, excitarlas á procurar que el divino Rey, como él suele decir, reine en ellas absolutamente y sin reserva; pero en la dirección particular, aguardar la acción de la gracia y limitarse á secundarla. A los principios, según creo, estimulaba más, hoy día, parece haber reconocido que la única acción seria y durable es la acción espontánea, inspirada de lo alto y sostenida por el director. Todos han podido observar esto en sus conversaciones con el P. Instructor, especialmente durante los ejercicios de mes. Hasta que la gracia no ha despertado en el alma una resolución precisa, no la aconseja él; pero apenas, por las manifestaciones que se le hacen, llega á discernir en ella el impulso del Espíritu Santo, ¡con qué energía las aprueba! ¡cómo esfuerza y alienta! Y ¡qué bien sabe traer á la memoria, cuando es necesario, las luces recibidas y las resoluciones tomadas! Tal vez así se expliquen los diferentes juicios é impresiones que he oído sobre el particular.

«El P. Ginhac ¿es severo ó indulgente? Dicen que en un tiempo, algunos le tuvieron por demasiado severo en el celo que mostraba por la perfección de aquellos cuya formación se le había confiado. El P. Ginhac es austero en su vida, firme en los principios, nunca hace traición á la palabra divina; pero en la práctica, su indulgencia es extrema. No hay debilidad que le admire: anima y esfuerza: en los mismos defectos hace ver los designios de Dios, despidiendo llena de aliento y esfuerzo al alma que se le acercó llena de abatimiento.»

Último reparo que ponen al P. Ginhac, «que no procuraba iniciar al alma en los secretos de la contemplación.»

Según refieren los Bolandistas, fué objeto de esta mis-

ma censura un santo de la orden de Menores Observantes, el Beato Juan Bonvisio. Animándole su compañero á introducir á los novicios por caminos extraordinarios, el Bienaventurado le contestó, que eso sería arruinar en ellos la vida espiritual. Los ejercitaba en la oración ordinaria, persuadido que solamente Dios podía sublimarles á otra más alta. Y habiendo sabido que en Roma, el P. Maestro se proponía hacer contemplativos á los novicios, dijo sonriendo: «Esa enseñanza se la ha reservado para sí la divina Majestad.» [1] Lo mismo pensaba el P. Ginhac. Como buen discípulo de los Ejercicios, se contentaba con preparar el camino al divino Espíritu por medio de la abnegación y el amor.

Pero en una casa de tercera probación, ¿no parece extemporáneo y fuera de lugar semejante silencio? Tanta discreción ¿no raya en exceso? ¿No se le ha de preparar al religioso para la dirección de las almas, y por consiguiente, no se le ha de instruir en los diferentes caminos por donde Dios las lleva?

Es indudable que esta enseñanza puede darse con fruto en el terceronado; eleva el corazón, y abre horizontes hasta entonces desconocidos; inspira mayor amor hacia Dios y mayores deseos de corresponder á la gracia; en fin, completa la formación de un director de almas. Pero el P. Ginhac era de opinión, que todas estas ventajas se conseguirían con indicaciones generales, ampliadas después con lecturas en particular. Apreciaba mucho estos favores divinos; pero, en su profunda humildad, experimentaba hacia ellos sentimientos de admiración y de temor, más bien que de deseo y envidia. Sabía además, que, en nuestros días hay muchísimas menos ocasiones de dirigir almas favorecidas con estos dones extraordinarios. No vivimos en aquellos tiempos, en que las almas contemplativas encontraban en las soledades una paz y dulzura que nadie

(1) Tom. XVI, *Vita B. Joan. Bonvisio.*

podía turbar; vivimos en tiempos de lucha y apostolado. Sin embargo, aun en medio de este continuo movimiento, que la persecución hace necesario ó inspira el celo, Dios tiene almas privilegiadas á quienes concede el don de la contemplación con todas sus inefables delicias. Cuando el confesor tenga que dirigir alguna de estas almas, debe orar, consultar é instruirse.

A uno de sus antiguos discípulos, favorecido con este don singularísimo, escribía el P. Ginhac lo siguiente:

«Su grata de V. me ha causado mucho placer *in Domino*. Por ella veo las buenas disposiciones en que la gracia del Señor ha colocado su alma. Si el divino Maestro quiere comunicarle el don de una oración extraordinaria, y así unirle más íntimamente consigo, no debe rehusarlo, sino al contrario, hacer cuanto pueda para hacerse digno y sacar provecho de él A. M. D. G.

»Ahora bien, conocerá V. que el Señor le llama á este grado sublime de oración, principalmente en dos cosas: 1.ª si á pesar del cuidado que ponga en preparar los puntos de la meditación, en cumplir las adiciones, y en trabajar durante ella con las potencias, no consigue nada ó no lo consigue sino con mucho esfuerzo y suma violencia, sintiéndose continuamente atraído á cierta especie de aparente pasividad.

2.ª Si este modo de comunicación con Dios, en el cual le parece no hacer nada, nutre y sustenta su alma, de suerte que se sienta más fuerte para resistir las tentaciones, cumplir con los propios deberes, practicar las virtudes, y más inclinado al recogimiento y á vivir con Dios. Sin embargo, para pertrecharse contra todo género de ilusiones, tan fáciles en este estado, hay que mostrarse, en todo, fiel á la gracia; y además, para que, si por una ú otra causa cesase esta divina atracción, no le coja desprevenido, no hay que dejar de preparar nunca la materia de la meditación, obrando siempre como si uno supiera de antemano que no había de experimentar nada extraordinario:

También es preciso aplicarse á vivir con sentimientos de gran olvido de sí mismo...»

III

Olvidarse de sí mismo, salir de sí mismo, para arrojarse en Dios y perderse en Él, esta era la máxima en que continuamente insistía el P. Ginhac, y ésta también la regla de su vida. En Mourvilles iba, aunque inconscientemente, dando cada vez mayores manifestaciones de lo fecunda que era, y los frutos que producía, los cuentan llenos de admiración los dichosos solitarios de aquel terceronado.

Uno de estos, que hoy día es Mons. Barthe, Obispo de Trichinópolis, antes de partir para el Maduré, escribía:

«Los días de descanso que hay en los ejercicios de mes, los tercerones pasaban gran parte del paseo en hablar de su santo Instructor. «Con él—decían,—la tierra y todas las criaturas se vuelven un punto insignificante, ó mejor dicho, desaparecen; tan por encima de todo cuanto pasa, sabía elevar las almas. ¡Qué dicha la nuestra hacer el año de tercera probación en la escuela de tal maestro!»

«En las exhortaciones nos ponía sin cesar delante de la vista el tercer grado de humildad. Oyéndole á él, se persuadía uno ser absolutamente necesario llegar á ese grado, para ser verdadero y legítimo hijo de la Compañía de Jesús.» «Padres míos—decía,—seamos hombres del tercer grado de humildad!» Su vida, más que sus palabras, nos estimulaban á elevarnos á las alturas donde él había fijado su asiento.

«Su humildad nos confundía. Cuando venía á nuestros aposentos, nos hablaba con el bonete en la mano, y no podíamos lograr que se lo pusiese.

»A propósito de actos de desasimiento muy comunes, despertaba en nosotros grandes y elevados pensamientos. Por ejemplo, al hacernos cambiar de cuarto todos los me-

ses, poco antes del traslado nos decía: «Todos queréis imitar á Nuestro Señor; debéis, pues, desear el peor cuarto y los enseres más despreciables; si os lo dieren, teneos por dichosos y dad gracias á Dios nuestro Señor. Si al contrario os tocare el mejor cuarto, ú otro más cómodo que el que tenéis, recibidlo también como de la mano de Dios, pero teneos por menos favorecidos.»

Oigamos otra vez cómo el Padre E. Portalié, que nos trazó antes los rasgos más salientes de la doctrina ascética del Padre, nos describe algunas de sus virtudes:

«Tuve la dicha de hacer en Tolosa mi noviciado bajo la dirección del P. Ginhac, y de volverle á encontrar en Mourvilles. Afirmo, pues, delante de Dios, que, durante los tres años y en las demás ocasiones que le he vuelto á ver, no me ha sido posible dudar, que el P. Ginhac no fuese uno de esos santos extraordinarios que Dios escoge cada siglo para confundir la tibieza y levantar el espíritu de los cristianos. Nunca he oído contar de él ni milagros ni visiones; pero á ninguno de cuantos le han conocido le causaría sorpresa, si llegaran á descubrirse algunos, por grandes que fuesen; tan convencidos están de que su santidad es sublime y extraordinaria. Es opinión común, como muchas veces yo mismo lo he oído decir, que había conseguido de Dios Nuestro Señor, que todo cuanto ha obrado la gracia en su alma quede en una especie de secreto ó misterio absoluto.

»De todos los rasgos distintivos de su santidad, el que más hiere, á primera vista, es la victoria y dominio completo que ha conseguido sobre la naturaleza. El P. Ginhac es el *hombre sobrenatural;* al verle, se siente una impresión indefinible, que algunos muy impresionables calificarían de espanto. Cuando éramos novicios, conocimos al P. Orlandis, que también era un santo; pero su presencia no nos impresionaba; al contrario, el P. Ginhac; aunque estábamos más acostumbrados á verle, nunca su venida ó presencia dejaba de conmovernos; sentíamos que se acer-

caba el hombre de Dios. En Mourvilles, con ser de más edad y menos sensibles, todavía, sólo el verle producía en nosotros una impresión que ningún otro causaba.

»*La modestia.* Nadie sabrá jamás el minucioso estudio que había hecho para regular los detalles más insignificantes de su exterior, donde se ven como en un espejo vivo, todas las reglas de la modestia. Y exigía á los demás su observancia con todas sus fuerzas. Padres míos, decía: no es la modestia cosa de poco más ó menos; de ella depende la perfección del cuerpo, que es parte esencial de nuestra naturaleza; de ella depende la edificación del prójimo, y el glorificar en nosotros mismos á Jesucristo, nuestro divino Rey. Un Padre de carácter y temperamento algo vivo, le decía: «Esas reglas no se han hecho para mí.» «Se han hecho —le contestó el P. Ginhac,—para todo hijo de la Compañía; y en la gracia de la vocación, está la gracia de ser modesto á la manera de San Ignacio vuestro Padre.»

»*Las relaciones con Dios.* Todas sus resoluciones las toma en la presencia de Dios. Podrán no haber sido aprobadas algunas de sus prescripciones, pero nadie se ha atrevido á decir que eran resultado de un sentimiento natural.

»Todo cuanto se relaciona con el culto divino es objeto de sus cuidados en grado sumo. «Avise al Hermano Sacristán, que sobre el mantel del altar hay una mancha de cera... Suplique al Padre que reza las letanías, que vaya más despacio.» Y al día siguiente: «Todavía va demasiado aprisa; no se le hablaría así á un rey; ni siquiera á un hombre del pueblo.» Y de nuevo: «Si ese Padre no lo puede hacer mejor, que le sustituya otro.»

»Contestar pausadamente y con uniformidad en el refectorio al bendecir la mesa y dar gracias, no es cosa fácil en una comunidad numerosa. Pues, no desesperó el Padre de poder realizar cosa tan hermosa, y no desistió en hacer advertencias, siempre á propósito y con dulzura, hasta que llegó un día en que se hizo perfectamente.

»*La pobreza.* Quisiera que le hubiesen cogido la carterita en que anotaba las observaciones que hacía diariamente al P. Ministro y al Bedel de los Padres tercerones Una misma página ha servido varias veces; la primera vez escrita con lápiz, la segunda con tinta, y todavía otra con tinta, pero en diversa dirección; curioso mosaico de pobreza [1].

»*La humildad.* Su humildad es cosa nunca oída. Pero el lado más admirable, á mi parecer, es la sencillez y naturalidad con que sigue cualquier consejo, que le dan, siempre que le apoyen con una buena razón: «Es verdad—dice, —así se debe hacer.»

Señala otras virtudes el P. Portalié y añade: «Termino con estas palabras, que son, sin que me quepa la menor duda, la expresión, no sólo de lo que yo siento, sino de lo que sienten todos los tercerones y todos los novicios del P. Ginhac: «Uno de los favores más grandes que he recibido de Dios, es haber encontrado en mi vida á este verdadero santo; así como uno de los cargos que más temo en el juicio de Dios, es no haberme aprovechado más de sus consejos y ejemplos.»

A esta misma época debemos referir un hecho que cuenta el P. L. Descamps. «La humildad del siervo de Dios confundía. Tenía de sí un soberano desprecio, y se ponía muy por debajo de todos sus hermanos. Un caso cu-

(1) Unos días después de la apertura del terceronado, escribe el P. E. Charel, me dijo el P. Ginhac: «Aquí traigo el dinero de que tengo que darle cuenta (aunque tercerón hacía yo de ministro y procurador), y no lo he hecho antes, porque estaba V. ocupado en ponerse al corriente de su oficio». El Padre no se queda ni aún con el portamonedas: hay que dársele siempre que tiene que viajar.

»Al volver de un viaje, me entregó el dinero sobrante, indicándome al mismo tiempo el empleo de lo gastado. «Todavía, decía, queda algo cuyo empleo debo justificar»: (tratábase de unos cuantos céntimos). Como yo me excusase y no quisiese recibir de mi Superior cuenta tan meticulosa, no respondió nada, pero continuó repasando su viaje, hasta que se acordó que había hecho una limosna.

»Habiendo yo observado que su diurno estaba ya muy viejo y gastado, le ofrecí uno nuevo de mi uso. Codiciaba yo el suyo como una reliquia. «Es bastante bueno el mío», me contestó.

rioso: Había sido yo nombrado superior de una de nuestras casas. Habiéndole invitado varias veces á que nos hiciera una visita en el curso de sus correrías apostólicas por nuestra región, se resistió largo tiempo; pero, vencido al fin por la caridad, se me presenta un día sin avisarme. Al bajar á la sala de visitas, me lo encuentro en la portería. Iba yo á darle el abrazo, pero el Padre quiso cumplir antes lo que él llamaba un deber, y sin darme tiempo para reflexionar, se me arroja á los pies y me pide la bendición. «V. es el Superior—me decía,—y yo le debo respeto, bendígame». Procuré hacerle levantar, pero todo en vano; hube de ceder.»

El P. I. Valcarce, Lector que fué de Metafísica, y más tarde profesor de Derecho en el Colegio de Estudios Superiores de Bilbao, considera á su antiguo Instructor bajo un punto de vista elevadísimo.

«Creo que la vida del santo y venerable siervo de Dios P. Ginhac, ha de ser de mucha gloria de Dios, y de gran provecho para los Nuestros, que deseen tener delante de los ojos el modelo acabado de un jesuita crucificado con Jesucristo en la cruz de la vida común. En esto me parece que fué perfecto y acabado, el santo é inolvidable Padre Ginhac.

«Yo admiraba sin interrupción y con verdadero estupor, esta forma ordinaria de una vida en todo extraordinaria. Diríase que era un hombre confirmado en gracia y dotado de premoción física para mantenerse en todas sus acciones en el tercer grado de humildad. Quien quisiere expresar el carácter propio de toda su vida y darnos la nota dominante de todas sus virtudes, y el sello y timbre particular de sus actos, hasta de los más insignificantes, deberá mostrárnosle, como un santo plenamente vivificado y actuado por la forma del tercer grado de humildad.

»Y no es esto lo más admirable que he observado en este su modo de vida común y ordinaria: mi admiración rayaba en estupor, cuando reparaba en el determinismo cuasi

mecánico de sus acciones, y en aquella regularidad geométrica de sus movimientos, que hubiese creído regidos por hábitos inconscientes ó instintivos; lo cual no impedía la acción del alma en todas sus operaciones; antes ella las determinaba todas con plena reflexión, libertad y dominio.

»A este determinismo inmutable é inflexible, que nunca le dejaba apartarse una línea de la perfección, regla única en su vida, el P. Ginhac juntaba el agrado, el natural encanto, dulce y sincero de un niño: tan amable era con esto su vida que hasta parecía fácil.

»Finalmente, el P. Ginhac se mostraba admirable en la práctica del tercer grado de humildad, porque la asociaba á todos los ejercicios de la vida ordinaria, y esto con tanta holgura, sensatez y naturalidad, que no perturbaba nunca en lo más mínimo el orden de la comunidad, ni causaba molestia á ninguno por satisfacer su piedad y devoción.

»Esta es la idea general que me formé del santo Instructor, á cuya escuela de perfección me envió Dios: ¿por qué he sacado tan poco provecho de sus ejemplos y consejos?

»En cuanto á cosas extraordinarias ó milagrosas, nada sé: tal vez porque siempre he sido poco aficionado á lo maravilloso. Con estas cosas se transforman á veces las vidas de los santos en epopeyas curiosas, inimitables é increíbles. De cuanto he oído contar del P. Ginhac, nada me ha parecido tan admirable como lo que he visto yo con mis propios ojos y queda dicho más arriba.» [1]

---

(1) Al lado de estas vivas pinturas del alma del P. Pablo, desearíamos poner un retrato que reprodujera al natural su actitud modesta y su figura dulce y austera á la vez. Por desgracia, no tenemos más que un esbozo incompleto; el que, á ruegos de sus hermanos, trazó á hurtadillas, en 1885, el P. Juan M.ª Lafaye, cuya edificante biografía ha escrito el P. E. Laborde.

Por algún tiempo, durante las conferencias, se colocaba á la derecha del Padre Instructor, en sitio desde donde le viera bien, sin llamar la atención. Mientras sus vecinos apuntaban lo que el P. Instructor decía, él, lápiz en mano, dibujaba algunos rasgos, que fijaba en seguida sobre el lienzo; y así fué bosquejando el retrato del Padre, de perfil, é inclinado el busto hacia el libro de las reglas.

Cierto día, hubo un momento de emoción. El P. Instructor comparó el trabajo de la perfección á la obra de un pintor: «El artista, decía, se pone

Confirman este juicio del profesor español, los recuerdos de un Hermano coadjutor, español también, que desempeñó en Mourvilles, en los tres últimos años, los oficios de portero y enfermero. Las interesantes notas que nos ha enviado, traducidas fielmente del español, son las siguientes: «A la memoria del bienaventurado P. Ginhac. En Mourvilles fué donde tuve la dicha de conocer al santo. Desde el primer día hasta el último, en estos años que Dios me concedió la gracia de estar con él, fué siempre el mismo, es decir, de una regularidad incomparable. Así es que en ninguna parte, ni en la capilla, ni en el refectorio, ni en otro sitio ninguno, vi que hiciera esperar á la comunidad. Su caridad y su humildad juntas, le hacían venir al recreo con los Hermanos coadjutores. Muchas veces llegaba antes que hubiésemos acabado de preparar el refectorio ó lavar la vajilla, y entonces, el bienaventurado Padre se ponía en seguida á recoger los platos y los vasos, y con mucha frecuencia también, para que nosotros tuviésemos más recreo, quería lavar y secar él sólo las cucharas y tenedores.

---

al lado de su modelo...; (el auditorio comenzó á sonreir); le observa bien, y cada día añade un nuevo rasgo». Las sonrisas se acentuaron: sorprendido, á su vez, el P. Pablo, se para y mira, mientras que nuestro pintor baja los ojos y espera inmoble. Todo paró en una alarma, y el Padre pudo proseguir su obra. Como le dijeran que no la expusiera en su cuarto: «No teman ustedes, respondió; como el santo varón no usa el espejo, no se reconocería.»

Por desgracia, el trabajo quedó sin terminar. Después de la muerte del P. Ginhac, se buscó una fotografía que nos conservara sus rasgos: todo fué en vano; sólo se halló el esbozo de 1885. En él, el rostro tiene mala luz: los ojos, el contorno y el pliegue de los labios, quedan en cierta vaguedad oscura. Se acentuaron ligeramente estas líneas indecisas, y se editó un fotograbado, reproducido después muchas veces. Por imperfecto que sea, no ha dejado de gustar á los discípulos del P. Ginhac, que hallan en él los rasgos más salientes del semblante de su maestro.

Más tarde, algunos artistas probaron á hacer revivir al siervo de Dios, ayudándose del esbozo del P. Lafaye, de la fotografía que se sacó del cadáver y de los recuerdos todavía grabados en todas las memorias. ¿Podía llegarse así á un parecido perfecto?

A pesar de todo, son retratos de verdadero mérito, y muy apreciados de los que conocieron poco al P. Ginhac. Mil gracias desde aquí á estos abnegados colaboradores.

«¡Qué grande fué siempre su caridad para con los Hermanos coadjutores! En Mourvilles fuí campanero ó despertador; y no sé por qué, en Mourvilles precisamente, dormía tan profundamente como un niño en la cuna; así es que ¡cuántas veces me reemplazó el Padre en el oficio de despertador á las cuatro de la mañana! Y después de despertar á la comunidad, venía á mi cuarto y me decía: «*Benedicamus Domino*!... Carísimo Hermano, ¿está enfermo?—No, Reverendo Padre—le respondía yo;—y el bondadosísimo Superior.—«No se inquiete, carísimo; la comunidad ya está despertada.» ¡Cuántas veces ha hecho esto, sin que nadie lo advirtiera!

«Una vez fué á Tolosa; no habiendo alcanzado el coche á la vuelta, tuvo que tomar el tren de Tolosa á Villenouvelle, y luego, recorrer á pie el trayecto entre Villenouvelle y Mourvilles, que son ocho kilómetros, de suerte que no pudo llegar hasta eso de las once de la noche. Salí yo á esperarle á lo más alto de la cuesta de Verennes. La noche estaba obscura y lluviosa. El Padre venía sin paraguas, y apenas me conoció, me dijo: «Pobre hermano, ¿quién le ha enviado?»—El Padre Ministro—«Pero, pobre Hermano, ¿se habrá V. helado? ¡Ese buen Padre Ministro!» Decíale yo: «Y V. R. ¡estará todo mojado!» Y él en seguida: «Pobre y carísimo hermano, ¡qué fríos tendrá los pies! Yo estoy bien abrigado. Siento mucho que le hayan enviado á esperarme tan lejos.» Durante el camino me iba hablando de Cristo Nuestro Señor y de San Alonso Rodríguez. Preguntábale yo con frecuencia: «¿Estará V. R. muy fatigado?» Y contestaba: «No, Hermano, y en seguida volvía á mí, dándome muestras de compasión.

«Sabía yo que el Padre sufría mucho de los pies, y viéndole caminar por los guijarros y cojear un poco, le dije: «¿Le duélen los pies, Padre?»—«No mucho»—me contestó —«carísimo hermano», y en seguida se puso á hablar otra vez de San Alonso.

«Cuando llegamos á la puerta del parque, el bienaven-

turado Padre, suspirando de gozo, exclamó: «¡Oh amada soledad de Mourvilles! Hemos llegado, carísimo. Cuán dichosos somos: ¿no es verdad? Sea Dios bendito. ¡Cuán bueno ha sido con nosotros, proporcionándonos esta amada soledad!» Y prosiguió bendiciendo á Dios hasta que llegamos á la puerta de casa, donde nos esperaba el Padre Ministro. Había encendido fuego y tenía preparada la cena: pero el bienaventurado Padre, de tal manera insistió en que el Padre Ministro se fuese á descansar, que éste por darle gusto se retiró, y entonces el Padre se fué á la capilla á hacer una visita. Allí le dejé yo, y fuí á sentarme junto á la puerta de su cuarto. Cuando, hecha la visita, llegó, mandóme ir inmediatamente á acostar, y volviendo á darme las gracias, me dijo: «Duerma V. con toda tranquilidad.»

«Al día siguiente, á las cuatro, el despertador dormía muy tranquilo. El Padre tocó la campana de Comunidad y luego, según costumbre, vino á decirme el *Benedicamus Domino*, y añadió: «Si se siente cansado, carísimo Hermano, quédese en la cama hasta las cinco;» pero yo que sabía que mi superior estaba más cansado que yo, admirando su mucha caridad, me levanté en seguida.»

«Un día del mes de Junio de 1890, el bienaventurado Padre me llamó á su aposento, y me dijo: «Carísimo Hermano, tengo un poco mala esta pierna: si le parece bien, podría ver lo que es.» Cuando vi la llaga que tenía un poco más abajo de la rodilla, quedé espantado: se veía el hueso. «Padre—le dije—la cosa es grave; hay que consultar al médico.» El médico le prescribió reposo absoluto, y que dos veces al día se la limpiase: pero él, con el pretexto de ayudarme, se quitaba sin compasión ninguna el vendaje pegado á la herida con lo cual la irritaba. Un día, sin embargo, me rogó que fuese por un poco de agua caliente, para hacer la cura y quitar las vendas; pero, cuando llegué, ya las había quitado él todas.

«Después de misa no debía arrodillarse; pero no lo-

gré de él que se sentase; se ponía en el extremo de un reclinatorio; allí se arrodillaba con la pierna derecha, y la enferma la tenía al aire y sin apoyo ninguno. Y así se estaba tan inmoble, que el que no lo supiese, creería que estaba arrodillado con entrambas rodillas. Un día le dije: «Mi Reverendo Padre, ¿por qué está tanto tiempo de rodillas? con eso se cansa la pierna.» Y me respondió: «La pierna enferma no toca al banco: la tengo al aire.» Cuando iba á curarle, me pedía perdón de las molestias que me causaba, y lo decía tan de corazón, que yo salía de su cuarto cada día más edificado.

«Sin embargo, el médico viendo que la herida empeoraba, y enterado de lo que el santo Padre hacía, le prohibió terminantemente arrodillarse hasta nueva orden. Desde entonces, no le vi más de rodillas, ni después de misa ni en las visitas al Santísimo, y me obedecía como si fuese yo su superior [1].

«Un día, el señor médico, doctor Guillard, le preguntó: «¿Cómo le ha salido esta llaga en la pierna?» Y le respondió: «Di con ella contra un mueble, teniendo puesta una cadenilla de hierro, y las puntas penetraron un poco. Creyendo que la cosa no sería nada, al día siguiente volví á ponerme la cadenilla.» Estas son las mismas palabras del bienaventurado Padre.

IV

En el año último de su estancia en Mourvilles, el san-

(1) «La víspera de los santos apóstoles Pedro y Pablo, á eso del anochecer, me llamó y me dijo: «Querido hermano, yo no puedo lavarme los pies: ¿querría V. hacerme este favor?» Fuime en seguida muy contento á buscar agua caliente, y le lavé los pies, pero no sin que exclamara y le dijera: «¡Dios mío! ¡cuánto debe sufrir Vuestra Reverencia!» Tenía la planta de los pies llena de callos, gordos como garbanzos. El santo Padre me respondió: «No, querido hermano, no sufro mucho». Me ofrecí á cortárselos. «No, no, querido hermano, muchas gracias: no se tome tanta molestia; que no me hacen sufrir». Pero mientras le lavaba los pies, arranqué con las uñas tres callos, y los guardo como santas reliquias.»

to Instructor tuvo el consuelo de ver fundada en Montbeton, gracias al celo de tres de sus antiguos tercerones, y gracias también á la Señora Condesa de Villèle, la casa de retiros ó mejor de Ejercicios, que hacía treinta años ardientemente deseaba.

Este gozo del Padre se manifiesta en algunas cartas suyas.

«22 de Abril de 1890.—Ya está V. en el puesto que mejor le cuadra. Bendigo con V. al Señor por ello. ¡Qué misión tan magnífica la que el Señor le confía!

»No hay duda, que, persuadido V. de su importancia, hará cuanto esté de su parte para desempeñarla bien. Ese empleo es un nuevo y poderosísimo motivo para aplicarse con todas las fuerzas á su propia perfección.

»Después de esto, su mayor empeño y cuidado ha de ser, según yo creo, procurar que los ejercitantes hagan, no un retiro cualquiera, sino *realmente los ejercicios de San Ignacio*, en cuanto á la materia, en cuanto al modo, y en cuanto á hacer que *se ejerciten á sí mismos*. Este punto es capitalísimo, si queremos hacer verdaderos cristianos, y renovar así la sociedad por medio de los santos ejercicios.

»También es importante, que procure V. R. allegar fondos para consolidar la Obra de los ejercicios, hasta llegar á no exigir nada. Encomiéndelo á San José, y ruéguele que tome la Obra bajo su patrocinio.»

Diez años hacía ya, que, bajo la dirección del siervo de Dios florecían las virtudes apostólicas en la soledad de Mourvilles. Su presencia mirábanla en todo aquel contorno como una bendición del cielo: las tempestades perdonaban las cosechas y las mieses, desde que llegó él. Más tarde, los campesinos, víctimas del granizo, exclamarán: «¡Bien se conoce que ya no está aquí el santo!»

Llegó por fin la hora de partir. El 3 de Julio de 1890, el P. Instructor había escrito al M. R. P. General y le decía:

«¡Cuánto debe ser nuestro agradecimiento para con Dios, que tan providencial y bondadosamente nos ha guardado por tantos años en esta bendita soledad de Mourvilles! Hemos sido preservados de las vejaciones de los malvados y puestos al abrigo de todo peligro. Debemos también estar sumamente agradecidos á la noble Condesa de Villèle, que se ha dignado darnos asilo bajo su techo con tan insigne liberalidad. Pero ¿podremos ya sin riesgo de que nos tachen de indiscretos, aceptar por más tiempo este favor? ¡Plegue al Señor que todo se arregle conforme á su santísima voluntad y no haya motivo de ofensa para nadie!»

Únicamente la generosidad de Madama la Condesa podía darse por ofendida; pero, en su corazón, como en el del P. Ginhac, estaban reunidas todas las delicadezas; así es que resolvieron de común acuerdo que harían un ensayo en Castres, y si la necesidad lo exigía, se volverían á su bienaventurada soledad de Mourvilles.

EL P. PABLO GINHAC

de un dibujo del abate Sr. Journiac.

CAPÍTULO XIV

En Castres.—Ultimos años (1890 á 1895)

I. Ministerios apostólicos. – II. Correspondencia epistolar. – III. Poder de su intercesión.—IV. Una fiesta de familia: Bodas de oro de su entrada en la Compañía.– V. El Instructor santo y los resplandores de su virtud.

I

Después de la traslación del terceronado desde Castres á Paray-le-Monial, la residencia de Castres había experimentado más que otras los efectos de la persecución religiosa. El 30 de Junio de 1880, día en que los ejecutores de los decretos del Gobierno se preparaban á expulsar de la residencia á los Padres, su superior el P. Paulet sucumbía á los trabajos y fatigas de un penoso y brillante apostolado. ¿Se atreverían los ejecutores á poner en la calle á un moribundo? ¿Le privarían del consuelo de verse rodeado de la comunidad en el trance de la agonía? A ruegos é instancias de algunos amigos de casa difirieron un día más la expulsión: pudo, pues, el P. Paulet exhalar su postrer suspiro, en su aposento y rodeado de sus hermanos, mientras que los ejecutores esperaban impacientes á la puerta que sacasen el cuerpo del muerto, para expulsar ellos á los vivos.

Las exequias del siguiente día fueron un triunfo para la religión y una condenación espléndida de la política de persecución. Todavía se acuerdan en Castres de las interminables filas de católicos que acompañaron el féretro de aquel religioso proscrito.

Los Padres, dispersos al principio en varias casas amigas, reuniéronse después en corto número en la abandonada residencia, contigua á la iglesia cerrada por el Gobierno. Durante varios años, les sirvieron el cotidiano

alimento treinta familias caritativas, que se habían repartido los días del mes. Su afecto, lo mismo que el de las comunidades religiosas y el de tantos otros ocultos bienhechores, recibió muy pronto su recompensa. Cuando parecía estar ya resuelta la supresión de la pequeña residencia de Castres, el R. P. Provincial tuvo de repente la feliz ocurrencia de llevar allá el terceronado de Mourvilles.

A pesar de las simpatías de la población profundamente católica, la prudencia aconsejaba proceder con reserva. A la primera noticia de la venida de los Padres, un diario sectario dió el grito de alarma. Pero el grito no tuvo resonancia. Los Padres tercerones, que al principio eran muy pocos, procuraban no exhibirse, y, gracias á la protección del cielo, pudieron entregarse con toda seguridad á sus piadosos ejercicios. Lo mismo que en la época anterior, los sacerdotes de la villa y los de los alrededores se tenían por muy dichosos de poder recurrir á su celo: y el P. Instructor se los cedía generosamente para los catecismos, las primeras comuniones, y para todos aquellos ministerios que les ponían en contacto con los menesterosos, los obreros y los niños. «Estos ministerios humildes—decía—edifican á los sacerdotes y á los fieles; producen frutos sólidos con poco trabajo, y mantienen vivo en el terceronado, junto con la llama del celo, el amor á los pobres.»

El P. Leopoldo Castets, hoy día superior de Tananarive, entre otros muchos actos de virtud refiere el siguiente rasgo de delicadeza:

«Había yo dado un retiro á los muchachos del hospicio, y además solía echarles semanalmente una plática. El Padre Ginhac, sospechando la liberalidad de la superiora, me previno diciendo: «Si le ofrecieren algo, diga V. en mi nombre y en el suyo: Reverenda Madre, nosotros somos pobres como vuestros queridos niños, pero Dios nos libre de quitarles ni un solo bocado de pan!»

Luego que se pudo permitir á los fieles la entrada en la iglesia, cerrada hacía ya trece años, el Padre procuró es-

tablecer cuanto antes el catecismo de los domingos, y tuvo el consuelo de ver que acudía muchísima gente.

La acción del P. Ginhac fué en Castres, como lo había sido en Mourvilles, toda interior y oculta, sin brillo exterior ninguno. El público apenas si conocía su nombre: mas, cuando salía de casa para visitar algún enfermo, al verle todos se sentían llenos de veneración y decían: «¡Ahí va el santo!»

Antes de entrar en religión, una carmelita que es hoy Priora en el destierro, se encontró con el P. Ginhac á quien nunca había visto. «Imposible—dice—expresar la impresión que experimenté á la vista de aquel sacerdote tan grave y tan recogido, con la vista levantada al cielo, y con un rosario en la mano: me parecía un santo bajado del cielo. Cuando oigo hablar de él, siempre me lo figuro en el mismo sitio como una aparición celestial.»

Por Enero de 1891, el P. Ginhac fué llamado á la cabecera de una persona de muy acendrada piedad y muy devota de la residencia durante toda su vida. Mientras el Padre, con un celo que el agradecimiento hacía más ferviente, la estaba prodigando los últimos auxilios, se presentó un pariente de la enferma que no residía en Castres.

La vista del P. Ginhac le causó al principio una impresión desagradable: «Me sorprendía—escribe esta persona—oírle hablar de aquella manera delante de su familia, que tantas cosas podía tener que decir á la moribunda. Pero esta mala impresión se disipó bien pronto con esta reflexión: nuestro cariño y nuestra solicitud hubiesen podido distraerla, mientras que él hace que piense únicamente en el sacrificio de la vida, y la dispone para comparecer ante Dios. Al marcharse el Padre, salí yo detrás de él, y le dije: «Reverendo Padre, es V. un valiente compañero para el último viaje: cuando me llegue el turno, de buena gana le tendría á mi lado.»

Dignas son también de que se escriban las palabras que dijo á una ferviente cristiana: «Había venido á visitarme

—escribe ella—en compañía del Padre Issoulier [1]. Como la Compañía estaba amenazada, hablé no sin emoción de las violentas medidas que acaso tomarían. «¿No veremos —les dije—otra *Común*?» El P. Ginhac escuchaba silencioso, y luego volviéndose gravemente al P. Issoulier, le dijo: «Con la gracia de Dios seremos dichosos si damos por él la vida, ¿no es así, Padre mío?» El P. Issoulier hizo con la cabeza un signo afirmativo, y entrambos se mostraron muy serenos ante la perspectiva del martirio. Quedé muy edificada, más de lo que pudiera decir; creía tener delante dos héroes de los primeros siglos del cristianismo que iban gozosos al martirio.»

Los deberes de su cargo, y la poca seguridad que daba un Gobierno hostil á la religión, no permitieron al Padre Ginhac ocuparse en obras y ministerios con los de fuera: bien que Dios nuestro Señor le había escogido para vivir lejos del mundo, en contacto con las almas que profesan la perfección. Su apostolado no fué de esos que entusiasman y arrastran las muchedumbres, como el de San Francisco de Regis; sino más bien como el del Beato Pedro Fabro, ejercitado con religiosos, sacerdotes y cristianos fervientes. Cuarenta años se consagró el Padre á estas almas escogidas, especialmente á los hijos de la Compañía, á quienes no cesó de infundir el espíritu de San Ignacio.

En 1893, un Padre de la residencia, animado por el siervo de Dios, propuso á Monseñor el Arzobispo de Albi un proyecto de retiros sacerdotales que habían de darse en la misma residencia de la Compañía en Castres. Bendijo el proyecto Monseñor Fonteneau. El P. Superior reunió en seguida á los Padres de la residencia para sa-

(1) El P. Pedro Issoulier era tenido en Castres en gran veneración. Murió un día antes que el P. Ginhac, cuyo confesor era; todos sentimos mucho que no le sobreviviese. Interpretando ingénuamente este sentimiento, el Hermano enfermero, cuando ya se le había anunciado al P. Ginhac la muerte de su confesor, le dijo: «Y ¿qué haremos ahora? V.ª R.ª me ordenó quemar la mayor parte de sus apuntes; el P. Issoulier acaba de expirar; ¿cómo nos arreglaremos para saber algo?» El P. Ginhac dió por toda respuesta una sonrisa.

ber su parecer. Todos fueron de parecer que la obra no resultaría. Unicamente el P. Superior se declaró por ella, y resolvió que se comenzase. El Señor Arzobispo de Albi, que decía del P. Ginhac: «le venero como á un santo, atrae las bendiciones del cielo sobre mi diócesis,» no omitió nada para asegurar el buen éxito de la obra. Por Septiembre se dieron ya dos retiros en la residencia con muchísimo fruto.

Antes de morir, había el P. Ginhac de volver á ver las montañas de la Lozère y la ciudad de Mende, testigo de las luchas de su juventud. El Sr. Ligonès, venerable Superior del Seminario, era uno de sus admiradores, ó por mejor decir, de sus más aprovechados discípulos. Oigámosle:

«La primera vez que tuve ocasión de dirigirme á este verdadero santo, fué en 1877. Estaba yo entonces bajo el peso de un gravísimo infortunio, y complicábase mi dolor con una penosa incertidumbre acerca de la resolución que había de tomar para cumplir la voluntad de Dios. El Padre Ginhac me dió fuerza y luz á la vez, como saben hacerlo los santos.

»En esta ocasión pude comprobar en el Padre el don de ponerse con gran caridad al servicio de todos, de modo que satisficiese plenamente á cada uno en breve tiempo, sin prisas y sin perder ni un momento su recogimiento y paz interior.

»He tenido la dicha de conocer, en varios sitios, algunas personas cuya santidad impresionaba á todos; pero casi siempre había que poner alguna que otra restricción á las alabanzas que de ellos se hacían. No así con el P. Ginhac. Nunca he oído acerca de él la menor palabra de censura: lo que sí puedo afirmar es, que todos cuantos le conocen, observan en él de un año para otro nuevos y continuos aumentos de virtud y perfección.

»El R. P. Ginhac es, según yo pienso, uno de esos hombres singulares, que Dios envía, para mostrarnos claramente cuánto desea ver reproducida su imagen sobre la tie-

rra, y tengo por una de las mayores bendiciones de toda mi vida la dicha de haberle conocido.»

Por estas líneas se puede juzgar de los deseos que tendrían en Mende de oír al rebelde é indócil seminarista convertido en maestro y modelo de santidad. En 1891, entre los aspirantes al sacerdocio se encontraba un hijo del Mazel, el abate Pablo Ginhac. La ocasión para convidarle era hermosa. El Sr. Ligonès invitó al siervo de Dios á dar los ejercicios á los ordenandos. Pero, volver al país natal, hurtar unos cuantos días á los Padres tercerones encomendados á su cuidado..., imposible para el P. Ginhac. Contestó con una negativa. Hubo, pues, que acudir al R. P. Provincial; y el Instructor tuvo que obedecer, bien que manifestando antes su sentimiento. Según él pensaba, aquello era dar mal ejemplo á los de casa, para después no edificar tampoco á los de su tierra. Pero unos y otros quedaron grandemente edificados.

Quien sobre todo recibió grandísima consolación fué el abate Pablo Ginhac, objeto, como dejamos dicho, de muy tierna solicitud por parte del siervo de Dios. Le vió orar á su lado, al recibir la unción sacerdotal y al subir por primera vez al sagrado altar. Todos los parientes venidos del Mazel y de otros puntos tomaron parte en las alegrías de aquella conmovedora fiesta. El Padre los vió á todos en la sala de visitas del Seminario: «Hablóles únicamente de Dios, refiere un testigo; y después, les recomendó que siempre diesen buena acogida á los pobres. Todos lloraban.»

Dos años más tarde, por Agosto de 1893, Marvejols obtuvo como Mende la gracia de que el santo religioso les diera unos ejercicios. «Hacía ya casi 24 años—escribe la superiora de la Visitación,—que se lo pedíamos al cielo... Todas guardamos en nuestro corazón sus preciosas enseñanzas, con sentimientos de fiel agradecimiento.

»El Venerable Padre se ha sacrificado por el bien de nuestras almas durante diez días, sin darse un momento de reposo. Nunca ha dado muestras de sentirse contraria-

do, nunca ha dejado de responder á nuestras preguntas, y de prestarse á cuanto deseábamos de él. Nos habían hablado mucho de su austeridad y espíritu de mortificación; pero, lo que más nos ha admirado ha sido su exquisita caridad y su inalterable mansedumbre.

«Como el siervo de Dios hablaba muy bajo en el locutorio, había necesidad de mirarle para entenderle mejor. ¡Qué dulzura en su rostro! ¡Qué limpidez en su mirada! ¡Qué acento tan paternal en sus palabras!

»A pesar de nuestras instancias, no consintió que avisáramos á los del Mazel su estancia en Marvejols. Se avisó, sin embargo, á su sobrino el abate Pablo, el cual se presentó en seguida. También se pasó aviso á Augusto Ginhac del Mazel, el cual vino con su esposa. Esto no nos quitó ni un minuto de nuestros ejercicios, y los visitantes recibieron muy pronto orden de partir. Si tuvieron el consuelo de pasar algunas horas en el Monasterio, y de comer con su santo pariente, lo debieron á la energía y resolución de la Madre Superiora. Le impuso con todo respeto su voluntad, y le manifestó que sus parientes comerían con él; el santo varón cambió en seguida de parecer, y dió á sus sobrinos pruebas del mayor afecto, dejándoles completamente satisfechos del recibimiento que les había dispensado.

»También recogimos con la mayor fidelidad que nos fué posible, sus últimos avisos al despedirse; helos aquí:

»Hermanas mías, lo que hemos de pedir incesantemente al divino Rey, es la alegría. Tenemos grandísima necesidad de ella para adelantar, para adelantar siempre. Es indudable que habrá dificultades, y que no caminaremos siempre por camino llano; pero no hay cosa que pueda ni deba entristecer á una religiosa de la Visitación; ni las enfermedades, ni el mal éxito de las cosas, ni las humillaciones, ni las tentaciones.

»¿Y el medio de perseverar? Hay uno, y ése es indispensable; para no decaer, es necesario querer progresar siempre, es necesario querer ser siempre mejor; sin esto, la vo-

luntad desfallece, y va uno insensiblemente entibiándose.

»Pero de cualquier manera que suceda, os recomiendo que nunca os desalentéis. ¿Que cometemos faltas? También las cometieron los mayores santos; pero es preciso que les imitemos en el arrepentimiento, y que, como ellos, trabajemos para remontarnos á un grado más alto que aquel de donde caímos...

«Sobre todo os recomiendo la caridad fraterna, la unión de todos los corazones. Ayer os decía que fijaseis vuestra morada en el Corazón de Jesús; ahora os lo vuelvo á repetir; allí está, de un modo muy especial, la morada y el descanso de una religiosa de la Visitación; y allí os dejo yo. Os doy mi bendición, Hermanas mías.»

«Al oír los prostreros acentos de su palabra, llena de santa emoción, todas llorábamos. En cuanto á él, había mostrado grandísimo contento de haber encontrado allí una de las enfermeras que asistieron á Sor María Filomena en su última enfermedad, y oyó con vivo interés los pormenores de su preciosa muerte. Y cuando el P. Ginhac hubo partido para un mundo mejor, contamos más que antes con su particular protección.»

Por Agosto de 1894, el P. Ginhac, cediendo á los deseos de su íntimo amigo el R. P. Francisco María Clausade, dió los ejercicios á los Padres Franciscanos de Nuestra Señora de la Drèche.

«Todos—escribe el R. P. Domingo, sucesor del Reverendo P. Francisco María,—gustosísimos y sin la menor duda, testificaríamos que le tenemos por un varón de Dios, rico en luces sobrenaturales, señor de sí mismo, admirable por su humildad, y de una mortificación nada común. Tenemos razones para creer, que, la semana que pasó en la Drèche, tomó el descanso de la noche, ó sobre el pavimento ó en un sillón. Era espectáculo encantador verle arrodillado y todo absorto delante del Santísimo; y cuando se le consultaba, aquel recogerse un instante y buscar respuesta levantando los ojos al cielo, producía en el alma de

su interlocutor la misma impresión de paz y confianza, que si Dios mismo hablara por su boca. Los ejercicios que dió á la Comunidad fueron una gracia especialísima. Sólo su recuerdo hace bien á nuestras almas; así es que hemos colocado su retrato mortuorio en el tránsito ó galería donde tenemos colocadas las imágenes de los santos franciscanos, para que continúe predicándonos.»

II

Si los ministerios exteriores del P. Ginhac eran cada vez menos, en cambio su correspondencia epistolar iba creciendo con los años. Encierra tesoros de prudencia y de piedad, como habrá podido verse por los fragmentos que hemos citado. En ella está retratado el hombre de Dios.

Lo que desde luego llama la atención es su reserva. Antes de tomar la dirección de una alma, lo piensa seriamente y recurre á la oración. Una vez conocida la voluntad de Dios, ya no duda más, y si á veces habla con la ternura de padre, también da sus consejos con autoridad de maestro que quiere ser escuchado.

Las personas á quienes dirigía por cartas de una manera constante, aspiraban á la perfección y ejercían á su alrededor saludable influencia; así es que no le pesaba al Padre el tiempo que empleaba en ello. «Las almas fervorosas bien dirigidas—decía él,—dan más gloria á Dios, y hacen más bien al prójimo, que muchas almas tibias.»

«Rogué al P. Ginhac—escribe la Madre Priora de un convento del Carmen,—que se encargase de la dirección de mi alma. Muy lejos estuvo el Padre de tomarme, como suele decirse, la delantera; al contrario, la primera vez que le escribí, pidiéndole sencillamente ayuda y socorro, me contestó, sí, bondadosamente, pero como quien se mantiene detrás y en espera. Volví á insistir, suplicándole me hiciese el favor de dirigirme; accedió entonces á ello, y me dió siempre pruebas de su mucha bondad, sin adelantár-

seme nunca, pero también sin dejar de responder á mis preguntas. Hacía, sin embargo, como si no se hubiese fijado en algunas de las cosas que le escribía; pero nunca dejaba pasar lo que podía persuadir al alma su propia nada ó moverla á mayor abnegación, y siempre animaba mucho, especialmente cuando el alma era movida á tristeza...»

Otra carmelita refiere que había sacado mucho fruto de los ejercicios dados por el P. Ginhac, bien que no le manifestó su alma. Muchos años después, sintiéndose impotente para corregirse de dos defectos, se atrevió á dirigirse á él. En la respuesta que el Padre la dió, indicaba tan claramente de dónde provenían aquellos defectos, como si siempre la hubiera conocido. Accedió á continuar aconsejándola, con tal que fuera con permiso de la santa obediencia. Y más tarde la dijo: «He comprendido que Dios la había dirigido á mí.»

«No la abandonaré—la escribía otra vez—mientras el *divino Maestro me lo permita y me dé su gracia para V.* Crea V. que tomo parte en sus sufrimientos, y que deseo vivamente remediarlos. Escribirme siempre que sienta necesidad, algo es; pero eso no basta; es preciso que reciba mis respuestas como venidas inmediatamente del Corazón de Nuestro Señor, y que sin dilación ajuste á ellas su conducta.

»Así es que no puedo resignarme, á que, con toda deliberación, resuelva V. bajar el nivel de su vida espiritual, y que se limite á algo más moderado ó mediano.»

Síguense otras recomendaciones decisivas y prácticas, y luego termina con esta paternal conclusión:

«Sobre todo, mi querida hija, confianza en la infinita bondad de Nuestro Señor. Está ciertamente con V., y la ayuda mucho; y la ayudará todavía más poderosamente, si pone en Él mayor confianza.»

Discreto y reservado antes de entablar relaciones epistolares, una vez entabladas para obedecer á Dios y dirigir las almas, su fidelidad era tanta, que nada le sorprendía

ni le cansaba. Tenía por deber de caridad, responder lo más pronto posible, responder á todas las cartas que le escribiesen, y responder, á pesar de las numerosas interrupciones de que nos habla en algunas de ellas. Estando ya en el lecho de muerte, escribió con mano temblorosa algunas cartas, conservadas hoy como reliquias, á todos los que le escribieron pidiéndole consejo ó manifestándole su sentimiento.

Con igual reverencia han conservado los demás corresponsales del P. Ginhac la mayor parte de las cartas que recibían, ¡y eso que muchas veces les recomendaba, y aun se lo exigía incondicionalmente, que, una vez leídas, las quemasen!

El tono y lenguaje de sus cartas, es siempre digno, y según las circunstancias y personas, unas veces es grave, otras suave y paternal. A veces deja entrever la ternura de un corazón que siente y aprecia el dolor en todos sus matices. A una persona devota, á quien solía consolar en sus grandes aflicciones, la escribía: «Jesús. Mi querida hija en Nuestro Señor: Demasiado vi al marcharme que estabais triste, y resolví escribiros á la mañana siguiente.

»Nuestro Señor os hace el don de su cruz, de su Corazón y de su amor. ¡Ah! sumergíos en ese océano y dejad obrar al divino Maestro; todo se convertirá en bien... Mil bendiciones.»

Cuando se encontraba con almas de temple, no temía hablarlas con energía. A una señora muy dada á toda clase de obras, escribía: «Seguramente que habrá que renovar los santos votos el día de la Concepción Inmaculada de nuestra divina Madre... Pero también tengo que reprenderla por haberse mostrado poco fiel á sus promesas. ¡Cuántas preocupaciones inútiles! ¡Cuántas palabras vanas! ¡Cuántas reflexiones fuera de propósito y cuando hubiera sido mejor guardar silencio! Y con esto, ¡cuánto tiempo perdido, y por consiguiente, cuántas dificultades para orar y cuántas distracciones en el santo ejercicio de la ora-

ción! Aquí tiene bastante materia en que humillarse. Pida perdón á Nuestro Señor, por medio de la Santísima Virgen, de no haber aprovechado tan buenas ocasiones de vencerse.»

«Me acuerdo—escribe la superiora de una comunidad religiosa—de una carta en que me reprendía dura y enérgicamente mis defectos. Como tardase algo en contestarme, y hubiesen sobrevenido muchas dificultades, tuve que escribirle de nuevo. Al recibir la segunda carta, interrumpió la ya comenzada, y tomó un tono tan paternal y bondadoso, que me conmovió. Y esto no obstante, no me exigía menos generosidad y sacrificios; hasta morir, si necesario fuese. ¡Qué padre y qué santo!»

Con sus hermanos en religión, el P. Ginhac tenía una confianza más íntima y afectuosa. «Acabada la tercera probación—dice uno de sus tercerones,—acompañaba á sus hijos por todas las regiones del mundo, con sus oraciones y á veces con sus cartas. Estas eran como un eco de las instrucciones del terceronado, que les mantenían en el fervor, en la confianza y en el amor.»

La abnegación, el amor de la cruz, la confianza en Dios y la generosidad en la lucha, eran el tema predilecto de las cartas y de las exhortaciones del santo director. Sabía fomentar todos los pensamientos grandes. Así, á una religiosa que fué mucho tiempo Superiora en la Visitación de Tolosa la escribía:

«Esa interior moción, que os lleva á rogar á Dios Nuestro Señor por las necesidades de la Iglesia y de Francia, y á ofreceros á la divina Majestad como víctima de reparación, es buena: seguidla.

»El espíritu de la Revolución ha rebajado los caracteres. Ya no hay hombres, porque no hay verdaderos cristianos. En vuestras oraciones, pedid incesantemente santos. Los santos son los únicos instrumentos de Dios para la salvación de los pueblos.

»El viajero á quien sorprende la noche, no se descon-

cierta y aterra por ver que desaparece la luz; sabe que ha de volver, y además, que el camino continúa abierto ante sus ojos; y sigue caminando.»

En las cartas del P. Ginhac no hay nada inútil: va derecho á su fin; responde con claridad y precisión á todas las dificultades; cuando alienta y consuela á almas desanimadas ó afligidas, es más efusivo.

«El estilo del P. Ginhac—dice un Padre,—lo mismo que su modo de hablar, es completamente desembarazado y libre, no sólo de toda gala y ornato, sino de cuanto pudiera impedir ó retardar al alma la inteligencia de la verdad pura y desnuda. Si se comparasen las cartas del P. Ginhac con las de San Ignacio, tal vez se viera en ellas, el empeño de un hijo que pretende imitar á su Padre en la perfección de su modo de hablar y escribir. Y es así, que una de las cosas que más resaltan en la virtud del P. Ginhac, es el amor ardiente á San Ignacio y la reverencia á todas sus obras.»

La misma observación hace en una carta la Madre Priora de Tours: «El P. Ginhac habla muy poco de sí mismo, y sus cartas se reducen á pocas palabras; sin duda por falta de tiempo. Pero en punto á delicadeza, nada olvida; las cualidades del corazón son en él virtudes exquisitas, que exhalan el perfume de la más pura caridad. No conozco estilo que más recuerde el de San Ignacio; razón, prudencia, piedad, cordialidad, brevedad; nada inútil, y Dios Nuestro Señor sobre todo.»

Esta noble sencillez la quería en los demás, y no temía el recomendarla cuando lo juzgaba necesario. «Ya que V. se llama mi hija espiritual, y desea que yo sea padre de su alma, quiero darle una prueba del singular interés que tengo por sus progresos en la virtud, haciéndole la siguiente observación, que tendrá á bien aceptar según Dios. Y es, que en el estilo de las cartas le falta un poco de sencillez. Parece que busca V. la elegancia, y que pretende reputación de escritora. Las palabras son rebuscadas, y el giro de las frases contorneado.

»Querida hija, seamos sencillos como Nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio. Esta sencillez nos ayudará para adquirir la humildad y para llegar á orar con más facilidad.

»Reciba bien esta muestra de afecto paternal. Con esto verá V. que cuento con su buen espíritu y sus buenos deseos.»

También llaman la atención en sus cartas, la sencillez y elevación de doctrina; el don de pacificar las almas y de santificarlas según su estado; el arte de hacerlas adelantar gradualmente hasta las cumbres más elevadas; una condescendencia y cortesía admirables; una delicadeza y urbanidad exquisitas; una deferencia llena de dignidad para todos; y más que nada, una piedad, un celo de las almas y una caridad que descubren al apóstol y al santo.

En sus relaciones con los hombres, el P. Ginhac se guiaba, no por miras humanas, sino por la luz de la fe; antes de hablar y escribir lo consultaba con Dios, y trataba de expresar aquella voz que interiormente había oído; de ahí la eficacia maravillosa de sus palabras y de sus cartas.

Sacrificábase enteramente por el bien de las almas que Dios le confiaba, poniendo admirablemente en práctica el consejo que daba á los Padres tercerones: *Hacerse todo á todos.* «Esta es—decía—la regla de la verdadera caridad, que seguía el Apóstol y que nos dejó á nosotros. Este es el secreto para triunfar de todas las resistencias. Si el misionero se entrega enteramente á una parroquia, á todos y á cada uno, no negándose á nadie, se hará dueño de los corazones. Un alma se entrega á quien se da á ella. *El precio que cuesta somos nosotros mismos,* con la gracia de Nuestro Señor. Si nosotros cumplimos esta condición, ¡qué fructuoso será nuestro apostolado, cuánto adelantaremos en el espíritu, cuánta gloria daremos á Dios!»

III

«Dios—dice el Salmista—cumple los deseos de los que

le temen.» También los fieles estaban plenamente convencidos de que Dios nada negaba á su humilde siervo, como puede verse por los hechos siguientes:

A 16 de Octubre de 1903, nos escribía desde Tartas, en Landas, un seminarista: «Mi familia está sumamente agradecida al P. Ginhac. Mi madre había dado á luz ya cuatro hijos, tan pronto muertos como nacidos. No sin razón temían para mí la triste suerte de mis hermanos, cuando mi tío, el P. Bareyt, se dirigió al siervo de Dios; á sus fervientes oraciones atribuyen mi feliz nacimiento.»

»En 1892—escribe un Padre de la residencia de Castres,—predicaba yo la Cuaresma en Montpellier, en la parroquia de Santa Eulalia. Al comenzar los sermones estaba ya muy débil; pero la *influenza* vino á acabar de desarreglarme. El doctor Grasset, á quien consulté, me indicó que suspendiera los sermones, añadiendo que cada vez que subía al púlpito, obligaba á Dios Nuestro Señor á hacer un milagro. Continué sin embargo, hasta el fin; pero apenas pasaron las Pascuas, tuve que dirigirme á Lamaloules-Bains. Hasta el mes de Julio estuve esperando, aunque inútilmente, alguna mejoría.

»El doctor Grasset me prescribió entonces un tratamiento hidroterápico bastante especial, que debía seguir no lejos de Aviñón. Al P. Ginhac, mi superior, no pareció agradarle semejante prescripción. Una mañana, entró en mi cuarto con el bonete en la mano: «Padre mío—me dijo, —¿no cree V. que sería mejor pedir al Señor su curación? ¿Ha hecho alguna novena?» A mi respuesta negativa replicó el Padre: «Pues bien, Padre mío, convendría hacerla». Mi contestación le hizo sonreír; fuése él, y yo no empecé la novena.

»Unos días después, nueva visita y nuevas instancias; y determinó las oraciones y mortificaciones de la novena, que había de ser á San Ignacio.

»Iba ya á marcharse, cuando deteniéndole yo: «Pero, Padre, si continúo usando el tratamiento, ¿cómo sabremos

si la curación debe atribuirse al Santo ó á la eficacia de las medicinas?» Y cayendo de rodillas delante de él: «Padre, ¿quisiera V. R. mandarme dejar á un lado todo eso (y le mostraba las diferentes medicinas), y seguir en todo la vida común? Pero entendiendo que V. R. cargará con la responsabilidad de todo».

»Quedó el Padre sorprendido y no decía nada. Levantando yo entonces la cabeza, vi que estaba recogido, las manos juntas y los ojos en el cielo, y después de un minuto de silencio, dijo: «Pues bien, ¡sí!» y me bendijo. Al pronunciar la palabra *descendat* de la fórmula, apoyó fuertemente la mano sobre mi cabeza, como si quisiera hacer que penetrara en ella la bendición, y se fué.

»Unos minutos después, el H. enfermero se llevaba de mi aposento todas las medicinas.

»Durante el recreo del mediodía, tuve fuerzas para tenerme en pie y aun para pasear durante todo él; cosa que no había podido hacer después de muchos meses. Desde aquel día comencé á seguir la vida común, y me dediqué á todos los ministerios: estaba curado.

»Habíamos convenido en que el venerado Padre hiciera la novena conmigo. ¿La comenzó él? No lo sé. A mí, ni recuerdo me queda de haberla hecho, y siempre atribuí mi inesperada curación a sus oraciones.»

Mas eficaces que en el orden físico, fueron sus oraciones en el orden espiritual. Solamente en el cielo veremos las gracias que sus discípulos le deben. Refiramos algunas que han llegado á saberse.

Una religiosa de María Reparadora escribe: «Mi padre tenía tanta veneración al P. Ginhac, que llevaba siempre consigo una carta suya, como preciosa reliquia.

»Poco tiempo después de su muerte, recibí en Tolosa la visita de mi hermano, recién doctorado en derecho, que venía á arreglar conmigo el negocio de la herencia. El Padre Ginhac se hallaba entonces precisamente en la residencia, y me ocurrió la idea de hacer que le visitara mi hermano,

para quien yo deseaba la vocación religiosa. En este sentido hablé al Padre, diciéndole ingenuamente: «Si mi hermano no tiene vocación, es preciso que se la alcance V. R. con sus oraciones, y que no le deje partir antes de conseguírsela.» El Padre no pudo menos de sonreírse de mi simplicidad, y reflexionó un momento; después de mucha pausa, me dijo que rogase mucho y que Nuestro Señor me oiría. Al tiempo de marcharse, volvió á decirme radiante de alegría: «Rogad mucho, y vamos á ganarle para Dios. ¡Sí! vamos á ganarle enteramente.»

»Lo más difícil de conseguir era que mi hermano se sometiese á hacer una visita al siervo de Dios, y me temí mucho haber dado un paso inútil. En efecto, á pesar de las instancias que le hice, no quiso prometerme nada en este punto, y se marchó dejándome en la incertidumbre. Pero el santo P. Ginhac encomendaba por su parte á Dios este piadoso asunto, y sus oraciones obtuvieron el ansiado éxito.»

Dejemos ahora hablar al mismo joven.

«Mi intención—dice—era volver lo más pronto posible á París, con el fin de encontrar un buen empleo. Pero en Tolosa, mi hermana me hizo tales instancias para que no me marchara de la ciudad sin haber antes hecho una visita al P. Ginhac, que al fin me decidí á hacérsela por mera cortesía. Después de algunas palabras muy caritativas y sumamente corteses, el buen Padre me preguntó á qué pensaba dedicarme. «Voy á París—le respondí—para buscar un empleo, probablemente en alguna Compañía de seguros.»—«Pero ¿está V. seguro de que Dios no le llama para otra cosa? No resuelva nada sin haber hecho antes unos ejercicios.» Aunque sin intención de cumplirla, le dí palabra de hacer ejercicios. En seguida me condujo el Padre á la capilla, donde estuvimos unos segundos, y luego me acompañó hasta la puerta de la residencia. Pues bien, apenas acababa de separarme de él, me sentí completamente cambiado, y en el mismo momento, sin dudar lo más mí-

nimo, tomé la resolución, no sólo de hacer ejercicios, sino de entrar en la Compañía de Jesús. Desde este día, mi resolución fue inquebrantable. En los seis meses que se siguieron antes de ingresar en el noviciado, me parecía que no habría fuerza capaz de podérmelo estorbar.

»Me es absolutamente imposible no reconocer en aquel cambio obrado en mí, en tales circunstancias, un efecto de las oraciones del santo P. Ginhac. Lo considero como un verdadero milagro, porque yo estaba entonces bien lejos de pensar en vocación religiosa.»

La hermana de este convertido refiere algunos otros hechos; helos aquí:

«Una señora, amiga mía, que se había dirigido mucho tiempo con el P. Ginhac, declaró que á él debe el haber recobrado la calma y la paz, que ningún confesor había podido devolverla hasta entonces, de una manera durable.

»Otra persona había pasado algunos años muy alejada de Dios; y después de su conversión, andaba tan inquieta sobre su salvación, que ni dormir podía, creyéndose indigna de perdón y dudando de la validez de sus confesiones. Siguiendo el consejo que la dieron, se fué al P. Ginhac. El Padre la escuchó con mucha paciencia, y la dió cuantas seguridades pudo; y luego, con grande aseveración la dijo: «Entiéndalo bien, no hay que pensar más en eso, nunca jamas. Yo cargo con la responsabilidad de todo, y V. irá al cielo con otras muchas almas que llevará consigo.» Desde entonces, esta persona goza de grande paz, y cuando por casualidad se levanta en su alma alguna nube que la inquieta, se asegura diciéndose en seguida: «Tengo la promesa de un santo.»

»Otra persona de mi familia llevaba una vida bien poco edificante; deseando vivamente su conversión, le hablé de ello al P. Ginhac, pidiéndole el socorro de sus oraciones. Me dijo que la encomendase de veras á Dios, y me prometió que seguramente se convertiría. Poco tiempo antes de su muerte, con gran admiración mía, el venerado Padre

me escribió por sí mismo una carta en que me invitaba á rogar por esta persona. Y al mismo tiempo supe por otro conducto que entonces había más necesidad que nunca. Yo no dudaba de la promesa que me había hecho, y la conversión se verificó cuando parecía no haber ninguna esperanza.

«Contaré por fin un hecho que yo misma oí á una señora dignísima de fe. Viajando el P. Ginhac en una diligencia, produjo tal impresión su santidad, que una persona que nunca le había conocido, le habló recomendándole una persona de su familia en peligro de muerte, y le pidió algún objeto que aplicar al enfermo. El Padre le prometió que rogaría por él, y sacando del bolsillo una cruz pequeña, se la dió diciendo: «Désela á besar al enfermo, que le hará bien.» Así parece que sucedió, pues se puso bueno.»

No viene mal en este lugar lo que me refirió no pocas veces el P. E. Frézals, en los últimos años de su vida. Estando él en Castres, vino una persona, y le dijo que se había entregado al demonio con un billete escrito y firmado de su mano. Y añadió que Satanás se había apoderado del billete. Llena de desolación y atormentada por los remordimientos, pedía consejo. El Padre se lo pidió á su vez al P. Ginhac, que le respondió: «Con oraciones y penitencias, hay que obligar á Satanás á devolver el billete.» Desde este momento, el santo Instructor debió sin duda de orar mucho y macerarse cruelmente, pues pocos días después, según contaba el P. Frézals, «mientras yo le ayudaba la misa, el billete apareció sobre el altar [1]».

(1) Respecto de los favores que relatamos aquí, hacemos, como se deja entender, las convenientes reservas en semejante materia. Ciertas personas, amigas de lo maravilloso, extrañarán tal vez no encontrar mas prodigios en la vida de hombre tan santo. No será mútil recordar que, la santidad no la constituyen las gracias que se llaman gratuitas. Por eso observa Benedicto XIV que no se las debe tener en cuenta en las causas de Beatificación y Canonización; porque, dice Benedicto XIV, el juicio que se da del siervo de Dios, se refiere á su santidad, á la inocencia de sus costumbres, á las virtudes heróicas, que no tienen nada que ver con los dones y gracias extraordinarias: «Gratiae gratis datae nulla habenda est ratio in causis servorum

«Una de nuestras hermanas—dice una relación ya citada—se hallaba bajo la influencia de una terrible tentación. No hallando en nuestra Congregación cierta cosa que ella esperaba encontrar, quería salirse. Era esto antes de sus votos, y en el mes de San José, á quien no cesaba de invocar. La tarde misma del día 31 de Marzo, se encontró con el P. Ginhac por primera vez, y le abrió su alma revuelta y trastornada por la tentación. Escuchóla el Padre, y recogiéndose un momento (sin duda para pedir luz á Dios), con un acento que no se le ha olvidado: «Quédese aquí—la dijo;—yo la prometo en nombre de San José que lo tendrá» (lo que deseaba). Nadie podía sospechar, humanamente hablando, que semejante cosa se había de ver algún día en nuestra Congregación; pues ha sido introducida por circunstancias tan admirables como providenciales. Más tarde quiso esta Madre aludir á ello en una conversación, pero el siervo de Dios cambió en seguida de materia, con uno de estos movimientos de cabeza que tan familiares le eran cuando quería decir: Basta.»

Otra religiosa de María Reparadora nos escribe desde Roma: «Habiendo tenido la dicha de dirigirme al P. Ginhac, le di á conocer una disposición de mi alma; y él me respondió con su habitual sencillez: «¡Sí, hija mía, está bien! Pero para V. será todo lo contrario.» Confieso no haber comprendido entonces lo que me quería decir, pero puedo afirmar que el Padre me predijo lo que más tarde se ha verificado. Las palabras breves y precisas que á este propósito me dijo, se me han quedado grabadas en el alma; y en ellas encuentro siempre una regla segura de conducta.»

Un dignísimo sacerdote de Castres testifica que el Padre Ginhac le dijo un día, que él vería cerrar inicuamente

---

Dei, de quorum agitur beatificatione et canonizatione: iudicium quippe canonizationis et beatificationis est iudicium sanctitatis, innocentiae morum et virtutum heroicarum: cum quibus gratia gratis data nihil habet commune». *(De Beatif.* l. III, 642, n.° 6.)

la iglesia y la residencia de la Alameda Corbière. Y añade, que si puede, á pesar de sus muchas enfermedades, subir diariamente al altar, se lo debe á su santo director, á quien hace dos años invoca cada día para que le obtenga esta gracia.

Esta era la confianza que inspiraba á todos el siervo de Dios; confianza fundada, no en favores extraordinarios, sino en su eminente virtud. Su camino, como ya lo hemos dicho, no fué el de los consuelos y prodigios, sino el camino del calvario y de la cruz.

IV

En 1893, el P. Ginhac cumplía cincuenta años de vida religiosa. Desde el día en que el Santo Cristo de Mende le trocó el corazón, le hemos visto ir subiendo por sus grados el camino de la perfección. ¡Cuántos méritos acumulados durante tantos años de continuo fervor y de mortificación heróica! No ignoraban en Castres que el 3 de Enero era este feliz aniversario. Desearon, pues, celebrarlo; y el Padre Ministro se encargó de manifestar al mismo Padre tan legítimos deseos. En carta al P. Provincial decía: «He pedido permiso al P. Superior, para hacer aquí, con ocasión de su *jubileo*, lo que suele hacerse en otras partes. Y me ha respondido: «¿Se han pasado ya 50 años?...» Y después de pensarlo un momento: «Primera clase, pero nada de cantos, nada... absolutamente nada!» Insistí varias veces, aunque suavemente, y la respuesta fué siempre la misma. Todos deseamos darle el mayor gusto posible. La fiesta sin cantos, tan enérgicamente prohibidos, será para él más hermosa y más agradable, y según eso, sería preferible renunciar á ellos; pero para nosotros, la fiesta será mucho menos interesante.»

Celebróse el 4 de Enero, jueves. De Tolosa vinieron el R. P. Provincial y los antiguos Superiores y amigos del Padre Instructor. El siguiente soneto dará una idea de las «poe-

sías» y «cantos prohibidos», que el P. Ginhac hubo de soportar:

«Un día, quiso San Ignacio (y creo yo que no celebraba entonces ningún cincuentenario), que se le hiciera una felicitación, pero una felicitación acabada, donde entrasen por docenas talentos y virtudes, y que además rebosase sentimiento.

»La hizo Edmundo Auger, y se la leyó á nuestro Padre. «Muy bien, hijo mío—díjole el Santo sonriendo;—pero, ¿hay que creer todo eso?» «¡Ah!—replicó Edmundo,—¡eso queda á su cuenta!»

»Hoy se han cambiado un poco los papeles: tú, Padre mío, que yo sepa, no nos has obligado á cantar; sólo nos obliga el amor.

»¡Deja que lo hagamos! ¡Es tan dulce para tus hijos ese deber! Y si nuestros elogios te causaren pesadumbre, ¡ea! no los creas; nosotros los creeremos por ti [1].»

El Padre Instructor tenía durante la academia una sonrisa compasiva que parecía decirnos: Pobres Padres, no saben lo que dicen!

Al fin y como muestra de agradecimiento, nos habló de la dicha que es ser de la Compañía, y dijo en dos palabras, como él sabía hacerlo, cuán indigno era de pertenecer á ella, exhortándonos por último á corresponder á nuestra

---

(1) Saint Ignace, un beau jour, *voulut* un compliment,
(Pourtant ce n'était pas, je crois, sa cinquantaine),
Compliment bien tourné, comptant, à la douzaine,
Qualités et vertus, et puis, du sentiment!

Edmond Auger le fait, le lit à notre Père;
Et lui, tout souriant: «Fort bien, mais, dites-moi,
Mon fils, à tout ceci faut-il ajouter foi?»
—«Ah! pour cela, repart Edmond, c'est votre affaire!»

Les rôles, aujourd'hui, sont quelque peu changés:
Vous ne nous avez pas, que je sache, obligés,
Mon Père, à vous chanter: l'amour seul nous amène...

Laissez faire! A vos fils ce devoir est si doux!
Que si nos compliments vous causent quelque peine,
Eh bien! n'y croyez pas: nous y croirons pour vous.

vocación; «Cuando un alma—decía—no ha respondido al divino llamamiento, y ha abusado de sus gracias, no vuela, sino que se arrastra penosamente. Es como un pájaro herido: es como una máquina, poderosa si se quiere, pero que tiene roto algún muelle. Sin embargo, Dios no abandona á esta alma: por un efecto de su misericordia, saca de ella alguna gloria, pero el primer plan no se realiza.» Y sin ponerse en escena, el siervo de Dios, daba á entender que hablaba de sí mismo [1].

Cuáles fuesen sus íntimos pensamientos en esta ocasión, se descubre en unas cartas que por entonces escribió:

«Sentís no ser poeta—escribía á un Padre.—¡Ay! estos cincuenta años no merecen ni versos ni prosa. De lo que tengo verdaderamente necesidad es de oraciones..., para reparar en alguna manera lo pasado y para no desviarme en lo poco que me falta.»

Y á una religiosa del Sagrado Corazón: «Bien necesario es rogar por este pobre servidor; porque no basta haber pasado medio siglo en la religión; lo que hay que hacer es preguntarse delante de Dios: qué he hecho durante estos 50 años por su gloria, por las almas, por la Iglesia, con tantos medios y socorros.»

Y al R. P. Provincial: «Ante todo, permítame darle las gracias, por el interés que se ha dignado manifestar por mi pobre persona, con su reciente visita á Castres. Cierta-

(1) Los que han oído frecuentemente al P. Ginhac en sus conversaciones íntimas, recuerdan cuánto le gustaba aplicarse á sí mismo estas dos comparaciones. Pero es preciso advertir, que en esta expansión de su humildad, no está completamente expresado su pensamiento; pues creía que Dios puede curar al pájaro herido, y reemplazar el resorte roto, como lo prueba el siguiente diálogo que tuvo con él un tercerón, algunos años después de su terceronado:

«Me siento desalentado. —El que se desalienta no irá muy lejos.—Pero, y ¿cómo no estarlo? Mis buenos propósitos no me duran más que unas cuantas horas. ¿Y qué? Una miseria más, y eso es todo; una nueva ocasión para hacer brillar más la misericordia de Dios Nuestro Señor.—Pero mis faltas harán irrealizable, mejor diré, ya lo han hecho, el primer plan de Dios sobre mí. —Ya buscará él otro más hermoso». Estas palabras, añade el Padre, «me han hecho grandísimo bien, y en los ejercicios las cito con gran provecho de las almas.»

mente que hubiera preferido el olvido, pensando en lo poco que he hecho por Dios y la Compañía en estos cincuenta años de vida religiosa. ¿Cómo reparar este triste pasado? Dígnese alcanzarme del Corazón de Nuestro Señor, mi Reverendo Padre, el valor y la generosidad que me faltan.»

V

El P. Ginhac se aproximaba al fin de su carrera. En su cuerpo, gastado por las vigilias y penitencias, se dejaban ya sentir los achaques de la vejez, pero se sobreponía á ellos con indomable energía. Los esfuerzos del alma, luchando con una naturaleza cansada, se hacían cada vez más sensibles.

De aquí cierta desilusión en algunos temperamentos muy impresionables, y en espíritus algo adoradores de la perfección literaria. Hubieran estos querido en el exterior del P. Instructor, más espontaneidad y soltura; y en sus pláticas y conferencias, más colorido, más calor y más erudición. Pero no por eso le tenían en menos estima y veneración, como se ve en lo que testifica un sujeto de los más sensibles á estas imperfecciones ajenas á la voluntad.

Hablando del P. Instructor, le describe como «hombre de perfectísima humildad que ha arribado ya al reino de la paz; con los demás, sinceramente respetuoso; bondadoso, fiel y caritativo; de continua y elevada oración; perfectamente sumiso á la voluntad de Dios; en el mortificarse, cruel y despiadado; convencido de su propia nada y aun amador de ella; hombre de miras completamente sobrenaturales... De faltas de observancia, no hay que hablar; porque, no sólo no le he visto salirse de la regla, pero ni desviarse del heroísmo...

«Si no ha hecho milagros, ha sido sin duda *propter incredulitatem eorum;* pero no he conocido hombre que orase con más fe, con mejor voluntad ni con más desinterés...

Si algunas veces no acertaba á consolar, sentíase al menos que tomaba parte en las penas del afligido, y que hubiera dado hasta la vida por dulcificar la más mínima... Con los enfermos, acaso no tuviera mucha gracia, pero el afecto era tanto, se mostraba tan desnudo de egoísmo, que sólo verle, siempre consolaba. El dinero no lo conocía, y hubiera dado toda una fortuna por socorrer al más humilde enfermo.»

¡Cuántas veces hemos oído á los Padres que venían de países lejanos, felicitarse de haber sido enviados á Castres y de poderse formar en la escuela de un santo! «Aun cuando no fuese más que verle y oírle durante todo el año, ¿no habíamos de considerarlo como uno de los mayores beneficios de la vida?» Apuntemos alguno que otro testimonio:

El 30 de Abril de 1895, nos escribía desde Jersey el P. Camilo de Beaupuy: «El P. Ginhac conocía pronto y bien lo que á cada uno convenía. La dirección que daba en particular á cada uno, segura, delicada, precisa, enteramente franca y clara, era lo que tal vez alababan más en él los Padres y no de los menos experimentados.

«Hombre de juicio rectísimo, se regía sin vacilar lo más mínimo, por los principios más seguros de la vida espiritual. Toda su doctrina y enseñanzas, al menos en los ejercicios y conferencias comunes, me parece que se reducían á esto: obrar en todo por amor de Dios, guiándose por la luz de la fe: expresábase siempre con mucha exactitud y claridad, como quien había sido profesor de teología; á veces llegaba á ser elocuente, muchas, hasta magnífico, sobre todo cuando hablaba de la pura y total abnegación. Dios, únicamente Dios y ese buscado por sí mismo: no sabía, por decirlo así, otra cosa.

«Pero Dios, no esperado en la inacción y pasividad, sino buscado con esfuerzo, con toda la actividad del hombre, empleando y poniendo en juego los medios convenientes: este era otro de los distintivos de su dirección, que, como se ve, es parecido y aun reducible al anterior. El Padre

concedía mucha, muchísima importancia en el negocio de la santidad á la propia energía. Me parece estar oyéndole: «Cuando uno de los santos de la Compañía llegaba á decir «quiero», estaba hecho todo.»

«¿Cómo olvidar sus idas nocturnas al piso alto del terceronado, cuando, después de haber sonado la hora de acostarse, subía á visitar á sus tercerones tristes ó fatigados? Y en este acto de caridad, ¡cuánto respeto!

«En todo se mostraba pobre: vestía ropa usada; llevaba el pelo rapado al estilo de los novicios; pero con exterior tan humilde era extremadamente limpio, hasta llamar la atención; irreprensible en todo su modo de ser, cortés y finísimo en sus modales. Estas dos cosas tan difíciles de juntar, las juntaba él, porque en esto, como en todo lo demás, se guiaba siempre por la razón, y era perfecto observador de la regla.

«Una de las cosas que expresamente señalaba para la reforma ó elección en los ejercicios de mes, era la obediencia al Papa y la deferencia con los Señores Obispos. Toda su dirección tendía á la obediencia más absoluta, cual la desea San Ignacio. ¡Qué acento tan inolvidable el suyo cuando decía: «¡Ah! Padres míos, son raros los corazones verdaderamente obedientes!» Son sus mismas palabras.

«Por lo que hace á su humildad, recordaré únicamente el respeto y la deferencia que guardaba con los sacerdotes seculares, y la insistencia con que nos recomendaba muchísima caridad en este punto.

«¿Recibió el P. Ginhac gracias y favores extraordinarios de Dios Nuestro Señor? Me inclino á creer que sí. En una conversación privada que con él tuve, me dijo: «Conocí á una persona que oyó tal palabra interior.» Las circunstancias eran tales, que el interlocutor creyó que se trataba del mismo Padre. He de añadir además que predijo á un tercerón en una cuenta de conciencia, un suceso importante, contra lo que muchos preveían, y que al menos tenía pocas probabilidades de realizarse, y esto, con

una aseveración que llamó vivamente la atención del Padre. Pues, todo absolutamente se verificó, como el santo varón lo había dicho.

«Por otra parte, un día, en una de las conferencias de los ejercicios de mes, exclamaba y decía: «Contentémonos con nuestra suerte, los que vamos por el camino de la oración ordinaria y de pura fe.»

«Y si es verdad que en efecto fué, al menos ordinariamente, por este camino, su extraordinario fervor no sería por eso menos meritorio. Porque, como decía él, la devoción sostenida constantemente, es un martirio.» [1]

«Esto es, Rdo. Padre, lo que recuerdo tocante á mi santo Maestro. Y le advierto que cuanto acabo de escribir, lo he pensado delante de Dios.»

A propósito de la perfecta obediencia del P. Ginhac, oigamos al P. Juan Bosc: «Cuando León XIII dió á Francia instrucciones relativas al actual gobierno, M. de Saint-Simón fué á visitar al P. Ginhac, que estaba entonces en Castres. Como era natural, la conversación recayó sobre el gran suceso del día. El. P. Ginhac no dijo más que una palabra, pero que bastó para orientar á M. de Saint Simón: «Cuando el Soberano Pontífice habla, es preciso obedecer á ciegas». M. de Saint Simón volvió muy consolado de esta visita, y se apresuró á contar al P. Demartial la frase del P. Ginhac, que tanto le había llamado la atención [2].

Cuando hablaba de la Iglesia, se conocía que tenía respecto de ella y de su cabeza visible, una ternura y una abnegación á toda prueba, una veneración y una sumisión sin límites.

El mismo espíritu de fe y la misma sincera y filial ad-

(1) «La dévotion constamment soutenue est un martyre.»

(2) «Un día, escribe el P. É. Charel, me dijo el P. Ginhac: «Esta mañana he notado que no despliega V. completamente los corporales al principio de la misa». Le advertí entonces yo, que era uso bastante generalizado en Francia, y muy conforme á razón, por temor de arrastrar al desdoblarlos algunas partículas que pudieran haber quedado sobre ellos. «La rúbrica, me dijo él, manda desdoblar los corporales, lo cual no significa que se desdoblen á medias: no pretendamos ser más prudentes que la Iglesia.»

hesión tenía con los Superiores de la Compañía, sin nada de afectado en el respeto y cariño que continuamente los manifestaba: todo le salía del corazón, y todo sin exageraciones. Dócil á sus menores indicaciones, gustaba de vivir bajo su dependencia. Cuando á raíz de la expulsión, el Padre Provincial tuvo que retirarse á una casita de la calle de Montplaisir, notaron que el P. Ginhac, siempre que pasaba por Tolosa, venía á pedirle hospitalidad, juzgándose dichoso de vivir bajo el amado yugo de la obediencia, aunque no fuese más que unas horas. Antes de comprometerse para los ministerios de vacaciones, pedía su consentimiento al R. P. Provincial. A veces le suplicaba, que, junto con su bendición, le diese orden y mandato expreso, para estar más estrictamente dependiente de la voluntad de los Superiores.

El P. Josó M.ª Orti, escribía desde Málaga lo siguiente:

«Me pregunta V. R. mis impresiones acerca del venerado P. Ginhac: y quiero escribírselas con la última pluma que usaba el siervo de Dios, y que V. R. tuvo la bondad de darme como valioso regalo. Todo puede resumirse en estas palabras: nunca he visto la santidad en más alto grado, aunque he conocido religiosos muy santos de diversas Provincias, en España y en otras partes.

«Ya antes de conocerle, había oído decir grandes y estupendas cosas de su santidad y de su mortificación. Pero la realidad superaba á los elogios. Vi en él en todo lugar y en todas las ocasiones, en su cuarto, en sus conversaciones, en su exterior, en sus instrucciones y en las pláticas espirituales, y sobre todo en la capilla y durante la santa Misa, un hombre todo en Dios, todo de Dios, todo con Dios, todo lleno de Dios; de suerte que se sentía á Dios viendo al Padre, y especialmente, oyéndole.

«Tal vez podría alguno figurarse, á primera vista, que lo austero de su vida, que se reflejaba algo en su rostro, haría menos amable su virtud y menos accesible su trato. Pues, nada de eso. Era la caridad y la dulzura misma.

Nunca olvidaré el tierno afecto que me manifestó, muy particularmente en su última hora; lo tendré siempre por prenda de su celestial protección. Para decirlo en pocas palabras, espero verle un día en el catálogo de los Beatos, y me admira no haber todavía oído hablar de algún milagro estupendo obrado por su intercesión. Conservo muchas reliquias suyas. Tres veces he hecho uso de ellas, y dos con buen resultado.»

Se ve, que si sus discípulos se admiraban de la austeridad heróica de su maestro, no les maravillaba menos su caridad. He aquí lo que dice el P. Juan Bautista Corne, de la provincia de Nápoles, después de haber contado otras virtudes: «No hubiera tratado de otra manera una madre amantísima á su hijo muy querido. Siempre me quedaba la impresión de que el P. Ginhac era un santo, pero un santo amabilísimo. Cuando supe su muerte, me pareció que no se debían celebrar misas por su alma, sino más bien en acción de gracias á Nuestro Señor, por los dones celestiales que le había concedido.»

Y el R. P. A. Carrère dice: «Toda la Provincia ha sido testigo de la tranformación que se fué efectuando en él con el tiempo y los años, por lo que se refiere á las manifestaciones exteriores de la caridad. Naturalmente austero, hasta en su exterior, vino á ser la suavidad personificada. Era una delicia conversar con él; tanta era su amenidad, y tan bien sabía hacerse todo á todos.»

Terminemos con el testimonio del P. G. Blanchard [1]:

(1) El R. P. G. Blanchard fué Rector del Seminario Mayor de Périgueux, Superior de la residencia de Burdeos, donde dejó inolvidables recuerdos, Provincial en muy críticas y dolorosas circunstancias, y luego Asistente de Francia, nombrado por la XXIII Congregación general. Había sido discípulo del P. Ginhac y su Ministro durante el rectorado de Tolosa: desde entonces se entabló entre ambos una amistad que no pudo borrarse con los años. «Cuántas cosas admirables, decía él, pude entender en las conversaciones que teníamos cada día, estudiando juntos algún punto del Instituto, y en las cuales, el santo varón me manifestaba algunas veces su alma, revelándome lo profundo de su humildad». Al fin de su vida, el P. Blanchard se dolía mucho de no haber conservado la correspondencia de su santo amigo.

«El P. Ginhac estaba admirablemente dotado en lo tocante á las cualidades naturales del corazón; bondad, fidelidad, delicadeza, generosidad; de suerte que, aun prescindiendo de los eminentes dones con que le había enriquecido la gracia, se hubiera encontrado gran placer en gozar de su intimidad. La severidad de los primeros años había desaparecido; sin perder su firmeza de carácter, había llegado á ser verdaderamente *melifluo*, y esto explica lo que decía uno de sus hijos espirituales: «El P. Ginhac es el hombre á quien más he amado en este mundo.»

CAPITULO XV

Muerte del siervo de Dios

I. El pensamiento de la muerte.—II. La última lucha

I

Aunque el P. Instructor hubiese abusado, por decirlo así, de su robusta constitución, no había experimentado tanto como otros los achaques de la vejez; se creía bastante fuerte para continuar sus vigilias y mortificaciones, y únicamente notaron que en los últimos años no se privaba de la conveniente alimentación. En los ejercicios de 1893, instó para que no le prohibiesen dar por la noche los puntos de la meditación; levantábase, pues, á media noche, y á pesar de esto, por la mañana, cuando se levantaba la Comunidad, ya estaba, según costumbre, delante del Santísimo Sacramento. Para hacerle parar en este camino, hubiera sido precisa una orden formal de la santa obediencia, orden que nunca llegó; pues sabían muy bien que el Espíritu de Dios era quien le guiaba y sostenía.

Entre tanto la muerte se acercaba, y el Padre no la ponía mala cara.

«Le pregunté—escribe la Madre Priora del Carmelo de Tours en 1880,—cuál le parecía la mejor preparación para la muerte. Y me respondió sin dudar nada: «El ejercicio habitual del amor.» Pedíle explicación, y me dijo: «Es transformar nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestros sufrimientos, y nuestras obras en actos de amor, y esto únicamente con el querer de la voluntad, que es lo único que depende de nosotros, pues los sentimientos ordinariamente no dependen. La muerte es la cosa más sencilla del mundo para un alma que ama á Nuestro Señor. Es como el volver de una hoja; la primera página es del

tiempo, la segunda de la eternidad. Nuestra vida debe ser una serie no interrumpida de actos sobrenaturales; cuando Dios manda que cesemos, la muerte es el último. ¿Qué hacemos mientras vivimos? Pues, trabajamos para glorificar á Dios; y en el momento por Él prefijado, morimos para seguir glorificándole en el cielo; la diferencia es de mero detalle. Nada de inquietudes por lo pasado; Jesús nuestro amigo, es el que ha de juzgarnos; después de habernos concedido tantas gracias, se creerá dichosísimo por poder concedernos más, de modo que las últimas sean las mejores. Así, pues, confianza ilimitada, amor continuo, total resignación en Él, y como consecuencia, completa dilatación de corazón.»

Al leer estas líneas, se dirá indudablemente el lector: «¡Qué bien preparado estaba para morir el P. Ginhac!» Y sin embargo, penetrado del pensamiento de su propia miseria, temblaba con sólo recordar los juicios de Dios. Decía San Bernardo: «Aun puedo condenarme.» Y Santa Magdalena de Pazzis, estando para morir, preguntaba á su confesor: «Padre mío, ¿me salvaré?» En los mismos sentimientos abundaba el P. Ginhac poco antes de expirar. Como uno de sus hijos le dijese: «Se acordará de mí en el cielo»—le respondió humildemente.—«Si voy allá.»

Pero no vayamos á creer que estas voces de su humildad estaban en contradicción con los sentimientos que le habían dictado las siguientes líneas: «Examen para morir, que por la infinita misericordia de Dios, no me deja temor ninguno; presentado en Junio de 1883 al R. P. R. en Mourvilles; terminado el 16, fiesta de San Juan Francisco de Regis; completado el 30 de Junio para la fiesta de San Pablo, con paz y confianza en Nuestro Señor. No darle más vueltas. No sé qué más podría hacer para la manifestación y el dolor. Por consiguiente, total abandono en su divina misericordia. *Item*, el 23 de Mayo de 1886. *Item*, todavía y muy particularmente, el 21 de Junio de 1888.»

En otros papeles sueltos, escritos parte con lápiz y con

abreviaturas, se descubren los pensamientos del santo Instructor en sus últimos ejercicios. Cual se nos manifestó al principio de su carrera, tal se nos manifiesta al fin de ella; hombre de lucha paciente y animosa, hombre de oración y de humildad; en una palabra, siempre el hombre de los ejercicios. Se ve manifiestamente que el ideal de perfección que San Ignacio proponía en la meditación del reino de Cristo, y de las dos Banderas, y de los tres grados de humildad, había venido á ser habitualmente en él, regla de vida; y que había llegado á esas regiones serenas en que el alma parece inaccesible á los pensamientos de la tierra. Citemos para muestra una página:

«*La muerte.* ¡He de morir! Aceptar la muerte por cumplir la voluntad de Dios; devolver á Jesucristo vida por vida, estar con Jesucristo; hacer por Dios el sacrificio de mí mismo y de *todo*, y así lograr el mérito de ello para siempre; dejar este cuerpo de pecado, esta tierra de pecado, donde reina el pecado y donde siempre se está expuesto á pecar...

»*¿Qué hacer?* 1.° Arrojar todo lo pasado en el océano de la misericordia divina con un acto de gran confianza; 2.° prepararse; 3.° allegarse á Dios, vivir para Él solo, al menos por una suma fidelidad á la oración, á la observancia, á los deberes de mi cargo, en fin, por medio del voto al Sagrado Corazón.»

¿Qué voto era este? He aquí lo que escribió en los ejercicios de 1889, después de la meditación de Nazaret:

«Es evidentemente una gracia haber podido, en lo peor del día y cuando más fuerte era el calor, pasar casi la hora entera en actitud suplicante, contemplando la adorable persona de Nuestro Señor Jesucristo, *constantemente ocupado en dar á su Eterno Padre una gloria infinita y en promover la salvación de los hombres con su propia oblación é inmolación.* Por consiguiente, procurar la mayor gloria de Dios, obrar la redención del linaje humano y hacer completa abnegación de sí mismo, no son más que

un solo y único acto de su Corazón, que se continúa sin descanso. ¿Qué cosa puede darse más grande, más hermosa ni más saludable? ¿No será temeridad osar unirse á este acto soberano y divino, y reproducirle cuanto sea posible en todas las cosas? Hace mucho tiempo que se ha intentado algo parecido. ¿No podría yo con la gracia y con un socorro especial de María, mi Madre, obligarme á hacer este acto al menos cada hora, ó si no cada media hora? ¡Qué reparaciones y qué impulso para adelante!»

Este pensamiento, que era ya en 1885 el alimento de su vida espiritual, reaparece en 1891, primeramente en las palabras antes citadas, y luego en la meditación de la Encarnación.

«Al revestirse el Hijo de Dios de nuestra humana naturaleza, se vuelve á Dios su Padre, con un impulso de infinito amor, á fin de darle una gloria infinita por medio de la redención del género humano, haciendo entero sacrificio de sí mismo. Y así toda su vida, hasta la consumación en la cruz.

»Entonces me vino el pensamiento de obligarme con voto á ofrecer cinco veces por la mañana y por la tarde este acto de perfectísima oblación del Verbo Divino Encarnado, ofreciéndome á mí mismo, de modo que en los intervalos todo fuese animado de este espíritu.»

Después de la meditación de las dos Banderas, vuelve á ser confirmada tan generosa resolución; y por fin, inmediatamente después de haber contemplado los Dolores de la Santísima Virgen, la formula con el siguiente voto, que ha de ser frecuentemente renovado mañana y tarde:

«En unión con la oblación que á la Divina Majestad hizo el Sagrado Corazón en el momento de la Encarnación, en la Cruz y en la Eucaristía, ofrecerme á mí mismo con la Bienaventurada Virgen María, á fin de que se cumpla en mí, cada instante y por puro amor, la voluntad santísima de Dios lo más perfectamente posible.

»Viviré siempre en los Sagrados Corazones de Jesús y

de María, reprobando positivamente en cada una de mis respiraciones todo cuanto les es opuesto ó extraño, y queriendo todo cuanto les es grato [1].»

Así se preparaba de año en año para morir; y tal vez diría á Dios esta oración, que le gustaba mucho repetir al P. Blanchard, como venida de su santo amigo:

«Oh Dios mío, para obrar contra toda tentación de inquietud y de temor ante el pensamiento de una muerte acaso muy cercana, pongo en vuestras manos todo mi ser, por un acto de entera confianza y de perfecta resignación en vuestra infinita misericordia.

»Acepto humilde y agradecido todos los dolores y pruebas que pluguiere á vuestra divina bondad enviarme, mirándolas como insignes beneficios de vuestra ternura y misericordia dulcísima.

»En adelante lo haré todo por amor; orando, obrando, sufriendo y muriendo por motivos purísimos de amor, uniéndome á mi divino Salvador en el acto de consumar en la cruz su divino y sangriento sacrificio.»

Así se había preparado el P. Ginhac para la muerte: vamos á verle en esta última lucha [2].

---

(1) «Cum SS. Corde, summae Maiestati, in triplici Incar., Cruc., S. Euch., myster., me ipsum totaliter offerre cum B., ita ut SS. vol. Dei omni momento fiat in me quam perfectissime, ex puro amore.

»In SS. CC. J. et M. immorando iugiter, et in qualibet respiratione positive quidquid iis Cordibus contrarium aut alienum reprobans, et aliunde ex toto corde quod illis consonum existit, volens.»

(2) Cuatro palabras, siquiera, acerca de la confianza que le inspiró siempre el patrón de la buena muerte, el glorioso San José. Para obtener de él una santa muerte, le pedía una vida santa. Compuso en Tolosa, para uso de los novicios, una coronilla de oraciones, marcadas con el sello y espíritu de los ejercicios; héla aquí: «*O beatissime Joseph, pater, da novis Jesum et Mariam intimius cognoscere, ardentius amare, studiosius sequi.* Oh bienaventurado San José, padre nuestro, concedednos la gracia de conocer más íntimamente á Jesús y María, de amarlos con más fervor y seguirlos con mayor empeño. *Gloria Jesu, Mariae, et Joseph, ab omnibus et semper, in saecula saeculorum. Amen.*»

Ya saben nuestros lectores que en el Puy, en Velay, y enfrente de la estatua de Nuestra Señora de Francia, sobre la peña de Espaly, hay una capilla dedicada á San José. La piadosa revista, órgano de las peregrinaciones, dice del P. Ginhac lo siguiente, en el número de Agosto de 1905:

II

En las vacaciones de 1894, se dirigió á París, donde había de dar los santos ejercicios á las Carmelitas de la calle del Infierno: «Suplicaba yo á Nuestro Señor—escribe la Reverenda Madre Priora,—que no le llamase para sí antes que hubiésemos tenido la gracia de volverle á ver. A su llegada, le manifesté mi alegría y mis esperanzas. Respondióme: «Yo no tengo ni luz, ni virtud, sino deseos de sacrificarme por el bien de sus almas.»

Desde los primeros días se le volvió á abrir la llaga de la pierna. El Padre se guardó muy bien de decir ni una palabra; más aún, recorría á pie el largo trayecto que hay entre el convento de las Carmelitas y la calle *Monsieur*, extraviándose muchas veces y fatigándose no poco. Hubo que recurrir á estratagemas para lograr que aceptase coche. La voz era débil; sus instrucciones, cortas pero penetrantes, hicieron muchísimo bien; se recogieron con santa avidez las últimas enseñanzas de tan venerado maestro; se ponían aparte, para conservarlos como reliquias, los muebles y ornamentos que había usado, pues había presentimientos de su próximo fin.

Desde París, el P. Ginhac partió á España. Había de

«A él se debe la honra de haberse transformado la gruta en verdadero centro de peregrinación. La prueba de esta aserción la encontramos en una carta del P. J. Dupuy, que fué catequista de Espaly. El *Petit Missionnaire* escribió en 1898 una sucinta noticia de este amigo y director de Ana María Buffet; y en 1901 publicó algunas cartas que la guardiana de la gruta-capilla había recibido de él.

»Lo que decía en sus cartas el P. Dupuy, era esto: «Espero ir dentro de pocos días á ver al P. Ginhac á Castres. El fué el primer promovedor de las peregrinaciones á San José» (26 de Julio de 1876). Y el 16 de Marzo de 1877: «Envidio á V. y á los que puedan en ese día subir á la gruta. El 19 de Marzo hará 17 años, que el P. Ginhac me aconsejó buscase algún rinconcito para poder hacer entre nosotros alguna peregrinación en honor de San José». Pero Jesús no se contentó con un rinconcito para su glorioso y amante Padre nutricio. Le dió por trono nuestra antigua fortaleza, nuestra histórica peña.»

dar por segunda vez los ejercicios á los Escolares del Colegio Máximo de Uclés.

De vuelta para Francia, tuvo otra vez el consuelo de detenerse en Manresa y hacer los ejercicios. Viósele durante ocho días orar casi continuamente en la *Santa Cueva*, inmóvil y de rodillas, penetrándose bien del pensamiento de San Ignacio. Pero no le faltaron horas penosas. «Confío—escribía,—haber recibido gracias preciosas, como V. lo ha presentido. Resta que trabajemos seriamente en no ser nuestros, sino en cumplir en todas las cosas el divino beneplácito, y V. tendrá la bondad de ayudarme para conseguirlo.»

De la herida de la pierna no se preocupó nada; pensaba el siervo de Dios que también esta vez se curaría fácilmente. Todas las precauciones que tomó, desde que salió de París, se redujeron á aplicar simplemente un pañuelo sobre la herida. Pero apenas llegó á Castres, para cumplir con la regla, tuvo que declararse. Se adivina en qué estado encontrarían la pierna.

Días después, ya había prescrito el médico el reposo; pero ¿cómo obedecer? Los ejercicios de mes se echaban encima. Doce eran los tercerones que debían hacerlos. Corto número, como él escribía al R. P. Provincial, pero suficiente «si cada uno se entregaba enteramente á la gracia y llegaba á ser un apóstol y un santo... Casi todos—añadía,—tienen la salud más ó menos averiada. Así es que me propongo, si á V. R. le parece bien, que no se levanten por la noche...» Aprobó gustosísimo semejante proposición el R. P. Provincial, sobre todo porque el más débil y cansado era el mismo P. Instructor. Y esta fué la primera vez que en su larga carrera no interrumpió el sueño en los ejercicios de mes.

«Desde el principio—dice un tercerón,—se esforzó el Padre por abrir nuestras almas á la confianza y á la generosidad. Ni un solo día de los ejercicios se ha pasado sin tener noticias de todos y cada uno de los ejercitantes. Só-

lo una vez no pude encontrarle, y entonces, por la noche, se me presentó en el cuarto, á saber en qué estado se hallaba mi alma.

»Al fin de los ejercicios, estaba completamente pálido; andaba con mucha dificultad; teniendo pronto que resignarse á estar sentado y con la pierna derecha extendida sobre una silla; en esta postura oía las confesiones y las cuentas de conciencia. Pero aun entonces subía y bajaba al piso de los tercerones cuatro ó cinco veces al día, y no dejó de estar arrodillado durante la acción de gracias después de misa.»

Con este tratamiento, la pierna no se curaba; el Hermano enfermero dijo al enfermo que sería tal vez preciso guardar cama. El Padre lo rehusó, vistas las exigencias de su cargo. Y añadió: «Si me metiera en cama, ya no me levantaría.» Sin embargo, cediendo á las instancias del Hermano, consintió en bajar al recibidor, para oir el parecer de la Superiora de las Hermanas de la Caridad, que había venido con una Hermana enfermera muy experimentada.

Por las Témporas de Diciembre, el P. Instructor debía ir á Tolosa; pero, el 16 de Diciembre, escribió al Reverendo P. Provincial, á quien tenía ya anunciada su ida: «Como la herida de la pierna no se ha acabado de cerrar, me ha parecido prudente (Dios quiera que no haya sido exceso de prudencia), diferir por algunos días el viaje.

»Próximo ya el día de Navidad, permítame V. R. que en nombre de todos los Padres y Hermanos le felicite por las Pascuas y año nuevo, al mismo tiempo que le ofrezco los sentimientos de nuestro religioso afecto y la más completa sumisión en Nuestro Señor.

»Dígnese bendecirnos y encomendarnos á Nuestro Señor en sus Santos Sacrificios, en unión de los cuales, soy

»Reverentiae vestrae infimus in Christo servus et filius.»

P. Ginhac, S. J.

Era el postrer adiós del humilde religioso á uno de sus novicios que había llegado á Superior.

El 19 de Diciembre, todavía no se creía que el Padre estuviese enfermo de gravedad, y él mismo era quien menos lo sospechaba. Hacía tantos años que conocía aquella herida, la había otras veces irritado con tanta impunidad, que con la mejor buena fe decía y repetía á su enfermero: «No diga nada al P. Ministro: ¿á qué meter tanto ruido por una nonada? Y cuando, consultado el médico de Castres, ordenó el reposo en cama, el P. Instructor, acordándose de las graves ocupaciones de su oficio, que no podía ser descuidado ni abandonado por una pequeñez, creyóse con el deber y el derecho de responderle como lo hizo: «No puedo.» Lo mismo había respondido en Mourvilles al médico de Villenouvelle, después de haberle dicho: «Doctor, esto no será nada.»

Lo único que se creyó autorizado á no rehusar, y lo único á que de hecho accedió, fué á tener la pierna enferma, que era la derecha, extendida en una silla, y no bajar al refectorio con la comunidad. Respecto de esta última concesión, era preciso conocerle poco para exigírsela al siervo de Dios. Efectivamente, no bien fué aceptado el régimen, entre el Hermano enfermero (que era un niño por la edad y el buen humor) y su superior entablábanse á la hora de las comidas diálogos como el siguiente: «Tome, Padre, un poco de vino de Burdeos.»—«¡Qué miserable soy! ¡No, nada de eso! ¡cuántos pobres no lo tienen!» Si le llevaba algún día dulce, decía: «Eso es para los verdaderamente enfermos» y añadía: «No diga nada de mí al Padre Ministro.»

A pesar de todo, había ya llegado Navidad, y todo seguía lo mismo en la distribución del terceronado: en los usos del Instructor, la única modificación que el Padre se había permitido, era tener extendida la pierna enferma sobre una silla, y eso en las horas en que por razón de su oficio no se encontraba fuera de su aposento.

Pero la silla en que la pierna descansaba era tan alta, y tenía el cuerpo tan tieso y rígido, que semejante postura hubiera sido intolerable á cualquiera por solos cinco minutos. Y á esto llamaba el Padre descansar.

«El día de Navidad—escribe el P. Juan María Orti—ayudé al P. Instructor sus tres misas. Debiendo esperar yo media hora, hasta que viniera un Hermano coadjutor encargado de ayudar las mías, el Padre se ofreció en seguida, diciendo que él le sustituiría. No me costó poco vencer su resistencia; y al fin no lo logré sino retirándome.»

Las fatigas de este día fueron las que probablemente ocasionaron la agravación del mal, hasta alarmar al P. Dupin, Prefecto de salud. Informado de ello el R. P. Provincial le dió plenos poderes. Desde entonces, el venerado enfermo se sometió á todo y ejecutó de buen grado cuanto le prescribieron. Al día siguiente por la mañana, después de haber dicho misa, se metió en cama, como deseábamos. Lo mismo hizo el 31 de Diciembre; y á la tarde, queriéndole felicitar el año nuevo: «No—respondió—no conviene que reciba esa felicitación así.»

El 1.º de Enero aún dijo misa, y dió gracias después de ella de rodillas. Al volver de la Capilla, sintióse más fatigado, y, como los días precedentes, se metió en cama. Hasta entonces había escrito algunas cartas sobre un pupitre; debiendo despachar una, se la dictó á un Padre tercerón: «He cogido un resfriado—le dijo—sea lo que Dios quiera. Ruegue por mí.» Llamóse en seguida al médico, el cual aseguró que el pulmón derecho estaba un poco congestionado.

¿Tuvo el venerable enfermo algún presentimiento de su cercana muerte? porque es lo cierto que este día, su primera ocupación fué hacer desaparecer los apuntes espirituales relativos á las cosas de su alma. Mandó al Hermano enfermero que se los trajese: éste dudaba, y buscaba algún pretexto para salvarlos. Entonces el Padre le fué in-

dicando los papeles que debía coger. El Hermano procuró sustraer algunos, pero todo fué inútil. El Padre observaba atentamente la ejecución y le decía: «¡Quémelo V. todo! ¡Yo se lo mando!... ¿Quiere V. obligarme á hacerlo yo mismo?...» Así fueron arrojados al fuego tres cuadernos de apuntes y algunas cartas.

«El Padre no estaba aún muy postrado, refiere el Padre Juan Nazaret, de la provincia de Portugal, y pudo por sí mismo despachar dos cartas. Después del mediodía me pidió los santos de mes. Habiéndolos traído, me pidió que cogiera uno para él: le tocó *la Conversión de San Pablo.* Vi que le había gustado, y mientras yo le leía la máxima que había debajo de la imagen del santo, mostraba la misma satisfacción. «¡Sí!, ¡Sí!»—decía—como si quisiese decir que todo aquello le venía muy bien. La hojita del santo de mes decía así: «*Máxima*: Cuántos cristianos hay á quienes podría decir Jesucristo con más razón que á Saulo: ¿Por qué me persigues? ¿Así respondes á mis beneficios y á mi amor? *Práctica*: Decir frecuentemente con el santo Rey David: «Señor, Dios de mi salud, conviérteme y aparta de mí tu cólera.»

Desde este día quedó prohibido á los tercerones que entrasen en el cuarto del P. Instructor. Puede juzgarse de la pena que por ello sintieron, por este billete de uno de ellos, de la provincia de Toledo:

«JHS. Mi Reverendo y querido Padre: Por no cansarle más, no he querido llamar hoy á su puerta; pero en día como este es absolutamente necesario saludarle, como efectivamente lo hago por el portador de este billetito, deseándole de todo corazón un año bueno, santo y dichoso, y pidiéndole humildemente la primera bendición de este año. Adiós, Padre mío; le agradezco todas sus bondades para conmigo. Cúrese pronto, pronto, pronto...

»Humildísimo hijo de V. R. en Jesucristo, Luis Navarro, S. J.»

Los días 2 y 3 de Enero, miércoles y jueves, se pasaron

en la mayor ansiedad, pues no se sabía qué pensar de la enfermedad del Padre. Los remedios habían aliviado el pulmón y dominado la fiebre; con todo, el sueño no volvía. De repente, el viernes 4, aparecen nuevos síntomas; en el espacio de una hora, cubrióse el enfermo de granos y manchas grandes de color rojo. El P. Ministro vivamente alarmado, quiso que se tuviese una consulta. Los médicos le tranquilizaron: tal vez aquello sería el principio de la curación. De hecho, á la mañana siguiente, el enfermo pareció recobrar vida. Ya no le repugnaban los alimentos líquidos, y su mirada estaba llena de esperanza. Cuando se presentó el médico: «Vamos, Señor Doctor—le dijo el Padre jovialmente — ¿me permitirá V. levantarme hoy?» ¡Cómo se ensancharon con esto los corazones!

Pero la alegría duró poco. La noche siguiente tampoco pudo dormir: sentía febril agitación y una desazón insoportable. Por la mañana, nuevos y más tristes presentimientos embargaron el ánimo del P. Ministro y del médico. Se le aplicó un calmante, pero todo inútil. Algún tiempo pareció que el mal atacaba la cabeza, y el Padre dió inconscientemente gritos de dolor. Siguióse pronto gran postración y repugnancia de los alimentos, con lo cual había cada vez menos esperanzas.

Desde este día, los Padres tercerones velaron por la noche al venerado enfermo, reclamando esta dicha como derecho propio. ¡Qué palabras tan edificantes no escucharon! Recojamos algunas.

«Tuve la dicha —dice el P. Nazaret —de asistirle en la primera noche. Apenas entré en la cámara, me dijo: «Usted no puede velar, querido Padre, le hará daño.» Yo le tranquilicé. Entonces me dijo que me sentase junto al fuego. Cuando le daba de beber, se apresuraba á decirme: «Bendígalo, bendígalo.» Ofrecíle una vez agua pura. Hubiérala aceptado de muy buena gana, pues le abrasaba una especie de inflamación interior, según él mismo confesó, pero repuso á mi oferta: «El médico no ha mandado

eso; es cosa que se le ocurre á V., no me atrevo á tomarlo.» Insistí yo, diciéndole que un poco de agua no podía hacerle ningún daño. Entonces aceptó media cucharada. Hacia la media noche, me preguntó: «¿Qué hora es?» Era para prepararse á la sagrada Comunión. Con este motivo me dijo: «¡Qué mal me preparo para recibir á Nuestro Señor!» Y siguió diciendo para sí: «¡Qué miserable soy! ¡Que Dios me perdone mis pecados! ¡Que me despegue del mundo!... ¡Y de mí mismo!» Decíalo con un acento tal, que yo quedé todo sobrecogido.»

Una vez que á consecuencia del ardor de la fiebre y de la intolerable desazón que sentía, se agitaba en la cama, el Hermano enfermero, un verdadero niño, le dijo: «El Padre Issoulier no se mueve en la cama, mientras que V. R. nunca está quieto.» El pobre enfermo, según cuenta el Padre Federico Frugès, llevóse la mano derecha á la cabeza en ademán de sostenerla, y se quedó pensativo. Después, levantándola bruscamente y presentándome el rosario que tenía en la mano, me dijo: «Ponga usted este rosario á los pies de la buena Madre. ¡Ah! ¡Que ella me guarde! Puede V. dejarme, Padre mío. Mi buena Madre y el santo ángel de mi guarda me cuidarán.» Yo le respondí: «Bien está que yo esté aquí para cubrirle, cuando inadvertidamente aparte V. R. la ropa. Por haberse descubierto, el P. Issoulier ha cogido una afección al pecho.» Este nombre trajo sin duda á la memoria del enfermo lo que poco antes le acababa de decir el Hermano enfermero. Así lo creí, al oírle exclamar en seguida: «¡Cuán miserable soy! abuso de todas las gracias; cada una de las posturas en el lecho, es una gracia, y yo cambio á cada instante!» Luego calló, y permaneció inmóvil los veinticinco minutos que allí estuve.»

Todo esto, como se ve, prueba bien claro que los accesos de fiebre paralizaban ó impedían en el siervo de Dios el pleno uso de sus potencias; pero sin que llegase nunca á hacer cosa que fuese verdaderamente desordenada, ó que por cualquiera razón pareciese menos conveniente.

Muchas veces manifestó al P. Ministro sus temores de que no se le tratase como al último religioso; siempre le parecía demasiado cuanto por él se hacía; revelándose este sentimiento en medio de los más vivos dolores y entre la exaltación del delirio. Un día, mientras que le arreglaban la ropa de la cama, por haberse descubierto el pecho, decía: «¡Cuántos pobres no la tienen!»

Los demás merecían toda suerte de atenciones; él se creía indigno de los cuidados que con él se tenían. A todos pedía perdón por las molestias que les causaba. Cuantos le asistieron durante la enfermedad, notaron que se preocupaba mucho por la salud de todos ellos. «Cuando estoy solo—decía al Hermano enfermero—basta una brasa en la chimenea; cuando vienen los Padres, que haya buen fuego.» Y al P. Armando de Vassal: «¿No es verdad que es muy enfadoso asistir á los enfermos? No se acuerdan más que de sus miserias.» Y luego, después de una pausa: «Todo esto es bueno para la humildad.» Y otra vez, como se acercase la hora del paseo: «¿Le han puesto ahí de centinela? ¡salga de paseo!» Y después repitió dos ó tres veces: «¡Adiós, Padre mío, adiós!» Y como el Padre permaneciese allí: «Voy á darle la bendición... Diga á los Padres tercerones que se santifiquen.»

Durante la noche—escribe el P. Vassal—en medio de los vivísimos dolores que experimentaba, exhalaba algunas quejas sin impaciencia, que pronto se convertían en actos de resignación y abandono en las manos de Dios y en actos de humildad: «Sufro, sí, sufro... ¡Sea Dios bendito!... Hágame una cruz en la frente con el agua de Lourdes.»

De este modo, ni el dolor pudo impedir que sus labios se moviesen para orar. Algunas veces parecía todo absorto en la contemplación de los divinos misterios. La noche que precedió á la Epifanía, acompañó en su viaje á los Magos hasta el portal de Belén. «Qué hermosa noche—repetía frecuentemente.—¡Qué noche! Nuestra Señora los recibe; ¡oh Madre mía, oh Madre mía María!» Y en seguida

decía: *Gloria in altissimis Deo et in terra pax...* En la palabra *pax* se detuvo, y la repitió varias veces con toda su alma. En la mañana de la Epifanía, penetró en su cámara un rayo de sol; y habló en seguida de la bondad de Dios que tan bella luz nos envía, y con acento que respiraba piedad, recitó este verso: «*Dominus regit me et nihil mihi deerit: in loco pascuae ibi me collocavit.*»

Todos cuantos le asistieron notaron con qué solemnidad y gravedad hacía de vez en cuando la señal de la cruz, y por cierto, muy grande.»

Otro rasgo dignísimo de consignarse es su filial confianza en María. «¡Ella me guarda, mi Madre!; María, mi Madre!» Exclamaciones que se le venían sin cesar á los labios, aun en los momentos mismos del delirio [1].

El 6 de Enero se cumplían 52 años de su entrada en la Compañía; se lo dijo al P. Nazaret que le estaba velando. Y éste: «¡Padre mío, quiere V. R. delegarme para decir una misa en acción de gracias!...» «¡Oh—le respondió el Padre—no soy digno de ello; como V. quiera!» ¡Y cuántas veces no repitió este acto de resignación durante su enfermedad! Este era verdaderamente el remedio suyo, el único que tomaba con gusto en medio de atroces dolores. También decía: «¡Que Dios me perdone! ¡Que me despegue de mí mismo!»

La noche del 8 al 9 la pasó mal. Por la mañana decía el Padre: «He pasado catorce horas en tinieblas.» Pero sus propios sufrimientos no lograban hacer que se olvidase

(1) He aquí lo que sobre este punto nos escribió el P. F. Pradel: «¿No le ha contado el Hermano enfermero un rasgo encantador? Una noche, á eso de las once, y estando yo con la *influenza*, el Hermano que velaba al Padre, le oyó hablar con la Santísima Virgen: «Mi buena Madre—le decía, - ¡cuán buena sois viniéndome á visitar!... Pero os ruego que visitéis también y consoléis al P. Pradel que padece mucho». A la mañana siguiente, el Hermano enfermero, me dijo al entrar en mi cámara: «¿No ha visto V. á la Santísima Virgen?»—Ya adivinará V. R. la respuesta.—«Pues el P. Instructor, replicó él, se la envió ayer noche»; y me contó lo que acabo de decir...—«¿Sería sueño? ¿Sería una visión?, añade el narrador.—Reconozcamos al menos en la súplica del venerado enfermo el acento de una piedad y caridad que ni el delirio de la fiebre pudo extinguir.»

de los sufrimientos de los demás. «Pedíale yo perdón—dice uno de los que le velaban—de la molestia que le causaba arreglándole sobre la espalda la ropa, y respondía: «¡Oh, si yo pudiese á este precio librarle á V. de sus sufrimientos!» y segunda vez: «¡Oh, si yo pudiese librarle á usted de sus penas!» y se volvía hacia una imagen del Sagrado Corazón con una indecible expresión de quien suplica.»

En las ansiedades ó en los dolores más agudos que parecía sufrir algunas veces, dirigía los ojos con esta misma expresión suplicante á la imagen del Corazón de Jesús, y en seguida le volvía la calma y serenidad.

No faltaron grandes enseñanzas y fuertes emociones á los piadosos habitantes de la casa de Castres en la primera quincena de Enero.

El miércoles, 9, por la mañana, el P. Issoulier recibió los últimos Sacramentos. Hacia las dos de la tarde comenzó á recitar con voz anhelante la *Salve Regina*, interrumpiéndola para exhalar el último suspiro y acabarla indudablemente á los pies de la Reina del cielo.

El P. Espiritual de la casa se encargó de llevar la triste noticia al R. P. Instructor. «Está bien—dijo el Padre, no le compadezco; no pierde nada y lo gana todo.» Luego se recogió un poco y oró, ayudando con sus sufragios, como es de presumir, al alma de su amado difunto. Después de esto, dió sus instrucciones al P. Ministro para los funerales, con perfecta lucidez de espíritu y gran serenidad.

Cualquiera adivinará lo que sería para todos los de la residencia esta jornada del miércoles 9 de Enero, repartida entre los cuidados que se prestaban á un moribundo y los últimos oficios que se deben á un muerto.

La siguiente noche se pareció á la precedente; el santo Instructor luchó por hacerse superior á las «tinieblas», ó al menos para esquivarlas siempre que se le venían encima.

El P. Julio Muthuon, que le velaba, admiró su inalterable paciencia, su docilidad de niño, su espíritu de fe y de oración en medio del ardor de la calentura y del malestar que le atormentaba. Uno de los momentos en que más sufría, el Padre le sugirió la idea de ofrecer sus dolores al Corazón de Jesús, á Jesús crucificado, y respondió con acento de profunda humildad: «No sé hacerlo; abuso de las gracias.» Y en seguida se puso á decir distinta y claramente: «¡Jesús, yo me ofrezco á vos!» Y repetía: «¡Jesús! ¡María!», ó bien invocaba al santo ángel de su guarda.

El jueves, á eso de las tres de la tarde, hubo consulta de médicos. El médico ordinario de casa se dignó acceder á la invitación del P. Ministro, á pesar de su dolor por acabar de perder á su esposa, que era una excelente cristiana, y hallarse además algo enfermo. No bien le vió el P. Ginhac, le saludó con un movimiento de cabeza y una sonrisa, y le dijo: «Hemos participado de su dolor, querido Doctor, como era justo... Ella salió de este mundo por la buena puerta. ¡Qué consuelo! Esto es lo único verdadero; imítela.» Efecto de la calentura, se reanimaba su figura y el tono de la voz se elevaba. Y dirigiéndose á todos: «¡Ah, señores, cuidad de las almas; avisadlas!» El P. Ministro intervino, y le dijo: «Que se fatiga, Padre, hable más bajo.» Y poco después: «¿Qué piensan, señores, de mi estado? Gracias á Dios no tengo miedo á la muerte.»—«Padre mío, le encuentro muy débil. Hay que prepararse, y recibir los Sacramentos. Prisa no hay, pero...»—«Muy bien», repuso, y dirigiéndose al P. Ministro á quien buscaba con los ojos: «¿Oye V. R.? Hay que administrarme la Extremaunción.»

Pronto estuvo todo dispuesto para la administración de los últimos Sacramentos. Según es costumbre, el P. Ministro dirigió al enfermo algunas palabras de exhortación. Cuando le preguntó: «Padre mío, pide V. R. perdón.» «Sí, sí—respondió el enfermo,—sí, al Muy R. P. General,

al R. P. Provincial, á todos, Padres y Hermanos.» Y después visiblemente conmovido: «No debían haberme conservado en la Compañía, ¡no era digno!»

Como no hubiese logrado sin dificultad despegar de la lengua una hostia que se le dió para probar, y hubiese tenido que hacerlo el P. Ministro, se le propuso que tomase una partícula en una cucharadita de agua. A lo cual él respondió: «Nada de extraordinario para mí.» Pero con grande alegría de todos, le dieron una partícula consagrada. Luego le administraron la santa unción, respondiendo él *Amen* á cada una de las unciones, como sus hermanos, y siguiendo con la misma atención las oraciones de la recomendación del alma. «Le observé entonces más que nunca—dice un tercerón,—y lo que me llamó la atención, todo el tiempo que duraron estos sufrimientos, fué que tenía verdaderamente la figura de un *Ecce Homo.*»

«Nunca olvidaré—dice el P. Félix Pradel—con qué acento de profunda y estupenda humildad pidió perdón á todos antes de recibir los sacramentos. Y como después le suplicase yo que rogase por mí cuando estuviese en el cielo: «Si voy allá», me respondió el santo.»

Una hora más tarde, advirtiendo el P. Espiritual que el enfermo no había dado á la comunidad su bendición de Superior, se avisó de nuevo á los Padres y Hermanos para recibirla. «Yo me había quedado á la puerta del cuarto—refiere un tercerón,—y esperaba un momento favorable para dar mi último adiós á nuestro Padre y hacerle mis encargos para el cielo. Viendo que venía la comunidad, entré el primero, y aproximándome al lecho, tomé la mano del Padre y se la besé. No dió muestras de haberme conocido. Así es que le dije: «Padre mío, ruegue por el P. Orti.» No bien oyó mi nombre, se sonrió y me puso su mano ya lánguida sobre la cabeza. Uno que vió esto no pudo contener las lágrimas.»

Al poco tiempo lloraban todos; sólo el moribundo, sobreponiéndose á la emoción y fijando la vista sobre todos

sus hijos arrodillados ante él, pronunció la fórmula litúrgica de la bendición; luego todos quisieron besarle la mano antes de retirarse. ¡Era el último adiós!

A partir de este momento, los Padres designados para asistirle no cesaron de sugerirle pensamientos piadosos y jaculatorias, á los cuales manifestaba unirse devotamente.

«Observamos—dice el P. Pradel—que unas horas antes de expirar buscaba la mano de los que le rodeaban. El Padre que permaneció á su lado después de recibidos los últimos sacramentos, tenía cogida, con gran consuelo suyo, la mano del P. Instructor; y cuando el intervalo entre jaculatoria y jaculatoria era muy marcado, sentía que aquella bendita mano le apretaba la suya, como si le dijera: «¡Vamos, otra más!» Este apretón era más fuerte, cuando le sugería al moribundo pensamientos como éste: «¡Oh Jesús, quiero hacer vuestra santa voluntad, toda vuestra voluntad, nada más que vuestra voluntad, y eso por amor!» Ó también: «¡Quiero sufrir, ¡oh Jesús!, todo cuanto Vos queráis y el tiempo que Vos queráis, por la Iglesia, por la Compañía, por las almas, y esto por amor!» Algunas veces el santo varón, al mismo tiempo que apretaba la mano, decía un «sí» muy acentuado.»

Seguía devotamente al P. Peyré, que pronunció en voz alta, junto á él, los votos de la Compañía. Este mismo Padre le dijo en seguida: «Padre mío, ¡alcánceme la gracia de morir en la Compañía!»—«¡Oh, qué gracia!—respondió el Padre.—¡Yo no era digno de ella!»—«¿No se cansa V. R. de oírme rezar el rosario?»—«No», le dijo con un movimiento de cabeza. Acabado el santo rosario, dijo el Padre: «*Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus*». A lo cual el enfermo, volviéndose, dió las gracias con una sonrisa amabilísima.

El P. Juan de Nicolay tuvo la dicha de quedarse con el siervo de Dios. «Hacia eso de las cinco—dice,—no cesaba de repetir: «¡Jesús! ¡María!», y buscaba con los labios el crucifijo. Después, de repente, dando un gemido, dijo:

«¡Me arrepiento! ¡Me arrepiento! ¡Perdón! ¡Perdón!», y pidió al P. Espiritual la absolución.

»Más tarde, el Padre ni veía ni hablaba. Sugeríle yo algunas piadosas jaculatorias, y conocí en seguida en su rostro que el alma estaba atenta, y vi que me seguía con admirable fervor. Cesé un momento; pero observé en seguida que el enfermo se volvía hacia mí con gran expresión de angustia. Adivinando que quería rezar, reanudé las jaculatorias: mostraba todavía ansiedad y angustia, y entonces acudí á palabras de resignación y confianza que escuchaba con visible atención. «*Pater, in manus tuas commendo spiritum meum! In te confido!* Dios mío, os doy mi vida... Os entrego mi corazón... *Credo! Spero! Amo!*» A esta última palabra llevó la mano al corazón. Repito entonces: «Dios mío, os amo con todo mi corazón.» Entonces levantó vivamente el brazo como ofreciendo su corazón, al mismo tiempo que dirigía al cielo una mirada que ya no veía la tierra. Repetí dos veces: «Con todo mi corazón», y entrambas repitió el mismo gesto y la misma mirada, con el mismo fervor. Detúveme otra vez un poco, y entonces el Padre (sin duda en señal de reconocimiento) me alargó la mano, dejándola unos minutos en la mía.»

A las nueve, se quedaron con él solamente el P. Nazareth y un Hermano Coadjutor. La crisis de la tarde había pasado, el rostro aparentaba calma, y la respiración era menos fatigosa. Fué un rayo de esperanza. ¡Cómo se agarra uno á cualquier cosa en estas horas de mortal angustia! «Pero á eso de las diez—dice el P. Nazareth,—el enfermo parecía sufrir más. Luego volvió á tener otro rato de sosiego. El Padre juntaba las manos sobre el pecho en actitud de quien reza.

»De repente, la respiración se hace más difícil. Se avisó al P. Ministro, el cual dió al enfermo la última absolución, y poco después, á eso de las diez y media, mientras decíamos en su nombre y por él, de rodillas: «*¡Jesús, misericordia!... María, Mater gratiae*, etc.», notamos que ya no

respiraba: su santa alma acababa de comparecer delante de Aquél á quien tanto había amado en la tierra. Recitamos el *Subvenite*, y cerramos los ojos al bienaventurado difunto. Su rostro nos pareció casi sonriente.»

Al levantarse la comunidad á la mañana siguiente, supo con dolor que el P. Instructor ya no existía. El R. Padre Provincial, avisado por teléfono el jueves por la noche, tuvo el sentimiento de no poder llegar á tiempo de consolar y bendecir en aquella última hora, en nombre de la Compañía, á quien tanto había trabajado por ella. Cuando se presentó, el viernes por la mañana, en la portería, el Hermano portero le recibió con lágrimas en los ojos, y le dijo: «Ya es tarde.» La comunidad estaba en los funerales del P. Issoulier, mientras que algunos Padres enfermos velaban junto al cadáver del P. Rector. Muerto él, la casa parecía desierta. Después de mediodía, el cadáver del santo Instructor quedó expuesto en la capilla de San Ignacio, viniendo muchísimos fieles á verle, á pesar de la nieve, y del *trancazo* que había en la ciudad. Durante toda la tarde, algunos Padres estuvieron ocupados en recibir los objetos que les traían para tocarlos á los preciosos despojos.

El sábado, 12 de Enero, á eso de las ocho, se reunió la comunidad en la capilla de San Ignacio. «El ataúd—dice el P. F. Frugès—estaba rodeado de Padres antiguos y de Superiores venidos de Tolosa para los funerales; sólo el pie del ataúd quedaba libre, y allí me coloqué yo. Apenas levantaron el cadáver, me pareció resplandeciente con luz de gloria, luz que se hizo más intensa cuando le colocaron en la caja. Especialmente el rostro era de una hermosura celestial y respiraba bienaventuranza.» A los demás testigos de esta escena les llamó la atención el suave resplandor que aparecía sobre la inanimada figura del siervo de Dios [1].

(1) Presente yo mismo á esta escena, é inclinado sobre la caja, percibí este suavísimo resplandor, y oí al P. Frugès expresar su admiración; pero él veía una luz más viva; aunque no fué solo él.

Todos, á pesar de su inmensa tristeza, experimentaban un vivo sentimiento de paz y de alegría, al prestarle aquellos últimos obsequios. «Pobre Padre—dijo uno de ellos,—¡qué dirá ahora viendo que tratamos con tanta veneración este cuerpo á quien él tanto atormentó y despreció tanto!» En la caja de plomo, el P. Provincial grabó por sí mismo estas palabras: «Padre Pablo Ginhac, S. J.»

La misa se celebró en Nuestra Señora de la Platé; unos cuantos jóvenes habían solicitado desde la víspera el favor de realzar con sus piadosos cánticos la sencillez de los funerales. Se verificaron con la piadosa asistencia del clero, de las comunidades religiosas y de multitud de fieles de todas clases.

Citemos, en primer lugar, una persona piadosa que se hallaba entre la multitud. Habiendo leído en la segunda edición este hecho, que se omitió en la primera, así como todos los hechos maravillosos, nos manifestaba su satisfacción: «Luego V., le dije, ¿ha oído relatar el hecho?» «No, que fuí testigo de él», contestó. «Tal vez creyó V. verlo, por haber oído decir á un Padre que él veía una aureola de luz». «Yo no oí nada de eso, pero sí vi esa aureola; así es que me admiré de que en la primera edición de la vida no se dijera nada.»

El P. Juan de Nicolay, habiéndosele suplicado que anotase sus recuerdos, nos escribía el 5 de Abril de 1904: «En el momento en que levantaron el cuerpo del venerable P. Ginhac, para pasarle del túmulo donde estaba expuesto á la caja que estaba en tierra, vi que el rostro del difunto resplandecía de pronto con vivísimo resplandor. No eran propiamente rayos que le circundaran; mejor me expresaría diciendo que vi los rasgos de las facciones del P. Ginhac resplandecer, pero conservando su tinte cadavérico.

»El fenómeno se atenuó poco á poco, cuando el cuerpo estuvo en la caja. No di gran importancia á esto, pensando que sería efecto de alguna ilusión de mi imaginación. Mas al oír, pasado algún tiempo, las alusiones que hacía á ello un Padre tercerón estando en recreo, confesé por primera vez que yo también lo había visto.»

EL P. PABLO GINHAC

en el lecho de muerte.

CAPITULO XVI

Fama de santidad del siervo de Dios

I. Ilustres testimonios.—II. Gracias obtenidas por su intercesión.—III. Introducción de la causa.

I

La noticia de la muerte del P. Ginhac se propagó rápidamente, causando en todos los sitios donde había ejercitado su celo, una como explosión de los sentimientos de amor y veneración que le tenían. El dolor iba mezclado de alegría; perdían un santo en la tierra, pero ganaban un intercesor en el cielo. Las oraciones y sufragios que ofrecían por el eterno descanso de su alma, se cambiaron muy pronto en peticiones y acciones de gracias: acciones de gracias á Dios Nuestro Señor, que se había dignado glorificarle con el brillo y resplandor de la virtud y de la santidad; peticiones al mismo Señor para que tuviese á bien glorificarle con el resplandor de los milagros. Muchas personas experimentaron sensiblemente el influjo de su celestial protector.

La relación de sus últimos momentos se leyó con emoción y no sin gran fruto espiritual. Todos se sentían movidos á menospreciar el mundo y á vivir sólo para Dios [1].

(1) En apoyo de cada una de estas afirmaciones, podríamos aducir palabras y hechos; pero, debiendo ser breves, citaremos tres de los más notables: En el momento en el que el P. Ginhac expiró, su recuerdo se presentó vivamente á la Superiora de una comunidad de Tolosa, causándola tanto consuelo que, á pesar de las noticias tranquilizadoras dadas la víspera sobre la enfermedad del venerado Padre, no pudo menos de decirse: «Ya está en el cielo».—En Castres, y á la misma hora, otra Superiora sintió parecida consolación y tuvo interiormente la misma convicción.—Y el P. Capdepon escribe: «Al saber la noticia de la muerte dichosa del P. Ginhac, no pude contener las lágrimas: y así estuve largo rato llorando, de sentimiento, sin duda, pero mucho más de alegría. El pobre Padre, me decía yo, ya no sufrirá más: ya está en la gloria.»

Muy pronto se recibió con grande alegría en todas las casas de la Provincia de Tolosa una circular del R. P. Provincial, que resumía las virtudes del siervo de Dios:

«El 10 de Enero, á eso de las 11 de la noche, Nuestro Señor llamó para sí á aquél á quien amábamos como á padre y á quien venerábamos como á santo. Esperáis algunas noticias acerca de sus postreros momentos; y al mismo tiempo que os remito las que acabo de recibir, me siento como forzado á recordaros sus virtudes y á buscar juntamente con vosotros, en este recuerdo, motivos de consuelo y confianza.

»Encargado hacía ya más de 40 años de la formación espiritual de los Nuestros, en el noviciado y en la tercera probación, el P. Pablo Ginhac nos dió siempre ejemplo de la perfección á que nuestro Bienaventurado Padre nos invita. ¡Cuánta no fué su abnegación! Había vuelto contra sí aquella rara energía de voluntad de que Dios le había dotado; no concedía nada á la naturaleza, antes la mortificaba sin tregua ni descanso; el «yo» parecía no existir en él. Pero cuanto tenía de duro y severo consigo mismo, tanto tenía de dulce y bueno con los demás. ¿Quién de los que le han tratado podrá echar jamás en olvido lo delicado y fino de su caridad? Sus atenciones eran verdaderamente maternales; nunca se cansaba, y manifestaba este amor con una abnegación á toda prueba. Tímido por carácter, el Padre Ginhac gustaba de ocultarse y desaparecer; además, había sacado de la meditación tan bajo sentimiento de sí mismo, que con la mayor sinceridad decía ser incapaz de todo bien, indigno de pertenecer á la Compañía, é indigno también de ir al cielo. Pero este sentimiento tan íntimo de la propia nada y de su impotencia, desaparecía desde que se manifestaba la voluntad de Dios; apoyado en la gracia divina, estaba dispuesto á emprenderlo todo, con esa magnanimidad que fué uno de los rasgos más salientes de su carácter y de su dirección. En el servicio del Rey divino quería generosidad sin límites, esforzándose por desarro-

llarla en las almas todas con quienes entraba en relaciones; ejercicios, correspondencia epistolar, conversaciones, todo le servía de medio para dilatar el reino de Nuestro Señor, para excitar á todos á no negar nada á la gracia, y á aspirar y caminar sin debilidad, hacia la perfección que nuestro bienaventurado Padre Ignacio nos dejó trazada en los ejercicios.

«Con qué ardor tendía él mismo, y con qué constancia, ya lo sabéis vosotros, que le visteis siempre penetrado íntimamente del sentimiento de la presencia de Dios, despidiendo rayos de fervor en el sagrado altar, fiel observador de las reglas más menudas y de los usos más insignificantes, ávido de humillaciones y de mortificaciones, santamente enamorado de la divina voluntad, celoso de su mayor gloria, animado de ternísimo amor hacia la Compañía y hacia la Iglesia Católica. Vosotros le visteis siempre igual, siempre manso y humilde, caminar sin desfallecer jamás por esta vía de la perfección, por la cual nos invita á caminar tras él. Sin duda para alentarnos, nos ha puesto Dios delante de los ojos este religioso tan perfecto. Ha desaparecido de nuestra vista, pero continúa viviendo en nuestros recuerdos; y por una gracia especial, sé que habla á muchos corazones con más fuerza que cuando estaba vivo, é intercederá por nosotros con tal que nosotros nos esforcemos por imitarle.»

También el Muy R. P. General escribió al P. Provincial, el 12 de Febrero de 1895:

«He leído con vivos sentimientos de pena y admiración la relación de los últimos momentos del P. Ginhac. Una santa muerte ha sido el coronamiento natural de una vida santa. Elogiando cual convenía esta larga existencia, cuya trama fué un continuado heroísmo, y haciendo resaltar los méritos sobrenaturales que con tanto esplendor esmaltaron el maravilloso tejido de su vida; ha pagado V. R. justo tributo de alabanza á la memoria de un hombre á quien todos honran, y que me es especialmente amado...»

Cuenta luego el R. P. la acogida que le hizo en Tolosa, citada más arriba, (cap. VII), y prosigue: «Diga V. R. de mi parte á los Padres y Hermanos de la provincia de Tolosa, que Nuestro Señor, al llamar para sí al P. Ginhac, ha querido mostrarles, puesto en lugar más elevado y en todo el brillo de sus perfecciones, el modelo que deben imitar. Si no llegaren á reproducirle enteramente, mucho será haberlo intentado.»

LUIS MARTÍN, S. J.

No contentos los religiosos de la Compañía de Jesús con modelar sus almas conforme á este ideal de perfección, muchos de ellos se le proponían á los demás, y experimentaban que influía con fuerza y suavidad sobre las almas.

En los ejercicios ó retiros pastorales que da anualmente cierto eclesiástico de dignidad elevada, ha hecho la misma experiencia, proponiendo el ejemplo del P. Ginhac al mismo tiempo que el ejemplo del santo Cura de Ars.

«La última temporada que prediqué en Versalles—escribía él,—Monseñor Goux decía delante de muchísimos sacerdotes: «Señores, nunca he conocido hombre tan abismado en Dios, tan crucificado como el P. Ginhac. Convidado á una solemne fiesta del Colegio de Santa María, me encontré á su lado; no habiendo podido dispensarse, asistió á una fiesta dramática que daban los alumnos. Como todos hablaban de la modestia y del recogimiento del Reverendo Padre, quise enterarme por mí mismo *de visu*. No le perdí ni un solo instante de vista. Pues bien, durante la representación, que fué larga, no levantó los ojos ni una vez á la escena. Esto no es imitable, pero ¡qué hermoso es y qué edificante!»

«En cuanto á mí—continúa el venerable eclesiástico,—comprendo lo que decía cierto hombre de mundo que se encontró una vez con el P. Ginhac. Tuvo con él una entrevista de veinte minutos, y luego decía: «Ahora, des-

pués de haber visto y oído á este religioso, creo en lo sobrenatural y divino.» En efecto, no hay energía humana capaz de llegar por sí sola al heroísmo de esa vida de abnegación, de olvido de sí, siempre inmutable. Así es que en los momentos tristes y sombríos, sólo el recuerdo del Padre Ginhac bastaría para sostener mi fe vacilante; siempre se me presenta como una visión de lo sobrenatural.»

Junto con esta admiración despertaba en todos la confianza: «*Yo le invoco cada día*». Así lo dicen Monseñor Cazet, el P. Blanchard y otros muchos [1].

Todo cuanto había usado en vida el siervo de Dios, lo recogieron sus hermanos en religión, después de muerto, con religioso respeto. Desde los primeros días comenzaron á pedir pedacitos de vestidos, los cuales conservaban como reliquias y aplicaban á los enfermos, cuando tenían ocasión. Esta confianza, premiada y autorizada con favores en gran número, ha ido creciendo sin cesar, extendiéndose á multitud de fieles que nunca conocieron al siervo de Dios. Diríase que una corriente de gracia los mueve á invocarle.

Con esto se comprende cuánto desearían todos una vida del siervo de Dios. Apenas vió la luz pública, alcanzó una difusión inesperada, con sorpresa de los más optimistas; religiosos, sacerdotes, seglares, todos se aficionaron á la lectura de una vida tan sencilla, con tal interés y aprovecha-

(1) Citemos, siquiera, un testimonio; en él están compendiados los diferentes sentimientos que expresan otros muchos en sus cartas: «Para mí (dice el P. A. Thiébaud, de la provincia de Lión), el P. Ginhac era el tipo de aquellos que llamamos *mundo crucifixos et quibus mundus ipse est crucifixus*. Desde que le conocí, siempre que pienso en él, no puedo representármele de otra manera que suspendido en la cruz con Cristo Nuestro Señor. Desde que ha muerto, siento más sensiblemente su presencia y su recuerdo en lo interior de mi alma. Nunca dudé de que se introduciría su causa. Vivió este hombre en un olvido tan perfecto de sí mismo, que no es posible que Nuestro Señor no le glorifique cuanto antes. He copiado la oración al P. Ginhac que salió en el *Messager du Coeur de Jésus*. Habiendo tenido la dicha de recibir de mano de uno de los que le asistieron en sus últimos momentos, algunos cabellos del venerado Padre, los he hecho meter dentro de un relicario. Tengo cinco cartas suyas, y las guardo como otras tantas reliquias. Que Nuestro Señor me proporcione alguna ocasión de obrar con ellas un milagro.»

miento, que sólo puede explicarse por influjo sobrenatural. De esta manera continúa su apostolado el apóstol del Corazón de Jesús, iluminando, animando, consolando é impulsando á la abnegación y al amor.

Sus discípulos creen verle en estas páginas escritas en cierta manera por ellos; les parece oírle hablar y exclaman: «¡Es el mismo!» Otros, aunque reconocen la verdad y fidelidad del retrato, lo encuentran inferior á la realidad. El heroísmo de esta virtud, que espanta á veces nuestra flaqueza, les parece que no está á la altura del ideal que ellos tuvieron delante de los ojos, y que el P. Ramière, apóstol del Corazón de Jesús, describió un día con estas palabras: «Encontramos religiosos y sacerdotes de eminente virtud y decimos: ¡Qué sacerdote tan santo! ¡Qué director tan santo! ¡Qué hombre tan santo! Pero del Padre Ginhac hay que decir sin epítetos: ¡Qué santo! porque lo es en toda la fuerza y extensión de la palabra.»

II

«Dios ensalza á los humildes.» Por eso, apenas su siervo había dejado este mundo, le sacó de la oscuridad, ciñéndole con una aureola de gloria.

Los restos mortales del P. Ginhac, señalados con una cruz modesta y sencilla, descansaban en la parte del cementerio reservada á los eclesiásticos, pero gracias á la generosidad de los fieles, se alzó un monumento para depositarlos más honoríficamente. Verificóse la traslación el 9 de Diciembre del mismo año 1895, con una fiesta conmovedora, en la cual las cenizas de los demás jesuitas que reposaban en el mismo cementerio, fueron recogidas religiosamente y colocadas debajo de las de su glorioso hermano, formando en cierta manera su escolta de honor. Sobre la piedra gris del mausoleo se lee la siguiente inscripción:

MIHI VIVERE CHRISTUS EST

Mi vida es Cristo

Toda la vida del P. Ginhac está, efectivamente, encerrada en estas palabras.

Este sepulcro se ha convertido en lugar de peregrinación; hasta de muy lejos vienen á pedirle gracias y favores, ó á agradecerle los ya obtenidos. Algunas hojas tomadas de las plantas que crecen humildemente junto á su sepulcro, han sido distribuídas como reliquias; y Dios Nuestro Señor, según nos han asegurado, ha bendecido la fe ingenua y sencilla que había inspirado esta confianza.

Pero lo que sobre todo ha bendecido el Señor, son las oraciones que se le han dirigido en nombre del siervo de Dios. No queremos decir que sean verdaderamente milagrosos todos los hechos que nos han contado; pero atendiendo al menos á su multitud y variedad, es preciso reconocer en ellos la intervención divina.

Es cosa muy digna de notarse, que los primeros favores datan, por decirlo así, del día siguiente al de la muerte del P. Ginhac; parecen fruto precoz, pero natural y espontáneo de la veneración en que se le tuvo siempre durante su vida.

I.—1.—En el convento de Carmelitas de Tulle, acababan de saber el dichoso fin del P. Ginhac; dos días después, la Madre Priora tuvo la inspiración de pedirle la curación de una Hermana lega, víctima hacía ya ocho años de una grave enfermedad de estómago. Tenía á mano un tesoro, la cubierta del breviario del venerado Padre. Corta, pues, un pedazo, lo sumerge en agua, é invita á la enferma á que beba de ella todos los días de la novena, que comenzaron en seguida con gran confianza. El último día, la curación era completa, sin que después haya sido desmentida.

2.—Animada por este prodigio, la favorecida invitó á su hermana primero y luego á su cuñado á recurrir á su protector. La enfermedad que padecían se había resistido á las prescripciones de los médicos, pero cedió á este remedio sobrenatural. Una carta fechada el año de 1903 y

acompañada del testimonio del Doctor, afirma que desde entonces están perfectamente sanos.

3. — Sor María Bernarda, novicia del convento de Santa Clara, padecía de una enfermedad de estómago como la carmelita de Tulle, y había ya perdido la esperanza de ser admitida á la profesión. Los médicos se reconocían impotentes, no sólo para aliviarla, sino para impedir los progresos del mal. Estando casi del todo desanimada, leyó la relación de la muerte del P. Ginhac. A principios de Marzo, vino de Castres para las confesiones de las Cuatro Témporas el P. Deshortes, del cual obtuvo algunas reliquias del venerado difunto. En seguida se encomendó á él. La enferma llevaba consigo algunos pedazos de la sotana del P. Ginhac. Mucha era su confianza, á pesar de las violentas crisis que padeció el primero y segundo día de la novena. Al tercero, sintió mejoría, la cual fué aumentando insensiblemente hasta su completa curación. Muy pronto pudo la enferma seguir sin fatiga ninguna el régimen de la comunidad, teniendo luego la dicha de alistarse para toda su vida bajo el estandarte de Santa Clara.

4. — Por este mismo tiempo, una familia de las más distinguidas de la Isla de Mauricio, pasó de las angustias á la esperanza, y del dolor á la alegría, merced á la protección del P. Ginhac.

«A fines de Abril de 1895 —escribía la señorita Adam— mi hermano Pedro, de edad de 16 años, fué atacado de una fiebre tifoidea, que en poco tiempo ofreció los síntomas más alarmantes... Propúsele yo hacer una novena al P. Ginhac; accedió gustoso mi hermano y manifestó todo el tiempo gran confianza en este remedio sobrenatural. Con frecuencia, aun en medio del delirio, se le oía exclamar: «Padre Ginhac, curadme.» Y rezaba varias veces al día las preces de la novena.

Sin embargo, su estado continuó agravándose, hasta el punto de no latirle casi el corazón, desfigurársele la cara, y desesperar de su vida los médicos: aguardábamos la muer-

te de un momento para otro. Pero he aquí que después de algunas horas de esta especie de agonía, se produjo una ligera reacción. Nosotros continuábamos invocando al P. Ginhac con más ardor y más afecto. Fueron oídas nuestras súplicas. Y el buen P. Ginhac no ha hecho las cosas á medias; pues mi hermano, que había quedado débil, hasta el punto de haber perdido las nociones de todo, recobró en muy pocos días toda su lucidez de espíritu y toda su inteligencia: está perfectamente restablecido de su salud. Nunca ha dudado él de la intercesión del P. Ginhac, y nosotros estamos completamente persuadidos de que esta curación se la debemos á él.»

Otra hermana de este enfermo, religiosa de María Reparadora, añade: «Esto pasaba al otro lado de los mares, y yo estaba en Francia. Por carta me habían avisado que mi hermano estaba algo enfermo, pero que no era cosa de cuidado. Un mes más tarde, poco más ó menos, el día mismo en que estuvo á la muerte, sentíme movida interiormente de una manera extraordinaria á encomendarle al P. Ginhac. Nada sabía ni de su estado ni de la novena que habían comenzado. Poseída de terrible angustia, me arrojé en espíritu á los pies del bienaventurado Padre, suplicándole que se dignase rogar por mis parientes y devolver la salud á mi querido hermano. ¿Cuál no sería mi emoción, cuando unas semanas después, supe que en este mismo día había experimentado la protección del venerado Padre, en el momento mismo en que, según todas las apariencias y el parecer de los médicos, debía haber expirado?»

5.—Poco después de la muerte del P. Ginhac, dos jóvenes, discípulos en el convento de la Presentación de Castres, fueron atacados de dos enfermedades graves: el uno moría de una afección al pecho, y el otro de meningitis. Después de haber invocado al Padre y haberles aplicado una reliquia suya, con gran admiración de todos, desapareció el peligro, y poco á poco los moribundos recobraron la salud.

6.—En Tolosa, Sor Teresa de Jesús, religiosa carmelita, tenía un oído atacado de sordera. Invitada por otra persona á encomendarse á aquél que tantas veces había devuelto la paz á su alma, le ocurrió decirle: «Benditísimo Padre, si quisierais podríais también curarme.» Dios escuchó esta sencilla oración, pues reparó muy pronto en que la sordera había desaparecido casi por completo. El especialista á quien se avisó, y que había declarado el mal incurable, se contentó con decir: «Ha sido V. escuchada.»

7.—De no menor confianza é ingenuidad fué la oración de Sor María, conversa del Carmelo de Castres. De edad de 73 años y además afligida de muchos dolores, no podía moverse sino arrastrándose y apoyada en un báculo: el ruido de este báculo resonaba por todas partes en aquella mansión del silencio y recogimiento. Afligida por este desorden, la pobre enferma se dirigió al P. Ginhac y le dijo: «Buen Padre, no os pido mi curación, sino solamente las fuerzas suficientes para andar sin necesidad de apoyo, para no turbar el silencio del monasterio.» Púsose una reliquia de su protector en la pierna dolorida, y comenzó una novena. El último día, después de recibir la sagrada comunión, conoció haber sido oída: desde entonces ya no ha vuelto á oírse el báculo de la buena anciana.

8.—Esta misma fe candorosa parece ser la que Dios oyó y premió en el convento de Nuestra Señora, en Rodez; oigamos lo que refiere Sor San Luis:

«Homenaje de profundo agradecimiento al R. P. Ginhac. Al bajar una escalera, se me torció un pie: á los pocos pasos experimenté un dolor tan violento que perdí el sentido. El pie se me hinchó: hubieron de llevarme á mi celda y ponerme sobre la cama. Los dolores me tuvieron despierta hasta las once de la noche. De repente, me ocurrió una idea: me acordé del P. Ginhac, cuya edificantísima vida leíamos entonces, y le hice esta oración: «Buen Padre Ginhac, que fuisteis tan santo en la tierra, y no me cabe la menor duda de que sois poderosísimo para con

Dios en el cielo: Me siento muy mal, ya no podré levantarme para oír misa, y me veré obligada á tener que dejar la sagrada comunión; además tengo mucho que hacer y no me queda tiempo para estar en cama. Oh gran santo, que tan compasivo fuisteis en la tierra, obtenedme la curación.»

«Después de haber dicho estas palabras dictadas por la más completa confianza, me quedé dormida. A la hora poco más ó menos, desperté y ya no sentía dolor ninguno. Me miro el pie y no quedaban ni rastros de la hinchazón, pudiendo levantarme á la mañana y bajar sin ayuda de nadie la escalera: tenía el pie en su estado normal.

«Alabanza y gloria al siervo de Dios.»

II.—Iguales acentos de agradecimiento nos llegan de varias casas religiosas.

1. En Tolosa, la R. Madre Priora del Carmen, tenía un hygroma en la rodilla, que desapareció el último día de la novena hecha al P. Ginhac, poco después de su muerte.

2. Una Hermana franciscana de Saint-Bauzille se había dislocado un brazo y sufría vivísimos dolores. La aplicación de una reliquia calmó los dolores y causó la curación. (Febrero de 1897).

3. La Superiora del convento de San Mauro, en Uzés, recurrió al mismo remedio en una crisis de gastro-enteritis, y no sólo sintió alivio, sino que fué curada. (Octubre de 1899).

4. En Meillac, un Hermano de la Doctrina Cristiana, muy joven, tenía una hinchazón en el pie, que le impedía el desempeñar su clase: metieron una reliquia entre las vendas, y á la mañana siguiente el pie estaba en su estado normal.

5. En Chatelet, en el Hainaut, la Madre Superiora del Hospital á consecuencia de una caída, tenía resentidos los músculos y tendones del brazo izquierdo: después de toda suerte de tratamientos, se veía condenada á la inacción. Invocó al P. Ginhac: aplicaron una reliquia al brazo enfer-

mo, y pudo muy pronto reanudar sus ordinarias ocupaciones. (Octubre de 1903).

6. El 13 de Marzo de 1904 el Abate V., párroco de Auvezine (Tarn) nos escribía, que en su parroquia, una de las religiosas que hoy día son víctima de la persecución, sufría horriblemente de una afección al estómago. Contra todas las esperanzas del médico, fue súbita y enteramente curada después de una novena al siervo de Dios.

III.—Dignos son de toda compasión los pobres obreros condenados por la enfermedad á no poder trabajar. Dios ha querido que el P. Ginhac socorriera á muchos de estos desgraciados.

1. «¡Cuán dichosa soy—escribe de Isla del Tarn una bordadora de ornamentos de iglesia—al poder anunciar que la reliquia y la novena han hecho maravillas! He comenzado ya á trabajar, y ahora hago la jornada entera sin fatiga ni cansancio. Estoy segura de que debo al P. Ginhac mi completa curación. Continuaré invocándole para pedirle otras gracias.» (18 de Abril de 1901).

2. El 12 de Octubre de 1902, una persona de Dakar, en el Senegal, suplica al *Mensajero* (francés) que publique, para gloria del siervo de Dios, cómo, por intercesión suya, había obtenido la suficiente salud para desempeñar su oficio.

3. El jardinero de la Alameda Corbière en Castres, tenía en la pierna un eczema crónico y purulento; invocó al Padre Ginhac, á quien había conocido, y el mal desapareció en unos cuantos días, para no reaparecer más.

4. En Verviers, un joven, M. F. L. había sido atacado hacía cuatro meses de una parálisis tan completa y tan grave, que los médicos no respondían de su vida: todos los remedios eran inútiles. Después de una novena, el enfermo experimentó un mejoramiento sensible y duradero. Se ha reconocido deudor de ello al P. Ginhac, con grande agradecimiento.

5. En Verviers también y casi al mismo tiempo, por

Febrero de 1904, la señorita A. L., gracias á una novena hecha al P. Ginhac, pudo dedicarse á trabajos duros y penosos; siendo así que hacía ya siete ú ocho meses que, á pesar de todas las prescripciones médicas, sufría agudísimos dolores no bien hacía el menor movimiento. Por Agosto de 1905, renovó la expresión de su agradecimiento, declarando que el favor recibido continúa.

IV. El P. Ginhac, invocado en las operaciones quirúrgicas, ha obtenido de Dios ó buen resultado ó una mejoría que ha hecho inútil la operación; así lo testifican muchas cartas venidas de Castres, de Tolosa, de Saint-Geniez d'Olt, de Quimper, etc.

1. En Lila, á la señorita L. W., á consecuencia de una operación, le había quedado en la mano una herida que no se cerraba. No sabiendo ya los médicos qué remedio emplear, se aplicó ella sobre la herida un pedazo de sotana del P. Ginhac. A la mañana siguiente, cambio notable: la piel se había juntado; la herida no ha vuelto á reaparecer. (30 de Junio de 1903).

2. Varias personas atacadas de tisis no han confiado en vano en el poder é intercesión del P. Ginhac para con Dios. En Agen, una religiosa de la Congregación de las Hijas de María, y en Périgueux una salesa, han escapado, gracias á él, de esta cruel enfermedad; más aún, han podido reanudar sin fatiga sus clases y lecciones de música. En Carcasona, la hermana de un jesuita da gracias al siervo de Dios porque le ha curado de una pleuresía mortal.

3. En Castres, una madre de familia le atribuye el mismo favor. Hacia fines de Julio de 1901, recibió los últimos sacramentos; los médicos habían perdido toda esperanza. Sus hijos, para no contristarla con sus lágrimas, se habían retirado á la habitación contigua; de repente, con la mano, pues no podía hablar, les hace señas para que vengan y la den la imagen del P. Ginhac, la cual puso sobre el pecho. Acababa de recordar que un día, había visto orar con mucho recogimienso á varias señoras delan-

te de la tumba del Padre. Llena de curiosidad, preguntóles por qué oraban así, y ellas le respondieron que venían de lejos á dar gracias al siervo de Dios por un favor obtenido. Este recuerdo hizo renacer en la enferma las esperanzas. «Padre mío—le dijo interiormente,—dignaos obtenerme la gracia de vivir todavía algún tiempo, pues soy necesaria á mis hijos; después que haya arreglado ciertos negocios importantes, me resignaré á morir cuando Dios quiera.» Apenas terminada esta oración y aplicada sobre el pecho la imagen del siervo de Dios, los vejigatorios, inactivos hasta entonces, comienzan á dejar sentir sus punzadas; y ella exclama con voz bastante fuerte: «Hijos míos, hijos míos, el P. Ginhac me socorre.» Estas palabras hicieron renacer la alegría en todos los corazones... La mejoría se acentuó más cada día; la enferma es de salud endeble como antes, pero puede desempeñar sus obligaciones. Lleva siempre aplicada al costado la imagen de su protector, y temería recaer si así no lo hiciera.

V. También los niños participan de los favores del venerado Padre. En vida los amaba mucho; y bien recordamos las palabras de viva compasión que le inspiraban, viendo hoy día sus almas en tanto peligro. ¡Con qué indignación hablaba contra los modernos Herodes un día de los Santos Inocentes! Es, pues, muy creible que en el cielo interceda por ellos especialmente.

1. Así lo aseguran los padres de dos niños Malgaches de Tananarive, Marcos y Andrés, cuya curación obtenida contra la esperanza de los médicos por intercesión del P. Ginhac, refiere el Padre José de Villèle. (11 de Abril de 1904) [1].

(1) De Madagascar tenemos más testimonios: «El P. Ginhac es ya uno de los *protectores* de la parroquia de San Juan Bautista. Se había desarrollado en estos parajes una epidemia, consistente en fiebres malignas. Pues, todos los que han hecho la novena al Padre, se han librado, y eso que muchos de ellos habían sido ya oleados. Dígnese agradecérselo en compañía nuestra y suplicarle que nos bendiga...

»Cada día veo y siento más la necesidad de imitarle en el amor que tenía

2. Un buen cristiano de Oulias, diócesis de Albi, tenía expirando una niña: tuvo la inspiración de aplicarla una reliquia del P. Ginhac y recitar al mismo tiempo las preces de la novena. En el mismo instante, la niña abrió los ojos y pidió levantarse y comer. «Fué—dice su padre —como quien echa aceite en una lámpara que se está apagando.»

3. La Madre Borja, Asistente de la Congregación de San José de Oulias, después de haber referido el suceso anterior, añade que otro niño, E. B., ha sido curado de una grave indisposición, por la intercesión del Padre Ginhac, cuya imagen es venerada en la familia. (2 de Marzo de 1904).

4. L. M. K. nos escribe de Laval, el 17 de Septiembre: «Gracias á la intercesión del venerado P. Ginhac, nuestra niña, de edad de siete años, atacada de una fiebre mucosa, se curó completamente en tres días.»

5. En Castres, un niño de diez meses se moría del garrotillo: la aplicación de una reliquia del P. Ginhac le devolvió súbitamente la vida. Los padres llenos de admiración, reconocieron en este prodigio la recompensa del celo, con que un tío del niño había desempeñado en Tolosa el cargo de secretario en el proceso ordinario acerca de las virtudes del siervo de Dios.

VI.—1.—Imposible que los santos sean en el cielo insensibles á las oraciones de aquellos que los amaron en la tierra: esto se ha verificado con el canónigo Chaumet, cuyas

---

al divino Rey; porque aquí no se hace nada bueno, si no es uno hombre completamente sobrenatural...» (Julio de 1905).

He tenido que abrir una escuela para los hijos nacidos de blancos y malgaches, y les he dado por *patrono y protector* al P. Pablo... ¡Qué culpa tienen estos infelices! Y también ellos tienen alma que salvar. He tenido que tomar la cosa á cuenta mía, he pedido ayuda y socorro al P. Ginhac, y todo ha salido bién.» (Nov. de 1905).

Monseñor Cazet acaba de escribirnos: «El P. Coudanne le cuenta su curación. Conforme al parecer de tres médicos, que le habían examinado, no podía durar mucho. Hizo una novena al P. Ginhac, y al fin de ella, la fiebre tenaz que le minaba había desaparecido por completo, sin que se haya repetido.» (Diciembre de 1905).

relaciones con el P. Ginhac, cuando estaba en Paray, ya conocemos. En Mayo de 1904, resolvió acudir al siervo de Dios:

«El interés—dice—que me había mostrado en vida, no debía haberse disminuído con la muerte; y pues se trataba de su causa, si Dios quería que fuese beatificado, era preciso que hiciese milagros. Pedíle, pues, mi curación con gran confianza. Hícele dos novenas seguidas, teniendo aplicado sobre el corazón un pedacito de paño. Tengo perfecto derecho para creer en mi curación, pues desde el mes de Mayo no he padecido nada. Y no sólo esto, sino que puedo inclinarme con toda comodidad para plantar legumbres en mi huerto, cosa que no hacía antes sin experimentar un ataque.

2. ¿Y qué decir de los parientes y amigos de los hermanos del P. Pablo? ¿no tienen títulos muy especiales á su benevolencia? En la Creuse la ha experimentado el padre de un jesuita, M. de P., en un acceso violento de fiebre; y en Maestricht, la madre de un estudiante teólogo, en un ataque de apoplejía.

3. En Arras, el señor C. de B., padre de varios jesuitas, también la ha sentido, y el 30 de Agosto de 1904, escribía: «¡Gloria y amor al Sagrado Corazón! ¡gracias al Padre Ginhac!» La señora C. de B., su esposa, padecía mucho del estómago. *Con gran confianza*, llevó una reliquia del venerado Padre, y ya se encuentra curada radicalmente.

4. No menos agradecido escribía, en 22 de Agosto de 1904, al Director del Mensajero del Corazón de Jesús, un antiguo colegial de nuestro colegio de Vannes, M. de K.

«Hacía cinco años que sufría de una cystitis. Había consultado los mejores especialistas, pero no lograba nada. En Mayo de 1903, me hicieron una operación gravísima, que casi no tuvo resultado ninguno. En fin, que estaba, por decirlo así, abandonado de los maestros en la ciencia. A principios de Julio, me proporcionaron el nú-

mero del Mensajero del Corazón de Jesús que traía un compendio de la vida del P. Ginhac, cuya lectura me impresionó mucho. Resolví pedir una reliquia y acudir á este Padre para lograr mi curación, persuadido que no se haría sordo á las oraciones de un antiguo alumno de los jesuitas. No salieron fallidas mis esperanzas: el mismo día que me llegó la reliquia, me sentí mejor, y desde entonces, camino á grandes pasos hacia la completa curación. Antes pasaba gran parte del día en cama, con frecuencia devorado por la fiebre; ahora puedo dejar la cama y presenciar los juegos de mis numerosos hijos y gozar de la alegría de sus vacaciones: en fin, llevar una vida desconocida para mí hacía cinco años. Atribuyo al R. P. Ginhac esta inesperada mejoría.»

5. Más notable es todavía el favor obtenido el 22 de Diciembre de 1903, en el convento de María Reparadora, cuya relación compendiada nos ha enviado la Madre Superiora María de la Sagrada Corona.

«Sor María de San Félix, inglesa, estuvo hace poco á la muerte, de un tumor canceroso en el estómago. Ya se le había leído la recomendación del alma, y la amada hermanita había perdido el conocimiento y casi ni respiraba. Además, hacía días que experimentaba terribles sufrimientos. Invoqué nueve veces al venerado P. Ginhac, y á la tercera invocación entró la vida en aquel cuerpo helado: le volvieron los colores, la hermana abrió los ojos y habló, y poco después, habiendo pedido de comer, pudo tomar una tapioca. Pero la curación no había sido repentina como se esperaba. Al fin de la novena, la enferma se levantó y se vistió ella sola, y aun fué á la tribuna para asistir al alzar. Para eso tuvo que subir una escalera de cuatro peldaños. Luego bajó sola sin ayuda de nadie al oratorio, y estuvo de rodillas y de pie durante el *Magnificat* que cantamos. Después desayunó bien, y permaneció de pie en la tribuna durante la bendición, pues tiene débiles las piernas. En seguida bajó para ver al Doctor, que

lleno de sorpresa la dijo: «No he sido yo quien la ha curado á V.». Actualmente ha vuelto á encargarse de la portería como antes, y puede comer lo que las demás, cosa imposible para ella desde hacía meses.»

6. Las religiosas de la Providencia, venidas de Reuilly del Loira, se han refugiado en la aldea de Heer, cerca de Maestricht. Sor María Saturnina sufría hacía seis meses una enfermedad terrible y dolorosa, la *Elefantiasis*, que se había hecho ya crónica. A veces todo el cuerpo lo invadía y recubría una especie de *lepra:* «Las piernas sobre todo daban horror—dice la Reverenda Madre Superiora; —estaban hinchadas, de manera que la pobre enferma apenas podía sentarse ni tenerse en pie.»

Esperanzas de curación no había ninguna; pues es enfermedad que se reputa *incurable.* Con todo, como se leía en el convento la *Vida del P. Ginhac,* animaron á la enferma á que acudiera al siervo de Dios. Hízolo la Hermana, al principio únicamente por obedecer; y por Septiembre de 1903, comenzó la novena; pronto sintió confianza y comenzó á encomendarse á él con fervor y constancia. «Bendito P. Ginhac—le decía,—bien sé que podéis curarme; así es que no os dejaré en paz hasta que me hayáis escuchado. Me han hablado de vos algunos que os conocieron; ya habéis hecho muchos milagros, y yo necesito uno; quiero trabajar, quiero conservar mi vocación que peligra, si vos no venís en mi ayuda.»

Así oraba la Hermana diariamente ya cuatro ó cinco días, pero ¡ay! sin obtener lo que pedía. La pobre enferma sufría más todavía que antes, después de haber hecho *once* novenas. Así es que con las oraciones mezclaba sus quejas, aunque ingenuas. El día en que acababa la novena duodécima, 11 de Febrero de 1904, aniversario de la aparición de Nuestra Señora de Lourdes, iban á ser maravillosamente oídos sus ruegos. La víspera experimentó la enferma dolores insufribles; pero hizo sus preces como siempre. «Supliqué al P. Ginhac—dice ella,—que me

alcanzara de Nuestra Señora ó la *curación* ó la *muerte*.»

Después de esta ferviente súplica, Sor María quedó dormida con un sueño tranquilo, cual no lo había tenido desde mucho tiempo. Pero ¡cuánta no fué su sorpresa al despertar por la mañana siguiente! La dichosa enferma se encontraba curada; ninguna hinchazón; ningún dolor; la curación había sido *súbita* y *entera*; en unas cuantas horas, todos los humores que hinchaban los tejidos habían completamente desaparecido sin efusión ni supuración alguna.

Desde entonces pudo Sor María comer con apetito, y pocos días después, desempeñar sin dificultad algunas labores *muy penosas* (1).

VII. Hora es ya de decir algo de los *favores espirituales* obtenidos por mediación del P. Ginhac: Son, sin duda ninguna, los más numerosos; aquel hombre, que en sus ministerios con los prójimos, no veía más que las *almas*, tiene necesariamente que emplear ahora todo su valimiento para con Dios, en pro del bien espiritual de las mismas. No pueden, sin embargo, lanzarse á la publicidad las gracias espirituales que los santos suelen alcanzarnos, porque tienen un carácter demasiado íntimo y personal. En algunas de las que vamos á referir, la paternal bondad de Dios Nuestro Señor, movido por los ruegos de su bendito siervo, ha curado á la vez la enfermedad del cuerpo y las heridas del alma.

---

(1) No parece que Nuestra Señora de Lourdes fuera extraña á la curación de Sor María: también encontramos su intervención en los siguientes favores:

En Marsella, una paralítica fué súbitamente curada el 8 de Diciembre después de una novena á la Virgen de Lourdes, poniendo por intermediario al P. Ginhac. (Carta del P. M. Lafont.)

De China nos escribía el P. Bornet, con fecha 30 de Octubre de 1904:

«Nuestro cocinero, el Hermano Duplain, había recibido ya los sacramentos, á consecuencia, me parece, de una fiebre tifoidea. Ya se le habían rezado las oraciones de los agonizantes, cuando el P. Simonel, tercerón en otro tiempo del P. Ginhac, sugirió al moribundo que se encomendase al bendito Padre; le dió á besar una de sus imágenes y prometió decir tres misas si curaba. El resultado fué excelente; pues el Hermano, que es quien me contó el hecho, ha vuelto á la cocina y no parece dispuesto á dejarla tan pronto.»

»Pero, añade el Padre, ¿no habrá que atribuir la curación también á la Santísima Virgen?, porque le dimos á besar al enfermo unas florecitas cogidas en la gruta de Lourdes, encomendándole á la Virgen Inmaculada.»

1. En Diciembre de 1901, una hija de Santa Clara, del convento de Amiens, pidió al P. Ginhac dos gracias importantes: curación de una enferma y además una reconciliación que deseaba hacía tres años. Fué oída plena mente y como por encanto, en la fecha prefijada.

2. Sor María Isabel, religiosa ursulina de Montpellier, sufría hacía ya seis meses un reumatismo general, precedido y acompañado de una crisis bronquio cardíaca. Había recibido ya la Extrema-Unción y la habían aplicado la Indulgencia plenaria; y todos cuantos la habían visto pensaban que moriría dentro de poco, ó quedaría enferma toda su vida. Pues bien, según ella misma testifica, «habiendo recibido una reliquia del P. Ginhac y leído su vida con grande consolación y provecho espiritual de mi alma, rogué á este santo Padre que me consiguiese la curación, pero sobre todo la paciencia y completa resignación y abandono en las manos de Dios. Y aquí me tiene V. restablecida progresivamente. Ahora, aunque con algún trabajo, puedo hacer los oficios de antes; pero lo que vale más, ha despertado y como revivido en mi pobre alma lánguida, la vida sobrenatural.» (30 de Noviembre de 1902).

3. Una religiosa del Sagrado Corazón de María, escribe de Mortagne en 26 de Febrero de 1904, que su madre, educada en el protestantismo, hacía ya 40 años que no practicaba religión alguna; todas las tentativas para traerla á Dios, habían fracasado. Triste era su situación, vistas sus disposiciones y lo avanzado de su edad. Su hija, desconsolada por no poder acudir ella misma en su ayuda, tuvo el pensamiento de encomendar este negocio al P. Ginhac. Comenzó la novena con esta intención, y no la había aún terminado, cuando la protestante se avino á entrar como dama pensionista en las religiosas del Sagrado Corazón de María de Auteuil.

Viendo que había sido escuchada, la suplicante redobló sus oraciones para lograr su completa conversión. No rogó en vano; pues poco tiempo después, su anciana ma-

dre abjuraba el protestantismo y hacía la primera comunión, á la edad de 84 años: «Verdadero milagro de la gracia—escribe la religiosa,—en el cual hemos visto manifiestamente la intervención del venerado P. Ginhac.»

4. Las religiosas de Nuestra Señora de la Esperanza de Burdeos, tenían cuidado, hacía 12 años, de un enfermo completamente paralítico, pero que conservaba el conocimiento. Hacía treinta años, es decir, desde la primera comunión, este hombre había abandonado toda práctica religiosa. De Dios no sabía más que el nombre, y no tenía el menor pensamiento de convertirse. Al contrario, si la Hermana le exhortaba á arreglar los asuntos de su alma, por lo que pudiera sobrevenirle, respondía siempre con una obstinada negativa.

Por consejo del Reverendo Padre A. de A., colocóse una reliquia del P. Ginhac en la cabecera del paralítico, pero sin que él supiera nada, y al mismo tiempo se hizo una novena. Durante este tiempo, lo que el enfermo hizo fué mostrarse más intranquilo y más exigente con los que le asistían. Comenzóse otra novena, y la reliquia se sumergía en la poción que tomaba el paralítico. Al fin de ella, rindióse espontáneamente, pidió un confesor, se confesó, y después de haber pedido perdón á su familia y á todos, recibió la sagrada comunión con las mejores disposiciones. Hoy día sigue tranquilo y resignado, y gracias á la intercesión del P. Ginhac, se porta como buen cristiano. (Junio de 1904).

5. Por Junio de 1904, en Marsella, una persona que acababa de salir de una pleuresía, fué atacada de hidropesía y mal de corazón. Según parecer de los médicos, la curación era absolutamente imposible; más decían: que el enfermo lo más que podría vivir sería dos meses, y eso con grandes sufrimientos. Recurrieron entonces al P. Ginhac. Al tercer día de la novena, el enfermo pudo moverse; hacia el fin, no sentía el menor dolor, declarando con admiración el señor médico que la hidropesía había desapareci-

do por completo. Además, esta persona, que no era muy piadosa, es ahora cristiano ferventísimo. Por eso se complace en reconocerse deudor al P. Ginhac de su doble curación en el cuerpo y en el alma.

6. ¿No hay en el hecho siguiente un favor del orden sobrenatural al mismo tiempo que una curación corporal?

En Nimes, una protestante de edad de 20 años, estaba gravemente enferma de tisis. Una amiga suya la ofreció una reliquia del P. Ginhac. La religiosa que la asistía jamás había oído hablar del P. Ginhac, y dudaba si recurrir á su intercesión. Pero el afligido padre de la doliente quiso que se ensayara este último remedio. «Tal vez—decía, —se salve con ello mi querida hija.» Ésta, sintiendo confianza, pidió que le aplicaran la reliquia, y en seguida fué escuchada.

En carta de 6 de Enero de 1905, da las gracias al siervo de Dios: «Siendo yo protestante, su bondad para conmigo—dice,—ha sido mucho mayor.» ¡Ojalá le obtenga la completa curación de su alma!

7. ¡Quién pudiera revelar todas las curaciones de almas, ó libertadas del pecado, ó sacadas de la tibieza espiritual!...

Cierta persona joven, que tenía que vivir en un medio hostil á la religión, cometía con gran sentimiento suyo faltas, pero no sabía qué medio emplear para triunfar de su enemigo. Vínole un día al pensamiento que de seguro alcanzaría victoria, si lograba hacerse con alguna reliquia del P. Ginhac para llevarla consigo. Logró conseguirla, y dos años después tenía la dicha de poder decir al que se la había proporcionado: «¡Cuál no debe ser mi agradecimiento al siervo de Dios! ¡Gracias á él no he vuelto á caer!»

8. Entre los devotos del P. Ginhac, hay algunos que han recibido de él gracias más exquisitas; como lo manifiestan las siguientes líneas del Rector de un Seminario:

«El P. Ginhac, enseñándome el espíritu de sacrificio, ha hecho conmigo más que si me hubiera concedido lo que ar-

dientemente deseaba. Cortando por lo vivo, cuatro ó cinco veces durante este año, ha hecho que todo aquello, que primero me costaba, y que después apenas me resigné á dejar, ahora lo abandone con toda mi alma, no queriendo más que al Señor en todas las cosas [1].»

III

Al día siguiente de la muerte del P. Ginhac, el R. Padre G. Blanchard escribía á una persona de París: «El vacío que ha dejado este santo es muy grande; era un religioso extraordinario, y desde hace cincuenta años, un ejemplo vivo de las virtudes que forman al verdadero jesuita... Os aconsejo que le invoquéis. Sólo Dios conoce lo futuro; pero no me admiraría, y otros muchos opinan lo mismo, que este bendito Padre fuese un día glorificado por la Iglesia.»

Efectivamente, las esperanzas que abrigaba este excelente juez, las abrigaban también los Padres que más íntimamente habían vivido con el siervo de Dios, los sacer-

(1) Al aparecer la cuarta edición de la Vida del P. Ginhac, se contaban ya cerca de 150 favores obtenidos por su intercesión. Desde entonces, ese número ha crecido considerablemente. La redacción del *Mensajero del Sagrado Corazón*, ha recibido más de 330 nuevos testimonios. Los que los envían, manifestando un vivo reconocimiento, dan noticia de gracias temporales, de toda suerte de curaciones obtenidas en novenas y oraciones al siervo de Dios. De favores espirituales hablan también, pero con la debida discreción. Otras cartas refieren la saludable y profunda impresión que produce la lectura de su vida, traducida actualmente á varias lenguas. Sacerdotes, religiosos, gente del mundo de toda edad y condición, experimentan grande interés y edificación en esa lectura, que disipa las turbaciones y angustias del alma, despierta la fe, reanima la confianza é inspira ardiente amor á Nuestro Señor.

¿Quién no ve en todos esos hechos, atestiguados con ingenua sinceridad por tantas y tan diversas personas, la acción providencial de Dios, que quiere glorificar á su humilde siervo?

Los procesos del Ordinario, terminados felizmente hace 6 años, han sido favorablemente acogidos en Roma. Los escritos del Siervo de Dios, remitidos por orden de Monseñor Rutten, Obispo de Lieja, están actualmente sometidos á la revisión de la Sagrada Congregación de Ritos. Vivamente deseamos que sea pronto elevado á los altares este genuino hijo de San Ignacio.—(Nota del R. P. A. Calvet para la traducción castellana.)

dotes, los religiosos y las religiosas que habían recibido su dirección; y verlas realizadas, era uno de sus más ardientes deseos. Por eso se prestaron gustosos á comunicarnos relaciones, recuerdos, en fin, todo cuanto pudiese servir algún día á la glorificación de su venerado Maestro.

Pero la iniciativa para dar los primeros pasos había de venir de más alto. El 27 de Marzo de 1901, el R. P. Fine, Asistente de Francia, escribía al R. P. de Scorraille, Provincial de Tolosa: «A propósito de la vida del P. Ginhac, tan edificante y tan bien documentada, que acaba de salir, me decía el M. R. P. General: «Habrá que pensar en hacer en las diócesis los procesos ordinarios mientras abundan los testigos *de visu*...» Y luego añadía el P. Asistente, discípulo del P. Ginhac: «Nadie duda que este santo hombre es digno de los altares.»

Pero nuestros pasos y diligencias fueron entorpecidos por una odiosa ley, que, so pretexto de libertad, expulsaba de Francia á los religiosos. Las congregaciones religiosas obligadas á buscar asilo en el extranjero ó á esperar entre mortales angustias el golpe mortal que les preparaban las sectas, no pudieron responder fácilmente á nuestras invitaciones. Además que nosotros mismos abandonamos nuestra casa de la Alameda Corbière; y aquellas paredes santificadas con la vida y muerte del venerado P. Ginhac pasaron á manos extrañas. Pero en el destierro de Bélgica, tierra de fe y de libertad, reanudamos las diligencias comenzadas. Todo fué favorablemente acogido, como no podía menos de ser; pues el R. P. Beccari, postulador general de las causas de la Compañía, se había anticipado á nuestros deseos. Hacía más de un año que venía hablando al M. R. P. General acerca de su santo Instructor de Parayle-Monial; él había sido el primero en hablarle de la introducción de la causa.

A fines de Julio de 1901, estando en 's Heeren Elderen la congregación provincial, los Padres que habían vivido largos años con el P. Ginhac, elevaron al Muy R. P. Gene-

ral una humilde súplica, manifestándole sus deseos de que se comenzara cuanto antes el proceso informativo sobre las virtudes de aquel que siempre les había parecido sujeto de eminente santidad.

En Septiembre, Monseñor Mignot, Arzobispo de Albi, recibió con singulares muestras de benevolencia las primeras informaciones que se le hicieron sobre la materia. Allí mismo nombró como miembros del futuro tribunal á sacerdotes de gran mérito y abnegación. En los primeros días del mes de Enero de 1903, se reunieron en Castres para construir el proceso informativo sobre la fama de santidad, la vida, las virtudes y los milagros del siervo de Dios.

Muchísimos de los testigos importantes que aducía el P. José Nègre, Vicepostulador de la causa, no podían presentarse en Castres. Por eso, los jueces enviaron comisiones requisitorias á los arzobispos de Tolosa, París y Malinas, para recoger las declaraciones de los testigos que vivían próximos á estas tres ciudades.

Durante este tiempo, el Postulador General, con autorización del Cardenal Vicario, hacía examinar una treintena de testigos en Roma y otras ciudades de Italia. Y los obispos de Maduré y Madagascar procedían también por su parte al examen de los misioneros, antiguos terceros del siervo de Dios.

De esta manera se han instruído simultáneamente en la causa del P. Ginhac cuatro procesos principales y tres procesos requisitorios, con no poca satisfacción de los llamados á deponer; pues todos ellos han dado testimonio de la santidad del siervo de Dios, con el mayor y más afectuoso entusiasmo.

Al salir á luz esta 4.ª edición, están ya felizmente concluídos todos los informes, gracias á la actividad de los Vicepostuladores y la abnegación de los diversos tribunales. Pronto se examinarán estos procesos en la Sagrada Congregación de Ritos. Mientras tanto, la Divina Bondad no

cesa de alentar más y más la fe y confianza de los fieles con nuevos favores.

¡Quiera Dios que podamos algún día venerar en los altares á este humilde y valeroso soldado del Divino Rey, Jesucristo Nuestro Señor!

APÉNDICES

I

Apuntes de los ejercicios de mes en Nuestra Señora de Liesse

Copiaremos tan sólo unos fragmentos del diario espiritual que el P. Ginhac escribió en Liesse, desde Septiembre de 1858 hasta Agosto del 59, especialmente en los ejercicios de mes:

«*Primera semana.*—A vista de la inutilidad, de la fealdad y desorden de mi vida hasta aquí, á vista de tantas gracias recibidas de Dios y de tan monstruosa ingratitud de mi parte, debería haberme llenado de vergüenza y confusión... ¡No he sentido íntimamente estas consideraciones!...

»¡Qué contrición la de San Pedro, la de San Pablo y la de María Magdalena! ¡Y qué efectos tan admirables no produjo, sobre todo apostólicos! Este carácter de apostolicidad es el que debe tener la mía. «*Simon Joannis, diligis me plus his*? *Pasce...*» Sí, Dios mío, Señor mío y tierno Maestro mío, Jesucristo, vuestra bondad con estos insignes penitentes me llena de confianza, á pesar de mis grandes infidelidades.

»He propuesto tomar siempre y en todas partes el puesto de la Magdalena *á los pies de Jesús.* Es él que me conviene bajo todos aspectos, y en él encontraré infinitas ventajas. Le tomaré en las visitas, en la acción de gracias, en la oración, etc....

»*Segunda semana.*—Tiempo es ya de arrojarse enteramente en lo sobrenatural. En presencia de Jesucristo, mi Salvador, y apoyado en su divina gracia, he tomado la resolución de nunca jamás conceder *voluntariamente* satisfacción ninguna á la naturaleza, de no tomar ningún placer, sea el que sea, sin referirle á Dios; de no detenerme en el gusto que las necesidades de la vida, como comida, sueño, recreación, viajes, lectura, pudieran proporcionarme; antes tomar todo esto únicamente á mayor gloria de Dios, estando siempre (con la voluntad) pronto á usar igualmente de ellas en el caso de que sintiera gran repugnancia.

»Bien sé que esto no es todavía llevar en todo y por todo la cruz de Jesucristo, ni ser tratado como este divino Maestro; pero me esforzaré en desearlo...

»*Nuestro Señor hallado en el templo á la edad de 12 años.*—Aquí he comprendido cómo debía yo santificar los viajes: 1.º Siempre *intención pura;* gloria de Dios, salvación de las almas, nunca por gusto, diversión ó curiosidad; 2.º *Recogimiento y oración.* Se tiene más tiempo para la oración. Si se ora, se evita la ociosidad y la disipación, se predica con el ejemplo dando edificación. Obrar de otra manera, es viajar á lo seglar, como un aficionado. El que ora, sabrá, cuando se ofrezca ocasión, decir algunas palabras con autoridad y fruto espiritual; 3.º *Paciencia* en soportar las incomodidades

que son inevitables. Es ridículo é impropio de un sacerdote, de un religioso, no querer sufrir nada, enfadarse porque no se respetan sus pretendidos derechos, y querer en todo estar muy bien servido; 4.º Aprovechar también las ocasiones para instruirse, A. M. D. G., pero sin demasiada solicitud.

»*Las dos Banderas.*—La Compañía es una milicia. Necesita, pues, un espíritu, y tiene el de su Sumo Capitán, Jesucristo Nuestro Señor. En la Compañía, todos deben tener este espíritu, todos deben tener el corazón de su Capitán. Me parece haber comprendido la necesidad que nosotros tenemos de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús: devoción indispensable, pero devoción verdadera, sólida, práctica, que tienda á hacernos más semejantes á Él; de manera que no tengamos, á poder ser, otro corazón que el suyo*: Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu.*

»*Elección.*—Señor mío Jesucristo, ¿qué es lo que deseáis actualmente de mí? ¿La humildad? ¿La caridad fraterna? Paréceme que la humildad, porque Dios se complace en los humildes y obra grandes cosas por medio de los que no se estiman en nada, como la Santísima Virgen y los Apóstoles, etc.

»Además, la falta de humildad me impide ser caritativo, porque me repliego demasiado dentro de mí mismo. ¿No consiste precisamente en esto la imitación del Sagrado Corazón? *¡Discite a me!...* ¿Se puede edificar sin cimientos un edificio? ¿No es éste, además, el modo de dejar que la gracia obre en mí libremente? ¿No es éste el modo de corregir este exterior mío forzado, esta modestia violenta, que es obstáculo más que ayuda? ¿No es esto ocupar el puesto que tengo en la opinión de todos? Examinémoslo más, y oremos, prestemos atento oído á las inspiraciones del divino Espíritu; porque no conviene favorecer la pusilanimidad ni la inercia.

»*Bautismo del Señor.*—Heme detenido gustoso en esta consideración, que estando presente al adiós de despedida que dió el Señor á su Santísima Madre, yo me ponía de rodillas juntamente con el Señor para recibir la bendición de María Santísima, suplicándola se dignase confirmar los designios que tengo de ser todo de Jesús, hermano suyo y compañero de armas; y en seguida me puse de rodillas con María para recibir la bendición de Jesucristo, pidiéndole, con insistencia, que me encomendase á su Madre y me confiase á Ella. Hubiera querido no ser entonces demasiado indigno de ocupar en la casa de Nazaret el puesto de Jesús.

»También me parecía que no desagradaría á mi adorable Maestro, que yo desease acompañarle al Jordán y besar las huellas de sus pies, y todos los vestigios y señales de sus pasos sobre la tierra durante su vida mortal, etcétera. ¡Bien que esto, no son más que pías consideraciones que no crucifican al hombre viejo! Sin embargo, aficionan al divino Maestro y hacen bien. Donde yo debo sobre todo venerarle, amarle y servirle, es en los que son su imagen viva y comprada con su sangre: esto será para él más honroso.

»Quitar la afición á los parientes y á la tierra. Frecuentemente no nos percatamos, sino tarde, del mucho daño que nos hace el amor natural á los parientes. Aunque no fuera más que por ahorrar el tiempo que se pierde en pensar en ellos, en escribirles, en hacer ó devolver visitas, y, con frecuencia, en cuidarse de los negocios de familia, sería preciso olvidar la casa de su padre y de su madre. Jesucristo quiere ocupar el lugar de todo esto, y él se encarga de reemplazarnos entre nuestros parientes.

»*Las Tentaciones del Señor en el desierto.*—Así tienta el enemigo á los

obreros evangélicos: 1.º Por sensualidad, so pretexto de salud, y de reparar, ó sostener, ó conservar las fuerzas para mayor gloria de Dios. 2.º Por interés: se crean necesidades y se llenan de objetos que son completamente innecesarios. 3.º Por vanidad, orgullo, presunción. Dar la gloria de todo á Dios, y á nosotros la humillación. ¿Qué podemos nosotros para la conversión de las almas? No predicarse á sí mismo; amar y buscar los ministerios humildes.

»*Vocación de los Apóstoles.* - Para confundir al mundo, escoge el Señor hombres de humilde linaje, sin ciencia, sin riquezas, cosas todas que dan crédito entre los hombres. Por lo que á mí toca, no tengo nada, y antes tengo una gran deuda; pero tengo el amor de Nuestro Señor (este pensamiento me vino después de la acción de gracias). Jesucristo me ama, esto me basta; porque este amor es todo poderoso: reparará lo pasado y dispondrá lo porvenir. Tengo también el amor de la Santísima Virgen, Reina de los Apóstoles. Los que escoge el Señor para apóstoles son hombres trabajadores *(piscatores)*. El apostolado pide *obreros*. Con la gracia de Dios, estoy decidido á trabajar con todas mis fuerzas.

»*Sermón del Monte.* He propuesto guardar mejor las reglas de la modestia, principalmente en la vista, en la serenidad del rostro y actitud del cuerpo, y guardar más perfectamente el silencio. En todo esto el motivo es el amor; Nuestro Señor y la Santísima Virgen los modelos.

»*Bodas de Caná.* He resuelto imitar al Señor y á la Santísima Virgen en la refección corporal, no solamente en el exterior, sino también interiormente, de modo que, aun en esta acción, pueda decir y parezca que *meus cibus est facere voluntatem eius qui misit me.*

»*En la repetición del sermón del Monte.* - El Señor sube al monte, no para descansar ni disfrutar del panorama, no para hablar de cosas vanas con sus discípulos, sino para instruirlos. Así pues, nada para la naturaleza, nada para los sentidos; todo para la mayor gloria de Dios y para el bien de las almas.

»¡Con qué dulzura, con qué amor, con que claridad, con qué eficacia los enseña! Aquí les abre su Corazón, y no enseña nada que Él mismo no haya practicado.

»*En la aplicación de sentidos.* - Al ver á los Apóstoles alrededor del Señor, para oír sus divinas palabras, me ocurrió que San Ignacio, que se propone formar apóstoles, nos coloca en esta escuela. Todos los días nos pone á la vista los ejemplos de este divino modelo, y nos hace oír sus celestiales enseñanzas. He resuelto aplicarme muy de veras á la oración; prepararme mejor que en lo pasado, ser más fiel á las reglas y adiciones de nuestro bienaventurado Padre. Debo procurar hacerme presentes los misterios, ó por mejor decir, hacerme yo presente á ellos. ¡Qué fruto no hubiera yo sacado, si así lo hubiese hecho!

»Este fruto de más íntimo conocimiento, de amor más ardiente, de más perfecta imitación, debo ser y será, con la gracia de Dios, una excelente preparación para la santa Misa, un medio poderoso para decirla bien, un recurso eficaz para la acción de gracias.

»Heme sentido asaltado de varias tentaciones: 1.º Retiro mal hecho.—Concedido. No por eso me desechará Dios. 2.º Que no haré nada grande por las almas ni por Dios... ¡Mi pasado, qué diferente del de los santos! - Mucho haré si hago la voluntad de Dios, aun cuando no haga nada. Dios todo lo

puede curar. 3.º Que la humildad me va a aniquilar. Tanto mejor, así saldré *nova creatura*. Hay que llegar á no ser nada de sí...

»Mucho escribo, Dios mío; pero ¿no sois Vos quien me inspiráis todo esto, y por consiguiente queréis que lo conserve?

»*Tercera semana. Ultima cena.* Nuestro Señor cumple la ley hasta el fin. He propuesto guardar bien las santas reglas. Las reglas tienen un origen santo; están llenas de santidad por ser expresión fiel de la vida del divino Maestro; llevan infaliblemente á la santidad al que las guarda; son un don del Corazón del Señor; nos conducen á este adorable Corazón haciéndonos imitar sus sentimientos, practicar su amor y vivir de su misma vida. Cuanto mejor las guarde perteneceré más real y verdaderamente á la Compañía, y seré con más razón verdadero y legítimo hijo de San Ignacio. Este es el medio de manifestar mi agradecimiento á la Compañía y á nuestro santo Fundador, de hacer bien á mis hermanos edificándolos, que es uno de los deberes del celo, con demasiada frecuencia olvidado.

»*En el huerto de Getsemaní. Sedete hic.* Si Dios me manda por medio de mis superiores que permanezca quedo, que no haga nada, obedeceré. Si a los demás les confían empleos y les dan muestras de gran confianza, y á mí por el contrario me dejan á un lado como inhábil é incapaz, lo llevaré, según espero, de buena gana, con la ayuda de la gracia, todo el tiempo que quisieren; pero daré á conocer que puedo soportar el trabajo y las fatigas.

»El Señor sufre más con la traición de Judas y la caída de San Pedro, que con los demás tormentos de la Pasión. Me parecía que si yo no aspirase más que á una miserable mediocridad, yo precisamente que he recibido de él tantos beneficios, que soy tan amado, esto le causaría más pena que no el abandono de muchísimos cristianos ordinarios. Por esto me animé a ser de él sin reserva ninguna.

»*Jesús es enviado de Pilatos á Herodes.* No remitir á otro una obra buena, cuando la divina Providencia nos la presenta y podemos nosotros hacerla, sobre todo, si hay motivos para temer que este otro no la hará ó la hará mal, principalmente si la obra es difícil y mortificativa. No remitir á otro un penitente. Tal vez no irá; acaso será mal recibido; acaso no encontrará lo que necesita.

»He resuelto ser fiel observador de la regla del silencio, en reverencia del admirable y divino silencio de Jesucristo delante de sus jueces.

»*Christo confixus sum cruci.* Debo vivir y morir sobre la cruz, haciendo sin tregua ninguna todos los esfuerzos para salir de mí mismo. *Salir de mí* de tres maneras: 1.º descendiendo á mi nada por medio de la humillación; 2.º empleándome en bien del prójimo por medio de una caridad universal, entera y constante; 3.º elevándome sobre todas las cosas terrenas y sobre mí mismo por la unión continua con Dios por medio de la oración. Estas tres maneras de salir de sí están significadas, como observa el P. Fabro, en la forma misma de la Cruz; pues está clavada en tierra, se extiende á derecha é izquierda, y se eleva hacia el cielo...

»*Jesús en la Cruz.* ¡Oh amable Redentor mío! estos sentimientos de tener por única herencia vuestra cruz; de poner en ella todas mis riquezas, despojándome de todo lo demás; toda mi gloria, rechazando cuanto pudiera halagar el orgullo; todas mis delicias, no queriendo tomar gusto en cosa de la tierra, como hicisteis Vos mismo, ¿no se desvanecerán á la primera ocasión

sión? ¡Oh! ¡qué ciego he sido hasta aquí, qué ingrato ó insensato por no haberme puesto absolutamente bajo el estandarte de vuestra cruz! ¡Oh! ¡reparad lo pasado! ¡Oh! ¡disponed lo venidero!

»*La Soledad de Nuestra Señora.* — He visto la parte inmensa, incomprensible que tuvo María en los dolores de su divino Hijo. Me sentí movido á pedir á esta Madre desolada que formase en mí un *corazón sacerdotal*, es decir, que me hiciese realmente partícipe del misterio de la cruz, que me obtuviese un amor ardiente á Jesús crucificado, pero amor activo y laborioso que me lleve á sacrificarlo todo, cuerpo y alma, tiempo y vida; una voluntad fuerte para imitarlo hasta en la cruz. La cruz está donde quiera que esté el sacerdote. El crucifijo es el único bien que le deja ó le da la Compañía. ¿Y había de ser su corazón el único lugar donde la cruz no estuviese?

»*Cuarta semana. La Resurrección.* — He adorado al Señor resucitado, y le he pedido ser y parecer resucitado con él; ¡pero tengo tanto que hacer! *No ser nada de sí por la humildad, y ser todo de los otros por la caridad; por amor é imitación de Nuestro Señor.* Pero con la gracia todo lo puedo. ¡Nada puede negarme el Señor, si se lo pido por María!

»Quiero estar y vivir en el tercer grado de humildad: necesito estar actualmente despojado de todo, sufriendo toda clase de penas y de sufrimientos, soportando los oprobios y las ignominias; ó al menos desear y querer en cuanto sea posible, ser tratado de esta manera. Es preciso velar continuamente sobre sí, y mortificarse continuamente en todas las cosas. Sólo el amor puede sostenerme en este combate; pero este amor que se aprende en vuestro adorable Corazón, oh Jesús mío, ¿no es todopoderoso?

»*Vado piscari. Venimus et nos tecum.* — Desgraciados aquellos que entre nosotros olvidaren que viven en sociedad, que se formaron su plan de vida, que se hicieron con su pequeño haber, y se asegurasen sus recursos y expedientes para recorrer mezquina y medianamente su camino. Asidos á su plan, sin querer ni saber salir de él, sin querer comunicar nada, antes temiendo siempre que se aprovechen otros de sus ideas, de sus bienes, etc. Sujetos de cabeza estrecha y de ruin corazón, pero no hombres de la Compañía ni hijos de San Ignacio. He propuesto evitar con cuidado esta funesta tendencia, que nace de amor propio y de avaricia al mismo tiempo, y comunicar gustosamente los pensamientos que Dios me inspirare. Dichoso yo si ellos pudieran servir á otro. Este es más capaz que yo de hacerlos valer. ¿Qué es lo que pretendemos en la Compañía? ¿No tenemos un mismo fin? ¿No buscamos juntos el mismo resultado? Cuanto más liberal fuere yo, más me iluminará Dios. *Date et dabitur.*

»*La pesca milagrosa.* — Me ha impresionado mucho la necesidad que tenemos de caridad en la Compañía; la humildad arraiga nuestra vocación y afirma la Compañía; la caridad nos une á los demás miembros del cuerpo; la obediencia nos une con la cabeza. En estas tres virtudes consiste la fuerza de la Compañía. Caridad para con todos, particularmente con los Hermanos Coadjutores, y con los de otras Provincias, que no conocen bien nuestra lengua, y con aquellos que por más tímidos ó por parecer menos hábiles pueden quedar á veces como arrinconados. ¡Ah! quiero amar, respetar y honrar á los que Jesucristo tanto ama.

»*Loquens de regno Dei.* — El jesuita sobre todo, no debe hablar de otra cosa que del reino de Dios. Mi resolución ya está tomada. La visita que

precede á las recreaciones la emplearé en pedir esta gracia para mí y para mis hermanos. Pedir sobre todo el amor de Jesucristo para el corazón; sin él nada será natural, y lo que es forzado y antinatural no da resultado.

»Dios mío, ¡en qué sequedad, en qué disipación, preocupaciones é impotencia he caído! Compadeceos de mí; Si Vos no me sostenéis, no haré nada. No desisto del propósito de serviros fielmente, pero cuento para ello, únicamente con vuestro auxilio.

»Grande gracia es haber podido hacer todos los ejercicios de este mes de rodillas.»

II

Sinopsis de algunas instrucciones

Fiesta de la Sagrada Lanza y Clavos

1.° Yo he sido el que ha fabricado esa cruel lanza y esos mortíferos clavos, con los malos *pensamientos* y *sentimientos* de mi corazón, con mis *obras* de pecado y con mis *criminales hábitos de caminar* por el camino del mal.

2.° Pero, por la misericordia del Señor, estos instrumentos de barbarie y de muerte se convierten en instrumentos de gracia y de vida. Ellos nos abren la *puerta de la salud* y *de la verdadera vida*, nos preparan la entrada en la *mansión de la paz* y *de la caridad*, hacen saltar *fuentes de agua viva* y *de amor divino*, que producen, fecundan y santifican á la Iglesia nuestra Madre. Son, pues, ya *¡lanza bendita! ¡clavos dichosos!*

3.° Que estos instrumentos sagrados toquen ahora mis pies, mis manos y mi corazón, para que ande por el camino de la justicia, haga obras de santidad, y ame á Dios sin medida. Que me claven á la cruz con Nuestro Señor, para vivir y morir como él, con él, y por él. *Christo confixus sum cruci.*

La Invención de la santa Cruz (3 de Mayo)

Dichoso el que halla la cruz, la abraza con todo su corazón, y se clava en ella para vivir y morir en ella: *Absit mihi gloriari.*

Hay personas que no buscan la cruz, más aún, que huyen de ella, que la tienen horror, que son enemigos de ella: esto era lo que hacía derramar lágrimas al Apóstol. Otros la encuentran, pero no la aprecian, la llevan de mala gana, y procuran suavizarla; suspiran por librarse de ella. Finalmente, la cruz de Nuestro Señor, tiene también sus devotos verdaderos y verdaderos amigos que la buscan, la aman, la anteponen á todo; son aquellos cuya vida es la cruz.

El medio que tienen estos de buscarla, de hallarla y de unirse á ella estrechamente, son los *ejercicios espirituales*, que podrían definirse con relación á este efecto capitalísimo.

Efectivamente, los ejercicios espirituales: 1.° quitan los obstáculos al amor de la cruz, que son los pecados y todo lo que conduce al pecado; 2.° hacen que conozcamos íntimamente á Nuestro Señor; 3.° excitan al amor y la imi-

tación, de lo cual nace el amor de la cruz; 4.° los frutos de la cruz son las consolaciones.

Los Santos Apóstoles Pedro y Pablo (29 de Junio)

Lo que constituye al apóstol, es el amor ardiente á Nuestro Señor Jesucristo. Este amor tiene tres principales caracteres y efectos, conforme á la pregunta que el Salvador dirigió á San Pedro: *Simon Joannis, diligis me?*

1.er carácter: *Dar á Jesucristo todo el corazón*, sin reserva alguna.

2.° carácter: *Dar á Jesucristo almas*, todas las almas, el mundo entero; ofrecerse á ganárselo con el auxilio de su gracia.

3.er carácter: Ofrecerse en perfecto holocausto á todos los sufrimientos, á todas las privaciones, á todas las humillaciones, á todas las mortificaciones, á todos los martirios, con la mira de darle más gloria y de ganarle mayor número de almas.

Mas no nos contentemos con teorías; pongámoslo en práctica todos los instantes, hasta en las cosas más pequeñas, de modo que podamos decir como San Pablo: *Gratia Dei in me vacua non fuit.*

Ad maiorem Dei gloriam!

La práctica de esta gran máxima se reduce á tres cosas:

1.ª Intención de procurar á Dios Nuestro Señor, al obrar, la mayor gloria posible: A. M. D. G.

2.ª Hacer en todas las cosas, y esto perfectamente, lo que es voluntad de Dios, manifestada por la obediencia y las santas reglas.

3.ª *No conceder nada á la naturaleza*, antes hacer en cada acción, *entero sacrificio de sí.* Entender bien que mientras uno no trabaja en negarse enteramente, *pierde el tiempo.*

Entregarse

«*Nisi granum frumenti... mortuum fuerit, ipsum solum manet; si autem mortuum fuerit, multum fructum affert.*» (S. Joan).

I. Muchos hacen oraciones, muchos se mortifican, muchos trabajan, muchos reciben los sacramentos, muchos ejercitan las obras de misericordia, pero *pocos se entregan enteramente á Dios Nuestro Señor.* Interiormente se estiman, se buscan á sí mismos, no quieren dejar de ser suyos... Estos no encuentran á Dios en la oración, no le gustan en la recepción de los santos sacramentos, no adelantan en la virtud, casi no llevan fruto: *ipsum solum manet*, para no hablar del malestar interior que experimentan, de la falta de libertad y de paz. Todas las dificultades proceden de que no se entrega uno completamente por el juicio, ó por la voluntad, ó por el corazón, ó por los sentidos: esta es la causa de todos los lamentos... *Qui amat animam suam perdet eam.*

II. Por el contrario, con *perder su alma*, con entregarse del todo, se gana todo.

1.° gloria para Dios N. S.; 2.° progresos en la oración, en la humildad, en la caridad, en el celo y en toda clase de perfección; 3.° gozo y libertad interiores; 4.° fruto en las almas y en el cargo que uno tiene, porque se hace ins-

trumento de Dios para el bien. Entregándose uno, lo da todo; pero también lo encuentra *todo en Nuestro Señor: «Si mortuum fuerit.»*

III. *¿Cómo entregarse?*—1.° quererlo resueltamente; 2.° pedirlo sincera y continuamente á Dios N. S.; 3.° en la práctica, no concederse nada para satisfacer á la naturaleza; no querer hacer en nada su propia voluntad; guardar exactamente las reglas, obedecer en todo, desempeñar bien su empleo, hacer bien todas las cosas; espíritu de sacrificio, mortificándose en todo, á ser posible, con la gracia. *Hoc fac et vives.*

Necesidades de la hora presente

Por todas partes se oyen los lamentos de las personas de nuestro tiempo. Claman tímidamente contra la injusticia y se resignan.

¡Raza degenerada!... ¡Ya no se sabe *morir!* ¡Ya no se sabe *sufrir!* ¡Ya no hay quien se atreva á *trabajar* y *obrar!* Al contrario, no se busca más que vivir cómodamente; no hay gusto más que para el placer; no se sabe negarse nada, no se quiere imponerse ninguna privación, ninguna penitencia.

No hay valor para hacer nada... ¡La generación actual no puede curarse más que con *sangre!*... Y nosotros ¿qué hemos de hacer para sanar esta raza muelle y degradada? ¿Nos desanimaremos?

Y nosotros mismos, ¿olvidaremos aquél *haciendo contra*, para seguir las inclinaciones de la naturaleza, dejándonos contagiar y arrastrar por el ejemplo? *Absit!*

Oración, acción, mortificación. Esto respecto de nosotros. Con relación á los demás, esforcémonos en alcanzar que cada uno: 1.° sea individualmente de conducta irreprensible y cumpla perfectamente todas sus obligaciones; 2.° que para el prójimo se valga de toda su influencia para atraerle.

En fin, recordemos que Jesús es el *único Soberano.* Nos hemos perdido alejándonos de Él. ¡No nos salvaremos sinc volviendo á Él!...

Mi regla y mi Todo

Con ocasión de la carta circular del R. P. Vicario, del 24 de Mayo de 1885, acerca de la observancia de las reglas.

Bonum mihi lex oris tui super millia auri et argenti. (Ps. 118).

El R. P. Vicario acaba de adquirir un título más á nuestra gratitud, invitándonos á todos á la observancia de las reglas.

Nada de nuevas medidas, ni de nuevas ordenaciones para las múltiples necesidades de la presente época.

Basta cumplir lo que está escrito.

Así es que: 1.° Hay necesidad de defender nuestra vocación, de conservarla, de fortalecerla, de progresar: El medio, la regla.

2.° Por el estado de dispersión, hay mayores peligros para los religiosos, para la Provincia y para la Compañía. Preservativo: la regla.

3.° Tal vez en alguna parte comience á haber abusos. Remedio: la regla.

4.° Necesidades inmensas, hoy día. El mal se desborda en todas partes como un torrente que ha roto sus diques. ¿Dónde hallar hombres suficientemente fuertes y valerosos para oponerse á la tempestad? Únicamente la regla perfectamente guardada puede darnos esos hombres potentes.

5.° Necesitamos santos, apóstoles y hombres de muchísimo saber. ¿Quién nos dará unos y otros? Las reglas bien guardadas.

Persuadámonos íntimamente de esta verdad, y con la ayuda de la divina gracia seamos *hombres de regla.* La regla siempre, la regla en todas partes, la regla toda entera, la regla con amor...

Sí, puede evidentemente decirse de la regla: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa.*

¡Si tú quisieras!

Nuestro Señor dijo un día claramente estas palabras á Bartolomé Cartanho: *Bartolomé, ¡si tú quisieras!* Bartolomé lo entendió, entró en la Compañía y llegó á ser perfecto religioso y verdadero apóstol. (Asistencia de Portugal, 18 de Diciembre). ¡Meditarlo!

I. *¡Si tú quisieras!* Es decir, si tú quisieras obrar, ¡qué victorias, qué virtudes, qué perfección, qué obras para la gloria de Dios!

II. *¡Si tú quisieras!* Es decir, si tú me dejases hacer... verías lo que yo sé, lo que puedo y quiero realizar en ti y por ti...

III. *¡Si tú quisieras!* Es decir, si tú quisieras obrar conmigo y que yo obrase consigo, que yo y tú obrásemos concertadamente...

Después de Pentecostés

»*Repleti sunt omnes Spiritu Sancto.* (Act. II, 4).

»Todos los que en la Iglesia están *bien dispuestos*, reciben el Espíritu Santo. Ordinariamente *no sienten nada;* pero, á pesar de eso, deben *creer* que le han recibido. El Padre y el Hijo quieren dárnosle. El Espíritu Santo quiere venir. Está á la puerta de nuestro corazón. Apenas le abrimos, no bien le hacemos sitio, entra, se derrama en nosotros, en nuestra alma, y la llena con más prontitud que los rayos del sol penetran en el aposento, que el torrente se extiende por la llanura cuando se le abre paso... Aquí puede aplicarse lo que decía San Agustín: *Amicus Dei esse si voluero, ecce nunc fio.* (Conf.).

»Partamos de este *principio* inquebrantable, que *hemos recibido el Espíritu Santo, y obremos conforme á él.* Más ciertos y seguros que si un ángel nos trajese esta nueva, ó sintiésemos su presencia (sin que estuviésemos dispuestos), propongamos contar con el Espíritu divino, que está en nosotros, y vivir de él y en él. Entreguémonos á su dirección, de modo que sólo él inspire y dirija todos nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestras palabras y nuestras acciones.

»Nada tan dañoso como la tentación que nos lleve á creer que el Espíritu Santo no ha venido, cuando no le sentimos. Nada tan funesto como sucumbir á ella. Entonces se abandona uno á la tristeza, se entrega al desaliento, y deja á la naturaleza seguir sus inclinaciones...

»¡Cuántos, engañados por el demonio, han errado el camino de este modo, y se han perdido, ó han llevado una vida lánguida y completamente natural!... Los santos, por el contrario, creyeron... Creamos nosotros también; sigamos adelante y trabajemos...

Unum necessarium

Marta estaba solícita de muchas cosas. El Salvador la dijo que no se turbase, que una cosa sola era necesaria: *Porro unum est necessarium.*

I. *Una cosa es necesaria.* ¿Cuál? No las riquezas, no la gloria de este mundo, no las consolaciones de la tierra, no la salud, no la misma vida.

Esta cosa necesaria es Dios; porque Dios es el principio y el fin de todo. Él es el fundamento, el centro, el fin de todo; y Él es también la regla de todo.

Esta es la razón por qué ni el hombre, ni la familia, ni la sociedad, ni institución ninguna pueden pasarse sin Dios. Desventurado del que quiere pasarse sin Dios. Se precipita en su ruina, camina á la nada.

¡Cómo siento yo la necesidad de Dios en la oración, el trabajo, el sacrificio, para todo y siempre y en todas partes!

II. *Una sola cosa es necesaria.* ¡Dios! Imposible que haya dos ó más cosas necesarias propiamente dichas. *Nemo potest duobus dominis servire.* Estrictamente hablando, Dios es el sólo necesario, porque todo lo demás es accesorio; se puede uno pasar sin ello. Hay, sin embargo, quienes se imaginan no sólo que Dios no es necesario, sino que son necesarias todas las demás cosas menos Dios. ¡Qué trastorno, qué desorden, qué locura!

¡Dios sólo! ¡Sólo Dios para el tiempo y para la eternidad! Estar dispuesto á perderlo todo, á sacrificarlo todo, para alcanzar y conservar á Dios.

III. *Una sola cosa basta.* Y es *Dios.* Si por Dios se deja todo, se halla todo en Dios. Él tiene el lugar de todo. La voluntad de Dios, su beneplácito nos satisface colmadamente. *Ostende nobis Patrem, et sufficit nobis,* (Joa., XIV, 8.)

III

Los retratos del siervo de Dios

Vamos á completar aquí la nota de la página 402, relativa á los retratos del P. Pablo Ginhac. Muchos y laboriosos han sido los ensayos hechos por los artistas, para llegar á un parecido exacto. Bien puede creerse que, si el venerado Padre hubiera podido prever tantas fatigas, su humildad hubiera cedido ante la caridad, y hubiera dejado que le fotografiaran (1).

Digamos dos palabras de las tentativas más felices.

1. El retrato que diseño el P. J. M. Lafaye, ha sido retocado por el afamado pintor de Tolosa, Sr. Lannes. Es el P. Ginhac joven todavía: aparece sentado é inclinado sobre el libro de las Constituciones que está explicando. La frente, los ojos, la actitud son, á no dudarlo, las del Padre; los primeros discípulos prefieren este retrato á todos los demás, aunque sienten no hallar

(1) No dejarán de leerse con interés las señas del P. Ginhac, dadas en la Prefectura de Tolosa, sobre el pasaporte de que hubo de proveerse en 1868, al dirigirse á Roma. Helas aquí: Edad: 44 años, talla: 1 m. 76 c., pelo y cejas morenos, frente despejada, ojos castaños, nariz pronunciada, boca mediana, barba castaña, barbilla redonda, rostro ovalado, color moreno.

en los labios aquella sonrisa, y en los ojos aquella llama dulce pero viva, que revelaba el alma de un Santo.

2. El distinguido artista Sr. Cazotte, fervoroso discípulo del P. Pablo Ginhac, ha pintado á su venerado Maestro, tal como le admiró en Paray-le-Monial: en la madurez de la edad, con aquella su energía reposada, serena, templada por la bondad. A los que no le conocieron en vida ó le conocieron poco, les gusta esta figura, artísticamente diseñada; los discípulos le achacan que se aleja del parecido físico, más perfecto, á su parecer, en el precedente.

3. El abate Sr. M. Journiac, de la diócesis de Saint-Flour, no tuvo, como el Sr. Cazotte, la dicha de tratar íntimamente al P. Ginhac: más aún, no le vió nunca, pero le ama y le venera; y el amor es el que en su obra guía el pincel del artista. Se ha inspirado en la fotografía que se sacó del P. Ginhac ya muerto. Ha empezado por reanimarle; después, con nuestras indicaciones y con una serie de pacientes y hábiles retoques, ha pintado al siervo de Dios al fin de su carrera. «Jamás hubiera creído, escribe un Padre, que, sin haber conocido al P. Ginhac, pudiera nadie llegar á darle tal parecido: es un verdadero prodigio». Este juicio es precioso, por ser de uno de los últimos discípulos del P. Ginhac, artista también, y que ha probado en vano á reproducir los rasgos de su santo Instructor.

4. También un escultor, el Hermano coadjutor Andrés Besqueut, de la Compañía de Jesús, ha procurado trasladar al mármol, no las facciones, sino el alma del P. Ginhac. De pastorcillo de las montañas del Velay, pasó á la Escuela de Bellas Artes de París, y de allí á la Compañía de Jesús. Ocupado en los quehaceres ordinarios, dejó dormir algún tiempo el cincel; hasta que los Superiores, admirados de su modestia, le enviaron á Roma, de donde volvió con una obra maestra: la cabeza de Santa Inés. Más tarde, en el Salón de París, fueron admiradas por los entendidos sus estatuas de San Ignacio y San Francisco Javier, que adornan una capilla de la Basílica de Montmartre.

Poco después de la muerte del P. Ginhac, el H. A. Besqueut se sintió inspirado por su virtud heróica. No le había visto nunca, y no podía reproducir su semblante; pero, encarnar en cierto modo en el mármol su gran alma de sacerdote... ¡qué asunto más hermoso!

¡Manos á la obra! Del exterior del P. Ginhac tomó sólo la estatura, la actitud, los rasgos generales; pero á través de aquel busto hizo irradiar una alma generosa, fuerte, serena, una alma abismada en Dios, el alma del sacerdote según el corazón de Jesús, en una palabra: el ideal del sacerdocio.

La obra fué admitida en la exposición de 1904. Véase lo que de ella decía el Sr. Aimé Giron en la *Francia Ilustrada*, del 9 de Julio:

«Aquella figura atraía todas las curiosidades, cautivaba todas las atenciones y despertaba en el corazón emociones dulces y santas.

»El jurado, lo mismo que el público, se fijó en aquella obra sin pretensiones ni rebuscamientos, pero llena de interés, y propuso al artista para una medalla de oro. Hubo empate con otro escultor. El jurado procedió á la votación hasta 28 veces, y por unanimidad siempre lo mismo; imposible tomar otra decisión.—«Andrés Besqueut, dijo por fin un miembro del jurado, tiene asegurado el pan: Fulano no es feliz.» (sic).

»Y Fulano se llevó la medalla. No hubiera hablado ni juzgado de otra manera Andrés Besqueut. Le basta haber logrado que en exposiciones tan

mundanas como las nuestras, se admita y se premie una obra de este carácter, hoy que todo lo que sabe á católico es desdeñado, ridiculizado, escupido...»

Esta obra maestra fué regalada por el autor al Museo de la Basílica del Puy.

IV

Homenajes tributados al siervo de Dios

I. Como complemento, nos parece interesante citar aquí, el voto que adoptaron por unanimidad los Padres de la Provincia de Tolosa, reunidos en Congregación Provincial en s'Heeren-Elderen (Bélgica), á fines de Julio de 1902. Quisieron los Padres que este voto de la Congregación sirviese para lo futuro, como *documento auténtico de la reputación de santidad* de que gozaba el varón de Dios entre aquellos de sus hermanos que le conocieron íntimamente durante largos años. Dice así:

«Cum Deus, insigni gratia, Provinciae nostrae Tolosanae virum dederit, P. Paulum Ginhac, omni sanctitate vitae conspicuum, fide nimirum invicta, spe inconcussa et ardenti caritate, summa insuper humilitate, perfecta sui abnegatione, constanti atque universa sensuum mortificatione, rara spirituum discretione et prudentia, arctissimaque cum Deo conjunctione, et animo vel in mimimis rebus ad caelestia sublevato, praeterea insigni suavitate, mira patientia et benevolentia in omnes singulari, praestantique devotione in Ecclesiam summumque Pontificem;

»Cum aliunde omnes qui servum Dei noverint, sive de Nostris sive de externis, eum tamquam sanctum habuerint, multique privatim invocare soleant, gratias illius intercessioni acceptas referant, et ejus vestigiis insistendi desiderio ad omnem virtutem exercendam excitati esse ferantur;

»Cum denique omnes, qui cum eo conversati sunt aut ejus historiam legerunt, censeant omnino talem virum dignum esse qui venerationi fidelium ab Ecclesia proponatur;

»Hinc placet Congregationi Provinciali postulare, juxta mentem litterarum quas Adm. R. P. Generalis R. P. Provinviali mittendas curavit 27 Martii 1901, ut processus juridicus de sanctitate Patris Pauli Ginhac quamprimum instituatur.»

II. Otro de los homenajes, y por cierto hermosísimo, tributado á la santidad del P. Ginhac, son las cartas de los Prelados que publica la 4.ª edición francesa, y que nosotros hemos omitido por brevedad, aunque no sin sentimiento. A estas cartas (añade el autor) podríamos añadir los testimonios de numerosos sacerdotes, religiosos y seglares, distinguidos por su doctrina ó su virtud.

III. Transcribiremos, finalmente, la oración que se ha compuesto para invocar al siervo de Dios, y que tan pedida ha sido de todas partes, juntamente con sus reliquias é imágenes. Mes hubo en que el número de pedidos, en Francia ó en Bélgica, se elevó á varios miles.

«Venerado P. Ginhac, que tanto amaste al Rey Divino, Jesucristo nuestro Señor, y que para agradarle fuiste constante en la práctica de la propia

abnegación, de la mortificación y de la humildad, ferviente en la oración, generoso en el ejercicio de la caridad y del celo apostólico: tú, que de tal manera llegaste á morir á ti mismo, que se veían realizadas en tu persona aquellas palabras del Apóstol San Pablo: «Vivo yo, ya no yo, sino Cristo vive en mí»: alcánzanos, te lo suplicamos por tu abrasada caridad, la gracia que pedimos...: alcánzanos, sobre todo, la gracia de vivir y morir como tú, fieles al estandarte de nuestro Rey Jesucristo y de su Madre Santísima, la Virgen Inmaculada. Amén.

»Virgen purísima, á quien el P. Ginhac veneraba con tiernísimo amor, é invocaba con filial confianza; Vos, cuyos gloriosos privilegios tanto ensalzó durante su vida, concedednos por sus méritos la gracia que deseamos: haced sobre todo que atestiguándoos como él nuestro amor, podamos también á su ejemplo amar é imitar á Jesucristo nuestro Divino Rey. Amén.

»Señor Jesús, que concedisteis á vuestro fiel siervo, el P. Pablo Ginhac, la gracia de conocer el amor de vuestro divino Corazón y abrasarse en sus llamas; concedednos, por su intercesión y méritos, el favor que deseamos; concedednos también que sintamos como él los ardores de la caridad divina, y que no queramos vivir sino para procurar la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas. Amén.

Padrenuestro, Ave María y Gloria Patri.

A. M. D. G.

IMPRIMI POTEST

Petrus Bianchi, S. J.

Praep. Prov. Cast.

NIHIL OBSTAT

El Censor,

Jaime Pons, S. J.

Barcelona, 26 de Junio de 1912.

Imprímase:

El Provicario General,
Justino Guitart

Por mandato de Su Señoría,
Lic. Salvador Carreras, Pbro.
Scrio. Canc.

ÍNDICE

PÁGS.

Aprobación del Excmo. é Ilmo. Señor Nuncio de Su Santidad en España. 9
Aprobaciones episcopales. 10
Dos palabras del Traductor 13
Prólogo de la primera edición francesa. 20
Prólogo de la segunda edición. 24
Prólogo de la cuarta edición. 25

CAPÍTULO PRIMERO.—*Infancia y juventud.* (1824-1843).

I. Familia y pueblo de los Ginhac.—II. Nacimiento de Pablo: su primera educación.—III. Luchas y combates de Pablo en el colegio de Mende y en el seminario menor de Chirac.—IV. Su vocación, última crisis y conversión maravillosa. 29

CAPÍTULO II.—*Formación religiosa.* (1843-1855).

I. En el Noviciado: fervor del H. Ginhac.—II. El Magisterio en el huerfanato de Ben Aknoun: su mortificación y celo: un favor divino.—III. El escolasticado de Vals en 1848: virtudes del escolar. IV. El sacerdocio: el P. Ginhac catequista y socio del Maestro de novicios: una visita al Mazel. 52

CAPÍTULO III.—*Año de tercera probación.* (1858-1859).

I. El P. Ginhac después de su ordenación sacerdotal: Padre espiritual y Maestro de novicios: el P. Villefort en Vals.—II. Ejercicios de mes en Nuestra Señora de Liesse: su vida interior: ejercicios de fin de año. 77

CAPÍTULO IV.—*El Noviciado de Vals.* (1855 1860).

I. Trabajo de santificación: disposiciones interiores: admiración de los novicios: el Padre Maestro pintado por sí mismo: impresiones de un novicio y de un tercerón.—II. La Profesión: sentimientos del nuevo profeso: testimonios respetables. 96

CAPÍTULO V.—*En Tolosa.—El P. Ginhac Rector.* (1860-1869).

I. Ideal del perfecto superior.—II. Edificación que da: varios testimonios.—III. Observancia regular.—IV. Administración: solicitud por lo espiritual y lo temporal: confianza en Dios.—V. Sincero afecto de padre: el P. Dubuisson. 119

CAPÍTULO VI.—*En Tolosa.—Obras de celo.* (1860-1869).

I. Su acción apostólica.—II. Congregación de María Reparadora:

la R. M. María de Jesús: las Constituciones: la dirección.—III. Congregación de María Auxiliadora: la R. M. Teresa de Soubiran.—IV. Diversos ministerios 148

CAPÍTULO VII.—*En Tolosa.—El P. Maestro.* (1860-1869).

I. Espíritu de oración: método y fruto práctico.—II. Formación de los novicios. III. El Noviciado de Aragón en Santa María-des-Champs. - IV. Viaje del P. Ginhac á Roma: San Estanislao declarado patrono de los novicios: Pío IX. - V. Ultimo año: recuerdos del P. Audiffret: notas de un novicio: la partida. 166

CAPÍTULO VIII. *Castres.—El Apóstol.* (1869-1877).

I. Principios del terceronado: dificultades: bendiciones del Sagrado Corazón.—II. En el Carmelo de Tours: la M. Teresa de San José: Madama de Aussac de Saint Palais en Castres y en Tours: abnegación del P. Ginhac: dos retiros en Tours.—III. Ministerios en Castres: el general Sonís: sus cartas: cuidado y solicitud del P. Ginhac por los pobres y por los sacerdotes. 201

CAPÍTULO IX. *En Castres. El Padre instructor.* (1869-1877).

I. Formación de los PP. tercerones: su doctrina ascética: las devociones. II. Elocuencia del ejemplo: testimonios de algunos tercerones y de Padres de la residencia.—III. Su solicitud por los HH. coadjutores. IV. Duelos y penas de familia: cartas del P. Ginhac á su hermana Eugenia y á su hermano Víctor. 230

CAPÍTULO X.—*En Paray le-Monial.* (1877-1880).

I. Discípulo y apóstol del Sagrado Corazón: fervorosos ejercicios.—II. Vía dolorosa: virtud heróica: purgación del alma.—III. El ideal del Instructor: su oración, caridad y abnegación: diario de un tercerón. IV. Elocuencia del corazón: sus conferencias: recuerdos.—V. Su apostolado. VI. Vida de fe en las pruebas: la expulsión de 29 de Junio de 1880. 272

CAPÍTULO XI. *En Mourvilles. — Años de soledad.* (1880-1890).

I. El castillo de Mourvilles: el general Sonís.—II. Vida interior en Mourvilles; huéspedes; recreaciones; paciencia admirable.—III. Resplandores de santidad: peregrinos de Mourvilles: viaje á Roma: correspondencia epistolar.—IV. Amistades religiosas: los PP. Carayon, Bouix y Guilhermy. 321

CAPÍTULO XII.—*En Mourvilles.—Los ejercicios de San Ignacio.*

I. Vacaciones apostólicas: ejercicios en Uclés: milagrosos resplandores. II. Los ejercicios en las comunidades religiosas: su variedad y su eficacia: dos retiros en el Carmen de París. Congregación de las Auxiliadoras de las almas del Purgatorio.—III. Algunos rasgos de edificación: unión con Dios: su mortificación, caridad, etc.—IV. Ejercicios en la Compañía: método.—V. El hombre de los ejercicios. . 346

CAPÍTULO XIII.—*En Mourvilles.—El P. Ginhac director de almas.*

I. Su doctrina en materia de espíritu: el P. Bouissou. II. La di-

rección: camino único: la contemplación.—III. Retrato del santo Director: virtudes religiosas: tercer grado de humildad: bondad paternal.—IV. Salida de Mourvilles. 380

CAPÍTULO XIV.—*En Castres.—Últimos años.* (1890-1895).

I. Ministerios apostólicos en Castres: unos ejercicios en Mende: en Marvejols.— II. Correspondencia epistolar y dirección por medio de ella.—III. Poder de su intercesión: favores obtenidos.—IV. Una fiesta de familia: cincuenta años de vida religiosa.—V. El santo instructor y los resplandores de sus virtudes religiosas: testimonios de sus últimos discípulos. 411

CAPÍTULO XV.— *Muerte del siervo de Dios*

I. El pensamiento de la muerte.—II. La última lucha. 441

CAPÍTULO XVI.—*Fama de santidad del siervo de Dios.*

I. Ilustres testimonios.—II. Gracias obtenidas por su intercesión. III. Introducción de la causa. 465

APÉNDICES

I.—Apuntes de los ejercicios de mes en Nuestra Señora de Liesse. 491
II.—Sinopsis de algunas instrucciones. 496
III.—Los retratos del siervo de Dios 500
IV.—Homenajes tributados al siervo de Dios. 502

HEREDEROS DE JUAN GILI, Editores

Cortes, 581, BARCELONA

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

Biblioteca Apologética

Volúmenes en 4.º, de 400 á 500 páginas

Es esta la más grandiosa colección de obras católicas publicadas en nuestros días. Exponer y defender la doctrina católica en sus principales manifestaciones *teológica*, *filosófica* y *científica*, en orden al *dogma*, á la *moral* y á las *costumbres*, valiéndose de todos los elementos acumulados por la *historia*, por la *crítica*, por la *elocuencia*, por las *ciencias naturales*; tal es el fin de esta Biblioteca.

APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO, por el *R. P. Alberto M.ª Weiss*, de la Orden de Predicadores. Obra escrita en alemán y traducida por distinguidos literatos.

Consta de cinco partes, divididas en diez voluminosos tomos en 4.º — 1.ª **El Hombre Completo**, considerado en su naturaleza íntima y en sus destinos, *Manual de Ética*. — 2.ª **Humanidad y Humanismo**, ó el hombre en su desenvolvimiento fuera del Cristianismo; *Filosofía e Historia de la cultura del mal*. — 3.ª El hombre bajo la influencia del Cristianismo, **Naturaleza y Sobrenaturaleza**, *Espíritu y vida del Cristianismo*. — 4.ª El hombre como parte del todo social, **La Cuestión Social y el Orden Social**, *Manual de sociología*. — 5.ª El hombre aspirando á la perfección cristiana, **La Perfección**, *doctrina de la más elevada empresa moral del hombre*.

Cada parte (dos volúmenes) en rústica.	Ptas. 12.—
» » ricamente encuadernada.	» 16.—
La obra completa en rústica.	» 60.—
La obra completa encuadernada.	» 80.—

EL PELIGRO RELIGIOSO, por el *R. P. Alberto M.ª Weiss*; traducido de la tercera edición alemana, por el Dr. D. Modesto H. Villaescusa.

En rústica. Ptas. 6.—En tela inglesa. Ptas. 8.—

EL ARTE DE VIVIR, *Manual para el educador y para la educación de uno mismo*, por el *R. P. Alberto M.ª Weiss*, traducción de la sexta edición alemana, por Pelayo Vizuete.

En rústica. Ptas. 6.—En tela inglesa. Ptas. 8.—

LA CIENCIA PRÁCTICA DE LA VIDA, por el *R. P. Alberto M.ª Weiss*; traducción de la tercera edición alemana, por el Dr. D. Modesto H. Villaescusa.

En rústica. Ptas. 6.—En tela inglesa. Ptas. 8.—

EL CRISTIANISMO Y LOS TIEMPOS PRESENTES, 2.ª edición, por *Mons. Bougaud*, obispo que fué de Laval; traducción del Dr. D. Emilio A. Villelga Rodríguez, Pbro. Esta obra, siempre nueva, es un verdadero tesoro de erudición, de amenidad, de sentimiento.

Partes de que consta: 1.ª Religión é Irreligión.—2.ª Jesucristo.—3.ª Los Dogmas de Credo.—4.ª La Iglesia.—5.ª La Vida Cristiana.

Cinco voluminosos tomos en 4.º.

En rústica. . . . . Ptas. 30.—
En tela con plancha alegórica. . . . . » 40.—

LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO, por *Mons. Le Camus*, obispo que fué de la Rochela y Saintes; traducción del Dr. D. Juan B.ª Codina y Formosa, Pbro. Esta Apología, verdadero monumento de ciencia y de fe, se compone de dos partes: *Jesucristo* y *La obra de los Apóstoles*. Ha sido calurosamente elogiada por los Soberanos Pontífices León XIII y Pío X. Van publicados seis volúmenes. El último tomo aparecerá en breve.

Cada una de dichas partes se compone de tres volúmenes en 4.º.

En rústica (los siete volúmenes). . . . . Ptas. 42.—
Encuadernada en rica tela inglesa, plancha alegórica en negro y oro. . . » 56.—

APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO, por el *Dr. Pablo Schanz*, traducción del Dr. Modesto H. Villaescusa; se compondrá de seis volúmenes en 4.º. Va publicado el tomo I. Se admiten suscripciones de pago anticipado hasta fines de 1912.

Los seis volúmenes en rústica, Ptas. 36. Lujosamente encuadernados, Ptas. 48. Por suscripción, pago anticipado, 30 ptas. en rústica toda la obra, y 42 encuadernada.

Colección de Autores Católicos

Volúmenes en 8.º mayor, de 400 á 500 páginas

Compónese esta Colección de las obras más notables que aparecen en el campo religioso. Todas son cuidadosamente elegidas, y como versan sobre asuntos variadísimos, responden á las múltiples necesidades de la vida religiosa y social moderna, y se acomodan á todas las inteligencias.

Van publicados los volúmenes siguientes:

I. FISONOMÍAS DE SANTOS, 2.ª edición, por *Ernesto Hello*, traducción del francés por Juan Maragall.

En rústica. . . . . Ptas. 3.—En tela inglesa. . . . . Ptas. 4.—

II. OBRAS ESCOGIDAS, por *Mme. Swetchine*, traducción del francés por E. M.

En rústica. . . . . Ptas. 3'50.—En tela inglesa. . . . Ptas. 4'50

III. LOS MANDAMIENTOS EXPLICADOS, *según la doctrina y las enseñanzas de la Iglesia Católica*, 2.ª edición, por el *R. P. Arturo Devine*, pasionista, traducción directa del inglés por J. Gili Montblanch.

En rústica. . . . . Ptas. 5'50.—En tela inglesa. . . . Ptas. 6'50

IV. LA VIDA CRISTIANA *en medio del mundo y en nuestro siglo*, por la Princesa *Carolina Iwanowska de Sayn Wittgenstein*. Lecturas prácticas coleccionadas, revisadas y publicadas por Enrique Lasserre.—Segunda edición revisada, traducción de G. Gili y Roig.

En rústica. . . . . Ptas. 3'50.—En tela inglesa. . . . . Ptas. 4'50

V. EL CREDO EXPLICADO, *ó explicación de la doctrina católica según los credos de la fe y las constituciones y definiciones de la Iglesia*, por el *R. P. Arturo Devine*, pasionista; traducción directa del inglés por E Massaguer.

En rústica. . . . . Ptas. 5'50.—En tela inglesa. . . . Ptas. 6'50

VI. LOS DOGMAS DEL CREDO, por *Mons. Bougaud*, obispo de Laval, traducción castellana del Dr. D. Emilio A. Villelga Rodríguez, Pbro.

En rústica. . . . . Ptas. 5.—En tela inglesa. . . . . Ptas. 6.—

VII. LOS SACRAMENTOS EXPLICADOS, *según la doctrina y la enseñanza de la Iglesia Católica*, por el *R. P. Arturo Devine*, pasionista, traducción directa del inglés por J. Gili Montblanch.

En rústica. . . . . Ptas. 5'50.—En tela inglesa. . . Ptas. 6'50

Biblioteca Ascética y Mística

Volúmenes en 8.° mayor, de 400 á 500 páginas

Tienen cabida en esta Biblioteca las obras antiguas y modernas más notables de esta especie de literatura, en la cual tanto sobresalen los autores españoles por la profundidad de su doctrina y la incomparable variedad y elegancia de sus producciones.

Van publicadas las obras siguientes:

LA VIDA ESPIRITUAL, suma de teología ascética y mística según el espíritu y principios de Santo Tomás de Aquino, por el *R. P. Andrés M.ª Meynard*. Dos gruesos tomos.

En rústica . . . . . Ptas. 8.—En tela inglesa. . . . Ptas. 10.—

MEDITACIONES PARA TODOS LOS DÍAS DEL AÑO, por el *R. P. Fray Benito Uría*.

En rústica. . . . . Ptas. 3.—En tela inglesa. . . . . Ptas. 4.—

PASIÓN DE CRISTO, *comunicada á la Venerable Madre Juana de la Encarnación*. Por su fondo y por su forma, es una de las obras más notables de la literatura clásica castellana.

En rústica. . . . . Ptas. 3.—En tela inglesa. . . . . Ptas. 4.—

Colección "Los Santos"

Esta colección se compone de tomos en 8.° mayor, de 200 á 300 páginas. Todos están escritos por personas competentísimas, que han sabido unir la ciencia á la piedad, y una crítica perspicaz, como exige nuestro tiempo, á una exposición sencilla y agradable.

Cada tomo en rústica, Ptas. 2, y 3 encuadernado en tela inglesa.

I. SAN JUAN BAUTISTA, *historia de su nacimiento y vida admirable, sus virtudes y preeminencias, su celo y predicación, su glorioso triunfo, sus reliquias y su culto*, por *José M.ª Riqué y Estivill*.

II. SAN AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, por *Ad. Hatzfeld*, traducción de la 8.ª edición francesa por el P. Juan Manuel Ozaguirre, Agustino.

III. LA SANTÍSIMA VIRGEN, por el *R. P. Renato M.ª de la Broise*, de la Compañía de Jesús; traducción del P. Z. Arámburu, de la misma Compañía.

IV. SANTO DOMINGO DE GUZMÁN, por el *R. P. Fray Raimundo Castaño*, O. P.

V. VIDA PRIMERA DE SAN FRANCISCO DE ASÍS, por *Tomás de Celano*, traducción del P. Fray Pelegrín de Mataró.

VI. SAN ANTONIO DE PADUA, por el *Dr. Alberto Lepitre*, Pbro., profesor de la Universidad Católica de Lión; traducción de la 4.ª edición francesa por Luis León y Domínguez.

VII. SAN FRANCISCO DE BORJA, por *Pedro Suau*; traducción del francés por el Dr. Modesto H. Villaescusa.

VIII. PSICOLOGÍA DE LOS SANTOS, por *Enrique Joly*; traducción de la 12.ª edición francesa por el Dr. Modesto H. Villaescusa.

IX. LA VENERABLE CATALINA LABOURÉ, (Hija de la Caridad, 1806-1876), por *Edmundo Crapez*, traducción de la 3.ª edición francesa por el Dr. Manuel Sánchez de Castro, Catedratico de la Universidad de Sevilla.

X. GEMA GALGANI, VIRGEN DE LUCA, por el *R. P. Germán de San Estanislao*; traducción de la 6.ª edición italiana por el Dr. Modesto H. Villaescusa

De esta admirable Vida, llena de estupendas maravillas, aparecerá en breve una edición ilustrada, de gran lujo.

XI. LUIS MARÍA GRIGNÓN DE MONTFORT, por *H. Boutin*, Pbro.; traducción del Dr. Modesto H. Villaescusa.

Biblioteca Catequística

Volúmenes en 8.º mayor, de 400 á 500 páginas

Se ha inaugurado esta Biblioteca con la incomparable obra de Stieglitz, predicador parroquial de Munich, sobre la Doctrina cristiana; consta de tres partes:

I. CATEQUESIS SOBRE LA DOCTRINA DE LA FE: traducción de Luis María Brugada, Pbro.

II. CATEQUESIS SOBRE LA DOCTRINA MORAL; traducción del Dr. Modesto H. Villaescusa.

III. CATEQUESIS SOBRE LA DOCTRINA DE LA GRACIA; traducción del Dr. Modesto H. Villaescusa.

Tres tomos, con 1.500 páginas, de clara y nutrida lectura.
En rústica. . . Ptas. 11.—En tela inglesa. . . Ptas. 14.

060.97
G 433

17146

CALVET, ARTURO
AUTHOR

Vida del Padre Pablo Ginhac
TITLE

DATE LOANED	BORROWER'S NAME	ROOM NUMB
	P. Fader	NOV 15
	Pier	
	[redacted]	
	AUG 26 1975	

17146